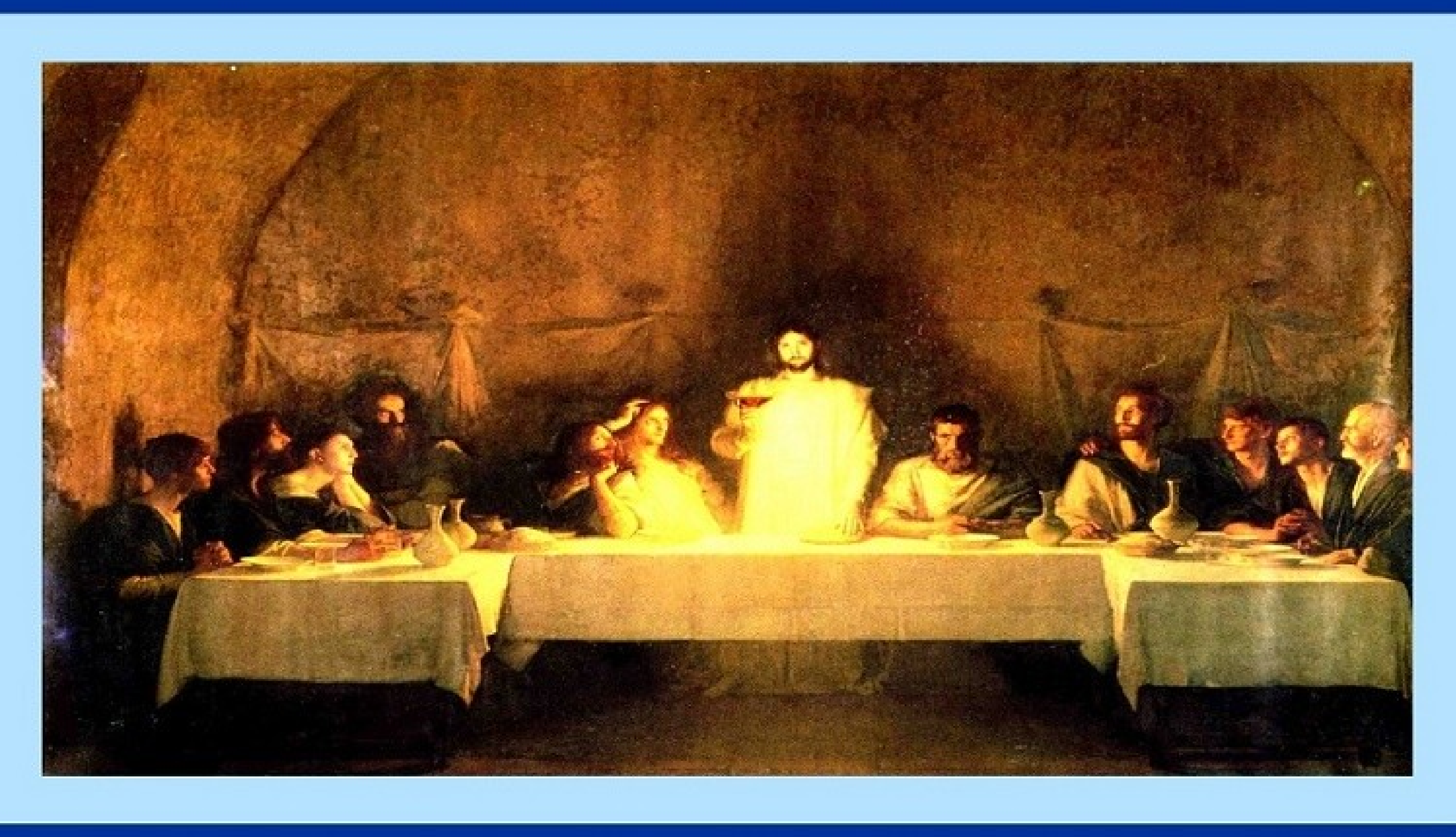
P. LUIS DE LA PUENTE

MEDITACIONES

Pasión de Cristo

Vida gloriosa de Cristo



MEDITACIONES
DE LOS
MISTERIOS DE NUESTRA SANTA FE
CON LA PRÁCTICA DE LA ORACIÓN MENTAL SOBRE ELLOS

TOMO II

Parte IV **Pasión de Cristo.**
Parte V **Vida gloriosa de Cristo.**

Compuestos por el
V. P. LUIS DE LA PUENTE
Religioso de la Compañía de Jesús, natural de Valladolid

1935

NIHIL OBSTAT:
P. Antonio Valle
Censor

IMPRIMASE:
J. Francisco Moran
Vic. Gen.

Madrid, 6 *de junio 1935*

I N D I C E

Al cristiano lector

Quisiera tener infinitas lenguas, y todas de fuego como las de los Apóstoles, para publicar con ellas por todo el mundo las infinitas excelencias de muestro altísimo y soberanísimo Dios, y los esclarecidísimos misterios que de sí mismo y de sus obras nos ha revelado, para que todos los infieles con gran certeza conocieran y admitieran la verdad y soberanía de nuestra santa Fe, y todos los fieles se regocijaran de su buena suerte en haberla conocido y admirado; y unos y otros se abrasaran en amor de la infinita bondad de este gran Dios y se alentaran a cumplir perfectísimamente su santísima voluntad. Mas ya que esto no me es concedido, he procurado para este fin en las tres partes de este segundo tomo pintar lo más al vivo que he podido tres *retratos suyos:*

Uno de las grandezas de su divinidad; esto es, de su divino ser en unidad de esencia y Trinidad de personas; de su eternidad, bondad, caridad, misericordia, liberalidad, inmensidad, sabiduría y omnipotencia, y de las obras gloriosísimas que de él han procedido, como son la creación del mundo con su ornato, la conservación y gobierno de él, con los innumerables beneficios naturales y sobrenaturales que de su paternal providencia proceden para provecho de todos los hombres, y más especialmente para los escogidos, hasta colocarlos en los altísimos tronos de su gloria. Todo lo cual se trata en la Sexta Parte.

El otro retrato que, al parecer, va por otro extremo, es de las extremadas bajezas que el Hijo de Dios vivo tomó en la santísima humanidad que unió con su divina persona, humillándose hasta la muerte de Cruz, con las innumerables ignominias que padeció en el discurso de su Pasión, de que se trata en la Cuarta Parte. *En las cuales es Dios tan admirable e incomprensible, por las infinitas excelencias de bondad y caridad que están mezcladas con estas bajezas, que los serafines con sus alas también cubren los pies de este Señor como cubren la cabeza, para significar que se dan por vencidos de la incomprensibilidad de estos dos extremos, contentándose con publicar con grandes voces y afectos la santidad que en ellos resplandece.*

El tercer retrato, que es como medio entre los dos, es de las grandezas de esta sacratísima humanidad de Jesucristo Señor nuestro, glorificado en premio de sus humillaciones, con inmensos dones, hasta ser sentado a la diestra de Dios Padre en los mejores bienes de su gloria; los cuales, aunque comparados con los que son propios de la Divinidad, son pequeños, pero en sí mismos son muy grandes. Y de los que ganó con sus merecimientos reparte con los hombres para santificarlos en esta vida, con deseo de llevarlos consigo al Peino de que él goza en la otra. De todo lo cual trata la Quinta Parte: *y se perfecciona mucho más con lo que se dice en la* Sexta, *como en ellas se verá.*

Sólo pido al Cristiano Lector que de tal manera mire los tres retratos que en estas tres Panes están dibujados, que leyendo, meditando y contemplando en ellos, crea que todo lo que se dice y escribe de Dios y de sus misterios es muy poco y casi nada en comparación de lo infinito que queda por decir y escribir; y aun, para entender perfectamente este poco, ha de amar mucho; porque como no entiende Griego quien nunca lo aprendió, así dice San Bernardo—no alcanza los altos pensamientos y efectos del amor quien no sabe qué es amar; cuando amare, procure luego transformarse como dice el Apóstol en la imagen viva de perfección que ha meditado, conformando su vida primero con la de Cristo humillado y crucificado; luego con la del mismo Señor ensalzado y entronizado; y después con la imagen de su Divinidad, y con las virtudes ejemplares que en ella resplandecen; procurando ayudar a que todos los hombres, con el favor de la divina gracia, reformen la imagen de su naturaleza conforme a esta divina imagen, al modo que se irá declarando en las Meditaciones que se siguen.

CUARTA PARTE

LAS MEDITACIONES SOBRE LOS MISTERIOS DE LA PASIÓN DE JESUCRISTO NUESTRO Señor

Introducción

La oración mental acerca de la pasión de Cristo nuestro Señor

Aunque las meditaciones de los misterios de la Pasión de Jesucristo nuestro Señor pertenecen, según se dijo en la Introducción de este libro, a la vía iluminativa, especialmente a lo supremo de ella, que confina con la vía unitiva, con todo eso *son muy provechosas para cualquier suerte de personas,* por cualquier vía que caminen y en cualquier grado de perfección que vivan, porque *les pecadores* hallarán en ella motivos eficacísimos *para purificarse de sus pecados; los principiantes, para mortificar sus pasiones; los que aprovechan, para crecer en todo género de virtudes, y los perfectos, para alcanzar la unión con Dios por el ferviente amor.* Por lo cual dice San Bernardo, que la Pasión de Cristo hasta el día de hoy hace temblar la tierra, quebranta las piedras, abre los sepulcros y parte por medio el velo del templo, rasgándole de alto abajo; porque los que debidamente la meditan, si son *tierra* por la culpa y afición a cosas terrenas, tiemblan con el santo temor de Dios y de la justicia rigurosa que hace en su Hijo, moviéndose con esto a dejar su terrestridad. Si son *piedras* por la dureza de corazón, se enternecen y desmenuzan por la grandeza del dolor, así de sus pecados, como de las penas que Cristo padece por ellos; y si son *sepulcros,* cerrados con la vergüenza de manifestar sus culpas, se abren por 1a. confesión para lanzar de sí la muerte y resucitar a nueva vida. Y, finalmente, para todos se rompe *el veló* que ponía división entre Dios y nosotros, para que podamos, como dice San Pablo, *contemplar más al descubierto la gloria del Señor* y el abismo de los celestiales secretos. Y no sin causa se partió el velo de alto abajo, para significar que por medio de Cristo crucificado podemos contemplar la alteza de la Divinidad y de sus soberanas perfecciones, y también la

profundidad de la Humanidad y de sus esclarecidas virtudes. De suerte que los pecadores que, como erizos, están espinados con sus culpas, hallarán entrada en las aberturas de esta divina piedra, y meditando con dolor en ellas, quedarán libres de sus espinas. Los más puros y sencillos como palomas, podrán volar más alto, haciendo sus nidos y moradas en los agujeros de esta piedra, y en las hendiduras de esta pared quedarán con mayor pureza y hermosura. Y los perfectos, que como ciervos suben a los montes altos, meditando en Cristo levantado de la tierra, serán traídos con gran fuerza para tener su conversación en el cielo. Y todos, como dice San Bernardo, podrán chupar miel de esta piedra, y aceite de este durísimo peñasco; el cual, habiendo sido duro en sufrir injuriáis, y más duro en sufrir azotes, y durísimo en sufrir los tormentos de la cruz, es para nosotros fuente de aceite y miel, sanando nuestras llagas, ablandando nuestras durezas, confortando nuestras flaquezas y regalando nuestras almas con la suavidad de sus divinas consolaciones.

Y a esta causa, con mucha razón decía Alberto Magno, que *la sencilla memoria y devota meditación de la Pasión de Cristo aprovecha más al hombre que ayunar un año entero a pan y agua, y que disciplinarse cada día hasta derramar sangre, y que rezar cada día todo el salterio*; porque estos ejercicios, aunque son buenos y muy provechosos, pero como son obras exteriores, si se toman a solas, no son tan poderosos para purificar el corazón de vicios e ilustrarle con verdades y virtudes y perfeccionarle con los afectos encendidos del divino amor, como lo es la meditación atenta y profunda de la Pasión de Cristo nuestro Señor, la cual causa todo esto, dando también espíritu y vida a las penitencias y obras exteriores, y moviendo con eficacia al ejercicio fervoroso de ellas.

§ I

Del fin que se ha de tener en meditar la Pasión.

De este principio que se ha puesto, consta claramente que, como son diferentes las personas que meditan la Pasión de Cristo nuestro Señor, así *son diferentes los fines particulares que deben tener en meditarla,* pretendiendo cada una *aquel afecto y fruto espiritual que es conforme al estado de su alma* y al camine por donde camina; es a saber: o purificarse de culpas y aficiones desordenadas, o adornarse con heroicas virtudes, o unirse a Dios con fervorosos afectos de caridad, tomando por medio para todo esto el afecto de la compasión, que abre camino para los demás.

Para lo cual se ha de presuponer que la *Pasión de Cristo,* como dice San Lorenzo Justiniano, *puede ser motivo de gozo y motivo de tristeza,* porque se puede considerar en dos maneras: *La una es en cuanto es sumo beneficio de Dios.* En la cual se descubre el abismo de la divina misericordia, se abre la puerta del cielo, se manifiesta la anchura inmensa de la caridad y declárase la estima que Dios tiene del hombre, pues no puede ser cosa vil la que con la sangre del Hijo de Dios se compra. De esta manera, la meditación de la Pasión mueve a afectos de gozo y alegría, como se alegró Abraham cuando, en figura del sacrificio que ofreció del carnero en lugar de su hijo Isaac, vio la muerte de Jesucristo, gozándose de los grandes bienes que por ella vendrían a todo el mundo. Y el mismo Cristo nuestro Señor se alegraba por esta causa con la memoria de su Pasión; y en el libro de los Cantares, a este día en que su madre la Sinagoga le coronó con corona de espinas, llama día de su desposorio y de la alegría de su corazón; y así, entró en Jerusalén con grandes señales de regocijo para recibir esta corona y celebrar en el tálamo de la cruz el desposorio con la Iglesia. Este modo de meditación es más propio de los que están en la vía unitiva, considerando la Pasión como los demás beneficios divinos de que se trata en la Sexta Parte.

La otra manera de meditar la Pasión, de que ahora principalmente se ha de tratar, *es en cuanto fue amarga y muy penosa a Jesucristo nuestro Señor, y en cuanto fue ocasionada de nuestros pecados,* y fue dechado de todas las virtudes, especialmente las que resplandecen en medio de grandes trabajos; y de esta manera nos mueve a tristeza y compasión del Señor, que tanto padeció por nosotros; y el mismo Cristo se entristecía con su memoria, y es razón que todos nos entristezcamos con El, porque no diga de nosotros aquello del Salmo 68: «Miré si alguno se entristecía conmigo, y no le hubo; busqué quien me consolase, y no le hallé».

Mas para que se entienda cuál ha de ser esta compasión, y a qué fines se ha de ordenar, advierto que Cristo nuestro Señor *en dos maneras bebió el cáliz amargo de su Pasión. La una* fue corporalmente, por mano de los ministros y sayones, cuando fue preso, azotado, coronado de espinas y crucificado. *La otra* fue espiritualmente, por la memoria y viva representación e imaginación de los vivos trabajos y de la causa efe ellos, que fueron nuestros pecados. De ambas hizo mención su Majestad, hablando con los hijos del Zebedeo, como en su lugar se dijo; porque San Mateo refiere que les dijo: «¿Podréis beber el cáliz que Yo tengo de beber?». Donde habla de la bebida corporal que estaba por venir. Y San Marcos refiere que les dije: «¿Podréis beber el cáliz que Yo bebo, y ser

bautizados con el bautismo que Yo soy bautizado?». Donde también declara la bebida espiritual que continuamente cada día bebía, aunque con mayor amargura la bebió en el huerto de Getsemaní, adonde con el sentimiento interior fue espiritualmente azotado, espinado y crucificado; y en ambos modos de beber e> cáliz resplandecieron excelentísimas virtudes, como después veremos.

De aquí se siguen *los fines que hemos de tener en estas meditaciones, y los provechos que de ellas hemos de sacar,* los cuales se reducen a unirnos, transformarnos y conformarnos con Cristo, afligido y atormentado en las dos maneras dichas, bebiendo también a nuestro modo el cáliz de su Pasión en ambas formas.

1. Lo primero, procurando en la meditación *sentir,* como dice San Pablo, *en nosotros lo que sintió Cristo*, con los afectos de compasión, dolor y tristeza, de modo que quedemos transformados en Cristo, triste *y* afligido por nosotros, espiritualmente crucificados con Él, de la manera que la Virgen Santísima sintió los dolores de su Hijo; por razón de lo cual dijo de Ella Simeón que traspasaría su ánima el cuchillo, no corporal, sino espiritual, de compasión y dolor. Este modo de sentimiento de la Pasión de Cristo es don especial del mismo Señor, el cual da ojos para ver sus trabajos y para llorarlos. Por lo cual dijo por Zacarías que derramaría sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén espíritu de gracia y de oración, y que mirarían al que enclavaron, y llorarían con gran llanto, como se suele llorar la muerte del unigénito; y aunque esto se suele declarar de otra vista y otro llanto que habrá el día del juicio en los judíos incrédulos, pero también se puede entender de los que reciben de Dios el espíritu de oración, y en su virtud, con ojos de viva fe miran al que ellos con sus pecados crucificaron, llorando su muerte amargamente. De aquí consta *el desorden de algunos que van a meditar la Pasión y desean en ella lágrimas y ternuras, principalmente por su propio consuelo y gusto,* que, aunque parece espiritual, pero, como dice San Buenaventura, es de amor propio y muy desordenado, pues es gran desorden pretender dulzuras en las amarguras de Cristo, y querer consuelo meditando sus desconsuelos, los cuales no se han de meditar sino para sentirlos y tener parte en ellos; aunque es tanta la bondad de este Señor, que el mismo desconsolarnos con Él, es modo de consuelo, y no pequeño.

2. El segundo fin que hemos de pretender en estas meditaciones es *beber* también *el cáliz de la Pasión corporalmente, conformándonos con Cristo nuestro Señor en el mismo padecer,* sacando ánimo y esfuerzo para esto, y propósitos de esto muy eficaces, tomando algunas cosas penosas de

nuestra voluntad, como es ayunos, disciplinas y otras mortificaciones voluntarias, o sufriendo con paciencia y alegría las que Dios nos enviare o permitiere, creyendo que, como dice San Pablo, también es don de Dios este modo de padecer por Cristo, como el compadecerse de Cristo. Y así, a imitación del mismo Apóstol, hemos de procurar, cuando meditamos la Pasión, traer siempre en nuestro cuerpo la mortificación de Cristo y las señales de Jesús, que son las llagas y penalidades que afligen nuestra carne como afligieron la suya. De suerte que de ambas maneras pueda decir cada uno: «Con Cristo estoy enclavado en la cruz», así por la compasión, como por la imitación en el padecer por Él, como Él padeció por mí.

3. De aquí se sigue el tercer fin principal de estas meditaciones, que es *conformarnos con Cristo en las heroicas virtudes que ejercitó,* bebiendo su cáliz, así espiritualmente como corporalmente; es a saber: en el amor de Dios y de los nombres, en el celo de la salvación de las almas, en la pureza de intención y en el afecto de obediencia, humildad, paciencia y pobreza, y en las obras exteriores de éstas y otras virtudes, y en especial en el desprecio de las cosas terrenas y en la mortificación de las aficiones que puede haber en procurarlas o retenerlas. De modo que, armados, como dice San Pedro, con el pensamiento de lo que Cristo padeció, en todo nos parezcamos a Él, y la meditación de su Pasión nos sirva de un arnés trenzado, fuerte, lucido y hermoso que nos arme y cubra de pies a cabeza, v nos haga espantables a los demonios, terribles a la carne, admirables al mundo, agradables a los ángeles y amables a Dios.

§ 2

De las disposiciones que se han de procurar para meditar la Pasión.

Para alcanzar estos fines que se pretenden con la meditación de la Pasión *es importante aparejarnos* lo mejor que nos fuere posible *para ella,* porque aunque es necesario, como dice el Espíritu Santo, aparejar el alma antes de toda oración, y no ir a ella como quien tienta a Dios, esperando la ración del cielo sin aparejo, pero en especial es más importante para la oración y meditación que tiene por materia los dolores y trabajos de Cristo nuestro Señor, para los cuales Él se aparejó con grande amor, y quiere que sean pesados y meditados con mucho fervor.

Y así, puedo imaginar que me dice aquello de Jeremías: «Acuérdate de mi pobreza y trabajo, de mi amargura y de mi hiel»; y que yo le respondo: «Con memoria me acordaré, y mi ánima se secará en mí, y

repitiendo esto en mi corazón, esperaré en Él»; que es decir: me acordaré muy en particular y con grande fervor de sus trabajos y aflicciones, sintiéndolas tan tiernamente, que mi ánima se seque por la grandeza de la tristeza y dolor; y no contento con pensar una vez todas sus penas, las repetiré muchas veces con grande atención y afecto, sacando de ellas grande confianza.

Las disposiciones convenientes para meditar con provecho estos misterios declaró brevemente San Buenaventura diciendo: «Debe el hombre acometer esta obra tan noble, humilde y confiadamente, instantemente y con cuanta limpieza de corazón pudiere». Donde pone cuatro principales virtudes que disponen grandemente para recibir de Dios los dones y gracias que suele comunicar a los que se ejercitan en estas meditaciones.

1. *La primera es humildad de. corazón,* entrando en la meditación *con vergüenza v confusión de sus culpas,* no sólo por la razón general de que el justo en el principio de la oración se acusa a sí mismo, sino en especial *porque con sus pecados es causa de los tormentos de Cristo,* a quien está mirando y contemplando, a la manera que si un padre estuviese preso en la cárcel, aherrojado en un calabozo con grillos y cadenas, entre ladrones, no por sus propias culpas, sino por las de su hijo, si el tal hijo entrase a visitarle; sin duda entraría con una humilde vergüenza y confusión de sí mismo por haber sido causa de aquellos tormentos a su padre. Y a esta humildad pertenece cubrirse de luto; esto es, de *humildad exterior en el vestido y traje,* especialmente cuando se celebra la memoria de la Pasión o se medita muy de propósito, pues quien va a visitar al afligido no ha de ir con ropas de fiesta, sino de llanto, conformándose con el. atribulado, como lo hicieron los amigos de Job cuando le vieron llagado y tendido en un muladar. También pertenece a la humildad, subiéndola de punto, *reconocer se por indigno de asistir a estos misterios, y* tener sentimiento de ellos, creyendo que esto es favor especial que hace Dios a sus amigos muy queridos, como lo fue dar parte a tres Apóstoles de su tristeza en el Huerto, y querer que su Madre, San Juan y la Magdalena asistiesen en el monte Calvario. Y esta gracia no se da sino a los humildes, porque los soberbios, como se dice en el libro de Job, no se atreven; esto es, no les es concedido contemplar a Dios según las grandezas de su divinidad, ni tienen espíritu para contemplarle según las bajezas de su humanidad.

2. *La segunda disposición es confianza grande en la misericordia de Cristo nuestro Señor,* que pues se dignó padecer tanto por nosotros, también se dignará concedernos que nos compadezcamos con Él; de modo

que de la meditación de sus trabajos saquemos el provecho para que ellos se ordenaron; y así, juntando la humildad con la confianza, he de pedirle esta gracia, alegándole *tres títulos: El primero,* la misma Pasión, que padece, *El segundo,* la compasión que allí tuvo de los pecadores, haciéndose su abogado y orando por ellos para que fuesen capaces del fruto de su Pasión. *El tercero,* la liberalidad que usó con uno de ellos; esto es, con el buen ladrón, el cual, con humildad y confianza, le pidió se acordase de él en su reino, y alcanzó más de lo que le pedía, como en su lugar veremos. Pero yo, dice San Lorenzo Justiniano, después que me hubiere confesado por pecador como el ladrón, hablaré a mi Señor colgado en la cruz y le diré con humildad y confianza: Señor, acuérdate de mí, no sólo para que vaya a tu reino, sino para que me compadezca de tus dolores v participe de tu Pasión: porque bien sé que si tengo parte contigo en padecer, la tendré también en reinar. Con estos títulos hemos de ensanchar la confianza en Cristo, la cual, como dice San Bernardo, cuanto es mayor, tanto nos hace más capaces de los divinos dones, estando el vaso del corazón, con la humildad, vacío de sí mismo para recibirlos.

3. *La tercera disposición es gran fervor y diligencia en esta obra de la oración;* porque sería cosa vergonzosa pensar con tibieza lo que Cristo padeció con tanto fervor. Este se ha de mostrar en que la meditación sea muy atenta, profunda y devota, sacudiendo de la memoria las vagueaciones; del entendimiento, la torpeza en los discursos para ahondar en los misterios; y de la voluntad, la frialdad en los afectos, procurando que sean muy fervientes, como los de Cristo nuestro Señor, haciendo una generosa determinación de acompañarle, no durmiendo, como los tres Apóstoles en el Huerto, sino velando como Él velaba, y orando con la agonía, instancia y perseverancia que Él oraba, gastando en esto algunas horas como Él las gastaba.

4. *La cuarta disposición es limpieza de corazón* procurando purificarle y conservarle limpio de culpas para que, entrando limpio en la oración, esté con grande confianza, sin remordimiento y bien dispuesto para recibir los dones de Dios y los frutos de su preciosa sangre; porque ningún hombre cuerdo quiere echar un licor precioso en vaso muy sucio. Por tanto, dice San Bernardo, pues la bendición es muy copiosa, aparejad para recibirla vasos limpios, almas devotas, espíritus vigilantes, afectos bien regidos y conciencias puras, en quien se derramen tantas gracias como aquí se comunican.

Estas son las disposiciones que se han de llevar para meditar estos misterios. *Mas quien se hallare falto de ellas,* no por eso deje la

meditación, porque ella misma encenderá el deseo de ellas, como también mueve a otros virtudes que luego diremos.

§ 3

De varios modos de meditar la Pasión.

Para quitar el fastidio que podría tener nuestra tibieza meditando siempre una cosa de una misma manera, es bien saber los varios modos que hay de meditar la Pasión, además de los dos que se han puesto, meditándola como beneficio nuestro o como dolorosa a Cristo. *Otros dos muy principales hay,* a que se reducen los demás, al modo que en los convites se suele servir en dos maneras: *la una, poniendo cada plato de por sí,* y comido aquél, poner otro; *otra, poniendo muchos juntos,* y tomando de cada uno algún bocado, conforme al gusto o necesidad del que come. Así en este convite espiritual de los misterios de la Pasión hay dos modos de comerlos espiritualmente.

1. *El primero* y más ordinario *es meditando cada misterio por si,* ponderando en cada uno lo que es digno de ponderación, siguiendo el orden de la historia, y en especial poniendo los ojos en las cuatro cosas que se notaron en la *Introducción* de la Segunda Parte; conviene a saber: *mirar las personas* que allí intervienen, así la de Cristo nuestro Señor, como la de su Madre y discípulos y también de sus perseguidores, penetrando las calidades y condiciones de cada una. *Item, mirar las palabras que hablan, y también las obras que hacen,* aprendiendo de las que dice y hace Cristo nuestro Señor, huyendo de las malas que dicen y hacen sus perseguidores. *Y, finalmente, mirar las cosas que Cristo padece, ponderando cómo la divinidad en cierto modo se escondió,* no destruyendo a sus enemigos, sino permitiéndolos que atormentasen a la sacratísima humanidad. De donde inferiré lo que es razón haga y padezca yo por quien tanto hizo y padeció por mí, trabando, en razón de esto, coloquios con Dios nuestro Señor en la forma que luego veremos.

2. *El segundo modo* de meditar estos misterios es, teniéndolos todos en la memoria, *tomar por materia de meditación algún trabajo especial, o especial virtud de Cristo* nuestro Señor, ponderando lo que hay cerca de ella *en todos los pasos* de la Pasión, discurriendo por ellos. Como si. quiero meditar la humildad de Cristo nuestro Señor, iré discurriendo y ponderando los actos de humildad que hizo: *primero, cuando lavó los pies* a los Apóstoles; *después los del prendimiento, cuando estaba debajo de*

los pies de sus enemigos, y así procederé hasta los que ejercitó en la cruz. Y si quiero tomar la carrera de más atrás, puedo discurrir por los actos de humillación que hizo en el tiempo de su nacimiento, niñez y predicación, sacando de todos ellos motivos para ejercitar esta virtud enteramente, porque en cada misterio resplandece algo especial que pertenece a su perfección. *De este mismo modo se puede meditar la obediencia y caridad o paciencia del Salvador.*

Y de la misma manera se puede tomar por materia de meditación algún género especial de trabajo, dolor o deshonra, discurriendo por los misterios de la Pasión, ponderando solamente lo que toca a este trabajo, como sería meditar las veces que fue desnudado con grande ignominia, las veces que derramó su preciosa sangre, las estaciones que anduvo en este tiempo, las afrentas en materia de virtud o en materia de sabiduría que sufrió, procurando con cada cosa de éstas compadecerme del Salvador y alentarme a sufrir algo por Él en aquella suerte de trabajo. Y otras veces puedo tomar por materia de meditación el dolor especial que Cristo nuestro Señor padeció en algunos de sus miembros o sentidos, como sería meditar el dolor de las manos cuando las ataron en la prisión, y después en la columna, y cuando las clavaron en la cruz, y así en lo demás.

3. A estos dos modos de meditar la Pasión *se puede añadir el tercero, por aplicación de los sentidos* interiores del. alma, cerca de cada misterio, en la forma que se declaró en la *Meditación 26* de la SEGUNDA PARTE. *Lo primero, ver* con los ojos del alma la figura exterior de Cristo nuestro Señor tan lastimosa, y la interior de su alma, por una parte tan bella y por otra tan afligida, admirándome y compadeciéndome de que el resplandor de la gloria del Padre y figura de su substancia esté por mis pecados tan desfigurado. *Lo segundo, oír* interiormente y sentir las palabras tan blandas y amorosas de este Señor, los clamores contra leí tan ásperos y furiosos de sus enemigos, el ruido de las bofetadas, de los golpes, de los azotes y martilladas, sintiendo en mi corazón lo que Cristo sentiría, en el suyo. *Lo tercero, oler* con el olfato interior, así la hediondez de los pecados que causaron la muerte de este sumo Sacerdote, como la suavidad del sacrificio que ofreció por ellos y de las virtudes que ejercitó en esta oblación tan devota de su Pasión, ponderando cómo se aplacó con ella la ira del Eterno Padre, poniéndonos por señal de reconciliación, no el arco que se hace en las nubes, sino a su Hijo extendido como arco en la cruz, lloviendo sangre por nosotros. *Lo cuarto, gustar* las amarguras y hieles de Cristo nuestro Señor, amargándome y entristeciéndome con ellas, como si corporalmente las gustara. Y gustar también la dulzura del amor

con que las padecía, y la que Dios comunica a los que padecen por su causa con amor, admirándome de ver unida tanta dulzura con tanta amargura. *Lo quinto, tocar* con el tacto del alma, los terribles instrumentos de la Pasión de Cristo, el rigor y aspereza de las sogas, azotes, espinas, cruz y clavos, sintiendo en mi espíritu lo que el Señor sentiría en su cuerpo, y ejercitando los afectos que suelen brotar de tales sentimientos.

La práctica de este modo de orar se pondrá en los misterios del Huerto, y la de esos otros dos modos se verá en la Meditación que se sigue, que es fundamento y preámbulo para las demás.

Meditación primera fundamental

La pasión de Cristo nuestro Señor, en que se pone una suma de las cosas que se han de meditar en cada misterio.

Lo que se ha de ponderar en cada misterio de la pasión, se puede reducir a seis o siete puntos principales; conviene a saber: *quién es la persona que padece estos tormentos; cuántos y cuán graves fueron; de qué personas los padece; por quién y por qué causa; con qué amor y afectos, y las virtudes que ejercita padeciéndolos, y los que con Él padecía su gloriosa Madre.* Todo esto se tocará en esta Meditación en general, para que pueda después aplicarse a cada misterio en particular.

PUNTO PRIMERO

De la persona que padece.

En la persona de Cristo nuestro Señor, que padece estos tormentos, se pueden considerar principalmente *tres cosas,* que mueven con más eficacia a los afectos de compasión y agradecimiento, amor e imitación.

1. *La primera es la inocencia y santidad de este Señor,* el cual era inocentísimo, sin mancha de pecado; santísimo, con todo género de santidad, lleno de todas las gracias y virtudes; sapientísimo y discretísimo, en quien estaban encerradas las riquezas espirituales de la sabiduría de Dios, v su divino Espíritu sin medida; por lo

cual se ve que cuanto padecía era sin culpa suya, aunque sus enemigos fingían que la tenía y le atormentaban como culpado.

¿Pues cómo no me compadeceré de ver padecer a un Señor tan inocente, sabio y santo? Si el Centurión y otros muchos que se hallaron en el monte Calvario, herían sus pechos de dolor viendo padecer al que tenían por justo, ¿cómo no hiero yo el mío considerando que padece, no cualquier justo, sino el Supremo de los justos, sin haber dado ocasión culpable para tantos trabajos?

¡Oh corazón mío, más duro que las piedras!, ¿cómo no te partes por medio de dolor, pues ellas se partieron y desmenuzaron cuando padeció esta Piedra viva, fuente de la gracia y dechado de toda santidad?

2. *La segunda,* consideraré *la omnipotencia* y *liberalidad de este Señor en hacer bien a todos,* y ser universal bienhechor de todos; porque toda la vida se ocupó, como dice San Pedro, en hacer bien y curar a todos los Oprimidos del demonio; alumbraba los ciegos, limpiaba los leprosos, sanaba los enfermos y resucitaba los muertos. Y además de esto, *hacía bien a las mismas almas, perdonando los pecados, librándolas del infierno*, *abriendo las puertas del cielo,* comunicándolas luz de doctrina maravillosa y fuego de caridad con el resplandor de todas las virtudes. De donde consta que padecía tormentos v deshonras, *no sólo sin culpa, sino por lo que merecía sumo descanso y honra.* Por lo cual dijo San Agustín que Cristo nuestro Señor vivió en el mundo «haciendo cosas maravillosas y padeciendo cosas muy trabajosas, hasta ser colgado de un madero».

Pues ¿cómo, alma mía, no te deshaces de pena viendo padecer a este Bienhechor tuyo y de todo el mundo, el cual, haciendo bien y provecho a todos, recibe mal y daño de todos? ¡Oh, quién pudiese alcanzar tal gracia, que, obrando bien como mi Señor, padezca algún mal y trabajo por su amor! No quiero de los hombres premio de mis buenas obras, pues mi Redentor recibió de ellos graves tormentos por las suyas.

3. *La tercera,* consideraré *la infinita caridad de este Señor en darse a todos y hacerse uno con todos,* ponderando cómo es mi *Padre,* mi *Maestro,* mi *Médico,* mi *Redentor,* mi *Pastor,* mi *Creador,* mi *Bienaventuranza, Esposo de mi alma, Dios mío y todas mis cosas*. Y poco antes de su Pasión se hizo mi manjar y bebida para entrar dentro de mí y hacerse una cosa conmigo; por lo cual he de tomar sus trabajos como míos, y compadecerme de ellos y sentirlos como si fueran míos, pues tan mío es el que los padece y tanto amor me tiene. Si el hijo llora la muerte de su padre, y la esposa la de su esposo, y el amigo la de su amigo muy querido, ¿cómo

no lloraré yo la Pasión y muerte de tal Padre, de tal Esposo, de tal Amigo? Para este fin ayudará lo que se dirá en el punto octavo.

PUNTO SEGUNDO

De la muchedumbre y gravedad de los tormentos de Cristo nuestro Señor.

1. La muchedumbre y gravedad de los tormentos que Cristo nuestro Señor padeció en su Pasión, en general *se pueden reducir a dos órdenes:* unos *exteriores,* figurados por el Bautismo, que baña el cuerpo por de fuera; otros *interiores,* figurados por la bebida del cáliz, que entra y penetra a lo de dentro; porque de estas dos semejanzas usó el mismo Señor para declararlos, comenzando por los tormentos exteriores. Primeramente se ha de discurrir por todos los géneros de cosas que son materias de *trabajos corporales,* en las cuales padeció Cristo nuestro Señor grandemente. *En la hacienda* y cosas que poseía, llegó a padecer tanta pobreza y desnudez, que murió públicamente desnudo en la cruz, tomándole los soldados sus vestiduras y repartiéndolas entre sí. *En la honra* padeció innumerables irrisiones y escarnios, tratándole como a ladrón, malhechor y blasfemo contra Dios, blasfemando de Él por esta causa. Lo tercero, *en la fama* padeció muchos falsos testimonios con que pretendían desacreditarle; de suerte, que en materia de virtud y santidad fue despreciado y tenido por pecador, por samaritano, endemoniado, revolvedor del pueblo, comedor, bebedor y blasfemo. Y, por consiguiente, fue tenido por hombre reprobado de Dios y condenado, que es la suma afrenta que puede haber. De la cual dice el mismo Señor en persona de David: «Fui tenido por uno de los que bajan al lago infernal; me pusieron en el lago inferior, en el lugar oscuro, que es sombra de la muerte». Demás de esto, *en materia de sabiduría y ciencia* fue despreciado y tenido por idiota, sin letras, por loco y furioso, por imprudente y necio. *En materia de potencia y milagros,* fue tenido por embustero y encantador, y por hombre que tenía pacto con Belcebú y Satanás. *Item, en su propio cuerpo* padeció gravísimos dolores, así porque de su género eran penosísimos, como porque su complexión era delicadísima, y así sentía mucho más que otros cualquier dolor y lesión corporal. *Finalmente, padeció en sus amigos y allegados: parte,* porque los más le desampararon; *parte,* porque teniéndolos presentes, sentía el dolor y afrenta que ellos padecían, especialmente su Madre santísima.

¡Oh liberalísimo Redentor, cuán bien pagáis nuestras deudas con vuestras penas! Porque todas las cosas del mundo fueron cebo de nuestra codicia, carnalidad y soberbia, queréis padecer en todas pobreza, tormento y humillación. Séanme de hoy más instrumento para serviros, como hasta aquí lo fueron para ofenderos. ¡Oh alma mía!, compara las excelencias de esta divina. Persona, con las ignominias y dolores que padece, para que te confundas de tu soberbia y sensualidad, y te alientes a padecer por imitarle.

2. Lo segundo, se puede discurrir por *los cinco sentidos de Cristo nuestro Señor,* ponderando lo mucho que padeció en cada uno de ellos. Porque, *primeramente, sus ojos* fueron afligidos viendo los visajes, mofas y meneos de sus enemigos, y las lágrimas y sollozos de sus amigos; y fueron también enturbiados con las salivas y gotas de sangre que corrían de su cabeza, y con el ardor de las encendidas lágrimas que por ellos se vertían. *Sus oídos* padecieron oyendo contra sí muchas y muy grandes blasfemias, injurias y falsos testimonios y terribles acusaciones de sus enemigos. *El olfato* padeció sufriendo el mal olor del monte Calvario, donde fue crucificado. *El gusto* padeció terrible sed, y en ella fue, no aliviado, sino atormentado con hiel y vinagre. *El tacto* padeció gravísimos dolores de azotes, espinas y clavos que traspasaron su cuerpo.

¡Oh sentidos de mi dulce y amado Jesús, dignos de ser recreados con todas las cosas apacibles de la tierra, cómo estáis afligidos con rodas las cosas amargas y penosas de esta vicia! ¡Oh, si mis sentidos se conformasen con los de mi Señor, padeciendo las mismas penas, pues de ellos salieron las culpas!

3. Lo tercero, se puede discurrir por *todos los miembros y -partes principales del cuerpo de Cristo* nuestro Señor, en los cuales padeció exquisitos dolores y tormentos. *La cabeza* fue punzada con espinas y aporreada con la caña; los cabellos y barbas arrancadas, los carrillos abofeteados, *los brazos* descoyuntados, de modo que se podían contar los huesos; las muñecas atadas fuertemente con sogas; *las manos y pies* agujereados con clavos; *las espaldas y todo el cuerpo* acribado con azotes muy crueles, y como las heridas eran en partes tan sensibles, causaban dolores excesivos.

¡Oh cuerpo delicadísimo, con cuánta razón se puede decir de ti que desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza no tenías parte sana, sino todas llenas de heridas y cardenales, de llagas y dolores muy terribles! ¡Oh, cuánta mayor razón había para que mi cuerpo fuera atormentado en todas partes y sentidos, pues con todas y de todas han manado

innumerables pecados! Sana, ¡oh buen Jesús!, con las llagas de tu cuerpo las llagas de mi alma, y por tus dolores corporales líbrame de mis males espirituales. Amén.

4. Lo cuarto, se han de considerar *las aflicciones y dolores interiores* de Cristo nuestro Señor, los cuales acompañaban a estos exteriores, y fueron también muchos y muy graves en todas las cosas que el ánima purísima del Salvador podía padecer sin imperfección, como fueron *desamparos interiores de la divinidad, suspensión de los consuelos sensibles* del corazón, *tristezas vehementes* de la voluntad por las injurias que se hacían a Dios y por la perdición de los hombres; *temores, tedios y agonías* terribles, de las cuales fue testimonio el sudor de sangre, como veremos en la meditación de los misterios del Huerto. Finalmente, aunque fueron terribles los dolores del cuerpo, fueron mayores los del espíritu; porque en lo interior tomaba tanta pena cuanta quería; y como amaba mucho, quería que fuese mucha, para mayor bien de los que tanto amaba.

¡Oh dulce Redentor!, ahora veo con cuánta razón te llama Isaías varón de dolores y curtido en enfermedades, pues por todas partes estás rodeado de dolores V cercado de aflicciones. Las tempestades del mar amargo bañaron y atormentaron tu cuerpo, y sus olas entraron dentro de tu alma. Por de fuera te afligió el bautismo de sangre muy penoso, y por de dentro el cáliz de la tristeza muy amargo. Concédeme, Señor, que sea semejante a Ti en todas estas penas, para que mi cuerpo y espíritu te agraden y queden limpios de todas sus mancillas. Amén.

PUNTO TERCERO

De los perseguidores y enemigos que atormentaron a Cristo nuestro Señor en su Pasión.

1. Cerca de este punto, lo primero se ha de considerar *la muchedumbre y calidad de las personas que se conjuraron contra Cristo nuestro Señor* para despreciarle y atormentarle en su Pasión, ponderando cómo concurrieron reyes, jueces, gobernadores, sumos pontífices, sacerdotes, letrados y religiosos de aquel tiempo, cortesanos, soldados gentiles y judíos, y hasta de sus mismos discípulos no faltó quien le persiguiese; el rey Herodes, con su corte, le escarnece; el juez Pilato, le condena; Anás y Caifás, sumos sacerdotes, le reprueban; los escribas y fariseos le acusan; los soldados le prenden y mofan; los verdugos le azotan, coronan y crucifican; la canalla del pueblo da voces contra Él,

pidiendo que muera; un discípulo le vende, otro le niega, y todos le desamparan. A lo cual se ha de añadir que *a todos éstos tenía este Señor obligados con innumerables beneficios,* para que le amasen, honrasen y sirviesen; porque demás de los beneficios generales que como Dios y Redentor comunicaba a todos, en especial había hecho otros muy particulares a los de aquel pueblo, enseñándoles su doctrina, haciendo en su presencia muchos milagros, curándoles sus enfermedades y las de sus hijos, o criados o amigos, y dándoles de comer milagrosamente en los desiertos, por lo cual le querían alzar por rey y le recibieron en su ciudad con la mayor pompa que jamás fue recibido príncipe de la tierra.

Pues todos éstos se trocaron y convirtieron contra su Dios y Redentor y contra su bienhechor infinito, injuriando, atormentando y matando a quien tanto bien les había hecho, y a quien poco antes juzgaban por digno de suma honra y le aclamaban por autor de la vida.

¡Oh dulce Jesús, Rey de los reyes, Juez de los vivos y muertos, sumo Pontífice y supremo Sacerdote, Fuente de la ciencia y santidad, Piedra angular del pueblo gentílico y judaico! ¿Cómo eres perseguido de los reyes y jueces terrenos, de los sacerdotes y sabios de la tierra, y de todos los pueblos y naciones del mundo? No me espanto que te persigan los que no te conocen; pero ¿qué diré viéndote perseguido de los que te conocían y por mil títulos estaban obligados a servirte? ¡Oh, quién nunca te hubiera perseguido con mis pecados! No permitas, Señor, que te persiga, más con ellos, sino que fielmente con mis servicios corresponda a tus innumerables beneficios.

2. Lo segundo, se ha de ponderar *la crueldad y fiereza de estos enemigos y perseguidores;* porque como eran soberbios, ambiciosos, codiciosos, hipócritas y fingidos, eran también enemigos de la verdad y del maestro que la enseñaba, y del médico que deseaba curar sus mortales llagas. Y demás de esto, *estaban poseídos de la pasión del odio, rencor y envidia de Cristo,* porque les reprendía sus vicios y oscurecía sus honras vanas con la autoridad de su sabiduría, santidad y milagros, y así, deseaban hundirle, unos por malicia, para vengar sus injurias; otros por pasión de temor, por no perder la gracia del César o del pueblo; otros por ignorancia, por no conocer bien quién era; otros por falso celo de la religión y del bien público, el cual celo, cuando se junta con envidia, atiza la crueldad y la hace más terrible que de fieras?

¡Oh Cordero mansísimo! Con mucha razón decís que os han cercado muchos perros y novillos, y toros gruesos, leones y unicornios muy feroces, porque vuestros enemigos, a modo de fieras os rodean y espantan

con sus bramidos, desgarran con sus uñas, muerden con sus dientes, y con “sus cuernos os voltean de una parte a otra, trayéndoos de tribunal en tribunal, hiriéndoos con tanta crueldad como si no fuerais hombre, sino estatua de hombre, gusano y desecho del pueblo. ¡Oh, quién pudiera libraros de su furia endemoniada! Mas vuestra caridad no da lugar a vuestra omnipotencia, que pudiera hacerlo, para que en medio de tantas fieras resplandezcan vuestras soberanas virtudes.

3. Lo tercero, ponderaré cómo *los principales perseguidores de Cristo nuestro Señor fueron las potestades de las tinieblas infernales*, que son los demonios, *los cuales sumamente le aborrecían,* porque los echaba de los cuerpos y sacaba de su poder las almas y destruía su reino, que era el reino del pecado; y *así,* por vengarse de Él, *atizaban la fiereza de los hombres para que le persiguiesen.* A Judas instigó Satanás que le vendiese; a los soldados, que inventasen los escarnios que le hicieron, y en los judíos encendía el fuego de ira con que ardían; y como la licencia que para esto le dieron no fue con la limitación que se le dio contra el santo Job, no se contentó con arrojarle en un muladar, lleno de llagas, sino con quitarle la vida con terribles tormentos.

¡Oh Jesús, gran sacerdote! ¿Qué a Ti con Satanás, para que tal poderío se le dé sobre tu sagrado cuerpo? ¡Oh amor insaciable, que, no contento con ser atormentado de los hombres, quieres que sus atizadores sean los demonios, para librarme con estos tormentos de los que ellos me habían de dar por mis pecados!

4. Finalmente, ponderaré cómo crecieron las penas de este Señor, porque *con los ojos de su alma sapientísima conocía la rabia de sus enemigos,* no solamente por las obras y señales exteriores, como los demás hombres, sino *porque penetraba sus corazones* y veía claramente las ansias endemoniadas que tenían de atormentarle, mucho más de lo que por de fuera mostraban; porque, aunque fueron muchos y muy graves los tormentos que le dieron, muchos más y mayores quisieran darle si pudieran.

¡Oh sapientísimo Jesús! Vuestra misma ciencia aumenta vuestro dolor sin entibiarse por esto vuestro amor; porque más lleno está vuestro corazón de amor con vuestros enemigos para padecer por su provecho que el suyo de aborrecimiento para buscar vuestro daño. Llenadme, Señor, de vuestra encendida caridad, para que imite vuestra invencible paciencia. Amén.

PUNTO CUARTO

De las personas por cuyo bien padece Cristo nuestro Señor y de las causas por que padece.

1. Lo primero, se ha de considerar cómo Cristo nuestro Salvador padeció todos estos desprecios y dolores *por los pecados de los hombres pasados, presentes y por venir,* pagando las deudas de todos con el precio de su sangre, derramada con tanto dolor y desprecio. De donde podemos sacar algunas causas particulares de esta soberana Pasión; es a saber: para volver por la honra de su Padre, injuriado con tantas ofensas, *y* para aplacar la justa indignación que tenía contra los hombres, reconciliándolos con Él y librándolos de sus culpas y de las penas que por ellas merecían, así temporales como eternas, y para merecerles y alcanzarles la gracia y caridad y todas las virtudes, con los medios necesarios y convenientes para su justificación *y* perfección. Y, finalmente, para abrirles la puerta del cielo y entrarlos en la gloria y vida eterna, quitando todos los estorbos que para ello había. De aquí es que, *como los pecados de los hombres eran infinitos* en el número y en la gravedad, por ser contra Dios infinito, era necesario que fuese de infinita excelencia la persona que padecía estos dolores, para pagar con ellos la deuda con igualdad; *y* aunque cualquier dolor de Cristo nuestro Señor v cualquiera gota de sangre bastara para esto, por ser de persona infinita, quiso padecer tanta muchedumbre de tormentos para que su redención fuese más copiosa y los hombres conociésemos la infinita gravedad de nuestros pecados; porque, como dice San Bernardo, «por la consideración del remedio veo la grandeza de mi peligro». ¡Oh, cuán graves son las llagas por las cuales fue necesario que Cristo fuese llagado! Si no fueran llagas de muerte, y de muerte sempiterna, nunca por su remedio el Hijo de Dios muriera. Miraba nuestro Redentor todo el cuerpo místico del linaje humano llagado de pies a cabeza con innumerables culpas, y para curarle quiere que su cuerpo sea de pies a cabeza llagado con innumerables heridas, y su espíritu afligido con muy graves ignominias, proporcionando la medicina con la llaga. Por nuestras codicias desordenadas de hacienda, estáis, Señor, desnudo en una cruz; por la soberbia de los letrados, sois tenido por loco; por la vanidad de los que presumen de santos, sois escarnecido como pecador; por la hinchazón de los poderosos, sois tratado como miserable y flaco; por los regalos de los sensuales, sois cargado de tormentos. Los dolores de vuestros cinco sentidos pagan las demasías de los nuestros; vuestra cabeza es coronada de espinas en castigo de nuestras ambiciones; vuestra lengua es aheleada con

hiel y vinagre por nuestras glotonerías; vuestras manos y pies son agujereados con clavos, en pena de nuestras malas obras y peores pasos; vuestras espaldas son aradas con azotes por los hurtos y maldades que cargamos sobre las nuestras; vuestros hombros fueron oprimidos con la carga de la cruz, porque los nuestros desecharon la carga de vuestra ley.

¡Oh Redentor liberalísimo, cuya redención es tan copiosa, que bastara para redimir infinitos mundos, si los hubiera!, aplicad esta redención a este único mundo que criaste, para que todos gocen de ella y se salven. Amén.

2. Lo segundo, ponderaré cómo Cristo nuestro Señor padecía todos estos tormentos *por los mismos enemigos que se los daban,* y derramaba su sangre preciosa *para pagar los pecados que sus perseguidores hacían derramándola;* y en testimonio de esto, estando en la cruz oró por ellos y los excusó. Y es tan inmensa su caridad, que ofrece su Pasión por dar la misma caridad a los que le aborrecen, por dar honra a los que le deshonran, por dar libertad a los que le prenden, por dar descanso a los que le afligen, y por dar eterna vida a los que le dan cruel muerte.

Bendita sea, Salvador mío, vuestra inmensa caridad' y glorificada sea vuestra infinita misericordia. ¡Oh, si vuestros enemigos la conocieran, cómo se confundieran de su ingratitud, y, convertidos en amigos, no cesaran de alabaros y serviros con más amor que antes os perseguían -con rencor! Abrid, Señor, los ojos de los que ahora os persiguen, para que, cesando de perseguiros, traten muy de veras de serviros.

3. Lo tercero, he de considerar con más particular atención cómo Cristo nuestro Señor de tal manera padecía todos estos desprecios y dolores por todos los hombres del mundo, que *en especial los padecía y ofrecía por cada uno de ellos como si él solo estuviera en el mundo,* teniéndole presente en su memoria y en su corazón, y ponderando sus pecados, miserias y necesidades, como si no tuviera otras que mirar y remediar. De modo que yo puedo decir por mí lo que San Pablo dijo de sí, hablando de Cristo nuestro Señor: «El cual me amó, y se entregó a la muerte por mí».

¡Oh alma mía, si te vieras en el corazón de tu divino Jesús, al tiempo que padecía estos dolores! ¡Oh, si entendieras el amor y cuidado con que los ofrecía por tus pecados! sin duda te deshicieras de dolor, por ser causa de sus dolores, y te abrasaras en amor por verte tan amada en medio de ellos. Llora, pues, ahora tus pecados, por los cuales padece tanto el que tanto te amó, y ama con todas tus fuerzas al que por ti tanto padeció, y

como si por ti sola los padeciera, así le alaba y glorifica por todos los siglos. Amén.

PUNTO QUINTO

Del amor y afecto con que Cristo nuestro Señor padecía.

Este punto es el más tierno y el que ha de servir de salsa para hallar gusto y sabor espiritual en todo lo que meditáremos de la Pasión, ponderando la grandeza e inmensidad del amor con que este Señor padecía todos sus tormentos; porque no los padecía por necesidad y fuerza, sino, como dijo el profeta Isaías, *por su voluntad y de gana*, *solamente porque quiso*, *porque era bueno y misericordioso, e inclinado a dar gusto a su Padre Eterno y hacer bien a todos los hombres,* y para descubrir las riquezas y tesoros infinitos de caridad, misericordia y liberalidad de Dios para con sus criaturas. De aquí procedía que, como amaba tanto a su Eterno Padre, y por su respeto amaba tanto a los hombres, con ese mismo amor inmenso padecía todo lo que padeció por ellos, aceptándolo todo con grande gusto y consuelo por su bien. ¡Oh, quién pudiera rastrear la longura y anchura, la alteza y profundidad de la caridad de Jesús! ¡Oh, quién entrara en su encendido corazón, y viera el homo de fuego infinito que en él ardía, y se derritiera con aquel fuego, saliendo todo lleno de amor, para amar como soy amado y para padecer con amor por quien padece con tanto amor. De este amor interior nacían tales señales y muestras exteriores, que bastan para derretir el corazón más helado que el mismo hielo, y más duro que el peñasco.

1. Porque, lo primero, *señal de amor a los trabajos es desear que vengan presto,* hablar con gusto de ellos, refrescar a menudo su memoria, entrar con alegría y gozo en el lugar donde se han de padecer, y afligirse de ver que se dilatan, y reprender a los que se lo quieren estorbar, llamándolos Satanás y adversarios suyos. *Todo esto hacía nuestro dulce Jesús,* como verdadero enamorado del padecer, como adelante se verá. Por razón de lo cual dijo a sus discípulos: «Con un bautismo tengo de ser bautizado. ¡Oh, cómo me aflijo hasta que esté acabado!».

¡Oh Amado mío!, si este bautismo fuera de agua, no me admirara que te diera pena su tardanza y dilación, mas siendo bautismo de sangre, y de sangre salida de tus venas con terribles penas, ¿cómo lo deseas con tantas ansias? ¡Oh, quién me diese tal hambre y deseo de padecer trabajos, que gustase de ellos más que de los descansos!

2. Mas porque muchos blasonan de los trabajos y los desean antes que vengan, y después de venidos los aborrecen y huyen de ellos, hay *otra señal más cierta del amor al padecer, que es acometer los mismos trabajos, satirios á recibir,* no huir de ellos ni impedirlos, aunque se pueda; no se excusar ni volver por sí, ni hablar en su defensa, aunque sea provocado a ello, para eximirse de ellos; ofrecerse aparejado sin resistencia a todo cuanto quisieren hacer de él sus atormentadores, con tal modo de mansedumbre, que no pierdan el ánimo de atormentarle, por muchos tormentos que le den. *Todo esto y mucho más descubrió Cristo en su Pasión,* porque fuese al huerto donde le habían de prender; podía rogar al Padre que enviase legiones de ángeles que le defendiesen, y no quiso; dio licencia a sus enemigos, que estaban postrados en tierra, para que se levantasen y le prendiesen; entregó su rostro a las bofetadas y su cuerpo a los azotes, sin volver el rostro ni desviar el cuerpo a dolor alguno; no quiso hacer milagros para que Herodes le amparase, ni hablar en su defensa para que Pilato le soltase, aunque le provocaba a ello y se admiraba de su silencio. Y finalmente, aceptó su injusta sentencia, y abrazó dulcemente la cruz y se tendió en ella, dejándose enclavar con duros clavos de hierro, porque estaba ya muy más enclavado con los clavos del amor.

¡Oh amor infinito y fuego inmenso, a quien no pudieron apagar las aguas de trabajos tan inmensos, antes con ellas se encendía mucho más! Abrasadme, Salvador mío, con este fuego, y encendedme con este amor.

3. Pero más adelante pasó el amor inmenso de Jesús en dar señales de su inmensidad, pues *no se hartó con padecer lo que padeció, sino deseó padecer infinitamente más.* Miraba las ansias con que sus enemigos deseaban inventar nuevos tormentos para afligirle; y dilatando más su amor, no solamente deseaba padecer los tormentos que le dieron, sino estaba aparejado a sufrir todos los que deseaban darle. Y aun no contento con esto, estaba deseoso y aparejado para sufrir otros incomparablemente mayores, si fuera necesario para nuestro bien.

¡Oh fuego infinito, que siempre ardes y nunca dices basta! ¿Con qué te pagaré tal deseo de padecer? Mucho te debo por lo mucho que por mí padeciste; pero mucho más te debo por lo mucho más que deseaste padecer, si fuera necesario, para nuestra redención. Si recibiste cinco mil azotes, amor tenías para recibir otros cinco mil millares más crueles. Si tu cabeza fue traspasada con setenta y dos espinas, tu amor estaba rendido para dejarse traspasar de setenta mil de ellas. Si estuviste colgado tres horas en la cruz con excesivos dolores, aparejado estabas para estar millares de horas con tormentos mucho mayores. Más deseaste ser

atormentado, que tus enemigos atormentarte; y más amaste el padecer, que todos los hombres mundanos aman el descansar. ¡Oh, quién me diese un amor tan insaciable, que no se viese harto de padecer por quien tanto padeció por mí con tan insaciable amor!

Buen testimonio de este amor es lo que pasó en el Huerto, adonde este Señor, previniendo a los tormentos de los verdugos, quiso de su voluntad dar principio a sus trabajos con tales muestras de dolor, que sudó sangre, como en su lugar ponderaremos.

PUNTO SEXTO

De las heroicas virtudes que Cristo nuestro Señor ejercitó en su Pasión.

1. Lo primero, se ha de considerar cómo Cristo nuestro Señor ejercitó en su Pasión *todas las principales virtudes de la vida cristiana y perfecta,* y cada una de ellas *en grado heroico, cuanto a los actos exteriores,* y mucho más *cuanto a los interiores* que los acompañan. Las causas de esto fueron: *La primera,* porque había venido a ser maestro, ejemplar y dechado de las virtudes, y entonces quiso hacer un epílogo de todos y dar de ellas singular ejemplo, como lo dijo en acabando de lavar los pies a sus Apóstoles. *La segunda,* porque con su Pasión nos había de merecer y ganar todas las virtudes, y así quiso que los merecimientos se fundasen en el ejercicio actual de todas ellas. *La tercera,* para volver por la honra de las virtudes, que estaban muy caídas y desacreditadas en el mundo, especialmente las que tienen por oficio hollar las cosas mundanas. *La cuarta,* para dejamos por testamento y última voluntad, confirmada con su muerte, las obras excelentes de todas las virtudes; porque así como dijo en el último sermón: «Un mandamiento nuevo os doy, que os améis unos a otros, como Yo os amé»; así pudo decir, y dijo con la obra: Un mandamiento nuevo os doy, que os humilléis como Yo me humillé, y que obedezcáis y sufráis como Yo obedecí y sufrí.

¡Oh dulce Maestro!, enseñadme a ejercitar estas virtudes, imitando el ejemplo que me disteis, para que yo, en mi tanto, vuelva por la honra de ellas para gloria vuestra. Amén.

2. Lo segundo, puedo ponderar la muchedumbre y grandeza de estas virtudes, discurriendo por *los ocho actos heroicos que Cristo* nuestro Señor, en el sermón del monte, *llamó bienaventuranzas,* las cuales ejercitó

en su Pasión con eminencia. Lo primero, ejercitó *la pobreza de espíritu*, renunciando a todas las cosas, hasta el propio vestido, quedando desnudo en la cruz. Y con la pobreza ejercitó *la humildad,* que se encierra en ella, hollando todas las vanas honras y pompas del mundo, y abrazando todo género de desprecios, como está referido. Ejercitó *la mansedumbre* heroicamente en medio de tantas fieras que le mordían y despedazaban, estando como cordero sin hablar, ni defenderse, ni indignarse, y con tanta fortaleza como si fuera un diamante, en todo lo que sufría.

Lloró amargamente por nuestros pecados, con grande dolor y tristeza, hasta derramar, no solamente lágrimas por sus ojos, sino sangre por todos los poros de su delicado cuerpo. *Tuvo hambre y sed insaciable de la justicia,* no viéndose harto de hacer bienes y de padecer males, por justificarnos y darnos ejemplos de santidad; por lo cual dijo en la cruz: Sed tengo. *Se señaló en tener misericordia* de los miserables, dándoles cuanto tenía: hacienda, honra, sangre y vida para remediar sus miserias, y su mismo cuerpo en manjar para hartar su hambre, y su sangre en bebida para satisfacer a su sed. *Tuvo limpieza de corazón eminentísima,* conservándose en medio de tan terribles ocasiones sin pecado; antes, tomando de ellas motivo para ejercitar admirables actos de virtud. Fue *excelentísimamente pacífico,* pacificándonos con su Eterno Padre, ganándonos la verdadera paz y conservándola Él mismo con los que le hacían tan terrible guerra. Finalmente, fue *por extremo paciente,* padeciendo por la justicia las mayores persecuciones que jamás se han padecido, y con la mayor paciencia que jamás se ha tenido: por lo cual con mucha razón le son debidos todos los premios que a estas virtudes corresponden, los cuales también ganó para los que le imitasen en ellas.

¡Oh Maestro soberano, quién te oyera hablar en el primer monte, cuando predicabas estas virtudes, y quién te viera padecer en el monte Calvario, cuando las ejercitabas! El mismo eras, y el mismo fin tenías en ambos montes, hablando y obrando, enseñando a padecer y padeciendo. Dame gracia, Señor, para que oiga lo que me enseñaste, y ejercite lo que ejercitaste, conformándome contigo en todo lo que hiciste y padeciste.

3. Lo tercero, se pueden ponderar estas virtudes de Cristo nuestro Señor cada una por sí, discurriendo por las propiedades y grados que tiene cada una. Y porque sería cosa larga poner ejemplo en cada una, solamente *le pondré en la obediencia,* que las abraza todas, de la cual dijo San Pablo que se humilló Cristo nuestro Señor, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, y que siendo Hijo de Dios, por las cosas que padeció aprendió la obediencia. La cual fue heroica: *Lo primero,* porque, no sólo

obedeció en cosas fáciles y prósperas, sino *en cosas dificultosísimas* y asperísimas, cual fue la muerte de cruz, como lo demás que precedió a ella. *Lo segundo,* con ser las cosas tales, fue su *obediencia enterísima,* sin dejar ni una jota ni una tilde de todo cuanto habían profetizado los profetas. Lo cual ponderó San Juan cuando dijo: «Sabiendo Jesús que todas las cosas de su Pasión estaban ya cumplidas, para que se cumpliese la Escritura dijo: «Sed tengo; que fue decir: Para que se cumpliese una penalidad de las que estaban profetizadas, y faltaba por cumplir, que habían de darle a beber vinagre cuando tuviese sed, dijo: «Sed tengo». *Lo tercero,* fue *obediencia prontísima* y puntual, sin dilación, ni tardanza, ni réplica, ni excusas a cuanto se le mandaba, aunque fuese muy áspero, y de parte de los jueces y verdugos muy injusto. *Lo cuarto,* fue *general y humilde,* sujetándose a todo género de hombres malos y perversos, por entender que ésta era la voluntad de su Padre, conforme a lo que Él dice por Isaías: «El Señor me abrió la oreja; esto es, mandóme obedecer, y Yo no contradije ni volví atrás: di mi cuerpo a los que le herían, mis barbas a los que las arrancaban; no aparté mi rostro de los que me injuriaban y escupían». *Finalmente, fue obediencia perseverante hasta la muerte,* queriendo que primero le faltase la vida que el obedecer, y morir obedeciendo, y obedecer muriendo; y todo *con obediencia de amor,* según aquello que el mismo Señor dijo: «Para que conozca el mundo que amo a mi Padre, y que como mi Padre me dio el precepto, así le cumplo, levantaos y vamos a padecer».

Gracias te doy, dulcísimo Señor, por el heroico ejemplo que me diste de obediencia. ¡Oh!, quién tuviese otra semejante, fuerte, entera, pronta, puntual, perseverante y amorosa, sujetándome a toda humana criatura, por tu amor, para que todo el mundo conociese que te amo y que cumplo tus mandamientos con el modo que los mandas. Por tu santísima obediencia te pido esta obediencia: mándame, Dios mío, lo que quisieres, con tal que me des esta virtud para cumplir lo que mandas.

De esta manera se puede discurrir cerca de la humildad y pobreza, silencio, modestia y las demás virtudes.

PUNTO SÉPTIMO

De las siete estaciones que Cristo nuestro Señor anduvo en su Pasión.

Los caminos o estaciones que Cristo nuestro Señor anduvo la noche de su Pasión y el día siguiente se pueden reducir a *siete,* para meditarse en los siete días de la semana, comprendiendo en ellas todo el discurso de la

Pasión. *La primera,* fue con sus discípulos, desde el cenáculo al huerto de Getsemaní, donde se entristeció, oró y sudó sangre. *La segunda,* desde el huerto, donde fue preso, hasta la casa de Anás, donde fue examinado y recibió una cruel bofetada. *Lo tercera,* a casa de Caifás, donde fue escupido, abofeteado, y padeció gravísimas injurias y dolores toda aquella noche. *La cuarta,* a casa de Pilato, presidente, donde fue acusado de los judíos con muchos falsos testimonios. *La quinta,* al palacio del rey Herodes, donde fue escarnecido de él y de todo su ejército. *La sexta* fue la vuelta a casa de Pilato, donde fue azotado, coronado de espinas y escarnecido, y condenado a muerte. *La séptima,* fue de aquí al monte Calvario con su cruz a cuestas, en la cual fue allí crucificado. Por estas siete estaciones debería, como David, dar gracias a Dios siete veces al día, glorificándole por los juicios de su justicia y misericordia que en ellas resplandecen, rumiando muy despacio quién es la persona que anda estas jornadas y el fin que tiene en ellas, la compañía que lleva, el lugar de donde sale, el modo como camina, el lugar donde para, las cosas que dice, hace y padece, sacando de todo, el espíritu y provecho a que se ordenaron.

1. En la persona de Cristo nuestro Señor se ha de considerar su infinita dignidad, como está dicho, ponderando *los pasos y afectos del espíritu* con que acompañaba los pasos del cuerpo, ordenándolos a gloria del Eterno Padre, para satisfacer por nuestros pecados. Y quizá fueron siete las estaciones en castigo de los malos pasos que hemos andado en los siete pecados mortales, y para quebrantar el orgullo del dragón bermejo de siete cabezas, que tenía tiranizado el mundo; y para domar la soberbia *y* rebeldía de los mundanos, y darnos a todos ejemplo de humildad y paciencia, conforme a lo que está escrito, que los montes del siglo se desmenuzaron y los collados del mundo se encorvaron por los caminos de su eternidad; esto es, que los soberbios y altivos corazones, los rebeldes y protervos ánimos se humillaron y sujetaron por las jornadas y caminos que anduvo este Señor, eterno, trazadas desde su eternidad para este fin.

¡Oh eterno Dios y Salvador nuestro, Cordero sacrificado por nosotros desde el principio del mundo!, esclarece los ojos de mi alma, para que considere estas jornadas y pasos que anduviste por nuestro remedio, de modo que alcance el fin para que Tú las ordenaste. Perdona, Señor, por ellas mis malos pasos, y enderézalos de aquí adelante según tu ley, para que no se señoree de mí ninguna injusticia. ¡Oh Padre Eterno, que cuentas los pasos de los hombres, así los malos, para castigarlos, como los buenos, para galardonarlos! Mira los pasos de tu querido Hijo, y por ellos te

suplico endereces los míos, para que sean en todo conformes con los tuyos. Amén.

2. *Cuanto a la compañía* que Cristo nuestro Señor lleva en estas estaciones, se ha de considerar cómo *unas veces va acompañado de sus discípulos,* como va el pastor en medio de sus ovejas. Y así fue en la primera estación del cenáculo al huerto, consolándolos y exhortándolos a velar y orar, amparándolos de los lobos, que los querían perseguir y destrozar. Pero en las demás estaciones *iba rodeado de enemigos,* como oveja entre lobos y como cordero entre leones y tigres, los cuales con excesiva crueldad y fiereza le mordían y despedazaban, afligiéndole con injurias, desprecios, dolores y tormentos, llevándole maniatado como una oveja cuando es llevada al matadero, sin abrir su boca para quejarse. Cumplió aquí en su Persona lo que había dicho a sus discípulos: «Mirad que os envío como a corderos entre lobos; sed prudentes como las serpientes, y sencillos como las palomas»; porque en estas estaciones, con ser terribles las persecuciones, calumnias y astucias de sus enemigos, siempre se mostró manso como cordero, sin resistirlos; sincero y puro como paloma, sin ofenderlos; prudente más que las serpientes, sin ser engañado de ellos: antes, con admirable sabiduría, los confundía, ya callando, ya hablando como convenía.

3. *Cuanto a los lugares* de donde sale y el modo pomo camina, y a dónde va a parar su estación, se ha de considerar cómo *todos son para Él lugares de aflicción y tormento,* dejando unos y tomando otros, y casi siempre los postreros son más terribles que los primeros, subiendo del trabajo menor al mayor. Y *todos los pasos son con apresuración* por la furia de sus enemigos, que le hace salir del paso, y por la grandeza del amor con que gusta de apresurarse para concluir de presto nuestra redención. De modo que podemos decir de Él aquello de los Cantares: «Mirad que viene saltando por los montes y atrancando collados». *Montes* y *collados* son los tribunales y palacios de los pontífices, presidentes y reyes, en los cuales no se detenía este Señor a gozar de los bienes que allí gozan los mundanos; sino con grande apresuración, como ciervo perseguido de los perros, pasaba por cada uno de ellos, siendo allí mordiscado, herido y atormentado, hasta que en el monte Calvario le dieron el último alcance, y quedó descoyuntado y muerto en la cruz.

4. Ultimamente, *en cada lugar de éstos edificaré espiritualmente algunos tabernáculos,* como San Pedro quería edificarlos en el monte Tabor, para morar allí con Cristo transfigurado en dolores, ponderando por menudo lo que allí se dice, hace y padece por mi causa. *Primero edificaré*

un tabernáculo en el huerto de Getsemaní, y allí moraré con Cristo triste y afligido, velando y orando con Él, oyendo las palabras que hablaba con su Padre Eterno y con sus discípulos, oyendo también las que el Ángel le dice cuando le conforta y las que Él le responde, y mirando la lucha que padece dentro de Sí, y el sudor de sangre que arroja de Sí, y los pasos que anda, yendo y viniendo a sus Apóstoles para despertarlos, y al lugar de la oración para rogar por Sí y por ellos. Unas veces le pediré, como discípulo a maestro, que me enseñe a orar y velar, y otras veces, como amigo o fiel criado, le consolaré en sus desconsuelos, compadeciéndome de verle desconsolado, acompañándole en su soledad. Y en esta misma morada miraré cómo sale a recibir a sus enemigos, las palabras que les dice, los milagros que obra en ellos, y los tormentos que de ellos recibe siendo preso, pisado y maniatado. Y aunque todo esto se hizo de prisa, yo lo pensaré despacio, deteniéndome en esta morada y estación hasta que mi alma quede satisfecha, enseñada y movida al amor e imitación de lo que allí ha visto en su Señor. Todo esto se ha de sacar de lo que diremos en la meditación de este misterio, y *a este modo se ha de proceder en las demás estaciones.*

PUNTO OCTAVO

De los Dolores que la Virgen nuestra Señora padeció en la Pasión de su Hijo.

También se han de considerar en estos misterios de la Pasión, *los dolores y trabajos de la Virgen nuestra Señora,* para compadecernos de Ella por lo mucho que padece, y para compadecernos de lo mucho que por esta causa padeció su Hijo sintiendo lo que padecía su gloriosa Madre; y pues también lo es nuestra, y nuestros pecados son causa de sus aflicciones, justo es sentirlas y alentarnos también a imitar las excelentes virtudes que descubrió en ellas.

1. La grandeza de estos dolores se ha de sacar de *dos raíces* principales. *La primera, del grande amor que tenía a Cristo nuestro Señor;* porque a la medida del amor es el gozo de los bienes que tiene la persona amada, y el dolor de los males que padece. *Este amor y dolor fueron vehementísimos en la Virgen, por muchos títulos.*

a) El primero, porque *Cristo nuestro Señor era Hijo natural,* a quien amaba con amor más tierno y puro que todas las madres y padres del mundo amaron a sus hijos, por cuanto *Ella sola fue madre sin padre,* en

quien se recogió todo el amor de padre y madre; y como *la concepción de este Hijo fue* singular *por obra del Espíritu Santo, que es amor,* así el amor fue singular, y por consiguiente, fue singular el dolor que padeció en su muerte; de modo que pudo decir: «¡Oh vosotros los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor que iguale al mío!».

b) Con esto se juntaba que *este Hijo era primogénito y único,* cuya vida suele ser más amada y su muerte más sentida; y así, para encarecer la Escritura el llanto de alguna cosa, le llama llanto por muerte del Unigénito. Pues ¿cómo lloraría la Virgen la muerte de este su unigénito, que juntamente era unigénito de Dios, viéndole crucificado con tan grande ignominia y dolor?

c) Lo tercero, creció más el amor de la Virgen con su Hijo por *la grande semejanza que tenían los dos,* y la semejanza, como dice el Sabio, es causa del amor; *y* así, los padres suelen amar mucho más al hijo que más se les parece. Pues como la Virgen y su Hijo fuesen muy semejantes en la complexión y condición, y en las costumbres y virtudes, eran como una cosa en todo, y el dolor que traspasaba al uno penetraba también el corazón del otro.

d) El cuarto título de amarle fue la grandeza de santidad y sabiduría de su Hijo; porque la caridad, cuando está bien ordenada, ama más a los mejores, que están más cercanos a Dios; y si con esto se junta que están más cercanos a nosotros por la sangre, crece mucho el amor, aunándose naturaleza y gracia para su perfección. Y a este paso crece el dolor, viendo padecer al que es muy santo; y como creemos que padece sin culpa, se acrecienta nuestra pena. Pues si las Hijas de Jerusalén lloraban amargamente los tormentos de Cristo, teniéndole por inocente, ¿cuánto más amargamente los lloraría la que le tenía por santo de los santos y fuente de toda santidad?

e) El quinto título de amarle fue *reconocerle por infinito bienhechor suyo,* de quien había recibido innumerables y excelentísimos beneficios, y entre ellos el sumo de *haberla escogido por su Madre,* Y como el amor es agradecido, desea infinitos bienes para su bienhechor, en recompensa de los que le ha dado. Pues ¿qué pena recibiría la Virgen viendo padecer tan terribles males al que deseaba que gozase infinitos bienes?

f) El sexto título de amarle fue porque, siendo Hijo suyo, *era* también *Hijo de Dios vivo, y Dios infinito,* dignísimo de ser amado con infinito amor, por su infinita bondad y hermosura; y como la Virgen con grande luz conocía esta infinita excelencia de su Hijo, amábale con todo su corazón,

ánima, espíritu y fuerzas, sin quitar nada del sumo amor que podía ofrecerle. *Y a esta medida creció el dolor,* doliéndose con todo su corazón, con toda su ánima, con todo su espíritu y con todas sus fuerzas por ver tan despreciado y aborrecido al que por infinitos títulos merecía ser honrado y amado.

g) Finalmente, el Espíritu Santo había derramado en su corazón la caridad de Dios, uniéndola consigo por el amor unitivo, de modo que fuese *un espíritu con Dios y con su Hijo,* de donde procedía *tener por propias todas sus prosperidades y adversidades, y dolerse de los trabajos del Hijo mucho más que si fueran suyos,* porque le amaba más que a sí. Y como con la fuerza de este amor salía de sí y estaba traspasada y puesta en el corazón del Hijo, *lo que padecía Él, padecía Ella,* sintiendo en sí lo que miraba sentir al Hijo, y así podía decir mucho mejor que San Pablo: «Con Cristo estoy enclavada en la cruz; vivo yo, no yo, sino Cristo vive en mí», y yo vivo en Cristo.

2. Con la grandeza de este amor se juntaba *la segunda raíz del dolor,* que *es la viva aprensión que tenía de los trabajos de su Hijo, con todas las circunstancias que quedan referidas;* porque había leído las divinas Escrituras que los contaban, y penetrándolos con luz del cielo, y hallándose presente a ellos, no solamente ponderaba lo que padecía por de fuera, *sino penetraba lo de dentro,* y de todo formaba representación tan viva, que se transformaba en la imagen de lo que el Hijo padecía. *Este fue el cuchillo de dos filos,* aguzado con *conocimiento* y *amor, que traspasó,* como dijo Simeón, no el cuerpo, sino *el alma de esta Virgen purísima*. Y de esta manera también bebió el cáliz de la Pasión que Cristo ofreció a los hijos del Zebedeo, y fue bautizada con el bautismo de penas y sumida en el mar amargo de las tribulaciones, de modo que se pudo decir de Ella: «Grande es como el mar tu contrición», y la amargura de tu aflicción.

¡Oh Virgen soberana!, ¿quién podrá contar la amargura que tuvisteis por estos siete títulos de amor y dolor, que como siete cuchillos traspasaron vuestro corazón? Bien podéis decir en esta ocasión: «No me llaméis Noemi, que quiere decir hermosa, sino llamadme Mara, que quiere decir amarga, porque me ha llenado de grande amargura el Todopoderoso». Grandes favores os hizo el Todopoderoso en el día de su Encarnación, y grandes aflicciones os ha dado el mismo Todopoderoso en el día de su Pasión. Y pues también las aflicciones son favores, suplicadle muestre conmigo su poder, dándome sentimiento de lo que padeció y gracia para imitarle en ello. Amén.

De estas consideraciones he de sacar que *la más alta disposición para sentir los dolores de la Pasión de Cristo nuestro Señor es el amor;* y, como dice San Buenaventura, cuanto éste fuere más encendido, tanto será mayor el dolor y compasión, y con la misma compasión se aumenta el amor. Y así, de los siete títulos que se han referido, tomaré los que me hacen al caso para granjear este fervoroso amor y la unión con Cristo, por la cual me haga participante de sus dolores y de los dones que proceden de su preciosa imitación.

PUNTO NONO

De las heroicas virtudes que la Virgen nuestra Señora ejercitó en la Pasión de su Hijo.

Últimamente, se han de considerar las virtudes que en esta ocasión ejercitó la Virgen nuestra Señora, para imitarla en ellas. Las más principales fueron cuatro, en que se encierran otras muchas.

1. La primera fue *altísima resignación en la divina voluntad*, negando la suya natural para conformarla con la de Dios, diciéndole como su Hijo: «No se haga lo que Yo quiero, sino lo que Tú quieres»; y esta resignación tanto es más heroica, cuanto son mayores los trabajos a que nos ofrecemos por ella.

2. La segunda fue *profundísima humildad,* no huyendo los desprecios, sino acometiéndolos y abrazándolos, gustando de manifestarse por Madre del que tantos desprecios padecía, tomando la mucha parte que le cabía de ellos. Y *con esta humildad asistía a la cruz de su Hijo,* haciéndose cargo de su Pasión y muerte; porque aunque Ella no tuvo pecados por los cuales muriese Cristo, pero murió por preservarla de ellos.

3. La tercera fue *grande fortaleza y magnanimidad, con gran paciencia,* acercándose a la cruz de su Hijo y estando en pie junto a ella, sin que fuesen parte para desviarla de su presencia, ni la crueldad de los perseguidores, ni la terribilidad de los dolores que por esta causa padecía, deseando se le ofreciese ocasión de padecer y morir por quien tanto padecía por Ella.

4. La cuarta fue *encendidísima caridad y amor de los hombres* y de los mismos enemigos de su Hijo, sin que sus blasfemias y crueldades la moviesen a indignación, sino antes a compasión, doliéndose de los pecados que hacían y de los daños en que incurrían, rogando a Dios por

ellos y excusándolos al modo que lo hizo su mismo Hijo, como en su lugar veremos. *De esta manera juntó la Virgen con sus terribles aflicciones, admirables ejercicios de virtudes,* por lo cual pudo decir en este tiempo aquello de los Cantares: «Negra soy, pero hermosa; hijas de Jerusalén, no os admiréis de verme así morena, porque el sol me ha quitado el color.

Negra estáis. Virgen Santísima, en lo exterior, por las penas que padecéis; pero hermosa en lo interior, por las virtudes que ejercitáis; el Sol de justicia os ha puesto descolorida porque sus tristezas son causa de las vuestras, y Él mismo os hace hermosa, porque con su ejemplo resplandece el vuestro, imitando sus virtudes. Suplicadle, Madre piadosísima, que con los rayos encendidos de su luz ilustre encienda mi corazón, para que de tal manera medite sus trabajos, que tenga parte en ellos, imitando sus virtudes. Amén.

Por lo que se ha dicho en estos nueve puntos, quedan declaradas en general las cosas que más en particular se han de ponderar en cada misterio de la Pasión, así en la persona de Cristo nuestro Señor, como de la Virgen su Madre, tomando a los dos por principal materia de la meditación e imitación, y a la Madre por abogada, para alcanzar sentimiento de lo que padece el Hijo. La práctica de todo se irá poniendo en las meditaciones que se siguen.

Meditación 2

La subida de Cristo nuestro Señor a Jerusalén, en que descubrió a sus Apóstoles lo que allí había de padecer, y las veces que habló con ellos de su pasión.

PUNTO PRIMERO

Cristo sube a Jerusalén con paso apresurado porque iba a padecer.

Lo primero se ha de considerar cómo sabiendo Cristo nuestro Señor que el tiempo de su Pasión estaba cerca, y que los judíos trataban en Jerusalén de matarle, quiso ir allá desde la ciudad de Efrén, donde se había recogido con sus Apóstoles; y en este camino iba con paso extraordinario. Iba Jesús delante de ellos, de modo que los Apóstoles se admiraban y procuraban seguirle llenos de temor. Sobre este punto se han de ponderar

las causas de este nuevo modo de caminar de Cristo con paso tan apresurado, y los afectos que causó en sus discípulos.

1. La primera causa fue *para declarar la prontitud de voluntad* y el fervor de espíritu *con que iba a padecer,* sin temor de los trabajos que le esperaban en Jerusalén; ponderando que a las obras fáciles y gloriosas, como predicar, hacer milagros, sanar enfermos, etc., iba Cristo nuestro Señor con su paso ordinario; mas a la obediencia penosa y afrentosa de su Pasión y muerte quiso ir con paso extraordinario, sacándole de su paso la fuerza de su divino amor, el cual es como fuego y como aguijón y espuela que apresura y hace correr con más fervor a la obediencia que es más penosa a la carne y más agradable a Dios. Al contrario del amor propio, que va con pies de plomo a los ejercicios trabajosos de virtud, y nos saca de paso y apresura a todo lo que es regalo y honra. Por donde conoceré cuán lleno estoy de amor propio y cuán vacío del divino.

¡Oh dulcísimo Jesús, que subiste a Jerusalén a padecer tormentos con tanto fervor y prisa, como si fueras a recibir descansos!, llena mi corazón del amor divino, que te sacó de tu paso, para que yo salga del mío perezoso y tibio, ofreciéndome a obedecer y padecer cuanto quisieres con un espíritu ferviente semejante al tuyo.

2. La segunda causa porque iba delante de todos, fue *para significar que en materia de padecer trabajos interiores y exteriores quiso preceder y llevar la delantera* a todos sus Apóstoles y discípulos, y a todos los mártires y santos que ha habido y habrá; ponderando que en los milagros, que es cosa honrosa, dio la delantera a los Apóstoles y a otros santos, queriendo que los hiciesen mayores que Él, mas en materia de padecer, ninguno se le adelantó ni igualó. Padeció más que Job, más que Lázaro el mendigo, más que los profetas y mártires; todos quedan atrás y le miran como a ejemplo y dechado de padecer.

¡Oh buen Jesús, qué contrario es tu espíritu al espíritu del mundo! Este quiere llevar la delantera a todos en honras y regalos; el tuyo, en deshonras y tormentos. Aquél desea preceder en las obras de mayor gloria, el tuyo en las de mayor ignominia. Dame. Señor, este espíritu de que tanto te preciaste, para que procure señalarme sobre todos en ser por tu amor más abatido y afligido que todos.

3. La tercera causa fue *para provocar a sus Apóstoles a admiración e imitación.* Se admiraban, y se daban prisa por seguirle y alcanzarle, procurando cada uno adelantarse más que el otro por acercarse más a Jesús, venciendo el temor y miedo que llevaban con el fuego de amor que

le tenían, el cual les sacaba, también de su paso, provocados de su ejemplo. En lo cual se nos descubre *el modo como hemos de mirar a Cristo en su Pasión* y meditarla, *que es admirándonos de lo que hace y padece, y siguiéndole en ello.*

Cuando miro a Cristo azotado y vestido de púrpura, coronado de espinas y llevando su cruz, tengo que admirarme que un Señor tan grande padezca con tanto amor cosas tan penosas, y acercarme a Él cuanto más pudiere, siguiéndole en tomar disciplinas y cilicios, y traer vestido pobre y llevar mi cruz cada día, dándome prisa por adelantar más que otros y seguirle, no desde lejos, como le seguía Pedro la noche del prendimiento, sino de cerca, suplicando a este Señor me ayude a vencer las repugnancias que me desviaren de esto, y haciendo de mi parte lo que pudiere para vencerlas.

PUNTO SEGUNDO

Cristo descubre por tercera vez su Pasión a los Apóstoles.

Caminando de esta manera Cristo nuestro Señor, se detuvo un poco hasta que llegasen los doce Apóstoles, y tomándolos aparte, les dijo en secreto: «Mirad que subimos a Jerusalén, y allí se cumplirán todas las cosas que están escritas por los profetas del Hijo del Hombre, porque será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, y éstos le condenarán a Muerte y le entregarán a los gentiles para que escarnezcan de El y le azoten y crucifiquen, y al tercero día resucitará». Esta fue *la tercera vez* en que Cristo nuestro Señor descubrió su Pasión a los Apóstoles, porque otras veces había hecho lo mismo, aunque no con tanta distinción. La primera, cuando San Pedro le confesó por Hijo de Dios vivo. La segunda, cuando curó al endemoniado lunático, con grande admiración y pasmo de toda la gente, como lo cuenta San Lucas. Sobre todo esto, ponderaré *las causas* que tuvo Cristo nuestro Señor *para descubrir a sus Apóstoles* tantas veces y en tales ocasiones *los trabajos de su Pasión* y Muerte, tomando las que hacen más al caso para nuestro provecho espiritual.

1. La primera, *para que se entendiese cuán presente tenía siempre en su memoria esta Pasión,* gustando continuamente la amargura de ella, y bebiendo sin cesar este cáliz tan penoso, de modo que cuando comía y bebía, cuando predicaba y razonaba, cuando hacía milagros y obras maravillosas, allí la tenía presente, y en la misma transfiguración gloriosa

hablaba de ella como de cosa de que gustaba hablar, aunque fuese muy amarga; y todo esto a fin de moverme con su ejemplo a que yo también tenga siempre presente su Pasión y guste de pensar en ella y de hablar de ella a menudo, y que sea como pan, que se come con todos los otros manjares.

¡Oh dulce Jesús! ¿cómo no gustaré yo de pensar lo que pensabas, y de hablar en lo que Tú hablabas? Este es mi deseo, Amado mío, hacer un ramillete de tus dolores, y ponerle delante de mis ojos y entre mis pechos, acordándome siempre de ellos, compadeciéndome de Ti y amándote más que a mí. Nunca le echaré a las espaldas, sino entre mis pechos, como cosa que gusto ver y que deseo abrazar; y no tomaré a bulto tus trabajos, sino uno por uno los iré contando mientras camino por esta vida mortal, confortándome con su olor hasta alcanzar la vida eterna.

2. La segunda causa era *para confirmar a sus discípulos en la fe y creencia de estas ignominias,* que eran más dificultosas de creer que sus grandezas, *y para que se apercibiesen* con grande constancia *para ellas.* Y por esta causa, cuando se vio más honrado entre sus discípulos por la confesión de San Pedro, y entre la gente del pueblo por la grandeza de sus milagros, entonces les descubre su Pasión, acordándose en el día de los bienes, como dice el Sabio, del día de los males, y preparándose un día para el otro. Mirad, dice, que subimos a Jerusalén, y allí tengo de ser entregado a la muerte con grandes dolores y desprecios; pues subís conmigo, disponeos a padecer algo conmigo, porque no desfallezcáis en la fe y en el amor que me debéis.

¡Oh Maestro soberano!, donde Vos subís quiero subir, porque padecer con Vos no es bajar, sino subir y medrar, y si yo voy en vuestra compañía no tengo que temer, porque será cierta vuestra ayuda. Con Vos quiero padecer en la Jerusalén de la tierra., para reinar con Vos en la Jerusalén del Cielo. De estas palabras de Cristo me tengo de aprovechar en mis trabajos, imaginando que me dice: Mira, hombre, que subimos a Jerusalén, primero a padecer y después a reinar: no subes solo: Yo subo contigo para ayudarte; Yo subí primero, sube tú tras Mí para imitarme, porque padeciendo conmigo reinarás conmigo por todos los siglos. Amén.

PUNTO TERCERO

Por qué los Apóstoles no entendían la Pasión de Cristo.

Luego añaden los Evangelistas «que los Apóstoles no entendían lo que Cristo les decía, y que era para ellos palabra escondida y encubierta, y que no la sentían ni alcanzaban, y que temían preguntársela, y que se entristecían vehementemente». En lo cual se ha de ponderar:

1. Lo primero, cómo *no todos los que oyen predicar la Pasión,* o la leen y oyen hablar de ella, *la entienden, penetran y sienten,* como no la entendían ni penetraban en este tiempo los Apóstoles, que eran imperfectos; porque sentirla y penetrar los misterios y frutos de ella, y las grandezas que en sí encierra, es don de Dios, el cual le da a sus escogidos a su tiempo. Y así le tengo de pedir, diciéndole:

Redentor mío, mi entendimiento está obscurecido, y los misterios de vuestra Pasión están para mí encubiertos; dadme sentimiento de ellos, pues me mandáis por vuestro Apóstol que sienta en mí lo que padecisteis Vos.

2. Lo segundo, ponderaré *las causas de donde procedió que los Apóstoles no entendiesen ni penetrasen lo que se les decía de la Pasión;* es a saber: porque tenían baja estima, con demasiado temor, de las ignominias y desprecios, y grande estima, con demasiado amor, de las honras y grandezas; y así, cuando les decía Cristo sus dolores y desprecios, se entristecían vehementemente con gran caimiento de ánimo, porque sentían ser cosa indigna que Cristo la permitiese. Y de aquí procede también que cuando yo medito la misma Pasión estoy seco y sin sentimiento, porque llego con disposición contraria a estos misterios; y para sentirlos tengo de desnudarme del vano temor de los desprecios y dolores, y del amor de honras y grandezas, procurando tener grande estima y aprecio de todo lo que es padecer aflicciones y desprecios por cumplir la voluntad de Dios.

3. *Para sentir más esta verdad,* ayudará mucho ponderar lo que en esta coyuntura *sucedió a Cristo nuestro Señor con San Pedro, el cual,* en acabando de confesarle por Hijo de Dios vivo, por revelación que de ello tuvo, luego *descubrió la grosería que de su cosecha tenía;* porque oyendo decir a su Maestro lo que hemos dicho, sintió tan bajamente de su Pasión, que se atrevió a reprenderle, diciendo: «Te guarde Dios de tal cosa; no será así como dices». Pero Cristo nuestro Señor, mirando a los demás Apóstoles, le amenazó y respondió asperísimamente, diciéndole: «Vente tras Mí, Satanás; me eres escándalo, porque no sabes las cosas que son de Dios, sino las cosas que son de los hombres»; como quien dice: Tú, que me has honrado, confesándome por Hijo de Dios vivo, eres ahora Satanás y adversario mío, pues contradices a mi Pasión, y, cuanto es de tu parte, me escandalizas, queriéndome apartar de ella, siendo la voluntad de mi Padre que la padezca. Todo esto nace en ti de que no tienes entera

sabiduría celestial para conocer y gustar las cosas que son ordenadas por Dios, sino sabiduría humana y terrena, para conocer y gustar de las cosas de los hombres, las que ellos estiman y aprecian. Vente, pues, tras Mí, y sígueme, porque no tengo Yo de seguir tu juicio errado, sino tú has de seguir el mío, que es acertado. De donde sacaré la grande estima que Cristo nuestro Señor tenía de su Pasión y muerte, por ser trazada por voluntad del Eterno Padre para bien del mundo, y la grande estima que quiere tengamos todos de los trabajos y desprecios padecidos por esta causa. De modo que a cualquiera que nos desviare de esto le tengamos por Satanás y por piedra de escándalo, y no nos vayamos tras él, sino traerle hemos tras nosotros para que sienta lo que sentimos; y aunque nos contradiga con piadoso celo, y aunque sea santo ilustrado de Dios en otras cosas, y aunque sea amigo y querido, le hemos de atropellar como aquí atropelló Cristo a San Pedro.

¡Oh Maestro soberano, que sentías tan altamente de tu Pasión!, por la sabiduría del Cielo con que mirabas la causa de ella, desnúdame de toda sabiduría terrena y vísteme de tu sabiduría celestial, para que yo también sienta altamente de tus trabajos y de los que quisieres que padezca por tu amor. No quiero, Redentor mío, traerte yo a que sigas mi propio parecer y deseo, porque es parecer errado y deseo terreno. Tras Ti quiero ir, a Ti quiero seguir, estimando lo que Tú estimas, amando lo que Tú amas y aborreciendo lo que aborreces; y pues me das tal deseo, dame gracia para ejecutarlo. Amén.

Meditación 3

La entrada de Cristo nuestro Señor en Jerusalén con ramos

PUNTO PRIMERO

Cristo entra en Jerusalén con alegría y pompa exterior.

Lo primero, se ha de considerar cómo Cristo nuestro Señor, cinco días antes de su muerte, quiso entrar en Jerusalén, donde había de ser crucificado y muerto, *con grandes muestras de alegría y con grande pompa exterior,* así como solían los hebreos recoger en su casa el cordero

pascual cinco días antes de sacrificarle. Esta entrada ordenó el Salvador por algunas causas muy amorosas.

1. La primera, *para manifestar las ganas que tenía de padecer* y la alegría con que recibía los trabajos que le esperaban en Jerusalén, entrando en ella con tanto regocijo como si fuera a bodas; porque el celo de la gloria de Dios y de cumplir la voluntad de su Eterno Padre por la salvación de los hombres le ponía gusto en padecer todos aquellos trabajos, aunque los tenía tan presentes como si ya, los estuviera padeciendo. Y de este ejemplo nació que los mártires iban a las cárceles como a bodas, y estaban en las parrillas de fuego como en cama de flores.

¡Oh dulce Jesús!, corrido estoy en tu presencia por la repugnancia que tengo a padecer trabajos por tu amor; ayúdame, gozo mío, a que me goce en padecer algo por Ti, como Tú te gozabas en padecer por mí.

2. La segunda causa fue para que entendiésemos que cuando en el huerto de Getsemaní y en el discurso de su Pasión había de tener temores, tristezas, tedios y agonías, *todo esto era* principalmente *en la parte interior del alma,* a cuya natural inclinación contradecían los dolores del cuerpo; *mas* también los tomaba de su voluntad y *con gran contento de la parte superior del espíritu,* en cuanto resplandecía en ellos la voluntad de su Padre. Y en esto mismo perseveró hasta la muerte, enseñándonos con esto que la suma paciencia consiste en ofrecerse con gran contento del espíritu a sufrir, no solamente trabajos exteriores, sino aflicciones interiores.

Y a esto me tengo de alentar, diciendo con el Apóstol: «Me agrado y alegro en las enfermedades, en las afrentas, en las necesidades, en las persecuciones y en las angustias por Cristo». De buena gana, Salvador mío, recibiré las tristezas y agonías de la carne, y renuncio los gustos sensibles de ella, aceptándolas por imitarte con gozo del espíritu.

3. La tercera causa fue para manifestar que todas las injurias, calumnias y persecuciones que había recibido en Jerusalén las veces que había estado en ella, *no eran parte para entibiarle la caridad y amor que la tenia,* y el deseo y gusto que recibía en visitarla y enseñarla, y hacerla todo el bien que pudiese; y con esto también la aseguraba que las afrentas y dolores que en ella había de padecer esta vez, tampoco le entibiarían su caridad ni serían parte para que no volviese a recibirla en su amistad si ella quisiese.

¡Oh inmensa caridad de Jesús! ¡Oh fuego encendidísimo de amor, a quien ni las muchas aguas ni los ríos de las tribulaciones pueden apagar! Hasta el día de hoy dura en Él este amor, porque visitando mi alma con su

gracia, si peco mortalmente, aunque con este pecado le crucifico dentro de mí, y pisoteo su sangre preciosa, echándole de mí con ignominia, sin embargo de esto, vuelve segunda vez con grande alegría a entrarse por mis puertas y a querer visitarme y darme de nuevo su gracia; y si otra vez le torno a crucificar, pisotear y echar de mí, volverá la tercera vez, con el gusto que la primera. ¡Oh!, bendita sea tal caridad, y mil veces le alaben los ángeles por ella. Venga, venga vuestra Majestad, Redentor mío, a esta ingrata Jerusalén de mi alma, pues tanto gusto tiene en visitarla, que yo le ofrezco de nunca más echarle de ella, tratándole siempre con la reverencia y obediencia que merece tal caridad. Mas porque yo soy muy mudable, ayúdeme vuestra gracia a tener constancia en retenerla.

4. La cuarta causa fue para que entendamos que *padecer trabajos* y desprecios *por cumplir la divina voluntad* y por la virtud, *es cosa gloriosa y honrosa en los ojos de Dios, y* de los ángeles, y de los justos; y así, se ha de entrar en ellos, no sólo con gozo, sino con muestras de honra y pompa, como quien se precia de ellos y se honra con ellos sin avergonzarse ni correrse por esto. Guárdeme Dios, como dice San Pedro, de padecer como homicida, o maldiciente, o ladrón, en castigo de tales culpas, porque esto es cosa vergonzosa; mas padecer como cristiano, por razón de la justicia, honra mía es, como lo fue de mi Señor.

5. Pero más adelante pasó la caridad de Jesús y sus ganas de padecer, porque quiere entrar en Jerusalén con tanta honra y acompañamiento *para que después sus deshonras* e ignominias *fuesen mayores,* como quien caía de una grande honra, como lo dijo por David: «Después de ser ensalzado, fui humillado y conturbado». Y su Padre dice de Él por Isaías: «Mi siervo será ensalzado v levantado: mas como será a todos muy glorioso, así será entre muchos muy despreciado». De suerte que nuestro buen Jesús siempre huyó la honra exterior de los hombres; y si esta vez la procuró o aceptó, fue para que con ella fuese después muy mayor su deshonra, ordenando la honra a padecer más ignominia.

Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por la hambre insaciable de padecer ignominias que tuviste, por la cual te suplico humildemente me des tales ganas de padecer por Ti afrentas, que no se menoscaben aunque reciba honras. Amén.

PUNTO SEGUNDO

Cómo entró Cristo en Jerusalén: Idea de su reino.

Lo segundo se ha de considerar la traza que Cristo nuestro Señor tomó en esta entrada. Envió dos de sus discípulos, diciéndoles: «Id a un lugar que está enfrente de vosotros; allí hallaréis una jumenta atada con su pollino; desatadlos y traédmelos. Y si alguno os dijere algo, decidle que el Señor tiene necesidad de ellos, y luego os dejarán.» Lo hicieron así los discípulos, y poniendo sus capas sobre el pollino, subió en él Jesús.

1. Aquí se ha de ponderar cómo el Rey del cielo, *queriendo dar muestras de su reino,* estando acostumbrado a andar siempre a pie por toda Galilea y Judea, esta vez no quiso entrar a pie, ni tampoco en carros de cuatro caballos, *ni en caballo* o mula aderezada con ricos aderezos, *sino en un jumentillo aderezado con las pobres capas de sus discípulos,* hollando con esto la pompa mundana y manifestando su pobreza, humildad y mansedumbre, por la cual había de ser conocido en el mundo por Mesías y Salvador, como estaba profetizado por el profeta Zacarías, cuando dijo: «Decid a la hija de Sión: Alégrate, hija de Sión, porque tu Rey vendrá para ti justo y salvador, pobre y sentado sobre un jumento».

Con este ejemplo procuraré aborrecer la pompa del mundo y abrazar la pobreza, mansedumbre y humildad de Cristo; porque si estas son señales de mi Rey y de mi señor, razón es que lo sean también de los que se precian de ser sus vasallos, y con ellas tengo de aparejarme para salir a recibirle, pues a mí también se dice: Tu Rey viene para ti. ¡Oh, si entendiese quién es este Rey mío y cómo viene para mí! Tú, Salvador mío, eres mi Rey, y Rey de reyes, Rey de hombres y de ángeles, de cielos y tierra, Rey por tu naturaleza, Hijo del Eterno Padre y monarca de todo lo creado; y Tú vienes del cielo para mí, para mi salud, para mi consuelo, para mi remedio, para mi ejemplo, para mi defensa y protección. ¡Oh Rey amado mío, Tú para mí, y yo para Ti! Me ves aquí dedicado para Ti, para tu servicio, para tu honra y gloria, para obedecerte, adorarte y amarte y ser todo tuyo, pues Tú eres todo mío; y pues Tú vienes pobre, manso y humilde, yo también quiero ir a recibirte con pobreza, mansedumbre y humildad, vistiéndome de la librea que traes vestida.

2. Lo segundo, ponderaré *el misterio que está encerrado en las menudencias de este hecho.* Envía *dos* discípulos por el jumentillo, y no uno solo, por llevar adelante su costumbre de que anduviesen acompañados y de dos en dos, unidos en caridad. Manda que *suelten* a los jumentos

atados y se los traigan, para significar que el oficio de los Apóstoles era soltar a los pecadores, que viven vida bestial y están atados con las sogas de sus pecados, y traerlos a Cristo para que se apodere de ellos y los rija, como rige al jumento el que va sentado en él. Manda que si alguno se lo impidiere, le digan que *el Señor* tiene necesidad de ellos, como quien avisa que ha de haber quien impida su oficio de desatar las almas de los pecadores, y que estos impedimentos cesarán con el nombre del Señor, que les envía por ellos porque tiene de ellos necesidad para su gloria.

¡Oh palabra omnipotente, que así tapa las bocas y ata las manos de los que quieren impedir el mandato del Señor! ¡Oh Rey de gloria!, ¿qué necesidad tenéis Vos de un jumentillo tan vil y despreciado como el pecador? Yo, miserable, soy el que tengo necesidad de Vos, que no Vos de mí; yo, por mis pecados, soy como jumento, y estoy atado con las sogas de mis pasiones. Mandad, Señor, que me desaten y me presenten delante de Vos, porque mi *gozo* será llevar sobre mí la carga de vuestra ley, y a Vos, Dios mío, por mi gobernador en ella; no permitáis que el demonio, mundo y carne estorben esta soltura; decidles con vuestra palabra que tenéis necesidad de vuestro siervo, porque luego me dejarán libre para serviros como deseo.

PUNTO TERCERO

Recibe el pueblo con gran honra a Cristo.

Caminando Cristo nuestro Señor sentado en su jumento, a deshora, por inspiración del cielo, le salió a recibir innumerable gente; y unos echaban sus vestiduras en el suelo para que pasase por ellas; otros cortaban ramos de los árboles y olivos que estaban en aquel valle; otros venían desde Jerusalén a recibirle con palmas en las manos, en señal de victoria, y todos con gran gozo alababan a Dios diciendo a voces: Gloria sea al Hijo de David; salva, Señor, al Hijo de David, y por Él nos salva a nosotros: bendito sea el que viene en nombre del Señor; bendito y prosperado sea su reino; paz sea en el cielo y gloria sea a Dios en las alturas.

1. Sobre este hecho, tan maravilloso, que todo procedió de inspiración del Espíritu Santo, ponderaré: *Lo primero, cuán de verdad honra el Padre Eterno a su Hijo* con honras y alabanzas verdaderas; porque así como cuando entró la primera vez en el mundo, naciendo pobre en el portal de Belén, envió ejércitos de ángeles que solemnizasen su entrada y dijesen: «Gloria sea a Dios en las alturas y paz en la tierra a los

hombres de buena voluntad», así cuando entró esta vez en Jerusalén, pobre y manso, sobre un jumento, despierta ejércitos de hombres y de mozos inocentes y puros para que solemnicen su entrada y digan con el mismo espíritu: Paz tenga el cielo con los que vivimos en la tierra, y gloria a Dios en las alturas. Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Los ángeles piden paz en la tierra de los hombres para con Dios y estos hebreos piden paz en el cielo de Dios para con los hombres.

¡Oh Padre Eterno!, gracias te doy por la honra que haces a tu Hijo unigénito cuando va, por cumplir tu voluntad, a ser menospreciado. ¡Oh Espíritu Santísimo!, gracias te doy porque inspiraste a esta gente tal modo de alabanzas para gloria de mi Redentor. Me gozo, Redentor mío, de que todos te alaben y bendigan, diciendo: Bendito sea el que viene en nombre del Señor. Estas palabras dice la Iglesia en la Misa al fin del Prefacio, en memoria de la venida que Cristo nuestro Señor hace en el Santo Sacramento del altar, y con este espíritu las diré yo, exclamando: Bendito sea el que viene del cielo a este Sacramento para salvarnos; venga con Él la paz de los cielos y sea gloria a Dios en las alturas.

2. *Lo segundo, ponderaré la devoción de la gente,* que se quitaba sus capas y las tendía en el suelo para que las pisase Cristo nuestro Señor, en señal de reverencia, teniéndose por dichosos de que tocase sus cosas. Y con este espíritu arrojaré todas las mías a los pies de Cristo, para que Él haga de ellas lo que quisiere.

Veis aquí, Redentor mío, arrojo a vuestros pies, no sólo mi hacienda, sino mi honra y mi contento, mi corazón y a mí mismo todo; pisadme y holladme, y haced de mí lo que quisiereis; triunfad de mí, que he sido enemigo vuestro; yo llevaré en mis manos la palma de esta victoria, y la publicaré por el mundo, porque rendirme a Vos es victoria vuestra y ganancia mía, y es victoria mía en virtud vuestra.

PUNTO CUARTO

Envidia de los fariseos: respuesta de Cristo.

En esta sazón algunos fariseos se llegaron a Cristo y le dijeron: «Maestro, reprende a tus discípulos y hazlos callar». El Señor les respondió: «Os digo que si éstos callaren, las piedras hablarán».

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, *la maldad del envidioso,* que le pesa de la gloria de su prójimo, y condena por malo lo que es bueno, llama

pasión a lo que es inspiración de Dios, y quiere que sea reprendido, por lo cual se hace indigno de que Dios le inspire y mueva, como mueve a la gente sencilla y devota para que se ocupe en alabanzas de Cristo.

2. También ponderaré *la eficacia de la divina inspiración,* que así trueca los corazones, y enseña a los ignorantes y los mueve a glorificar a Dios con fervor, dejando a los soberbios y presuntuosos fariseos en su tibieza. Esto denotan aquellas palabras: «Os digo de verdad que si éstos callaren, las piedras darán voces»; que fue decir: No dejarán éstos de hablar, porque Dios, con gran fuerza, les inspira y mueve a ello; pero si callaren, Dios despertará otros, aunque sean tan duros como piedras, que clamen y digan lo que ellos dicen, porque para todo es poderoso, y de las piedras sacará hijos de Abraham: y cuando éstos callen ahora, de aquí a poco, en mi Pasión, las piedras mismas, partiéndose con grande estruendo, me predicarán por Dios.

¡Oh dulce Jesús!, ablanda la dureza de los corazones judaicos y gentílicos para que halle entrada en ellos tu divino espíritu, y conociéndote por verdadero Mesías, clamen y den voces diciendo: Bendito sea el que ha venido a salvarnos en nombre del Señor. Sálvalos a todos, Salvador mío, y no te olvides de mi corazón, más duro que las piedras; ablándale, muévele y enternécele con espíritu de devoción cuando ora, para que siempre te ame y alabe por todos los siglos. Amén.

Meditación 4

Las lágrimas que derramó Cristo nuestro Señor sobre Jerusalén cuando comenzó a verla, y lo que sucedió aquel día.

PUNTO PRIMERO

Llora Cristo sobre Jerusalén.

Prosiguiendo Cristo nuestro Señor su camino con el acompañamiento y aplauso de toda la gente que se ha dicho, en llegando a ver la ciudad de Jerusalén, lloró sobre ella.

Aquí se ha de ponderar *el motivo de estas lágrimas* de Cristo, el cual tiene más particular misterio que las otras veces que lloró. Las que

sabemos *fueron cuatro.* Lloró *en el pesebre,* cuando niño, y esto no era mucho, porque es propio de niños llorar en su nacimiento. Además, *lloró cuando resucitó a Lázaro*, y ni esto fue mucho, porque estaban llorando la Magdalena y todos los circunstantes, y es propio de los justos llorar con los que lloran. También *lloró en la cruz*, y ni esto es tanto de maravillar, porque estaba lleno de trabajos y dolores, escarnecido de todos y como desamparado de su Padre. Pero lo que admira es *que llore esta vez, cuando se ve en tanta honra y gloria,* y cuando todos le dicen mil cantares de alabanzas. *Las causas* de este lloro fueron éstas:

1. *La primera,* para que conociésemos *cuán poco caso hacía de la gloria mundana,* y cuán poco se le pegaba al corazón, pues en medio de tantas alabanzas y regocijos, y cuando todos le cantaban loores, Él derramaba lágrimas. ¡Oh cuán lejos estaba de reírse y envanecerse con aquellas prosperidades quien las aguaba con lágrimas y suspiros!

2. *La segunda* causa, más principal, fue *su infinita caridad,* de la cual procedió el gozo de entrar en Jerusalén a morir por el bien que de allí resultaba a los escogidos, y juntamente el llanto que ahora tiene por el mal que ha de venir a los réprobos. No dice San Lucas solamente que lloró, sino que lloró sobre la ciudad de Jerusalén, para que se entendiese que *no lloraba sobre sí mismo,* por los trabajos que había de padecer, sino que, olvidado de éstos, *lloraba sobre la desdichada Jerusalén por los pecados* que había de cometer matándole, *y por los castigos* que por esta causa habían de venir sobre ella, lo cual todo se le puso delante al tiempo que la vio.

¡Oh dulce Jesús, quién os pudiera acompañar en estas lágrimas y olvidándose de los trabajos propios, llorar con caridad los pecados de mis prójimos y los castigos justísimos que han de venir por ellos! ¡Oh, cuán grave mal es el que mueve a Cristo a llanto en medio de tanto regocijo! ¡Oh alma mía, cómo no tiemblas de mal tan espantoso, que hace temblar a Dios de compasión!

2. *Lo tercero,* podré ponderar, como es creíble, que, así como Cristo nuestro Señor, mirando a esta ciudad de Jerusalén, en la cual había algunos buenos, pero muchos malos, lloró los pecados de los malos y la destrucción que por su causa vendría sobre ella, así también entonces se le representaría la ciudad de este mundo y la Jerusalén terrena, donde están mezclados pecadores con justos, y *mirando los pecados de los malos* y los castigos que por ellos habían de venir, también *lloraría sobre ellos,* y, por consiguiente, *lloraría también por mis pecados, pues los tenía presentes.*

¡Oh Redentor mío, cuánto me pesa de la causa que os he dado y doy para que así lloréis! Deseo cuanto es de mi parte enjugar vuestras lágrimas, quitando de por medio mis pecados, que son causa de ellas. Yo, yo soy el que tengo de llorar, porque yo soy el que pequé; ayudadme, Señor, a que llore, de modo que merezca ser consolado.

PUNTO SEGUNDO

Reprende Cristo la ceguedad de Jerusalén.

Lo segundo, se han de considerar las palabras de Cristo nuestro Señor cuando lloraba.

1. *Lo primero, dijo: «Si conocieses tú en este día las cosas que son para tu paz, y ahora te están escondidas*». Que es decir: ¡Oh Jerusalén!, si conocieses tú lo que Yo conozco en ti y de ti, sin duda llorarías como Yo lloro; y *si conocieses las cosas que te ofrezco para tu paz* y prosperidad, como esta gente que viene conmigo las conoce, sin duda también me alabarías y aceptarías el bien que se te entra por las puertas. Y si conocieses este día tuyo, y este buen día que amanece por tu causa con mi venida, sin duda le admitirías, y no dejarías pasar partecica de él. Pero todo esto te está escondido por tus pecados, y por eso ni lloras, ni lo buscas, ni lo admites. De donde sacaré que el principio de mi remedio consiste en el conocimiento vivo y profundo de dos cosas; es a saber: mis miserias, y el remediador de ellas, que es Cristo nuestro Señor, con los medios que Él me ofrece para ello, que son creerle, amarle y obedecerle. Y en especial me importa conocer los medios que me ofrece para la paz de mi alma en el estado que tengo en la Iglesia o en la religión. Y al contrario, el principio de mi perdición es la ignorancia y poca estima de esto, y no conocerlo, con tenerlo entre las manos.

¡Oh buen Jesús, ahora veo con cuánta razón lloráis nuestra ceguedad, pues en tan poco estimamos el bien que nos ofrecéis, siendo digno de infinita estima! Quitad de mí y de todos los hombres este velo de ignorancia para que veamos y lloremos; porque el ojo que no ve, no llora, y si viese, luego lloraría.

2. *Lo segundo, profetizó los castigos que habían de venir sobre esta ciudad,* diciendo: «Serás cercada de tus enemigos, y apretada por todas partes, y echada por tierra, sin dejar en ti piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo de tu visita». Esto es, porque no conociste este día, en

que Dios te visita y viene a salvarte. De donde inferiré que si la Jerusalén presente, que son las ciudades y almas de los fieles, no conocen esta visita de Dios y las ocasiones muchas que Cristo les ofrece para su salvación y perfección, también serán castigadas con terribles castigos; y por consiguiente, pues apenas hay día en que Dios no me visite en la oración o fuera de ella, con inspiraciones y toques interiores, provocándome a que le sirva, si no conozco este tiempo de su visita, también seré castigado.

Por tanto, alma mía, abre los ojos para conocer este dichoso tiempo; no seas más torpe que el milano, y la golondrina y la cigueña, que conocen el tiempo de sus idas y venidas; mira bien las veces que Dios te visita cada día, pues viene para tu provecho, y si le dejas, será para tu daño.

3. *Finalmente,* ponderaré que si Cristo nuestro Señor tanto lloró el castigo temporal de aquella ciudad, por el amor que la tenía, ¿cuánto más lloraría *el castigo eterno que había de recibir en la otra vida,* cuando venga a visitarla, no con visita de misericordia, sino de justicia, en el día de la cuenta?

¡Oh piadosísimo Jesús!, con cuánto afecto llorabais los desventurados hijos de esta perversa Jerusalén, mirando cómo habían de estar cercados y apretados, no de los romanos, sino de los demonios, postrados, no sólo hasta la tierra, sino hasta el mismo infierno, atormentados en todas sus potencias, con turbación y desorden sempiterno, sin dejar piedra sobre piedra, ni cosa que no esté llena de confusión. Allí llorarán con llanto perpetuo porque no lloraron con Vos en esta vida, ni se aprovecharon de las lágrimas que por ellos llorasteis, ni de los avisos que les disteis. Abrid, Señor, los ojos de todos los pecadores para que temamos la visita que habéis de hacer en la hora de la muerte, previniéndonos para ella con llorar nuestros pecados, porque no caigamos en los llantos sempiternos.

PUNTO TERCERO

Cristo sana a muchos enfermos: cantan los niños, se indignan los fariseos.

Lo tercero, se ha de considerar cómo entrando Cristo nuestro Señor en Jerusalén, *luego fuese al templo a dar gracias a su Padre Eterno,* como lo tenía de costumbre, y allí sanó a muchos ciegos y cojos; y los niños que estaban en el templo, a imitación de los demás, renovaron el cántico: *Hosanna*, *Filio David!* Y los fariseos, indignados, le dijeron: «¿Oyes lo

que dicen éstos?» Respondió: «Sí, oigo. ¿No habéis leído lo que dice la Escritura? De la boca de los infantes y de los que maman sacaste perfecta alabanza».

1. Aquí se ha de ponderar, por una parte, *la bondad y liberalidad de Cristo nuestro Señor* en hacer bien a cuantos se le llegaban ciegos, cojos y tullidos, dando con esto testimonio de quién era. Además, *la eficacia de la divina inspiración* en mover las lenguas de los *niños* para glorificar a Cristo, atestiguando sus grandezas con estas alabanzas. Y por otra parte, la maldad de los *fariseos* en sacar de todo ponzoña; porque, carcomidos de la envidia, ni les enternecía la mansedumbre de Cristo, ni la grandeza de sus obras, ni las alabanzas de los niños que apenas sabían hablar.

¡Oh Dios eterno!, líbrame de esta ceguedad y dureza de corazón, para que no saque daño de lo que ordenas para mi provecho. Y hazme niño en la sinceridad y pureza, para que mi boca sea digno instrumento de tus alabanzas, por las cuales muchos te glorifiquen por todos los siglos. Amén.

2. Finalmente, ponderaré cómo habiendo estado Cristo nuestro Señor todo aquel día trabajando en predicar y hacer tantas maravillas, siendo ya tarde, *miraba a todos para ver si alguno le convidaba y hospedaba en su casa, y* no hubo quien se moviese a ello por temor de los fariseos, y así, *se volvió con sus Apóstoles ayuno a Betania*, que distaba dos mil pasos de Jerusalén. Para que se vea la infinita liberalidad y misericordia de Dios con los hombres, y la infinita cortedad y desagradecimiento de los hombres con Dios, y cuán poco se puede fiar de ellos, pues tan presto desampararon por temor humano al que habían recibido con tanto regocijo; cuya pena profetizó Cristo al día siguiente, por la mañana, maldiciendo a la higuera que no tenía fruto de que comiese, y al punto se secó.

¡Oh Juez justísimo, cuán justamente echarás tu maldición a los malos el día del Juicio, porque, teniendo hambre, no te dieron de comer, y siendo peregrino, no te quisieron hospedar! ¡Oh alma mía!, no dejes por temor humano de convidar y hospedar a Cristo, porque no te excluya de su reino, y no ceses de trabajar por hacer bien a tus prójimos, aunque no recibas premio de ellos. Acompaña a tu Salvador, como los Apóstoles, en la entrada de Jerusalén, tan gloriosa, y en la salida tan ignominiosa, sirviéndole con honra y deshonra, para que Él te reciba en su eterna compañía. Amén.

Meditación 5

La Cena de Cristo nuestro señor en Betania

Aunque esta cena se hizo seis días antes de la Pascua del Cordero, y un día antes de la entrada en Jerusalén, con ramos, como refiere San Juan, mas San Mateo y San Marcos la cuentan después, por la ocasión que de allí tomó Judas para vender a Cristo nuestro Señor; y por la misma causa sigo yo su orden.

PUNTO PRIMERO

La Magdalena unge a Cristo.

«Habiendo sido convidado Jesús en Betania, estando en la mesa, llegó María, hermana de Lázaro, con un vaso de alabastro que cabía una libra de ungüento, hecho de nardo y de su espiga, muy precioso y puro, y con él ungió los pies de Jesús y los limpió con sus cabellos, y quebrando el alabastro, derramó lo que tenía sobre su cabeza, quedando la casa llena de buen olor».

1. Lo primero, consideraré cómo *la Magdalena dos veces ungió a Cristo nuestro Señor. La primera, en su conversión,* para alcanzar perdón de sus pecados, como se declaró ya en la TERCERA PARTE, en la *Meditación* 25. *La segunda, en esta cena, en agradecimiento de la resurrección de su hermano Lázaro,* de lo cual quiso dar público testimonio arrojándose a los pies de Cristo y lavándolos, a lo que se cree, con lágrimas de amor, como la primera vez; luego los limpió con la mejor toalla que tenía, que eran sus cabellos, y los ungió con un ungüento muy precioso, y cobrando nueva confianza se atrevió a ungirle la cabeza, quebrando el vaso de alabastro para que no quedase nada, con ser la cantidad de una libra.

¡Oh, qué atento y qué contento estaba el Salvador mirando la obra de esta, su sierva, y mucho más ponderando la devoción y afecto interior con que la hacía, deseando que hubiese muchos en su Iglesia que en esto la imitasen! Y así, para imitar el espíritu de estas dos unciones, he de procurar con todo el fervor posible *pagar a Dios nuestro Señor las dos*

deudas que le debo: una por mis pecados, y otra por sus beneficios, y ésta con más fervor y espíritu de agradecimiento, dando muestras de ello en las obras, sirviéndole con todo lo mejor y más precioso que tuviere.

2. Especialmente he de traer un grande vaso de alabastro lleno de unción espiritual con que ungirle. *Vaso de alabastro es mi corazón y mi cuerpo,* el cual he de quebrantar con ejercicios de mortificación y penitencia, con la contrición y dolor de pecados, quebrantando mis quereres y apetitos. *La unción* ha de ser con un ungüento fiel y puro de la espiga de nardo; esto es, con muchedumbre de afectos y obras muy excelentes de humildad y caridad, con fidelidad y pureza de intención en ellas, para que mi caridad, como dice el Apóstol, sea de corazón puro, con buena conciencia y fe no fingida. Con este ungüento he de ungir espiritualmente a Cristo, primero los pies y después la cabeza; porque primero tengo de meditar las bajezas e ignominias de su humanidad, figurada por los pies, procurando imitarlas y abrazarlas con obras de penitencia y mortificación, v después subir a meditar las grandezas de su divinidad, figuradas por la cabeza, gozándome de ellas y agradeciéndole los beneficios que proceden de ambas.

¡Oh dulcísimo Jesús, Dios y hombre verdadero! Pues de tu mano he recibido lo bueno que tengo en este vaso quebradizo, yo te lo ofrezco todo, aunque se haya de quebrar el vaso cuando fuere menester para tu servicio.

3. Finalmente, ponderaré que, como toda la casa se llenó con la fragancia del oloroso ungüento que derramó la Magdalena, así *toda la Iglesia y casa de religión se edifica* y conforta con estos ejercicios de virtud tan gloriosos; por lo cual tengo de animarme a ejercitarlos para ser, como dice San Pablo, buen olor de Cristo, y provocar con mi ejemplo a que hagan otro tanto aquellos con quien vivo.

PUNTO SEGUNDO

Judas y los demás Apóstoles murmuran de esta obra.

Viendo Judas Iscariote lo que había hecho María, dijo: «¿Por qué este ungüento no se vendió en trescientos dineros, y se dio a los pobres?» Y esto lo decía, no porque tuviese cuidado de los pobres, sino porque era ladrón y tenía la bolsa común y hurtaba de lo que daban; y también los discípulos llevaban esto pesadamente, y se enojaron contra ella, diciendo lo mismo.

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, cómo *nunca ha de fallar quien juzgue temerariamente y murmure de las buenas obras de los justos.* Unos por dañada intención, como Judas; otros por ignorancia o buen celo, aunque indiscreto, como los discípulos, que murmuraron de esta obra de la Magdalena, pareciéndoles que era pródiga en despreciar aquel ungüento tan precioso en cosa de que su Maestro no gustaba, como era aquella recreación de ser ungido, y que era indiscreta en no remediar con el valor de aquel ungüento muchos pobres, y también tácitamente esta murmuración redundaba contra el Maestro, que lo permitía. Pero todos erraban en su juicio, porque *no sabían* ponderar el *espíritu que movía a esta santa mujer* para hacer esta santa obra, ni el que movía a Cristo para aceptarla, y por su poca devoción o por su aprensión superficial la condenan y se indignan y murmuran de ella. De donde *sacaré aviso para nunca juzgar mal de nadie* con temeridad, ni echar a la peor parte las cosas que pueden ser buenas mucho menos murmurar de ellas, dejando el juicio de todo esto a Dios, que es el verdadero juez; porque de otra manera erraré y pecaré contra los prójimos y contra el Espíritu Santo que les mueve a la obra de que yo murmuro el cual vengará su injuria. Por lo cual Cristo nuestro Señor nos dijo: «No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados». Ni me excusará el color aparente de piedad con que encubro los juicios temerarios y murmuraciones porque muchas veces con esta capa se cubren perversas intenciones como Judas encubrió las ganas de hurtar del dinero en que se vendiera el ungüento con capa de darlo a los pobres.

2. También ponderaré como *es muy creíble que esta murmuración comenzó por Judas* y él despertó con su mal ejemplo a los demás a que también murmurasen para que se vea cuánto daña el mal ejemplo y cómo un malo lleva tras si a otros muchos buenos. Y así como aquella casa se hinchó del buen olor que procedió de la obra buena que hizo María, así también se hinchó del mal olor que salió de la boca pestilencial de Judas y turbó a los demás discípulos inficionándolos con el virus de la murmuración.

PUNTO TERCERO

Cristo defiende a la Magdalena.

Cristo nuestro Señor viendo todo esto, dijo a sus discípulos: «¿Para qué molestáis a esta mujer? Porque buena obra es la que ha obrado en Mí;

siempre tendréis con vosotros a quien podréis hacer bien, pero a Mí no tendréis siempre, y ésta ha querido prevenirse, ungiendo mí cuerpo antes de la sepultura. Os digo de verdad que dondequiera que fuere predicado mi Evangelio, se predicará en todo el mundo lo que ésta hizo en mi memoria».

1. Aquí se han de ponderar las heroicas virtudes que Cristo nuestro Señor descubrió en este caso. *La primera, fue grande fidelidad* en defender a su sierva la Magdalena, callando ella, como lo había hecho otras veces; porque *propio es del Señor volver por la honra de los que por su causa padecen murmuraciones,* no queriendo excusarse ni defenderse por humildad, fiándose de su divina providencia. Por lo cual *es gran cordura callar* con paciencia en casos semejantes, porque mejor sabrá Dios excusarme y volver por mi honra, que yo. Así como Cristo nuestro Señor defendió a la Magdalena mucho mejor que ella supiera defenderse, porque si ella quisiera excusarse, quizá no acertara ni saliera con su intento.

2. La segunda virtud fue *grande benignidad y blandura en corregir a sus discípulos y a Judas,* porque aunque vio turbada su escuela, ni se turbó ni indignó sino con mansedumbre les quitó los engaños que tenían y deshizo sus falsas aprensiones, aprobando aquella obra, diciendo que había sido por instinto del divino Espíritu, que movió a esta mujer para que ungiese con aquel ungüento su cuerpo vivo, porque no le podría ungir después de muerto. Lo cual fue así, porque cuando fue a ungirle, ya era resucitado.

¡Oh Maestro sapientísimo!, enséñame a corregir con espíritu de blandura, para que cure los males con la mansedumbre y no los empeore con mi indignación.

3. La tercera virtud fue *grande caridad y liberalidad,* con muestras de la providencia que tiene en convertir todas las cosas que suceden a los que le aman, en su mayor provecho; porque si la Magdalena no fuera murmurada en esta obra, no fuera publicada ni premiada con tanta honra suya. Ni permitiera nuestro amoroso Salvador que sus justos fueran murmurados si no pudiera *y* quisiera sacar de estas murmuraciones mayores bienes para ellos. Y por esta causa prometió que en todo el mundo sería esta obra publicada y predicada, como su Evangelio, para honra de quien le honró con ella; y así lo cumplió, porque todos los fieles creemos que esta obra fue santa y por inspiración divina, y alabamos a la que la hizo.

Y yo, Redentor mío, en cumplimiento de vuestra promesa, me gozo de la devoción de esta vuestra sierva, y le doy gracias por el servicio y regalo que os hizo; pero mucho más alabo la liberalidad que tenéis en premiar lo poco que por Vos hacemos y padecemos, pues por cuatro o seis que de esta obra murmuraron, queréis que millones de hombres la engrandezcan. No quieras, alma mía, servir a otro Señor sino a Cristo, pues tan liberal es en honrar a los que le honran y en premiar a los que le sirven.

Meditación 6

Cómo Judas vendió por treinta dineros a Cristo nuestro Señor, y los príncipes de los sacerdotes se resolvieron de matarle.

Entonces entró Satanás en Judas, por sobrenombre Iscariote, y fue a los príncipes de los sacerdotes y les dijo: «¿Qué me queréis dar, y yo os lo entregaré?» Ellos le ofrecieron treinta dineros de plata, y entonces buscaba oportunidad para entregarle.

El primer paso de la Pasión de Cristo nuestro Señor, y la primera de sus injurias, fue ser vendido por Judas a sus enemigos, y esta fue una de las mayores ignominias que padeció y la que más exageró después, estando cenando con sus discípulos; y así en ella se han de ponderar todas las cosas que concurrieron en esta venta; es a saber: *quién le vende, y por qué motivo; quién se lo persuade, y por qué causa, y con qué color; a qué personas le vende, en qué ocasión y para qué fin; por qué precio y con qué modo; y, finalmente, lo que resulta de esta venta,* porque todo esto exagera la grandeza de esta injuria.

PUNTO PRIMERO

Cristo es vendido a traición.

Lo primero, se ha de considerar cómo *el que es vendido* injuriosamente *es Jesucristo,* Hijo de Dios vivo, Señor de todo lo creado, cuya propiedad es ser inestimable, porque su valor es infinito; el cual, por su inmensa caridad, bajó del cielo a comprarnos con el precio de su sangre, y a comprar para nosotros los bienes de gracia y gloria que perdimos, y en

esto gastó toda su vida, haciendo innumerables bienes a los hombres para sacarlos de la servidumbre del demonio, a quien de su voluntad se habían vendido por el pecado. Este Señor tan soberano y bienhechor de todos, es *vendido a traición* y como si fuera esclavo, permitiendo esta venta tan afrentosa *por dos causas principales.*

1. La primera, *para satisfacer con ella por la injuria que yo hice a Dios en vender mi alma al demonio* por la culpa.

¡Oh Redentor misericordiosísimo!, confieso que, como Achab me he vendido, y entregado a innumerables pecados, por los cuales merecía me mandaras vender como al siervo que debía diez mil talentos. Mas, pues Tú has querido ser vendido para pagar mis deudas, perdónalas por tu misericordia, y no permitas que otra vez vuelva a ellas.

2. La segunda causa fue *para darnos ejemplo de rara humildad*, porque como tomó por nuestro amor forma de siervo y esclavo, quiso humillarse a la suprema bajeza de los esclavos, que es ser vendidos por dineros.

¡Oh dulce Jesús, qué de invenciones buscas para humillarte, por curar mi soberbia con tu humildad! Cúrala, Señor, de una vez, pues tanto lo deseas, para que yo pueda imitar tu humildad, como deseo.

PUNTO SEGUNDO

El traidor es un Apóstol que lo entrega por codicia.

1. Lo segundo se ha de considerar cómo la injuria de Cristo nuestro Señor creció, porque *quien le vende* no es algún enemigo descubierto, sino *discípulo suyo,* y no discípulo de los que comúnmente le seguían, o de los setenta y dos discípulos que eran más allegados, sino *uno de los doce que llamó Apóstoles,* a quien hizo extraordinarios favores y mercedes, descubriéndole sus secretos y dándole potestad para lanzar los demonios y hacer milagros.

El motivo principal que tuvo para esto fue la avaricia; por aquí comenzó su maldad, por aquí prosiguió y llegó a la cumbre, cumpliéndose en él lo que dijo San Pablo, que la codicia es raíz de todos los males y por ella muchos faltan en la fe y se meten en grandes trabajos. Era Judas inclinado a tener dineros y cosas propias, y dejándose vencer de esta pasión en cosas pequeñas, vino a caer en otras muy grandes. Porque, teniendo cuidado de recoger las limosnas que daban a su Maestro, comenzó a hurtar algo y gastarlo a su albedrío y en sus comodidades. Con

esto comenzó a quebrantar el voto de pobreza, si es verdad que los Apóstoles ya le tenían hecho, y así vino a perder la gracia de Dios; y cuando la Magdalena ungió a Cristo nuestro Señor, murmuró de aquella obra tan santa y de que Cristo la consintiese, por lo cual le aborreció y vino a dar en tal alevosía, como fue venderle para reparar la pérdida de lo que hurtara si el ungüento se vendiera en trescientos dineros. De suerte que de la codicia nació el hurto, el quebrantamiento del voto, la murmuración, el escándalo, el aborrecimiento de su Maestro y el venderle con traición a sus mismos enemigos; por donde se ve el extremo de maldad a donde llega un hombre desamparado de Dios y que se deja llevar de sus pasiones, pues del estado más alto que había en la Iglesia, cayó en el abismo más profundo de maldad que jamás hubo; lo cual ponderó con grande sentimiento Cristo nuestro Señor cuando dijo a sus Apóstoles: «¿Por ventura no os escogí Yo a todos, y uno se ha hecho diablo?». Que fue decir: Con ser Yo mismo el que os escogí para el apostolado por mi gracia, uno de vosotros se ha convertido en hijo del demonio, y grande adversario mío por su culpa.

2. De esta consideración sacaré *un grande temor y temblor de los juicios de Dios.* Porque, como dice el glorioso San Bernardo, en ningún lugar de viandantes hay perfecta seguridad, ni en el cielo, pues de allí cayó Lucifer; ni en el paraíso, pues de allí fue echado Adán, y mucho menos en el mundo, pues Judas se perdió en la escuela del Salvador. Lo cual no se dice porque no se haya de escoger el lugar más seguro, sino para que después de escogido, ninguno se descuide con falsa seguridad, ni cese de pedir a Dios le tenga siempre de su mano.

¡Oh alma mía!, aunque ahora estés en pie, teme y mira que no caigas; porque si cayó el que era Apóstol de Cristo y conversaba con Él familiarmente, oyendo sus sermones, viendo sus ejemplos y gozando de sus milagros, ¿cómo no temerás tú caer, pues nada de esto tienes? ¡Oh Maestro piadoso!, tened de vuestra mano este pobre discípulo, para que no caiga en las miserias de este falso apóstol.

PUNTO TERCERO

Cómo el demonio persuadió a Judas esta traición.

1. El que persuadió a Judas esta maldad, como dicen los Evangelistas, fue *Satanás*; lo uno por robarle el alma, y lo otro por el odio que tenía a Cristo nuestro Señor, deseando quitarle la vida y sacarle de su poder aquel discípulo. En lo cual he de ponderar que la perdición de Judas, aunque de

su parte comenzó por querer seguir su mala inclinación, pero creció mucho por la solicitud del demonio, que la iba atizando y soplando por momentos, el cual entró dentro de su alma; porque *la pasión no mortificada es como enemigo doméstico,* que abre la puerta del corazón a Satanás para que entre y le despeñe en el abismo de la maldad, y mientras la pasión dura, tiene su morada y posesión muy segura. De donde sacare cuán perjudicial cosa es no mortificar una sola pasión, porque de ellas hace Satanás lazo para enlazarme y arrastrarme a su voluntad, como el cazador que tiene atada el águila por una sola uña, fácilmente la puede quebrar las alas y cortar la cabeza.

¡Oh Salvador fortísimo, que viniste a echar de las almas al fuerte armado que pacíficamente las poseía!, muestra tu fortaleza en echarle de la mía, de modo que nunca más se atreva a entrar en ella.

2. Lo segundo, ponderaré *la razón aparente con que* esta serpiente astuta *engañe a este miserable,* coloreando la maldad de esta manera: Tu Maestro dice que ha de morir esta pascua, y los judíos lo desean y procuran mucho; pues ello ha de ser y tu Maestro lo quiere, poco daño le haces en venderle; antes cumples su deseo, y de camino cumplirás el tuyo, cobrando el dinero que perdiste. Esta razón convenció a Judas, porque *la pasión ciega el entendimiento* y le hace creer fácilmente todo lo que el demonio le dice en su favor, aunque sea muy injusto. De donde aprenderé a no dar crédito a pensamientos conformes a mi corazón apasionado, persuadiéndome que nacen de la serpiente infernal, cuyo oficio es engañarnos como a Eva, diciéndonos lo que nos da gusto, coloreando el mal con apariencia de algún bien.

PUNTO CUARTO

Cristo fue vendido a sus mayores enemigos.

Lo cuarto, se ha de considerar *las personas a quien Cristo nuestro Señor es vendido, y el fin para que le compran.*

1. *Estos fueron los príncipes de los sacerdotes* con los demás escribas y fariseos, y ancianos del pueblo, *al tiempo que estaban tratando de matar a Cristo* por la ira y rabia que tenían contra Él. De suerte que el traedor no le vende a su Madre, que le comprara segunda vez, como le compró en el templo para regalarle; ni le vende a otros discípulos o amigos que le

compraran para libertarle y tomarle por Señor, sino le vende a los mayores enemigos que tiene, los cuales le compran para quitarle la vida con terribles tormentos.

¡Oh crueldad endemoniada del vendedor! ¡Oh furia, infernal de los compradores! Bien se ve que Satanás era el tercero de esta venta y de esta compra, pues para tales fines se ordenaba. ¡Oh mansísimo Cordero!, ¿qué injuria es ésta que padeces, siendo vendido para ser sacrificado por manos de tan crueles verdugos? ¡Oh Salvador del mundo!, vendido eres hoy, como el patriarca José lo fue de sus hermanos, aunque con diferente fin; porque aquél fue vendido para librarle de la muerte, y Tú lo fuiste para darte cruel muerte; aquél con su vida salvó a Egipto, y Tú con tu muerte salvaste al mundo. Sálvame, Señor, por tu misericordia; y pues me compraste con el precio de tu sangre, no permitas que me venda por el vil precio del pecado.

2. Lo segundo, se ha de ponderar *la grande afrenta que resultó a Cristo nuestro Señor de esta venta,* en la opinión de aquella gente, y la grande paciencia con que la llevó cuando la estaba mirando, aunque estaba lejos. Porque es de creer que *Judas*, para encubrir una cosa tan fea como era vender a su Maestro, *diría de Él mucho mal* a los del concilio, diciendo que se salía de su escuela porque era quebrantador de la ley, enemigo de las costumbres antiguas, comedor y bebedor en los convites; que era regalado y pródigo, consintiendo que una mujer le ungiese pies y cabeza con un ungüento que valía trescientos dineros, etc. Y todo esto oían con grande gusto aquellos sacerdotes, sin haber quien *volviese* por Cristo.

¡Oh dulce Maestro, cómo no hay quien tape la boca de este falso murmurador, ni quien vuelva por vuestra inocencia, como Vos volvisteis por la Magdalena! ¡Oh!, con cuánta razón os quejáis por la boca de vuestro Profeta, diciendo: «Si mi enemigo me maldijera, lo sufriera; y si el que me aborrecía dijera males contra Mí, quizá me guardara de él». Pero que hagas esto tú, ¡oh Judas!, mi amigo y compañero, y tan mío, que comíamos los dos con mucho gusto juntos, y andábamos en la casa de Dios muy unidos. Grande, Señor, fue vuestra injuria; pero mayor fue vuestra paciencia, porque más sentís la culpa del injuriador, que el daño que os viene de ella.

Con este ejemplo se han de consolar los maestros y los prelados y príncipes cuando sin culpa suya dijeren mal de ellos sus discípulos, y sus súbditos o vasallos.

3. También fue *grande afrenta de Cristo* nuestro Señor en los ojos de aquella gente y del pueblo, *que de su escuela saliese un discípulo tan*

codicioso y abominable que vendiese a su Maestro con muestras exteriores de grande aborrecimiento, de donde tomarían ocasión sus enemigos para decir: Cual es el discípulo, tal es el Maestro.

¡Oh Maestro celestial!, no permitáis que yo, con mi mala vida, os afrente, ni que por mi causa sea vuestro nombre blasfemado entre las gentes; seamos, Señor, vuestros discípulos tales cuales sois Vos único Maestro nuestro, para que todos seamos gloria vuestra. Amén.

PUNTO QUINTO

Acrecienta la injuria del Salvador el precio vilísimo y el modo del concierto.

1. *El precio por que es vendido Cristo* nuestro Señor, fue *treinta dineros* de aquel tiempo, *precio vilísimo, en el cual comúnmente los judíos apreciaban a un esclavo*, cuando alguno se les había muerto. Y esto acrecienta mucho la injuria del Salvador, pues aquí se ve la baja estima que tenían de Él, así el que le vende, como los que le compran.

2. *Pero mucha mayor injuria se le hizo en el modo del concierto,* porque el discípulo, codicioso de algún dinero, puso el precio en la voluntad de los mismos compradores, diciéndoles; «¿Qué me daréis si os lo entrego?». Como quien dice: Dadme lo que quisiereis, y yo le pondré en vuestras manos. Ellos, en parte por ver la codicia del vendedor, en parte por la baja estima y odio que tenían a Cristo, a la primera palabra le ofrecieron los treinta dineros que se daban por los esclavos, no en satisfacción de la muerte, sino para dársela cruelmente.

¡Oh Salvador del mundo, cuán diferente estima tenéis de los pecadores, de la que ellos tienen de Vos! Ellos os venden por treinta dineros, y Vos los compráis con vuestra sangre preciosa. Ellos ponen en voluntad de su carne el precio de esta venta, y Vos ponéis en voluntad del Padre el precio de esta compra. ¡Oh Padre eterno, formador de todo lo creado, mirad el precio en que es apreciado vuestro Hijo! ¡Oh Hijo de Dios vivo, con cuánta razón podéis decir: «Donoso precio en que me han apreciado!». Mas pues habéis tomado forma de esclavo, no es mucho paséis por las bajezas del esclavo, siendo vendido por el precio de los esclavos. Gracias os doy por esta primera injuria que recibisteis en vuestra Pasión, y en agradecimiento de ella me ofrezco por vuestro perpetuo esclavo, con deseo de nunca apartarme de vuestro servicio.

3. De aquí también tengo de sacar *grande confusión y vergüenza, acordándome de las veces que he vendido a Cristo nuestro Señor por precio más vil que treinta dineros;* esto es, por un deleite de carne o un punto de honra, o un interesillo de hacienda, entregándole otra vez *a sus enemigos, los pecados* para que dentro de mi corazón le crucifiquen. Y así, puedo imaginar que Cristo nuestro Señor me dice lo que refiere el profeta Zacarías: «Si os parece bien, dadme algún galardón por los bienes que yo he hecho, y si no, dejadlo, porque no os quiero forzar» (Zac 11,12). Y a esta petición tan justa, lo que yo respondo con las obras es venderle por tan vil precio, que me diga: «¡Oh, donoso precio en que me apreciáis!»

¡Oh alma mía, cómo no te cubres de vergüenza oyendo esta palabra de tu Redentor! ¡Oh Redentor mío!, cuán justo fuera quitaras de mí la vara de tu gobierno y me cortaras el hilo de la vida, pues tan mal sé aprovecharme de ella. Perdóname, Señor, la injuria pasada, y ayúdame a que te aprecié como mereces, de modo que puedas decir sin ironía: «Hermoso precio es éste en que me aprecias».

PUNTO SEXTO

Vuelve Judas a la compañía de Cristo, disimulando su maldad, y Éste le admite con amor.

Lo sexto, se ha de considerar lo que sucedió después de esta venta, así en Judas, como en los príncipes de los sacerdotes.

1. Porque, lo primero, Judas, concertado el precio, prometió de cumplir lo que había ofrecido, y con gran cuidado buscaba oportunidad para hacer la entrega por cobrar el precio; y así, *se volvió al colegio de los Apóstoles y a la compañía de Cristo,* disimulando su maldad, porque como había perdido la fe, pensó que Cristo no lo sabría. Pero *Cristo nuestro Señor le admitía con tanto amor como si no supiera lo que había hecho,* ejercitando en esto el amor de los enemigos con grande eminencia, sin reprenderle, ni afrentarle, ni descubrir su traición. Quizá le diría: Amigo, seas bienvenido; ¿dónde has estado?, ¿qué has hecho? Y a sus falsas respuestas calló con gran disimulo.

¡Oh mansísimo Pastor y dulcísimo Padre!, ¿qué sentisteis en vuestro corazón cuando visteis entrar a este lobo en medio de vuestras ovejas, cubierto con piel de oveja para hacer presa en su propio Pastor? Él disimula por no ser conocido, y Vos, aunque le conocéis, hacéis el

disimulado; él viene de procuraros la muerte, y Vos le recibís con tanto amor como si en ello os fuera la vida. ¡Oh caridad inmensa! ¡Oh mansedumbre infinita! Hacedme, Señor, manso como oveja, para sufrir por vuestro amor los agravios de cualquier lobo.

2. Lo segundo, *los príncipes de los sacerdotes* quedaron también contentísimos, y *mudaron* luego *de parecer;* porque habiéndose resuelto de no matar a Cristo en el día de la fiesta, porque no se levantase ningún alboroto en el pueblo, no quisieron perder la ocasión, y *se resolvieron de matarle cuando Judas se lo entregase,* sin hacer caso del alboroto del pueblo. En lo cual se echa de ver, por una parte, la rabia de estos crueles enemigos y las ansias que tenían de hundir a Cristo nuestro Señor, y por otra parte, resplandece la sabiduría y providencia de Dios en salir con su traza, que Cristo muriese en el día de aquella fiesta, para que fuese sacrificado el verdadero Cordero de Dios cuando lo era el figurativo

¡Oh Cordero inocentísimo, Jesús, con cuánta razón os podemos llamar cordero pascual, porque vuestras fiestas y pascuas son morir por librarnos de la muerte, y ser sacrificado por darnos la vida! Y si vuestros enemigos se dan prisa a querer mataros, aunque sea en fiesta solemne, mucha más prisa tenéis Vos en querer morir por ellos. Bendita sea vuestra infinita caridad, por la cual os suplico encendáis mi corazón con tanto fervor, que tenga por fiesta y pascua padecer algo por vuestro amor. Amén.

3. De lo dicho en esta meditación, sacaré *dos causas principales por las cuales Cristo nuestro Señor permitió tanto tiempo a Judas en su escuela,* esperándole a penitencia.

a) La primera, *para, que entendamos que en todas las congregaciones,* aunque sean muy religiosas, *ha de haber algunos malos,* sin culpa del que las gobierna, como lo hubo en ésta, escogida por Cristo. Por lo cual dijo San Agustín: «En cualquier profesión de vida que escogieres, aparéjate a sufrir algunos fingidos»; porque si no tragas esto y te aparejas a sufrirlo, hallarás lo que no esperabas, y vendrás a faltar en tu vocación o a turbarte en ella.

b) La segunda causa fue *para que le diese ocasión de ejercitar* para nuestro ejemplo *los heroicos actos de mansedumbre, paciencia y caridad,* y otras virtudes que no pueden ejercitarse si no es con enemigos. Y en particular, para dar ejemplo a los prelados y superiores de tolerar a los malos súbditos y ayudarlos, aunque les den muchas ocasiones de padecer, pues como dice San Bernardo: «Los malos súbditos, como aumentan la

carga del gobierno, así aumentan el merecimiento. Cuanto más cargado, tanto más ganancioso».

Meditación 7

La Última Cena, en que Cristo nuestro Señor comió el cordero legal con sus Apóstoles, y cómo antes de ella se despidió de su Madre santísima.

PUNTO PRIMERO

Preparación para la última cena.

Llegado el primer día de los Azimos, cuando, según la ley, se había de sacrificar el cordero pascual, que fue jueves, envió Cristo nuestro Señor luego por la mañana dos de sus Apóstoles Pedro y Juan, a Jerusalén desde Betania, diciéndoles: «Cuando entrareis en la ciudad, toparéis un hombre con un cántaro de agua; seguidle, y decid al dueño de la casa donde entrare: El tiempo de mi partida está cerca; quiero celebrar en tu casa la Pascua con mis discípulos. Y él os enseñará un cenáculo grande y bien aderezado, y allí aparejaréis lo necesario para esta Pascua».

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, *el cuidado grande que Cristo nuestro Señor tenía con la observancia de la ley*, pues quiso ir a Jerusalén, en donde era necesario comer el cordero, con saber que le había de costar la vida y que allí había de ser preso y crucificado, haciéndose obediente hasta la muerte. Además, como es propio de los perfectos obedientes prevenir con tiempo las cosas necesarias para cumplir su obediencia, así quiso con tiempo prevenir lo necesario para ésta, dándonos ejemplo de obediencia y de diligencia y providencia en la ejecución de ella, para confusión de mis desobediencias y de los descuidos y negligencias que tengo en la guarda de su santísima ley, aun en las cosas que me han de costar poco. Por tanto, ¡oh alma mía!, acuérdate de lo qué dice el Sabio: «Apareja primero tu obra, y luego labra tu campo y edifica tu casa», porque no podrás labrar bien el campo de tu alma con mortificaciones ni edificar la casa de tu conciencia con virtudes, si primero no aparejas lo necesario para el ejercicio de ellas.

2. Lo segundo, ponderaré cómo *Cristo* nuestro Señor *escogió dos Apóstoles,* los más queridos y los más señalados en fe, amor y obediencia, Pedro y Juan, *para que fuesen a prevenir la casa* y huésped, y para que le ayudasen con su destreza y diligencia en la prevención de lo necesario para el sacrificio del cordero. Y, demás de esto, para enseñarnos el cuidado que hemos de poner en aparejar nuestras almas con lo necesario para celebrar el sacrificio y comida del Cordero purísimo de la ley nueva que se nos da en el Santísimo Sacramento del Altar, cuyo aparejo pertenece a la virtud de la fe, figurada por San Pedro, y a la caridad, figurada por el glorioso San Juan, ambas fervorosas y acompañadas con obediencia muy perfecta.

¡Oh Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo! Justo es que te comamos con grande aparejo, limpiando y enderezando el cenáculo y sala donde has de ser espiritualmente sacrificado y comido. Envía, Señor, desde el cielo a esta pobre alma, viveza de fe y fervor de caridad, con prontitud de obediencia, que la ensanchen, adornen y aparejen como conviene para esta celestial comida, porque si Tú no me envías esta ayuda, nunca me aparejaré como debo para ella.

3. Lo tercero, ponderaré *aquel breve y tierno recado que mandó dar al dueño de la casa.* «El Maestro dice: Mi tiempo es llegado; en tu casa quiero celebrar la Pascua con mis discípulos». El cual recado fue tan eficaz, que luego aquel hombre, tocado del divino Espíritu, ofreció la mejor pieza de su casa, muy bien aderezada, para que Cristo nuestro Señor celebrase allí su Pascua, sirviéndole con cuanto tenía.

¡Oh Maestro soberano y Redentor mío, cuya palabra es tan poderoso que hace luego lo que dice! Di a mi alma: Mi tiempo es llegado; en tu casa quiero celebrar la Pascua con mis discípulos. ¡Oh dichoso tiempo en el cual mi Redentor quiere aplicarme el fruto de su Pasión y entrar en mi alma a celebrar la Pascua, que es tránsito de lo terreno a lo celestial! Ven, Maestro dulcísimo, con la dulce compañía de tus virtudes, y con ellas celebra dentro de mi alma esta Pascua y convite celestial; yo te ofrezco, no solamente la mejor pieza de mi casa, sino toda ella, pues toda es tuya, y ojalá fuera mejor de lo que es, para, que te agradaras de estar siempre en ella.

PUNTO SEGUNDO

Se despide Jesús de su Santísima Madre.

1. Lo segundo, se ha de considerar cómo *Cristo* nuestro Señor, antes de salir de Betania, *quiso despedirse de su Madre santísima,* diciéndola cómo era ya llegada la hora de su Pasión y muerte, la cual había deseado tantos años, para dar fin a la redención del mundo que su Padre Eterno le había encargado; y, para prevenirla, es de creer que con ánimo muy tierno, pero muy varonil, la contaría todas las cosas que habían de pasar por Él, diciéndola: Yo voy a Jerusalén a sacrificar y comer el cordero pascual, y a instituir el sacrificio y Sacramento que por él es representado, y luego seré preso, como ladrón, de mis enemigos en el huerto de Getsemaní; de allí me llevarán atado con gritería en casa de Caifás, donde pasaré toda la noche en graves desprecios y tormentos, y en siendo de día, me llevarán al tribunal de Pilato, por cuyo mandato seré cruelmente azotado, y después coronado de espinas y escarnecido y sentenciado a muerte de cruz, y cargado con ella saldré de su pretorio al monte Calvario, donde seré crucificado entre dos ladrones, y al cabo de tres horas expiraré. Todo esto está decretado por mi Eterno Padre y es conveniente para la redención del mundo, y por esta razón gusto mucho de pasar por ello, pues basta que mi Padre lo quiera, para que Yo lo acepte, y todos los que aman a mi Padre se conformen con su santa voluntad.

2. Oyendo la Virgen estas y otras semejantes palabras que su Hijo la diría, fue *su bendita alma traspasada con gravísimos dolores,* porque cada palabra de aquellas era un cuchillo que atravesaba su corazón; pero, levantando los ojos al cielo, hablando con el Padre Eterno, le diría: *Padre, si es posible, no beba vuestro Hijo y mío este cáliz tan amargo de su Pasión: pero no se haga mi voluntad, sino la vuestra.* Y volviéndose a su Hijo, le diría: Hijo, pues vuestra voluntad es beber este cáliz, dadme licencia que yo le beba enteramente con Vos, asistiendo a todos vuestros trabajos; pero no se haga lo que yo quiero sino lo que Vos queréis.—De esta manera la Virgen sintió en esta ocasión sumo dolor, con suma resignación en la divina voluntad.

3. También se puede devotamente meditar que *Cristo* nuestro Señor, como quien conocía la fe y valor de su Madre, *la encomendaría* que en esta su breve ausencia *recogiese el rebaño descarriado de sus Apóstoles y discípulos,* y los confirmase en la fe de su resurrección, y los alentase y

consolase. Y en razón de esto, es de creer la diría algunas razones de las muchas que dijo a sus discípulos en el sermón de aquella noche.

¡Oh Virgen soberana, cuán amargo día fue éste para Vos, bebiendo por junto el cáliz de la Pasión, que vuestro Hijo os iba relatando! Ya el cuchillo que Simeón profetizó, comienza a traspasar vuestra alma con gravísimo dolor, y si éste es muy agudo, aparejad vuestro corazón, que mañana se aguzará, para que siquiera gustara una gota de ese cáliz y le tocara la punta de ese cuchillo. Alcanzadme, Señora, favor del cielo, para que de tal manera oiga y medite vuestros trabajos y los de vuestro Hijo, que merezca tener parte en ellos. Amén.

PUNTO TERCERO

Sale Cristo con sus Apóstoles de Betania a Jerusalén.

Venida la tarde del jueves, salió Cristo nuestro Señor de Betania con sus Apóstoles, y en llegando a Jerusalén al lugar señalado, se sentó con ellos a la mesa, y les dijo: «Con deseo he deseado comer con vosotros esta Pascua; esto es, este cordero pascual, antes que padezca».

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, *los semblantes diferentes de los que iban en este camino* desde Betania hasta Jerusalén. *Cristo* nuestro Señor iba contento porque iba a padecer. *Judas* iba gozoso porque se le acercaba el tiempo y ocasión de entregar al que vendió y cobrar el precio que le ofrecieron. *Los Apóstoles* iban tristes por la muerte que temían de su Maestro, acordándose que les había dicho el día antes: De aquí a dos días será la Pascua, y el Hijo del Hombre será entregado para ser crucificado.

¡Oh Hijo del hombre, Dios y hombre verdadero! ¿Cómo llevas en tu compañía al que ha de entregarte para ser crucificado? Mira que este lobo ha de alborotar tu rebaño. Y pues tanto has trabajado en recogerle, echa fuera al que ha de desperdigarle. ¡Oh, qué pláticas tan dulces trabaría el Señor con sus discípulos para moderar la tristeza de su corazón y aliviar el trabajo del camino! Dichoso el que camina con Jesús, no con fingimiento, como Judas, sino con verdad como los demás discípulos, porque con su dulce compañía hallará alivio en su tristeza.

2. Lo segundo, se ha de ponderar *la entrañable caridad y afabilidad de Cristo* nuestro Señor, la cual mostró con aquellas tiernas palabras: «Con deseo he deseado comer este cordero con vosotros». Como quien dice: Muchos días hace que deseo grandemente este día para daros muestras de

lo mucho que os quiero, comiendo con vosotros, no sólo este cordero legal, sino otro más precioso que os daré antes que padezca.

¡Oh dulcísimo y amorosísimo Maestro! Estando tan cerca vuestra Pasión tan amarga, ¿decís que con gran deseo habéis deseado este convite antes de veros en ella? ¿Con qué os pagaré tales deseos, sino con procurar otros tales para serviros? Y si Vos, Señor, deseáis mucho comer conmigo esta última Pascua, yo también deseo mucho comerla con Vos. ¡Oh Rey del cielo!, que estáis llamando a la puerta del corazón, deseando con gran deseo que os abramos para entrar a cenar con nosotros. Venid a mi casa, que la puerta tengo abierta, y con gran deseo estoy deseando vuestra venida para tener parte en vuestra cena.

PUNTO CUARTO

Cómo Cristo come el cordero pascual, guardando todas las ceremonias de la ley.

Lo cuarto, se ha de considerar el modo como Cristo nuestro Señor comió el cordero pascual, guardando todas las ceremonias de la ley, y contemplando lo que significaban, con sentimiento de su corazón.

1. *Mirando el cordero sobre la mesa muerto, desollado y asado en fuego* se le representó cómo había de estar tendido en la mesa de la cruz, muerto y desollado con azotes desangrando y asado con fuego de tormentos. *Mirando cómo le despedazaban sin quebrarle hueso,* se vio a Sí mismo descoyuntado, sin que le quebrantasen las piernas como a los ladrones. *Mirando la prisa con que le comían* miraba también la prisa con que descargaría sobre Él la furia de sus enemigos para consumirle con tormentos. *Gustando las lechugas amargas,* se acordaría de las hieles y amarguras que le estaban esperando. Y cuando se vio *con el báculo en las manos,* se acordó de la cruz con que se había de abrazar y en que había de estar clavado.

¡Oh dulce Jesús, cuán amarga era esta comida, mezclada con salsa de tan amarga representación! Con esta salsa deseo siempre comer, acordándome de los trabajos que por mí padecisteis, y de la hiel y vinagre que por mí gustasteis.

2. Finalmente, acabada esta cena legal, es de creer que *Cristo nuestro Señor daría gracias a su Eterno Padre* porque se había puesto fin a esta figura y representación, y se ofrecía a padecer todo cuanto en ella se

representaba, por cumplir enteramente su voluntad, diciendo: Padre mío, bien sé que estos holocaustos y sacrificios antiguos no te han agradado perfectamente, y que por esto me enviaste al mundo con cuerpo apto para ser sacrificado. Ya es llegada la hora de este sacrificio; me ves aquí aparejado para cumplir tu voluntad; como lo has ordenado, así lo quiero.

Gracias te doy, Hijo de Dios unigénito, por este nuevo ofrecimiento que haces al Eterno Padre; yo también me ofrezco a cumplir tu voluntad; mándame lo que quisieres, ayudándome con tu gracia a cumplir lo que me mandares.

Meditación 8

El lavatorio de los pies

PUNTO PRIMERO

Amor de Cristo a los suyos.

Sabiendo Jesús que era llegada su hora de pasar de este mundo al Padre, como hubiese amado a los suyos que estaban en este mundo, los amó hasta el fin.

Sobre este punto, que es el proemio y entrada que hace el glorioso San Juan para los misterios que se siguen, se han de ponderar *las propiedades del amor que Cristo nuestro Señor tuvo a sus discípulos y a todos los suyos que vivían y habían de vivir en este mundo,* presuponiendo que este Señor tenía entonces *tres familias* de personas *suyas:* una de ángeles en el cielo, otra de almas justas en el limbo, y otra de discípulos en el mundo, y aunque éstos estaban mezclados con otros muchos que no eran *suyos,* porque eran malos, y ellos también tenían mezcla de algunas culpas e imperfecciones, con todo eso los amó con un amor tierno y paternal, porque eran *suyos;* esto es, eran sus hijos, sus amigos y sus fieles siervos. De aquí se siguen las propiedades de este amor.

1. La primera es que *los amó como a cosa suya propia,* y por consiguiente, como a Sí mismo, y en cierto modo más que a Sí mismo, pues con estar cercano a la muerte, como olvidado de Sí *y* de sus trabajos, todo se ocupó en regalarlos, y perdió su vida por la vida de ellos, tomando

los pecados y miserias de sus escogidos como suyas, y pagando con su muerte las deudas que ellos debían.

¡Oh amado de mi alma!, si Tú me amas como a cosa tuya, yo digo que te amo como a cosa mía, porque como yo soy tuyo, así Tú eres mío. Yo soy criatura tuya, esclavo e hijo tuyo; pero Tú eres mi Creador y Redentor, mi Señor y mi Padre, y te quiero amar, no como a mí, sino sobre mí y sobre todas las cosas creadas y por crear, porque eres dignísimo de ser amado más que todas ellas.

2. La segunda es que *los amó con amor perseverante hasta el fin;* los amó mientras vivió en esta vida y hasta que llegó el fin de ella, y los amó mientras vivieron, hasta que llegó para ellos su fin, y amará a todos los suyos hasta el fin del mundo.

¡Oh amor constantísimo de Jesús, cuyo fuego no pudieron apagar las aguas de inmensas tribulaciones ni los ríos de innumerables tormentos! ¡Oh, qué de veces con mis pecados, cuanto es de mi parte, he querido ahogarle, pero siempre ha prevalecido, haciendo bien a quien le servía mal, arrojando nuevas brasas en la cabeza del que multiplicaba ofensas! No ceses, Salvador mío, de amarme hasta el fin, para que yo también te ame sin fin. Amén.

3. La tercera propiedad fue que *los amó* con un amor excesivo, sin tasa, *hasta el fin hasta donde puede llegar el amor,* haciendo y padeciendo por ellos lo sumo que podía y convenía hacer y padecer, y deseando mucho más sin fin, si fuera necesario para su remedio.

¡Oh Amado mío!, yo también deseo amarte, como manda el precepto del amor, con todo mi corazón, con toda mi alma, con todo mi espíritu y con todas mis fuerzas, sin tasa alguna, llegando, si pudiese, al fin hasta donde puede llegar el amor de una criatura para con su Creador. Querría amarte más que los ángeles y serafines, y si fuera posible amor infinito, con ése te quisiera amar, sin cansarme, con tu ayuda, de crecer en el amor, hasta llegar al fin de lo que Tú has ordenado que te ame, pues mereces ser amado sin fin.

4. La cuarta fue que *los amó para el fin;* esto es *para el fin que fueron ordenados,* que es amarle y servirle en esta vida mortal y gozar de Él en la vida eterna. No los amó para darles riquezas ni honras o regalos temporales, porque no era éste su fin, sino para darles todos los medios de su gracia, con que alcanzasen el fin de la gloria. Y los amó para Sí misino, que es principio y fin de todas las cosas, para unirlos consigo en unión de amor, en quien descansasen como en su último fin.

¡Oh Amado mío, si te amase para el mismo fin que me amaste! No te amo para que me des bienes temporales sino te amo porque me amas y para que me des los bienes espirituales con que crezca en tu amor y me junte sin fin contigo, que eres mi último fin y suprema bienaventuranza. Amén.

Estos afectos de amor tengo de ejercitar en todas las meditaciones siguientes, *con las propiedades que quedan referidas.*

PUNTO SEGUNDO

Humíllase Cristo a lavar los pies a sus discípulos.

Acabada la cena legal del cordero, habiendo el demonio puesto en el corazón de Judas Iscariote que le entregase a la muerte, sabiendo que el Padre puso todas las cosas en sus manos, y que salió de Dios y volvía a Dios, se levantó de la mesa, y quitándose la vestidura de encima, tomó un lienzo y se ciñó con él, y echando agua en una bacía comenzó a lavar los pies de sus discípulos y a limpiarlos con el lienzo que tenía ceñido.

Sobre este paso, se ha de considerar la excelencia de la Persona que hace esta obra, el modo como la hace por Sí mismo, y el misterio que representa de su Encarnación y Pasión.

1. Lo primero, se ha de hacer pausa en lo que la hizo San Juan, ponderando *la excelencia de la Persona que se humilla a obra tan baja* como es lavar los pies de sus discípulos; porque tanto será mayor la humillación, cuanto es más alto el que se humilla, y tanto la humildad será más heroica cuanto fuere más excelente la persona en quien se halla. Para esto miraré en Cristo nuestro Señor lo que tiene en cuanto Dios, y lo que tiene aquí en cuanto hombre: *en cuanto Dios,* está en el cielo en medio de innumerables ángeles que, postrados a sus pies, le adoran; *en cuanto hombre,* está en un pobre cenáculo y en medio de unos viles pescadores, postrado a sus pies para lavárselos; *en cuanto Dios,* está vestido de hermosura y ceñido de fortaleza, criando con sus manos todas las cosas; *en cuanto hombre,* está desnudo de sus vestiduras, ceñido con un lienzo, y con sus manos lava los pies lodosos de sus criaturas.

Pero en especial se ha de ponderar, como lo ponderó el Evangelista, que este Señor que aquí se humilla *es infinitamente sabio,* a quien nada se le esconde, ni la excelencia de su Persona, ni la maldad del discípulo que le vende, ni la vileza y cobardía de los otros que tiene delante. Es también

infinitamente poderoso, porque el Padre Eterno puso todas las cosas en su mano y potestad, comunicándole su omnipotencia, en cuanto Dios, por la eterna generación, y en cuanto hombre, por la unión hipostática al Verbo. Es también *Hijo natural de Dios,* de quien nació *ab aeterno,* y vino al mundo para remediarle, y después de muerto volverá a Dios, a sentarse en su trono, a la mano derecha de su Padre; y con saber todo esto claramente, quiso humillarse a esta obra, de suerte que *no se humilló por ignorancia* de lo que era, ni *por fuerza* que otro le hiciese, ni *por ser de baja ralea,* ni *por tener bajas intenciones y fines,* sino sólo *por que quiso humillarse* y tomar forma de siervo por nuestro amor, cumpliendo perfectísimamente aquel consejo del Sabio, que dice: «Cuanto fueres más grande, humíllate en todas las cosas» (Eccli 3, 20).

¡Oh infinita humildad, que así resplandeces en Persona de tan infinita dignidad para confundir la soberbia de mi infinita bajeza! Si Jesús, infinitamente sabio y poderoso así se humilló, ¿cómo yo, sumamente ignorante y flaco, así me ensoberbezco? Si el Hijo de Dios, que procedió de Dios y se vuelve a Dios, se bajó a tomar forma de siervo, ¿cómo yo, hijo de ira y esclavo del demonio, que fui hecho de polvo y me convertiré en el mismo polvo, presumo de engreírme y querer ser servido como señor? ¡Oh humilde Jesús!, líbrame de este espíritu de soberbia y fúndame en profunda humildad, pues tanta razón tengo para ser humilde,

2. Lo segundo, ponderaré cómo *la humildad de este Señor tan alto fue amorosa y diligente,* haciendo toda esta obra por Sí mismo, sin ayuda de otro, en señal de amor. Él mismo se desnuda y ciñe; Él echa el agua en la bacía y la lleva adonde están sus discípulos, y se postra en tierra, y les lava, no las manos, sino los pies, muy polvorientos y lodosos, y Él mismo amorosamente se los limpia con la toalla con que estaba ceñido, regalándose y saboreándose en hacer todo esto por su Persona; enseñándome a ejercitar las obras de humildad y caridad por mí mismo, gustando más de hacer que de mandar, y haciendo la obra humilde sin mezcla de cosa jactanciosa.

¡Oh amantísimo Maestro, que sin hablar estáis clamando: Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón! comunicadme esta mansedumbre y humildad tan amorosa, para hallar gracia en vuestros ojos, a quien siempre han agradado los mansos y humildes de corazón.

3. Pero si es grande la humildad de esta obra exterior, *mucho mayor es la humildad y solicitud que representa,* la cual ejercitó con todos nosotros, pues por nuestra causa, siendo Hijo de Dios, se apocó a Sí mismo, tomando forma de siervo, y se desnudó las vestiduras de su gloria y

grandeza, ciñéndose con carne mortal y pasible, sujeta a grandes penalidades, y en el monte Calvario consintió ser despojado de sus vestiduras con grande ignominia, y allí derramó, en lugar de agua, toda la sangre preciosísima de sus venas, depositándola en los sacramentos que ordenó para lavarnos de nuestras culpas, y porque nosotros quedásemos limpios, quiso que el purísimo lienzo de su sacratísima humanidad con que se ciñó, quedase en la apariencia sucio y manchado con ella.

¡Oh Dios eterno!, ¿con qué te pagaré lo mucho que por mí has hecho? Deseo desnudarme de toda grandeza temporal y ceñirme con rigor de penitencia y derramar mi sangre por tu amor, cargándome con las penas de que te cargaste por mis culpas; y después que hubiere hecho todo esto, diré que soy siervo sin provecho, pues no hago la mínima parte de lo que hizo mi Señor.

PUNTO TERCERO

Contienda de Cristo con San Pedro.

El tercer punto será considerar lo que pasó a Cristo nuestro Señor con San Pedro cuando llegó a lavarle los pies, y las razones que sobre esto hubo.

1. Lo primero, pasmado Pedro de la humildad de su Maestro, dijo: *Señor, ¿Tú a mí lavas los pies?* En las cuales palabras descubrió la viva fe que tenía de la grandeza de Cristo nuestro Señor y de su propia bajeza y de la vileza de aquella obra a que Cristo se humillaba. Y de la interior consideración y ponderación de todo esto, vino a decir con afecto de grande admiración y pasmo: Señor, ¿Tú a mí lavas los pies? ¿Tú, Dios infinito, Creador de cielos y tierra, Señor de los ángeles y serafines, a mí, criatura tuya, esclavo tuyo, pecador vilísimo y asquerosísimo, con esas manos que dan vista a los ciegos, salud a los enfermos y vida a los muertos, quieres lavar, no mi cabeza o mis manos, sino mis sucios y miserables pies? Yo, Señor, te había de servir a Ti y lavar tus pies, y aun de esto no me tengo por digno, ¿y Tú quieres lavármelos a mí?

De aquí tengo de aprender a sentir altamente de Cristo, y bajamente de mí, y haciendo comparación de lo que un Dios tan alto hizo por un hombre tan bajo, sacar afectos de admiración, de acción de gracias y de imitación.

2. A este dicho de San Pedro, que procedía de gran fervor, *respondió Cristo* nuestro Señor *enderezándole a lo que convenía,* con estas palabras: «Lo que Yo hago no lo entiendes ahora; después lo entenderás». Como quien dice: Esto que hago tiene un misterio que no alcanzas; Yo te le descubriré después; ahora déjate gobernar. *Respondió Pedro:* «No me lavarás jamás los pies». *Le replicó Cristo:* «Pues si no te lavare, no tendrás parte conmigo». En lo cual se ha de ponderar lo mucho que ofende a Cristo nuestro Señor cualquier desobediencia y rebeldía y cualquier asomo de pertinacia en el propio parecer, aunque sea con capa de humildad y de reverencia, pues este vicio sólo bastó para que dijese a Pedro aquella tan terrible amenaza: «No tendrás parte conmigo»; que fue decir: No serás más mi discípulo, ni te tendré más en mi escuela y compañía ni te admitiré a la herencia de mi reino. De donde *aprenderé a no resistir a la voluntad de Dios* y de mis superiores por ningún título de aparente virtud, sino rendir mi juicio al primer aviso y a la primera corrección de amor, antes que venga la segunda corrección con amenaza y temor; porque, aunque sea tan distinguido de Cristo como San Pedro, y tan favorecido del Eterno Padre como él lo fue, no durará más la distinción de cuanto durare la obediencia, y en faltando ésta con pertinacia, faltará luego la distinción.

¡Oh buen Jesús, dechado de toda perfecta obediencia!, no permitas que me engañe mi propio juicio anteponiéndole al tuyo, ni que con capa de humildad siga mi propia voluntad, dejando la tuya, porque no caiga sobre mí amenaza tan terrible como es no tener parte contigo.

3. Lo tercero, también ponderaré *la necesidad que tengo de que Cristo nuestro Señor me lave y limpie de mis culpas,* pues si Él no me lava, no tendré parte con Él. Y a esta cansa no dijo: Si no lavare tus pies; antes dijo: Si no *te lavare,* no tendrás parte conmigo.

¡Oh Salvador del mundo, confieso que estoy sucio y manchado con innumerables pecados, de los cuales yo no me puedo lavar, porque el pecar fue mío, mas el perdonar es vuestro! Por tanto: «Lavadme, Dios mío, de mi grande maldad y limpiadme de mi pecado», y después que me hubiereis una vez lavado, lavadme mucho más, para que tenga mayor parte con Vos, con más seguridad de no perderla.

PUNTO CUARTO

Se deja San Pedro lavar los pies.

Lo cuarto, consideraré *el efecto que obró en San Pedro esta amenaza de Cristo, y lo que Cristo le respondió.*

1. Porque, primeramente, a esta amenaza respondió Pedro: «Señor, no solamente los pies, sino manos y cabeza». *En lo cual descubrió el gran amor que tenía a Cristo* nuestro Señor y la grande estima que tenía de estar siempre con Él, y lo mucho que sentiría apartarse de su compañía, y así dijo: Señor, si para tener parte contigo es menester que me laves, lávame, no solamente los pies, sino manos y cabeza.

De donde aprenderé a rendirme a Dios y a mis superiores, siquiera por temor de que Dios no me aparte de Sí, aunque este temor no es servil y de esclavos sino temor filial y de muy justos, porque es rendirse a Dios por no carecer de Dios. Y a esta causa Cristo nuestro Señor no dijo a Pedro: Si no te lavare, te echaré en los infiernos: sino no tendrás parte conmigo, como quien deseaba ser obedecido por temor casto y no por temor de esclavo.

2. A estas palabras de Pedro respondió Cristo nuestro Señor, diciendo: «El que está lavado, no tiene necesidad de lavar los pies, porque todo está limpio; vosotros estáis limpios, aunque no todos»; porque sabía quién era el que le había de entregar. En las cuales palabras pretendió enseñarnos que *quien está lavado por el bautismo y penitencia* de las culpas mortales, aunque está todo limpio, por cuanto tiene la limpieza necesaria para estar en gracia y amistad de Dios, pero *tiene todavía de lavarse los pies* de los afectos terrenos y de las culpas ligeras que se le pegan tratando en las cosas de la tierra, y esto también es necesario para tener parte con Cristo en este sentido, que no entraremos en el cielo hasta habernos lavado de estas culpas, de las cuales también nos ha de lavar el mismo Cristo. De donde sacaré *cuán grave mal es un pecado venial,* como pondera San Bernardo, y cuánto debe ser aborrecido, por *dos motivos:* El primero, porque no se perdona si no es a costa de la sangre de Jesucristo, en cuya virtud somos lavados de estas manchas. El segundo, porque no es posible tener parte con Cristo en el cielo hasta lavarnos de él, o en esta vida, o en la otra con el fuego del purgatorio. Y pues el lavatorio del purgatorio es terribilísimo, como se dijo en la *Meditación última* de la Primera Parte, gran cordura será, ya que cada día me mancho con culpas veniales,

lavarme a menudo de ellas con los suaves lavatorios que Cristo ha dejado en su Iglesia.

3. Finalmente, ponderaré *la causa por que dijo el Señor: Vosotros estáis limpios, aunque no todos;* queriendo con esto secretamente avisar a Judas que estaba sucio y que tenía necesidad de ser lavado, so pena de que nunca tendría parte con Él, y de camino avisarme que mire con diligencia si estoy limpio de culpas graves, porque entre muchos limpios hay algunos que no lo están, y quizá seré yo uno de ellos; y aunque no sea más que uno, no se puede encubrir a Cristo, el cual ve y conoce muy bien quién está limpio y quién sucio.

PUNTO QUINTO

Cristo a los pies de Judas, modelo de amor a los enemigos: Judas, retrato del pecador empedernido.

Lo quinto, se ha de considerar cómo *Cristo nuestro Señor, prosiguiendo su ejercicio de humildad y caridad, quiso ejercitarlo con Judas,* y llegando con su bacía a donde estaba, puesto a sus pies, se los lavó y limpió con su lienzo como a los demás, y aun con algunas muestras de mayor caricia y amor, para enternecerle. Y es de creer que le hablaría al corazón, diciéndole: ¡Oh Judas, discípulo y apóstol mío!, ¿qué te he hecho, porque así me aborreces y tratas de venderme? Si tienes alguna queja de Mí, aquí me tienes a tus pies; haz de Mí lo que quisieres, con tal que no me ofendas ni te pierdas. Quien te lava los pies del cuerpo, desea lavarte las manchas del alma; no rehúses ser lavado, porque, de otra manera, nunca tendrás parte conmigo, y si no tienes parte conmigo, tu parte será con los hipócritas y fingidos en aquel miserable lago donde todo será crujir de dientes y perpetuo llanto... Se puede creer que derramaría lágrimas de sus ojos por la dureza y miseria de aquella alma, y las mezclaría con el agua de la bacía, lavándole también con ellas; pero nada aprovechó, porque tenía el corazón obstinado y poseído de Satanás.

Pero este ejemplo ha de aprovechar para que *aprenda yo a amar a mis enemigos,* haciéndoles todo el bien que pudiere, para reducirlos a la verdadera amistad con Dios, y conmigo por amor de Dios. Y de la dureza de Judas tengo de sacar aviso para *escarmentar en cabeza ajena,* acordándome de lo que dice el Sabio: Que el pecador, cuando viene al profundo de los males, todo lo desprecia, y que ninguno basta para corregir al que Dios ha despreciado, porque él quiso despreciar a Dios.

¡Oh alma mía!, contempla con atención los dos retratos que tienes delante de ti, uno de la mayor caridad, y otro de la mayor dureza que jamás hubo en el mundo. ¿Adonde pudo más subir la caridad que a bajarse el mismo Dios a lavar los pies del traidor que trataba de venderle? ¿Y adónde pudo llegar más la dureza del traidor, que a no ablandarse con la inmensa caridad del que estaba postrado a sus pies? ¡Oh Dios de mi alma!, cambia mi corazón de piedra en corazón de carne, para que sienta tus divinos toques y abrace tus amorosos ejemplos. Amén.

PUNTO SEXTO

Recomienda las obras de humildad y caridad con los prójimos, a ejemplo suyo.

Acabado el lavatorio, Cristo nuestro Señor *se desciñó el lienzo,* considerando en él *las manchas de los pecados ajenos,* que habían de ser causa que su humanidad quedase teñida con su propia sangre, derramada para librarnos de ellos; y tomando sus vestiduras, tornó a sentarse a la mesa, y dijo a sus Apóstoles: «¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? Me llamáis Señor y Maestro, y decís bien, porque lo soy. Pues si Yo, siendo vuestro Señor y Maestro, os he lavado los pies, ¿cuánto más vosotros debéis lavar los pies unos a otros? Porque Yo os he dado ejemplo para que vosotros hagáis lo que Yo he hecho. Si sabéis estas cosas, seréis bienaventurados si las hiciereis. No digo esto de todos vosotros, porque Yo sé los que he escogido».

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, aquella pregunta de Cristo nuestro Señor: ¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? Esto es: ¿el misterio que está encerrado en ello y el fin para que lo hice? En lo cual nos da a entender que *no todos los que ven sus obras entienden el secreto* y el espíritu de ellas.

¡Oh Maestro celestial!, esclareced mis ojos con vuestra soberana luz para que con viva fe crea, entienda y penetre las cosas que habéis hecho con nosotros, para que de todas me aproveche para gloria vuestra. Amen.

2. Lo segundo, ponderaré la fuerza de aquella razón que dice Cristo: *Si Yo,* siendo vuestro Señor y Maestro, *os he lavado los pies,* ¿cuánta mayor razón es que os lavéis los pies unos a otros?; esto es: que ejercitéis unos con otros obras de humildad y caridad, pues toda mi vida he gastado en

daros ejemplo de estas virtudes, para que a imitación mía os ejercitéis en ellas.

3. Últimamente, ponderaré aquella postrera palabra: *Si esto sabéis, seréis bienaventurados si lo hiciereis.* En que claramente enseña que no *basta saber* los ejemplos de virtud que nos dio, si no los ponemos por obra, y que no es bienaventurado ni escogido para el cielo el que los sabe por saberlos, sino por imitarlos, pues Judas, que estaba allí presente, los sabía y no los imitaba, y por esto era de los reprobados.

¡Oh bienaventuranza mía!, pues me has hecho merced de que sepa lo que por mí hiciste, ten por bien que ejecute lo que me mandaste. Confieso que no hago lo que sé ni obro lo que entiendo, por lo cual merezco ser castigado con grandes castigos, como el siervo que sabe la voluntad de su señor y no la cumple. Perdona, Señor, mis yerros pasados, y aliéntame a la enmienda de ellos, para que sea del número de tus escogidos y llegue a ser bienaventurado, gozando de Ti para siempre. Amén.

Meditaciones

La institución del Santísimo Sacramento

Acabado el lavatorio de los pies de los Apóstoles, y concluido el razonamiento que Cristo nuestro Señor tuvo con ellos para declarar el misterio que en él estaba encerrado, quiso darles otras mayores muestras del amor que les tenía, y otras más regaladas señales de que los amaba hasta el fin, no sólo hasta el fin de su vida, sino hasta el fin del mundo; y para esto quiso instituir un excelentísimo sacramento, en el cual se quedase con ellos real y verdaderamente mientras durase el mundo, haciéndoles un solemne y continuo convite con darles a comer su propio cuerpo y a beber su propia sangre con un modo maravilloso, suave y muy regalado, como se verá por las Meditaciones siguientes.

Meditación 9

Lo que hizo y dijo Cristo nuestro Señor antes de instituir el Santísimo Sacramento, para representar la disposición que han de tener los que le han de recibir.

PUNTO PRIMERO

Por qué precedió el lavatorio de los pies a la institución del divino Sacramento.

Lo primero, consideraré las causas por qué precedió el lavatorio de los pies a la institución de este soberano Sacramento.

1. *La primera fue para enseñarnos la grande pureza y limpieza que han de tener los que le han de recibir* y participar de este convite, procurando no contentarse con estar limpio de los pecados graves, sino, en cuanto pudieren, de los ligeros, lavando sus pies del polvo que se les pega con las aficiones terrenas; porque, siendo Cristo la misma limpieza, razón es recibirle con la mayor limpieza que nos fuere posible, lavándonos con el sacramento de la Confesión y con agua de lágrimas, suplicando a este Señor que Él nos lave y purifique, para dignamente recibirle. Tengo de imaginar que Cristo nuestro Señor me dice lo que dijo a San Pedro: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo en este convite, porque no recibirás la parte de los frutos y gozos que reciben los que asisten lavados y puros.

¡Oh Dios de mi alma!, si esto es así, lavadme cabeza, manos y pies, lavad mis pensamientos, obras **y** afectos, para que, lavado, puro y limpio, asista en este convite y participe de su fruto. Amén.

2. *La segunda causa fue* porque era costumbre, cuando uno convidaba a otro, lavarle los pies *en señal de humildad y caridad;* y por esto se quejó Cristo de Simón, que cuando entró en su casa a comer no le dio agua para sus pies; y debajo de esta loable costumbre quiso significar Cristo nuestro Señor que los que han de asistir a este convite, a imitación suya, se han de ejercitar en grandes afectos de humildad y caridad, que son las dos mejores disposiciones que pueden llevar, humillándose delante de Dios y de los hombres, y amando entrañablemente a Dios y a todos los hombres por Dios, cumpliendo con ellos las obras de piedad con reverencia y caridad. Por tanto, alma mía, si quieres gozar del convite de Cristo, aprende

primero la lección que te leyó cuando dijo: ¿Sabéis el ejemplo que os he dado? Sigue, pues, su ejemplo, para que te entre en provecho su Sacramento.

PUNTO SEGUNDO

Por qué precedió la cena del cordero pascual a la institución del divino Sacramento.

Lo segundo, consideraré las causas por qué precedió la cena del cordero pascual a la cena misteriosa en que se instituyó y comió este divino Sacramento, que fueron dos principales, en que la figura y lo figurado se podían conformar.

1. *La primera,* para que entendiésemos, que así como *aquel cordero se sacrificaba en agradecimiento de la merced que Dios hacía a su pueblo en sacarle del cautiverio de Faraón,* y con su sangre señalaban las puertas de las casas de los hebreos para que el ángel de Dios, que mataba todos los primogénitos de Egipto, no tocase en ellas, y con su carne se confortaban los que habían de hacer aquella jornada para comenzarla y proseguirla con esfuerzo, *así* también *este Cordero de Dios,* cuya carne y sangre está en este Santísimo Sacramento, *se sacrifica en la Misa en memoria y agradecimiento de la merced* soberana *que nos hizo* el mismo *Cristo en sacarnos del cautiverio del demonio* por medio de su Pasión *y* muerte, y con su sangre, y en virtud suya, somos preservados de la muerte de la culpa y de la muerte eterna, y con su carne preciosa somos sustentados y confortados para salir de esta servidumbre de Egipto y comenzar con fervor la jornada de la virtud y proseguirla hasta la vida eterna.

¡Oh Cordero de Dios, muerto desde el principio del mundo, no en tu santa humanidad, sino en las figuras de ella, comenzando desde el principio del mundo a comunicar las gracias y dones que con tu muerte habías de merecer!, ¿qué te daré por los innumerables bienes que con tu preciosa muerte me has ganado? No tengo, Señor, cosa más preciosa que darte que es ofrecer este sacrificio de Ti mismo y recibir el cáliz de mi salud con alabanzas de tu santo Nombre. ¡Líbrame, oh purísimo Cordero, de la esclavitud del demonio! No muera en la casa de mi alma su primogénito, que es mi libre albedrío, y confórtame para que camine por el desierto de esta vida hasta llegar al descanso de la gloria. Amén.

2. *La segunda causa fue para enseñarnos* en la comida del cordero legal *las disposiciones con que habíamos de comer este divino Cordero* figurado por Él. Porque, primeramente, se ha de comer *ceñidos los cuerpos* con la castidad, mortificando todos los deleites sensuales de la carne, porque es cordero castísimo y amiguísimo de esta pureza virginal. *Lo segundo, calzados los pies* con la guarda del corazón y de todos nuestros afectos para que no se enloden ni lastimen con las cosas de la tierra. *Lo tercero, teniendo báculos en las manos,* con la confianza en la cruz de Cristo nuestro Señor y en su protección y gobierno, haciendo obras agradables a sus ojos. *Lo cuarto, comiéndole aprisa,* con apresuración de fervor espiritual, sacudiendo toda pereza y flojedad, comiendo este cordero, no con acedía, tedio ni fastidio, sino con hambre y deseo grande de comerle. *Lo quinto,* comiéndole *con pan sin levadura* y *con lechugas amargas*, esto es, con pureza de alma, sin corrupción de culpa y con ejercicio de mortificación amarga a la carne. *Finalmente,* comiéndole, no crudo ni cocido en agua, sino *asado en fuego*, porque no tengo de comerle sin consideración de lo que es este manjar, ni con sola consideración fría y helada, sino con tal meditación, que encienda él fuego del amor en el corazón.

Ponderadas estas seis cosas, haré reflexión sobre mí mismo para *confundirme de la ruin disposición* con que como este celestial Cordero, y para alentarme a procurarla con grandes veras, diciendo aquello del Apóstol: «Pues Cristo, nuestro Cordero pascual, ha sido sacrificado por nosotros, comámoslo en este convite, no con levadura de malicia y fingimiento sino con sinceridad y verdad».

PUNTO TERCERO

Cómo hemos de comulgar.

El tercer punto será refrescar la memoria de aquellas palabras amorosas que referimos haber dicho Cristo nuestro Señor a sus Apóstoles al principio de la cena, y quizá las dijo al principio de esta cena sacramental: *«Con gran deseo he deseado comer con vosotros este cordero pascual antes que padezca.* Os digo de verdad que no le comeré más hasta que se cumpla y venga el reino de Dios. En las cuales palabras se nos avisan dos cosas para disponernos admirablemente a recibir este Sacramento.

1. *La primera, que le debemos comer con gran deseo,* y muy vehemente, así como Él deseó comerlo vehementísimamente con los suyos, porque Cordero tan precioso se ha de comer con grandísima hambre y deseo, nacido de la consideración de nuestra necesidad y de su excelencia y dignidad, porque ni la necesidad puede ser mayor que la mía, ni la excelencia del manjar mayor que la suya, y así no ha de haber hambre mayor que ésta.

2. *La segunda es que hemos de comer este Cordero cada vez como si fuese la última vez,* y como quien no le ha de comer más hasta el cielo, pues por esto se llama Viático para pasar a la otra vida; y si con este afecto comulgo, será, la comunión devota y provechosa, acordándome de lo que dice el Sabio: «Cuando te sentares a comer a la mesa con el Príncipe, diligentemente considera lo que se te pone delante, y entra un cuchillo por tu garganta. Esto es: come este manjar que te da el Príncipe del cielo como quien tiene el cuchillo a la garganta y está cerca de expirar, y cómelo habiendo primero mortificado los afectos desordenados de la carne, como los mortificarías si entendieses que esta comida había de ser la postrera.

¡Oh Rey del cielo!, pues quieres que me siente contigo a esta soberana mesa, dame valor para degollar todas las aficiones que me hacen indigno de ella, aparejándome para este convite como quien está de paso para ir luego al eterno, donde goce de Ti por todos los siglos. Amén.

Meditación 10

El tiempo, lugar y compañía que escogió Cristo nuestro Señor para instituir este Santísimo Sacramento.

PUNTO PRIMERO

Por qué Cristo instituyó el Santísimo Sacramento la noche de su Pasión.

Lo primero consideraré las causas por qué Cristo nuestro Señor instituyó este Sacramento *la noche de su Pasión y víspera de su muerte,* pudiendo dilatar la institución para después de su resurrección.

1. La primera causa fue *para descubrir la grandeza del amor que nos tenía,* pues cuando los hombres trataban de quitarle la vida con terribles tormentos y deshonras, Él estaba instituyendo un convite celestial para darles la vida con admirables regalos y favores, del cual habían de gozar muchos de aquellos que actualmente trataban de darle la muerte; con lo cual juntamente nos enseñaba que como las injurias y persecuciones de los malos no fueron parte para entibiar su caridad ni para que dejase de regalar con este banquete a los escogidos, así ningunos trabajos, desprecios o tormentos han de ser parte para qué los escogidos dejen de servirle y de participar de este soberano convite y coger su copioso fruto. Por donde echaré de ver con cuánta razón dijo San Pablo: «¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo, así de la caridad que Él nos tiene, como de la que nosotros, con su ayuda, le tenemos? ¿Por ventura podrán hacer divorcio y apartamiento entre estas caridades y amistades la tribulación o la angustia, la persecución o el cuchillo? Cierto estoy que ni la vida, ni la muerte, ni criatura alguna nos podrá apartar de la caridad de Dios, que está en Cristo Jesús».

¡Oh dulce Jesús!, cierto estoy que ningunas persecuciones amortiguarán tu caridad, pues en medio de ellas nos diste por prendas de perpetuo amor tu cuerpo en manjar y tu sangre en bebida, por lo cual te suplico me concedas otra caridad tan encendida, que ninguna persecución baste para entibiarla.

2. La segunda causa fue *para descubrir el entrañable deseo que tenía de estar siempre con nosotros,* no sólo en cuanto Dios, sino en cuanto hombre, y así, cuando se había de apartar de nosotros, según la presencia corporal, visible y ordinaria de su humanidad, trazó quedarse con otro modo de presencia, también ordinaria y perpetua, hasta la fin del mundo, debajo de las especies de este Sacramento. Y aunque bastara instituirle poco antes de su ascensión y subida a los cielos, no quiso sino antes de la Pasión, para dejar establecido en su vida mortal este modo de quedarse con los hombres mortales, por cuyo amor lo instituía; y para que se viese su infinita caridad, pues cuando los hombres querían echarle del mundo por envidia *y* rencor, Él trataba de quedarse con ellos en el mundo por otro modo, con grande piedad y amor.

¡Oh Amado de mi corazón!, si tanto deseas estar siempre conmigo, yo deseo estar siempre contigo, mirándote presente en todo lugar en cuanto Dios, y en este santísimo Sacramento en cuanto hombre. ¡Oh, quién pudiera asistir siempre en la iglesia cuando se celebra este divino misterio y en donde está este divino Sacramento, para gozar de su presencia!; mas

ya que no puedo lo que deseo, haré lo que puedo, procurando estar allí las veces que pudiere con alma y cuerpo, y siempre con el corazón y afecto.

3. La tercera causa fue *para que nunca fallase en el mundo un memorial de su Pasión sacratísima* y algún sacrificio ordenado para aplacar y glorificar a Dios; y como en aquella cena y con su Pasión cesaba ya el memorial del cordero y los sacrificios de la ley vieja, quiso entonces instituir este divino Sacramento y sacrificio para que fuese memorial y representación de su Pasión, por el cual se nos aplicase el fruto de ella; y aunque bastara instituirle después de su resurrección, no quiso sino antes, porque el amor vehemente gusta más de anteponer que de posponer el bien que ha de hacer por su amado; y por obligarnos con esto a que tuviésemos más tierna memoria suya, porque lo que los padres encomiendan a sus hijos cuando están cercanos a la muerte, suele quedar más impreso en sus memorias.

¡Oh Padre amantísimo!, pues en tal hora me dejaste memorial tan a moroso de tu Pasión y muerte, ron gran memoria me acordaré de Ti hasta que la vida se me acabe; y si me olvidare de Ti, olvidada sea mi mano derecha, y mi lengua se pegue al paladar si de Ti no me acordare.

PUNTO SEGUNDO

Dónde instituyó Cristo este Sacramento.

1. Lo segundo, consideraré *el lugar que Cristo nuestro Señor escogió para instituir este Sacramento,* y el misterio que en él está encerrado, porque escogió *un cenáculo grande* y bien aderezado, ofrecido con muy buena voluntad por un hombre cuyo nombre no se declara, y Cristo nuestro Señor lo aceptó y apropió para sus obras misteriosas; porque en este cenáculo se recogieron los Apóstoles con la Virgen después de la Pasión, allí se les apareció Cristo después de su resurrección, allí se recogieron en oración a esperar la venida del Espíritu Santo, y allí vino sobre ellos en lenguas de fuego, y de allí salieron a predicar la ley evangélica. Y aunque este cenáculo principalmente *es figura de la Iglesia católica,* en la cual sola, y no fuera de ella, sé puede comer este Cordero, y recibir las gracias y dones que de Él proceden, *también lo es del alma* donde Cristo nuestro Señor entra y reside por medio de este divino Sacramento, la cual ha de ser grande y muy capaz, por los dones celestiales; ancha, por la latitud de la caridad y amor de Dios y del prójimo; larga, por la longanimidad de la esperanza, y aderezada con todo género de virtudes,

que son la tapicería de la casa en que Dios mora; porque como está el cielo adornado con estrellas, así ha de estar el alma adornada con virtudes.

¡Oh Dios eterno!, pues te dignas venir a esta pobre alma, mira que de su cosecha es morada pequeña, estrecha, corta y sin adorno alguno; engrandécela con tus dones, ensánchala con tu caridad, dilátala con tu confianza, adórnala con tus virtudes, inclina esos cielos estrellados y estampa en mí una viva figura de ellos para que sea digna morada tuya. Amén.

El misterio de los dos discípulos que vinieron a negociar este cenáculo hace también a este propósito, como se declaró en la *Meditación* 7.

2. Lo segundo, ponderaré cómo *Cristo nuestro Señor estima en mucho una voluntad buena y pronta de recibirle,* sin hacer caso de grandezas ni excelencias del mundo, y por esto no quiso que se declarase el nombre de este hombre que le dio su cenáculo, para significar que no repara ni hace caso de que sea rico o pobre, noble o plebeyo, letrado o idiota, el que le ha de recibir en su alma, sino solamente de que le ofrezca lo que tiene con una voluntad buena y devota, inspirada por Dios, consintiendo el hombre.

Finalmente, cuando entra en el alma que dignamente le recibe, se la apropia y toma por suya, y la hace su casa de oración, y la descubre sus misterios y comunica los dones del Espíritu Santo, y la hace salir a publicar sus grandezas para que ayude a sus prójimos.

¡Oh dichoso el que acierta a ser cenáculo de Cristo, en quien se agrade y adonde resida y obre sus misterios! Venid, Señor, a este cenáculo de mi corazón, tomadme por vuestro, que de hoy más no quiero que sea mío.

PUNTO TERCERO

Los doce Apóstoles asisten a la institución del Santísimo Sacramento.

Lo tercero, consideraré *la compañía de personas* que escogió Cristo nuestro Señor para instituir en su presencia este santo Sacramento y darles parte de él, que fueron *sus Apóstoles;* entre los cuales, *lo más cierto es,* como dice Santo Tomás, *que estuvo Judas,* que aún no era salido del cenáculo; ponderando cuán diferentemente estaban allí los once Apóstoles y este traidor, porque los once estaban presentes con el cuerpo y con el espíritu, con atención y reverencia, mirando y entendiendo lo que Cristo

nuestro Señor hacía, y recibiendo aquella comida con grandísima devoción, y haciendo diferencia de ella a las otras; pero Judas estaba allí presente con sólo el cuerpo, porque con el espíritu estaba en sus malvadas pretensiones, y así, ni atendía ni entendía lo que Cristo estaba haciendo, y recibió aquel Pan de vida sin hacer diferencia de él al pan ordinario; y así, no le entró en provecho, antes se le convirtió en daño, y de allí salió para vender a su Maestro, y paró en muerte desastrada, cumpliéndose en él lo que dijo San Pablo, que quien comulga indignamente es culpado contra el cuerpo y sangre del Señor como si otra vez le entregara a sus enemigos. Por lo cual muchos caen enfermos, y se debilitan, y aun mueren desastradamente; y así, por no hacer tal injuria a cuerpo tan venerable, he de procurar asistir a este convite como los Apóstoles, con cuerpo y con espíritu, con atención, reverencia y devoción, reparando en lo que Cristo nuestro Señor hace por mí y en lo que yo voy a hacer cuando le recibo, apartando el corazón, no solamente de las cosas malas, sino de otros negocios diversos, atendiendo, como dice el Sabio con diligencia a mirar lo que me ponen delante.

Meditación 11

La maravillosa conversión que Cristo nuestro Señor hizo del pan en su cuerpo, y el modo como él y los apóstoles comulgaron.

PUNTO PRIMERO

Grandezas que mostró Cristo en la institución del Santísimo Sacramento.

Lo primero, se ha de ponderar cómo, estando Cristo nuestro Señor sentado en **1**a. mesa, tomó en sus benditas manos un pan de los que allí estaban, y diciendo estas palabras: *«Este es mi cuerpo»*, en virtud de ellas mudó la sustancia del pan en su santísimo cuerpo. De suerte que lo que al principio de las palabras era verdadero pan, en el instante que las acabó se convirtió en su verdadero cuerpo, cubierto con los accidentes exteriores del pan.

Sobre esta verdad de nuestra fe tengo de ponderar las *infinitas grandezas que Cristo* nuestro Señor *descubrió en esta obra,* en especial su infinita *sabiduría, omnipotencia, bondad* y caridad.

1. *La sabiduría descubrió* en inventar un modo tan inefable de comunicarse a los hombres y darles sustento de vida, el cual modo sólo Dios, con su saber infinito, pudo alcanzar; y así como la sabiduría de Dios resplandeció en la Encarnación, hallando modo como juntar cosas tan extremas como son Dios y hombre en unidad de persona, para nuestro remedio, así en este misterio de la Eucaristía resplandece en haber hallado modo como juntar a Dios hecho hombre, con especies y accidentes de pan y vino en un Sacramento para nuestro sustento.

De donde sacaré afectos de admiración, gozo y alabanza, gozándome de tener un Dios tan sabio, y alabándole por estas invenciones de su sabiduría, y rindiendo mi juicio con actos de fe a lo que inventó con ella, pues no es mucho que el infinitamente sabio sepa hacer lo que yo no alcanzo a entender. ¡Oh sapientísimo Jesús, en quien están depositados los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios!, dame alguna parte de ellos para que sepa conocer y estimar esta merced y darte las gracias debidas por ella.

2. Lo segundo, *resplandece aquí la omnipotencia de Cristo* nuestro Señor en que con una sola palabra, en un momento, hace innumerables milagros, así en el pan como en su mismo cuerpo, para amasarlos y juntarlos para nuestro sustento; porque en un instante muda y convierte la sustancia del pan en su cuerpo, quedándose solos los accidentes del pan para encubrirle; y le dispone de tal manera, que todo Él está debajo de una cantidad muy pequeña de una hostia, de modo que todo está en toda y en cada parte de ella, sin que se divida el cuerpo aunque se divida la hostia. Todo lo cual tengo de creer con viva fe, pues basta ser Dios omnipotente para creer que lo pudo hacer y que lo hizo, pues lo dijo.

¡Oh grandeza de la omnipotencia de Cristo!, ¿qué es esto que hacéis, omnipotentísimo Salvador? ¿Para sustentar a un vil gusanillo trastornáis el orden de la naturaleza, componiendo con nuevo modo la disposición de vuestro cuerpo para acomodarle a la pequeñez de vuestro esclavo? Bendita sea vuestra omnipotencia, por la cual os suplico me troquéis en otro varón para que goce el fruto de ella.

3. Lo tercero, *se descubre aquí la infinita bondad y caridad de Cristo* nuestro Señor, con las mayores muestras que pudo dar de ella para nuestro sustento. Porque así como el Padre Eterno mostró su bondad y caridad en dar al mundo para su remedio la cosa más preciosa que tenía, que era su

Hijo, y con Él nos dio todas las cosas para que fuese copiosa nuestra redención, así el Hijo de Dios mostró su bondad y caridad en darnos para nuestro sustento la cosa más preciosa que tenía, que era a Sí mismo, y su precioso cuerpo, con todo cuanto dentro de Él estaba; como si un rey tuviese un cofre muy rico lleno de grandes tesoros de oro y plata, perlas y joyas de inestimable valor, y dijese a uno: Toma este cofre para ti, dándole el cofre le da cuanto está dentro de él, así nuestro soberano Rey, dándonos su cuerpo y carne santísima, nos da también su sangre, su alma, su divinidad y los tesoros de sus merecimientos y satisfacciones, para que gocemos de ella, queriendo estar siempre con nosotros y ser nuestro compañero, nuestro convite y regalador perpetuo.

¡Oh Amado mío!, ¿con qué podré responder a tanta bondad y caridad como mostráis en este Sacramento? Vos me dais lo mejor que tenéis, yo os quiero dar lo mejor que tengo; Vos me dais a Vos mismo y a todas vuestras cosas, veis aquí os ofrezco a mí mismo y a todas mis cosas: mi cuerpo y mi alma, mi sangre y mi vida y cuanto puedo tener ofrezco a vuestro servicio. Ayudadme para que cumpla lo que deseo, en agradecimiento de lo mucho que por esta merced os debo.

4. Finalmente, aquí *resplandece el celo ferventísimo que tuvo Cristo* nuestro Señor de nuestra salvación, inventando tal medio para aplicarnos Él mismo los frutos de su Pasión; de suerte que pueda ya decir: «El celo de tu casa me comió»; no solamente me comió y consumió la honra, hacienda y vida, sino me hizo comedero, y que me dejase comer por dar salud y vida a los que moran en mi casa.

¡Oh dulce Jesús!, gracias te doy por este celo tan encendido que tienes de la casa de tu Padre, que es tu Iglesia; y pues también mi alma es casa tuya, por la cual te haces manjar para mi sustento, concédeme tan ferviente celo de tu gloria, que me deje comer y deshacer, en razón de volver por ella.

PUNTO SEGUNDO

Consideración de las palabras de Cristo.

Lo segundo, consideraré *las grandezas misteriosas que se encierran en las palabras que Cristo nuestro Señor dijo consagrando el pan.* San Lucas refiere que dijo: «Este es mi cuerpo, que se da por vosotros». Y San Pablo dice: «Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros».

1. *Lo primero,* se ha de ponderar que no dijo: Este es figura o representación de mi cuerpo, sino es *mi cuerpo real y verdadero,* para declarar *la presencia real* de su cuerpo santísimo y dar muestras excelentísimas de su misericordia y providencia paternal; porque, en realidad de verdad, para lo que es santificarnos y sustentarnos espiritualmente, bastara que este Sacramento fuera puro pan, en cuanto representaba a Cristo, así como agua pura en el bautismo nos lava y santifica; pero la infinita caridad de Cristo no se contentó con esto, sino quiso Él mismo por su propio cuerpo y por su propia Persona estar en este Sacramento y santificarnos, para manifestación del amor que nos tenía y del cuidado con que tomaba nuestro regalo y sustento; porque lo que uno hace por sí mismo, lo hace con mayor amor, con más compasión y con mayor diligencia y providencia; como la madre que estima mucho y ama a su hijo, y por esto no consiente que otra ama le críe, ni quiere que sea sustentado con leche ajena, sino ella misma le críe con leche de sus pechos, y se los da muy tierna y amorosamente, y con muy gran cuidado y compasión de su necesidad.

¡Oh Padre amantísimo! ¡Oh Madre y ama nuestra piadosísima!, ¿cómo no me deshago con amor en servirte haciendo por Ti lo que Tú haces por mí? No me quiero contentar de hoy más con hacer lo que Tú me mandas para cumplir los preceptos, sino con hacerlo de tal modo que cumpla perfectísimamente tus consejos.

2. *Lo segundo,* se ha de ponderar que no dijo: Esto es parte de mi cuerpo o de mi carne, sino esto es *mi cuerpo todo entero* y perfecto; porque aunque cualquier partecica de su carne bastara para santificarnos, quiso poner allí su cuerpo entero, su cabeza, ojos, oídos, boca, lengua, pecho, corazón, manos y pies para significar que con sus miembros sacratísimos quería santificar todos los miembros del que le recibe y sanar a todo el hombre entero. Con sus ojos quiere santificar los míos, con su corazón el mío, y con sus manos las mías; a la manera que el profeta Elíseo, para resucitar al niño difunto, se encogió y juntó sus ojos, boca y manos con las del niño, y de este modo le dio vida.

Y así, cuando le recibo, tengo de hablar con Él, discurriendo por sus miembros benditísimos, y decirle: ¡Oh dulce Jesús, que os habéis encogido tanto en este Sacramento para dar vida a mi alma!, con vuestros ojos y oídos santificad los míos, para que solamente vean y oigan lo que os agrada; con vuestra lengua purificad la mía, para que no hable palabra que os ofenda; con vuestros pies y manos fortaleced los míos, para que no falten en hacer lo que os da gusto. ¡Oh Amado mío!, abrid esos vuestros

ojos de misericordia, miradme con ellos y alumbrad los míos, para que os conozcan y crean con viva fe. Abrid esos ojos y oíd mis oraciones y gemidos, haciendo que los míos se abran para oír vuestra palabra y obedecer a vuestra santa ley. Abrid esa boca y lengua benditísima, y decidme algo al corazón, con que mi boca se abra para bendeciros, y mi lengua nunca cese de alabaros. Abrid, Dios mío, vuestro pecho, y dilatad vuestro Corazón, y metedme dentro de él para que todo me encienda y abrase con el fuego de vuestro amor. Extended vuestras manos y tocadme con ellas para santificar las mías en las obras que hicieren; por los pasos que dieron vuestros píes santísimos os suplico que enderecéis los míos, para que sean conformes a los vuestros, y todo mi cuerpo sea un vivo retrato de la santidad que tuvo el vuestro.

3. Lo tercero, se ha de ponderar aquella palabra última: Este es mi cuerpo, *que se da o se entregará por vosotros;* en lo cual se nos da a entender que allí está el cuerpo que había de ser vendido y entregado a la muerte por nosotros; y que el mismo que se entregaba para ser muerto, se entrega para ser comido; y uno y otro proceden de un mismo amor para con nosotros; y así, tengo de considerar en este. cuerpo santísimo las cinco llagas que recibió en la Pasión, que son señales de su muerte y de nuestra vida, y por ellas pedirle que me vivifique y santifique, y me entre dentro de ellas, diciéndole:

¡Oh cuerpo santísimo dé mi Salvador, que fuiste en la cruz traspasado con clavos y lanza, recibiendo cinco llagas muy crueles, y ahora estás en el cielo y en este Sacramento con las mismas muy resplandecientes!, yo te adoro, alabo y glorifico, y te suplico por esas llagas, que cures las mías, y conviertas en hermosura y resplandor con tu gracia la fealdad e ignominia en que yo caí por mi culpa.

PUNTO TERCERO

Comulgan los Apóstoles de manos de Cristo con reverencia y devoción.

1. Lo tercero, consideraré cómo Cristo nuestro Señor comulgó a todos los Apóstoles, ponderando *la reverencia y devoción altísima con que los Apóstoles tomaron aquel benditísimo Pan y* le comieron, porque en aquel instante hizo Dios otro milagro de su omnipotencia en los entendimientos y corazones de aquellos rudos pescadores y discípulos imperfectos, ilustrándolos con una lumbre extraordinaria, para que con viva fe certísimamente creyesen que lo que estaba debajo de aquella cubierta de

pan era el mismo cuerpo de su Maestro: y así, con la reverencia y amor que le tenían y con la grande admiración del nuevo milagro, le recibieron, por una parte temblando de respeto, y por otra gozándose con amor por meterle dentro de sus entrañas.

¡Oh santos Apóstoles!, suplicad a vuestro Maestro y mío me dé el santo temor y amor con que comulgasteis, para que le reciba con el provecho que vosotros le recibisteis.

2. Lo segundo, ponderaré *la grande dulzura y efectos maravillosos que sintieron los Apóstoles en aquella primera comunión;* los cuales, sin duda, fueron tan excelentes, que por ellos conocieron la excelencia y dignidad infinita de aquel divino manjar, probando por experiencia la diferencia del sabor y gusto de aquel divino Pan, al que poco antes habían comido. Sólo el desventurado *Judas no halló sabor* en esta comida porque comía sin fe, sin atención ni reverencia alguna. Para sentir más esto, puede devotamente discurrir por los once Apóstoles, ponderando el modo como comulgaban. *San Pedro* avivaría allí la fe, diciendo a lo que estaba encerrado en aquel Pan. «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo». Y Cristo nuestro Señor le pudo responder: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque no te lo ha revelado carne y sangre, sino mi Padre que está en los cielos». Y cuando Cristo nuestro Señor le diese el Pan consagrado, con esta viva fe llena de reverencia diría dentro de sí: «Apártate de mí, Señor, porque soy gran pecador»; pero, por obedecer, le tomaría y comería. En San Juan puedo considerar cómo avivaría los afectos de amor viendo que su Maestro, no solamente le pegaba consigo, sino que quería entrar en su propio pecho, y quedó tan absorto y con tanto éxtasis de este excesivo amor, que acabada esta cena mística, se reclinó sobre el pecho de Cristo, durmiendo el dulcísimo sueño de la contemplación.

¡Oh, quién pudiera tener tal fe y reverencia como Pedro, y tal amor y caridad como Juan, para recibir como ellos a mi Señor! ¡Oh, cuán bien les pagó Cristo el trabajo que tomaron en aparejar la cena del cordero, porque, como a más queridos y fervorosos, les daría mejorada la ración! Alcanzadme, Apóstoles gloriosos, este espíritu con que comulgasteis, para que goce también de la dulzura que gustasteis.

A este modo puedo discurrir por los demás Apóstoles, conforme a la devoción que en cada uno puedo imaginar.

PUNTO CUARTO

Cristo se comulga a Sí mismo.

Lo cuarto, consideraré cómo Cristo nuestro Señor, según dicen comúnmente los Santos, tomando un bocado de aquel Pan santísimo, *se comulgó a Sí mismo*, *para animar a los Apóstoles a que le comiesen,* y para darles ejemplo de la reverencia, modestia y devoción con que habían de comerle, porque en todo quiso enseñarnos primero con el ejemplo que con el precepto, y con la obra primero que con la palabra; y como quiso ser bautizado, así quiso comulgarse también. ¡Oh, qué reverencia y devoción tan grande mostraría exteriormente cuando llegaba aquel bocado a su boca, mirando la divinidad que estaba junto con la carne que allí recibía! ¡Oh, qué nuevos júbilos de alegría brotarían en su ánimo santísimo al tiempo que se comió a Sí mismo, por el grande gozo que se le recreció de haber instituido tan admirable Sacramento!

¡Oh dulce Jesús, quién pudiera recibiros con el amor y reverencia que Vos os recibisteis, imitándola en el modo que puede ser imitada! Esta, Dios mío, os ofrezco por la que a mí me falta, y por ella os suplico me deis la mayor parte que me fuere posible, pues toda será muy debida a tan soberana Majestad.

Meditación 12

La conversión del vino en la sangre de Cristo nuestro Señor, y los grandes tesoros que están encerrados en esta sangre

PUNTO PRIMERO

Consagración del cáliz con vino.

Acabada la consagración y comunión del pan, tomó Cristo nuestro Señor en sus manos un cáliz de vino, y dijo: *«Este es el cáliz de mi sangre del nuevo testamento, que por vosotros y por muchos será derramada en remisión de los pecados»*. Y en virtud de estas palabras, el vino se convirtió en su preciosa sangre.

1. En lo cual se ha de ponderar, primeramente, *la infinita caridad, liberalidad y omnipotencia de Cristo* nuestro Señor que resplandece en poner *toda su sangre, sin dejar una sola gota,* en el cáliz para nuestro regalo y sustento. Bastara, sin duda, para nuestra santificación que en el cáliz estuviera tanta cantidad de sangre cuanta era la del vino, o una sola gota de sangre; pero no quiere sino que esté allí toda la sangre de sus venas, la que entonces tenía y ahora tiene en su cabeza, corazón y brazos, y en todo su cuerpo, dándonosla toda liberalmente sin dejar nada, mostrando en esto su amor y largueza, y convidándome a mí para que yo también le dé toda mi sangre si fuere menester para su servicio.

2. Pero más adelante pasa su caridad y liberalidad, porque *no solamente da la sangre, sino la misma vasija preciosísima en que está.* Como si un príncipe convidase a beber con un excelente vino en una taza de oro riquísimo, toda sembrada de piedras muy preciosas, y dijese: Toma el vino y también la taza; así Cristo nuestro Señor nos da su preciosa sangre y también la copa y vaso en que está, que es *sus venas, su carne y su cuerpo santísimo, con su ánima y su divinidad, para que todo sea bebida y comida nuestra.*

¡Oh caridad inmensa! ¡Oh prodigalidad santísima! ¿Cómo no te daré yo, Señor, cuanto tengo, pues Tú me das cuanto tienes con modo tan admirable?

3. *También tiene grande misterio aquella palabra,* «*mía*», *de la sangre mía,* no ajena, sino propia. En que nos significa su caridad, bien diferente de la de los reyes de la tierra, los cuales beben la sangre ajena de sus vasallos, y de ella hacen liberalidades, y a costa de ella defienden sus tierras y conquistan las ajenas; pero Cristo nuestro Señor, con su sangre preciosa da de beber a sus vasallos, de ella hace franquezas y liberalidades y con ella gana tesoros y reinos para ellos.

¡Oh Rey soberano, no tirano, sino padre, y padre amantísimo, que con la sangre de tus venas das la vida y sustento a tus vasallos e hijos, para que todos seamos de tu sangre real, haciéndonos linaje escogido, real sacerdocio, gente santa! ¡Oh, si todo el pueblo cristiano conociese su linaje y sangre, y se preciase de ella, bebiendo tus santas y generosas costumbres!

PUNTO SEGUNDO

Por qué el cáliz de la sangre de Cristo se llama nuevo testamento.

1. Lo segundo, consideraré cómo Cristo nuestro Señor a este cáliz de su sangre llamó *su nuevo testamento.* Lo primero, *para declarar la excelencia del Nuevo Testamento sobre el Viejo,* porque éste estriba en sangre de animales, en cuanto figuraban la sangre de Cristo; pero el Nuevo, en la misma sangre de Cristo, en la cual está fundado, establecido y confirmado. Y así, tengo de ponderar que Cristo nuestro Señor esta noche de su Pasión *hizo su testamento* con muchos legados y promesas de infinito valor, porque abrazan todos los tesoros de gracia y gloria que tiene Dios para repartir con los escogidos. En este testamento nos promete perdón de pecados, y por consiguiente, de las penas eternas que merecemos por ellos. Prométenos también la gracia y adopción de hijos de Dios, con la caridad y todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, y la herencia del cielo, que es la eterna bienaventuranza, y que oirá nuestras oraciones y asistirá con nosotros a nuestros trabajos, y para ayudarnos en nuestras obras.

2. *De todas estas promesas y legados, es esta sangre la firmeza, prendas, arras, escritura y carta de privilegio* por lo cual hemos de cobrar lo que Cristo nos ganó, y lo que nos prometió y dejó por legado en su testamento; y así, el tenerle con nosotros nos ha de ser motivo de grandes afectos de amor, confianza, alegría y seguridad de nuestra salvación. Y cuando decimos misa, o la oímos, o comulgamos, hemos de ofrecer esta sangre al Padre Eterno confiadísimamente para alcanzar todo esto, diciéndole;

¡Oh Padre Eterno!, la sangre de este cáliz preciosísimo te presento como escritura y señal del testamento de tu Hijo, por el cual me prometió que me darías lo que pidiese; y pues Tú eres el testamento, cumple en mí su testamento, concediéndome lo que te pido.

3. También *en este testamento nos dejó Cristo nuestro Señor grandes avisos y consejos,* el nuevo mandato del amor de unos con otros, la observancia de sus preceptos y lo que pertenece a las obras de humildad y paciencia y perfección cristiana. Para todo esto vale la sangre que está en este cáliz, y por ella alcanzamos fuerzas para cumplirlo, procurando, como dicen, tener sangre en el ojo, y preciarnos de ser siempre valerosos en su servicio.

PUNTO TERCERO

Qué dijo Cristo a los Apóstoles acerca de su sangre.

Lo tercero, consideraré lo que Cristo nuestro Señor dijo de su sangre a los Apóstoles, que por ellos y por muchos se derramaría en remisión de los pecados.

1. Lo primero, dice: será derramada *por vosotros,* para moverlos a compasión y dolor, y también a grande amor y agradecimiento, como quien dice: Mirad que os doy la misma sangre que tengo de derramar con graves dolores, no por mi causa, sino por la vuestra y por vuestro remedio; compadeceos de Mí, que la derramo, y amadme, pues tanto os amo. Y como dijo aquella palabra: por vosotros, porque hablaba con muchos, pudiera decir a cada uno: Esta es la sangre que derramo *por ti;* y así puedo imaginar que me lo dice a mí.

¡Oh amantísimo Redentor, que derramaste tu sangre por mí con tanto dolor, y me la das en este sacramento con tanto amor!, dame gracia para que me compadezca de tus dolores y corresponda a tu amor con grandes servicios.

2. Lo segundo, dice que será derramada *por muchos;* esto es, *por todos* los hombres del mundo, *cuanto a la suficiencia;* y *por muchos, cuanto a la eficacia* y fruto que de ella sacarán. Y en este cáliz se pone para todos aquellos por quien se derramó; y hace mención de esto para que conozcamos su liberalidad, pues no hay hombre en el mundo, por vil que sea, por quien no haya derramado esta sangre y a quien no convide con el fruto de ella, aunque sea esclavo y la hez de la tierra.

¡Oh Salvador liberalísimo!, pues una gota de vuestra sangre basta, para las almas de todo el mundo, aplicad su valor a muchas, para, que muchas gocen el fruto de ella. Amen.

3. Lo tercero dice que se derramará *en remisión de los pecados*, sin poner tasa alguna ni en el número ni en la gravedad; porque no hay número tan crecido de pecados, ni pecado tan grave y abominable que por esta sangre no se pueda perdonar; hasta los pecados de los sayones y verdugos, que con crueldad endemoniada la derramaron, pudieron ser perdonados por ella, porque por ellos se derramó, y si ellos quisieran, fácilmente alcanzaran perdón.

¡Oh sangre preciosísima del cordero Jesús, en cuya virtud todos podemos blanquear y lavar nuestras estolas, limpiando nuestras almas de

las manchas de nuestros pecados!, lávame, blanquéame, límpiame y hermosea mi alma, quitando de ella las fealdades de la culpa y poniendo en ella las virtudes de la divina gracia.

4. También se ha de ponderar aquella palabra: *será derramada,* en que nos representa cómo saldrá de su cuerpo, no gota a gota, destilándola con escasez, sino a borbollones, derramándola toda por todas las partes de su cuerpo, como se dirá en la meditación siguiente.

El cuarto punto puede ser del modo como Cristo nuestro Señor y sus Apóstoles gustaron de este cáliz, ponderando lo mismo que dijimos del pan.

Meditación 13

Las especies sacramentales del pan y vino y lo que por ellas se nos representa

Esta meditación y la siguiente pueden servir para cuando se oye misa, tomando algún punto de ellas para ejercitar allí los actos de devoción, cerca del misterio que se representa.

PUNTO PRIMERO

Por qué instituyó Cristo este Sacramento en las dos especies de pan y vino.

Lo primero, consideraré las causas por que instituyó Cristo nuestro Señor este Sacramento en dos especies diferentes de pan y vino, poniendo en la una principalmente su cuerpo, y en la otra su sangre, supuesto que verdaderamente con el cuerpo está también la sangre, y con la sangre su cuerpo, haciéndose compañía.

1. *Dos causas* fueron las principales. La primera para significar que el convite que nos hacía *era perfectísimo,* y pues en los convites de la tierra hay comida y bebida, así también la hubiese en este convite celestial, aunque, por su infinita excelencia, con lo uno está junto lo otro, y cualquiera parte de él juntamente harta nuestra hambre y satisface nuestra

sed; por lo cual tengo de darle gracias innumerables, gozándome de que sea tan perfecto en todas sus obras.

2. La segunda causa más principal fue para significar que *su sangre preciosísima estuvo toda apartada de su cuerpo en la Pasión,* derramándola por nuestros pecados con dolores y tormentos gravísimos. Y así, cuando oigo misa y veo alzar por sí la hostia y después el cáliz, tengo de acordarme de este apartamiento tan doloroso, ponderando cómo en aquel cáliz está recogida toda la sangre que Cristo nuestro Señor derramó la noche y el día de su Pasión en cinco veces; es a saber: por el sudor, azotes, espinas, clavos y lanzada.

Y discurriendo por cada una, puedo hacer con nuestro Señor coloquios y peticiones, con afectos de amor y de agradecimiento y de dolor de pecados, de esta manera: ¡Oh sangre preciosísima de Jesús, que fuiste derramada en el huerto de Getsemaní por los poros de su cuerpo con grandes tristezas y agonías de su alma! Me gozo de que estés recogida en este cáliz para ser adorada de los fieles; yo te adoro y glorifico cuanto puedo, y te suplico que me libres de las tristezas y agonías eternas que tengo merecidas por mis pecados, pues por ellos fuiste derramada. ¡Oh cáliz preciosísimo, lleno de aquella sangre que mi Señor derramó por sus espaldas cuando fueron heridas con crueles azotes, y de la que derramó por su cabeza cuando fue traspasada con agudas espinas!, embriágame con el divino licor de esta sangre para que todo me convierta en amor del que por mí la derramó. ¡Oh amantísimo Jesús, que depositaste en este cáliz la sangre que derramaste en la cruz por los agujeros que hicieron los clavos en tus sagrados pies y manos, y por la herida que hizo la lanza en el costado!, ¿qué te daré por tan grande beneficio, sino ofrecerte esta misma sangre en este cáliz de mi salud, glorificando por él tu santo nombre? Amén.

PUNTO SEGUNDO

Por qué Cristo se oculta tanto en el Sacramento.

Lo segundo, consideraré las causas por que Cristo nuestro Señor quiso que la conversión y mudanza del pan y vino en su cuerpo y sangre fuese invisiblemente, *quedando los accidentes visibles del pan y vino para encubrirle,* pues si quisiera, pudiera fácilmente hacer alguna mudanza visible, o poner alguna señal exterior que descubriera la grandeza interior que allí estaba encerrada.

1. La primera causa fue de parte del mismo Cristo nuestro Señor, *para humillarse y dar nuevo y continuo ejemplo de humildad, y también de heroica paciencia.* Porque así como en la Encarnación, el que era Hijo de Dios se humilló tomando forma de siervo, encubriendo la alteza de su divinidad con la bajeza de su humanidad, por razón de la cual fue de muchos desconocido, despreciado y maltratado como si fuera puro hombre, así en este Sacramento, el que era juntamente Dios y hombre verdadero quiso humillarse a tomar sacramentalmente aquella figura exterior de pan y vino, y encubrir con ella la alteza de su divinidad y humanidad, por razón de lo cual también es de muchos desconocido, despreciado y maltratado, y a veces pisado como si fuera puro pan y puro vino, lo cual sufre con gran paciencia, sin dar muestras de venganza, para ejemplo nuestro.

¡Oh humildísimo y pacientísimo Jesús! Gracias os doy por esta rara humildad y paciencia que aquí ejercitáis para nuestro ejemplo. Ayudadme, Señor, para que, a imitación vuestra, encubra lo que me pueda causar honra vana entre los hombres, y sufra cualquier desprecio y agravio que recibiere de ellos. Esclareced nuestros ojos con la lumbre de vuestra fe para que creamos y veneremos la infinita grandeza que está dentro de ese velo, pues cuanto más por nuestra causa os humilláis, tanto es más razón que todos os engrandezcamos y alabemos por todos los siglos. Amén.

2. La segunda causa es de parte nuestra, *para que tuviésemos un nuevo y continuo ejercicio de heroica fe,* negando todos nuestros sentidos y los discursos que de ellos saca nuestro entendimiento, rindiéndole y cautivándole a lo que nos dice la fe. Por lo cual, en las palabras de la consagración del cáliz llama Cristo nuestro Señor a este Sacramento *Misterio de la fe* por excelencia. Y así, uno de los grandes milagros que Cristo hizo esta noche fue, como arriba dijimos, mudar los corazones y entendimientos de los Apóstoles de repente, a que creyesen que lo que tenía en sus manos, en diciendo: Este es mi cuerpo, dejó de ser pan y se convirtió en cuerpo del mismo que lo decía.

Y conforme a esto, cuando oigo misa, o comulgo, o entro en la iglesia, es admirable ejercicio actuar y avivar la fe, discurriendo por los sentidos de esta manera: Creo, Señor, que aunque mis ojos ven color y figura de pan, creo no está ahí verdadero pan, sino Tú, Hijo de Dios vivo, resplandor de la gloria del Padre y figura de su sustancia, blanco y colorado, escogido entre millares. Creo, Dios mío, que aunque mi olfato percibe olor de pan y vino, pero allí debajo estás Tú mismo, verdadero Jacob, cuyo olor es como de campo lleno, a quien bendijo el Señor. Creo

también que, aunque mi gusto percibe sabor de pan, y mi tacto toca blandura y calidades de pan, pero con todo eso no hay allí pan terreno, sino Tú, Pan vivo que viniste del cielo, fuente de toda dulzura y suavidad. ¡Oh Salvador dulcísimo!, ilustra mi entendimiento, como ilustraste el de tus Apóstoles, para que con viva fe conozca la infinita hermosura que está allí encerrada, y sea confortado con el olor suavísimo de tus virtudes, y sustentado y recreado con la dulzura de tus deleites.

3. Otra tercera causa se puede ponderar, que fue *para alentar nuestra confianza* y darnos ánimo y atrevimiento a tocarle, recibirle y comerle; porque si no estuviera así encubierto, ¿quién se atreviera a ello? Y así, el amor que le hizo quedarse con nosotros, le hizo también que se quedase disfrazado, para que pudiésemos gozar de Él con mayor unión, metiéndole dentro de nosotros.

¡Oh!, bendito sea tal amor, que, olvidado de su grandeza, se acomoda a nuestra bajeza, para que los viles gusanillos no se espanten y aparten de ella.

PUNTO TERCERO

Por qué Cristo se quedó con nosotros bajo las especies de pan y vino.

Lo tercero, consideraré las causas por que Cristo nuestro Señor quiso quedarse con nosotros *debajo de especies de pan y vino, más que debajo de otra cosa visible,* aplicándolas a nuestro provecho espiritual.

1. La primera fue *para unirse y juntarse con nosotros,* no sólo espiritualmente en cuanto Dios, sino corporalmente en cuanto hombre, con la mayor junta que era posible; porque no hay cosa que más se junte con el hombre que el manjar y bebida, la cual no se pega solamente por de fuera, sino entra por la boca y penetra en las entrañas, y allá se pega con ellas; y como el amor es unitivo del que ama con la cosa amada, quiso nuestro amantísimo Jesús, no sólo quedarse cerca de nosotros, sino entrar dentro de nosotros, y con esta unión sacramental causar la unión espiritual de verdadero amor.

¡Oh Jesús amorosísimo!, ¿cómo no tienes asco de entrar en las entrañas de un cuerpo asqueroso como el mío? ¿Quién causa esto, sino la grandeza de tu amor, que atropella las grandezas por juntarse con nuestras bajezas? Júntame contigo con perfecta unión de caridad, para que nunca me aparte de Ti por toda la eternidad. Amén

La segunda causa fue *para significar que obraba dentro de nuestras almas todos los efectos que el pan y vino obran en los cuerpos,* porque con su presencia y con la gracia que nos da por este Sacramento nos sustenta, conserva y aumenta su vida espiritual; da fuerzas y alegra el corazón; resiste al calor perverso del amor propio y repara los daños que por él nos vienen, y finalmente, nos hace semejantes a Sí, imprimiéndonos sus virtudes y propiedades; y por esto dijo; «El que me come, vivirá por Mí». Con estas consideraciones despertaré en mí grande hambre de este Santo Sacramento, con grande estima de lo que me importa recibirle a menudo para sustento de mi alma, como importa comer a menudo el manjar corporal para sustento del cuerpo.

¡Oh manjar del cielo; oh pan de ángeles, y pan de cada día, quién te pudiera cada, día comer para vivir por ti vida celestial y divina! ¡Oh vino que engendras vírgenes y alegras el corazón del hombre! ven y purifica mi alma con tu pureza, y alegra mi espíritu con tu alegría, embriagándome con la fuerza, del amor.

.3. La tercera causa fue para significar que *como el pan se hace de muchos granos de trigo,* molidos y hechos una masa, *y el vino de muchos granos de uva,* pisados y exprimidos, *así este divino manjar y bebida* pide corazones unidos con verdadera caridad y *se ordena para causar esta unión de muchos fieles en un espíritu,* y por esta causa se llama comunión, como *unión común* de muchos entre sí y con Cristo, de cuyo espíritu todos participan; y si para esta unión es menester que yo me deje moler, pisar y hollar, mortificando en mí el ser que tengo del hombre viejo, tengo de ofrecerme a ello en razón de gustar la dulzura de este divino manjar, y de unirme con Cristo.

¡Oh Cristo dulcísimo, que juntaste tu cuerpo con especies de pan, que primero fue molido, y tu sangre con accidentes de vino, que primero fue pisado y exprimido!, yo me ofrezco a ser molido y desmenuzado, y a ser pisado y hollado por conservar tu amor y la unión y concordia con mis hermanos, para que Tú, Dios mío, te dignes de unirte conmigo en esta vida por copiosa gracia, y después con la perpetua unión de la eterna gloria. Amén.

Meditación 14

Seis cosas misteriosas que Cristo nuestro Señor hizo y dijo cuando consagró el pan y el vino.

PUNTO PRIMERO

Qué significa lo que Cristo hizo y dijo cuando consagró.

Lo primero, consideraré cómo Cristo nuestro Señor, con un semblante exterior grave, modesto, devoto, y poderoso para causar reverencia y admiración a sus discípulos, tomó de la mesa un pan en sus santas y venerables manos, y aunque pudiera consagrarle puesto sobre la mesa, *quiso tomarle en ambas manos,* para significar que la mudanza de este pan en su cuerpo, era obra de su omnipotencia y liberalidad, y de sus obras meritorias, que son figuradas por las manos.

1. *Lo primero, era obra de su omnipotencia en cuanto Dios, y de la potestad de excelencia que tenía en cuanto hombre,* dada por su Padre, el cual puso todas las cosas en sus manos, y con ellas hizo esta mudanza tan maravillosa, de modo que Él mismo tuviese a Sí mismo todo entero en sus propias manos, y quedándose donde estaba, se pusiese todo entero en las manos de sus discípulos para que le comiesen.

¡Oh grandeza del poder divino! ¡Oh mudanza de la diestra del muy alto! ¡Me gozo, Salvador mío, de que vuestras manos sean tan poderosas! Mudadme con ellas y trocadme con vuestra diestra, para que reciba la virtud de este soberano Pan.

2. Lo segundo, mostró aquí *la liberalidad infinita de sus manos;* porque como dice David, que Dios da a todos su manjar en el tiempo conveniente, y abriendo su mano los llena de bondad y bendición, así también liberalísimamente nos da este manjar celestial y abre ambas manos para llenarnos con él de bendiciones y virtudes. ¿Qué mayor liberalidad puede ser que dársenos todo entero, sin reservar hada para Sí, en precio y en sustento y por compañero, y todo esto de balde y sin interés, solamente por ser bueno y liberal? Con esta consideración, pediré humildemente a este Señor me dé sus poderosas y liberales manos, para besárselas por las mercedes que me hace, dándole la gloria de todo lo que con ellas obra.

3. Lo tercero, fue ésta *obra de sus manos,* porque con sus merecimientos y con los trabajos de sus manos y con el sudor de su rostro ganó este pan que nos dio a comer, y juntamente quiere que este Pan sea comida, no de holgazanes, sino de trabajadores, que comen los trabajos de sus manos, y por eso son bienaventurados, disponiéndonos con ejercicios de buenas obras para comerle; y después de comido, prosiguiendo el trabajo de nuestras manos en servirle.

¡Oh Adán celestial, que, a imitación del Adán terreno, trabajaste y sudaste para ganar el pan que habías de dar a tus hijos!, yo te alabo y glorifico porque me das de gracia lo que Tú compraste con tan caro precio y ganaste con tanta fatiga. Justo es, Señor, que yo trabaje con mis manos para no ser indigno de este divino Pan, pues está escrito que quien no trabaja no es razón que coma.

PUNTO SEGUNDO

Ceremonias de la Consagración.

1. Lo segundo, consideraré cómo teniendo Cristo nuestro Señor el pan en sus manos, *levantó los ojos al cielo,* para significar que el pan que pretendía darles *no era pan de la tierra, sino pan del cielo y pan de ángeles,* pan sobresubstancial dado por su Eterno Padre en cumplimiento de lo que había prometido en un sermón, cuando dijo: «No os dio Moisés pan del cielo, sino mi Padre os da pan del cielo verdadero. Yo soy pan vivo que bajé del cielo». Y así, levanta los ojos al cielo para mover a sus discípulos y a todos nosotros a que levantemos allá los corazones con afectos de esperanza, de oración y pureza, esperando recibir este manjar de nuestro Padre celestial que está en los cielos, y pidiéndoselo con oración afectuosa, y disponiéndonos a recibirle con pureza de vida celestial, cumpliendo lo que dice la Iglesia en el prefacio de la Misa: Arriba los corazones. A lo cual respondemos: Ya los tenemos levantados al Señor.

¡Oh Padre nuestro, que estás en los cielos!, levanta nuestros corazones donde Tú estás, y danos hoy este Pan sobresubstancial que bajó del cielo para dar vida celestial al mundo.

2. Luego dio *gracias a su Eterno Padre* por esta merced tan señalada que por sus manos hacía al mundo en darle tal Pan para su comida y sustento, enseñándonos con esto que este Pan se ha de comer con grandes afectos de agradecimiento antes y después de comerle, por lo cual

se llama Eucaristía, que quiere decir acción de gracias. ¡Oh, qué hacimiento de gracias tan fervoroso haría Cristo en aquella hora! Porque si dio gracias por el pan de cebada que dio a los cinco mil hombres en el desierto, ¿cuánto mayores y más afectuosas las daría por este Pan del cielo que da a los hombres en el desierto del mundo? Porque a la medida del beneficio crece el afecto del agradecimiento; y pues yo no puedo dárselas como debo, he de ofrecerle las que Él dio a su Padre, y recibir el Sacramento que para este fin instituyó.

3. Hecho esto, *bendijo el pan;* de suerte que no sólo bendijo a su Padre Eterno con bendición de alabanza y acción de gracias, sino al mismo pan con bendición de oración, obradora de lo que bendecía. Nosotros bendecimos a una cosa con el deseo y oración, deseando algún bien y pidiendo a Dios que se le dé; pero Cristo nuestro Señor bendijo el pan, no sólo pidiendo al Padre la conversión y transmutación que de él pensaba hacer, sino comunicándole virtud divina e imprimiéndole un bien tan grande como era mudarle en su propio cuerpo y hacerle principio y causa de las bendiciones espirituales que por su medio vienen del cielo para nuestra salud.

¡Oh eficacia de la bendición de Cristo! Bendíceme Salvador mío, pues tu bendecir es bien hacer, para que, bendito por Ti, llegue a comer este benditísimo Pan y participe de las bendiciones que nos das por él.

4. Luego *partió el pan;* porque no sin gran misterio tomó de la mesa un pan entero, y después le partió y dio a sus Apóstoles, para significar: *a)* Lo primero, que todos habían de comer *de un mismo pan* y beber *de un mismo cáliz,* y así todos habían de tener un mismo amor por el cual habían de ser unos entre sí. *b)* Además, para que entendiésemos que aquel pan se podía partir *sin que se partiese lo que dentro de sí tenía,* porque en toda parte iba su cuerpo, y con cada bocado daba a cada uno de los discípulos tanto como estaba en todo el pan. *c)* Y finalmente, para significar que este divino Pan *no se ha de comer* entero y a bulto, *sino partido* y desmenuzado con la meditación considerando todo lo que está encerrado en él, que es la carne de Cristo, su ánima santísima, su sangre preciosa, su divinidad y todos sus merecimientos; y ponderar cada cosa de éstas por sí, es como partir espiritualmente el pan para comerle.

¡Oh Redentor mío!, pues yo, como pequeñuelo, no sé partir este pan, ni le tengo de comer si no es partido, pártemele con tu mano para que le coma con provecho, sintiendo muy por menudo lo que en él está encerrado.

PUNTO TERCERO

Cristo comulga a sus Apóstoles.

1. Últimamente, consideraré cómo, partido el pan, Cristo nuestro Señor *le dio a sus Apóstoles,* diciendo: «*Tomad y comed,* porque este es mi cuerpo.» En lo cual se ha de ponderar aquella palabra: Lo dio a sus discípulos. ¡Oh, qué dádiva tan preciosa, en la cual les dio todo lo que era y lo que tenía, de pura gracia, sólo porque es amigo de dar! ¡Oh caridad infinita! ¡Oh bondad inmensa, la cual aquí no se quiere a Sí para Sí, sino a Sí para darse a nosotros!

¡Oh dador liberalísimo!, dáteme a Ti mismo, pues yo también soy discípulo tuyo: y aunque no merezco tal don, pero bien sé que no le das porque le merecemos, sino porque eres bueno y gustas darnos un bien tan grande que excede a todo nuestro merecimiento.

2. Luego ponderaré cómo era tan grande la *reverencia y estima que los Apóstoles tuvieron de aquel divino Pan,* por la luz interior de fe viva que Cristo les comunicó, que si no les dijera: Tomad y comed todos, no se atrevieran a tomarle en sus manos ni a comerle: y así fue menester que se lo mandase y les dijese: Tomad este Pan, y mirad que no os le doy solamente para que le beséis, adoréis y pongáis sobre vuestras cabezas, o le guardéis como reliquias para vuestro consuelo, sino para que le comáis y os sustentéis con él; y comed de él todos, ninguno se excuse por título de humildad, porque le doy para todos los que sois de verdad mis discípulos, y no solamente a los presentes, sino también a los que se sucederán hasta el fin del mundo.

¡Oh Amado mío!, pues me mandáis comer este divino manjar, yo le tomaré y adoraré, y después le comeré por obedeceros y por gozar de vuestra dulce presencia, confiado que supliréis mi indignidad con la abundancia de vuestra misericordia y liberalidad.

Meditación 15

La potestad que Cristo nuestro Señor dio a sus apóstoles para hacer lo mismo que él había hecho, y la que tienen ahora los sacerdotes para consagrar y ofrecer el sacrificio del cuerpo y sangre de Cristo.

PUNTO PRIMERO

Virtudes de Cristo en dar a los hombres potestad de consagrar el pan y el vino.

Lo primero, se ha de considerar cómo Cristo nuestro Señor, después de haber instituido este santísimo Sacramento, dijo a sus Apóstoles: «*Haced esto en mi memoria*». Por las cuales palabras consta que les dio potestad de hacer lo mismo que Él había hecho, convirtiendo el pan en su cuerpo y el vino en su preciosa sangre, mandándoles, así a ellos como a los sacerdotes que les sucediesen en la dignidad sacerdotal, que hiciesen esto mismo en la forma que Él lo había hecho.

1. Sobre este punto tan regalado ponderaré, lo primero, *la infinita caridad de Cristo* nuestro Señor en haber querido dar potestad sobre su verdadero cuerpo y sangre, no a los ángeles del cielo, sino *a los hombres que viven en la tierra,* para que ellos, en su nombre y representando su misma Persona, puedan con verdad decir sobre el pan: «Este es mi cuerpo», y en virtud de estas palabras conviertan el pan en el cuerpo de Cristo como el mismo Señor le convirtió, con tanta muchedumbre de milagros que excede a los milagros de dar vista a ciegos, salud a enfermos y vida a muertos.

¡Oh amantísimo Jesús!, ¿qué más podías hacer de lo que hiciste por los hombres, dándoles una potestad que excede a la dignidad de ángeles? Habías hecho al hombre poco menor que a ellos, constituyéndole sobre las obras de tus manos, y ahora le engrandeces más, dándole facultad para traer del cielo tu cuerpo y sangre y ponerla en sus propias manos. Te bendigan, Señor, por esta merced todas tus criaturas, y mi ánima con sus potencias se deshaga en tus perpetuas alabanzas. Amén.

2. Pero más hay que ponderar en *la infinita liberalidad de este divino Señor, el cual no quiso limitar esta potestad a cierto número de*

personas, o a lugares y tiempos determinados, para que todos pudiesen gozar del fruto de su Sacramento con abundancia. Pudiera ordenar que no hubiera más de un sacerdote en el mundo, o uno en cada provincia o ciudad, o que los sacerdotes no pudieran consagrar si no es siendo muy santos, o que este Sacramento, como el cordero pascual, no se celebrara sino en un lugar señalado y una vez al año; pero su liberalidad no quiso poner esas tasas, dando plena facultad de que hubiese muchos sacerdotes, los cuales, aunque fuesen malos, pudiesen consagrar en todo tiempo y lugar, cada día y en cada iglesia y oratorio de cualquier aldea.

¡Oh largueza sin medida de nuestro Salvador! ¿Por ventura, Señor, no sabéis nuestra condición, que si lo precioso no es raro, luego lo tenemos en poco? ¿Pues por qué queréis haya tantos sacerdotes con plena potestad de celebrar tan a menudo este venerable Sacramento? Pero vuestro amor es sin medida, y pasa por la desestima que los malos tienen de vuestros dones, en razón de hacer bien a los buenos, que usan bien de ellos. ¡Oh, si todos sin tasa fuésemos largos en serviros, pues sin tasa sois largo en regalarnos!

3. Aún mucho más hay que ponderar en *la infinita humildad y obediencia* que Jesucristo nuestro Señor muestra *a la voz y palabra de los sacerdotes;* porque desde este punto se obligó hasta la fin del mundo de venir a la voz del sacerdote cuando consagrase, sin dilación ni tardanza, en cualquier lugar y hora que lo hiciese, y aunque fuese malo y consagrase con dañada intención, y aunque fuese para pisarle y echarle en el fuego, pasando por todo esto por el bien de los escogidos.

¡Oh piélago inmensísimo de la caridad de Cristo! ¿Que es posible que obedezca Dios la voz del hombre, y no de hombre santo como Josué, sino perverso como Judas? ¿Y que se deje tratar de manos tan sangrientas y se sujete a tantas y tales bajezas? ¡Oh Señor, cuán amigo eres de humildad y obediencia, pues cada día quieres darnos tan ilustre ejemplo de ellas! De este ejemplo tengo de aprender a obedecer a los prelados en todo lo lícito que mandaren, aunque sean malos y mal intencionados, cumpliendo su mandato con obediencia puntual, pronta y perseverante hasta la muerte, sin cansarme de obedecer como no se cansa Cristo de cumplir lo que una vez ofreció.

PUNTO SEGUNDO

Excelencia y efectos de este sacrificio.

Lo segundo, consideraré *cómo en estas mismas palabras* mandó Cristo nuestro Señor a los Apóstoles, y *manda a los sacerdotes de su Iglesia, que ofrezcan este sacrificio* que instituyó de su cuerpo y sangre, debajo de estos accidentes de pan y vino, en lugar de los sacrificios de la vieja ley", ponderando la excelencia de este sacrificio y los bienes que por él nos vienen.

1. Lo primero, *sacrificio es una ofrenda que hace el hombre a Dios de alguna cosa que le agrada, para reverenciarle y honrarle en reconocimiento de su infinita excelencia y majestad.* Pues ¿qué cosa se puede ofrecer al Padre Eterno más preciosa ni que más le agrade que su mismo Hijo, Dios y Hombre verdadero, de quien Él dijo: «Este es mi Hijo muy amado, en quien Yo me he agradado»?

¡Oh, cuánto te debemos, Salvador del mundo, en habernos dado por Sacramento y sacrificio la cosa mejor que nos podías dar, que es a Ti mismo! Y porque la ofrenda, aunque preciosa, no fuese desechada por ser malo el que la ofrece, Tú mismo quieres ser el principal oferente, como Sacerdote eterno, según el orden de Melquisedec, ofreciendo este pan y vino celestial por mano de los sacerdotes terrenos.

2. Lo segundo, ponderaré cómo este sacrificio con eminencia es causa de los *tres efectos* para que se ordenan los sacrificios; es a saber: *en satisfacción* por nuestros pecados, *en hacimiento de gracias* por los beneficios recibidos, *y para impetrar de Dios* los bienes que deseamos, temporales o eternos. Para estos fines he de oír o celebrar la misa, dilatando las velas de la confianza todo lo posible, pues para todo hay en ello fundamento, confiando que por medio de este sacrificio aplacaré la ira del Padre Eterno, y pagaré las deudas de mis pecados, y alcanzaré las virtudes y dones que le pidiere; y con la caridad extenderé todo esto al bien de mis prójimos, así vivos como difuntos del purgatorio, pues a todos puede aprovechar, diciéndome a mí mismo, para avivar mi confianza: ¿Qué pecados habrá tan graves cuyo perdón no se alcance con este divino sacrificio del cuerpo y sangre que se ofreció en la cruz por todos los pecadores? ¿Y qué penas por nuestras graves culpas no se pagarán con esta paga, ofreciendo las satisfacciones que nuestro Salvador ofreció para pagarlas? ¿Y qué bienes se pueden pedir a Dios que no se alcancen por medio de tal ofrenda, en la cual sumamente se agrada?

¡Oh Padre Eterno!, si tanto te agradó la ofrenda del inocente Abel, a quien mató por envidia su hermano Caín, mucho más te agradará la ofrenda de tu inocentísimo hijo Jesús, a quien por envidia mató su hermano el pueblo hebreo, ofreciendo su vida para remediamos con su muerte! *Acepta, ¡oh Padre misericordiosísimo!, este sacrificio en remisión de mis pecados; acéptale también en hacimiento de gracias por los innumerables beneficios que de tu mano liberalísima he recibido, y por él te suplico me des aquí tu copiosa gracia, y después la vida eterna. Amén.*

PUNTO TERCERO

El sacrificio del altar es memorial del que Cristo ofreció en la cruz.

Lo tercero, consideraré cómo en estas mismas palabras encarga Cristo nuestro Señor a sus Apóstoles que hagan esto *en su memoria* y especialmente *en memoria de su Pasión y muerte,* ponderando cómo *Cristo* nuestro Señor *ofreció dos sacrificios* por nuestra causa.

1. *Uno sangriento* en la cruz y *otro sin sangre* la noche de la Cena, y éste quiso que fuese en memoria del otro, para que echemos de ver lo mucho que desea tengamos memoria de Él y de su Pasión sacratísima, por el bien que de ella nos resulta, pues por esta causa instituyó este Sacramento y sacrificio, en que Él mismo se queda entre nosotros para despertar esta memoria y movernos con ella a ejercitar los tres actos de agradecimiento, que son reconocer y estimar el beneficio y alabar al bienhechor y hacerle algún servicio.

2. Para esto ponderaré cómo nuestro Señor, siempre que hacía a su pueblo algún beneficio señalado, *ordenaba alguna cosa en su agradecimiento*, por lo mucho que nos importa serle agradecidos, para recibir de Él nuevas gracias. Y como este beneficio de la Pasión, con los dones que de Él proceden, no podía ser dignamente agradecido por los hombres, quiso suplir nuestra falta haciéndose nuestra ofrenda, para que se la ofreciésemos por los dones que nos había dado; y como ella misma es otro nuevo beneficio, no queda otro medio para agradecerla sino frecuentarla con la memoria dicha, procurando asistir cada día a este venerable sacrificio y recibir espiritualmente este divino Sacramento, y a sus tiempos sacramentalmente, al modo que se dijo en la Primera Parte, en las *Meditaciones 33 y 34.*

¡Oh dulcísimo Salvador!, pues te quedas con nosotros para que tu presencia despierte nuestra memoria, concédeme que siempre me acuerde de Ti como Tú te acordaste de mí, para que siempre te alabe por los innumerables bienes que de Ti recibo. Amén.

3. Últimamente, ponderaré cómo Cristo nuestro Señor quiere también que celebremos este misterio *en memoria de las heroicas virtudes que ejercitó en su vida y muerte,* de las cuales es *un vivo dechado este venerable Sacramento;* porque como vino al mundo. no sólo a redimirnos, sino a darnos ejemplo de todas las virtudes, así viene al Sacramento, no sólo a santificarnos, sino a renovar los mismos ejemplos, los cuales, por ser presentes y continuos, mueven mucho a su imitación. Y así puedo imaginar que desde allí me está diciendo: «Ejemplo os he dado para que hagáis lo que Yo hice con vosotros; y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón». Estas virtudes son la caridad, misericordia y liberalidad, la humildad, paciencia y mansedumbre, y la obediencia pronta y puntual, con perseverancia en todo esto hasta el fin del mundo, como se ha ponderado en esta meditación y en las pasadas, y en la Sexta parte se dirá mucho más, para declarar todo lo que pertenece a este soberano beneficio. La imitación de estas virtudes ha de ser uno de los principales frutos que he de sacar de estas meditaciones, suplicando a nuestro Señor me ayude a ponerlas por obra.

¡Oh Dios de las virtudes, que hiciste de ellas un memorial, dándote por manjar a los que te temen!, concédeme que de tal manera medite y reciba estos misterios, que imite tus esclarecidos ejemplos. Amén.

Meditación 16

Cómo Cristo nuestro Señor, en la cena, dijo a sus apóstoles que uno de ellos le había de entregar, y cómo Judas se salió para esto,

PUNTO PRIMERO

Se turba Cristo, y por qué.

Estando Cristo nuestro Señor sentado a la mesa con sus doce Apóstoles, a deshora se turbó a Sí mismo en el espíritu, y con gran

sentimiento dijo: De verdad os digo que uno de vosotros que está conmigo en la mesa, y con su propia mano come conmigo de un mismo plato, me ha de entregar a la muerte; pero el Hijo del Hombre morirá como está determinado; mas ¡ay de aquel por quien será entregado; mejor le fuera no haber nacido!

1. Sobre este punto se ha de ponderar, lo primero, *las causas de esta turbación y sentimiento interior de Cristo* nuestro Señor, que fue *por ver allí a Judas entre los suyos,* hombre perverso, impenitente y reprobado; el cual, aunque era solo, bastaba para turbarle, entristecerle y aguarle el contento que allí tenía con tantos buenos y escogidos, no porque aborreciese la persona por sí misma, sino porque sumamente aborrecía su maldad, y en particular su abominable ingratitud, después de haber recibido de Él tantos beneficios. Lo cual quiso declarar su Majestad con gran ponderación, diciendo: Uno de vosotros, a quien Yo escogí por apóstol, y descubrí mis secretos, y di potestad de hacer milagros, a quien he lavado los pies y dado a comer mi cuerpo y a beber mi sangre, comiendo conmigo de un plato y bebiendo de un cáliz, éste me ha de entregar a la muerte.

¡Oh buen Jesús!, ya no me espanto de que os turbéis a Vos mismo, tomando voluntariamente esta turbación y tristeza, pues tan horrendo crimen como éste es motivo de ella; me pesa de la causa que con mis desagradecimientos he dado a vuestras tristezas, y con vuestro favor propongo enmendarme de ellos.

2. Lo segundo, se han de ponderar *dos causas* que movieron a Cristo nuestro Señor *para decir estas palabras* delante de los Apóstoles: *a) La primera,* para que todos entendiesen *que era Dios,* y que conocía los corazones de todos y lo que contra Él tramaban; y esta ciencia era una de las circunstancias que agravaban sus trabajos, y de ella se aprovechaba, no para vengarse de sus enemigos, sino para padecer más por ellos, *b) La segunda causa,* muy especial, fue *la compasión que tenía de Judas,* deseando reducirle con las razones que allí le dijo, que fueron tres eficacísimas para convertir a un pecador. *La primera, avisándole que sabía* sus ocultos pensamientos y malos tratos, y, por consiguiente, que era su Dios y su juez, a quien nada estaba oculto. *La segunda, deshaciéndole el engaño en que fundó su pecado;* porque, como arriba se apuntó, excusaba Judas su maldad diciendo que, pues Cristo había de morir a manos de los judíos, poco daño era venderle para sacar algún dinero. A este pensamiento responde Cristo: El Hijo del Hombre morirá, como está decretado; pero ¡ay del que le entregue! Como quien dice: El decreto de mi

Padre de que Yo muera no te fuerza a ti a que me vendas; libertad tienes para no hacerlo, y tuya es la culpa en quererlo hacer. *La tercera fue amenazarle terriblemente* con decir: Mejor le estuviera no haber nacido que cometer tal pecado, por el cual será condenado al fuego eterno, donde deseará no ser, por no padecer tales tormentos, y no le será concedido. Con estas tres razones tengo de moverme a temblar de cualquier pecado, pues ni puede ocultarse a Dios, ni atribuirse a otra causa que a mi dañada voluntad; y es tan grave mal, que fuera mejor no ser, que hacerle y ser por él condenado.

Punto segundo

Tristeza de los demás Apóstoles.

Lo segundo, consideraré lo que de aquí resultó en los demás Apóstoles, y lo que Cristo nuestro Señor hizo en este caso.

1. Porque, primeramente, todos los Apóstoles *se entristecieron* grandemente, y preguntaron a Cristo nuestro Señor: «Maestro, ¿soy, por ventura yo?».

En lo cual se descubre cómo es de buenas almas temer culpa donde no las hay, porque temen tanto el pecado, por el grande amor que tienen a Dios, que no querrían ver su sombra ni oír que entre ellos hubiese rastro de él.

¡Oh, quién tuviese tan entrañado en el corazón el amor de Cristo, que temblase de sólo pensar que puede ofenderle!

2. Lo segundo. Cristo nuestro Señor, con su acostumbrada caridad y providencia, *no quiso publicar el traidor*, porque todavía estaba oculto, y porque no fuese ocasión de que sus Apóstoles se alborotasen contra él; dándonos ejemplo, así de encubrir los pecados del prójimo aunque se hayan presto de descubrir, como también de quitar cualquier ocasión de discordia y alboroto en la comunidad donde estamos,

3. *Solamente descubrió esto a dos personas.* La una fue *el mismo Judas,* que con desvergüenza grande, por encubrir su delito, preguntó, como los demás, si era él. Pero Cristo nuestro Señor, sin indignarse ni decirle injuria alguna, con grande mansedumbre y con voz baja, sin que los otros lo entendiesen, le respondió: «Tú lo dices». Que fue decirle: Tú eres el que me ha de entregar, y por ti he dicho todo esto; a tiempo estás de arrepentirte, si quieres, que Yo te perdonaré.

La otra persona fue su querido Juan, que estaba reclinado sobre su pecho, para que fuese testigo de la caridad que usaba con Judas; y así, le dijo: «Aquel es a quien Yo diere un bocado de pan mojado», y se lo dio a Judas. Y es de creer que se le daría con grandes caricias y muestras de amor, como una madre le suele dar a un hijo, o un amigo a otro muy familiar y querido suyo; para que se vea dónde llegó la caridad de Cristo, que con haberse turbado y entristecido con la traición de aquel hombre, no cesó de darle muestras de amor para reducirle a su amistad.

Gracias te doy, Salvador amorosísimo, porque no te cansas de echar brasas sobre la cabeza del que te aborrece, regalándole con tan amoroso bocado para enternecer y ablandar su corazón.

PUNTO TERCERO

Castigos que vinieron sobre Judas

Lo tercero, se ha de considerar cómo el desventurado Judas tomó aquel bocado, pero con grande pertinacia y obstinación en su propósito, como quien decía: Por más que me regales, tengo de venderte y sacar el dinero que perdí; y en pena de esta pertinacia, le sucedieron dos terribilísimos castigos.

1. El primero fue permitir que tras el bocado *entrase en él Satanás.* Dos veces entró en Judas, como consta en el Evangelio. La *primera,* para persuadirle que vendiese a Cristo nuestro Señor, a lo cual dio su consentimiento, como arriba se dijo. *La segunda,* para que lo ejecutase con diligencia, instigándole a que se saliese de aquel cenáculo y fuese a poner por obra la entrega que tenía tramada. Y ésta fue en tomando aquel bocado de pan; para que se vea cuán peligrosa cosa es usar mal de los regalos de Dios y de las señales de amor que nos da, y por consiguiente, cuán peligroso es recibir en mal estado el Pan de vida, mojado con la sangre preciosísima que en sí encierra, y se nos da en señal del perfecto amor que Cristo nos tiene. Porque en castigo de este atrevimiento y desagradecimiento, tras el bocado entra Satanás y se apodera del corazón y le instiga a otros innumerables y abominables pecados.

2. El segundo castigo fue decirle Cristo nuestro Señor: *«Lo que haces, hado más presto»*. Que fue como desampararle y dejarle de su mano, permitiendo que cumpliese su dañada voluntad, como quien dice: Hasta ahora te he tenido en mi compañía y en este cenáculo, haciéndote muchos

regalos *y* favores para que te arrepintieses de tu pecado; mas, pues no quieres, Yo alzo la mano de ti y permito que vayas a ejecutar lo que deseas; y pues has de ir, ve presto, porque mayores ganas tengo Yo de morir, que tú de entregarme a la muerte.

¡Oh caridad inmensa de Jesús! ¡Oh dureza endemoniada de Judas! Por mucho que Judas desea vender a Jesús, mucho más desea Jesús ser vendido y entregado a la muerte por salvar a Judas; mas cuando la maldad llega a resistir a la caridad, entra su hermana la justicia a vengar su injuria y juzga que sea desamparado quien con rebeldía no quiso ser curado, conforme al dicho del Profeta: «Curado hemos a Babilonia, y no ha sanado; desamparémosla». Por tanto, alma mía, canta a tu Dios misericordia y juicio, para que si la misericordia no te aficionare a lo bueno, el juicio te aparte de lo malo, y recabe el temor del justo Juez lo que no recaba el amor del misericordioso Padre.

PUNTO CUARTO

Sale Judas del cenáculo y es Cristo glorificado.

Lo cuarto, se ha de considerar cómo habida esta licencia persuasiva, Judas salió del cenáculo, y Cristo nuestro Señor dijo: *«Ahora es glorificado el Hijo del Hombre,* y Dios es glorificado en Él, y luego le glorificará».

1. Por las cuales palabras pretendió enseñarnos *dos cosas* de mucho consuelo. *La primera, que con la salida de Judas quedaba glorificado,* porque su escuela y rebaño quedaba puro y santo; al modo que lo será el día del Juicio, cuando con grande gloria venga a juzgar, apartando los malos de entre los buenos y escogidos. De suerte que, como se turbó y entristeció de ver a Judas entre sus escogidos, así se gozó y glorificó de verle apartado de ellos.

¡Oh quién fuese tal que pudiese glorificarse Cristo de tenerle en su santa compañía! No permitas, Señor, que lleguen a tanto mis pecados, que sea honra tuya echarme de ella.

2. *La segunda fue, que con la salida de Judas se daba principio a su Pasión, por la cual era glorificado,* porque su gloria era morir por la gloria de su Padre, y Dios era glorificado en Él, y le glorificaría con milagros en la Pasión, y luego con la gloria de la Resurrección. Por donde se ve con qué ojos miraba Cristo nuestro Señor sus ignominias, pues las llamaba su

gloria, y también con qué ojos mira Dios las ignominias de los escogidos, pues se glorifica en ellas, y por ellas los glorifica y honra con suma gloria, para que yo aprenda a gloriarme de padecer por Cristo, pues Cristo es glorificado en que yo padezca, y Él me glorificará porque padezco.

Por tanto, ¡oh alma mía!, gloríate con el Apóstol en las tribulaciones y en la cruz de Cristo, pues de ellas y por ellas es glorificado Cristo, a quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amén.

Meditación 17

La contienda de los apóstoles sobre la mayoría, y cómo Cristo nuestro Señor les corrigió y avisó del escándalo que habían de padecer aquella noche, y a Pedro de que le negaría tres veces.

PUNTO PRIMERO

Contienda entre los Apóstoles.

Al acabar Cristo nuestro Señor de decir que ahora era glorificado, y que su Padre le glorificaría, *luego brotó en los Apóstoles un espíritu de ambición y contienda sobre quién de ellos era mayor*. En lo cual se descubre la viveza de esta pasión que honra, la cual luego salta en cualquier ocasión, y los que poco hacía estaban tristes por la nueva de que uno de ellos había de entregar a su Maestro, ahora andan en porfías sobre quién privará más con Él, y quién sería mayor y más honrado. *Cristo nuestro Señor* luego *atajó esta contienda* y la raíz de ella, *diciéndoles:*

1. *Lo primero, que en su escuela se había de proceder diferente mente que en el mundo* y entre los reyes de las gentes; *porque quien quisiere ser mayor, ha de procurar ser como el menor,* y el que desea preceder a todos, ha de tratar de servir a todos, al modo que Él estaba entre ellos como siervo, sirviéndoles con humildad, como ya se ponderó en la *Meditación* 23 de la Tercera parte.

2. Luego añadió, para animarles a esto: «Vosotros habéis permanecido conmigo en todas mis tentaciones y tribulaciones; *pues perseverad en esto, y no en pretender mayorías*», porque Yo, por testamento, dispongo y ordeno daros mi reino, como mi Padre me lo dio a Mí; esto es, ordeno que

entréis en mi reino por humillaciones y tribulaciones, como Yo entré en él por ellas.

¡Oh dulce Jesús!, yo acepto el legado de vuestro reino, con condición de la perseverancia en los trabajos por vuestro servicio. Ayudadme Vos a la perseverancia, porque no pierda la corona. De aquí sacaré que si hubiere do tener algún modo de contienda con otros, no ha de ser sobre la excelencia, sino sobre la bajeza, deseando el postrer lugar y la sujeción a todos, porque éste es el camino para ser mayor en el reino de Cristo.

PUNTO SEGUNDO

Cristo predice a los Apóstoles su cobardía.

1. Lo segundo, consideraré cómo Cristo nuestro Señor dio a los Apóstoles otra triste nueva, diciéndoles: «*Todos vosotros seréis escandalizados en Mí esta noche. Porque escrito está: Heriré al Pastor, y serán esparcidas sus ovejas; pero después que resucitare, os veré en Galilea*». Como quien dice: Vosotros, a quien he favorecido y regalado tanto, habéis de recibir escándalo con lo que viereis pasar por Mí esta noche, y me desampararéis y vendréis a perder la fe o titubear en ella; pero no desesperéis por esto, porque Yo resucitaré y os recogeré en Galilea. Esto dijo para humillarlos por una parte, y abajar los humos de su ambición, avisándoles de la flaqueza y cobardía que habían de tener: y por otra parte, para prevenirlos, porque no desesperasen ni se amilanasen por su caída, prometiéndoles que los visitaría. Y de ambas cosas he de sacar aviso para vivir con temor de no me escandalizar y dejar a Cristo y para no desesperar si alguna vez le dejare, pues tan benigno se muestra en querer recibirme.

2. A esto *respondió Pedro: «Aunque todos se escandalicen, yo no me escandalizaré;* antes estoy dispuesto para ir contigo a la cárcel y a la muerte.

En las cuales palabras se descubre que *el fervor sin humildad es causa de muchos yerros.* Tres cometió Pedro aquí: *a) El primero fue contradecir a Cristo,* que fue un modo de no darle crédito a lo que había dicho, *b) El segundo fue* presumir de sí *más que de los otros,* anteponiéndose a ellos, *c)* El tercero fue presumir de sus fuerzas *más de lo que podía, y jactarse de ello.* De aquí resultó que los demás Apóstoles, por no quedar inferiores a Pedro y no ser notados de cobardes, todos dijeron lo

mismo: que estaban dispuestos a seguir a Cristo hasta morir. Y si esto dijeran con humildad, pidiendo a su Maestro que los ayudara, no erraran; pero como nacía de presunción, no fue agradable a Cristo nuestro Señor, el cual pudiera responderles aquello de Jeremías: «Hemos oído la soberbia de Moab; en gran manera es soberbio. Yo conozco su jactancia, y que no es conforme a ella su fortaleza, ni aun hará lo poco que podía» (Jer 48, 29-30). Lo cual se cumplió a la letra en los discípulos.

3. Pero Cristo nuestro Señor, dejando a los demás, se volvió a Pedro y le dijo: «*Te digo de verdad que antes que el gallo cante*, *me negarás tres veces*». Que fue decirle: Tú, que presumes más que todos, te escandalizarás más que todos esta misma noche, porque en ella me negarás tres veces. Parece que permitió nuestro Señor estas tres negaciones de Pedro en castigo de los tres yerros que cometió en las palabras que dijo, como después veremos en la *Meditación* 28. De donde sacaré aviso para no presumir de mí ni anteponerme a otros, sino con humildad, temiendo mi flaqueza, suplicaré a nuestro Señor no me deje de su mano, porque soy tal, que aunque todos no se escandalicen, yo me escandalizaré si Él no me favorece.

Mira, Dios mío, esta gran flaqueza mía; compadécete de ella, porque si Tú no me ayudas en cualquiera ocasión de escándalo, será cierta mi caída.

PUNTO TERCERO

Avisos de Cristo a Pedro y a los demás Apóstoles.

Lo tercero, se ha de considerar otro aviso que Cristo nuestro Señor dio a Pedro y de camino a los demás discípulos, diciendo: Mirad que Satanás ha deseado y pedido cribaros como trigo; pero Yo he rogado por ti, ¡oh Pedro!, para que no falte tu fe, y tú, después de convertido, confirma a tus hermanos».

1. En las cuales palabras se encierran *tres grandes avisos. El primero, que Satanás,* su adversario, *había pedido licencia para tentarlos,* porque sin esta licencia no pudiera, como ni pudo tentar a Job, ni aun entrar en los puercos ni hacerles daño. Pero se le concedió la licencia porque así convenía; porque, dado caso que el demonio pretendía turbarlos y esparcirlos como quien criba trigo sin tiento alguno, pero Dios nuestro Señor pretendía convertir aquella tentación en provecho suyo, para que

quedasen más humildes y puros en adelante, como el trigo bien cribado queda limpio de la neguilla y paja. Y esto me ha de ser motivo de consuelo cuando soy tentado, imaginando que la tentación es como el cribo; y aunque el demonio me cribe con furia, no para apurarme, sino para derribarme, pero la divina protección suele cercar el cribo y defender al que es cribado, y tener la mano al demonio con tal tiento, que no derribe, sino limpie y perfeccione; y no me faltará esta protección si con humildad y confianza acudo a la divina misericordia.

2. *El segundo aviso fue que Él había rogado por Pedro* para que no desfalleciese ni faltase su fe, dándole a entender que sin duda pereciera, y Satanás prevaleciera contra él hasta del todo destruirle, si no fuera por su oración y protección.

¡Oh amantísimo Jesús!, suplico a tu divina Majestad que si dieres licencia a Satanás que me cribe como trigo, Tú seas mi abogado y protector, para que no desfallezca mi fe ni falte en la caridad; convierte, Señor, la tentación en mi provecho, para que la aflicción que padeciere sirva de apurarme en el crisol, apartando de mí todo lo malo que tuviere.

3. *El tercer aviso fue: «Y tú, después de convertido, confirma a tus hermanos*». En lo cual se descubre la misericordia de este Señor con que templó el rigor pasado; porque como le reveló que había de negarle tres veces, así le reveló que se convertiría, para que no desesperase cuando se viese caído. Item, le exhorta a que se muestre agradecido por las mercedes que recibirá en su conversión, ayudando él a sus hermanos para que también se convirtiesen; donde se ve la caridad de Cristo nuestro Señor para con los suyos, pues no le dijo: Cuando te convirtieres, dame muchas gracias porque rogué por ti; sino: Confirma a tus hermanos en la fe y confianza, mira por ellos, ayúdalos en lo que fuiste ayudado, y en esto me pagarás algo de lo mucho que por ti he hecho.

Meditación 18

El sermón que Cristo nuestro Señor hizo después de la cena

Acabada la cena, hizo Cristo nuestro Señor a sus Apóstoles un devotísimo y excelentísimo sermón, en el cual ejercitó maravillosamente los tres principales oficios que tuvo, de *maestro, consolador* y *abogado.*

Como *maestro,* les exhortó a heroicos actos de virtud; como *consolador,* les hizo grandes promesas para su consuelo, y como *ahogado,* rogó por ellos a su Eterno Padre, como se irá ponderando en esta meditación y en la siguiente.

PUNTO PRIMERO

Del amor de Dios.

1. Comenzando por el amor de Dios, que es el primero y supremo mandamiento, en este sermón exhortó Cristo nuestro Señor a sus Apóstoles a que le amasen, trayéndoles grandes razones para ello. Entre otras cosas, les dijo: «Como el Padre me amó, así os he amado; *permaneced en mi amor»*. Como quien dice: El amor que os he tenido no es como quiera, sino como el amor que mi Padre me tiene, comunicándoos de gracia muchos de los dones que mi Padre me ha dado; y por esto os aviso que permanezcáis en mi amor, procurando de vuestra parte conservar este amor que os tengo, para que Yo por vuestra culpa no deje de amaros; y procurando también amarme como Yo os amo, porque amor no se paga sino coa semejante amor, y el amor mueve a ser amado.

¡Oh Amador dulcísimo, con qué palabras más encarecidas podías declarar la grandeza del amor que nos tienes que con decir que nos amabas como tu Padre te amó! ¡Y con qué razones más eficaces nos podías mover a que te amásemos, que con decirnos la grandeza del amor con que nos amas! ¡Oh, si pudiese amarte con un amor semejante al tuyo, pues con tal amor quieres ser amado!

De la obediencia a los mandamientos.—2. Lo segundo, les dijo cómo *este amor principalmente se descubría en la obediencia y guarda de sus mandamientos, trayendo les grandes motivos para ello.* Y así, les dijo: «Si me amáis, guardad mis mandamientos; el que guarda mis mandamientos, ése es el que me ama y el que me ama, será amado de mi Padre, y Yo le amaré y le manifestaré a Mí mismo; si alguno me ama guardará mis palabras, y mi Padre le amará, y ambos vendremos a él y haremos morada en él». En las cuales palabras nos enseña que *el verdadero amor de Dios* no está ocioso ni vive a su libertad, sino *trabaja por cumplir la voluntad de Dios,* y en esto se encierran tres grandes bienes: *a) El primero,* ser amado del Eterno Padre con especiales señales de amor; y si tan gran bien es ser amado y querido de los reyes de la tierra, ¿cuán gran bien será ser amado del Rey del cielo? Porque nada puede faltar al que priva con tal

Rey. *b) El segundo,* que el Padre y el Hijo y, por consiguiente, el Espirita Santo, morarán dentro de él y estarán en su alma, rigiéndola, regalándola y teniendo especial cuidado de ella., *c) El tercero,* es que Cristo se les manifestará, así en esta vida por la luz de la fe muy esclarecida con la gracia de la contemplación, como en la otra por la visión beatífica con que se ve a Dios claramente.

¡Oh dichosos los que aman a Cristo cumpliendo sus mandamientos, pues tan grandes bienes alcanzarán por ello! ¡Oh alma mía, ama obedeciendo, y obedece amando, para que te purifiques con esta obediencia de caridad, y veas al que amas y te goces con su vista por todos los siglos! Amén.

3. Lo tercero, *se puso a Sí mismo por ejemplo y dechado* de todo esto, diciendo: «Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor, como Yo guardé los preceptos de mi Padre y permanezco en su amor», así en el amor que me tiene, como en el que Yo le tengo. De modo que la guarda de los mandamientos de Dios conserva el amar nosotros a Dios y el ser amados de Él, y todo a imitación de Cristo, mirando cómo guardó Él estos mandamientos, poniendo su vida por cumplirlos.

¡Oh Amado mío, deseo cumplir la voluntad de tu Padre como Tú la cumpliste, amándole como le amaste, para ser amado como Tú lo fuiste! Te ame como me amas. Y pues que me mandas que te ame, dame lo que me mandas, para que pueda amarte como quieres.

En la Sexta parte se dirá más largamente de este punto.

PUNTO SEGUNDO

Del amor de unos con otros.

Con el precepto del amor de Dios anda junto *el precepto del amor del prójimo,* al cual exhortó Cristo nuestro Señor a sus Apóstoles *tres veces en este sermón* con palabras muy encarecidas.

1. *La primera vez* les dijo: *«Un mandamiento nuevo* os doy: que os améis unos a otros *como Yo os amé;* y en esto conocerán que sois mis discípulos, si tuviereis amor unos con otros». Llama a éste *mandamiento nuevo* porque Él le renovó, que estaba muy caído, y le puso en perfección y como fundamento de la ley nueva, que toda es ley de amor, y por él somos semejantes al Adán nuevo y somos renovados en el espíritu, y alcanzamos la nueva dignidad de hijos de Dios por la adopción de Cristo;

y porque nos pone nuevo dechado y ejemplo de amor. *El precepto de amor antiguo* decía: «Amarás a tu prójimo *como a ti mismo»*. Este precepto *nuevo* dice: «Que le amemos *como Cristo nos amó»*; esto es, con la pureza y fervor y con la intención que Él nos amó, a semejanza suya, queriendo y procurando para nuestros prójimos principalmente los bienes espirituales, aunque sea con pérdida de nuestras comodidades temporales. Y para que estimemos este amor, dice que éste ha de ser la *divisa y señal de sus discípulos,* por la cual han de ser conocidos por tales; que fue decirles: Los discípulos de Moisés son conocidos por la observancia de las ceremonias de la ley; los del Bautista, por ayunos y asperezas; los de los fariseos, por el vestido y ceremonias exteriores; los de los filósofos, por dichos y sentencias agudas; pero los discípulos de mi escuela, por el amor de unos con otros; y aunque puede haber otras señales, como son la fe, la profecía, los milagros y otras obras muy gloriosas pero ésta del amor es la *certísima* y puede hallarse en todos, sin la cual las demás son imperfectas. Y por esto dijo el Sabio: «Que los hijos de la divina Sabiduría son la Iglesia y congregación de los justos, cuya nación y condición propia es obediencia *y* amor»; porque como las naciones del mundo se conocen por los lenguajes o trajes, o por los fueros y otras señales exteriores, así la nación de los hijos de la Sabiduría encarnada, que es Cristo, se conoce por obediencia y amor de Dios, y de unos con otros entre sí.

¡Oh Maestro dulcísimo!, dame la señal de los que cursan en tu escuela, para que por ella, no solamente yo sea conocido, sino también Tú seas glorificado, pues la virtud del discípulo es gloria de su Maestro.

2. La segunda vez les dijo: «Este es mi precepto, que os améis unos a otros *como Yo os amé.* Ninguno tiene mayor amor que éste, que es dar la vida por sus amigos». En las cuales palabras al mandamiento del amor que llamó nuevo, llama ahora *suyo,* porque aunque los demás sean también suyos, pero este lo es por excelencia; *es suyo* porque en él funda su ley *y* se preció de guardarle perfectísimamente, *y porque* le estima en más que a los otros, *y con él* hace a los hombres suyos, sus hijos, sus amigos y sus fieles siervos, *y con él* les da sus cosas propias; esto es, su gracia y la herencia de la gloria y a Sí mismo se da por suyo. Finalmente, es precepto *suyo,* porque Él mismo se pone por dechado de este amor, cuya suprema perfección consiste en dar la vida, si fuere menester, por sus amigos; esto es, por aquellos a quienes ama, como Él la dio por nosotros.

¡Oh Amador infinito, que diste la vida por todos, porque a todos amaste, y aunque eran tus enemigos, la ofreciste por ellos para convertirlos en amigos!: dame un amor tan perfecto como éste, pues no es razón quiera

yo mi vida, siendo tan vil y miserable, más que Tú quisiste la tuya, siendo tan preciosa y admirable.

3. *La tercera vez* les dijo: «Estas cosas os mando: que os améis unos a otros». En las cuales palabras claramente da a entender que todas las cosas que mandó en su ley, y *todos los demás mandamientos están cifrados en este uno del amor,* y por esto dijo: Estas cosas os mando, que os améis, porque si os amáis, con esto cumpliréis todas las demás, porque el cumplimiento de la ley es el amor.

Tres veces repite este precepto para que esté más firme en el corazón, y todas tres le llama *precepto,* con no haber usado de este vocablo cuando les encargó que le amasen; como quien dice: Para que me améis no será menester diga Yo que os lo mando, porque el amor que os tengo y los bienes que os he hecho están diciendo que me améis; mas para que améis a vuestros prójimos, quiero mandarlo expresamente una, dos y tres veces, porque no os descuidéis en este amor.

PUNTO TERCERO

De la oración y confianza.

Otras tres veces exhortó Cristo nuestro Señor a sus Apóstoles en este sermón al ejercicio de la oración, declarándoles la confianza y las demás condiciones que habían de acompañarla.

1. *Lo primero,* les dijo: «El que cree en Mí hará las obras que yo hago y otras mayores, porque voy al Padre, y cualquier cosa que pidiereis en mi nombre la haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo; y si me pidiereis alguna cosa en mi nombre, también la haré». En las cuales palabras nos enseña que la oración con la fe viva y esperanza cierta en su palabra, es poderosa para alcanzar del Padre Eterno y del mismo Cristo fuerzas y poder para hacer obras maravillosas, semejantes a las que El hizo en este mundo, así obras de virtud y santidad, como obras de milagros mayores que los suyos, si fuere menester; y para certificarnos de esto, repite lo mismo segunda vez, y dice que es gloria de su Padre conceder esto por su Hijo, para que entendamos cuán de buena gana lo cumplirán ambos.

2. *Lo segundo,* les dijo: «Si permaneciereis en Mí y mis palabras permanecieren en vosotros, todo lo que quisiereis pediréis, y os lo daré». En las cuales palabras nos enseña la maravillosa eficacia y trabazón de la

oración, con la unión a Cristo por amor y por obediencia a sus palabras; porque en manos de la voluntad unida de esta manera con Cristo, se pone el querer y el pedir, y el mismo Cristo nuestro Señor se obliga a conceder lo que pidiere; lo cual se entiende cuando quiere y pide movida de esta divina unión, y según ella, la cual nunca quiere más de lo que Dios quiere, ni pide sino lo que da gusto a Dios, porque no tiene voluntad propia, sino la de Dios toma por suya; y por esta razón dice Santo Tomás, que siempre se cumple la oración de los que de esta manera oran.

¡Oh Dios de mi alma!, concédeme que siempre esté unido contigo, y tus palabras y preceptos estén siempre unidos conmigo, amándolos y cumpliéndolos de corazón; porque cierto estoy que si te amo y obedezco y concierto mis quereres conforme a la ley del amor, cuanto quisiere puedo pedir, y cuanto pidiere me darás, porque gustas de hacer placer a quien te le hace, y de cumplir la voluntad del que siempre cumple la tuya.

3. *Lo tercero*, les dijo: «De verdad, de verdad os digo, si alguna cosa pidiereis al Padre en mi nombre, Él os la dará: hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre: pedid *y* recibiréis, para que vuestro gozo sea lleno» En las cuales palabras con grande aseveración les hace una solemne promesa de que se les dará cuanto pidieren en su nombre y luego les exhorta a que usen de ella para que por la experiencia prueben su verdad y se gocen enteramente cuando la vieren cumplida. Para que se entienda la excelencia de esta promesa, se ha de ponderar *quién es el que la hace, a quién se hace, quién la ha de cumplir, a quién se ha de pedir, por qué títulos, qué cosas y en qué modo.*

a) El que hace esta promesa es el Hijo de Dios vivo, cuyo nombre es fiel y verdadero y la misma verdad *y* sabiduría infinita, que ni puede engañarse ni engañarnos, y sabe muy bien lo que promete y lo que puede y quiere cumplir y conviene que se cumpla; y así de todas partes es certísima.

b) A quién se hace la promesa, es a los discípulos de Cristo que estaban con Él en aquel cenáculo, habiéndose ya salido Judas; que es decir: hácese solamente a los que creen en Cristo y esperan en Él, desean servirle y obedecerle como discípulos, y no a los pecadores rebeldes y obstinados que se apartan de su escuela y obediencia. Y en esté sentido dijo el otro ciego que Dios no oye a los pecadores. Y el Sabio dice que «quien cierra su oído para no oír la ley, su oración será desechada». Pero aunque sean pecadores, si desean no serlo, sino ser discípulos de Cristo, también tienen parte en esta promesa cuando piden ser admitidos a su escuela, porque nuestro Padre celestial da su espíritu bueno al que se lo pide para dejar de

ser malo; pero más especialmente gozan de ella los que permanecen en Cristo y sus palabras permanecen en ellos, como está dicho.

c) *El que ha de cumplir la. promesa o a quien se ha de pedir es al Padre,* esto es, aquel Señor que por excelencia merece este nombre, y es padre amoroso, cuidadoso y todopoderoso para ciar a sus hijos cuanto le pidieren, mucho mejor que todos los padres de la tierra, porque da sin perder nada, y sus gustos son dar a todos. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor «Si vosotros, siendo malos, dais a vuestros hijos los bienes que habéis recibido, ¿cuánto más vuestro Padre celestial, que por su naturaleza es bueno, dará su buen espíritu a cualquiera que se le pidiere?». También ha de cumplir esta promesa el mismo Hijo de Dios, que nos amó tanto, que murió por nosotros, y es tan liberal y amigo de dar, que se da a Sí mismo, y nos manda que pidamos, por el desee que tiene de darnos. Y, finalmente, también la ha de cumplir el Espíritu Santo, que es un Dios con los dos, el cual, como dice el Apóstol, pide por nosotros, inspirándonos a pedir, por las ganas que tiene de dar.

d) Los títulos para pedir son *el nombre de Cristo*, esto es, la bondad de Cristo nuestro Señor, con todas sus virtudes y merecimientos, y por los trabajos de su vida y muerte, y por los servicios que hizo al Padre, y por su gloria y honra, para que sea su nombre glorificado. De suerte que no tengo de pedir en mi nombre, ni confiado en mi virtud ni en mis merecimientos, ni para gloria de mi nombre, sino, dejando todo esto y desconfiando de mí, estribar en Cristo mi Señor y ordenar lo que pidiere para gloria suya.

e) Las cosas que abraza la promesa son las que son decentes y convenientes a la bondad del Padre que las ha de dar, y al nombre y virtud del Hijo por quien se piden, y a la necesidad del que las pide para bien de su alma o de otros para quien pide, sin poner tasa en esto, pues no la puso el que hizo la promesa. De donde se sigue que, pues Dios quiere ser largo en dar, no tengo yo de ser corto en pedir, sino pedir como quien pide al liberalísimo Dios, y pedir, como dice Cristo nuestro Señor: «Que nuestro gozo sea lleno»; esto es, pedir, no principalmente cosas terrenas, que no pueden dar gozo lleno, sino las cosas celestiales, y ésas, no cortamente, sino con tanta abundancia, que llenen nuestro gozo y harten nuestro deseo, primero en esta vida temporal, y después en la eterna.

f) El modo con que se ha de pedir es con grande fe y confianza en la bondad y liberalidad del que promete y ha de dar lo que se pide, y en los merecimientos del medianero por quien se pide. Esta es la fe de quien dijo Cristo nuestro Señor por San Marcos: «Tened fe de Dios»; esto es, una fe que sea grandísima, fe digna de Dios, fe altísima, que, dejando todo lo bajo

de la tierra, ponga sus áncoras en el cielo y espere de Dios todo lo que ha prometido, estribando en su palabra y en quien Él es. Esta es la fe que en otras partes compara al grano de mostaza, de la cual se dijo en la Tercera parte, *Meditación* 38. Con esta fe se ha de juntar grande perseverancia, hasta que nuestro gozo sea cumplido; esto es, hasta que por experiencia veamos que somos oídos, y nos gocemos de ello, y alcancemos el gozo lleno que se recibe con los dones que nos dan.

¡Oh Redentor del mundo, que tan liberal eres en prometer y tan fiel en cumplir lo que prometes! Gracias te doy por esta liberalidad y fidelidad que en todo muestras; te suplico me des gracia para que te pida lo que me mandas pedir y con el modo que quieres que lo pida, para que mi gozo sea lleno recibiendo lo que pido, y gozándome con tus dones, y mucho más contigo, dador de ellos, porque nunca mi gozo será lleno si no es teniéndote a Ti, que eres mi sumo gozo, por todos los siglos. Amén.

Lo que resta de esta promesa pondremos en la *Meditación* 33 de la Sexta parte.

PUNTO CUARTO

Razones de consuelo en los trabajos.

Gran parte del sermón gastó Cristo nuestro Señor en animar a sus Apóstoles y *consolarlos en los trabajos presentes y en otros que después habían de padecer en el mundo,* trayéndoles muchas razones, de las cuales apuntaré algunas, aunque no por el mismo orden, para que nos sirvan de puntos de meditar y de motivos para consolarnos y alentarnos a sufrir con paciencia las persecuciones y trabajos que nos sucedieren.

1. La primera razón es *por el ejemplo de lo que el mismo Cristo padeció:* «Acordaos, dice, de las palabras que os he dicho: No ha de ser el siervo mayor o más privilegiado que el señor; si a Mí persiguieron, también perseguirán a vosotros. Os echarán de las sinagogas, y vendrá hora en que quienquiera que os matare, piense que hace servicio a Dios; y estos trabajos os vendrán por mi causa».

¡Oh dichosos trabajos cuya causa, es Cristo, y por los cuales somos semejantes a Cristo! No quiero, Señor mío, privilegio de exención de trabajos, pues siendo yo vuestro siervo, es grande honra mía pasar por la ley que pasó mi Señor.

2. La segunda, porque *ser perseguidos es señal y prenda de que* no son del bando reprobado del mundo, y por consiguiente, que *son del bando de Cristo* y de sus escogidos. «Si el mundo, dice, os aborrece, sabed que primero me aborreció a Mí. Si fuerais del mundo, el mundo amaría lo que es suyo; mas porque no sois del mundo, sino Yo os escogí y saqué del mundo, por eso os aborrece el mundo».

¡Oh buen Jesús!, de tu bando quiero ser y no del mundo, y si el mundo me aborreciere y persiguiere, de esto me alegraré, porque Tú volverás por mí, pues me persigue por Ti.

3. La tercera razón es porque *estos trabajos y tristezas se convertirán presto en gozo*. «Así como la mujer, cuando pare, tiene gran tristeza y dolor, pero después se goza por el hijo que le ha nacido en el mundo», y el mismo hijo que fue causa de su dolor, es después causa de su gozo; el dolor duró poco tiempo, el gozo mucho, y es tan grande, que hace olvidar los dolores del parto; así también vosotros tenéis tristeza por mi ausencia y por mi muerte; pero Yo resucitaré, como quien de nuevo nace en el mundo, y convertiré vuestro llanto en gozo. Tendréis grandes dolores, como de parto, predicando mi ley, haciendo lo que os mando, porque se levantarán grandes persecuciones contra vosotros; pero eso mismo que os diere tristeza será ocasión de alegría tan grande, que os haga echar en olvido la tristeza pasada por el fruto que de ella cogisteis; el dolor durará poco tiempo, pero el gozo será perpetuo, porque ninguno os lo podrá quitar.

¡Oh alma mía, no codicies el gozo del mundo, pues ha de parar en llanto; escoge la tristeza y el dolor por Cristo, pues se ha de convertir en gozo; ama las tribulaciones y luego hallarás gozo en ellas!

4. La cuarta, porque *en el cielo hay moradas eternas,* donde serán aposentados por Cristo los que acá padecen por su amor. «No se turbe, dice, vuestro corazón; creed y confiad en Dios y en Mí, porque en la casa de mi Padre hay muchas moradas, y Yo voy a prepararos el lugar que habéis de tener, y volveré por vosotros, y os llevaré conmigo para que donde Yo estoy, allí estéis gozando de mi compañía y de mi gloria».

¡Oh alma mía, no te turbes ni aflijas con tus trabajos, porque la morada de este mundo es como de paso, y Cristo vendrá por ti en la hora de la muerte para premiarte lo que hubieres padecido en vida, colocándote con sumos gozos en sus eternas moradas!

5. La quinta, porque *en medio de los trabajos de esta vida, viene Cristo* nuestro Señor *a visitarnos* y ayudarnos, y así dice: «No os dejaré huérfanos; Yo volveré a vosotros; no se turbe vuestro corazón ni tema,

pues os he dicho que voy y vengo a vosotros; un poco no me veréis, y de ahí a poco me veréis, y se gozará vuestro corazón y ninguno os podrá quitar el gozo que Yo os diere».

¡Oh Padre amantísimo, que nunca dejas huérfanos a tus hijos, aun cuando, a su parecer, estás ausente de ellos, porque nunca lo estás para mirar por su bien!, deseo no turbarme con mis trabajos, pues tan presto has de venir a visitarme y consolarme en ellos. Dame, Señor, el *gozo* interior, del cual ni el demonio, ni el mundo, ni criatura alguna me puede privar, porque poseyendo este gozo me será sabroso cualquier trabajo.

6. La sexta, porque, *aunque sean atribulados, son amados del Padre Eterno.* «Cuando Yo, dice, no rogara por vosotros, sabed que el Padre os ama, porque me amasteis y creísteis que salí de Dios». Como quien dice: No os turbéis, ni temáis, ni perdáis la confianza y el ánimo en medio de los trabajos que padeciereis por mi causa, porque son prendas de que mi Padre os ama por el amor que mostráis en padecer por Mí; y si el Padre os ama, Él os amparará y consolará, pues un Padre tan amoroso y poderoso no puede faltar al consuelo de sus hijos.

¡Oh Padre amantísimo!, no quiero otro consuelo en la tierra sino saber que me amas; porque si me amas, nada me puede faltar, pues no sabes amar y desamparar.

7. La séptima razón de consuelo es *por las grandes prendas de confianza que tenemos para salir con la victoria* de todos los enemigos que nos persiguen. «En el mundo, dice, tendréis 'apretura; pero confiad que Yo vencí al mundo». Esto es, Yo vencí al demonio, príncipe de este mundo, y vencí la fiereza de los trabajos y persecuciones, y vencí al pecado y a la muerte, y en virtud de mi victoria, podéis seguramente confiar que venceréis, pues Yo vencí para vosotros y estoy en vosotros peleando para vencer.

Gracias te doy, Padre Eterno, por la victoria que nos das por tu Hijo Jesucristo, y pues tuya ha de ser la victoria y la gloria de ella, no quiero dudar ni desconfiar de que podré alcanzarla.

Otras razones de consuelo trae Cristo nuestro Señor fundadas en la venida del Espíritu Santo, las cuales dejo para la Quinta Parte, en las *Meditaciones de su venida.*

Meditación 19

La oración que Cristo nuestro Señor hizo a su Padre al fin del sermón de la cena

Esta oración de Cristo nuestro Señor es un vivo y perfectísimo ejemplo de todas las cosas que han de concurrir en una oración fervorosa y excelente, cuanto a las personas por quien se ha de orar, y las cosas que se han de pedir, y los títulos que se han de alegar, y el orden que en esto ha de haber. Reducirla hemos *a tres puntos, por tener ella tres partes*: porque primero oró en cuanto hombre *por Sí y por sus cosas;* luego oró *por sus Apóstoles,* que tenía presentes y estaban a su cargo, y después *por todos los escogidos y por todos los fieles que había de haber hasta la fin del mundo;* y este orden pide la caridad bien ordenada, y es el que debemos guardar en la forma y manera que Cristo nuestro Señor le guardó.

PUNTO PRIMERO

Cristo ruega por Sí y por sus cosas.

Estando Cristo nuestro Señor en pie en presencia de sus Apóstoles, levantando los ojos al cielo, con voz clara oró a su Padre por Sí mismo, diciendo: *«Padre, llegada es la hora; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a Ti»*.

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, *la reverencia interior y exterior* con que Cristo nuestro Señor oraba, la devoción que mostró levantando los ojos al cielo, la voz tan tierna y palabras tan regaladas y sentidas que decía, para enseñar a sus Apóstoles con este ejemplo cómo habían de orar, y para consolarlos con el cuidado que de ellos mostraba tener.

2. Lo segundo, se ha de ponderar *lo que pidió en esta oración;* es a saber: que fuese glorificado en el tiempo de su Pasión con milagros, para que se descubriese, que, aunque padecía cosas tan ignominiosas, era Hijo de Dios. Item, ser también glorificado con la claridad y gloria de la resurrección y ascensión a los cielos, y ser glorificado en el mundo y conocido de los hombres por Hijo de Dios; y para que se entendiese que no pedía esto por su propia honra, añade: «Lo pido, Padre, para que tu Hijo te

glorifique a Ti»; esto es, para que por mi gloria, y en ella, seas glorificado, y para que Yo, después de glorificado por Ti, de nuevo te glorifique y publique tu gloria a mis discípulos, y por ella a todo el mundo.

De esta oración de Cristo nuestro Señor tengo de usar en muchas maneras. Unas veces pidiendo al Padre Eterno *glorifique a su Hijo* en todo el mundo, entre todos los infieles, dándoles luz para que le crean y glorifiquen como a Hijo suyo, para que con esto sea el mismo Padre más glorificado, y con este espíritu le diré muchas veces: Padre, glorifica a tu Hijo unigénito Jesucristo para que Tú seas en Él y por Él glorificado en todo el mundo.

Otras veces apropiaré a mí mismo esta oración, pidiendo al Padre Eterno que *glorifique a mí,* miserable e indigno hijo suyo, con la claridad de su gracia y con obras excelentes de virtud, no para honra mía, sino para gloria suya, y para que yo le glorifique y predique sus grandezas; y así, con este espíritu pidiendo para mí, diré: Padre, glorifica a tu hijo, para que tu hijo te glorifique a Ti. Y no es atrevimiento usar de esta oración, porque supuesto que Dios quiere que le llame Padre, bien puedo llamarme yo hijo; y si no tuviere tanto ánimo, en lugar de esta palabra, hijo, pondré esta palabra: siervo o esclavo, diciendo: Dios mío, glorifica a tu siervo, para que tu siervo te glorifique a Ti Padre, ama a este esclavo tuyo, para que tu esclavo te ame a Ti.

3. *Lo tercero,* con esta oración juntó Cristo nuestro Señor *títulos para lo que pedía,* diciendo: «Yo te he glorificado en la tierra y acabado la obra que me encomendaste. Glorifícame, pues, ¡oh, Padre!, cerca de Ti mismo, con la claridad que tuve cerca de Ti antes que el mundo se hiciese». Como quien dice: Justo título tengo para pedir esto, porque yo he procurado siempre tu gloria en la tierra, y he obedecido a tu voluntad, cumpliendo todo lo que me has mandado; justo es que Tú me glorifiques con la gloria y con el premio que me tienes señalado en tu predestinación eterna.

De donde se han de sacar dos cosas: La primera, que los varones perfectos, cuando piden algo a nuestro Señor pueden, como arriba se dijo en la Introducción de la obra, § I, con humildad alegarle los servicios que le han hecho, buscando su gloria y obedeciendo a su voluntad; y cuando la conciencia les da testimonio de esto, piden con gran confianza.

¡Oh Padre amantísimo, si pudiera decirte con verdad que siempre te he glorificado en la tierra y acabado la obra que me has encomendado! Pero, muy al contrario, he vivido buscando mi gloria con menoscabo de la tuya, y atropellando tu voluntad por hacer la mía; y así, te suplico, no

como fiel criado, sino como pobre necesitado, que me glorifiques con tu gracia para que de hoy más te glorifique sobre la tierra y acabe todo lo que me has encomendado.

La segunda es que la oración es medio para negociar las cosas que Dios tiene ordenadas en su eterna predestinación, y así, no hemos de faltar en la continua oración, pues quizá por ella se nos ha de dar lo que Dios ha predestinado para nuestra salvación; y así, le hemos de pedir con instancia, no la gloria del mundo cerca de los hombres, sino la gloria cerca de Dios, para la cual nos tiene señalados.

PUNTO SEGUNDO

Cristo ruega por sus discípulos.

1. Luego se ha de considerar la oración que Cristo nuestro Señor hizo por sus Apóstoles, en la cual primero declaró *por quién rogaba,* diciendo a su Padre: «No ruego por el mundo, sino por éstos que me diste, porque son tuyos». Llama *mundo* a la muchedumbre de los reprobados, rebeldes a Dios y a su ley, los cuales por su culpa se hacen indignos de que Cristo nuestro Señor ore por ellos, cuanto a la eficacia de su oración, la cual no tiene en ellos efecto. Y así, dice que ruega por los Apóstoles escocidos del Padre, *porque son suyos,* son tus amigos, tus siervos fieles, tus escogidos y los tienes debajo de tu amparo.

Este título es maravilloso para alegar a Dios en nuestras oraciones, diciéndole: Padre celestial, favorece a los que me has encomendado, y da tu ayuda a todos los fieles, porque son tuyos. Dios mío, mira por mi alma y cuerpo y por todos los sentidos y potencias que me diste, porque son tuyos. Conserva los deseos y propósitos buenos que me has dado, porque son tuyos. ¿Quién hay que no mire por lo que es suyo? Tuyo soy, sálvame; tuya es mi alma, sálvala; tuyo es mi entendimiento, ilústrale; tuya es mi voluntad, rígela, etc. No permitas, Señor, que yo sea parte del mundo por el cual no ruegas; porque si me excluyes de tu oración, también quedaré excluido de tu reino.

2. Después de esto, pidió Cristo nuestro Señor para sus Apóstoles *tres cosas excelentísimas.*

a) *La primera* fue diciendo: «Padre santo, en tu nombre y por tu gloria guarda éstos que me diste, *para que sean una cosa,* como Yo y Tú lo somos». En las cuales palabras pide al Padre Eterno que mire por ellos y

los conserve, dándoles *unión de caridad* entre sí mismos y con Dios; no unión cualquiera, sino perfectísima y a semejanza de la que el Padre y el Hijo tienen en unidad de esencia. De modo que como los dos, por ser un Dios tienen un mismo sentir, querer y obrar, así ellos se conformen en todo con el sentir de Dios y con su divina voluntad, obrando solamente lo que Dios quiere que obren; y conviniendo todos en esta unión con Dios, quedarán también unidos entre sí.

b) *La segunda cosa* que pide es los libre de todo lo que es *contrario a esta divina unión,* diciendo: «No te ruego que los saques del mundo, sino que los libres del mal». Que es decir: En el mundo han de padecer grandes persecuciones y trabajos; no te pido, Padre mío, que los saques del mundo, porque conviene se queden en él, sino que los libres de lo malo, esto es, del pecado, de la desunión y discordia, del demonio y de todo mal eterno, de modo que vivan en el mundo sin que se les pegue el mal del mundo.

c) *La tercera cosa* que pide es les dé *la plenitud de todas las virtudes,* diciendo: «Santifícalos en verdad, pues Yo me santifico por ellos para que ellos queden santificados en verdad». Que es decir: no solamente líbralos del mal, sino santifícalos con abundancia de virtudes verdaderas, libres de toda hipocresía y fingimiento, conformes a la verdad que Yo les he predicado, pues yo me he consagrado y ofrecido en sacrificio y hostia santa por hacerlos santos. Por todo esto se ve cómo Cristo nuestro Señor quiere que pidamos en la oración cosas grandiosas, dignas de Dios, alegándole principalmente dos títulos: uno, la gloria y majestad de su santísimo nombre; otro, la santidad de sacrificio que Él mismo ofreció por nosotros en la cruz.

¡Oh Padre soberano!, oye la oración de tu Hijo unigénito, librándome de lo malo que inficiona el mundo, y santificándome con verdadera santidad, para que goce de la unión que tienes con Él, unido contigo en perfecta caridad. Amén.

PUNTO TERCERO

Cristo ruega por todos los fieles.

Últimamente, se ha de considerar la oración que hizo por todos los demás fieles, pidiendo para ellos *los bienes de gracia y la vida eterna.*

1. *Lo primero,* dijo: «No ruego solamente por éstos, sino por todos los que por su predicación han de creer, para que todos sean una misma

cosa; y como Tú, Padre, estás en Mí y Yo en Ti, así ellos sean uno en nosotros, para que crea el mundo que Tú me enviaste». De dónde consta que oró por todos los que ahora vivimos en su Iglesia, y por consiguiente, *que oró por mí mismo,* porque a todos y a cada uno, y a mí también, nos tenía tan presentes como a los que estaban en aquel cenáculo; y para todos pidió *esta unión de cavidad* perfectísima con Dios y entre sí, al modo dicho; la cual fuese tan grande y maravillosa, que bastase para convertir al mundo y *para que los infieles creyesen* que Cristo era Dios, pues tenía discípulos tan unidos en caridad.

¡Oh dulcísimo Jesús, cuán cuidadoso y celoso eres del bien de tus escogidos, pues antes que nazcan oras por ellos y pides para ellos dones tan soberanos! ¡Oh Padre amantísimo, oye esta oración que tu Hijo unigénito ofrece por mí, y hazme participante de la soberana unión que tienes con Él! Concede también esta unión a los religiosos, para que por ella conozcan los seglares que tu Hijo unigénito mora en ellos. Concédela también a todos los fieles, para que los infieles, admirados de esta milagrosa unión, reciban tu santa ley. Y pues tu Hijo nos ofrece la claridad de su gracia para que todos seamos muy perfectos y acabados en lo que es ser una cosa, concede a todos los justos que han participado esta claridad, que lleguen a la excelencia de ella para que se dilate por todo el mundo la claridad de su gloria. Amén.

2. Lo segundo que pidió fue: «Padre, quiero para los que me diste que adonde Yo estoy, allí estén ellos conmigo, para que vean la gloria que me diste». Que es decir: Padre, no solamente pido para mis fieles la unión de caridad y perfección en esta vida, sino que después de ella *estén conmigo en el cielo,* donde Yo estoy, gozando de mi compañía, para que vean la gloria que me diste en cuanto Dios y en cuanto hombre, y sean bienaventurados con esta vista.

¡Oh Amador dulcísimo, con qué eficacia orabas cuando esto decías, pues hablando con tu Padre interpones tu suprema autoridad y la igualdad que tienes con Él, diciendo: Padre, quiero que donde Yo estuviere, estén mis discípulos! ¿Quién podrá ir contra ese *quiero* tuyo, pues lo que Tú quieres eficazmente, todo se cumplirá? ¡Oh, quién estuviera donde Tú estás! Bien sé que estás en todo lugar, donde están buenos y malos; pero no todos están contigo gozando de tu dulce compañía. Concédeme que siempre esté yo donde estás Tú, viéndote en esta vida por fe muy esclarecida, y después con clara vista en tu gloria. Amén.

Meditación 20

La ida de Cristo nuestro Señor al huerto y la tristeza y aflicción interior que allí tuvo.

PUNTO PRIMERO

Va Cristo del cenáculo al huerto.

Acabado el sermón de la Cena y dicho el himno acostumbrado en acción de gracias, se salió Jesús con los once Apóstoles del cenáculo y fuese de la otra parte del arroyo de Cedrón al monte de las Olivas, a un campo que se llama Getsemaní, donde estaba un huerto, *y* allí entró como tenía de costumbre.

1. Sobre este paso se han de ponderar *las causas de esta salida* de Cristo nuestro Señor *del cenáculo al huerto. La primera* fue por guardar la costumbre que tenía de recogerse a lugares solitarios a oración retirada, después de haber cumplido con el oficio de predicar. Y es mucho de ponderar *la magnanimidad y entereza* de este Señor, que por ningunos trabajos ni peligros quería dejar sus buenas costumbres; y así, predicó y dijo su himno acostumbrado después de la cena, y fuese a la soledad, como si no esperara ningún trabajo. De donde sacaré confusión de mi tibieza porque con cualquier ocasión dejo mis loables costumbres, en especial la de la oración, habiendo de ser al contrario, que en tiempos de mayor aprieto habría de acudir más a ella.

2. *La segunda* causa fue porque su prisión no se hiciese en el cenáculo y en casa ajena, sino en la soledad y en el campo, donde se podía hacer más cómodamente, sin que viniese daño a su huésped. Y *para que se viese que no huía,* fuese al lugar que era muy sabido del traidor que le había de entregar, como quien de su voluntad se va a ofrecer a la prisión y muerte, llevado, no con cadenas de hierro, sino con cadenas de amor y de obediencia; y así, dijo a sus discípulos en el sermón de la cena: «Para que conozca el mundo que amo a mi Padre, y que como Él me dio el mandamiento, así lo cumplo, levantaos, vámonos de aquí».

¡Oh dulce Jesús!, dame estos afectos de amor y de obediencia para que no huya de los trabajos, sino antes me ofrezca a ellos, siguiéndote con amor y acompañándote con obediencia.

3. *La tercera* causa fue para significar que como la pérdida del mundo comenzó por la mala libertad que Adán pretendió *en un huerto,* así la salvación del mundo comenzase por la prisión de Cristo *en otro huerto* plantado en el valle de las Olivas; porque todo lo que allí sucedió fue para nosotros río inmenso de misericordia, aunque para Él fue arroyo impetuoso de tristezas y trabajos; y aunque al tiempo que pasó el arroyo de Cedrón se acordó de las avenidas de dolores que habían de penetrar su alma, con todo eso, iba con sus Apóstoles mostrándoles grandes caricias.

Dame, Salvador mío, licencia que te acompañe y pase contigo por el arroyo de los trabajos y penas, pues todos serán para mí valle de olivas y misericordias.

PUNTO SEGUNDO

Tristeza y temor de Cristo.

Llegando al lugar señalado, dejando a los Apóstoles, tomó tres de ellos, Pedro, Diego y Juan. Y comenzó a entristecerse y a estar afligido, a tener miedo y tedio.

1. Lo primero se ha de considerar cómo Cristo nuestro Señor quiso dar principio a los trabajos de su Pasión con dos cosas terribles que la hicieron penosísima: *a) La primera fue privarse voluntariamente de toda alegría sensible;* de suerte que, aunque solía tener gusto de padecer con muestras de alegría, ahora se privó de esta alegría en la parte inferior de su alma y cerró la puerta a todo consuelo sensible que de la parte superior le podía venir, *b) La segunda fue tomar voluntariamente los afectos contrarios de temor y tristeza,* dando licencia a sus apetitos que brotasen estos afectos penosos con grande vehemencia; porque como estaba en su mano tomarlos o dejarlos, y tomarlos con poca o mucha intensión, los tomó con grandísima fuerza para que su Pasión fuese más amarga; porque los trabajos, cuando hay alegría sensible, se sienten poco, como lo experimentaron muchos mártires; mas cuando hay tristeza, se sienten mucho, y así la paciencia entonces es muy más gloriosa, porque padece sin ayuda de cosa sensible, y se come sin salsa el manjar desabrido y amargo de la tribulación, puramente por amor de Dios.

¡Oh dulce Jesús!, gracias te doy por este principio que diste a tus trabajos, tomando lo que había de ser aumento de ellos; concédeme que

por tu amor me prive de cualquier gusto sensible y me ofrezca a beber el cáliz de tu Pasión, puro como le bebiste.

2. Lo segundo, ponderaré *la mansedumbre y gravedad de estas aflicciones interiores de Cristo,* que los Evangelistas llaman *temor o pavor, tedio, tristeza* y *agonía.* El *temor* fue de los tormentos y muerte tan terrible que tenía cercana, el cual suele a veces atormentar más que la misma muerte, y causa un modo de temblor o espanto que se llama pavor, y una congoja interior que se llama agonía, de que después diremos. Este *temor* acometió a Cristo nuestro Señor como un ejército de soldados innumerables, imaginando tantos temores cuantos fueron después sus tormentos; porque tuvo temor de la prisión, de las injurias de aquella noche, de los azotes, de la corona de espinas, de la cruz y clavos y hasta de la lanzada que le habían de dar después de muerto. Todos estos temores tomó de su voluntad para afligirse con ellos y mostrar su fortaleza en resistirlos, sin volver por su causa atrás de lo comenzado.

¡Oh fortísimo guerrero! con cuánta más razón podríais decir lo que dijo David: «Mi corazón se ha turbado, y el miedo de la muerte ha descargado sobre Mí; el temor y el temblor me han cogido y las tinieblas me han cubierto»; mas no por eso deseáis alas de paloma para huir, porque tomáis el temor para vencerle.

El tedio fue un enfado y desgana de todas las cosas de este mundo, no hallando en la tierra cosa que le diese gusto y consuelo o alivio; y hasta de la misma vida, como otro Job, tenía tedio, viéndola cercada de tantos males y peligros; con lo cual pagaba los tedios que yo tengo de las obras de virtud, y las desganas de sufrir lo amargo de ella.

3. *La tristeza fue* un pesar y aflicción interior de los males que miraba como presentes, contrarios a la inclinación natural de su carne; y como los trabajos eran muchos y muy terribles y la aprensión de todos ellos muy viva, y los aprehendía como inevitables, supuesta la divina ordenación, tuvo la mayor tristeza que jamás hubo ni habrá en esta vida; y esta tristeza también le acometió como otro ejército de soldados terribles, entristeciéndose de verse afrentado, despreciado, escupido, desamparado y perseguido.

¡Oh alegría de los ángeles!, ¿por qué te sujetas a tantas tristezas? ¡Quieres convertir tus gozos en penas para convertir mis penas en gozos! Te alaben los ángeles por esta caridad tan grande, con la cual escogiste para Ti la tristeza, por llenarme a mí de alegría. Concédeme, Señor, tal es-

fuerzo en tu servicio, que ni el temor me acobarde, ni el tedio me oprima, ni la tristeza me consuma. Amén.

En todo esto tengo de ponderar que, así como resplandeció la infinita caridad de Cristo en desear la muerte y gozarse de su Pasión para nuestro bien, así resplandece ahora en tomar voluntariamente estos afectos penosos para padecer los trabajos interiores que sus escogidos padecen, y hacerse semejante a sus hermanos en lo que era natural sin culpa, y para darnos ejemplo de paciencia en sufrirnos a nosotros mismos cuando nos viésemos en el estado que estaba Job, cuando dijo: «Yo mismo me soy grave» y pesado en sufrir.

PUNTO TERCERO

Otras causas de la tristeza del Señor.

Lo tercero, se han de considerar *las demás causas* que acumuló Cristo nuestro Señor *para moverse a está tristeza y aflicción interior*, en las cuales se representan los motivos que yo puedo tener de justa tristeza, que es la que San Pablo llama tristeza según Dios.

1. La primera fue *la memoria y viva aprensión de los pecados de todos los hombres,* así pasados como presentes y por venir, los cuales tenía presentísimos y con grande evidencia conocía, y pesaba tres cosas que hay en ellos muy terribles; es a saber: su muchedumbre sin cuento, su gravedad como infinita, por la injuria que con ellos se hace a Dios, y el grandísimo daño que causan en los hombres, condenándolos a los terribles tormentos del infierno Todo esto le causó terrible tristeza y la tomó de buena gana. Lo uno para sufrir la falta de tristeza que los hombres tienen por sus culpas, y pagar por ellas con este dolor interior que tenía, y lo otro para librarlos de la eterna tristeza que por sus pecados merecían.

Considerando esto, tengo de imaginarme a mí mismo dentro de la memoria y corazón de Cristo nuestro Señor, y ver cómo está mirando todos mis pecados y tibiezas, y cómo en ellos le causo tristeza y desconsuelo terrible, por lo cual me tengo de entristecer, ponderando las tres cosas dichas; es a saber: su muchedumbre y gravedad y la pena eterna que por ellos merecía, y procurando aborrecer el pecado, pues tan gran mal es, que basta su consideración a causar en Cristo tal tristeza.

¡Oh Padre Eterno!, yo te ofrezco esta tristeza y dolor de tu Hijo unigénito en satisfacción de mis muchos y graves pecados, me pesa de

haberlos cometido; mas porque mi pesar y tristeza es muy pequeña, yo la junto con la suya, por la cual te pido aumentes la mía, para que pague con esta pena lo que debo por mi culpa. ¡Oh Salvador mío!, gracias te doy por la tristeza que tomaste por mis pecados. ¡Oh, quién nunca los hubiera cometido por no darte tal pena con ellos! Bórralos, Señor, de mi alma, para que no haya en ella cosa que pueda darte tristeza y pena.

2. La segunda causa de esta tristeza fue *la consideración del poco provecho que habían de hacer en muchos hombres* los medios de su Encarnación, Pasión y muerte, los sacramentos y sacrificios, la doctrina y ejemplos de su vida; y en todo esto ponderaba la terrible ingratitud de los hombres, su ceguedad, dureza y rebeldía en desechar estos bienes, que tan a su costa les ofrecía, por lo cual, con efecto, muchos se habían de condenar. Y también le daba pena la tibieza y pereza que otros muchos tendrían en aprovecharse de estos medios tan eficaces para su salvación y perfección. Y en esta consideración también tengo de imaginar que yo soy uno de los que afligían a mi Salvador con mis tibiezas, por no hacer el caso que debía de su Pasión y muerte, por lo cual me tengo de entristecer con Él, suplicándole que quite de mí esto que tal tristeza le causaba.

3. La tercera causa de esta tristeza fue *la consideración de todos los trabajos y tristezas que habían de padecer sus escogidos y todos los justos por su causa,* las cuales tenía presentísimas y las sentía como si Él mismo las padeciera, porque los tenía unidos consigo con entrañable amor y caridad, y quien tocaba a uno de ellos le tocaba a las niñas de sus ojos, porque más unidos estaban con su corazón que la niñeta con el ojo. Allí sentía las aflicciones de los Apóstoles y mártires, las persecuciones de los doctores y ministros del Evangelio, las tentaciones que padecieron los confesores y vírgenes, las tristezas y desconsuelos de los justos atribulados; y allí tenía también presentes mis tribulaciones y tentaciones, mis temores y tristezas, y compadeciéndose de mí, se entristecía por ellas, queriendo por este afecto de compasión padecer lo mismo que yo padezco, obligándome a que yo, con el mismo afecto de compasión, padezca lo que Él padeció.

¡Oh piadosísimo y clementísimo Jesús!, ¿qué es esto que haces para entristecerte y afligirte? ¿Por ventura no te basta considerar tus propias penas, sino que también quieres considerar las ajenas y entristecerte por ellas como si fueran propias? Bastara, Señor, que te entristecieras por mis pecados, holgándote de las penas que justamente se me dan por ellos: pero como tu inmensa caridad no tiene tasa, quieres sentir tristeza de mis culpas y de mis penas para librarme de ellas. Concédeme, Señor, que yo me en-

tristezca de tus trabajos como Tú te entristecías de los míos, pues los tuyos de verdad son míos, habiéndolos tomado por mi causa.

4. A estas causas generales de la tristeza de Cristo nuestro Señor se pueden añadir *otras especiales,* que son *la perdición de aquel pueblo hebreo* a quien había escogido por suyo, y la *grande ingratitud que mostraba en quitarle la vida;* y a este modo tengo de imaginar que sentía Cristo nuestro Señor la perdición de algunos reinos de la cristiandad, que habían de negarle y perder la fe.

5. *Item, la condenación y perdición de Judas,* viendo que el demonio se lo quitaba y arrebataba de su escuela, imaginando que, así como un hombre siente grande tristeza y dolor cuando le cortan un miembro que está unido con todo el cuerpo, así Cristo nuestro Señor sentía en su corazón todos los empellones y vaivenes del demonio, con que le cortaba o arrancaba algún miembro vivo de su cuerpo místico, que era como atravesarle las entrañas y arrancarle al que tenía metido dentro de ellas.

¡Oh mi buen Jesús, cuán innumerables tormentos de éstos padecías por junto, teniendo presentes las caídas de tantos justos que el demonio arrebataba para sí! Duélete, Señor, de mí y no permitas que yo sea apartado jamás de Ti.

6. También se entristecía *por el escándalo de sus discípulos y por la aflicción de su afligida Madre,* la cual también tenía allí presente. Y en conclusión, siendo verdad lo que dice el Sabio, que quien añade ciencia, añade dolor, Cristo nuestro Señor aumentó grandemente sus dolores por la grande ciencia y viva aprensión que tuvo de todas las cosas que eran causa de ellos.

¡Oh Dios y Señor de las ciencias!, dame esta ciencia de tus dolores, para que yo tenga mucha parte en ellos.

PUNTO CUARTO

«Triste está mi alma hasta la muerte.»

Lo cuarto, consideraré cómo Cristo nuestro Señor, habiéndose apartado con los tres discípulos, Pedro, Diego y Juan, les declaró su aflicción, diciéndoles con un semblante demudado: *«Triste está mi alma hasta la muerte; esperadme aquí y velad conmigo*.

1. Aquí se han de ponderar primeramente estas palabras de Cristo nuestro Señor y *lo mucho que por ellas significa,* cuando dice: Triste está

mi alma hasta la muerte. Que es decir: Mi alma está triste con una tristeza cual se padece en las agonías de la muerte, y tan grande, que bastara a causarme la muerte si no guardara la vida para padecer más cruel muerte; y será tan larga, que durará sin cesar hasta el instante de mi muerte, despidiéndome de tener más alegría mientras viviere en esta vida mortal.

¡Oh Salvador mío!, ¿cómo no traspasan mi corazón estas palabras y le hieren con herida mortal, viéndote a Ti entristecido con tristeza de muerte por mi causa? ¡Oh Virgen Santísima, si oyerais estas palabras, cómo fueran cuchillo de dolor que pasaran de parte o parte vuestra purísima alma, por estar tan unida con la de vuestro Hijo, que tan triste estaba! ¡Oh pecado mortal, cuán grave eres, pues causas en Cristo tristeza mortal!

2. Lo segundo, se han de ponderar *los motivos que tuvo para decir estas palabras a sus Apóstoles,* que fueron dos: *a) El primero,* porque como esta tristeza era interior, era necesario que Él nos manifestase su grandeza *para que conociésemos lo mucho que por nosotros padecía,* y se lo agradeciésemos y nos alentásemos a imitarle en ello; así como en la cruz dijo: Sed tengo, para que se conociese aquel trabajo que de secreto padecía por nuestra causa, *b) El segundo,* para mostrar *que era hombre* y que se sujetaba a tristezas y temores, y como tal se consolaba con sus amados discípulos, descubriéndoles su aflicción para que se compadeciesen de Él y le consolasen, y por eso les dijo: Velad conmigo y hacedme compañía.

¡Oh consuelo de los desconsolados!, ¿quién te ha sujetad o a pedir consuelo a tus criaturas? Mis pecados han hecho esto y el deseo que tienes de mi consuelo, comprándole con el precio de tus desconsuelos.

De aquí también puedo sacar que no es contra la perfección de la paciencia dar cuenta de sus desconsuelos y tristezas a los confesores y maestros de espíritu, y a los fieles amigos que nos pueden consolar en Cristo con verdadero consuelo.

3. Lo tercero, ponderaré la causa por que Cristo nuestro Señor declaró esta tristeza *a estos tres Apóstoles más que a otros;* es a saber: para que los mismos que habían sido *testigos de la gloria* que tuvo *en su transfiguración, fuesen* también *testigos de la tristeza y agonía* que tomaba *en su Pasión,* y comparando una con otra, conociesen y testificasen lo mucho que le debemos al que por nuestro amor privó a su cuerpo de tanta gloria, y ahora le aflige con tan terrible tristeza; y también para que entendamos que *si Dios da consuelos en esta vida* a los escogidos, *es para*

prevenirlos y *alentarlos a grandes trabajos,* y que si es favor estar con Cristo en el monte Tabor, viéndole glorificado y participando de los gozos de su gloria, también es favor estar con el mismo Cristo en el huerto, viéndole entristecido y atribulado, y participando con Él de sus aflicciones y tristezas, y que este favor no se hace a todos, sino a los más queridos y regalados.

Así lo creo, Salvador mío, y así lo deseo, y te suplico me hagas este favor: que sea yo uno de los pocos a quien des parte de tus trabajos, con grande sentimiento de ellos.

Meditación 21

La oración que Cristo nuestro Señor hizo en el huerto

PUNTO PRIMERO

Cristo nos enseña a acudir a la oración en las tristezas.

Estando Cristo nuestro Señor triste al modo dicho, y viendo que sus Apóstoles lo estaban, les avisó que orasen, diciéndoles: «Velad conmigo y orad, porque no entréis en tentación»; y tomando para Sí el mismo consejo, se apartó de ellos como un tiro de piedra a orar.

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, cómo Cristo nuestro Señor con palabra y ejemplo nos enseña que *el remedio de nuestras tristezas no es parlar y entretenerse con los hombres,* que no pueden dar consuelo cordial, *sino hablar con Dios en la oración* a quien hemos de acudir como a principal consolador, el cual nos puede quitar la tristeza o moderarla como más nos conviniere. De este ejemplo he de aprender en mis tristezas a no esperar principalmente consuelo de hombres, ni desordenarme en buscar consuelos terrenos, sino en primer lugar, como dice el apóstol Santiago, pedirle a Dios y esperarle de Él, y experimentaré lo que dice David: «Mi alma rehusó ser consolada: me acordé de Dios y se alegró mi corazón».

2. Lo segundo también nos avisa que *la oración es único remedio para no caer en las tentaciones* y no perecer en los peligros, y así, cuando estamos cerca de ellos, hemos de orar con fervor. Y no dice Cristo: Orad para que no seáis tentados, sino: Orad para que no entréis en la tentación y os aneguéis en ella; porque muchas veces nos conviene ser tentados y

afligidos, pero la oración sirve para que no caigamos en ella, o si cayéremos, para que no perezcamos del todo, sino que nos levantemos con el favor que Dios nos dará para ello; y porque la tentación es cada día, así cada día tengo de decir con gran devoción la última petición del Padrenuestro: no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal. Amén.

3. Lo tercero, tengo de ponderar aquella palabra: «Velad *conmigo*»; esto es, *en mi compañía, y como Yo velo*; imitándome a Mí. En lo cual nos da a entender que Él mismo vela con los que velan y ora con los que oran, y los que velan y oran hacen esto con Él. teniéndole por maestro, por compañero y ayudador. Pues con tal compañía, ¿cómo no gustaré de velar *y* orar?

Ayudadme, dulcísimo Jesús, para que siempre vele con Vos, gastando los días en trabajar 3 las noches en orar, y días y noches en obedecer a quien siempre veló, oró y trabajó por mi amor.

4. Finalmente, ponderaré aquel acto de mortificación que hizo Cristo nuestro Señor en *apartarse de la compañía de sus Apóstoles para orar;* porque en las grandes tristezas y aflicciones gusta la naturaleza estar en compañía de sus amigos, para consolarse con ellos; pero Cristo nuestro Señor venció esta inclinación con valor. Lo cual denota el Evangelista, diciendo: que fue arrojado o arrancado de ellos cuanto un tiro de piedra, como quien vencía con el ímpetu del espíritu la inclinación de la carne, y se apartaba de las personas a que estaba pegada con amor natural, por orar a solas.

¡Oh Dios mío!, concédeme que me aparte de la leche y me arranque de los pechos de las consolaciones humanas, para dedicarme a la oración, y en ella entender tu santísima voluntad para ponerla por obra. Amén.

PUNTO SEGUNDO

Palabras que dijo el Señor en su oración.

1. Llegado Cristo nuestro Señor al lugar de su oración hincó ambas rodillas y se postró, pegando el rostro con la tierra, y puesto así, dijo: *Padre mío, si es posible, pase de Mí este cáliz; pero no se haga lo que Yo quiero, sino lo que Vos queréis*. Que fue decir: Padre mío, si es hacedero, salvo el decreto de vuestra justicia, que pase de Mí el cáliz de esta Pasión sin que Yo le beba, concedédmelo; pero no se haga lo que mi voluntad

natural desea, conforme a su inclinación, sino lo que fuere vuestra voluntad, porque ésta quiero sea preferida a la mía.

¡Oh altísima oración! ¡Oh excelentísima resignación! ¡Oh maestro de oración y de obediencia, cuán alta lección me estás leyendo de estas dos virtudes! Abre mis ojos para que la entienda, y mis oídos para que la oiga y cumpla.

2. *Cuatro cosas señaladas hubo en esta oración,* las cuales tengo de ponderar para mi provecho:

a) Lo primero, fue *oración retirada y sola,* quitando todas las ocasiones de divertirse, para hablar a solas con Dios, rompiendo por las dificultades de la inclinación natural, como está dicho.

b) Lo segundo, fue *con profunda reverencia y humildad* interior y exterior, nacida de la grandísima estima que Cristo nuestro Señor tenía de la divina Majestad, y del conocimiento de la bajeza de su humanidad en cuanto criatura, y de la necesidad en que estaba; porque otras veces oraba en pie, pero esta vez, como estaba en aflicción del ánima, oró de rodillas, postrado y cosido con la tierra.

c) Lo tercero, fue *acompañada de grande confianza y amor;* lo cual declara aquella palabra: Padre *mío.* Otras veces llámale solamente Padre, pero esta vez añadió: Padre mío, dando muestras de aumentar la confianza y amor con quien era particularmente Padre suyo, no por adopción, sino por naturaleza.

d) Lo cuarto, fue *con grande abnegación de la propia voluntad, y con grande resignación en la divina;* porque los trabajos eran terribles, la inclinación natural de huir de ellos era grande, y la congoja interior muy crecida, y así, resignarse entonces a lo que Dios quisiese, contra su inclinación, fue acto de heroica virtud. Considerando todo esto, he de confundirme por la falta que tengo de estas virtudes, suplicando a Cristo nuestro Señor me las comunique; y cuando me viere en algún trabajo, cualquiera que sea, tengo de usar de esta misma oración, procurando decirla con el espíritu que la dijo el mismo Señor.

¡Oh Padre celestial! si es posible, pase de mí este cáliz de amargura que me aflige; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres.

2. También se ha de ponderar otra cosa señalada en esta oración de Cristo nuestro Señor, que fue *ser larga;* porque no hemos de pensar que duró solamente el tiempo que gastó en decir estas breves palabras, sino, por lo menos, duró una hora, como consta de le que dijo a San Pedro: «¿No has podido velar conmigo una hora?». Esta hora gastó Cristo

pensando las cosas que le movían a la reverencia, confianza, amor y resignación, y a los demás afectos que ejercitó en su oración. También pasaba por su memoria todas las partes de su cáliz, y en todas se resignaba; como si dijera: Padre, si es posible, pase de Mí este cáliz de la tristeza; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú; pase de Mí el cáliz de la prisión, el cáliz de los azotes, etc., pero no se haga mi voluntad, sino la tuya.

3. También se puede creer que en esta hora diría esta oración *con otros sentidos que refieren los Santos* haberla dicho, como en el que Santa Catalina de Sena supo, por revelación, que Cristo nuestro Señor con las ansias de padecer, para concluir la redención del mundo, pidió que, si era posible, se abreviase y pasase de presto la bebida de aquel cáliz. En lo cual fue oído, porque en pocas horas se concluyó el negocio de su Pasión; y asimismo en otros sentidos que luego diremos. Y a imitación de todo esto, tengo yo de gastar una hora o más en la oración recogida; de modo que aunque el tema y materia de ella sea una breve sentencia, pero la variedad de consideraciones y afectos la puede alargar mucho, como se dice de San Francisco, que gastó una noche en oración diciendo solamente: *Dios mío y todas mis cosas;* o como decía San Agustín hablando con Dios: *Conózcame a mi y conózcate a Ti.*

PUNTO TERCERO

Cuidado que tiene Cristo de sus discípulos.

Acabada esta primera oración, Cristo nuestro Señor volvió a sus Apóstoles para ver si velaban como los había mandado, y los halló durmiendo. Los despertó, y con blandura les dijo, especialmente a Pedro, que se preciaba de más fervoroso: «¿Así, no pudisteis velar una hora conmigo? Velad y orad, porque no entréis en tentación: porque aunque el espíritu está pronto, la carne es flaca».

1. Sobre este punto se ha de ponderar: lo primero, en Cristo nuestro Señor, *su grande caridad, solicitad y cuidado que tenía de sus discípulos,* pues en medio de tantas aflicciones interrumpe su oración por visitarlos y alentarlos, y aunque los halló durmiendo, no se indignó contra ellos, sino con blandura los corrigió y avisó del peligro en que estaban, repitiéndoles lo que les había dicho, que orasen por no caer en la tentación, pues aunque el espíritu esté pronto, como la carne es flaca, si no es ayudada con oración, será vencida. De todo esto he de sacar avisos y consejos de

perfección, procurando de tal manera darme a la oración y recogimiento, que no falte al cuidado de las personas y cosas que están a mi cargo. Item, de no reprender con aspereza, sino con espíritu de mansedumbre y con razones amorosas, especialmente a los que faltan por flaqueza más que por malicia.

2. Lo segundo, ponderaré, en los discípulos, *el descuido del hombre en los negocios de su salvación*, tomándolos Cristo nuestro Señor tan de veras y con tanto cuidado. Y en persona de estos que duermen, me consideraré a mí mismo, que duermo y aflojo en mi aprovechamiento, imaginando que Cristo nuestro Señor me reprende con las mismas palabras, diciéndome: ¿No puedes velar ni una hora conmigo?

¡Oh Señor, y cuán justamente merezco ser reprendido, pues velando Vos, duermo yo, y no sólo no velo una hora, pero ni aun media velo como debo, llevado de mi flojedad! Mas pues veis que mi carne es flaca, socorred a mi flaqueza para que no me canse de velar en vuestra compañía.

3. También ponderaré *la diferencia de los perfectos a los imperfectos,* porque en éstos la tristeza causa soñolencia, desmayo y enfado de la oración; y porque la dejan, vienen a caer en la tentación como cayeron los Apóstoles, desamparando a Cristo; pero en los perfectos, la tristeza les convida y lleva a la oración, y les aviva en ella, y cuanto más crece la tristeza, tanto más crece el fervor de la oración, como creció en Cristo nuestro Señor, y por esto no desfallecen en la tentación, antes permanecen con gran fortaleza en ella.

¡Oh Dios benditísimo!, no apartes de mí la oración ni tu misericordia, y no permitas que yo deje la oración, porque si yo no la dejo, tu misericordia nunca me dejará.

PUNTO CUARTO

Otras excelencias de la oración de Cristo.

Se volvió Cristo nuestro Señor por segunda vez a la oración, repitiendo las mismas palabras, aunque con mayor instancia, porque es de creer diría las que pone San Marcos: «Padre, Padre, todas las cosas te son posibles; traspasa de mí este cáliz; mas no se haga lo que Yo quiero, sino lo que Tú quieres».

1. Aquí se ha de ponderar *el grande afecto de amor y confianza que descubre la repetición de aquella palabra: Padre, Padre,* y la confesión de

su omnipotencia, en que estriba la oración, alabándole primero que le pida lo que desea, como quien dice: No puedes dejar de oírme por falta de amor, porque eres Padre, y muy Padre; ni por falta de poder, porque todas las cosas te son posibles.

De esta oración también me puedo aprovechar en mis trabajos y peligros, y a su semejanza componer yo otra, diciendo: Padre, Padre, todas las cosas te son posibles: líbrame de esta tentación que padezco; concédeme esta virtud que te pido; remedia esta necesidad en que me veo; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú quisieres.

2. Lo segundo, ponderaré cómo Cristo nuestro Señor *gastó buen rato de tiempo en esta oración;* y es de creer que en este tiempo oraría por todos los hombres, cuyo Redentor era, deseando cuanto es de su parte, como Redentor universal, que todos se salvasen y que su Pasión fuese provechosa a todos y no se perdiese el fruto de tan grandes trabajos. Y en este sentido, junto con el que se ha dicho, podemos creer que también dijo las palabras referidas: Padre, todas las cosas te son posibles; si es posible, no quede este cáliz de mi Pasión en Mí solo; pase de Mí y traspásale a todos los hombres para que todos reciban provecho de él; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Esta petición era muy conforme a la caridad de Cristo nuestro Señor, y de ella puedo yo usar, suplicando al Padre Eterno que el cáliz de la Pasión de su Hijo se traspase con eficacia a todo el mundo, pero rindiendo mi juicio y voluntad a su eterna ordenación.

En esta consideración me puedo imaginar presente a Cristo nuestro Señor, y que pide a su Padre *qué pase el cáliz de su Pasión a mí* comunicándome el fruto de ella, y así le tengo de suplicar me lo aplique,

¡Oh Padre Eterno, pues vuestro Hijo ha bebido este cáliz tan amargo, poderoso para dar vida a todo el mundo y a mil mundos, mostrad vuestra caridad y omnipotencia en traspasar su fruto a muchos para gloria del que le bebió por ellos! Pase también este cáliz a mí y lléneme de sus amarguras y de los dones que ganó con ellas.

3. También se puede ponderar a este propósito lo que San Mateo refiere que dijo Cristo nuestro Señor en esta segunda oración: «Padre, si no puede pasar este cáliz sin que Yo le beba, hágase tu voluntad»; como quien dice: Si este cáliz de la Pasión no puede pasar a los escogidos *y serles de provecho* si no es que Yo le beba, *Yo le quiero beber por su provecho.*

Gracias te doy, amantísimo Redentor, por la estima que de mí tienes, pues te ofreces a beber cáliz tan amargo por mi provecho. Menester es, Señor, que este cáliz pase primero por Ti, y en ese paso pierda su

amargura, para, que cuando pase por mí sea fácil de beber. Si Tú no le bebieras, ¿quién tuviera corazón para beberle? Mas después que Tú le bebiste, ¿quién no gustará de beberle? Pase, Señor, pase de Ti a mí, porque pasando los trabajos por Ti, serán muy dulces para mí.

PUNTO QUINTO

Soledad de Cristo en el huerto.

Acabada la segunda oración, volvió Cristo nuestro Señor por segunda vez a sus Apóstoles con la misma caridad que la primera, y hallándolos también durmiendo, compadeciéndose de su flaqueza, los dejó, y se volvió la tercera vez a la oración, repitiendo las mismas palabras: «Padre, si quieres, pase de Mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad sino la tuya». A esta oración también fue larga y prolija, porque, como dice el mismo Evangelista: «Puesto en agonía y congoja grande, oraba más prolijamente, prolongando más su oración».

1. Aquí tengo de ponderar, lo primero, cómo Cristo nuestro Señor, aunque sabía que sus discípulos dormían, quiso venir a visitarlos para descubrir el cuidado que de ellos tenía; pero en especial ponderaré la *gran soledad* que sintió el Salvador en este punto, viéndose privado de todo consuelo. El lugar era solo y el tiempo oscuro, los discípulos estaban oprimidos del sueño, su Madre estaba ausente, su Padre celestial parece que se hacía el sordo y no le respondía: su divinidad y la porción superior de su alma dejaba padecer a la porción inferior, cumpliéndose lo que dijo David: «Busqué quien me consolase y no le hallé. Y es de creer que entonces diría aquello del Salmo 21: «Dios mío, Dios mío, mira por Mí: ¿por qué me desamparaste? Doy voces de día y de noche, y no me oyes», aunque bien sé que no es por mi culpa ni será para mi daño.

2. De aquí procedió *la perseverancia de Cristo nuestro Señor en su oración,* sin quejarse con impaciencia de no ser oído, ni enfadarse, ni dejar por eso de orar y repetir lo mismo una, dos y tres veces, creciendo en el fervor; para enseñarme con este número de tres, que significa perfección y duración, que tengo de orar con instancia y perseverancia, sin quejarme de Dios porque no me oye, o porque dilata el oírme, y sin cesar por eso de orar; porque si a Cristo mi Señor, que merecía ser oído a la primera palabra, no le dan la respuesta hasta que ora tercera vez, ¿qué mucho que me la dilaten, no mereciendo yo ser oído? Y si esta dilación no fue para su daño, tampoco será para el mío; y si persevero, sin duda seré oído a su

tiempo en lo que me conviniere, ya que no por merecerlo como amigo, siquiera por importuno.

3. Finalmente, ponderaré cómo el Padre Eterno dilató tanto el oír la oración de Cristo nuestro Señor, para darnos a entender *la grande necesidad que nosotros teníamos de la Pasión y muerte de su Hijo,* pues se detenía en responderle cuando le pedía que si era posible se impidiese; lo cual me obliga mucho a amarle, pues tanto estima mi bien.

¡Oh Padre soberano! ¿por qué amáis tanto a los esclavos, que queréis por su causa afligir a vuestro Hijo? ¿Por qué os hacéis el sordo a su demanda, dejando de cumplir su deseo por respeto de los que nunca cumplen el vuestro? Si hacéis la voluntad de los que os temen y oís su ruego con presteza, ¿cómo no hacéis la voluntad de quien tanto os ama, y en clamando le decís? «Aquí estoy», ¿qué quieres de mí? Vuestra caridad, Dios mío, y la de vuestro Hijo es causa de esto; porque en el modo que Vos queréis no oírle, Él también quiere no ser oído, estimando en más nuestra salvación que su vida. Concededme, Señor, esta conformidad con vuestra voluntad en cualquier cosa que ordenareis, pues aunque sea por mi culpa, no será para mi daño, por el grande amor que tenéis a vuestro Hijo, a quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amén.

Meditación 22

La aparición del ángel y el sudor de sangre

PUNTO PRIMERO

Aparece un ángel que le conforta.

Estando Cristo nuestro Señor en su oración, se le apareció un ángel que le confortó.

Sobre este punto se ha de considerar *quién envió este ángel, qué ángel era y en qué manera le confortó.*

1. Quien le envió fue *el Padre Eterno,* el cual, viendo a su Hijo en tanta aflicción y desamparo, y que todavía perseveraba en su oración, para que se echase de ver que tenía providencia y cuidado de Él, y que no despreciaba su oración, envió del cielo este mensajero que en su nombre le

consolase, así como en el desierto, cuando venció al demonio, envió ángeles que le diesen de comer; con lo cual juntamente nos enseña el cuidado paternal que tiene de los que oran, enviándoles a su tiempo el consuelo con algún ángel invisible, que es su santa inspiración; y si dilata esto no es porque les aborrezca, sino para enviárselo al tiempo que más les conviene.

¡Oh Padre celestial!, gracias te doy por el cuidado que tuviste de enviar quien confortase a tu desconsolado Hijo; por Él te suplico no me desampares en mis trabajos, sino que a su tiempo me des el consuelo y esfuerzo conveniente para poder llevarlos.

2. El ángel que vino es de creer que fue *San Gabriel,* a quien estaba encargado el servicio del Verbo Encarnado, no como ángel de guarda, sino como ministro y ejecutor de lo que tocaba y pertenecía al misterio de la Redención; y aunque no vino sino un ángel solo, porque éste bastaba para el fin que se pretendía de confortar a Cristo, pero si fueran menester diez legiones de ellos, poderosa era su oración para alcanzarlos de su Padre, como Él mismo lo dijo poco después. En lo cual se nos representa cómo el oficio de los ángeles es asistir a los que oran, para consolarlos y animarlos, y para presentar a Dios sus oraciones y traer el despacho de ellas; y con la oración les provocamos a que vengan en nuestra ayuda todos los que fueren menester para ella.

3. Llegado, pues, *el ángel en forma visible, habló a Cristo nuestro Señor con gran reverencia y con semblante muy compasivo,* poniéndole delante algunas razones que podían consolarle y confortarle en su aflicción; es a saber: que era voluntad y decreto del Padre Eterno que muriese y bebiese aquel cáliz, que era necesario para remedio del mundo, para rescatar los justos que estaban en el limbo, para poblar el cielo y para cumplimiento de las profecías, y que los trabajos pasarían presto, y luego se seguiría la gloria de la resurrección *y* el descanso perpetuo de su carne. Estas y otras razones le diría el ángel, y Cristo nuestro Señor con humildad las oía, mostrándose, en cuanto hombre, necesitado del consuelo de sus criaturas; y aunque sabía muy bien todo lo que el ángel podía decirle, gustaba de oírselo y se confortaba con ello.

¡Oh Salvador mío!, ¿cómo, siendo Tú el consuelo y esfuerzo de los ángeles te has puesto en necesidad de ser confortado por uno de ellos? Tu caridad ha hecho esto, por la cual te doy innumerables gracias, y te suplico me ayudes para que me aproveche de los consuelos y avisos que me diere, así el ángel de mi guarda, como Tú, que eres Ángel del Gran Consejo.

También de este ejemplo sacaré aviso para *sujetarme con humildad a recibir consuelo* de cualquier persona, aunque sea menos sabia y discreta que yo, y aunque yo sepa todo lo que me puede decir, porque muchas veces por medio del menor, consuela Dios al mayor y le da nuevo sentimiento de las verdades que antes sabía; y tomaré aviso para sacar razones más divinas que humanas con que consolarme en mis trabajos, y oír también las que el Espíritu Santo consolador suele inspirar al corazón para su consuelo.

PUNTO SEGUNDO

Causas del sudor de sangre.

Al oír Cristo nuestro Señor las razones del ángel, puesto en agonía oraba más prolijamente, y le vino un sudor como de gotas de sangre, que caían en la tierra.

1. Sobre este paso tan lastimoso, se han de considerar *las causas de este sudor tan extraordinario y prodigioso,* en el cual se manifestó la terribilidad de la aflicción interior que padecía el ánima santísima de este Señor, ponderando cómo dentro de ella se *levantó una lucha terribilísima entre el temor y la tristeza de la muerte* y de los tormentos, *por una parte, y el celo de la gloria de Dios y del bien de los hombres por la otra. La imaginativa,* con la viva aprensión de los dolores, *avivaba los afectos del temor,* tristeza y congoja interior; *pero la razón superior,* con las conveniencias de la muerte por las causas dichas, *avivaba los afectos del celo y del amor,* resistiendo a los otros que le detenían, *y con esta lucha creció tanto la congoja,* que vino a reventar la sangre por sudor de todo el cuerpo, en tanta abundancia, que corrió hasta la tierra.

¡Oh luchador fortísimo!, ¿qué necesidad tenéis de pelear contra los temores y tristezas con tanto celo, pues en todo están sujetos a vuestra voluntad? ¿Por ventura es ensayaros para la lucha que os espera con los verdugos y sayones? ¿O es pasear la carrera de vuestra Pasión antes de veros en ella? ¿O es darme ejemplo de luchar contra mis pasiones, resistiendo valerosamente hasta derramar la sangre para vencerlas? Por todo os doy inmensas gracias, y os suplico me prevengáis con vuestra gracia para que luche con grande fortaleza.

El modo de luchar contra mis pasiones, a imitación de lo que hizo Cristo nuestro Señor, ha de ser poniendo delante de los ojos distintamente

todas las cosas que me causan temor y espanto en el camino de la virtud y en el cumplimiento de la divina voluntad, ya sea temor de pobreza o desprecio, o de algún dolor o enfermedad, o cualquier otra dificultad, y contra todas luchar con gran valor, procurando, por el celo fervoroso de la gloria de Dios y de mi salvación, vencerlas y rendir mis apetitos a la divina voluntad, resistiendo a mis inclinaciones, hasta que reviente la sangre por el santo coraje que concibo contra ellas.

2. Lo segundo, tengo de ponderar *la inmensidad del amor de Cristo* nuestro Señor, y la liberalidad grande que muestra en derramar su sangre por nosotros de su voluntad; por razón de lo cual en el libro de los Cantares es comparado al árbol de la mirra, el cual, primero destila como sudor por los poros el licor que se llama mirra, y después es punzado y descortezado para que la brote con más abundancia; así Cristo nuestro Señor no quiso esperar a que los verdugos sacasen su sangre con los azotes, espinas y clavos, sino antes de esto quiere que su imaginación y su santo celo sean sus verdugos y sus azotes y clavos, aprehendiendo tan al vivo todos los tormentos que había de padecer en cada parte de su cuerpo, que bastase a sudar sangre por la cabeza, rostro, espaldas, pecho y las demás. De modo que *en aquella hora padeció espiritualmente, de tropel y por junto,* lo que después había de padecer en diferentes horas, como si en su espíritu fuera preso, azotado y coronado de espinas, crucificado, aheleado y atormentado con dolores de muerte, para que se entendiese que más ganas tenía Él de derramar su sangre por nuestro bien, que los verdugos de sacársela para hacerle mal,

¡Oh árbol de mirra benditísimo, que antes de ser punzado y descortezado, brotas la mirra primera por los poros de tu cuerpo!, gracias te doy por este amor tan liberal y por esta liberalidad tan amorosa que aquí mostraste. Bastaba, Señor, ser una vez atormentado; mas tu caridad quiere mostrarse tan liberal para que nuestra redención sea más copiosa y el ejemplo que nos das de padecer más eficaz. ¡Oh, quién le pudiese imitar cogiendo un hacecito de esta mirra primera, y poniéndole entre mis pechos, para que pensando con dolor las amarguras que aquí padeciste, mis manos destilasen mirra muy escogida, castigando con penitencias mi carne, como Tú afligiste la tuya! Ayúdame, Amado mío, con tu gracia, para que cumpla este deseo con fortaleza.

3. La tercera causa de este sudor fue para mostrar *el vivo y tierno sentimiento* que tenía *de nuestros pecados y de las llagas mortales que padece todo el cuerpo místico de su Iglesia,* para cuyo remedio quiso, como cabeza nuestra, tomar la purga y medicina de dolor interior, con

tanta vehemencia, que sudó sangre por todo su cuerpo natural; y como los pecados se purgan y perdonan con lágrimas nacidas de este dolor, el suyo fue tan excesivo que, no sólo derramó lágrimas por los ojos, como gotas de agua, sino las derramó por todos los poros del cuerpo como gotas de sangre, que bañaron la tierra.

¡Oh sangre preciosísima derramada por mis pecados con infinito amor y excesivo dolor! ¡Oh, quién fuera la tierra en que caíste para quedar limpio y santificado con tu baño! Lávame, ¡oh buen Jesús!, con esa sangre, y aplícame una gota de ella, pues una basta para mi salud. Y ¿qué digo para mi salud? Para la salud de todo el mundo bastara una sola. Pues ¿por qué, Salvador mío, derramas tantas? ¡Oh amor sin medida, quién te amase sin medida! ¡Oh, si todos los miembros y partecicas de mi cuerpo se convirtiesen en lenguas para alabar tus misericordias, y en ojos para llorar lágrimas de sangre por mis pecados!

4. La cuarta causa fue para mostrar *el sentimiento* grande que tenía *de las aflicciones y tormentos que había de padecer el cuerpo místico de sus escogidos,* cuyos trabajos sintió tanto, que por la compasión de ellos derramó, sangre y, como dice San Lorenzo Justiniano, allí fue espiritualmente apedreado con San Esteban, crucificado con San Pedro, aspado con San Andrés, desollado con San Bartolomé, asado en parrillas con San Lorenzo, despedazado de bestias con San Ignacio, y, en resolución, padeció con el espíritu lo que sus mártires padecieron en el cuerpo, y en testimonio de esto, suda sangre por el suyo.

Dignísimo eres, ¡oh Salvador de los hombres!, que todos te alaben, sirvan y amen por este amor que les mostraste. ¡Oh, quién me diese que sintiese yo tanto tus dolores, que solo el pensamiento de ellos me hiciese sudar sangre; porque si la cabeza siente tanto el dolor de los miembros, razón es también que los miembros sientan el dolor de su cabeza!

Finalmente, tengo de ponderar *cuán debilitado quedaría nuestro dulce Jesús de este sudor, y cuán solo estaba,* sin tener con qué enjugarse ni quién le aliviase. Solamente el ángel, pasmado de esta extrañeza, le confortaría de nuevo hasta que fue tiempo de partirse.

¡Oh afligido Jesús, quién se hallara en ese huerto para haceros compañía en este trabajo! ¡Oh, quién pudiera daros su alma y corazón para enjugar vuestro sudor con algún alivio! Dadme, Señor, licencia para que con el espíritu me halle presente a vuestro tormento, y haga con verdadera compasión lo que entonces quisiera hacer para vuestro consuelo.

PUNTO TERCERO

Vuelve Cristo tercera vez a sus discípulos.

Acabada esta lucha y sudor de sangre, Cristo nuestro Señor se levantó de la oración, y volvió tercera vez a sus discípulos, y hallándolos durmiendo, los despertó, diciéndoles: «Basta ya; levantaos y vamos de aquí, porque ya se acerca el que me ha de entregar».

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, *el ánimo y esfuerzo que la carne de Cristo nuestro Señor sacó de la oración* para acometer los trabajos de la Pasión, enseñándonos con este ejemplo la eficacia de la oración para fortalecer a la carne flaca y darla vigor paja acometer lo que antes aborrecía y huía.

2. Lo segundo, ponderaré *la mansedumbre de este Señor,* que, con haberse visto tan acongojado, y ver a sus discípulos tan descuidados y dormidos, no se indignó, sino, compadeciéndose de ellos, les dijo; «Dormid y descansad».

¡Oh buen Jesús, cuánta mayor necesidad teníais Vos de dormir y descansar! Pero, como buen Padre, queréis para vuestros hijos el descanso y tomáis para Vos el trabajo.

3. De ahí a un rato los despertó y dijo: «*Levantaos, que ya viene el traidor*.» Como quien *los reprendía amorosamente* diciendo: Vosotros, mis amigos, dormís, y mi enemigo no duerme. Con lo cual me tengo de confundir, viendo que los malos son más diligentes en perseguir y ofender a Cristo que yo en servirle; pero, confiado en la virtud de este Señor, tengo de levantarme como los discípulos y acompañarle en sus trabajos, ofreciéndome con prontitud a sufrirlos por su amor.

Meditación 23

Por aplicación de los sentidos interiores del alma, acerca de la sangre que Cristo nuestro Señor derramó en el huerto.

Presupuesto lo que está dicho de este modo de orar, por aplicación de los sentidos, servirá esta Meditación para los demás pasos en que Cristo

nuestro Señor derramó su preciosa sangre en la Pasión, y también para la que derramó en su circuncisión.

PUNTO PRIMERO

Aplicación de la vista.

Lo primero, *con la vista interior del alma miraré la sangre que vierte Cristo nuestro Señor,* ponderando *quién es el que la derrama, por qué causa, con qué modo y con qué afecto;* es a saber: cómo la derrama Dios por mis pecados con infinito amor, excesivo dolor y desprecio, *y cómo sale matizada con los vivos colores de sus virtudes,* humildad, paciencia y caridad, sacando de aquí afectos de admiración, amor, agradecimiento y de imitación, en esta forma:

¡Qué es posible que un Dios de tan infinita majestad derrame sangre tan preciosa por una criatura tan vil como yo! ¡Y que tan a costa suya busque mi remedio, haciendo de su sangre medicina para mí, pecador! ¡Oh, bendita sea bondad tan sin medida! ¿Qué alabanzas te daré, Señor, por tanta merced? ¿Cómo te amaré de todo mi corazón? ¿Y cómo imitaré tus gloriosas virtudes? Yo propongo con toda tu gracia, de imitarlas, aunque sea derramando mi sangre por seguirte en ellas.

PUNTO SEGUNDO

Aplicación del oído.

Lo segundo, *oiré con los oídos del alma las palabras, voces y clamores que suenan con el derramamiento de esta sangre* y con el ejercicio de tantas virtudes. *a)* Lo primero, *oiré cómo esta sangre clama y da voces al Padre Eterno,* no pidiendo venganza como la sangre de Abel, sino *pidiendo misericordia* y perdón para los hombres, alcanzando lo que pide, porque no puede el Padre Eterno dejar de oír este clamor. De donde sacaré grandes *afectos de confianza* para pedir por esta sangre perdón de mis culpas, *b)* Lo segundo, *oiré las voces que me da Cristo con esta sangre,* diciéndome: Pues Yo doy mi sangre preciosa por tu provecho, dame tu sangre vil por mi servicio, resistiendo al pecado y derramándola, si fuere menester, por no hacerlo, *c)* Lo tercero, también *oiré las palabras que el Salvador diría a su Eterno Padre,* ofreciéndole su sangre por nosotros. ¡Oh, cuán bien las recibiría su Padre, aceptando la oferta y

prometiendo darle cuanto le pidiese por ella! *d)* Lo cuarto, *oiré los gemidos del Salvador* y el ruido de la sangre que vertía, compadeciéndome de sus dolores y sintiéndolos como si fueran míos, y llorando mis culpas, que fueron causa de ellos.

PUNTO TERCERO

Aplicación del olfato interior.

Lo tercero, se ha de *oler con el olfato interior: a) La fragancia y olor suavísimo de esta sangre,* que sube al Eterno Padre, aplacando con esta suavidad su ira e indignación, mucho mejor que con el sacrificio sangriento de animales que Noé le ofreció. ¡Oh, cuán bien le huele verla derramar con tanto fuego de amor, ofreciéndosela su Hijo en sacrificio y ofrenda por nuestras culpas, entregándose, como dice San Pablo, a Sí mismo por oblación y sacrificio en olor de suavidad! *b)* También ponderaré *cuán bien le huele cuando nosotros se la ofrecemos en el sacrificio de la misa,* sacando grandes afectos de amor y confianza por todo esto, *c)* También he de *oler la fragancia de las virtudes* olorosísimas que acompañan este derramamiento de sangre de Cristo, y con este olor confortaré mi corazón para imitarlas, corriendo tras Cristo por darle un alcance en ellas; ponderando que humildad, paciencia y obediencia, teñidas con mi sangre, mezclada con la de Cristo, son muy olorosas y agradables al Padre Eterno por la semejanza que tienen con la de su Hijo, y así me animaré con gran fervor a procurarlas.

PUNTO CUARTO

Aplicación del gusto.

Lo cuarto, se ha de *gustar con el gusto interior del alma: a) La suavidad y dulzura de esta sangre* y de las virtudes que en su derramamiento resplandecen, viendo el gusto de la parte superior del espíritu con que este Señor la derrama, y cuán sabroso le es derramarla por obedecer al Eterno Padre y para nuestro remedio, *b)* Item, *gustar la suavidad de esta sangre cuando se bebe en el Sacramento del altar,* recreando mi alma con esta dulzura y deseando siempre tener parte en ella, *c) Gustar* también *la dulzura inmensa que tiene para endulzorar todas las cosas amargas de esta vida,* mojándolas en ella, haciendo propósito de to-

marla por salsa de la obediencia y humillación, y de los trabajos y desprecios que se me ofrecieren. *d)* También he de *gustar las amarguras y dolores que este Señor padece en su carne,* y sentirlas dentro de mí, conforme a lo que dijo San Pablo: «Sentid en vosotros lo que en Cristo Jesús».

¡Oh dulcísimo Jesús, quién pudiera sentir lo que sentías y gustar lo que gustabas cuando derramabas por mí tu preciosa sangre! Dámelo a sentir, aunque sea muy amargo, porque habiendo pasado por Ti, para mí será muy dulce.

PUNTO QUINTO

Aplicación del tacto.

Lo quinto, *con el tacto interior del alma se ha de tocar esta sangre, besarla y bañarme con ella* para quedar limpio, blanco y puro con la sangre de este Cordero sin mancilla.

¡Oh, quién fuera la tierra en que cayó esta preciosa sangre! ¡Oh, si mi corazón fuera *relicario* en que estuviera depositada! ¡Oh sangre de Jesús, derramada con infinito amor, abrásame en amor del que por mí te derramó! ¡Oh sangre vertida con excesivo dolor y desprecio, enciéndeme en deseo de padecer dolores y desprecios por quien te vertió! ¡Oh sangre de mi Señor, que en el Sacramento del altar entras dentro de mi pecho!, *yo te toco y te palpo, te gusto y te abrazo, y me incorporo y junto contigo,* y deseo estar siempre abrazado y unido con quien te me dio, por todos los siglos. Amén.

Meditación 24

La venida de Judas con los soldados a prender a Cristo nuestro Señor, y lo que sucedió antes de la prisión.

PUNTO PRIMERO

Desvergüenza de Judas: mansedumbre de Cristo.

Estando Cristo nuestro Señor en el huerto con sus once Apóstoles, llegó Judas con un escuadrón de soldados con su tribuno, y con otros magistrados y ancianos, y muchos criados de los pontífices y fariseos, a los cuales dijo Judas: «A quien yo besare, ése es Jesús; prendedle y llevadle con cautela». Y acercándose a Jesús, le besó y le dijo: «Dios te salve, Maestro». El Señor respondió: «Amigo, ¿a qué has venido? ¿Y cómo, Judas, con beso entregas al Hijo del Hombre?».

1. Sobre este paso se han de considerar, lo primero, *las marañas y trazas que inventó Satanás por medio de Judas para prender a Cristo* nuestro Señor, parte con violencia de muchos soldados muy desaforados, parte con astucia y doblez, encubriendo la traición con beso de paz. Ponderaré *la maldad de este traidor,* que de apóstol de Cristo se hizo capitán y guía de traidores y enemigos capitales de Cristo, y les da consejo de lo que han de hacer para salir con su intento, por no perder los treinta dineros que le habían de dar, hecha la entrega. Y, finalmente, *la desvergüenza* tan grande que mostró en aprovecharse del conocimiento que tenía de Cristo y del lugar donde acudía a orar, para entregarle, llegándose a darle beso de amor, como solía. De todo lo cual he de sacar temor de los juicios de Dios, suplicándole no me desampare, porque no llegue mi maldad a tanto, que del bien saque mal, convirtiéndolo en mi daño.

2. Lo segundo, ponderaré en Cristo nuestro Señor la gran caridad y *mansedumbre* que mostró en este caso en muchas cosas:

a) La primera, en admitir el beso de aquel traidor, sabiendo que le tomaba por señal de su traición.

¡Oh dulce Jesús!, ¿cómo no tenéis asco de que boca tan maldita llegue a vuestro divino rostro? ¿Cómo no salen de él llamas de fuego que le abrasen? Pero vuestra inmensa caridad no quiere por ahora echar de sí

otras llamas que de amor, con deseo de ablandar este duro corazón. De donde sacaré grande confianza en la misericordia de este Señor, que no desechará el ósculo de los pecadores que desean reconciliarse con Él, como la Magdalena, pues no desechó éste de Judas.

b) *Lo segundo, mostró su mansedumbre* en llamarle *amigo* y hacer del disimulado en admitir su beso, como si no supiera a qué fin iba enderezado, diciéndole: «Amigo, ¿a qué viniste?» Como quien dice: Acuérdate que has sido mi amigo y siempre te traté como tal, y ahora deseo convertirte de enemigo en amigo, y de amigo fingido en amigo verdadero. Si vienes a eso, Yo te recibiré y te perdonaré. Dime, ¿a qué viniste?

¡Oh, bendita sea tal caridad, que con tanta blandura convida al que usa contra Él de tanta crueldad!

3. *Lo tercero, quiso Cristo* nuestro Señor, después de esto, *corregir blandamente a Judas,* manifestándole que sabía sus intentos, y por eso le dijo: «¡Oh Judas!, ¿con besos entregas al Hijo del Hombre?» Como si dijera con grande admiración: ¡Oh Judas!, ¿con señal de amistad usas conmigo de tanta enemistad? ¿Y con beso de paz me haces cruel guerra? Y aunque nombra al discípulo con su nombre propio, en señal del conocimiento y amor que le tenía, pero a Sí mismo no se nombra sino con nombre común de Hijo del Hombre, en señal de humildad, pretendiendo por todas vías conquistar aquel corazón duro para ablandarle; pero su dureza fue tan grande, que nada aprovechó, sino, dada la señal del beso, como se había adelantado un poco de los soldados, se volvió de presto a ellas para hacer su hecho.

PUNTO SEGUNDO

Cristo da muestras de su omnipotencia derribando con una palabra a sus enemigos.

Luego Cristo nuestro Señor salió al encuentro a los soldados, y les preguntó: «¿A quién buscáis?» Ellos respondieron: «A Jesús Nazareno». No dijeron: *a Ti,* sino: *a Jesús Nazareno,* porque no le habían bien conocido. Les dijo Jesús: «Yo soy»; y al punto volvieron hacia atrás y cayeron de cerebro en tierra.

1. Aquí se ha de considerar cómo Cristo nuestro Señor, *en su prisión quiso dar muestras de su omnipotencia y divinidad haciendo dos*

milagros: uno, para descubrir el poder de su justicia, y *otro,* para manifestar la grandeza de su misericordia. En el primero se ha de ponderar *la magnanimidad y omnipotencia de Cristo nuestro Señor en salir sin temor alguno a recibir a sus enemigos, y con una sola palabra dar con todos y con Judas en tierra,* de donde nunca se pudieran levantar si Él no les diera licencia para ello; lo cual hizo para que entendiesen, así Judas como aquella gente, que contra Él ni valen astucias ni fraudes, ni tampoco armas ni fuerzas humanas, y que no le podrían prender si Él no quisiese, y que si moría era porque de su voluntad se entregaba a la muerte. De donde inferiré que lo que no es poderoso contra Cristo, tampoco lo será contra los que están debajo de su amparo; y así, me tengo de gozar de la omnipotencia de mi Señor, y fiado en ella, acometer cualesquier trabajos.

2. También se ha de ponderar *la fuerza de aquella palabra: Yo soy,* la cual, para los buenos, es dulce y de grande consuelo, cuando después de haberle buscado y llamado en la oración, les dice como a los Apóstoles: «No queráis temer, Yo soy»; esto es: Yo soy vuestro Padre, vuestro protector y remediador, vuestro descanso y alegría; Yo soy vuestra sabiduría y justicia, vuestra santificación y redención; soy vuestro camino, verdad y vida; soy el que soy, y por Mí seréis vosotros con un ser bienaventurado, participado del mío. Mas a los malos, que buscan a Cristo para ofenderle e injuriarle, esta palabra es terrible y espantosa, porque quiere decir: Yo soy vuestro juez, que os tengo de juzgar; soy el Todopoderoso, que os puedo condenar; soy el Dios de las venganzas, que os tengo de castigar; soy el que soy, para vuestro daño y desventura, aunque por vuestra culpa. Y si esta palabra, dicha por la boca de Cristo cuando estaba en tanta aflicción, es tan poderosa que derriba en tierra a sus enemigos, ¿cuánto más poderosa será la que dijere cuando venga como rey a juzgar y diga a los malos: «Apartaos de Mí, malditos»? Será, sin duda, como un viento impetuosísimo, que dará con ellos, no sólo en tierra, sino en el profundo del infierno. Por tanto, alma mía, busca a Cristo con humildad, y le hallarás para tu provecho; porque si le buscas con soberbia y para tus intentos vanos, le hallarás para tu daño.

2. Lo tercero, se puede ponderar *la causa por que esta gente cayó hacia atrás, y no hacia adelante,* pues no fue acaso, sino para significar que la caída de los malos es peligrosísima, sin ver adonde caen, ni ver los terribles castigos que les esperan, en los cuales caerán de repente y cuando menos piensan.

Líbrame, Dios mío, de tal caída, para que ni vuelva atrás del bien que comencé, ni caiga de tu gracia en el abismo de la culpa. Delante de mi

rostro quiero caer con humildad, reconociendo mi pecado, y la nada que de mí tengo, y la tierra de que fui formado, para que, cayendo de esta manera, me levante a gozar de tu eterna gloria. Amén.

PUNTO TERCERO

Obstinación de los judíos. Caridad del Señor para con los suyos.

Dando Cristo nuestro Señor licencia a los soldados que se levantasen, les preguntó segunda vez; «¿A quién buscáis?» Y diciendo ellos: «A Jesús Nazareno», les respondió con gran imperio: «Ya os he dicho que Yo soy; si me buscáis a Mí, dejad ir a éstos».

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, *la ceguedad y dureza de Judas y de estos hombres miserables,* que, con haber visto un milagro tan manifiesto de la divinidad y potencia de Cristo, no se le rindieron ni reconocieron por Dios, sino, como endemoniados, perseveraron en su obstinación.

Pero, aunque tales, no sin misterio, a la pregunta que les hizo Cristo nuestro Señor, respondieron que buscaban a Jesús Nazareno, queriendo el Espíritu Santo por sus bocas, aunque tan malas, declarar que el que buscaban para prenderle y matarle era Jesús, Salvador del mundo, Nazareno y Santo, consagrado a Dios y florido con virtudes celestiales; porque tal había de ser el que con su muerte nos había de salvar.

¡Oh Jesús Nazareno, si los hombres te conociesen todos te buscarían, no para darte la muerte, sino para que Tú les dieses la vida! Te busque yo, dulce Jesús, para que seas para mí Jesús; te busque yo, Santo Nazareno, para que por Ti sea yo santo y consagrado a tu servicio.

2. Mas, sobre todo, se ha de ponderar *la inmensa caridad de Cristo nuestro Señor para con los suyos* y el cuidado que tiene en mirar por ellos y defenderlos con su omnipotencia; porque aquella palabra: «Dejad ir a éstos», fue un mandato tan poderoso y eficaz, que no pudieron sus enemigos ir contra él, ni hacer daño alguno a los Apóstoles.

¡Oh amantísimo Jesús, cómo no cesas de mostrar en todas ocasiones el amor que nos tienes! ¡Das licencia a tus enemigos contra Ti, y se la quitas contra tus amigos! ¡Quieres que los males descarguen sobre tus espaldas, para librar de ellos a tus escogidos! Sirve, ¡oh, alma mía!, de corazón a este Señor, sin cuya licencia ninguno te puede molestar, y cuya bondad es tan grande, que no la dará para tu daño si le sirves con cuidado.

PUNTO CUARTO

Cristo reprende el fervor indiscreto de Pedro.

Viendo los Apóstoles que los soldados acometían a Cristo nuestro Señor, le dijeron: «¿Hemos de herirles con nuestros cuchillos?» Mas Pedro, arrebatado de su fervor, sin esperar respuesta, cortó con su cuchillo la oreja derecha de un siervo del pontífice, llamado Maleo. Cristo nuestro Señor les dijo: «Dejadles hacer lo que quieren». Y a Pedro reprendió y *reprimió su fervor indiscreto* con breves y *admirables sentencias* mezcladas de rigor y blandura.

1. *La primera fue:* «Torna la espada a su vaina, porque quien mata con cuchillo, a cuchillo morirá». Que es decir: *Quien con espíritu de venganza mata, digno es de muerte.* En lo cual se ha de ponderar cuán lejos quiere Cristo nuestro Señor que estemos de este espíritu de venganza en cosas propias, pues así reprende a su discípulo, porque con mezcla de este espíritu le quería defender; y también se descubre aquí la mansedumbre de este Señor, el cual no se cansa de dar lecciones de sufrimiento en medio de tantos enemigos que le injuriaban, como si estuviera en la cátedra en medio de muchos discípulos que le oyeran.

2. *La segunda fue: »¿El cáliz que me dio mi Padre*, no quieres que le beba?». Por las cuales palabras se ve con qué ojos miraba Cristo nuestro Señor el cáliz de su Pasión, y la estima que tenía de beberle. No le miraba como dado por mano de sus enemigos, sino como recetado y ordenado por la voluntad de su Eterno Padre, la cual deseaba cumplir, y sentía mucho que se lo impidiesen; y, aunque el cáliz fuese amargo, bastaba ser dado por Padre tan sabio y amoroso, para beberle como si fuera dulce. Con estos ojos tengo yo de mirar todos los trabajos y tribulaciones que me sucedieren, y si sintiere tentación interior o pensamiento que me aparte de beber con gana este cáliz, tengo de responder a mi tentación. ¿Y cómo?, ¿no quieres que beba el cáliz que mi Padre me da?

¡Oh Padre amantísimo!, yo me ofrezco a beber cualquier cáliz que me dieres y a recibir cualquier purga que ordenares, por amarga y desabrida, que sea, pues siendo ordenada por tu sabiduría y providencia, sin duda será para mí muy justa y provechosa.

3. *La tercera fue:* «¿Por ventura no podría Yo hacer oración a mi Padre, y luego enviaría más de doce legiones de ángeles para mi defensa? Pero ¿cómo se cumplirían las Escrituras, que dicen convenir que así se haga?». En las cuales palabras nos enseña *cuán fácil cosa le fuera defenderse* por

medio de la oración, alcanzando con ella mayores ejércitos de ángeles que los que venían a prenderle. Pero que cesaba de pedir esto porque se cumpliese la divina ordenación de su muerte, declarada en las Escrituras.

¡Oh buen Jesús!, gracias te doy porque dejaste de pedir lo que tu Padre te concediera, atendiendo más a la necesidad que teníamos de tu muerte, que al descanso de tu Persona.

De aquí sacaré *dos avisos:* uno, de *cuán eficaz es la oración* hecha con confianza en Dios, persuadiéndome que por ella, si fuere necesario, me defenderán legiones de ángeles; y que es verdad lo que dijo Eliseo a su criado: «Más están por nosotros, que contra nosotros». El segundo, que *cuando me consta ya de la voluntad de Dios, no tengo de pedirle cosa en contrario,* aunque supiese que la había de alcanzar, porque ninguna cosa tengo tanto de desear y pedir, como que se cumpla en mí su santísima voluntad y ordenación.

PUNTO QUINTO

Por qué Cristo sanó a Maleo: místico significado de este milagro.

Luego Cristo nuestro Señor, tocando la oreja de aquel siervo Maleo, le sanó.

1. Este es el segundo milagro que hizo en su Pasión, cuyos motivos fueron *por cumplir con la ley del amor perfecto, haciendo bien a su enemigo* y al que tanto mal le querían hacer. *Item, por las entrañas de misericordia que tenía,* doliéndose de que alguno por su ocasión recibiese daño, y porque sus enemigos *no tomasen de allí ocasión de hacer daño* a sus discípulos, *calumniándolos* como a gente que resistía a la justicia.

¡Oh dulcísimo Jesús, que pudiendo hacer milagro para defenderos, no queréis usar de vuestro poder, y usáis de él para hacer bien al que os ofende!, comunicadme este espíritu de amor, con el cual sea conmigo riguroso, y con mis enemigos blando. Amén.

2. También se puede ponderar *el espíritu de este milagro;* porque sanar Cristo la oreja derecha, significa que, por los méritos de su Pasión, se nos ha de restituir el oído derecho del alma, que es *la fe y la obediencia a todo lo que Dios revela y manda;* y es de creer que, como las obras de Cristo nuestro Señor fueron perfectas, le dio con la salud del cuerpo la del alma como se dijo en la TERCERA PARTE, en la introducción de la *Meditación* 25. Este Malco, en recibiendo este beneficio, admirado del milagro y de la

omnipotencia de Cristo, creyó en Él, y quedó sano en el alma. Y apartándose de la maldita canalla, fuese a su casa llorando las injurias que se hacían a hombre tan santo y poderoso.

¡Oh mudanza de la diestra del muy alto! Toca, Señor el oído de mi alma y sánale con perfección, para que, dejando el espíritu de siervo, me haga verdadero Malco, que quiere decir rey, sirviéndote muy de veras con señorío de mis pasiones, pues servirte a Ti es reinar por todos los siglos. Amén.

Meditación 25

El prendimiento

PUNTO PRIMERO

Cristo es preso como ladrón.

Entonces dijo Jesús a los sacerdotes, magistrados y ancianos que allí estaban: «¿Como a ladrón habéis venido con espadas y lanzas a prenderme? Cada día estaba con vosotros en el templo enseñándoos y no me prendisteis. Pero esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas».

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, cómo este Señor inocentísimo fue *tenido y tratado como ladrón,* y como a tal vinieron a prenderle; y es de creer que con esta voz iban los soldados gentiles a ello. ¡Oh buen Jesús, cuán lejos estáis de ser ladrón, robador de lo ajeno, pues dais por nuestro bien todo lo que tenéis por propio! Si es ser ladrón robar los corazones y sacar las almas del poder de Satanás, es verdad que sois ladrón, cuyo nombre es: «Date prisa, despoja, apresúrate y roba» (Is 8,3); mas esto no es injuria, sino honra; no es culpa digna de prisión, sino hazaña digna de eterna loa.

Robad, Señor, mi corazón y tomadle para Vos, porque ni tomaréis lo ajeno, pues también es vuestro, ni será contra la voluntad de su dueño, porque yo gusto de ser robado.

2. Lo segundo, ponderaré *la reprensión que da Cristo nuestro Señor a esta gente*, diciéndoles: «Cada día estaba con vosotros en el templo enseñándoos». Que fue decir: ¿Este pago me dais por el continuo trabajo

que he tomado en enseñaros, tratando como a ladrón al que siempre ha sido vuestro maestro?

¡Oh Maestro celestial, cuán mala paga te damos por la enseñanza y doctrina que nos diste! Perdona nuestras descortesías y apiádate de nuestras miserias, pues aunque seamos malos discípulos, Tú no dejas de ser buen maestro.

3. Lo tercero, ponderaré aquellas sentidísimas palabras: «*Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas*». Por las cuales Cristo nuestro Señor dio licencia y poderío sobre su cuerpo a todos sus enemigos y a los demonios, cuyos ministros eran, para que le prendiesen y atormentasen a su voluntad, no con limitación de reservar la vida como a Job (1, 12), sino con plena potestad de quitársela a fuerza de tormentos; lo cual me ha de mover a grandes afectos de compasión y dolor, viendo entregado a mi Señor a enemigos tan crueles por mi causa.

Gracias te doy, ¡oh, amantísimo Jesús!, por esta caridad tan grande que mostraste en querer entregar tu cuerpo y vida a los poderes del infierno, por librar de ellos a mi alma. Yo, yo, Señor, era el que pequé, mas tu caridad quiere pasar por esta pena para librarme de la culpa. Te suplico, Dios mío, que me libres de sus furias, para que ni en esta vida ni en la otra caiga en sus tinieblas.

PUNTO SEGUNDO

Prisión de Cristo; sus virtudes, para imitarlas.

Tenida esta licencia, todo aquel escuadrón de soldados arremetió furiosamente a Cristo nuestro Señor para prenderle, y es de creer que con aquel ímpetu darían con Él en tierra y le pisarían boca, rostro y todo el cuerpo, hollándole con rabia increíble. Luego le levantarían del suelo con grande violencia, dándole recios golpes con los palos que traían; y, como dice el Evangelista, *le ataron*. Y se puedes creer que le ataron cruelmente las manos por las muñecas con duras sogas, y después le echarían una soga a la garganta, haciendo todo esto con gran regocijo y alegría, como se alegran los vencedores con la presa, especialmente cuando ha sido muy deseada y se han visto muchas veces a punto de perderla.

En este hecho tengo de ponderar *las heroicas virtudes del Salvador, para imitarlas,* compadeciéndome de los trabajos que padece.

1. La primera es *extremada humildad,* considerando cómo está debajo de los pies de los hombres, y de los hombres pecadores, el que tiene su silla entre todos, los querubines y serafines. ¡Oh, qué sentimiento tan tierno tendría este Señor viéndose así pisado de todos, diciendo a su Eterno Padre aquello de David: «Ten misericordia de Mí, Señor, porque me ha pisado el hombre; todo el día me ha combatido y atribulado; me han pisoteado mis enemigos, porque son muchos los que pelean contra Mí!».

Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por la humildad tan profunda que aquí mostraste; grande humildad fue arrojarte a los pies de tus Apóstoles y de Judas para lavárselos, pero ¿qué tiene que ver con permitir que Judas con su maldito escuadrón ponga sobre Ti sus pies? Concédeme, humildísimo Redentor, que guste ser piadoso y estar debajo de los pies de todos los hombres, pues merecía estar a los pies de Lucifer, pisoteado por los demonios.

De aquí subiré a ponderar en este paso la *diferencia entre los pecadores y los justos.* Porque los pecadores, cuando pecan, pisan, como dice San Pablo, al Hijo de Dios, y ponen debajo de sus pies su santa ley. Mas los justos, como dice el mismo Apóstol, glorifican y llevan a Dios en su cuerpo, y ponen la divina ley sobre sus hombros y cabezas; y haciendo reflexión sobre mi vida pasada, lloraré las veces que pisé al Hijo de Dios y hollé su voluntad para salir con la mía.

2. Lo segundo, ponderaré *la invencible paciencia* de este Cordero mansísimo, sufriendo tantas injurias y golpes sin responder palabra, ni quejarse, ni tener movimiento de ira o indignación alguna, aunque estaba viendo los corazones rabiosos de sus enemigos y los regocijos que hacían por haberle prendido, cumpliéndose lo que dijo por David; «Me han cercado muchos becerros y toros gruesos; abrieron contra Mí su boca, como león que roba y brama».

¡Oh pacientísimo Cordero!, ¿qué haces rodeado de tantos lobos y leones tan feroces? ¿Cómo no balas ni abres tu boca contra ellos, pues con sólo decir: «Yo soy» puedes derribarlos a todos? Mas ya, Señor, pasó la hora de hablar, y callando con sufrimiento, quieres dejarte pisar para darme ejemplo de paciencia. Ayúdame para que le tome, sufriendo con silencio cualquier agravio y desprecio que me viniere.

3. Pero sobre todas las virtudes campea la *infinita caridad* de este dulcísimo Salvador *en dar sus benditísimas manos para ser atadas* con tanta crueldad, manos que siempre se ocuparon en hacer bien a los mismos que las ataban; y aunque pudiera romper las ataduras con más facilidad

que Sansón rompió las suyas, no quiso hacerlo, porque Él mismo se las quiso atar con las sogas y cadenas de la caridad, en castigo de la mala libertad y demasiada soltura que han tenido las nuestras, y para librarnos de la cárcel, adonde merecíamos estar atados de pies y manos. Entonces se cumplió lo que había dicho por David: «Los cordeles de los pecadores me ataron, pero Yo no me olvidé de tu ley». ¿Y qué ley es ésta, sino la ley de la caridad? De la cual no se olvidó Cristo cuando le ataban los pecados, amándolos y deseando traerlos y atarlos consigo con cuerdas de Adán y con cadenas de caridad (Os 11, 4).

¡Oh amabilísimo y amorosísimo Jesús! ¿Quién pudiera atar tus manos si tu amor primero no las atara? ¡Oh manos liberalísimas y poderosísimas, que hace poco repartisteis a los vuestros el pan del cielo y nunca estuvisteis atadas para hacer bien a los hombre! ¿Por qué os dejáis atar con tanta crueldad? ¡Oh atrevimiento endemoniado de los hombres, que con tanta ignominia maniatáis a Dios! No permitas, Señor, que con mis pecados y desagradecimientos ate tus manos para que no me hagas bien, antes te suplico ates las mías para todo lo que es culpa, y las sueltes para todo lo que es virtud.

PUNTO TERCERO

Cobardía y miedo de los Apóstoles.

Viendo los once Apóstoles lo que pasaba, todos huyeron, dejando solo a su Maestro.

1. Aquí ponderaré, lo primero, de parte de los discípulos, *la cobardía y miedo* que se apoderó de ellos, mirando cómo los que poco antes habían recibido de Cristo tantos favores, y oído tan saludables consejos, y visto tantos milagros, y blasonaban que estaban aparejados para morir con Él, olvidados de todo esto, se escandalizan al verle preso y le desamparan y huyen, no solamente con el cuerpo, sino también con el espíritu, o perdiendo la fe, o titubeando en ella. *Los pies que poco antes habían sido lavados por las manos de Cristo,* fueron enlodados y manchados con la culpa de esta huida tan cobarde. El corazón que había sido fortificado con el cuerpo y sangre de Cristo, perdió la fortaleza por el miedo de perder la vida. La fe, arraigada por la vista de tantos milagros, se obscureció con la niebla que levantó el temor de las persecuciones. Para que yo eche de ver *lo poco que se puede fiar de hombres,* cuya condición es acompañar al amigo en la vida y dejarle en la muerte, seguirle en tiempo de prosperidad

y huir de él en tiempo de adversidad. Y en persona de estos discípulos *me miraré a mí misino,* que en tiempo de paz blasono y presumo, y al ver la guerra y contradicción, huyo; *sigo a Cristo* al tiempo de partir el pan y *cuando me regala, y huyo de Él* cuando se ha de beber el cáliz de la Pasión y *cuando me aflige;* y así me olvido de los beneficios que me ha hecho, como si nunca los hubiera recibido.

¡Oh Salvador mío!, líbrame de tal escándalo y cobardía, y no me desampares en el tiempo de la tentación, porque amparándome Tú, no te desampararé yo.

2. Lo segundo, ponderaré, de parte de Cristo nuestro Señor, *el grande sentimiento que tuvo cuando vio derramado su rebaño* y el escándalo que padecía; y cuando se vio solo y desamparado de sus amigos, entonces diría aquello de David: «Mis conocidos se alejaron de Mí, me tuvieron por abominación, como hombre aborrecible; fui entregado a mis enemigos, y no me defendí, y mis ojos se enflaquecieron viendo su miseria» (Sal 87, 9-10).

¡Oh Amado mío, quien te pudiera acompañar en esa hora, siendo preso contigo, de modo que unas mismas sogas ataran tus manos y las mías! Esta será mi honra, y guárdeme Dios de dar en tal locura que tenga por abominación al que es todo mi consuelo y santificación.

Meditaciones

Los misterios de la pasión que sucedieron esta noche después del prendimiento

Por fundamento de las meditaciones siguientes, advierto que Cristo nuestro Señor, para padecer mayores ignominias en su Pasión, quiso ser presentado a *cuatro tribunales* o concilios y juntas de las personas más calificadas que había en Jerusalén: *dos eclesiásticos* y *dos seculares.*

El primero fue el de Anás, príncipe y cabeza de los escribas y letrados de la ley, de los cuales se juntaba un concilio de setenta personas ancianas, para las causas que pertenecían a la doctrina que se predicaba y enseñaba según las Escrituras.

El segundo fue el de Caifás, supremo pontífice y supremo sacerdote, con quien se juntaban los demás pontífices, sacerdotes y fariseos,

religiosos de aquel tiempo, para las cosas tocantes a la religión, y éste era el tribunal eclesiástico del juez legítimo de aquel tiempo.

El tercero fue el de Pilato, juez y presidente de Judea, a cuyo tribunal concurría muchedumbre de escribanos, alguaciles y otros ministros de justicia, como es costumbre.

El cuarto fue el de Herodes, rey de Galilea, con quien estaba muchedumbre de cortesanos y un ejército de gente de guarda.

En estos cuatro tribunales y concilios fue Cristo nuestro Señor presentado y despreciado ignominiosamente; de suerte que a sus desprecios concurrieron todas las personas de Jerusalén más calificadas en letras, en religión, en justicia y en grandeza, y el que era *sapientísimo Maestro* de todas las ciencias quiso ser despreciado de los sabios y profesores de ellas. El que era *sumo Sacerdote* y dechado de toda religión, fue despreciado de todos los sacerdotes y de los que profesaban santidad. El que era *justísimo Juez* de vivos y muertos, fue escarnecido de los jueces y ministros de justicia. Y el que era *Rey de reyes* y Señor de señores, fue despreciado de los reyes y cortesanos de sus ejércitos, ante la muchedumbre del pueblo que concurrió a estos desprecios; queriéndolo así su divina Majestad para darnos ejemplo de humildad y paciencia y para consuelo de los que fueren despreciados en este mundo por cualquier suerte de personas, y para otros fines que iremos ponderando en las meditaciones que se siguen.

Y cerca de ellas se advierta, que *presupongo haber sucedido en casa de Anás* el primer examen con la bofetada, como dicen muchos doctores, conformándome con el orden que San Juan lleva en contarlo, y de las tres negaciones de San Pedro hago *juntamente* una meditación, ya hayan sucedido *todas en casa de Caifás,* ya solamente *las dos postreras, y* la primera *en casa de Anás;* porque para el intento de estas meditaciones no importa haber sucedido todo esto más en un lugar que en otro.

Meditación 26

Los trabajos que Cristo nuestro Señor padeció desde el huerto a casa de Anás, y lo que allí sucedió.

PUNTO PRIMERO

Llevan a Cristo del huerto a casa de Anás.

El escuadrón de los soldados, con su tribuno y los ministros de los judíos, luego que prendieron a Jesús le llevaron a casa de Anás, suegro de Caifás, pontífice.

Sobre este paso tengo de ponderar *todos los trabajos* que Cristo nuestro Señor padeció *en aquel largo camino.*

1. Lo primero, *padeció graves dolores,* porque era llevado con grande crueldad de sus enemigos, tirando de Él por las sogas, dándole de golpes y empellones, haciéndole ir aprisa, medio corriendo y tropezando y arrodillando, como en semejantes casos suele acontecer a los que van presos y maniatados. Se acordaría este Señor de la postrera vez que caminó a Jerusalén con sus discípulos, yendo muy aprisa delante de ellos para significarles las ganas que llevaba de padecer.

¡Oh dulcísimo Jesús, qué apresurado paso lleváis, arrastrado de vuestros enemigos; pero mucho más de vuestra caridad, que les da licencia para ello! ¡Oh qué diferente compañía lleváis ahora de la que llevabais entonces! ¿Dónde están vuestros discípulos que entonces os seguían? ¡No pudieron seguir paso tan apresurado y doloroso, y por esto os han dejado solo! No permitáis, Señor, que yo deje de seguiros con esfuerzo al paso que llevarais, aunque sea muy penoso.

2. Lo segundo, ponderaré *la fatiga* que sentía el cuerpo tierno de Cristo nuestro Señor por razón del sudor de sangre que poco antes había tenido, y se puede creer que con la demasiada furia con que le llevaban se tornarían a abrir los poros y a sudar de nuevo, si no sangre, a lo menos sudor de congoja y fatiga. También *al pasar el arroyo de Cedrón,* quizá tropezaría en aquellas piedras y caería, bebiendo, no del agua del arroyo, sino del arroyo de las fatigas y amarguras que traspasaban su corazón.

¡Oh cuerpo santísimo, gracias te doy por el cansancio que en este camino padeciste! ¡Oh pies benditísimos, yo os glorifico por los pasos apresurados que en esa jornada disteis! Ahora comienzan, ¡oh buen Jesús!, vuestros pies a pagar los pecados que hicieron los pies apresurados para el mal. Detened, Señor, los míos en semejantes pasos, y apresuradlos con ligereza para el bien.

3. Lo tercero, padeció nuestro Señor en este camino *grande ignominia,* siendo llevado como ladrón, con gran alboroto; y especialmente al tiempo que entraban por la puerta de la ciudad levantarían el grito aquellos fieros ministros del demonio, pregonando la presa que llevaban con grande orgullo.

¡Oh Redentor mío, cuán diferente entrada es ésta en Jerusalén de la que hiciste el domingo pasado! En aquélla iban muchos con palmas en las manos, en señal de vuestra victoria; en ésta van con espadas y lanzas, en señal de la suya; en aquélla levantaban todos la voz para alabaros, diciendo: «Bendito sea el que viene en el nombre del Señor»; en ésta levantaban la voz para vituperaros, diciendo mil injurias y blasfemias contra Vos; en aquélla tendían sus ropas por el suelo para qué pasase por ellas el jumento en que ibais sentado; en ésta tiran de vuestra ropa, y os la rasgan, y os llevan a pie y medio arrastrando. ¡Oh mudanza de hombres contra su Dios! ¡Oh paciencia de Dios en sufrir tales hombres!

Líbrame, Señor, de mudanza tan perversa, y dame paciencia tan admirable, que me haga superior a cualquier mudanza.

Finalmente, ponderaré *el espíritu* y *afecto* con que Cristo nuestro Señor iba por el camino *con grande humildad* y *paciencia,* ofreciendo *con grande caridad* al Padre Eterno aquellos sus pasos trabajosos en satisfacción de los que nosotros damos para ofenderle, sacando de esto afectos de agradecimiento y de imitación, como después diremos.

PUNTO SEGUNDO

Desprecios que padece Cristo en casa de Anás.

Preguntó el pontífice a Jesús de su doctrina y de sus discípulos.

1. Sobre este punto se han de considerar primeramente *los desprecios* que Cristo nuestro Señor padeció en aquella entrada en casa de Anás, en donde se habían juntado los ancianos, letrados y maestros de la ley, como personas a quien tocaba calificar la doctrina de Cristo, a quien el pueblo

llamaba profeta; y como todos eran sus enemigos, y juntamente eran letrados soberbios, al ver a Cristo comenzaron a escarnecerle y mofarse de Él, mostrando grande regocijo en verle preso y humillado, para que se vea cómo la ciencia que hincha da principio a los desprecios de Cristo nuestro Señor, en castigo del pecado de Adán, que tuvo principio del apetito de la ciencia para saber, como Dios, el bien y el mal.

¡Oh Maestro sapientísimo, autor y principio de todas las ciencias del mundo! ¿Por qué se levantan contra Vos los sabios y escarnecen al Autor de la sabiduría? Mi soberbia es la causa de esto, y mi ciencia hinchada pedía, tal cura, para que, viendo al que es la misma sabiduría despreciado de los sabios de este siglo, guste ser humillado de ellos y no haga caso de sus errados juicios. Dadme, Dios mío, humildad en sabiduría, porque la sabiduría del humillado levantará su cabeza, y en medio de los grandes le hará glorioso.

2. Lo segundo, se ha de ponderar *la soberbia con que el pontífice y sus letrados comenzaron a examinar a Cristo* nuestro Señor, con ánimo de calumniarle; y así le preguntarían qué doctrina era la suya, si era contraria a la de Moisés, si era doctrina del cielo y tenida por revelación, cuántos discípulos tenía, quiénes eran, dónde estaban. Todo lo cual oía Cristo nuestro Señor con grande humildad y mansedumbre, a pesar de que conocía su dañada intención. De donde sacaré grandes afectos de confusión propia y de compasión de Cristo, mirándole en medio de aquellos esbirros, ellos sentados como jueces, y Él en pie como reo; ellos con insignias y borlas de doctores, y Él maniatado con insignias de malhechor.

¡Oh, Doctor excelentísimo, Doctor de los doctores y de todas las gentes! Cuando tenías doce años estabas *sentado* en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles *con admiración de todos,* y ahora estás *en pie* en medio de los mismos, oyendo y respondiendo *con escarnio de ellos*. Pero si fue admirable la sabiduría que mostraste en las respuestas que entonces diste, no es menos admirable la que muestras en las que ahora das, sufriendo las ignominias que de ellas te resultan. *¡Oh, si tu Madre santísima se hallara aquí presente!,* ¿con qué sentimiento repitiera aquella su amorosa queja, diciendo: Hijo, ¿por qué lo has hecho conmigo así? ¿Por qué me has dejado sola y te has entrado en medio de estos doctores, más lobos carniceros que maestros piadosos? Pero Tú, Señor, le respondieras como entonces: En las cosas que son de mi Padre me conviene siempre estar, y mi Padre quiere que pase por este examen.

Gracias te doy, amantísimo Redentor, por la obediencia que tienes a tu Padre y por la humildad que muestras entre los hombres por su amor.

PUNTO TERCERO

Libertad y prudencia de Cristo.

Le respondió Jesús: «Públicamente he hablado al mundo; siempre enseñé en la sinagoga y en el templo, donde concurrían todos los judíos, y nada he dicho en secreto, pretendiendo que lo fuese; ¿para qué me preguntas eso? Pregúntalo a los que me oyeron, pues ellos saben lo que les he dicho».

1. Aquí también ponderaré, lo primero, cómo Cristo nuestro Señor, aunque preso y humillado, no *estaba acobardado* en este concilio, sino *con gran libertad de espíritu,* que procedía de la santidad de su vida y de la verdad de su doctrina, porque la conciencia que se funda en santidad y verdad es libre y animosa para todo lo bueno, sin temor ni encogimiento alguno, aunque esté delante de los sabios y grandes del mundo: y así, tengo de procurar para mí tal modo de conciencia y santa libertad, como después lo mostraron los Apóstoles imitando a su Maestro.

2. Lo segundo, ponderaré *la grande prudencia* de Cristo nuestro Señor en no querer decir en particular de su doctrina qué tal era, porque sabía cuán mal recibida había de ser la verdadera respuesta; sino se remitió a los que le habían oído, porque estaba tan seguro de su verdad, que a sus mismos enemigos, que estaban presentes y la habían oído, hacía testigos de ella. Y bien se vio ser así, porque todos enmudecieron y no hubo quien le notase de alguna cosa mal dicha.

¡Oh pureza de la doctrina del Salvador, cuán poderosa es tu fuerza, pues no sólo das libertad generosa al que la dice, sino rinde y tapa la boca del enemigo que la oye! Concédeme, Salvador mío, luz para entenderla, libertad para publicarla y obediencia para ejecutarla con perfección. Amén.

3. Lo tercero, es de ponderar la causa por que Cristo nuestro Señor *no dijo nada de sus discípulos;* porque como habían dado mala cuenta de Sí, *ni los quiso acusar* publicando su flaqueza, *ni se pudo preciar de ellos* alabando su lealtad. Y además de esto, como algunos contemplan, estaba allí Judas esperando a que le diesen el dinero de la venta, porque estaba remitido a Anás: y como este desventurado era conocido por discípulo de Cristo, con su presencia desacreditaba a su Maestro. Todo lo cual afligía no poco a nuestro Salvador.

¡Oh Maestro amantísimo, no permitas que yo desdiga de la lealtad que te debo como fiel discípulo para que no te avergüences de confesarme por tuyo delante de tu Padre y de sus ángeles! Amén.

Meditación 27

La bofetada y la remisión a Caifás

PUNTO PRIMERO

Bofetada. Devota contemplación de este paso.

Uno de los ministros dio una bofetada a Jesús, diciendo: «¿Así respondes al pontífice?».

Esta bofetada fue la primera injuria de las que recibió Cristo nuestro Señor *en casa del pontífice* por mano de sus ministros, y tan señalada, que San Juan quiso hacer mención especial de ella. Tuvo todas estas circunstancias:

1. Lo primero, *fue cruel,* dada por un sayón encendido en ira, con deseo de vengar la injuria de su amo, pareciéndole que con esto le ganaba la voluntad y hacía placer a todos los circunstantes.

2. Lo segundo, fue *afrentosa,* porque se dio en presencia de muchos nobles y principales y a una persona que hasta entonces era venerada y respetada de todos, de cuyo rostro salía tal resplandor, que movía a reverencia a los que le miraban sin pasión.

3. Lo tercero, fue *injusta,* porque se dio por venganza y calumniando una respuesta prudentísima, juzgando temerariamente que era descomedida contra la autoridad del pontífice.

4. Lo cuarto, fue *con aprobación* y *aplauso de todos los presentes,* sin que hubiese quien volviese por Cristo y reprendiese la furia de aquel mal hombre, y así abrió camino para que otros se extralimitasen a hacer con Él otro tanto.

Mira, pues, ¡oh, alma mía!, el rostro de tu Señor lastimado con el furioso golpe de este sayón, y sonroseado con la vergüenza natural de tan grave injuria, y corrido por el regocijo que sus enemigos recibieron con ella, y compadécete de ver abofeteado el soberano rostro en quien desean mirar los ángeles del cielo.

¡Oh Hijo de Dios vivo, resplandor de la gloria del Padre y figura de su substancia!, ¿quién ha puesto en vuestro divino rostro la figura de tan abominable mano? ¡Oh Padre Eterno!, mirad el rostro de vuestro Hijo

señalado con los dedos de un insigne pecador; y pues Él sufre esta injuria por amor de los pecadores, sufridlos y perdonadlos por lo que Él sufrió por ellos.

PUNTO SEGUNDO

Paciencia y mansedumbre de Cristo.

Le respondió Jesús: «Si hablé mal, da testimonio de ello, y si bien, ¿por qué me hieres?».

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, *la grande prudencia* y *mansedumbre* que Cristo nuestro Señor conservó en su ánimo recibiendo tal injuria; y aunque este malvado merecía que bajara fuego del cielo y le abrasara, o se abriera la tierra y le tragara, o la mano se le secara para siempre, como se secó la mano de Joroban porque quiso asir con ella a un santo profeta; y aunque fuera fácil a Cristo nuestro Señor castigarle con estas y otras penas semejantes, pero no quiso vengar su injuria, sino la llevó con tanta serenidad, que mostró con la obra estar aparejado a recibir otra bofetada en el otro carrillo y otras muchas sin cuento.

¡Oh dulcísimo Jesús, profeta verdadero, que por decir la verdad, como otro Miqueas, fuiste herido en tus mejillas, sufriendo este golpe con admirable paciencia y mansedumbre!, dame parte en estas virtudes para que sufra mis injurias sin venganza ni turbación por ellas.

2. Lo segundo, se ha de ponderar cómo Cristo nuestro Señor, que sabía callar y disimular sus afrentas esta vez *con grande mansedumbre quiso dar razón de Sí,* porque no entendiesen que había pretendido injuriar al pontífice; y de camino tácitamente *corrige a su injuriador* para que reconozca su pecado, diciéndole: «Si hablé mal en lo que dije, da testimonio de ello primero que me castiguen, pues no eres juez, sino testigo. Y si hablé bien, ¿por qué me hieres contra razón y me notas de descortés y descomedido?» Y con ser esta razón tan concluyente, no fue admitida, ni le valió, ni se hizo caso de ella; para que aprenda yo a tener paciencia cuando no fueren oídas ni admitidas las mías, ni se hiciere caso de ellas.

¡Oh amantísimo Jesús, cuya propiedad fue hablar siempre bien, y en cuya boca nunca se halló engaño, de quien con toda la verdad se dijo: Nunca así habló hombre alguno!, gracias te doy por la injuria y dolor que padeces hablando bien, en castigo de las culpas que yo hice hablando mal.

Concédeme, Señor, que siempre hable lo que te agrada, aunque desagrade a los hombres, sufriendo con paciencia sus calumnias.

PUNTO TERCERO

Cristo es enviado atado a Caifás.

Envió Anás atado a Cristo al pontífice Caifás.

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, la resolución que tomó Anás y todos aquellos sabios de que fuese llevado Cristo nuestro Señor *a casa de Caifás,* que era el pontífice y juez legítimo de estas causas, donde estaban juntos los sacerdotes *y* fariseos y otros ancianos, para que todos juntamente tratasen de ésta. Y dice el Evangelista, que Anás le envió atado para significar que le tenía por culpado. Y quizá le ataron de nuevo y le doblaron las ataduras porque no se les fuese, ni alguno se las quitase, como habían de pasar por medio de la ciudad.

¡Oh Cordero mansísimo!, aunque de este primer concilio sales más atado y apretado para entrar en el segundo, pero no se menoscaba por esto vuestra caridad, antes os ata y aprieta con nuevos deseos de padecer, por desatar de sus graves culpas a los que os atan con tan crueles sogas. Aumentad, Señor, en mí los trabajos, con tal que aumentéis el amor de padecerlos.

2. Lo segundo, tengo de ponderar *la fatiga e ignominia* que padeció Cristo nuestro Señor en esta segunda jornada, siendo llevado por medio de la ciudad con gran prisa y vocinglería, saliendo mucha gente a saber lo que era, y muchos se juntarían con los soldados, ayudándoles a injuriar al Salvador, olvidados del bien que de Él habían recibido. Pero no por esto nuestro dulce Jesús perdía un punto de su paz y caridad, ofreciéndose a padecer de muchos por bien de todos, por lo cual es digno de ser glorificado de todos por todos los siglos. Amén.

Meditación 28

Las tres negaciones de San Pedro

PUNTO PRIMERO

Escalones por donde llegó Pedro a negar a Cristo.

Después que todos los Apóstoles huyeron, Pedro volvió a seguir a Cristo, pero desde lejos, y con él iba otro discípulo, el cual, por ser conocido del pontífice, entró dentro del patio, y entrando también Pedro, se juntó con los demás criados al fuego, porque hacía frío.

Sobre este paso, tengo de ponderar *los escalones por donde llegó Pedro a negar a Cristo* nuestro Señor, para escarmentar en cabeza ajena y huir de ellos.

1. El primero fue *tibieza en el amor,* nacida del temor humano, porque el amor de Cristo le movió a seguirle, pero el temor humano le entibió de modo, que le siguiese de lejos, como antes siempre le siguiese de cerca.

2. El segundo fue *olvidarse* de que Cristo nuestro Señor le había dicho que le negaría tres veces aquella noche; y es propiedad de los que confían mucho de sí olvidarse de las palabras de Dios y de los avisos que les da por reprimir su orgullo, como si no hablaran con ellos.

3. El tercero fue con título de amar a Cristo, *ponerse en la ocasión de negarle,* juntándose con malas compañías que le provocasen a ello, llegándose al fuego, donde había alboroto de gente ruin y ruines pláticas. Y no carece de misterio decir que hacía entonces frío, para significar la frialdad del corazón de Pedro y la obscuridad y tinieblas de su alma. Todo esto nació originalmente *de la secreta presunción* y confianza que tenía de sí mismo, la cual no se curó con el aviso que le dio Cristo nuestro Señor, y como quedó viva, brotó estos malos frutos. De donde tengo de sacar *tres* grandes *propósitos: a)* El primero, de *no presumir de mí* ni fiarme de mí mismo, acordándome de lo que dice San Pablo: «Si estás en la fe, no presumas sino teme y el que piensa que está en pie, mire bien no caiga». *b)* El segundo propósito es de *seguir a Cristo* nuestro Señor, no desde lejos, sino desde cerca y *con fervor;* porque quien le sigue de lejos no pone los pies donde los puso Cristo, ni advierte bien sus pisadas, ni es amparado de Él en sus peligros.

c) El tercer propósito es *huir las ocasiones* de tropezar y las malas compañías que me provocaren a caer, acordándome de lo que dice el Sabio: «Quien ama el peligro perecerá en él».

También puedo ponderar que si es así, como dicen algunos doctores, que este discípulo conocido del pontífice era *San Juan Evangelista,* aunque estuvo en las mismas ocasiones que San Pedro, no negó a Cristo nuestro Señor, ni tuvo ese peligro, principalmente por la *protección especial* del mismo Cristo, que le guardó y preservó, y porque *no tenía la secreta soberbia* y presunción de Pedro.

¡Oh Dios omnipotente!, líbrame de las ocasiones de caer, y si en ellas me viere por mi gran miseria, ampárame con tu divina misericordia. Ponme siempre cerca de Ti, y pelee cualquier mano contra mí, porque si me tienes de tu mano, ninguno me derribará ni sacará de ella.

PUNTO SEGUNDO

Primera negación de Pedro.

A esta sazón, llegó una mujercilla, criada del pontífice y portera de la casa, la cual mirando a Pedro y reconociéndole por discípulo de Cristo, dijo a los que estaban allí: «Este, con Jesús andaba.» Y volviéndose a Pedro, dijo: «¿Por ventura tú no eres discípulo de este hombre? Sin duda, tú con Jesús Nazareno estabas.» Respondió Pedro: «No soy su discípulo, ni le conozco, ni sé lo que dices».

1. Sobre este punto se ha de ponderar, lo primero, *la astucia del demonio* en acometer a San Pedro la primera vez *por medio de una mujer* como acometió a Adán por medio de la otra para derribarle; porque las mujeres, como *más atrevidas* y *blandas,* suelen derribar las rocas y piedras de la Iglesia, si no hay cuidado en huir de ellas.

2. Lo segundo, ponderaré en Pedro *la grande flaqueza del hombre,* pues el que era piedra fundamental de la Iglesia y había tenido revelación de la divinidad de Cristo, y le confesó por Hijo de Dios vivo, y se ofreció a morir por Él, ahora, solamente con la voz de una mujercilla, teme tanto, que le niega y dice que no le conoce, ni es su discípulo, ni se precia de ello. Y con este ejemplo aprenderé a *no presumir de mí,* pues no soy Pedro ni piedra, sino polvo y lodo, fundándome en el conocimiento propio y en el temor de mi mutabilidad y flaqueza; porque todo el oro y plata de mis

virtudes está fundado sobre mis pies de barro, y una chinita basta a derribarlos y dar con toda la máquina en el suelo.

¡Oh Dios eterno!, dame conocimiento profundo de este barro que soy de mi cosecha, para que no presuma de mí, sino de Ti, en cuya virtud resista al golpe de la tentación, y conserve los dones que me has dado.

3. Lo tercero, ponderaré cuán dañoso *es el temor demasiado de la deshonra o de la muerte;* porque quien me derriba, no es tanto la noche de la adversidad, cuanto *el vano temor de ella,* por el cual muchas veces he negado a Cristo, ya que no con palabras, a lo menos con las obras, despreciando algunas cosas de virtud obligatorias, por no perder un punto de la honra mundana, o algún interés o regalo de la carne. Y así, he de suplicar a nuestro Señor me cerque con el escudo de su protección para que no tema los temores de la noche, ni ellos se apoderen de mi corazón.

4. Lo cuarto, ponderaré *la grave injuria que hizo Pedro a su Maestro* en este caso, *y lo mucho* que Cristo nuestro Señor sintió ver que *su querido* y *regalado* rechazase ser su discípulo, condenando con esto la vida del que negaba por Maestro, y con esta consideración me compadeceré de ver a mi Señor tan desconocido y desamparado de los suyos.

¡Oh Maestro soberano!, ya no me espanto de que Judas el tibio te niegue por codicia, pues Pedro el fervoroso te niega por pusilanimidad; mas tu sabiduría permite esta ignominia para que se descubra más tu paciencia en el sufrir, y nuestra flaqueza en el pecar, y tu gracia en convertir al que pecó.

PUNTO TERCERO

Persiste Pedro, con juramento, en que no conocía a Cristo.

Viendo Pedro lo que había sucedido y el peligro en que estaba se salió del patio hacia el portal, y entonces cantó el gallo la primera vez; pero, con la turbación, no advirtió en ello, y de ahí a poco tornó a entrar donde estaban los demás calentándose al fuego, y le dijeron: «¿Por ventura, tú no eres de los discípulos de este hombre?» Y uno de ellos afirmó que verdaderamente lo era. Y Pedro, con juramento, negó, diciendo que no conocía tal hombre. De ahí a una hora tornaron tercera vez a hacer instancia en que era su discípulo, dándole señas de ello. Uno dijo que le había visto con Cristo en el huerto; otro, que era galileo, como se conocía por el habla, y Pedro tornó a negar, echando maldiciones si le conocía.

1. Sobre estos sucesos de Pedro se han de ponderar, lo primero, *las astucias de Satanás en tentarle,* haciendo lo que Cristo nuestro Señor dijo, que había deseado cribarle como a trigo, ya con unas tentaciones, ya con otras, hasta que le derribó una, dos y tres veces, porque a los mejores combate con mayor furia, y si no están arraigados con humildad, los derriba de la cumbre de la santidad.

¡Oh Dios eterno! No entre dentro de mí el pie de la soberbia, porque la mano del pecador no me mueva, echándome del lugar que tenía por tu gracia.

2. Lo segundo, se ha de ponderar *cuán malo es durar en la ocasión, no escarmentando en la primera caída,* porque un pecado llama a otro, y el menor trae luego a otro mayor, yendo de mal en peor, como Pedro, que primero negó a Cristo *sencillamente,* y la segunda vez *con juramento,* y la tercera *con juramento* y *maldición;* y así, es muy importante atajar a los principios el temor humano y huir del peligro cuando asoma; porque los demonios siempre, con el deseo, están diciendo contra el alma aquello del salmo: «Destruidla, destruidla hasta los cimientos» de la fe y esperanza en que estriba.

3. Lo tercero, se ha de ponderar que, como Pedro *tres veces* aquella noche *había presumido de sí mismo,* diciendo que estaba dispuesto a morir por Cristo, y que no se escandalizaría aunque todos se escandalizasen, y que no le negaría aunque hubiese de morir por Él, *así,* en castigo de estas *tres presunciones,* permitió Dios *las tres negaciones* en esa misma noche; porque la soberbia luego trae consigo la humillación en la materia misma en que se ceba, y por esto es muy importante llorar luego la culpa de la soberbia, antes que se apresure la pena de la humillación.

PUNTO CUARTO

Misericordia de Cristo para con San Pedro.

Luego cantó el gallo la segunda vez, y al mismo tiempo, volviendo el Señor sus ojos a Pedro, le miró, y acordándose Pedro de lo que Cristo le había dicho, se salió afuera y lloró amargamente.

1. Aquí se pinta *la conversión de Pedro* y *su penitencia,* en la cual se ha de ponderar, lo primero, *la infinita misericordia* y *caridad de Cristo* nuestro Señor, el cual, aunque estaba rodeado de enemigos y metido en un fuego de terribles persecuciones y calumnias, como olvidado de sus

trabajos, se acuerda del discípulo que se los aumentaba con aquella injuria; y aunque estaba lejos de Pedro, conoció los pecados en que había caído, y en lugar de castigarle, se compadeció de él, con deseo de provocarle a penitencia para perdonarle, y todo con suma presteza, por sacar de presto aquella oveja de la garganta del lobo infernal, que se la había tragado, y para esto hace que luego cante el gallo; pero no bastara el segundo canto, como ni bastó el primero, si el mismo Cristo no volviera sus ojos misericordiosos a Pedro, alumbrándole los suyos con luz del cielo para que conociese sus yerros, y ablandándole el corazón para que llorase.

¡Oh amorosísimo Jesús!, ¿cómo no te amaré con todo mi corazón, pues cuando trato de ofenderte pones medios para perdonarme; y cuando habías de mostrar tu ira en el castigo, muestras tu misericordia en el perdón? Compadécete, Señor, de todos los pecadores, míralos con ojos de misericordia, abre sus oídos para que oigan el canto y voz de los predicadores, tocándoles su corazón para que lloren sus pecados, y cuando yo pecare por flaqueza, no te olvides de mirarme con ojos de misericordia.

2. Lo segundo, se han de ponderar *las lágrimas amargas de San Pedro,* las cuales no procedían de temor de algún castigo, sino *de amor* de su Maestro; porque acordándose de los favores y beneficios que de Él había recibido y de la ingratitud que mostró negándole en tan recia coyuntura, sus ojos se convirtieron en fuentes de lágrimas con grande amargura de su corazón, como quien sentía lo que dice Jeremías, ser cosa muy amarga haber dejado a su Dios y negado a su Señor. ¡Ay de mí!, diría, ¿cómo vivo, habiendo negado al Autor de la vida? ¿Cómo no se abre la tierra y me traga, habiendo injuriado al Creador de ella? ¡Oh boca abominable!, ¿cómo te abriste para jurar que no conocías al que tanto bien te ha hecho? ¡Oh lengua maldita!, ¿cómo te soltaste para maldecirte si conocías al que tanto amor te ha mostrado? ¡Oh, cuán justo fuera que viniera sobre mí la maldición, pues la escogí, y que penetrara todos mis huesos, pues la abracé! ¡Oh, quien diese amargura de mar a mi corazón, y fuentes de lágrimas a mis ojos, para llorar amargamente de día y de noche la muerte de mi alma y la traición que ha cometido contra su Creador! Mas, pues ya conozco su misericordia y que no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva, miraré al que me miró, me convertiré al que se convirtió a mí, y con el corazón me llegaré a Él, y postrado a sus pies, le diré como el hijo pródigo: «¡Oh Padre y Maestro mío!, he pecado contra el cielo y contra Ti; no soy digno de ser llamado tu hijo ni tu discípulo; admíteme siquiera como uno de los jornaleros de tu casa», porque no hay para mí mayor infierno que ser echado de ella. De esta manera lloraba San Pedro y

se movió a confianza del perdón, acordándose de lo que Cristo nuestro Señor le dijo, que había rogado por él para que no desfalleciese su fe, y que cuando se convirtiese, confirmase a sus hermanos. Y de esta misma manera lloró toda la vida cuando oía el canto del gallo, y así se dice de él que tenía surcados y cavados los lagrimales de los ojos por la muchedumbre de las encendidas lágrimas que por ellos vertía.

3. Finalmente, ponderaré *el modo como la divina inspiración ilustró* y *tocó a Pedro* y *le convirtió;* porque, primero, le hizo que *se acordase de las palabras de Cristo;* luego que *saliese del lugar* y *ocasión* donde estaba; y después, que *a sus solas llorase amargamente;* y lo mismo hace con nosotros cuando nos toca con eficacia. Con lo primero, *nos mueve* a temor, confianza y amor. Con lo segundo, *quita los estorbos* de la verdadera penitencia. Y con lo tercero, *alcanza el fruto* de ella, que es el perdón de los pecados, como haya propósito de confesarlos a su tiempo.

¡Oh alma mía!, como viste en Pedro tu flaqueza para pecar, así mira en él la eficacia de la divina gracia para convertirte; y como él lloró, así llora tus pecados, para que alcances cumplido perdón de ellos. Amén.

Meditación 29

Los falsos testimonios que dijeron contra Cristo nuestro Señor en casa de Caifás, y lo que respondió a su pregunta

PUNTO PRIMERO

Iniquidad de este juicio: inocencia y silencio de Cristo.

Los sumos sacerdotes, con todo su concilio, buscaban algún falso testimonio contra Cristo para condenarle a muerte; pero no le hallaron, aunque vinieron muchos testigos falsos para ello. Y, entre otros, unos dijeron: Este hombre ha dicho: Puedo destruir el templo de Dios, y en tres días reedificarle; pero ninguno de estos testimonios era bastante, ni Jesús les respondió palabra.

1. Sobre este punto, tengo de considerar, lo primero, *la forma de este juicio* que intentó Caifás contra Cristo nuestro Señor, ponderando, *quién son los jueces,* sus dañados corazones y la soberbia y ambición con que

están sentados. Item, *quién son los acusadores* y *testigos,* su muchedumbre y perversas entrañas, ítem, *quién el preso* y *acusado,* su divinidad y soberanía, juntas con la modestia y humildad, admirándome de que el Hijo de Dios, juez de vivos y muertos, esté como reo, en pie y atadas las manos, oyendo contra Sí tantas calumnias delante de tan malditos jueces, los cuales eran sus crueles perseguidores, y haciendo forma de juicio, iban contra todas las leyes de justicia, convocando testigos falsos para condenar al inocente.

¡Oh Cordero inocentísimo!, ¿quién te ha puesto en medio de lobos tan crueles? ¡Oh Juez justísimo!, ¿quién te ha sujetado a jueces tan injustos? Las injusticias que yo hice son causa de las calumnias que padeces por librarme de ellas. «Líbrame, Señor, de las calumnias de los hombres, para que guarde con quietud tus santos mandamientos».

2. Lo segundo, se ha de ponderar *la grande inocencia* y *pureza* que resplandeció en Cristo nuestro Señor, pues andando sus enemigos a buscar con tantas ansias algo que acusarle, por fas o por nefas, no hallaron fundamento aparente para testificar contra Él cosa digna de castigo. Por donde se ve con cuánta verdad dijo: «Vino a Mí el príncipe del mundo y no halló en Mí cosa alguna». Porque Satanás, por medio de sus ministros, vino a prenderle, y prendido, condenarle a muerte con título de justicia, y no halló en Él cosa suya; esto es, cosa que fuese pecado, ni cosa digna de tal castigo.

¡Oh inocentísimo y purísimo Salvador! Por la inocencia y pureza de tu vida santísima, te suplico me concedas una vida tan inocente y pura, que cuando venga el príncipe de este mundo en la hora de mi muerte, no halle en mí cosa suya de que me pueda acusar para condenarme. Amén.

3. Lo tercero, se ha de ponderar *el maravilloso silencio* de Cristo nuestro Señor en todas estas calumnias, sin querer volver por Sí, ni excusarse, ni tachar los testigos, ni cogerlos a palabras, descubriendo su falsedad, lo cual le era muy fácil, por su gran sabiduría; pero quiso callar, confiado de su inocencia y de la fuerza que tiene la verdad, cumpliendo lo que dijo por boca del santo rey David: «Los que buscan males contra Mí, hablaron vanidades y tramaron engaños. Pero Yo, como sordo, no les oía, y como mudo, no abrí mi boca. Fui como hombre que ni oía ni sabía qué responder a sus calumnias». Todo esto hacía nuestro Redentor para darnos ejemplo de silencio y sufrimiento en tales casos, remitiendo nuestra defensa a Dios y a la verdad conocida. Y también es un modo secreto y muy glorioso de triunfar de nuestros enemigos, los cuales desean que respondamos para tener algo de que asir con nuestra impaciencia o

indiscreción, o calumniando nuestra excusa; y así, Caifás, enfadado de ver tanto silencio en Cristo nuestro Señor, se levantó en pie y le dijo: «¿No respondes algo a tantas cosas como testifican contra Ti?» Pero Jesús callaba y no respondió nada.

¡Oh Verbo divino, palabra eterna del Padre!, ¿por que no habláis alguna palabra en defensa vuestra? Mirad no digan que el que calla consiente, y os tengan por culpado por no haberos defendido. Pero vuestra misericordia quiere con su silencio satisfacer por mis parlerías y enfrenar mi lengua para que no excuse mis culpas. Enfrenadla, Señor, con vuestra gracia, para que sufra callando, como Vos sufristeis, y triunfe de mis enemigos, como Vos triunfasteis de los vuestros.

PUNTO SEGUNDO

Reverencia de Cristo al santo nombre de Dios.

Viendo Caifás que Cristo callaba tanto, le dijo: «Te conjuro por Dios vivo que nos digas si Tú eres Cristo, Hijo de Dios bendito.» Le respondió Jesús: «Tú lo dices, que Yo soy: y os digo de verdad que de aquí a poco veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra de la virtud de Dios y venir en las nubes del cielo».

1. Aquí se ha de ponderar *la reverencia grande que Cristo nuestro Señor tenía al santo nombre de Dios;* pues habiendo callado con tanto tesón, al oír conjurar por el nombre de Dios, luego respondió y obedeció al pontífice, aunque sabía que le conjuraba con mala intención, para sacarle alguna palabra de qué acusarle, y aunque sabía que su respuesta le había de costar muy caro, pues le habían de condenar por ella, dándonos ejemplo de reverenciar su santo nombre, y por él obedecer a los prelados de su Iglesia, aunque sean malos, sin resistirlos ni porfiar en nuestro silencio con dureza cuando nos mandan hablar o hacer algo contra lo que habíamos determinado.

2. Lo segundo, se ha de ponderar *la respuesta que dio confesando sencillamente la verdad que era Crista,* y juntamente desengañándoles del error que tenían contra esto, por verle tan oprimido, y para de camino ponerles algún temor que les enfrenase y apartase de sus dañados intentos; como quien dice: Yo soy Cristo, y aunque me desconocéis por verme tan humillado, día vendrá en que veréis al Hijo del Hombre sentado a la

diestra de Dios, y venir en las nubes del cielo a juzgar al mundo, como está profetizado de Cristo; por tanto, mirad bien lo que hacéis.

¡Oh Hijo de Dios vivo e Hijo del Hombre! Dios y hombre verdadero, humillado y ensalzado, que estás en pie como reo para ser juzgado por Caifás, y estarás sentado como juez en las nubes del cielo para ser juez de todo el mundo. Mi alma se abrasa con el fuego de tu amor cuando te miro, humillado para redimirme, y tiembla con gran temor cuando te considero entronizado para juzgarme. Séame, Señor, tu amor espuela para servirte y tu temor freno para no ofenderte.

3. También se ha de ponderar aquella palabra: *De aquí a poco tiempo* veréis al Hijo del Hombre, etc. Porque en los ojos de Dios, mil años son como un día, y aunque nos parece que la venida de Cristo a juzgar se dilata, será muy presto. Con lo cual pretendió enseñarnos que cuando nos viéremos humillados y atribulados, nos consolemos con pensar que *de allí a poco* vendrá la exaltación; y al contrario, cuando nos viéremos engreídos y soberbios, nos humillemos, entendiendo que vendrá presto el día del Juicio, en que seremos humillados, y en ambos casos nos ayudará a considerar lo que sentirán Caifás y los demás que estaban en este concilio congregados contra Cristo, cuando le vean sentado en tanta gloria como juez para condenarlos. ¡Oh, cómo se han de trocar las suertes, llorando con amargura irremediable los que aquí se atrevieron a ofenderle! Por tanto, escoge ser con Cristo humillado en esta vida, para que seas por Él glorificado en la otra.

PUNTO TERCERO

Hipocresía de Caifás y humillación de Cristo.,

Oída esta respuesta por el pontífice, rasgó sus vestiduras, diciendo: «Ha blasfemado; ¿para qué deseamos más testigos? ¿No habéis oído la blasfemia? ¿Qué os parece?» Y luego todos le condenaron y dijeron: «Digno es de muerte».

1. Sobre este punto, se ha de considerar, lo primero, *la hipocresía endemoniada* de este mal pontífice para indignar a todos contra Cristo nuestro Señor: por una parte, rasga sus vestiduras en señal de tristeza, como quien había oído una grande blasfemia contra Dios; y por otra parte, se goza de haber hallado ocasión para condenarle; y así, como quien había alcanzado victoria, dice: «¿Para qué buscamos testigos?» Y atropellando el

orden del juicio, él se hace acusador y a los circunstantes hace jueces, pidiéndoles que ellos le juzguen y digan su parecer, provocándoles a que le condenen como a blasfemo, y así lo hicieron, diciendo: «Digno es de muerte.» Para que yo vea cuán errados son los juicios de los hombres, especialmente cuando están apasionados, pues llegan a condenar por digno de muerte al que es Autor de la vida, y a juzgar por blasfemo contra Dios al que es el mismo Dios.

2. Con esto tengo también de ponderar *la humillación de Cristo* nuestro Señor en este caso, compadeciéndome de verlo calumniado y oprimido por haber respondido la verdad, y admirándome que el Hijo de Dios llegue a tal extremo de desprecio, que sea juzgado por blasfemo, y sus palabras, que son de vida eterna, sean tenidas por blasfemias, dignas de muerte eterna, sacando de este ejemplo motivos también para consolarme cuando me viere despreciado y condenado sin culpa.

¡Oh dulce Jesús! ¡Con cuanta más razón pudieras rasgar tu vestidura cuándo oíste las palabras de Caifás, tan llenas de blasfemias contra Dios, como las tuyas estaban llenas de verdad y gloria del mismo Dios! ¡Oh, si mi corazón se rasgase de dolor y pena oyendo las blasfemias que aquí dice contra Ti! No eres Tú, Señor, el blasfemo, sino el blasfemado, y por las blasfemias que los hombres dicen contra Dios, permites ser Tú blasfemado de ellos, pagando sus culpas con tus penas.

3. Ultimamente, ponderaré *el ánimo con que Cristo nuestro Señor oyó aquella sentencia: «Reus est mortis»: Reo es* y *culpado,* y *digno de muerte.* Y cuando vio que todos en conformidad la pronunciaban, por una parte se entristecía viendo su injusticia, y que personas a quien tanto bien había hecho le condenaban tan presto a muerte, y por otra parte, interiormente la aceptaría y se ofrecería a morir por darles a ellos vida.

¡Oh caridad inmensa de Jesús, que así te dueles de nuestras culpas por el daño que nos hacen, y juntamente te ofreces a morir por librarnos de ellas! Te alaben, Señor, todos los ángeles, y a una voz contradigan a este perverso concilio, dictándole: Digno es de vida, digno es de vida. Vosotros sois los merecedores de la muerte, y Cristo sólo es digno de sempiterna vida.

Meditación 30

Las injurias y dolores que padeció Cristo nuestro Señor en presencia de Caifás y de su concilio, y en lo restante de la noche.

PUNTO PRIMERO

Cristo escupido.

Oída esta sentencia, los que tenían asido a Cristo nuestro Señor, porque no sólo estaba atado, sino otros muchos le tenían asido porque no se les fuese, tomaron atrevimiento y ocasión para injuriarle y atormentarle, instigándoles Satanás a ello, mezclando con las cosas *ignominiosas,* otras *dolorosas,* para que la pena fuese mayor. Estas penas se reducen *a cinco o seis géneros.*

1. La primera injuria fue *escupirle en el rostro*, que era un tormento ignominioso y asqueroso, usado entre los judíos y tenido por grande injuria: y como los soldados y ministros eran muchos, y todos a porfía le arrojaban salivas, quedó el rostro de Cristo afeado y oscurecido grandemente. Pondera, pues, ¡oh alma mía!, *quién es el escupido* y *quién son los que le escupen;* qué rostro es el afeado con salivas y qué bocas son las que le afean con ellas, y hallarás que *el escupido* es el Dios de la majestad, el Creador de cielos y tierra, el que con su saliva da vista a los ciegos, lengua a los mudos y oído a los sordos; *es escupido* el rostro que enamora a los serafines, a quien no se hartan de ver los ángeles, en quien está la salvación de todos los hombres, por quien suspiran los profetas diciendo: «Muéstranos tu rostro, y seremos salvos». Éste es escupido *de viles hombrecillos,* de abominabilísimos pecadores, de gente dignísima de que todos escupiesen en ella, como en el lugar más vil y desechado del mundo.

Pues ¿cómo no te compadeces de ver escupido a tal Señor por tales esclavos? ¿A tan excelente Creador por tan viles criaturas? ¡Oh, rostro venerable de Jesús, más resplandeciente que el sol, más hermoso que la luna y más gracioso que las estrellas del cielo! ¿Cómo te han obscurecido y afeado las salivas de los pecadores de la tierra? Sus pecados son la causa de esto, y por lavarles de ellos, quieres ser Tú afeado. Antiguamente era

escupido el que no quería resucitar la familia de su hermano, que había muerto sin hijos; pero Tú, Señor, eres escupido por resucitar la familia de Adán, que mató a sí y a todos sus hijos. Gracias te doy por esta inestimable caridad, y por ella te suplico resucites mi alma, la laves y adornes con la hermosura de tu gracia. Amén.

2. Luego ponderaré *la modestia, gravedad* y *serenidad* que tenía Cristo nuestro Señor, sufriendo *con extraña mansedumbre* y *silencio* aquella lluvia de salivas, sin apartar su rostro, como dice Isaías, de los que le escupían, sin hacer gesto ni meneo de hombre injuriado ni enojado, y sin decir palabra alguna contra sus injuriadores.

¡Oh Dios eterno! Si a María, hermana de Aarón, porque injurió a Moisés, escupisteis en el rostro y se llenó de lepra, ¿por qué no escupís a estos que os escupen, para que se llenen de lepra, como su maldad merece? Mas Vos, Dios mío, no vinisteis al mundo a hacer leprosos, sino a sanarlos, tomando sobre Vos la pena de su lepra y la figura del leproso. No vinisteis a escupir para matar, sino para sanar y dar vida con vuestra saliva al pecador que carece de ella; tocadme con vuestra saliva para que sea sabio en conoceros, sano y fuerte para amaros y serviros.

3. Lo tercero, espiritualizando esto, ponderaré cómo cada vez que ofendo a Dios con culpa grave, *es espiritualmente escupir a Cristo en el rostro* y afearle con la saliva de mi culpa, salida de mi lengua emponzoñada y de mi corazón y pecho venenoso. Y también ponderaré cuánta lluvia de estas salivas descargaron y descargan sobre Cristo nuestro Señor, y cuánto más sienten éstas que esas otras, por ser más abominables y hediondas delante de Dios. Y, finalmente, ponderaré cómo despreciar y escupir al prójimo es escupir a Cristo, que toma esta injuria por suya.

De todo lo cual tengo de sacar afectos de dolor y compasión y propósitos de huir el pecado con que Dios es escupido.

PUNTO SEGUNDO

Cristo vendado.

1. La segunda injuria fue *vendarle sus divinos ojos* para más a su salvo herirle y escarnecerle, pensando que no los veía, porque la serenidad y gravedad del rostro de Cristo los encogía para no burlar de Él a su gusto. Al contrario de lo que sucedió a Moisés, el cual cubrió con un velo su cara para hablar con el pueblo, porque el resplandor que salía de ella ofuscaba

la vista de los que la miraban; mas nuestro dulce Jesús, resplandor de la gloria del Eterno Padre, consiente que la suya sea cubierta con otro velo por los discípulos de Moisés, no para que le oigan con más atención, sino para que le desprecien con mayor libertad, mostrando en esto que tiene no menos gana de ser despreciado, que ellos de despreciarle. Y es de creer que el velo o venda con que le cubrieron y vendaron, sería vil y despreciado, para que el escarnio fuese mayor.

2. También tengo de ponderar cuán propio es de los grandes pecadores *desear que Dios no los vea*, *o imaginar que no los ve,* para pecar más libremente, diciendo lo que está escrito en Job: «Las nubes son su escondrijo, y no considera nuestras cosas». Al modo que estos miserables vendaron los ojos corporales de Cristo nuestro Señor para que no les viese; mas no por eso dejaba de verlos con los ojos de su alma y de su divinidad, y así, más fue cegarse y quitarse la vista a sí mismos, que quitarla a Cristo. Y de esta manera he de pensar, que cuando peco olvidado de que Dios me mira, este olvido es como un velo con que pienso estar cubiertos los ojos de Dios; pero no lo están sino los míos, porque los de Dios, como dice el Sabio, contemplan en todo lugar al bueno y al malo, y al bien o al mal que hace cada uno.

¡Oh Dios eterno!, no permitas que yo cubra tus ojos y tu rostro, si no es como los serafines le cubrían con sus alas venerando tu divinidad y confesando que no tenían ojos para comprenderla; pero Tú, Señor, los tienes muy claros para verme y comprenderme, y esto basta para que yo crea que miras mis culpas, y me mueva a llorarlas con propósito de nunca más volver a ellas.

PUNTO TERCERO

Cristo golpeado.

1. La tercera injuria y tormento fue *herirle con las manos* cruelmente, y esto fue *en dos maneras:* Unos le herían *con los puños,* dándole puñadas y golpes en la cabeza y en el rostro, brazos, pechos y espaldas, con gran rabia y porfía. Y es de creer que su celestial rostro quedaría hinchado y acardenalado, y el cuerpo como molido por la muchedumbre de los golpes, a causa de ser muchos y muy crueles los que le golpeaban, y estar encendidos en ira, paliada con celo de que vengaban la blasfemia dicha contra Dios.

2. Otros le herían *con las palmas de las manos*, dándole de bofetadas, lo cual entre los hombres es más ignominioso que ser herido con el puño. Aquí cumplió nuestro Señor a la letra el consejo que había dado: «Si alguno te hiere en un carrillo, ofrece el otro»; porque las bofetadas no fueron una, como en casa de Anás, sino muchas, y a porfía por muchos ministros del demonio, pareciéndoles que ganaban perdones en herirle; y todas las recibía este mansísimo Salvador sin decir: ¿Por qué me hieres? Antes, decía con la obra, más que con la palabra: Si queréis herirme, heridme, que aparejado estoy para ser herido y abofeteado, y mi deseo es verme harto y lleno de tales desprecios, cumpliéndose aquí lo que dijo Jeremías: «Dará su rostro al que le hiere y será lleno de oprobios».

3. También se ha de ponderar *el misterio de estos dos modos de heridas* que recibió Cristo nuestro Señor con las manos de los pecadores, porque *unos* le hieren con la mano *cerrada* y *apretada,* y éstos son los avarientos y codiciosos, que se ocupan en allegar bienes para sí, y los aprietan sin extender la mano a repartirlos con pobres; *otro* le hieren *con las palmas* y *manos extendidas* y abiertas, y éstos son los soberbios y jactanciosos del mundo, y los regalados y blandos en su carne; los pródigos y manirrotos en dar y gastar para su vanidad y sensualidad. Las culpas de éstos traen mayor ignominia, porque afrentan a Cristo, despreciándole por honrarse a sí. Y en castigo de estas dos suertes de culpas, quiere Cristo nuestro Señor pasar por estas dos diferencias de penas; y así, tengo de pensar que yo soy el que hiere a Cristo con mis puños cerrados, cuando peco por codicia de bienes terrenos, y yo le hiero con las palmas extendidas, cuando peco por vanidad y sensualidad, por dilatar mi fama y buscar la blandura de mi carne.

¡Oh liberalísimo Dador do todos los bienes, que con tanta liberalidad das tu rostro al que te hiere, con deseo de darle tu corazón por el grande amor que le tienes! Abre, Señor, tu mano benditísima y toca a los que te hirieron con la suya, para que cesen de herirte, y con ella hieran sus pechos como el Publicano, confesando sus culpas para que alcancen perdón de ellas. Amén.

PUNTO CUARTO

Mesados sus cabellos. Palabras afrentosas.

1. La cuarta pena y tormento fue *mesarle las barbas* y *arrancarle los cabellos* con crueldad excesiva; porque aunque los Evangelistas no cuentan esto, pero lo dijo el mismo Señor por Isaías, y es cierto que se

cumplió: «Yo, dice, di mi cuerpo a los que le herían, y mis barbas a los que las arrancaban; no aparté mi rostro de los que me escarnecían y escupían».

¡Oh sumo Sacerdote, mucho más noble que Aarón, cuya unción destilaba de la cabeza hasta la barba, para significar su dignidad y fortaleza varonil! ¿Cómo consientes que la tuya sea mesada y arrancada con tanta ignominia y crueldad? ¡Oh sagrado Nazareno, cuyos cabellos no habían de ser cortados durante su consagración! ¿Por qué dejas repelar y arrancar los tuyos, pues siempre eres Nazareno y Santo, y la misma santidad? Ya veo, Señor, que por mis cobardías afeminadas son mesadas tus barbas, y por mis demasías y excesos son arrancados tus cabellos; y pues el amor que me tienes, más casto que el de Sansón a Dalila, dio licencia para esto, te suplico perdones las culpas que fueron causa de estas penas, y me des un ánimo varonil para servirte, y muy mortificado para nunca más ofenderte.

2. La última injuria fue de *palabras afrentosas* que le decían cuando le daban bofetadas y puñadas, diciéndole: *Profetízanos, Cristo, ¿quién es el que te hirió?* Que era decir: Pues dices de Ti que eres Cristo y profeta, adivina quién te dio esta bofetada; en lo cual daban a entender que le tenían por Cristo fingido y por profeta falso. Y añade San Lucas «que decían contra Él *otras muchas blasfemias*», las cuales deja a nuestra consideración. Mas para creer que fueron muchas y muy graves, basta saber que los blasfemadores eran muchos y muy atrevidos y descomedidos, llenos de ira y rencor, y que la serpiente infernal movía sus lenguas serpentinas para que vomitasen injurias y blasfemias nunca oídas, a fin de provocarle a impaciencia y tomar de Él cruel venganza Es de creer que renovarían todas las palabras injuriosas que otras veces le habían dicho, llamándole samaritano, endemoniado, comedor y bebedor, amigo de publicanos, quebrantador de los sábados y fiestas, revolvedor del pueblo, embaucador, nigromántico, blasfemo contra Dios, y otras innumerables. De suerte que ellos hartaron y cumplieron el deseo que tenían de injuriarle, cumpliéndose en Cristo nuestro Señor lo que dijo de sí el Santo Job: «Abrieron contra mí sus bocas, diciéndome oprobios, hirieron mi rostro y se hartaron con mis penas. Y el mismo Cristo, como dijo Jeremías, quedó también harto y lleno de desprecios; pero siempre con ganas de recibir otros mayores, como los recibió en el discurso de esta noche; porque el deseo de sus enemigos era como hambre canina y sed de hidropesía, que aunque coma y beba hasta hartarse, luego tiene hambre y sed de comer y beber más hasta la muerte. Pero el deseo de Cristo nuestro Señor era hambre y sed de caridad infinita, que nunca del todo se puede ver harta, y así, por mucho que ellos deseaban llenarle de injurias, estaba aparejado

para recibir otras muy mayores. ¡Oh, bendita sea caridad tan insaciable y fuego de amor tan encendido, que nunca supo decir a sus injuriadores: basta, basta, sino antes: dame, dame! (Prov 30, 15)

3. Finalmente, cerca de estas cinco maneras de injurias se ha de ponderar cómo los Evangelistas *no se desestimaron contar tan por menudo las afrentas e injurias de nuestro Salvador,* porque sabían que *era grande gloria de Dios*, *de Cristo* y *nuestra,* haber querido padecer tales cosas por nosotros; y por consiguiente, que *no hemos desechar de padecer otras semejantes,* sino gloriarnos de ellas y amar de todo corazón al que tales muestras de amor nos dio, y nunca cesar de alabarle, juntando con la continua acción de gracias, continuos servicios por ellas, de las cuales puedo hacer una como letanía, en esta o en otra forma:

Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por haber sufrido con invencible paciencia y humildad que fuese tu rostro escupido, tus ojos vendados, tus carrillos abofeteados, tus barbas mesadas, tus cabellos arrancados, tu cuerpo golpeado y tus oídos con innumerables blasfemias ofendidos. Te suplico, Señor, por estas tus sacratísimas penas, me perdones las culpas que fueron causa de ellas, y me hagas tan dichoso, que padezca con paciencia y caridad por Ti las penas que Tú padeciste por mí.

PUNTO QUINTO

Lo que Cristo padeció lo restante de aquella noche.

1. Luego se ha de considerar lo que Cristo nuestro Señor padecería *en lo restante de aquella noche,* lo cual es más de lo que nuestro entendimiento puede alcanzar; porque, habiéndose ido los pontífices y sacerdotes a reposar, Cristo nuestro Señor quedó *fuertemente atado* en aquella sala, con muchos soldados de guarda, acudiendo también los criados y chusma de la casa, los cuales *se entretuvieron todo aquel tiempo* burlando de Él en las cinco cosas que se han dicho, y con otras muchas que Satanás les instigaba para vengarse de Cristo y derribar su constancia; y yéndose unos a dormir, venían otros de refresco que proseguían sus injurias, sin dejarle dormir ni descansar en toda la noche, estando como blanco y terrero de todos, cumpliéndose lo que había dicho Simeón: «Que estaría puesto como señal de contradicción». Y lo que dijo David: «Yo soy gusano y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo».

2. *Pero ¿qué hacía entonces este soberano Redentor,* no hombre, sino más que hombre y gloria de los hombres? Mostraba un rostro como de diamante y un cuerpo como de acero, sin cansarse de sufrir ni dar señal de enfado o enojo; y en lo interior ofrecía todos aquellos trabajos a su Padre por los pecadores, y estaba continuamente orando por ellos con grandísimo fervor, de modo que podemos decir de Él: Estaba trasnochando y pasando toda la noche en oración de Dios; esto es, en oración altísima, digna de Dios, sin que la muchedumbre de las injurias que oía ni la terribilidad de los dolores que padecía le distrajesen o entibiasen en ella. Allí tenía presentes a sus discípulos que andaban descarriados como ovejas sin pastor, y oraba por ellos ardientemente por que no se los tragase el lobo infernal; y también puedo creer que me tenía presente en su memoria 3^ ofrecía por mí su oración.

¡Oh Salvador mío, quién se hallara en vuestra compañía para consolaros en el desconsuelo de tan larga noche! Con el espíritu me pongo en vuestra presencia, deseando trasnochar en la oración de Dios, juntando la mía con la vuestra para que sea bien recibida *y* despachada.

PUNTO SEXTO

Dolor de la Virgen al oír la prisión de su Hijo.

1. Últimamente, se ha de considerar cómo alguno de sus discípulos, y *quizá fue San Juan, llevó la noticia de la prisión de Cristo* nuestro Señor *a la Virgen sacratísima,* que estaba en compañía de la Magdalena y de otras santas mujeres, donde habían comido su cordero pascual, y al oír la triste nueva, fue *su alma traspasada con el cuchillo de dolor* y tristeza tan crecida, que bien pudo decir con verdad las palabras de su Hijo: «Triste está mi alma hasta la muerte». Esto es, está llena de tristeza mortal, con ansias y congojas como de muerte; porque como era encendidísimo el amor que le tenía, y muy viva la fe y aprensión de las injurias y dolores que había de padecer, cuando le consideró ya metido dentro de ellas, fue su alma llena de amargura y penetrada de un mar de compasión, de suerte que podríamos decir de Ella lo que dijo Jeremías: «Grande es como el mar tu dolor y contrición; ¿quién podrá darte remedio en ella?».

2. Pero como esta Virgen *estaba llena de Dios,* hizo luego lo que su Hijo, *acudiendo al remedio de la oración,* y puesta de rodillas delante del Eterno Padre, pegando su rostro con la tierra, diría: Padre soberano, si es posible, pase este cáliz de mi Hijo sin que le beba, o templa en algo su

terrible amargura; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que Tú. Padre Eterno, todas las cosas te son posibles: traspasa este cáliz de mi Hijo en mí, yo lo beberé porque Él no lo beba; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y en esta oración velaría grande rato, haciendo actos de confianza y resignación, conformando su querer con el divino; y es de creer que con la congoja oraba más prolijamente, hasta que el Padre Eterno, por algún ángel o por Sí mismo, interiormente la confortó,

3. Luego se levantaría de su oración, y a imitación de su Hijo, como buena Madre, procuraría *confortar a las que estaban en su compañía,* para que no desfalleciesen en la fe, y lo restante de la noche gastaría en revolver por su memoria las aflicciones que su Hijo estaba padeciendo, como las había leído en los profetas, haciéndose sus ojos fuentes de lágrimas con estas consideraciones.

¡Oh Virgen sacratísima, que como otra Sión, llorando lloráis toda la noche, derramando lágrimas por vuestras mejillas, sin que alguno de vuestros conocidos os consuele en esta aflicción! Razón tenéis de llorar, porque el espíritu de nuestra vida, Cristo, ha sido preso por nuestros pecados. ¡Oh pecados nuestros, que tanto dolor causáis a Cristo y a su Madre! Llorad, ojos míos, toda la noche; llorad llorando con gran dolor, derramando copiosas lágrimas por vuestras mejillas, pues ningún otro consuelo les podéis dar que llorar las culpas que son causa de sus llantos.

Meditación 31

La presentación de Cristo nuestro Señor ante Pilato, y la muerte de Judas

PUNTO PRIMERO

Malicia de los escribas; virtudes de Cristo.

Luego en siendo de día, se tornaron a juntar en casa de Caifás los príncipes de los sacerdotes y los escribas y ancianos, y llamando a su concilio a Cristo nuestro Señor, le preguntaron por segunda vez: «Si Tú eres Cristo, dínoslo». Respondió el Señor «Si os dijere quién soy, no me creeréis; y si os preguntare algo, es a saber, de las Escrituras, para que

vengáis en conocimiento de esto, no me responderéis, ni me soltaréis; pero de verdad os digo que el Hijo del Hombre, que está aquí, después estará sentado a la diestra de Dios». Replicaron ellos; «¿Luego Tú eres Hijo de Dios?» Les respondió Jesús: «Vosotros lo decís que Yo soy». Contentos con esta respuesta, dijeron: «No hay necesidad de testigos, pues de su boca hemos oído lo que queremos».

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, *cuán deseada tenían la mañana, así Cristo* nuestro Señor, *como sus enemigos,* pero *con fines contrarios*. *Cristo* porque en aquel día pensaba concluir la redención del mundo, y llevaba treinta y tres años esperando este día, que tenía por suyo, en cuanto todo era para bien nuestro. *Sus enemigos,* deseaban que amaneciese para concluir su dañada pretensión de matarle cruelmente, y así madrugaron mucho para juntarse otra vez de nuevo en su concilio. De donde tengo de sacar afectos de agradecimiento a Cristo nuestro Señor por las ganas que tuvo de ver este día, y afectos de confusión y vergüenza, viendo cuán diligentes son los malos para el mal y cuán madrugadores para cumplir su propia voluntad, y yo cuán perezoso y descuidado en cumplir la divina.

2. Lo segundo, se ha de ponderar *la malicia* y *astucia de estos escribas* en la pregunta que hicieron a Cristo nuestro Señor para cogerle de cualquier modo que respondiese; porque si negaba que era Cristo dijeran que era contrario a Sí mismo y que Él se condenaba en haberse tenido por Cristo; y si confesaba que lo era, ratificándose en lo dicho, alcanzarían lo que deseaban para condenarle.

3. Pero mucho más se ha de ponderar en la respuesta de Cristo nuestro Señor, *su admirable prudencia, su modestia* y *mansedumbre,* juntas con *grande libertad de espíritu,* añadiendo por segunda vez aquella palabra, que estaría sentado a la diestra de Dios, para ponerles miedo, y para que nosotros entendamos que sus humillaciones habían de parar en exaltación; y lo mismo será de las nuestras, si le siguiéramos.

4. Y finalmente, *con otro ánimo diferente* del que tenían estos traidores, mirando a Cristo nuestro Señor *tan desfigurado* con los muchos trabajos de aquella penosa noche, *le preguntaré si es Cristo.* ¿Por ventura, Jesús mío, sois Vos el Cristo? ¿El Mesías? ¿El Hijo de Dios vivo? ¿El resplandor de la gloria del Eterno Padre? ¿El que es figura de su sustancia e imagen invisible de Dios? Pues si lo sois, como de verdad lo sois, *¿cómo está vuestro rostro tan desfigurado?* ¿Cómo tan afeado con salivas? ¿Cómo tan acardenalado con bofetadas? ¿Quién os ha tratado de esta manera sin tener respeto a vuestra venerable persona? Mis pecados son la causa de esto, y vuestra caridad ha tomado estas insignias, por las cuales da testimonio de

que es Cristo Hijo de Dios vivo, que vino al mundo para redimirle; porque otro que Cristo no pudiera sufrir tantos tormentos con tanto amor por los pecados que no hizo; y pues Vos lo sufrís, Vos sois mi Cristo, mi Dios y mi Salvador, a quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amén.

PUNTO SEGUNDO

Cristo es llevado a Pilato.

Oída esta respuesta, se levantó toda aquella muchedumbre de gente, y atando de nuevo a Jesús, le llevaron a Poncio Pilato, presidente.

1. En esta tercera estación que anduvo Cristo nuestro Señor se ha de considerar, lo primero, cómo *el estado eclesiástico de los judíos,* enemigo declarado de Jesucristo, por su sentencia *le relajó al brazo seglar* de Pilato, presidente por los romanos, para que le ajusticiase más cruelmente, pareciéndoles que era muy pequeña la pena que ellos podían darle, porque deseaban muriese con muerte muy cruel; ordenándolo así la divina Providencia *para que judíos* y *gentiles concurriesen a la muerte del que moría por la salvación de todos.*

¡Oh dulce Jesús!, si los de vuestra nación, a quien tanto bien habéis hecho, así os condenan, ¿qué se puede esperar de los extraños que no os conocen? Pero Vos, Señor, estáis aparejado para ser perseguido de todos, para dar salud a todos, porque vuestra muerte es nuestra vida *y* vuestra condenación en el concilio de los malos será nuestra salvación en la presencia de Dios por todos los siglos. Amén.

2. Lo segundo, se ha de ponderar *la crueldad con que llevaron a Cristo* nuestro Señor por las calles de Jerusalén con grandes voces y alaridos, concurriendo a esto mucha gente, por ser innumerable la que había en la ciudad a causa de la fiesta del cordero. Iba nuestro buen Jesús maniatado con paso muy apresurado, pero con un rostro modesto, grave y manso, dejándose llevar de aquellos tigres, sin resistencia alguna, sufriendo los desprecios y ultrajes que le decían, con mucha mayor afrenta que la noche pasada, porque con el día claro todos le podían ver y conocer; y como sabían que esto se hacía por orden de sus sacerdotes, y que ellos iban allí cerca, ninguno se atrevía a contradecir, antes clamaban contra el preso.

Gracias te doy, ¡oh, buen Jesús!, por todos los pasos que diste desde casa de Caifás hasta la de Poncio Pilato, y por las afrentas que en este camino padeciste; por ellas te suplico perdones los malos pasos que he

dado para ofenderte, y los endereces de aquí adelante para que todos sean por servirte.

PUNTO TERCERO

Desesperación y muerte de Judas.

Viendo Judas que Cristo estaba condenado a muerte en el concilio de los sacerdotes, y que le llevaban a Pilato para que lo aprobase y ejecutase, le pesó lo que había hecho, y se fue al templo, donde estaban algunos sacerdotes y ancianos ocupados en su ministerio, y les dijo: «Pequé entregando la sangre del Justo.» Ellos respondieron; «¿Qué nos importa a nosotros de eso? Haberlo previsto primero.» Y él, arrojando los dineros en el templo, se fuese y ahorcó.

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, cómo *el demonio ciega los ojos del pecador al tiempo que peca,* porque no vea la maldad de la culpa y huya de ella, *y después los abre* encareciéndosela mucho y afeándosela tanto, que de corrido venga a desesperar, como sucedió a Caín, el cual dijo a Dios con desesperación: «Mi maldad es tan grande, que no merezco perdón ni misericordia».

Pero yo, Dios mío, confieso que mi maldad es grande; mas juntamente confieso que es muy mayor vuestra misericordia, y por ella confío alcanzar el perdón que no merezco, porque no queréis la muerte del pecador, sino que se convierta y viva.

2. Lo segundo, ponderaré cómo Judas *comenzó* á hacer penitencia y a ejercitar las tres partes de ella; porque *tuvo dolor interior,* y *confesó su pecado* delante de los sacerdotes, *y satisfizo,* restituyendo el precio que había llevado injustamente; pero todo *le aprovechó poco,* porque no fue buena su penitencia, *ni el dolor era verdadero, ni hizo la confesión a quien debía, ni con esperanza de perdón.* De donde sacaré aviso para procurar que mi penitencia no sea fingida ni defectuosa; porque no basta decir, como Judas: pequé, si no se dice como lo dijo David, al cual, diciendo: pequé, perdonó Dios su pecado, porque lo dijo con gran contrición y confianza de alcanzar perdón.

3. Lo tercero, he de ponderar *la obstinación de estos judíos* y *la crueldad de aquellos sacerdotes,* porque, con ver al discípulo arrepentido y que confesaba ser inocente su Maestro, ellos *perseveran en su maldad,* diciendo: ¿Qué nos importa a nosotros que sea inocente y que tú hayas

pecado en venderle? Haberlo previsto primero lo que hacías. Y con esta respuesta tan desabrida le dieron *mayor ocasión de desesperar;* por donde se ve cuán peligroso es no dar buena acogida a los pecadores cuando dan algún asomo de arrepentimiento. Lo cual es muy ajeno del Espíritu de Cristo nuestro Señor, de quien está escrito que no apaga el pábilo de la lámpara que tiene algo de luz y está echando humo, antes la atiza y aviva para que tenga luz cumplida.

4. Lo cuarto, se ha de ponderar *el justo juicio de Dios en desamparar a este traidor,* como sus pecados merecían, permitiendo que no hallase consuelo en los hombres, ni contento con su dinero; antes, su dinero fuese su verdugo, y su deseo cumplido fuese su sayón y atormentador, recibiendo mayor congoja en tenerle, que recibió contento al tiempo de recibirle; y así, le arrojó de sí, y no tuvo ánimo para acudir a Dios, ni a su Maestro a pedir perdón; antes, atormentado de la conciencia e instigado de Satanás, no se atreviendo a esperar la resurrección de Cristo, de que tenía noticia, se resolvió a ahorcarse luego, como lo hizo; para que en este miserable conozcamos todos la pena de la avaricia, que es perder el dinero, la vida y la felicidad eterna, y morir a sus mismas manos, reventando por medio y derramando sus entrañas, por no haber tenido entrañas de misericordia con Cristo.

5. Finalmente, ponderaré el sentimiento que tuvo Cristo nuestro Señor de la condenación de este discípulo, y cuán de buena gana le recibiera a penitencia si, como acudió a los sacerdotes del templo, acudiera a Él con arrepentimiento.

¡Oh Redentor misericordiosísimo, que a ningún pecador desechas, por muy cargado que esté de pecados, pues tanto sientes la perdición de los que eran tuyos!, no me dejes de tu mano, porque si Tú me dejas, daré en los desvaríos de Judas, pues no hay mal que haga un hombre, que no le pueda hacer otro si le sueltas de tu mano.

PUNTO CUARTO

Compran el Campo de la Sangre.

Los príncipes de los sacerdotes, tomando consejo sobre lo que harían de aquel dinero, no lo quisieron echar en el arca del templo, porque era precio de sangre, sino compraron con ello un campo de un alfarero, para sepultura de peregrinos.

1. Donde se ha de ponderar, por una parte, la *hipocresía* de estos malos sacerdotes, y por otra parte *la bondad de Dios,* que con secreto instinto les movió a esta traza, para significar que la sangre de Cristo había de ser de poco provecho para los sacerdotes del templo y sus secuaces; pero había de ser precio con que se comprase el descanso eterno de los que viven en esta vida como peregrinos.

2. Y también se ha de ponderar cómo Cristo nuestro Señor mostró *el amor que tenía a los pobres,* en querer que el precio de su sangre fuese remedio de pobres para darles sepultura, aficionándonos con esto a las obras de misericordia, aunque sea a costa de nuestra sangre.

¡Oh dulce Jesús!, pues tanto nos amas, que todo lo que te pertenece quieres se convierta en provecho nuestro, mira mi pobreza, y con el precio de tu sangre la remedia, para que viva como peregrino en esta vida, de modo que camine con diligencia al descanso de la eterna. Amén.

Meditación 32

La acusación de Cristo nuestro Señor ante Pilato y las preguntas que Pilato le hizo

PUNTO PRIMERO

Ante Pilato.

Presentado Cristo ante Pilato en su pretorio, salió el presidente a los judíos y les preguntó: «¿Qué acusación traéis contra este hombre?» Ellos respondieron: «Si no fuera malhechor, no le entregáramos a ti».

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero *la mala acogida* y el mal tratamiento *que haría Pilato a Cristo* nuestro Señor cuando le vio traer tan atado y con tanto estruendo y en un día tan solemne, concibiendo que sería algún gran malhechor, *pues en tal día* y *por gente tan grave venía preso;* compadeciéndome de ver a mi Señor tan despreciado, y acordándome de la diferente manera con que Él recibió a la mujer adúltera que le trajeron los judíos para que la juzgase.

¡Oh Juez misericordiosísimo, que con tanta mansedumbre recibes a los presos, no sólo cuando son inocentes, sino también a los culpados,

librándolos de sus crueles acusadores!, ¿cómo siendo Tú la misma inocencia, quieres ser recibido de este soberbio Juez con tal ignominia? Pues confundes a los acusadores del que es culpado, y los haces ir uno tras otro con sólo escribir en la tierra con tu dedo sus pecados, ¿por qué no los escribes también ahora, para que, confundidos, te dejen y cesen de acusarte? Mas tu misericordia es tan grande, que, compadeciéndose de los pecadores, no quiere compadecerse de sí, para padecer por ellos. Líbrame, Señor, de mis acusadores cuando fuere presentado en el tribunal de tu juicio, y recíbeme con piedad, para que, librado por Ti, goce para siempre de Ti. Amén.

2. Lo segundo, ponderaré *la gran soberbia* y *presunción de estos acusadores de Cristo*, la cual mostraron en decir: «Si éste no fuera malhechor, no le trajéramos a tu tribunal.» Como quien dice: Basta que nosotros, siendo sacerdotes y letrados de la ley, le traigamos preso, para que estés cierto que es malhechor. ¡Oh soberbia endemoniada, que así ciegas a los malhechores! ¡Oh humildad soberana, que así humillas al supremo Bienhechor! De esta humildad de Cristo nuestro Señor, que, siendo bienhechor de todos, quiso ser tenido por público malhechor de los mismos a quien hizo bien, tengo de sacar grande afecto a la humildad, teniendo por dicha hacer bien a todos y que todos me tengan por malhechor, a imitación de mi Salvador.

PUNTO SEGUNDO

Acusación contra Cristo.

Les respondió Pilato: «Si es tan público malhechor como decís, castigadle vosotros según vuestra ley.» Ellos dijeron: «A nosotros no es permitido matar a alguno»; esto es, matarle con el género de muerte que éste merece, porque nosotros solamente, podemos apedrearle, y esta es pequeña pena para sus delitos. Entonces le comenzaron a acusar de *tres: El primero, que alborotaba la gente con mala doctrina. El segundo, que prohibía dar los tributos debidos a César. El tercero, que decía de Sí ser Cristo rey;* esto es, que era el Mesías que estaba prometido por rey de los judíos.

Aquí se ha de ponderar la maldad de estos acusadores, y *las calumnias que inventaron contra Cristo* nuestro Señor con ánimos emponzoñados; porque llana cosa era que *no alborotaba* Cristo a la gente, antes la movía a penitencia y a todo género de virtud, tanto, que dijo a sus

discípulos: «Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos; haced todo cuanto os dijeren». También era llano que *no prohibía pagar los tributos* a César, antes dijo: «Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios», y El pagó el tributo por Sí y por Pedro, con no estar obligado a ello. Item, nunca dijo de Sí que era *rey temporal,* como los que hacían los romanos; antes, queriéndole hacer rey, huyó. Y si decía que era Mesías, sus obras daban testimonio de ello. Pues ¿adónde más pudo llegar la maldad de estos falsos acusadores, que a inventar calumnias? ¿Y qué mayor crueldad pudo ser que no hartar su rabia con la muerte que ellos pudieron darle, sino fingir delitos para condenarle a otra más cruel, que era la muerte de cruz?

¡Oh dulce Jesús, gracias te doy por el silencio con que oyes tales calumnias, pudiendo fácilmente deshacerlas! Concédeme que imite tu paciencia, y líbrame del vicio del aborrecimiento, que tales calumnias inventa contra el que es aborrecido.

PUNTO TERCERO

Pilato examina a Cristo

Oyendo Pilato estas acusaciones, se entró en la sala del tribunal para examinar a Cristo de los delitos que le oponían, y comenzó por el postrero, que tenía por más grave, diciéndole: «¿Eres Tú el rey de los judíos?» Cristo nuestro Señor, como vio que esta pregunta era hecha con sencillez, respondió a ella. «Mi reino no es de este mundo; porque si lo fuera, tuviera vasallos y criados que me defendieran para que no fuera entregado a los judíos; y así, mi reino no es como los del mundo.» Le replicó Pilato: «¿Luego, rey eres Tú?» Respondió Cristo: «Tú lo dices que soy rey, y así lo confieso, porque nací y vine al mundo a dar testimonio de la verdad, y los que andan en verdad oyen mi voz».

Cerca de este examen que Pilato hizo de Cristo nuestro Señor, se han de ponderar *las notables sentencias* que dijo en sus respuestas.

1. *La primera, que su reino no era reino terreno* y *mundano* como los de acá, y por esto no tenía aparato de soldados ni de gente de guarda, ni los demás ministros que suelen tener los reyes terrenos en sus reinos; y no solamente quiso decir que no lo era, sino que no lo pretendía ni jamás lo había pretendido, como sus acusadores decían.

2. *La segunda fue que verdaderamente era rey,* pero rey celestial; y tenía reino, pero reino de otro mundo, que es *el reino del cielo* y *el reino espiritual de su Iglesia;* y por consiguiente, tenía vasallos y criados, pero celestiales y espirituales, que son los ángeles, y los justos y fieles que le creen; porque cual es el rey, tales son los vasallos, y cual es el reino, tales son sus ciudadanos.

¡Oh Rey soberano, instituido por el Padre Eterno sobre el santo monte de Sión!, muy debido era a vuestra grandeza ser también rey de este mundo y tener por vasallos y esclavos a todos los reyes de la tierra. Pero vuestra infinita caridad renunció esta pompa mundana para darme ejemplo de humildad y levantar mi corazón a la pretensión del reino celestial con desprecio del terreno. Hacedme, Rey mío, vasallo digno de vuestro reino, con ánimo para despreciar todo lo que estima el mundo.

3. *La tercera sentencia fue* que había nacido en el mundo *para dar testimonio de la verdad;* esto es, para enseñarla y predicarla, confirmándola con milagros y obras maravillosas; en lo cual tuvo *tres excelencias. La primera,* que nunca testificó cosa que fuese falsedad o mentira, sino verdad, y no cualquiera, sino verdad provechosa para alcanzar el reino cuyo Rey era. *La segunda,* que testificó esta verdad con gran valor, aunque le hubiese de costar la vida el decirla. *La tercera,* que cuando era de cosa gloriosa para Él, la decía, no por su honra, sino por cumplir con su oficio, dando testimonio de la verdad. A imitación de este Señor, he de persuadirme que yo también nací y vine al mundo para dar testimonio de la verdad con mis obras y palabras, procurando que siempre resplandezca en ellas la divina verdad, sin mezcla de mentira ni fingimiento, aunque me cueste la vida el testificarla.

4. *La cuarta sentencia fue que todos los que son del bando de la verdad* y *la aman, oyen su voz,* dando crédito a lo que dice y obedeciendo a lo que manda; y por aquí echaré yo de ver si soy del bando de Cristo, que es la misma verdad, o del bando del demonio, que es padre de la mentira. En todo esto se ha de ponderar *la autoridad* de Cristo nuestro Señor y la divinidad que en Él resplandecía en medio de tantos desprecios, sin dejar por ellos de hacer su oficio de maestro. Y si este miserable juez le quisiera oír, preparado estaba para enseñarle con mayor luz esta verdad. Pero el desventurado, aunque comenzó a tener deseo de ello, preguntando a Cristo: «¿Qué es la verdad?», no esperó respuesta, porque no mereció oírla.

¡Oh Maestro del cielo, respondedme dentro de mi corazón, ¿qué es la verdad?, y dádmelo a sentir con gran firmeza! Vos, Dios mío, sois la

misma verdad, *y* cuanto de Vos procede es la verdad. Verdad es vuestra vida, vuestra doctrina, vuestros preceptos, vuestros consejos, vuestros milagros y vuestros sacramentos. ¡Oh, si mi vida se conformase con esta verdad y anduviese siempre en verdad hasta veros claramente en vuestra gloria! Amén.

PUNTO CUARTO

Admirable silencio de Cristo delante de Pilato.

Oídas estas respuestas de Cristo tan concertadas, dedujo de ellas Pilato su inocencia, y sacándole consigo fuera del pretorio a vista del pueblo, dijo: «Yo no hallo en este hombre causa para condenarle.» Oyendo esto los príncipes de los sacerdotes y ancianos, temiendo no le soltase Pilato, le acusaban de nuevo en muchas cosas, pero Cristo no respondía. Le dijo Pilato: «¿No ves de cuántas cosas te acusan y cuántos testimonios dicen contra Ti? ¿Cómo no respondes algo? Con todo eso, Jesús no respondía palabra, sino callaba de modo que el presidente se admiró vehementemente.

1. En este punto se ha de ponderar *el maravilloso silencio* de Cristo nuestro Señor, el cual, con razón, causó vehemente admiración en Pilato, como cosa nueva y no vista en el mundo, porque concurrieron muchas cosas que al juicio humano le provocaban a hablar y responder por sí. Las acusaciones eran muchas y falsas, y en materias gravísimas y de gravísima deshonra, opuestas por personas muy calificadas, a fin de que por ellas fuese condenado a muerte cruel y muy infame, y el mismo juez le provocaba a que respondiese por Sí con deseo de darle por libre, porque conocía su inocencia. Cualquier cosa de éstas bastaba para provocar a cualquier hombre a su defensa; pero Cristo nuestro Señor, rompiendo por todas, quiso callar y no responder palabra, descubriendo en esto su *grave mansedumbre* y *paciencia,* no sólo en no vengarse de sus calumniadores, pero ni quererlos convencer de su calumnia, pudiendo hacerlo con facilidad. Item, descubrió *gran fortaleza,* mostrando por la obra cuán poco temía la deshonra, los tormentos y la muerte, pues ni aun hablar quería para defenderse de ella, y esto admiró a Pilato y me ha de admirar a mí.

¡Oh buen Jesús, con cuánta razón os pusieron por nombre el *Admirable*, pues no sólo sois admirable en las grandezas y milagros, sino en las bajezas y trabajos! Admirable es vuestra mansedumbre, admirable vuestro sufrimiento y admirable vuestro silencio. Admirable fue, por

cierto, vuestro callar delante de Caifás; pero más admirable fue delante de Pilato, porque las acusaciones eran más graves, el peligro mayor y el juez más propicio para, oíros. Menester era tal silencio para castigar mi parlería y para darme eficaz ejemplo de callar, sufriendo con paciencia las injurias. Poned, Señor, guarda a mi boca y puerta muy justa a mis labios; no permitáis que mi corazón se incline a palabras de malicia para dar vanas excusas de mis pecados, y yo también, con vuestra gracia, propongo de guardar mi boca cuando el pecado se levantare contra mí, enmudeciendo, humillándome y callando lo bueno que pudiera decir para defensa, como Vos callasteis lo que pudiera servir para la vuestra.

2. De aquí sacaré también que *un silencio tan raro como éste* no se puede hallar sino *en gente que tiene muy mortificado el amor de la honra* y *de la vida,* y ha llegado a no temer con demasía la deshonra y la muerte, arrojando todas sus cosas en la divina Providencia, como arriba se dijo. Esto pretendió el Espíritu Santo cuando dice: «Funde el oro y plata que tuvieres, y haz de ello un peso para tus palabras, y frenos justos para tu boca, porque no deslices con tu lengua»; que es decir: Recoge todas las virtudes morales con la caridad, figuradas por el oro, y todas las virtudes intelectuales con la prudencia, figuradas por la plata; porque todas son menester para saber bien hablar y bien callar, por cuanto todos los vicios se aúnan para desconcertar la lengua, y así, es menester que también se aúnen las virtudes para concertarla; y por esto, quien no ofende a Dios con la lengua, señal es que es perfecto varón.

Meditación 33

La presentación de Cristo nuestro Señor ante Herodes, y los desprecios que allí padeció.

PUNTO PRIMERO

Cristo es remitido a Herodes.

Perseverando los sacerdotes y la multitud en acusar a Cristo, dijeron a Pilato que alborotaba al pueblo enseñando su doctrina por toda Judea, comenzando desde Galilea hasta Jerusalén; de donde dedujo Pilato que

Cristo era galileo y de la jurisdicción de Herodes, que estaba entonces en Jerusalén, y le remitió el preso para que él conociese de la causa.

1. Aquí se ha de ponderar cómo Cristo nuestro Señor, de quien dice San Pedro que pasó desde Galilea por toda Judea haciendo bien a todos y sanando los oprimidos del demonio, es ahora calumniado de que *alborotaba el pueblo con mala doctrina* desde Galilea por toda Judea; para que se vea cuánto quiso *ser humillado* el que permitió que todas sus peregrinaciones y sermones, que se ordenaban para bien de aquella gente, fuesen calumniados, diciendo que eran para su destrucción.

2. Lo segundo, se ha de ponderar *el trabajo* y *la ignominia* que Cristo nuestro Señor padeció *en esta cuarta estación,* desde casa de Pilato al palacio del rey Herodes, por medio de las calles y plazas de Jerusalén, con grande estruendo de gente, porque era ya más entrado el día; admirándome de la caridad y humildad del Hijo de Dios, que quiso ser traído por tantos tribunales, uno peor que otro, y venir al tribunal de un rey *cruelísimo e injustísimo,* que tomó para sí la mujer de su propio hermano y degolló al gran Bautista porque se lo reprendía. Lo cual trazó su providencia para que, padeciendo más por nosotros, nos obligase más a su servicio y nos diese más eficaces ejemplos de paciencia.

PUNTO SEGUNDO

Cristo, ante Herodes no le quiso responder palabra.

Herodes, al ver a Jesús, se holgó mucho, porque hacía gran tiempo que deseaba verle y esperaba que haría en su presencia algún milagro. Pero los príncipes de los sacerdotes y escribas estaban allí acusándole pertinazmente.

Sobre este punto se ha de ponderar *en Herodes el gozo que tuvo con la vista de Cristo,* y la buena acogida que le hizo, no por caridad, sino *por curiosidad* de ver a un hombre de tanta fama y esperar ver alguna novedad, pero todo redundó después *en mayor afrenta de Cristo* nuestro Señor, *el cual,* sin embargo de esta acogida, *no le quiso* hablar ni *responder palabra,* ni hacer milagro en su presencia.

1. Lo primero, *en detestación de su maldad,* tratándole como a descomulgado e indigno de ver sus maravillas; y por eso otra vez le llamó raposa, declarando la malicia astuta con que perseguía los principales sarmientos de la viña del Señor.

2. Lo segundo, *en detestación de la vana curiosidad,* porque no habla Dios sus divinas palabras ni hace sus obras maravillosas por sólo cebo del apetito curioso, y quien con este vano espíritu se llega a tratar con Dios en la oración, le hallará mudo y sordo para consigo, ni sentirá sus inspiraciones y hablas interiores, ni su moción para cosas grandes.

3. Lo tercero, *para descubrir las ganas que tenía de morir* y *padecer;* porque quien hizo milagros *para poder morir* por los hombres, privándose milagrosamente de la gloria del cuerpo, que se le debía por ser bienaventurado en el alma, no había de hacer milagro *para huir el padecer* y *la muerte;* con lo cual confunde nuestra tibieza, que pedimos a Dios milagros para que nos libre de los trabajos por no padecer con ellos.

¡Oh buen Jesús, que tantos milagros habéis hecho para remediar las necesidades ajenas!, ¿por qué no hacéis uno siquiera delante de Herodes para remediar la propia? Pues aunque su curiosidad lo desmerezca, vuestra necesidad clama; pero no queréis oír este clamor por oír el clamor de nuestras necesidades, cuyo remedio está en que muráis por ellas.

Por esta misma causa, aunque los sacerdotes y escribas acusaban a Cristo con grande ahínco delante de Herodes, *calló* con otro silencio *no menos admirable* que el que tuvo delante de Pilato, y aun en cierto modo mayor, porque a Pilato ya había hablado en el pretorio, descubriéndole la verdad de lo que le preguntaba, pero a Herodes ninguna palabra habló, ni en su defensa, ni por otro respeto humano, aunque sabía que por este silencio incurría en su indignación, enseñándonos con esto la libertad santa que debemos tener delante de reyes y príncipes para no hablar ni hacer delante de ellos, por sólo respeto mundano, lo que desean, aunque de no hacerlo se nos siga daño.

PUNTO TERCERO

Cristo despreciado y burlado por Herodes.

Viendo Herodes que Cristo no le hablaba, le despreció con su ejército, y burlando de Él, vestido con una vestidura blanca, le remitió a Pilato.

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, *la sentencia de este inicuo rey* contra Cristo; porque le tuvo por hombre *sin juicio* y *muy rústico* y *mal criado,* juzgando que de simplicidad o bobería callaba y había deseado ser rey; y así, no quiso condenarle a muerte, sino *afrentarle,* y que por

escarnio y mofa le vistiesen *una ropa blanca, como la solían traer los Césares*, aunque sería muy rota y vieja, para mayor escarnio. Y de este modo le remitió a Pilato, como quien dice: Ahí te vuelvo ese loco y simple, que por simplicidad quería ser rey. Y todo el ejército, queriendo vengar la injuria de su señor y lisonjearle, escarneció a Cristo nuestro Señor con mil géneros de injurias, llamándole simple, descomedido, tonto y loco, reyecillo y otros nombres infames; y es de creer que también jugarían de manos contra Él, instigándoles a ello Satanás. Todo lo cual sufría este Señor con admirable paciencia, enseñándonos a despreciar las vanas, honras del mundo y a no hacer caso de los errados juicios de los hombres, que así trataron al mismo Dios.

¡Oh Verbo divino, sabiduría del Eterno Padre, gracias te doy por haberte humillado tanto, que quieras ser tenido de los hombres por simple y loco! Menester era tan grande humillación para curar mi grande soberbia y presunción. ¡Oh!, quién se viese vestido de esta tu librea y fuese tenido por loco, sin dar causa culpable para ello; porque no hay mayor cordura que gustar de ser despreciado en el mundo por Ti, ni mayor locura que buscar ser honrado sin Ti.

2. Lo segundo, se ha de ponderar *la grande afrenta* que Cristo nuestro Señor padeció *por aquellas calles de Jerusalén,* continuando todos los que iban con Él los escarnios que comenzó el ejército de Herodes, llamándole con grandes voces loco y rey fingido.

¡Oh Rey del cielo, cuán diferentes voces son éstas de las que daban hace cinco días, cuando os llamaban Rey de Israel y bendito del Señor!; pero ahora es tiempo de padecer para que vengáis presto a reinar. Ha de cumplirse lo que está escrito: «La simplicidad del justo es escarnecida, la luz es despreciada por la soberbia de los ricos»; pero su resplandor y claridad se descubrirá en el tiempo que está por venir. ¡Oh lámpara preciosísima, que lucís y ardéis con doctrina y caridad, y echáis rayos de mansedumbre y de paciencia, sufriendo tantos desprecios por nuestro amor!, tiempo vendrá en que se descubra vuestra preciosidad para confusión de los ricos y soberbios que os desprecian. Confundidlos, Señor, en esta vida con los ejemplos de vuestra humillación, para que, volviendo sobre sí, amen lo que despreciaban y desprecien lo que antes amaban y estimaban.

3. También se ha de ponderar, *cuán ridiculizado parecería Cristo nuestro Señor delante de Pilato con aquel nuevo traje* y *librea, y* cómo allí de nuevo fue también escarnecido de sus oficiales y criados, aumentándose siempre las injurias del humildísimo Jesús; para que no me canse yo de las

que me vinieren por mis culpas y avergonzándome de las ansias que tengo de ser tenido por sabio y cuerdo, y de lo mucho que siento si alguno me moteja de loco o menos avisado. Para lo cual me acordaré de aquel dicho del Apóstol: «Si alguno se tiene por sabio en este mundo, hágase como necio para ser verdaderamente sabio, porque la sabiduría del mundo es locura delante de Dios», así como la sabiduría de Dios parece locura al mundo.

4. También ponderaré cómo *aquella vestidura blanca* que se dio a Cristo por escarnio *era figura de la blancura* y *pureza de su alma* y *de la inocencia de su vida,* la cual suele andar junta con desprecios y humillaciones; porque es gran cosa, como se dice en el libro de los Cantares, ser puro y blanco en lo interior, y denegrido y despreciado en lo exterior; y así, pediré a nuestro Señor que me vista la vestidura blanca de su inocencia en el alma y la vestidura de sus desprecios en el cuerpo, para que en todo le sea semejante.

¡Oh Cordero sin mancha, en cuya sangre, aunque bermeja, se lavan los santos y blanquean sus vestiduras! hacedme blanco como la nieve, imitando vuestra pureza, y teñidme como sangre, imitando vuestra Pasión.

5. Finalmente, se ha de ponderar cómo *Herodes* y *Pilato,* que antes eran enemigos, *desde entonces quedaron amigos,* para significar que los príncipes de la tierra se aúnan y conjuran contra Cristo para perseguirle; pero Cristo nuestro Señor con su muerte los confederó en verdadera amistad, y juntó a judíos y gentiles en unión de caridad, figurada por esta amistad que trabaron entre sí Herodes y Pilato. Por donde también se ve cuán poderoso es cualquier modo de humildad para concordar los corazones desavenidos; pues estando estos dos hombres enemistados por punto de jurisdicción, cuando Pilato se humilló a remitirle el preso, que era de su jurisdicción, quedaron amigos. Y todo fue a costa de la humillación de Cristo, el cual con sus humillaciones compró la unión de caridad que tienen los escogidos, fundada en profunda humildad.

6. Finalmente, puedo ponderar, *el desastroso fin que tuvieron estos dos jueces* que así despreciaron a Cristo nuestro Señor; porque aunque con su paciencia sufre y disimula sus injurias, pero como es justo juez, a su tiempo las castiga como merecen.

Meditación 34

Cómo los judíos escogieron a Barrabás y condenaron a Cristo

PUNTO PRIMERO

Cristo en competencia con Barrabás.

Deseando Pilato librar a Cristo de la muerte, viendo que Herodes tampoco le había condenado, tomó un medio, a su parecer, conveniente, y se puede creer que fue por inspiración de Dios.

Había costumbre que el presidente en aquella pascua nombrase dos presos o más al pueblo, dándole facultad de escoger uno de los nombrados y éste quedase libre. Pilato, aprovechándose de esta ocasión, nombró con Cristo nuestro Señor un solo preso, y ése el más insigne malhechor que había en la cárcel, llamado Barrabás, hombre revoltoso, ladrón, homicida, y por esto aborrecido de todos, pareciéndole que el pueblo, por no dar libertad a tan mal hombre, escogería a Cristo, y así les dijo: «¿A quien queréis que os suelte, conforme a vuestra costumbre, a Cristo o a Barrabás?».

1. En lo cual se ha de ponderar la *humillación* de Cristo nuestro Señor; el cual, con ser tan grande, tan santo, tan sabio y tan bienhechor de todos, *entra en votos* y *en competencia* con un hombre infame, ladrón, revoltoso, homicida y público malhechor, *siendo la competencia* sobre cosa tan importante como era *la libertad, honra* y *vida.* Acá se tiene por afrenta entrar en competencia o hacer oposición con un hombre vil y de partes muy desiguales, y Cristo nuestro Señor compite con el más vil hombre del pueblo, para darnos ejemplo de humildad en todas las cosas.

¡Oh buen Jesús!, con cuánta razón podíais quejaros y decir lo que dijisteis por vuestro profeta: «¿A quien me asemejasteis e igualasteis?» ¿A quién me comparasteis e hicisteis semejante? Pero, según veo, Señor, mayor injuria os espera, porque nuestra soberbia con mayor humillación ha de ser curada.

2. Estando el pueblo dudando a quien escogería, los sacerdotes y ancianos comenzaron a sobornarle y persuadirle que pidiese a Barrabás. En lo cual se ha de considerar *la solicitud de estos malditos sacerdotes* en sobornar al pueblo; porque es de creer que andarían repartidos por varias

partes, hablando ya a unos, ya a otros, diciéndoles mil males de Cristo, que era más revoltoso y homicida que Barrabás, pues revolvía, no sólo una ciudad sino toda la provincia y reino, con peligro de que muriesen, no uno o dos hombres, sino toda la gente, si Él no moría. Y que merecía la muerte más que Barrabás, porque era muy mayor pecador, pues era blasfemo, encantador, enemigo de la ley de Moisés, etc. Todo esto entendía bien Cristo nuestro Señor, y le causaba grande sentimiento, viendo cómo aquellos falsos predicadores engañaban al simple pueblo y le quitaban el verdadero sentimiento que tenía.

3. También ponderaré con gran dolor de corazón cómo *Barrabás tiene tantos patrones y* solicitadores y agentes de su negocio, los cuales le abonan, favorecen y sobornan al pueblo, con ser su causa tan injusta, y no le faltaron amigos y deudos que, juntamente con los sacerdotes, hablaban por él. Pero Cristo nuestro Señor está *tan solo* y *desamparado,* que no tiene solicitador, ni agente, ni persona que se atreva a informar al pueblo y hablar en su favor, con ser su causa tan justa y estar el juez inclinado a favorecerle; no tiene amigo, ni discípulo, ni pariente, ni persona de las muchas a quien hizo grandes bienes, que ose hablar en su defensa.

¡Oh amparador y abogado de los pobres!, ¿cómo no hay quien os ampare y abogue en vuestra causa? Quejaos, Señor, a vuestro Eterno Padre, y decidle: ¡Oh, Padre mío, Tú sólo eres amparador de este pobre desamparado y ayudador de este triste huérfano! Envía de tu alto cielo alguno que abogue por mí y sea mi agente en causa tan grave. Mas vuestra infinita caridad, Salvador mío, quiere pasar por este desamparo para librarme del que yo por mis pecados había merecido.

PUNTO SEGUNDO

Cristo pospuesto a Barrabás.

Apretando Pilato al pueblo para que escogiese uno de los dos nombrados, les dijo: «¿A quién queréis que os suelte, a Barrabás o a Jesús, que se llama Cristo?» Y luego todos con gran clamor dijeron: «No queremos a Cristo, sino a Barrabás».

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, *la extremada humildad* y bajeza de Cristo nuestro Señor, pues en competencia de un hombre tan vil y abominable perdió la cátedra, y fue reprobado y *tenido por más indigno de la libertad* y *de la vida que Barrabás.*

¡Oh dulcísimo Jesús!, ahora veo con cuánta verdad dijisteis: «Gusano soy y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo», porque todos os desechan, posponiéndoos al más vil y desechado del pueblo. ¡Oh soberbia mía, que presumes subir sobre todos los hombres!, ¿por qué no te humillas con este ejemplo y te abajas y pospones a todos? Confundid, Señor, y hundid esta soberbia, pues no es razón que desde hoy más se atreva a levantar cabeza en presencia de tanta humildad.

2. Lo segundo, ponderaré *cuán errados son los juicios de los hombres,* pues en causa tan clara *dan sus votos contra la justicia* y *verdad,* en agravio manifiesto de Cristo. Y *cuán poderosa es la pasión* y *la envidia* y odio para cegar el entendimiento y despeñarle en intolerables errores; y *cuán mudables son los hombres* y cuán fáciles en dejarse engañar, pues los que hace pocos días con grandes voces clamaban que Cristo era Salvador y Rey de Israel, ahora con gran alarido dicen que es peor que Barrabás. De todo lo cual sacaré aviso para no hacer caso de los juicios de los hombres ni guiarme por ellos, ahora me alaben, ahora me vituperen. Y consolarme con este ejemplo de Cristo mi Señor cuando me viera desechado en las pretensiones que tuviere, aunque sean justas, y acordándome que la pretensión de la vida eterna solamente se negocia por voto del supremo Juez, que está libre de toda pasión y engaño.

Gracias te doy, Dios Eterno, porque no has puesto la libertad y vida de mi alma en votos de los hombres, ni quieres que mi salvación esté pendiente de pareceres tan errados y apasionados como los suyos. Hazme, Señor, superior a ellos, para que, despreciando sus vanos juicios, solamente tenga cuenta con el tuyo; pues de verdad no soy bueno ni malo por lo que dijeren los hombres de mí, sino por lo que soy delante de Ti.

3. Lo tercero, ponderaré cómo todas las veces que ofendo a Dios pasa dentro de mi corazón *un juicio perverso, semejante a éste de los judíos,* porque la tentación que me instiga a pecar no es otra cosa sino una pregunta que me hace, diciéndome: ¿A cuál quieres más, a Cristo o a Barrabás? ¿A Dios o a la criatura? ¿Al cielo o a la tierra? ¿A la honra de Dios o a la tuya? Y cuando ando vacilando y dudando sobre lo que escogeré, llegan el demonio y la carne a persuadirme con sugestiones y razones que deje a Cristo. Y, finalmente, cuando consiento, es como abalanzarme y escoger a Barrabás, a la criatura y al deleite sensual o a la honra vana, con grande injuria de Dios y con gran desprecio de Cristo y de su grandeza, y con grave desagradecimiento de las mercedes que me ha hecho; por lo cual me tengo de avergonzar, teniéndome por peor que los

judíos, pues teniendo fe verdadera de quién es Dios y quién es Cristo, le desprecio y dejo por otra cosa más vil que Barrabás.

¡Oh Hijo unigénito del Padre celestial, que fuiste comparado a Barrabás, que quiere decir hijo del padre no celestial, sino terreno, y en su competencia fuiste reprobado por los que eran lujos del demonio y cumplían los deseos de su padre!, no permitas que yo haga tal traición como ésta dentro de mi alma, sino que siempre viva como hermano tuyo, hijo de tu Eterno Padre, reprobando lo que Tú repruebas y aprobando lo que apruebas, estimándote a Ti sobre todo lo creado, pues eres infinitamente más amable que todo ello.

PUNTO TERCERO

Pusilanimidad de Pilato en la causa de Jesús.

Atónito Pilato de que el pueblo hubiese escogido a Barrabás, les dijo: «Pues, ¿qué queréis que haga de Jesús, que se llama Cristo?» Respondieron todos con grandes voces: «Crucifícale, crucifícale.» Replicó Pilato por tercera vez, diciendo: «¿Qué mal ha hecho este hombre? Yo no hallo causa en Él por la cual merezca muerte; yo le castigaré, y castigado, le soltaré.» Pero el pueblo levantando más el grito, clamaba: «Crucifícale, crucifícale».

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, *la pusilanimidad de este juez,* que, reconociendo la inocencia de Cristo nuestro Señor, no tuvo ánimo para librarle, antes pregunta al pueblo furioso qué quiere que haga de Él, haciéndoles jueces del que aborrecían y le habían traído allí por envidia; todo lo cual resultó en afrenta del Salvador.

2. Lo segundo, también se ha de ponderar *lo mucho que Cristo* nuestro Señor *sentiría aquellas voces* tan rabiosas y tan repetidas: *Crucifícale, crucifícale,* viendo que, no sólo pedían que fuese muerto, sino muerto con tan cruel muerte como era la de cruz.

¡Oh Salvador del mundo, en cuán grande aprieto te han puesto mis pecados! Ellos son los que dan voces y dicen: Crucifícale, crucifícale; porque siendo Tú crucificado, quedarán ellos contigo crucificados y muertos en la cruz. Mátalos, Señor, de modo que nunca más vivan en mi alma, porque no salga de ella otro clamor semejante, crucificándote otra vez dentro do mi corazón.

Meditación 35

Los azotes de Cristo nuestro Señor atado a la columna

PUNTO PRIMERO

Manda Pilato azotar al Señor.

Viendo Pilato la pertinacia del pueblo en pedir que Cristo fuese crucificado, dio contra Él la primera sentencia, que fuese azotado, entregándole a los soldados para que luego la ejecutasen.

1. Sobre este punto se ha de ponderar *los motivos que tuvo Pilato* para dar esta sentencia, que fueron dos: *a)* El uno, *para ver si con esta pena de azotes ablandaría al pueblo,* de modo que quedase satisfecho, y así pudiese librar a Cristo de la muerte; de donde se puede creer que mandaría a los soldados le azotasen cruelmente y le pusiesen tal, que moviese a compasión a los que le mirasen.

b) El segundo, *porque si hubiese de ser crucificado, hubiesen precedido los azotes,* según la ley de los romanos, que lo ordenaba así para que el crucificado no ofendiese con su vista a los que le miraban desnudo, antes les moviese a compasión viéndole llagado. De donde algunos contemplan que Cris tu nuestro Señor fue azotado *dos veces.* La primera por el primer motivo, y la segunda, por el segundo, cuando fue condenado a muerte de cruz.

2. Pero como quiera que esto haya sido, la sentencia fue *injustísima, cruelísima* y *atrocísima;* porque conocía bien el juez que Cristo era inocente, y sin embargo de esto, le condenó a castigo de azotes, que era castigo infame, propio de ladrones y de esclavos, y castigo cruel, derramando la sangre inocente con terribles dolores, y confirmando con la obra lo que el pueblo había hecho en escoger a Barrabás y condenar a Cristo, pues lo trataba como merecía ser tratada Barrabás por sus hurtos y latrocinios.

3. Con ser tal la sentencia, Cristo nuestro Señor en su corazón la *aceptó sin apelar, ni suplicar, ni decir palabra de queja*, ni dar muestra de sentimiento contra ella artes, de muy buena gana ofreció su cuerpo a los azotes, en satisfacción de nuestros pecados, para que con las llagas de todo su cuerpo, como dijo Isaías, sanase las llagas de toda mi alma y me

provocase a servirle y a amarle, pues descubriéndome sus entrañas, rasgadas con azotes, me obligaba a que yo le diese las mías con todos mis afectos. Es de creer que entonces Cristo nuestro Señor levantaría los ojos al cielo y diría a su Eterno Paire aquellas palabras de David: «Padre mío, aparejado estoy para los azotes. porque Tú así lo has ordenado: mi cuerpo había de ser inmortal e impasible, de modo que no pudiese tocarle mal de pena ni el azote pudiese acercarse al tabernáculo en que mora mi alma; pero tu providencia ordenó que Yo tuviese un cuerpo apto para padecer y ser azotado, y desde entonces estoy aparejado para ello con deseo de pagar lo que no robé, por librar de la pena a los qué robaron tu honra.

Gracias te doy, ¡oh dulcísimo Redentor!, por haber escogido sentencia tan cruel, tan infame y tan injusta. Me veis aquí, Señor, aparejado, por tu amor, para los azotes y con ánimo de aceptar la sentencia que dieres contra mí, porque ni será injusta, pues mis pecados la merecen, ni será infame ni cruel, pues es sentencia de padre que azota al hijo que ama para que se enmiende.

PUNTO SEGUNDO

Vergüenza de Cristo desnudo delante de todos.

Oída esta sentencia, tomaron los soldados a Cristo con grande orgullo y le entraron dentro de una sala, y en entrando, le despojaron de sus vestiduras, hasta la túnica inconsútil.

1. En lo cual se ha de ponderar *la vergüenza grande* que padecería aquel hermosísimo mancebo y excelentísimo Señor viéndose así desnudo delante de tanta muchedumbre de soldados, y los escarnios que harían de Él viéndole tan vergonzoso; y esta afrenta quiso sufrir con gran paciencia, en castigo de la desvergüenza con que yo me desnudé la vestidura de su gracia, y en precio para comprar esta sagrada vestidura con que se cubra mi miserable desnudez.

¡Oh amantísimo Señor, que me persuades compre de Ti oro puro y encendido de caridad, y vestiduras blancas de virtud, con las cuales me libre de la eterna confusión que merecía por estar desnudo de ellas!, yo te ofrezco por premio la desnudez y vergüenza que padeces, con un corazón determinado a desnudarme de todo lo terreno. Por ella te suplico me vistas con tu divina gracia para que no caiga en la confusión eterna.

2. También se puede considerar que, como algunos dicen, los soldados ataron fuertemente a Cristo nuestro Señor a una columna, *los brazos levantados en alto,* para poderle herir más a su placer, lo cual no sería pequeño tormento, porque le ataron por los pies y por las muñecas con grande crueldad; pero, cuando no le atasen con sogas, estaba Él más atado con las cuerdas del amor, y aparejado para dejarse desollar con azotes por nuestro remedio.

¡Oh Cordero sin mancilla, que con admirable mansedumbre te dejas atar de estos crueles esquilmadores, no sólo para quitarte la lana de tus sagradas vestiduras, sino para desollar tu delicado cuerpo con tijeras de crueles azotes, sufriendo este dolor sin balar ni abrir tu boca!, te suplico me ates contigo con cuerdas de caridad, tan fuertes que no basten a desatarme los azotes y trabajos temporales. Amén.

PUNTO TERCERO

Flagelación de Cristo.

1. Estando ya Cristo nuestro Señor desnudo en la columna, *comenzaron los sayones a azotarle con extraordinaria crueldad.* Los instrumentos del castigo, como algunos dicen, fueron *tres* diferentes, de que usaron diversos verdugos, hiriéndole unos después de otros; es a saber: *unas varas verdes* llenas de espinas, y *unos ramales tejidos de nervios de bueyes,* con sus abrojos de hierro al remate de ellos, y *unas cadenillas de hierro,* que herían y penetraban hasta los huesos.

Con estos azotes comenzaron a descargar terribles golpes sobre las espaldas del Salvador, las cuales, con la furia de los golpes, primero se acardenalaron, luego se desollaban del cuero delgado que tenían, después, penetrando los azotes la misma carne, vertían arroyos de sangre que caían en el suelo. Y con esta crueldad iban golpeando e hiriendo todo el cuerpo, sin perdonar brazos ni hombros, y todo el pecho hasta descubrir los huesos. De suerte que, como todo el cuerpo místico de su pueblo, como dice Isaías, estaba llagado de pies a cabeza, y del menor hasta el mayor, con llagas de pecados, así el cuerpo de Cristo nuestro Señor, desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza no tuvo parte sana, sino todo llagado como leproso, de la manera que le había visto en espíritu el mismo Isaías cuando dijo: «No tenía figura ni hermosura. Le vimos, y no había en Él cosa que se pudiese ver y desear. Estaba despreciado y el más abatido de los hombres, varón de dolores y experimentado en trabajos. Traía su

rostro escondido, y no hicimos caso de El. Verdaderamente tomó sobre Sí nuestras enfermedades y se cargó de nuestros dolores, y nosotros le tuvimos por leproso, herido de Dios y humillado; pero fue llagado por nuestras maldades y molido por nuestros delitos; el castigo causador de nuestra paz descargó sobre Él, y por sus llagas hemos sanado todos».

¡Oh, quién tuviera luz del cielo para contemplar, Redentor mío, la figura tan desfigurada que tenéis en esa columna! ¡Oh, quién tuviera caridad tan encendida que bastara para transfigurarme en esta figura por la fuerza de la compasión! ¡Oh el más hermoso de los hijos de los hombres!, ¿quién te ha quitado la figura tan hermosa que tenías? ¡Oh resplandor de la gloria del Padre!, ¿quién ha obscurecido el resplandor de tu divino rostro? ¡Oh Varón sobre todos los varones, deseado y esperado de todas las gentes!, ¿quién te ha convertido en varón de dolores y hecho abominación de todas ellas? ¡Oh salud de los leprosos!, ¿quién te ha puesto como leproso? ¡Oh Padre Eterno!, ¿por qué consientes que sea tu Hijo tratado como ladrón y tenido por hombre herido y castigado del mismo Dios? Si mis pecados son la causa, más justo es que yo sea castigado por ellos. Yo soy el que pequé; este Cordero ningún mal ha hecho; convierte tu mano contra mí, descarguen los azotes sobre mis espaldas para que pague la pena quien cometió la culpa. ¡Oh inmensa caridad del Padre, que así quiere castigar al Hijo por reconciliar consigo al esclavo! ¡Oh infinita caridad del Hijo, que así quiere ser castigado por reconciliar consigo al esclavo de su Padre! Gracias te doy, Padre Eterno, por esta tu inmensa caridad, y gracias te doy. Hijo unigénito encarnado, por este tu infinito amor.

2. Para ponderar más la crueldad de este castigo, puedo poner los ojos en *cuatro cosas* que concurrieron en él; *a) La primera, de parte del cuerpo de Cristo nuestro Señor*, que era tierno y delicado y muy sensible, y por otra parte estaba muy quebrantado con el sudor de sangre que precedió y con el trabajo do la noche y de aquel día; y como las heridas entraban muy adentro, penetrando las entrañas, causaban excesivo dolor, y por esto en el Salmo, donde dijo: «Sobre mis espaldas fabricaron los pecadores», dice otra letra, araron; porque como el arado penetra en la tierra y la surca toda, así los azotes araron su sacratísima carne y la surcaron, penetrando lo interior de ella.

¡Oh tierra virginal, pura y blanda; poca necesidad tenías de ser arada si la compasión que tenías de la dureza de mi corazón no te moviera a ello! Penétrale, Dios mío, con el arado de la compasión para que sienta en mi carne los dolores que penetraron la tuya.

b) La segunda causa fue de parte de los sayones, que eran crueles de su condición, y el presidente les había mandado que con crueldad le azotasen por las causas dichas, y *el demonio* les atizaba a ello para mover a Cristo nuestro Señor a impaciencia, *y los príncipes de los sacerdotes* y *los judíos* les pondrían fuego; y como se remplazaban a menudo, los que de nuevo comenzaban le herían con nueva crueldad; especialmente que viendo a Cristo tan sufrido y que no se quejaba, quizá a porfía le herían por sacarle algún grito o quejido.

c) La tercera fue de parte de la muchedumbre de los azotes y de los que le herían. Muchos dicen que fueron más de cinco mil, y de la crueldad de sus enemigos se puede presumir; porque no se guardaba con Cristo la ley de dar cuarenta golpes menos uno, como dijo de sí San Pablo, sino muchos números de cuarenta, haciendo la penitencia que nuestros pecados merecían.

d) Y esta es la cuarta causa por parte de nuestros pecados, que eran innumerables y gravísimos, y así los azotes con que se pagaban habían de ser como innumerables y cruelísimos.

3. Con estas consideraciones tengo de ponderar *la invencible paciencia de Cristo* nuestro Señor, el cual estaba como mudo, sin dar muestras exteriores de queja o de turbación o enfado, sufriendo como un yunque los golpes, ofreciéndolos al Padre Eterno en satisfacción de nuestros pecados, con un amor tan grande, que por muchos que fueron los azotes, tenía deseo y voluntad de recibir muchos más, y más crueles si fuera necesario para nuestro remedio; y así, nunca dijo basta, hasta que la rabia de sus enemigos quedó harta y la justicia de Dios satisfecha. De donde *sacaré grande aborrecimiento de mis pecados,* que fueron la causa de este castigo, y un gran deseo de castigarlos yo mismo con penitencias y disciplinas. Y finalmente, poniéndome a los pies de este Señor junto a la columna, mirando su soledad y cómo no hay hombre que de Él se duela y compadezca, y cómo por todas partes se va desangrando y enflaqueciendo, unas veces con el espíritu besaré la tierra bañada con la sangre de mi Señor y Creador, otras veces tomaré aquellos azotes teñidos con su preciosa sangre y los pondré sobre mi corazón, suplicándole que sane las llagas de mis aficiones desordenadas y me llague con su divino amor. Otras veces abrazaré aquella santa columna y la saludaré con gran reverencia, diciendo:

¡Oh dichosa columna, en la cual fue atado y azotado el que es columna del mundo y fortaleza de todo lo creado! ¡Oh columna soberana, labrada y esmaltada con la sangre del Hijo de Dios, derramada para hacer a

los hombres fuertes columnas en el templo de Dios vivo! ¡Oh, quién estuviera atado contigo para ser bañado con esta, sangre y quedar hecho columna en el servicio del que tanto padeció por mi remedio! ¡Oh columnas del cielo!, ¿qué hacéis?, ¿cómo no tembláis de espanto viendo azotado a vuestro Dios en esa columna? ¡Oh columna firmísima, en quien estriba todo el mundo, compadécete de ti mismo, vístete de tu fortaleza, ¡oh, brazo del Señor!, porque te has desangrado y enflaquecido y éstas a punto de desfallecer! Y pues todo esto padeces por mis culpas, fortaléceme con tu gracia para que yo las castigue y me enmiende de ellas. Amén.

4. Últimamente, ponderaré cómo acabada esta justicia tan injusta y despiadada, *los soldados desataron a Cristo nuestro Señor; el cual*, como quedó molido con los golpes y enflaquecido por la mucha sangre que había vertido por las llagas, *es de creer que caería en tierra,* y como se vio desnudo y las vestiduras estarían algo apartadas, iría por ellas medio arrastrando, bañándose en su propia sangre, que estaba alrededor de la columna, y como mejor pudo se las vistió; porque los verdugos, en parte por crueldad, en parte por desdén, no le querían ayudar a vestir. Todo esto puedo píamente contemplar, compadeciéndome del desamparo y flaqueza de este Señor.

¡Oh Rey del cielo, que ayudáis a todas las criaturas en sus obras, porque sin Vos no pueden hacer cosa alguna!, ¿cómo no tenéis quien os ayude en esta necesidad? ¡Oh vestiduras sagradas, que sanasteis el flujo de sangre de la mujer que tocó en vuestro ruedo, y dabas salud a cuantos enfermos os tocaban!, sanad las llagas de mi Salvador y detened la corriente de su sangre para que pueda padecer hasta dar fin a nuestra redención. ¡Oh, quién se hallara presente para servirle, aunque fuera menester dar mi sangre para aliviarle! Recibid, Dios mío, esta buena voluntad que me habéis dado, y confortadla para que os sirva en todo lo que pudiere, con deseo de hacer más de lo que puede.

Meditación 36

La coronación de espinas y los demás escarnios que luego sucedieron

PUNTO PRIMERO

Insaciable deseo que Cristo tuvo de padecer.

Los soldados que habían azotado a Cristo nuestro Señor, instigados del demonio, *inventaron para afligirle nuevos géneros de tormentos,* por una parte dolorosísimos y por otra afrentosísimos; y para, que fuese la afrenta mayor, convocaron a toda la cohorte, que eran los soldados de la guarda, para que asistiesen a este espectáculo y a la burla o farsa que pretendían hacer de Cristo a costa de su honra y descanso; los cuales fueron todos de buena gana por entretenerse.

1. Sobre lo cual tengo de ponderar, lo primero, *la insaciable gana que Cristo nuestro Señor tenía de padecer por nuestro amor,* porque de ésta nació querer que se inventasen contra Él nuevos modos de injurias y tormentos, no se contentando con los ordinarios, para descubrir el amor que nos tenía y la gravedad de nuestros pecados; porque como los hombres, arrastrados del amor propio, inventan nuevos modos de ofender a Dios para su regalo y honra, así Cristo nuestro Señor, llevado de su amor divino, quiso que se inventasen nuevos modos de castigos contra tales pecados, y nuevos modos de derramar sangre para satisfacer por ellos, como el que inventó en el huerto.

Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por la excelencia de esta caridad con que nos amaste. ¡Oh, cuán bien te cuadra el nombre de justo, pues tantos modos inventas para ganar la justicia con que nos has de justificar! Te doy el parabién de estas invenciones de amor, y con el Profeta quiero decirte a Ti que eres justo por excelencia, que está bien y que comerás el fruto de tus invenciones, ganando innumerables almas por medio de ellas.

2. Lo segundo se ha de ponderar *la maldad de estos sayones,* instigados de Satanás, en convocar gente para que se junten *a burlar de Cristo y* se hallen a sus desprecios, compadeciéndome de la humillación de este Señor, que llegó a ser risa de los hombres, abominando de los que solicitan a otros para ofender a Cristo y hacer escarnio de sus cosas. Pero yo, Sal-

vador mío, deseo hallarme con el espíritu en este tu espectáculo, no como los soldados para escarnecerte, sino para meditar tus obras y ejercitarme en la consideración de tus invenciones, para compadecerme de tus trabajos y sacar esfuerzo para llevar los míos. Con este espíritu tengo de considerar *los trabajos que nuestro Señor padeció* después de los azotes en la misma sala, los cuales *se pueden reducir a seis,* que sucedieron uno en pos de otro.

PUNTO SEGUNDO

Desnudan a Cristo; le visten una clámide.

1. *La primera injuria de Cristo,* nuestro Señor fue *desnudarle sus sagradas vestiduras;* y se cree que como el fin de esto era que todo el pueblo después viese llagado su cuerpo, le desnudarían hasta la misma túnica inconsútil, dejándole desnudo del todo, con lo cual padeció gran dolor y afrenta; *dolor,* porque las vestiduras ya se habrían pegado a la carne con la sangre fresca que tenía cuando se las vistió, y es de creer se las desnudarían con crueldad y sin tiento alguno. La *afrenta* fue grande en verse desnudo delante de todo aquel ejército de soldados, como se ponderó en la meditación pasada.

2. Tras esta injuria sucedió *la segunda,* que fue *vestirle una vestidura que llaman clámide,* que era una ropa larga de grana o púrpura que solía ser vestidura de los reyes; pero a Cristo nuestro Señor se la pusieron por escarnio para motejarle de rey falso y fingido. De suerte que lo que tenía el mundo por honra, convirtió en deshonra de Cristo para hacer de Él una farsa y representación de rey.

¡Oh esposo de las almas, blanco y colorado, escogido entre millares!, muy amigo sois de estos colores, no por honra, sino por desprecio, pues en casa de Herodes fuisteis vestido de blanco y en casa de Pilato de colorado, mereciéndonos con estos desprecios lo blanco de la inocencia y lo colorado de la caridad. Ayudadme, Señor, para que me precie de esta vuestra librea y de esta púrpura ignominiosa, teniendo por afrenta lo que el mundo tiene por vana honra, y tomando por verdadera honra lo que él tiene por afrenta.

3. También puedo ponderar cómo *esa vestidura larga de púrpura significaba nuestros sangrientos pecados,* los cuales cargaron sobre Cristo nuestro Señor, y le pesaban y afrentaban más que la ignominia de la

púrpura; y en particular representaba las obras que tienen apariencia de buenas y generosas, pero en los ojos de Dios son malas y abominables por la intención mundana y terrena con que se hacen, y así, en lugar de honrar a Cristo con ellas, le despreciamos y escarnecemos.

¡Oh Dios de mi alma, no permitas que yo te ponga tal vestidura ni que la escoja para mí! Si púrpura tengo de escoger, sea la púrpura encendida de la caridad, con la cual cubra la fealdad y muchedumbre de mis pecados y sea agradable a tus divinos ojos. Amén.

PUNTO TERCERO

Corona de espinas ignominiosa y dolorosa.

La tercera injuria fue ponerle *una corona, no* de oro, ni de plata, ni de rosas o flores, sino tejida *de agudas espinas,* la cual cubría toda su cabeza, y como se la pusieron encima con grande furia, las espinas traspasaron su sagrado cerebro y sienes, vertiendo abundancia de sangre por las heridas.

1. Sobre este punto tengo de ponderar, lo primero, *la ignominia* y *el dolor de esta coronación,* porque de ambas cosas fue instrumento esta corona. Se la pusieron por escarnio en lugar de las coronas que se ponen a los reyes, y a los que triunfan de sus enemigos, y a los que tenían por dioses, para denotar que en estas tres cosas merecía ser escarnecido; porque era reyecillo y Dios fingido, y su triunfo del domingo pasado había sido vano. Pero inventaron que fuese tal la corona, que le atormentase cruelmente, porque como las espinas eran muchas y muy agudas, rompían la cabeza y sacaban la sangre que los azotes habían dejado en aquella más noble parte del cuerpo, y corriendo hilo a hilo por el rostro y por los ojos, los afeaba y enturbiaba, atormentando el sagrado cerebro y la frente con gravísimo dolor.

Levántate, pues, ¡oh, alma mía!, en espíritu, y como una de las hijas de Sión, sal a contemplar a este verdadero rey Salomón con esta cruel corona que le ha puesto su madre o madrastra la sinagoga, ataviándole con ella para los desposorios que en este día ha de celebrar en el tálamo de la cruz. ¡Oh Rey eterno, que coronasteis al hombre con corona de gloria y honra, poniendo debajo de sus pies todas las cosas como rey y señor de ellas!, ¿cómo estáis coronado por mano de los hombres con corona de ignominia y de tormento? ¡Oh ingratitud y crueldad inhumana de las

hombres contra Dios! ¡Oh bondad y mansedumbre inefable de Dios para con los hombres! El los corona de gloria, y ellos a Él de ignominia; Él, con la grandeza de sus misericordias, y ellos, con la fiereza de sus crueldades. Pues, ¿cómo, alma mía, no punzan tu corazón estas espinas? ¿Cómo no sacan agua copiosa de tu cabeza, y fuentes de lágrimas de tus ojos, viendo espinado al Rey del cielo por ganarte la corona de su reino eterno? ¡Oh verdadero Salomón, que os coronáis de espinas para celebrar vuestro desposorio con las almas, coronad la mía con ellas para que merezca tener parte en vuestras bodas! ¡Oh sagrada corona de Jesús, aunque eres espantable al mundo, yo te adoro y reverencio como a corona de mi Dios! ¡Oh sagradas espinas, quién fuera punzado con vuestras puntas para que vuestras llagas lucran medicina de las mías!

2. Luego ponderaré la gravedad de mis pecados, especialmente los de *soberbia* y *sensualidad, que fueron causa de esta terrible coronación*, y ellos fueron las espinas que punzaron y atormentaron a este Señor mucho más que esas otras. Porque yo me coroné tic rosas y flores buscando, mis regalos, es coronado mi Salvador con corona de espinas. Porque yo busco corona de soberbia, pretendiendo vanas honras, quiere mi Señor tomar para Sí corona de humillación con grandes afrentas.

Toma, pues, alma mía, todos tus pecados, que son las espinas que punzan a tu Redentor, y punza tu corazón con espinas de penitencia y aflicciones por haberlos cometido. Y pues tu cabeza, que es Cristo, está coronado de espinas, avergüénzate de que tú, que eres miembro de su cuerpo, vivas coronada de flores, gastando la vida en deleites y vanidades.

3. Lo tercero, ponderaré *el misterio de esta corona* de Cristo nuestro Señor *fija en su cabeza,* la cual, aunque se puso por desprecio y tormento, significaba que Cristo era Rey eterno y que su reino era durable y su *corona firme,* no como la de los reyes de la tierra, que se quita y se pone fácilmente. Item, que *era vencedor* y *triunfador perpetuo* contra los demonios y el infierno y contra el mundo y la carne, aunque a costa de su sangre, derramada con aquella corona, con la cual ganaba para los escogidos innumerables coronas de las victorias que habían de alcanzar en esta vida, y después las coronas de la gloria.

4. Y por consiguiente, nos enseña que *con corona de espinas se gana la corona del cielo;* y que vale más en esta vida abrazar la corona de trabajos, que punzan, que la corona de regalos y deleites, que recrean; porque si en esta vida, como los mundanos, me corono de rosas, buscando las vanidades y deleites, después seré rodeado y enclavado con las espinas de mis pecados y remordimientos, sin que sea posible arrancarlas.

Gracias te doy, Rey soberano, vencedor glorioso y triunfador perpetuo, por el modo que escogiste para ganar la corona y triunfo de tu gloria. Desde aquí me ofrezco a seguirte, y escojo para mí ser coronado de espinas en esta vida, con esperanza de que me has de coronar de gloria en la otra.

PUNTO CUARTO

Ponen a Cristo una caña por cetro en la mano.

1. Puesta la corona de espinas, le pusieron también en su mano derecha, *en lugar de cetro, una caña*, por escarnio, significando por esto que su reino era reino hueco y sin sustancia, y que era rey de palillos, y movedizo como caña, y falto de juicio y seso en llamarse rey, y en desprecio de las palmas y ramos de árboles que llevaba la gente que solemnizó su triunfo en Jerusalén hacía pocos días.

Sobre este punto, ponderaré la injuria grave de Cristo nuestro Señor, y *la estima que hace el mundo de su reino* y de su doctrina y de la perfección que predicaba, teniéndolo todo por cosa vana y hueca; y con cuánta grande humildad aceptó el Señor esta injuria. No resistió a tomar la caña, no la echó luego de Sí, antes la tomó con su benditísima mano y *la apretó muy bien* como a insignia de su desprecio, porque amaba los desprecios, enseñándome a mí que también los acepte y abrace con amor.

¡Oh caña venerable; oh cetro divino de mi Señor, de cuya mano recibes virtud para dar vida a cualquiera que tocares, mucho mejor que el cetro de oro del rey Asuero! (Ester 4, 11). Tócame, Rey mío, con esta tu real vara, imprimiendo en mi corazón estima grande de tus desprecios, porque este tocamiento será para mí señal de clemencia y prenda de vida eterna.

De aquí también sacaré *cuán errados son los juicios de los hombres,* los cuales para sí toman cetro de oro macizo, en señal de la excelencia y estabilidad de su reino, siendo de verdad como caña mudable y que de presto se pasa, y tan frágil, que, como dijo Isaías, no se puede con seguridad estribar en él. Y, al contrario, tienen por cosa vana, como dijo el profeta Malaquías, servir a Dios y guardar sus preceptos. De donde aprenderé a estimar en poco juicios tan errados, procurando no seguirlos.

2. Luego añadían *otra injuria, hincando la rodilla* delante de Cristo nuestro Señor, *adorándole por escarnio,* y diciéndole: «Dios te salve, rey de los judíos». Y aunque la salutación era honorífica, pero como se decía

por escarnio, atormentaba los oídos de este excelentísimo Señor, que en el cielo estaba oyendo alabanzas de ángeles, y siempre se recrea en oír nuestras oraciones.

¡Oh Rey soberano, cuán diferentemente eres adorado de los ángeles en el cielo, y de los hombres en la tierra! Los ángeles te adoran como a su Dios y rey verdadero; pero los hombres, con adoración fingida, te escarnecen como a Dios falso y a rey fingido. Yo, Señor, te adoro y te saludo con todo mi corazón diciendo: Dios te salve, Rey de los judíos y de los gentiles. Dios te salve, Rey de los ángeles y de los hombres. Dios te salve, Rey del cielo y de la tierra. Sálvame, Señor, y admíteme en tu reino, para que siempre goce de Ti. Amén.

3. También puedo ponderar cómo *dos veces fue Cristo nuestro Señor saludado en su Pasión, una* con fingimiento *secreto de hipocresía,* cuando le dijo Judas. Dios te salve, Maestro. *Otra* con fingimiento *público, por vía de escarnio,* cuando le dijeron estos soldados: Dios te salve, Rey de los judíos. En que se denotan *dos* suertes de pecadores que ofenden a Dios: *unos, hipócritas,* que fingen amarle y reverenciarle, pero no le aman ni reverencian; *otros, públicos* y *escandalosos* que hacen burla de las cosas sagradas y divinas; y por todos padece Cristo para dar salud a todos. Y también tuvo misterio decir el Evangelista que le adoraban hincada *la rodilla,* y *no ambas* rodillas, para significar que los mundanos no se dan todos a Dios, sino parte dan a Dios y parte al mundo, y *con una rodilla* adoran su honra, regalo y hacienda, y *con otra* adoran a Dios. Pero esta adoración aprovéchales poco, porque Dios no quiere ser servido con corazón demediado, sino entero.

PUNTO QUINTO

Cristo es golpeado, escupido y abofeteado.

Con la injuria de palabra juntaba cada soldado alguna injuria de obra dolorosa y afrentosa. *Unos le tomaban la caña,* y con ella herían la cabeza de este Señor, atormentándola y clavando más las espinas por ella. *Otros le daban bofetadas* en el rostro y *otros le escupían en la cara,* afeándosela con sus asquerosas salivas. Estas tres cosas refieren los Evangelistas, y se puede creer que otros le darían golpes y puñetazos por el cuerpo, y otros le darían repelones, mesándole las barbas, para que padeciese por los gentiles en casa de Pilato lo que había padecido por los judíos en casa de Caifás. Solamente los gentiles *no le vendaron el rostro* porque le trataban como a

rey, aunque de farsa, y porque como estaba tan desfigurado, no representaba ya aquella majestad que ponía respeto y empacho de herirle al descubierto.

¡Oh Salvador del mundo, cuán repetidas son vuestras injurias y cuán repetidos vuestros duros tormentos! Bastara, Señor, ser una vez abofeteado, escupido y golpeado por nuestros pecados; pero vuestra caridad quiere pasar estos tormentos dos veces, por mano de judíos y de gentiles, para que, padeciendo de todos, pague por todos. Todos, Señor, os bendigan y glorifiquen por esta vuestra caridad, y pues por todos padecéis, alcancen todos el fruto de vuestra pasión. Amén.

2. En cada una de estas injurias, se puede ponderar lo que se ponderó en la *Meditación* 30, especialmente *la invencible paciencia* y *humildad de Cristo* nuestro Señor en sufrirlas, con haber sido innumerables, porque eran muchos los soldados que le injuriaban, y repetirían muchas veces las injurias por su entretenimiento, saboreándose en injuriar al que se saboreaba en ser injuriado por dar vida a los mismos que le injuriaban.

3. Últimamente, consideraré *cuán cansado* y *afligido* quedó Cristo nuestro Señor de este juego y tormento; cuán desflaquecida su cabeza por la mucha sangre que vertía con las espinas; cuán afeado su rostro con las manchas de sangre y con la muchedumbre de las salivas, y cuán acardenalado con los golpes de las bofetadas; ponderando cómo no hubo quien se compadeciese de Él en este trabajo, ni quien hablase por El, ni quien reprimiese la furia de aquella gente feroz, hasta que ellos mismos se cansaron de atormentarle; pero no se cansó el espíritu de nuestro buen Jesús de ser atormentado, antes se aparejó para los nuevos tormentos que le estaban esperando. Y así, *no es razón que yo me canse* de ponerme a sus pies llorando sus trabajos y mis pecados, que fueron causa de ellos; y adorándole con verdadera adoración, le pediré mercedes como a verdadero rey, y no otras sino que me haga participante de sus desprecios y dolores con la humildad, paciencia y caridad que tuvo en ellos.

Meditación 37

El Ecce homo y del último examen que hizo Pilato de Cristo nuestro Señor

PUNTO PRIMERO

Ecce homo

Entrando Pilato en el lugar donde estaba Cristo nuestro Señor, *y* viéndole tan maltratado y desfigurado, le pareció que *con sólo mostrarle al pueblo aplacaría su furor,* y así mandó a los soldados que le llevasen a un lugar alto donde podía ser visto de todos, y adelantándose un poco, dijo a todo el pueblo: «Veis, aquí os lo saco afuera para que entendáis que no hallo en Él culpa merecedora de muerte», y a esta razón salió Jesús a la vista de todo el pueblo vestido con la púrpura y coronado con las espinas.

Donde ponderaré *la vergüenza* que padecería el Señor viéndose delante de tanta gente, en aquel traje tan abatido, *y la humildad* con que se presentó a ser visto de todos en aquella tan horrenda figura.

¡Oh Redentor mío, cuán diferente figura es ésta de la que teníais en el monte Tabor, llena de resplandor y majestad! Aquélla descubristeis a no más que a tres de vuestros discípulos en un monte alto, pero ésta descubrís en otro lugar alto a todo el pueblo para que todos vean vuestras ignominias y crezcan con ser vistas. Dadme, Señor, ojos de viva fe con que yo las mire, porque para mí no será menos amable esta figura lastimosa, que la otra muy gloriosa.

Estando, pues, Cristo nuestro Señor a vista de todo el pueblo, les dijo Pilato: *«Veis aquí al hombre*». Estas palabras tengo de considerar, primero, *como dichas de Pilato por su propio espíritu,* y después, *como dichas del divino Espíritu* y *del Padre Eterno por boca de Pilato,* ponderando también el modo como tengo yo de oírlas y decirlas.

1. *Lo primero*, en cuanto fueron *dichas de Pilato,* quieren decir: Mirad a este hombre que se llama rey, Mesías e Hijo de Dios, y le veréis tan castigado y desfigurado, que apenas parece hombre; pero de verdad es hombre, y pues es hombre como vosotros, compadeceos de vuestra humana naturaleza y contentaos con los castigos que ha recibido este miserable hombre. *Pero tú, alma mía, mira a este hombre* según todo lo

exterior que se puede ver en Él, para compadecerte de su dolorosa figura. Mira a este hombre llagado con azotes, afeado con salivas, acardenalado con bofetadas; mira a este hombre vestido con vestidura de escarnio y coronado con corona de dolor y desprecio. Mírale bien, y hallarás ser verdad lo que dijo de Sí: «Gusano soy y no hombre, oprobio de los hombres y desecho del pueblo»; y el que solía ser más hermoso que todos los hijos de los hombres es el más feo de todos, en quien no hay cosa que pueda ser vista.

¡Oh Hijo del Hombre, Dios y hombre verdadero, harta humillación fue abajarte a tomar forma de hombre! Pues ¿por qué te humillas tanto en esta forma, que vengas a ser tenido por gusano y no hombre, y por afrenta del linaje de los hombres? La soberbia con que yo pretendí ser más que hombre, igualándome con Dios, es causa de que Tú, Dios mío, te hayas humillado a parecer menos que hombre, porque tan abominable soberbia pedía medicina de tan admirable humildad. ¡Oh, si mi hombre exterior fuese del todo semejante al tuyo, gustando con verdadera humildad de ser pisado como gusano y tenido por menos que hombre y desecho de los hombres!

2. *Lo segundo,* ponderaré estas palabras en cuanto fueron *dichas del divino Espíritu por boca de Pilato: «Mirad a este hombre*», que aunque parece sólo hombre, es más que hombre, porque es Hijo de Dios vivo, y Mesías prometido en la ley, cabeza de los hombres y de los ángeles, redentor del linaje humano y único remediador de todas sus miserias, cuya caridad fue tan grande, que ha tomado esta figura tan dolorosa por sólo amor de los hombres, para pagar las deudas de sus pecados y librarles de las penas eternas que merecían por ellos; por lo cual merece que todos le den millones de gracias y le confiesen por hombre y Dios verdadero, alabándole, adorándole y sirviéndole por todos los siglos. Amén.

Estas y otras grandezas tengo de ponderar en este hombre, y considerando que se me dice a mí esta palabra, prorrumpiré en afectos de admiración, amor y con fianza, diciendo: Qué, ¿es posible que hombre tan divino esté tan abatido? ¿Qué no podré esperar de quien tanto amor me ha mostrado? ¿Cómo no me deshago en amar a quien tanto por mí ha hecho? ¡Oh hombre más que hombre, honra del linaje de los hombres!, yo te adoro y glorifico como a hombre y Dios eterno, y te suplico me tomes por tu esclavo, herrando mi rostro con esta lastimosa figura que tiene el tuyo.

3. Lo tercero, ponderaré estas palabras como *dichas por el Padre Eterno: «Mirad este hombre*» que yo envié al mundo para que fuese maestro de los hombres y dechado de toda perfección y santidad, y para

dar ejemplo de ella, ha tomado esta horrenda figura. Mirad sus virtudes interiores en medio de tales ocasiones exteriores; su humildad en tantos desprecios; su pobreza de espíritu en tanta desnudez; su mansedumbre en tan graves injurias; su paciencia en tan terribles dolores; su modestia entre tantos blasfemadores; su obediencia entre tantos perseguidores, y su caridad en medio de tantos que le aborrecen; y pues por vuestro ejemplo ha tomado esta figura, miradla y estampadla en vuestras almas.

¡Oh Padre Eterno! ¿Es, por ventura, este hombre aquel de quien dijisteis en su bautismo y transfiguración: «Este es mi Hijo muy amado, en quien bien me he agradado, a Él oíd»? Si éste es el mismo que entonces, ¿dónde está la figura de paloma que declare su inocencia? ¿Dónde la nube resplandeciente que manifieste su divinidad? ¿Dónde Moisés y Elías que le adoren y autoricen con su presencia? De todo le veo desamparado; pero sus virtudes le acompañan; éstas predican su inocencia, descubren su divinidad y autorizan su persona; y pues me mandáis que le mire y que le imite, ayudad mi flaqueza para que pueda conformarme con la imagen de este hombre celestial, borrando de mí la imagen del hombre terreno.

De esta manera tengo de ir mirando a Cristo nuestro Señor en lo interior y en lo exterior, ponderando cómo en lo exterior parece menos que hombre, y en lo interior es más que hombre. En lo exterior, está feo con terribles llagas; en lo interior, hermoso con admirables virtudes; sacando deseos de imitar cada una de ellas.

4. Últimamente, volviéndome al Eterno Padre para alcanzar todo esto que deseo le diré: *¡Oh Padre soberano, mirad a este hombre* llagado y desfigurado por mis pecados! Vos me mandáis que le mire para compadecerme de Él; yo os suplico que le miréis para compadeceros de mí. Queréis que le mire para que le imite; miradle, Señor, para darme por su respeto fuerzas para imitarle. ¡Oh Padre soberano, a quien todos los hombres hemos injuriado con graves pecados, *mirad a este hombre* atormentado con graves dolores para satisfacer por nuestras ofensas, y aplacad vuestra ira dándonos perdón de ellas! ¡Oh Padre de misericordias, *mirad a este hombre* que tiene dentro de su corazón todos los hombres y ofrece su vida por todos ellos; no me miréis a mí a solas, sino miradme junto con este hombre, y lo que por mí no merezco, dádmelo por lo que Él merece! ¡Oh Dios protector mío, mirad, mirad el rostro de vuestro Cristo, porque no es posible que desamparéis a los que Él tiene escondidos, en lo secreto de su rostro afligido, con tal figura! Mirad, Dios mío, a este espejo, y en él veréis vuestro divino rostro, porque es imagen vuestra, *y* por él mirad a nosotros y veréis que somos imagen suya; y por el amor que tenéis

a vuestra imagen, perdonad, reformad y santificad a todos los que somos creados a su imagen y redimidos con la sangre que derrama de esta dolorosa figura.

PUNTO SEGUNDO

Piden los judíos la muerte de Cristo.

A estas palabras que dijo Pilato respondieron todos con grandes voces, y los pontífices y los ministros: «Crucifícale, crucifícale».

1. En lo cual se ha de considerar*la crueldad endemoniada de estos pontífices* y *sacerdotes,* y *de este pueblo,* inducido por ellos, los cuales, no sólo no se compadecieron de este Señor tan llagado y afligido, pero, con increíble odio, con la vista de sus trabajos creció la sed de añadir otros mayores diciendo: *Crucifícale, crucifícale;* como quien dice: Buen principio has dado en azotarle; acaba lo que has comenzado en crucificarle, pues los azotes preceden a la crucifixión. ¡Oh, qué sentimiento tan grande causarían estos clamores en los oídos del Salvador, viendo la pertinacia de aquel pueblo en pedir su muerte con más crueldad que los gentiles, pues éstos se daban ya por satisfechos, y ellos deseaban añadirle nuevos tormentos! Se acordaba de los bienes que había hecho a esta nación, y viendo el mal pago que le daban, se apenaba por el castigo y desamparo que merecían.

¡Oh alma mía!, ¿cómo no revientas de dolor viendo tan aborrecido al que merecía ser sumamente amado? ¿Cómo tu rostro no se baña en lágrimas viendo el rostro de tu Señor bañado en sangre y a sus enemigos sedientos por derramarla toda? Ama con entrañable amor al que tanto te ama, en recompensa del odio tan injusto con que es aborrecido, y procura ser más ferviente en amarle, que sus enemigos fueron en aborrecerle.

Enfadado Pilato de la vileza de los pontífices y *ministros,* les dijo: «Tomad vosotros a ese hombre y crucificadle, porque yo no hallo en Él causa bastante para esto.» Respondieron ellos: Nosotros ley tenemos, y según nuestra ley, debe morir, porque se hizo Hijo de Dios».

2. En estas palabras acusaron a Cristo nuestro Señor *de blasfemo,* teniendo por blasfemia que dijese de Sí ser *Hijo de Dios,* no por adopción, sino por naturaleza; y así, que, según la ley, debía ser castigado con pena de muerte. En lo cual se ve la ceguedad abominable de esta gente, que *tenía por blasfemia a la misma verdad de Dios,* aprobada por su Escritura,

que decía que el Mesías era Hijo de Dios, y confirmada con tantos milagros como Cristo hizo para dar testimonio de ella. Por donde consta que ellos eran blasfemos en decir que ésta era blasfemia, y por consiguiente, dignísimos del castigo de la ley; pero la verdadera blasfemia es perdonada, y la falsa, castigada, porque el Hijo de Dios quiso humillarse a ser castigado como blasfemo para merecer el perdón de las verdaderas blasfemias.

¡Oh Rey soberano!, verdad es muy grande que, según la ley, habéis de morir, no porque os habéis hecho Hijo de Dios, sino porque, siendo Hijo de Dios, os habéis hecho hombre, y con vuestra muerte habéis de engendrar muchos hijos adoptivos para Dios. Por ella os suplico me hagáis hijo vuestro, y que, como tal muera al pecado, al mundo y a la carne, y deje de vivir para mí, por vivir para Vos. Amén.

3. De lo dicho sacaré también *cuán propio es de los malos e imperfectos preciarse de la ley* y *no cumplirla,* si no es conforme a lo que es su gusto y honra. Y para esto se aprovechan de la ley, queriendo disimular y encubrir con ella su dañada pretensión; pero yo, abominando esta perversa y obstinada costumbre, procuraré preciarme de la ley y del entero cumplimiento de ella, porque, de otra manera, la ley será mi condenación, manifestando mi desobediencia.

PUNTO TERCERO

Nuevo temor de Pilato.

Oyendo esto Pilato temió mucho, y entrando en el pretorio, dijo a Jesús: «¿De dónde eres?» Jesús no le respondió palabra alguna, y le dijo Pilato: «¿A mí no me hablas? ¿No sabes que tengo potestad para crucificarte y para soltarte?» Le respondió Jesús: «No tuvieras potestad alguna contra Mí si no te fuera dada de arriba».

1. En lo cual se ha de considerar *la causa del temor de Pilato* cuando oyó que Cristo nuestro Señor se hacía *Hijo de Dios;* porque las grandes virtudes que resplandecían en Cristo le hacían muy creíble que era así como Él decía, y temía mucho de condenarle, por no incurrir en la divina indignación.

¡Oh, cuán admirable era la mansedumbre y paciencia, que bastó, sin otros singulares milagros, para que un juez gentil, siendo tan malo, tuviese por creíble que un hombre tan afligido y maltratado podía ser Hijo de Dios

vivo! Dame, ¡oh buen Jesús!, que imite estas virtudes para que seas glorificado en mí por ellas.

2. También se ha de considerar *la soberbia que luego salteó a este mal juez,* indignándose de que Cristo no le respondía, por parecerle que era contra su autoridad. *Item, su presunción* y *gravedad* tan hinchada, y la jactancia de sus palabras para hacerse estimar. Todo lo cual es propio de los mundanos, y ha de estar muy lejos de mí, si quiero ser del bando de Cristo.

3. Sobre todo, se ha de considerar *la prudencia admirable de Cristo* nuestro Redentor *en callar* y *en hablar. Calló* en este caso, cuando el hablar no era más que para su defensa; pero *habló* cuando era necesario, para volver por la honra de Dios y corregir al soberbio, que presumía de su potestad; y entonces hablaba con tanta libertad como si no estuviera en tanta miseria; y lo que le dice es: No te jactes del poder que tienes, que no es tuyo, sino del cielo, dado por mi Padre celestial, sin cuya licencia y permisión nada pudieras contra Mí. En lo cual resplandece grandemente la bondad del Eterno Padre, que dio potestad sobre su Hijo a un tan mal juez, para bien nuestro.

¡Oh Juez soberano, a quien el Padre Eterno dio potestad de juzgar vivos y muertos!, gracias te doy por haberte sujetado a un juez tan soberbio, que presume de su poder, y por otra parte tan cobarde, que no se atreve a usar de él. Líbrame, Señor, de estos extremos tan viciosos, para que ni la soberbia me desvanezca, ni la pusilanimidad me oprima.

PUNTO CUARTO

Ecce Rex vester

Por esta respuesta de Cristo nuestro Señor deseó más Pilato librarle; mas los pontífices le apretaron con amenazas, diciendo: «Si sueltas a Este, no eres amigo del César»; como quien dice: Si le sueltas, te acusaremos delante del César, porque soltaste a su enemigo y al que se hacía rey en perjuicio de su imperio. Y amedrentado con esto Pilato, sacó *por segunda vez* a Cristo nuestro Señor afuera, y les dijo: *«Mirad a vuestro Rey»*. Estas palabras se pueden considerar *como dichas de Pilato por su propio espíritu*, *y como dichas por el Espíritu divino,* que le movió a decirlas.

1. *Pilato las dijo por vía de escarnio;* como si dijera: Veis aquí a este miserable, de quien decís que se hace rey vuestro; miradle que ni es rey ni

puede pretenderlo; no es sino rey de farsa y de representación, como lo declara esta corona, cetro y púrpura que trae; compadeceos de Él, y no creáis que Éste puede contradecir a César en hacerse rey.

¡Oh Rey del cielo, cuán abatido estáis entre los hombres en figura de rey fingido, pagando con esta humillación la soberbia y ambición con que ellos desean reinar! Un rey de Israel, entrando en la batalla, se desnudó las vestiduras reales por huir con este disfraz la muerte que sus enemigos pretendían dar a él sólo, sin hacer caso de los demás; pero Vos, Dios mío, verdadero Rey de Israel, tomáis insignias y apellido de rey por entregaros a la muerte, para que muriendo Vos queden todos libres de ella. ¡Oh, bendito sea tal Rey, que así ama a sus vasallos, que quiere morir porque vivan ellos! Muera yo, Señor, mil muertes, para que Vos viváis en mí, y yo viva para Vos.

2. Estas mismas palabras dijo *el Espíritu divino por boca de Pilato a los judíos,* para avisarles de lo que tenían presente y tanto habían deseado: *Veis aquí al Rey* que habéis estado esperando tantos años; al Rey y Mesías prometido por los profetas para vuestro remedio; al Rey que sucede en la casa de David con vara de equidad, cuyo reinado ha de ser eterno; al Rey ungido por Dios para libraros de la servidumbre del demonio; aquí os lo presento; mirad si le conocéis y le queréis recibir por vuestro rey.

3. Con el mismo espíritu tengo de imaginar que estas palabras se dicen *a mí y* a todos los fieles: *Veis aquí a vuestro Rey,* santo y sabio, manso y humilde, liberal, dadivoso, y tan amoroso, que por vuestro amor está con figura tan lastimosa, maltratado y atormentado. Veis aquí al Rey constituido por el Eterno Padre sobre la Iglesia militante y triunfante, Rey del cielo y de la tierra, Rey de la gloria y Rey eterno, cuyo reino no tendrá fin.

Mira, ¡oh alma mía!, si le quieres recibir por Rey y darle el debido vasallaje. Mira si te desdeñas de tener Rey tan ultrajado en lo exterior. Mira si quieres vestirte de su librea y andar siempre en su compañía, pues para ti vino este Rey. De muy buena gana, Rey mío, os recibo y adoro por mi Rey, y cuanto os miro más abatido, tanto de mí sois más estimado. Vestidme de vuestra librea, que muy grande honra es del vasallo andar vestido como su rey.

PUNTO QUINTO

Los judíos rechazan a Cristo

Los pontífices respondieron a esto: «Quítale, quítale de ahí, crucifícale.» Dijo Pilato: «¿A vuestro Rey tengo de crucificar?» Respondieron ellos: «No tenemos otro Rey sino a César.».

1. Aquí se ha de considerar, lo primero, *la rabia increíble de esta gente,* que ni aun ver a Cristo querían, y por eso dijeron: Quítale de ahí; que fue decir: No le vean más nuestros ojos, crucifícale para que de una vez se acabe. Pusieron por obra lo que de ellos refiere la Sabiduría: «Acechemos al justo, porque es inútil para nosotros y contrario a nuestras obras. Danos en rostro con los pecados que hacemos contra la ley, y publícalos a todos. Dice que tiene ciencia de Dios y llámase su Hijo. Pesado es a nosotros aun el mirarle, porque su vida es muy desemejante a la de los otros, y sus caminos muy diferentes».

¡Oh Justo de los justos, justísimo Salvador nuestro, utilísimo y provechosísimo para nosotros, porque sin Ti todos quedaríamos inútiles y perdidos para siempre!, pesada es tu vista para los malos, pero muy apacible para los buenos. Los pecadores rebeldes no querrán verte, pero los justos desean siempre contemplarte. Nunca se me quite de delante tu divino rostro, aunque sea en esta triste figura que por mí tomaste; porque verte así me alienta a imitar tus trabajos, para después verte y gozarte en los eternos descansos. Amén.

2. Lo segundo, se ha de considerar la maldad y ceguedad de esta gente en *dejar al Rey verdadero* que Dios les había dado para su bien, *y aceptar por rey al tirano* que les quitaba las haciendas y la libertad, que ellos tanto estimaban; y al que antes aborrecían, ahora le reciben, en odio de Cristo y por no recibir a Cristo; y en castigo de esta maldad, permitió Cristo nuestro Señor que perdiesen al verdadero Rey y Mesías, y que el rey terreno que ellos escogieron se volviese contra ellos y los asolase y destruyese.

3. *Todo esto he de aplicar a mí mismo,* considerando cuántas veces *dejo al Rey del cielo,* por el de la tierra, y por puntos de honra vana y perecedera, viviendo como si no hubiese ni tuviese otro rey más que a César. Con lo cual hago grande injuria a Dios nuestro Señor, a semejanza de este pertinaz y perverso pueblo hebreo.

¡Oh Rey soberano; de todo corazón me pesa por las veces que os he dejado y ofendido! Cuando era del mundo, decía con los mundanos: No tengo a otro rey sino a César; pero de hoy más, Señor, digo, cuanto es de

mi parte, que no quiero otro rey sino a Cristo. Vos sois mi César y mi Rey, a quien deseo obedecer y servir de todo corazón. Y si obedeciere a los reyes de la tierra, será porque así lo queréis, y en las cosas solas que mandáis; porque en lo demás que fuere contra vuestra santa ley, no reconozco otro rey que a Vos, a quien sea honra y gloria por todos los siglos de los siglos. Amén.

Meditación 38

La condenación de Cristo nuestro Señor a muerte de cruz

PUNTO PRIMERO

De la mujer de Pilato.

Hallándose sentado Pilato en su tribunal para sentenciar la causa de Cristo, le envió su mujer un recado que decía: «No te metas en la causa de este Justo, porque muchas cosas he padecido hoy con visiones por Él».

Aquí se han de considerar cómo estas visiones que padeció en sueños la mujer de Pilato, pudieron proceder *del demonio,* y *del buen ángel,* según lo contemplan diferentes Santos, y de ambas maneras puedo sacar provecho para mí.

1. Lo primero puedo considerar que *el demonio,* viendo la extraña mansedumbre de Cristo nuestro Señor y su invencible paciencia en tantas injurias y dolores, *comenzó a sospechar que era el Mesías,* Hijo de Dios, y el que había de destruir su reino, y así, amedrentó con sueños a la mujer de Pilato para que ella procurase estorbar su muerte, pareciéndole que por medio de la mujer persuadiría al marido lo que quería. En lo cual es digna de gran consideración *la invencible fuerza de la heroica virtud.* pues pone admiración a los mismos demonios; los cuales, como dice Santiago Apóstol, creen y tiemblan; creen forzados de los indicios, y tiemblan de la majestad y santidad que creen. ¡Oh, si todos los hombres mirasen estas virtudes del Salvador, para que creyesen en Él y le respetasen! Pero no contentos con sólo esto como los demonios, también le imitasen y sirviesen.

2. Puedo también considerar que *el buen ángel,* con su inspiración, *habló en sueños a esta mujer,* y la dijo que si su marido condenaba a

Cristo, él sería condenado y padecería terribles trabajos, *y* el pueblo hebreo sería asolado. Y con este motivo le representaría algunas cosas espantosas, para que persuadiese a su marido le soltase; por lo cual ella le tuvo por justo, y así dio testimonio de ello, diciendo al marido: «No te entremetas con este Justo.»

¡Oh Justo y justificador de los hombres, cuya justicia es muy conocida y atestiguada, y con todo eso, no es admitida ni aprobada! Justificadme con vuestra justicia y dadme parte en ella, porque ni yo puedo vivir sin vuestra compañía, ni querría apartarme de ella.

PUNTO SEGUNDO

Los judíos piden que caiga sobre ellos la sangre de Cristo.

Sentado Pilato en su tribunal, pidió agua, y delante de todo el pueblo lavó sus manos, diciendo: «Inocente soy de la sangre de este Justo; vosotros mirad lo que hacéis.» Ellos respondieron: «Su sangre venga sobre nosotros y sobre nuestros hijos».

1. Aquí tengo de ponderar, lo primero, cómo los Evangelistas muy a menudo nos traen a la memoria en esta historia *la inocencia de Cristo* Señor nuestro y los testimonios que de ella daba Pilato, para que nos acordemos en cada uno de los tormentos, que le padece *por nuestros pecados*, convidándonos con esto a compadecernos más de este Señor y a llorar nuestras culpas, por las cuales padece tan graves penas.

2. Lo segundo, ponderaré la maldad furiosa de este pueblo judaico, que a trueco de quitar la vida a Cristo y derramar su sangre, ofrecieron la suya y la de sus hijos, *cargándose de los castigos que merecía la muerte de este Justo,* tan injusta; *y así les sucedió,* porque la sangre de Cristo, que era poderosa para dar la vida a sus mismos derramadores, fue para ellos ocasión de muerte, durando en su rebeldía,

Pero yo con otro espíritu diré al Padre Eterno: Venga, Señor, la sangre de este Justo, Hijo vuestro, sobre mí y sobre todos los fieles, para limpiarnos y santificarnos con ella. Yo, Señor, os ofrezco la mía, con deseo de derramarla por quien derramó por mí la suya. ¡Oh sangre preciosísima de mi Salvador, no vengas sobre mí, como sobre esos rebeldes, para confundirme, sino ven con misericordia para lavarme y justificarme! ¡Oh Redentor mío, no permitas que, a imitación de Pilato, lave yo las manos con agua, y deje mi corazón manchado con la culpa, y que, haciendo obras

malas por temor humano, las quiera excusar y lavar en la apariencia, atribuyendo a otro lo que yo, miserable, peco!

PUNTO TERCERO

Sentencia de muerte contra Cristo.

Entonces Pilato juzgó que se debía cumplir la demanda del pueblo, y le entregó a su voluntad para que hiciesen lo que querían.

1. Esta fue la sentencia que dio el juez contra Cristo nuestro Señor, condenándole a muerte de cruz; en la cual se ha de considerar, lo primero *cuán injusta* y cruel fue, pues el mismo juez conocía que era inocente, y lo testificaba, no solamente con palabras, sino con aquella ceremonia exterior de lavarse las manos; y con todo eso, la pronunció movido de temor humano, porque el pueblo no le acusase delante de César, atropellando por eso la justicia. También fue *cruel* la sentencia, porque, sabiendo que los pontífices, por envidia, acusaban a Cristo Señor nuestro, y por odio deseaban que muriese tal muerte, le entregó a su voluntad, siguiendo, no la razón, ni leyes de justicia, ni de misericordia, sino la voluntad de un pueblo furioso que no se contentaba con menos que muerte de cruz.

¡Oh dulce Jesús, no quiero entregaros a Vos ni a vuestras cosas a tan cruel tirano como es mi voluntad propia; antes quiero que yo y todas mis cosas se entreguen a la vuestra, porque mi propia voluntad es tan cruel, que no parará hasta crucificaros otra vez en mí por la culpa, pero la vuestra es tan misericordiosa, que me librará de la muerte con su gracia!

2. Lo segundo, tengo de considerar *la grande alegría de aquella gente* y la gritería que levantó cuando vio pronunciada esta sentencia, y el parabién que se darían unos a otros de haber salido con su pretensión; todo lo cual era en grave injuria de Cristo nuestro Señor, que lo estaba oyendo.

3. Pero sobre todo, ponderaré *con más devoción,* cómo notificaron esta sentencia a Cristo nuestro Señor: el cual, aunque vio que era injustísima de parte del juez, pero mirando cómo venía por orden del Eterno Padre, para remedio del mundo, luego *la aceptó de muy buena gana;* no apeló, ni suplicó, ni se quejó del agravio que le hacían, ni habló palabra contra el juez, ni contra sus ministros, sino con gran voluntad se ofreció a la ejecución de ella por nuestro bien entregándose con su voluntad amorosa a la voluntad rabiosa de sus enemigos para que hiciesen de Él lo que Pilato había sentenciado.

Gracias te doy, dulcísimo Redentor, por esta voluntad con que aceptaste sentencia tan injusta y tan cruel, por librarme de la justa sentencia de condenación eterna que contra mí estaba dada. ¿Con qué te pagaré yo esta voluntad? Ves, aquí te entrego la mía para cumplir en todo con la tuya. Aparejado estoy para aceptar cualquier sentencia de trabajos que por tu ordenación o permisión contra mí se diere, y ayúdame con tu gracia para que nunca, por temor ni cobardía, me aparte de cumplir lo que me mandas, ni falte en el oficio que me encargas.

4. Demás de esto, devotamente puedo contemplar que alguno de los discípulos que allí se halló encubiertamente, *iría a dar la nueva a la Virgen nuestra Señora,* y le diría la figura lastimosa en que había visto a su Hijo, y cómo quedaba ya condenado a muerte de cruz; con la cual nueva su corazón quedó traspasado, espinado y atormentado más de lo que se puede sentir y decir; pero, con grande resignación en la divina voluntad, pasaría por la sentencia, entendiendo que su Hijo pasaba por ella por conformarse con la voluntad del Padre.

¡Oh Virgen soberana, esforzad vuestro corazón porque habéis de hallaros presente al sacrificio para ofrecer al Padre Eterno lo que recibisteis de su mano! Si os da mucha pena la triste nueva que oís con vuestros oídos, mayor os la dará el triste espectáculo que veréis con vuestros ojos.

Meditación 39

Cómo Cristo nuestro Señor llevó la cruz a cuestas y lo que sucedió hasta llegar al Calvario.

PUNTO PRIMERO

Preparativos para la ejecución.

Oída y aceptada la sentencia, los soldados hicieron tres cosas notables por orden del juez:

1. La primera fue desnudar a Jesús la vestidura de púrpura y *vestirle sus propias vestiduras* para que fuese conocido por ellas; pero no leemos que

le quitasen la corona de espinas, antes se la dejaron puesta por no darle aquel alivio.

¡Oh dulce Jesús, muy bien habéis representado el personaje de rey verdadero, y por eso os dejan la corona, que representa la perpetuidad de vuestro reino! Tiempo es ya que representéis el personaje de ladrón y malhechor, sin serlo, con las insignias de los verdaderos ladrones y malhechores. En lugar de la caña hueca que os quitan de las manos, habéis de abrazar con ellas el madero de la cruz, y en compañía de ladrones saldréis a morir con ellos en ella.

También se pueden ponderar las palabras afrentosas que le dirían, como a hombre condenado por facineroso, y la crueldad con que le llevaron a la sala donde le habían azotado, para desnudarle, dándole sus vestiduras sangrientas para que se las vistiese. Lo cual tuvo misterio, porque como Cristo Señor nuestro, para llevar su cruz se desnudó de las vestiduras ajenas que le habían puesto en casa de Herodes y Pilato, y se vistió las suyas propias, así yo para llevar mi cruz e imitarle, tengo de desnudarme de todas las costumbres viciosas del mundo y carne, y vestirme las que son propias de Cristo, por las cuales tengo de ser conocido y tenido por discípulo suyo, especialmente la mansedumbre, paciencia, misericordia y entrañas de caridad.

2. La segunda cosa fue *traer allí el madero de la cruz,* grande y muy pesado; en lo cual ponderaré lo que Cristo Señor nuestro sentiría y diría dentro de su corazón cuando la vio, cómo interiormente se regalaría con ella, y diría mucho mejor que después dijo San Andrés: «Dios te salve, cruz preciosa, que tantos años has sido por mí deseada con gran deseo, amada con gran solicitud, buscada con grande continuación y estás ya aparejada para el que desea verse junto contigo: ven, y te abrazaré con mis brazos. porque me has de recibir en los tuyos; ven, y te daré beso de paz con mi boca, porque tengo de reclinar en ti mi cabeza y dormir en paz el último sueño de la muerte. ¡Oh, con qué ternura abrazaría nuestro Salvador su cruz, santificándola con aquel primer abrazo! ¡Con qué ganas la tomaría en sus manos y la pondría sobre sus afligidos hombros!

¡Oh dulce Jesús!, dame gracia para que mire tu cruz con tales oíos, y la abrace con este amor y la busque con este deseo, gloriándome de la cruz y no descansando hasta morir en ella.

3. La tercera cosa fue *sacar de la cárcel otros dos ladrones* para, que fuesen con Él por el camino, como dice San Lucas, y para que muriesen juntos, lo cual resultaba en grande ignominia del Salvador, pava que fuese

tenido por ladrón y malhechor. ¡Oh, con cuán diferentes ojos miraron estos ladrones la cruz, estremeciéndose con su vista y cerrando los ojos por no verla! Estos amaron la culpa y aborrecieron la pena: pero nuestro amado Jesús amó la pena y aborreció la culpa. Estos huían de la pena que merecía su culpa pero Cristo aceptó la pena que merecía la culpa ajena.

Gracias te doy, dulcísimo Salvador, por la dulcedumbre con que abrazaste la pena de la cruz sin la culpa, por librarme de ella; trueca mi corazón a semejanza del tuyo, porque ya que, como los ladrones, cometí las culpa, acepte de buena gana, como Tú, las penas que merezco por ellas, y me ofrezca con caridad a llevar también las ajenas, padeciendo por la salud de mis prójimos algo dc lo mucho que padeciste por ellos.

PUNTO SEGUNDO

¡Hacia el monte Calvario!

1. Sobre este punto tan lastimoso tengo de considerar, lo primero, *la grande afrenta* de Cristo nuestro Señor en aquella primera salida de casa de Pilato *cargado de su cruz y en medio de ladrones,* con voz de pregoneros que publicaban sus delitos y con grande gritería del pueblo, concurriendo innumerable gente a ver este espectáculo.

¡Oh ángeles, que estáis mirando esta salida de vuestro Señor tan afrentosa!, ¿cómo no salís de vuestro cielo a pregonar la causa de ella para volver por su honra? ¡Oh Padre Eterno!, ¿qué hacéis viendo salir a vuestro Hijo cargado con la leña de la cruz en que ha de ser sacrificado? ¿Salís, por ventura, como otro Abraham con su hijo Isaac, llevando en vuestras manos el fuego y el cuchillo con que se ha de hacer el sacrificio? ¡Oh fuego de amor, que ardes tanto en el corazón del Padre, que le haces desenvainar el cuchillo de su justicia sobre el Hijo para que sea sacrificado y muerto por dar vida al pecador! Abrásame, Señor, con este fuego, para que ame a quien tanto me ama. Hiéreme con ese cuchillo de modo que muera en mí todo lo que te desagrada. Pero ¿qué será la causa, Dios mío, por qué no salís con vuestro Hijo, como Abraham, de noche y con solos dos criados, sino a mediodía, con grande estruendo de gente que se halle al sacrificio? ¡Oh fuego de amor, que ardes y luces, y quieres que tus obras resplandezcan y abrasen como el sol de mediodía! Descúbreme la grandeza de esta caridad del Padre y la profundidad de la humildad y obediencia del Hijo, para que me precie de sus desprecios y los abrace con amor a vista de todo el mundo.

2. Lo segundo, se ha de considerar *la grande aflicción* y *dolor* que sentiría el cuerpo flaco de Cristo nuestro Señor con carga tan pesada. ¿Qué de veces tropezaría y arrodillaría con el peso, por estar el cuerpo muy debilitado con los tormentos pasados? ¿Cómo sudaría de congoja, oprimido con la carga de aquel madero? ¿Cómo iría regando las calles con la sangre que corría de las llagas, oprimidas y exprimidas con aquella viga de lagar que caía encima de ellas?

¡Oh sangre de Dios vivo, sangre de infinito valor, mezclada con el lodo de las calles y hollada de viles hombres!

¡Oh ángeles del cielo!, ¿cómo no venís a recoger esta preciosa sangre? Y ¿cómo no ayudáis a este Señor tan desangrado para que pueda llevar tan pesada carga? ¡Oh dulce Jesús, quién pudiera llevarla sobre sus hombros, para que recibieran algún alivio los tuyos! Mas ya veo, Señor, que son menester hombros de Dios para llevarla; sobre ellos ha de cargar tu principado, que comienza por la cruz, y la llave de la casa de David, para con ella abrirnos la puerta del cielo, que hasta aquí ha estado cerrada.

3. Lo tercero, tengo de ponderar *cuánto más sentía Cristo* nuestro Señor *la carga de nuestros pecados que la carga de la cruz;* porque si David decía que los suyos eran para él carga pesada, ¡cuánto más pesada sería la carga de los pecados de todos los hombres pasados, presentes y por venir, la cual cargó sobre este Señor, de quien dice Isaías: «Todos nosotros erramos como ovejas, cada uno fuese por su camino, y el Señor puso sobre Él la maldad de todos nosotros»!

Mis pecados, ¡oh dulce Jesús!, son los que cargan sobre tus hombros. Yo soy la oveja que erré, y Tú eres llevado como oveja al matadero del monte Calvario para ser sacrificado por mis yerros. ¡Oh, quién nunca los hubiera cometido por no te dar tanto trabajo! Pero, ya que la culpa es mía, razón es que lleve parte de la pena y que cargue sobre mí la cruz que tengo merecida. Yo, señor, me ofrezco a llevarla como Tú llevaste la tuya.

PUNTO TERCERO

El Cirineo ayuda a Cristo a llevar la cruz.

Caminando Jesús con su cruz a cuestas, asieron de un hombre, llamado Simón Cirinense, que venía de una granja, y le forzaron a que llevase la cruz detrás de Jesús.

1. Sobre este paso se ha de considerar *la grande fatiga* que llevaba Cristo nuestro Señor en este camino, de lo cual tomarían sus enemigos ocasión para baldonarle por la flaqueza, que mostraba diciendo por otra parte que era Hijo de Dios y que en tres días podía levantar la máquina del templo. *Todo lo cual sufría el Señor con admirable paciencia,* hasta que los príncipes de los sacerdotes, temiendo no se les muriese en el camino, le quitaron la cruz, no por aliviarle, sino por la gana que tenían de crucificarle en ella. De donde *sacaré consuelo en mis trabajos* y en la cruz que me cupiere en suerte, aunque sea muy pesada, confiando en la misericordia de Jesucristo nuestro Señor, que proveerá quien me ayude a llevarla, acordándome de lo que dice San Pablo: «Hemos sido cargados de tribulaciones sobre todo modo y sobre nuestra virtud y fortaleza; de manera que teníamos enfado de la vida, y tuvimos ya respuesta de muerte; pero de todo nos libró Dios y nos librará en adelante».

2. También ponderaré cómo Cristo Señor nuestro, aunque pudiera llevar su cruz solo hasta el Calvario, esforzando para ello su carne *milagrosamente,* no quiso usar de este poder, *sino que la cruz se diese a otro* que la llevase tras Él, para significar que la cruz se había de comunicar con sus fieles, que a imitación suya habían de llevarla, cumpliendo lo que había dicho: «Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame».

¡Oh buen Jesús! Si Vos vais delante y lleváis primero la cruz tan pesada que os hace arrodillar, ¿qué mucho os siga yo llevando la mía con las fuerzas que me dais para llevarla? Cruz es, Señor, la que llevo, vuestra y mía; vuestra porque Vos la llevasteis primero, y por vuestra orden viene, y por vuestra causa se lleva; pero es mía porque está cortada a la medida de mis fuerzas y es para mi provecho; porque nunca me dierais vuestra cruz, si no fuera por darme juntamente los gloriosos frutos que proceden de ella.

3. Lo tercero, consideraré cómo *ninguno se halló que quisiese llevar la cruz de Cristo* ni ayudarle en este trabajo; porque los judíos tenían por género de maldición y de irregularidad tocar la cruz, por cuanto, según la ley, era maldito quien moría en ella. Los soldados gentiles lo tenían por afrenta; y entre los discípulos y amigos de Cristo ninguno se atrevió a ello porque el miedo los tenía acobardados, y así *hubieron de forzar* a un pasajero y extranjero que la llevase. En lo cual se representan *varias suertes de personas que huyen de la cruz* de Cristo; unos porque no creen la virtud que Dios ha puesto en ella, como los infieles; otros porque la tienen por afrenta y contraria a su honra, como los soberbios y ambiciosos;

otros por temor del trabajo que hay en llevarla contra su sensualidad, como los regalados y carnales.

¡Oh, quién diera fuente de lágrimas a mis ojos para llorar como San Pablo los muchos que andan por el mundo enemigos de la cruz de Cristo, cuyo Dios es el vientre y la gloria vana, para su propia confusión! ¡Oh Rey de gloria, no permitas que yo sea enemigo de tu cruz, porque no sea enemigo tuyo! No quiero tener por Dios al vientre ni a la gloria mundana, sino a Cristo crucificado; su cruz será mi regalo y mi gloria, y siendo amigo de la cruz, lo seré también del que murió en ella.

4. Lo cuarto, ponderaré cómo *todos tenemos horror natural a la cruz,* y no hay quien la lleve si no es *en alguna manera forzado,* como Simón Cirinense, pero en diferente manera; porque unos la llevan con impaciencia y sin mérito; otros con paciencia y mérito, haciendo de necesidad virtud, como este Cirinense; pero a otros más suavemente fuerza el mismo Dios con la eficacia de su inspiración y de su gracia, por la cual vencen su repugnancia y la inclinación de la carne, y con voluntad pronta del espíritu aceptan llevar la cruz, y, como San Pablo, se glorían y gozan de llevarla en todo tiempo y lugar.

¡Oh dulce Salvador mío, que a ninguno quieres forzar a que lleve tu cruz contra su voluntad, y por esto dijiste: «Si alguno quisiere venir en pos de Mí, tome su cruz y sígame»!, pues mi carne repugna y contradice a llevarla, prevéngame tu gracia para que con ella yo la fuerce y tome de grado tu cruz, siguiéndote a Ti, pues tan de grado la llevaste por mí.

PUNTO CUARTO

Circunstancias de Simón Cirineo.

Luego consideraré las circunstancias de este hombre que llevó la cruz de Cristo nuestro Señor; sacando de ellas el espíritu que tienen, pues no sucedieron acaso.

1. Lo primero, se llamó *Simón,* que quiere decir *obediente,* para significar que la virtud de la obediencia se señala en vencer la repugnancia de la voluntad propia y en aceptar la cruz que Dios nos diere, de cualquier modo que nos la diere y los obedientes son los que alivian a Cristo, y a sus vicarios; los demás, antes les son carga, haciendo, como dice San Pablo, que lleven la suya gimiendo.

¡Oh Jesús dulcísimo, que tomaste la cruz por obediencia y te humillaste a Ti mismo, haciéndote obediente hasta morir en ella! Pues amas tanto a los obedientes, que no quisiste dar tu cruz sino al que tenía nombre de obediente, dame esta soberana virtud, con la cual me sujete a tu ordenación, haciendo y padeciendo lo que de ella procediere, aunque sea para mí cruz pesada.

2. Lo segundo, era *extranjero* y venía de una granja, caminando a Jerusalén, para significar que los que se han de encontrar con Cristo nuestro Señor y ser dignos de tomar su cruz han de resolverse a vivir como peregrinos, y dejar el mundo y sus costumbres agrestes y profanas enderezando sus pasos y obras a la celestial Jerusalén; y si de esta manera deseo vivir, cuando más descuidado estuviere me encontraré con Cristo y me hará digno de que padezca con El y por Él.

¡Oh dichoso encuentro con Cristo cargado de su cruz! ¡Oh, si fuese tan dichoso que me saliese al camino de esta manera y pusiese sobre mis hombros la cruz que llevó sobre los suyos! Simón se llamaba también el Apóstol a quien, saliendo de Roma, salió Cristo al encuentro, diciéndole que volvía a Roma a ser otra vez crucificado. Vamos, ¡oh Salvador mío!, juntos, y juntos llevemos la cruz, pero no sea yo como Simón Cirinense, que la llevó y no murió en ella, sino como Simón Pedro, que fue crucificado con Vos siendo Vos crucificado en él.

3. Finalmente, como el trabajo de Simón Cirinense *duró poco,* y *hasta hoy dura la memoria de él* y *de sus hijos* en la Iglesia, como de personas señaladas en virtud, y por esta causa San Marcos las nombró todas; así los que llevan la cruz de Cristo nuestro Señor, aunque comienzan por fuerza, prosiguiendo, con la paciencia, de grado, su trabajo durará poco y su gloria será mucha; porque quien lleva la cruz con Cristo nuestro Señor reinará con Él para siempre en su gloria.

PUNTO QUINTO

Diversos fines de los que iban con Cristo.

Seguía a Jesús gran muchedumbre del pueblo y de mujeres llorando y lamentando, y volviéndose a ellas, les dijo: «Hijas de Jerusalén, no queráis llorar sobre Mí, sino sobre vosotras y sobre vuestros hijos, porque vendrá día en que se dirá: Bienaventurados los vientres que no concibieron y los pechos que no criaron. Y a los montes se dirá: Caed sobre nos otros. Y a

los collados: Cogednos debajo. Porque si en el madero verde se hace esto, ¿qué se hará en el seco?».

1. Sobre este paso, tengo de considerar, lo primero, *los diversos fines de estos que seguían a Cristo* nuestro Señor; porque *unos* le seguían *para crucificarle,* como los soldados y verdugos; *otros, para escarnecer de Él* y regocijarse en verle morir, como los sacerdotes y escribas; *otros, por curiosidad* de ver este espectáculo tan nuevo; y otros, por algún conocimiento y amistad que tenían con Cristo, llorando de compasión natural los trabajos que padecía; *pero ninguno* de éstos le seguía *para ayudarle a llevar la cruz ni con deseo de morir con Él,* al modo que había dicho: «Si alguno quisiere venir en pos de Mí, tome su cruz y sígame».

¡Oh buen Jesús, dame gracia que te siga, no como esta turba del pueblo, sino como Tú quieres ser seguido, abrazando tu cruz para morir contigo en ella!

2. Lo segundo, se ha de considerar cómo Cristo nuestro Señor, en medio de tanto tropel de gente y de tanta ignominia, conservó su divina autoridad, y volviéndose a las mujeres que le seguían y lloraban, *les enseñó el modo cómo habían de llorar con más perfección,* diciéndolas: «No queráis llorar sobre mí, sino llorad sobre vosotras.» En las cuales palabras *no prohíbe llorar su Pasión,* pues es justo que la lloren todos, *sino el modo,* llorándola solamente como miseria humana y con olvido de la causa por que padece, que son nuestros pecados; como quien dice: No lloréis tanto por Mí y por lo que padezco cuanto por vosotros y por vuestros pecados, y por los pecados de vuestros hijos, que son causa de mi Pasión.

¡Oh Maestro soberano, que en medio de tantos trabajos no te olvidas de tu oficio!, enséñame a llorar sobre Ti, y sobre mí, y sobre mis prójimos; sobre Ti, llorando lo mucho que padeces por mi causa; sobre mí, llorando lo mucho que pequé contra Ti; sobre mis prójimos, llorando sus pecados, al modo que Tú muchas veces lloraste por ellos.

3. Lo tercero, ponderaré *la infinita caridad de este Señor,* que, como olvidándose de sus trabajos, quiere que lloremos los nuestros y los de nuestros prójimos, especialmente los castigos de aquellos que no se aprovechan de su Pasión y muerte para alcanzar perdón de sus pecados. Y para eso nos dice aquella temerosa sentencia. *Si en el madero verde se hace esto, ¿qué será en el seco?* Que fue decir; Si a Mí, que soy árbol verde y fructuoso, me castiga tan terriblemente la divina Justicia por los pecados ajenos, ¿cómo castigará a los pecadores, que son maderos secos y

desaprovechados, por sus pecados propios? Si Yo, inocente, he sido azotado, abofeteado, espinado y escarnecido, y ahora voy con esta cruz a ser enclavado y atormentado, ¿qué será de los culpados? ¿Qué azotes? ¿qué espinas? ¿qué bofetadas? ¿qué desprecios? ¿qué hiel y tormentos vendrán por ellos cuando sean juzgados?

¡Oh alma mía!, ¿cómo no tiemblas del espantoso castigo que te espera si eres árbol seco? Si no te mueve a llorar tus pecados ver lo mucho que tu Dios padece por ellos, te mueva siquiera ver lo mucho que tú padecerás si no te aprovechas de lo que Él padeció. Si no despiertas con las voces amorosas de misericordia que da la sangre de Cristo, vertida con tanto amor, despierta con los clamores de justicia que da contra los rebeldes esa misma sangre derramada con tanto dolor. ¡Oh Padre Eterno, apláquese vuestra ira con lo que padece vuestro Hijo inocente! Satisfágase vuestra justicia con los frutos que produce este árbol de vida, y aunque yo, como árbol seco, merezca ser cortado para el fuego del infierno, mas por sus merecimientos os suplico me injertáis en él de nuevo para que lleve frutos dignos de vida eterna. Amén.

PUNTO SEXTO

Encuentro de la Virgen con su bendito Hijo.

Lo sexto, se ha de considerar cómo, según píamente se cree, *la Virgen Santísima,* oída la nueva triste de la condenación de su Hijo a muerte, salió con San Juan y con la Magdalena y otras devotas mujeres en su busca, *siguiéndole con excesivo dolor por el rastro de la sangre.*

1. Y al tiempo que Cristo nuestro Señor volvió el rostro a las hijas de Jerusalén, levantó los ojos para ver a su Madre, y la Madre levantó los suyos para ver al Hijo, *y encontrándose los ojos de los dos, se penetraron los corazones, y* cada uno quedó traspasado de dolor con la vista del otro. ¡Oh, qué cuchillo de dos filos tan agudo penetró el alma de la Virgen cuando vio a su amado Hijo con aquella corona de espinas que su madrastra la sinagoga le había puesto! ¡Y cuando vio su divino rostro tan desfigurado, su cuerpo tan acorvado con la carga de aquel pesado madero, en medio de dos ladrones y rodeado de innumerables sayones que por todas partes le atormentaban! Si las hijas de Jerusalén así lloraban y sentían las penas de Cristo nuestro Señor, no le teniendo más que por santo, ¿cómo las lloraría y sentiría la que le tenía por su Hijo y por su Dios?

2. *Alzó luego los ojos del ánima al Eterno Padre,* y le vio en espíritu que estaba allí con el cuchillo y con el fuego para el sacrificio de su Hijo, y con grandes gemidos de corazón diría: ¡Oh fuego del amor divino, que nunca dices basta, di esta vez basta, pues basta lo que mi Hijo ha padecido para que el mundo quede remediado! ¡Oh cuchillo de la divina Justicia, entra en tu vaina, pues basta la sangre que has derramado por paga de las injurias que te han hecho! ¡Oh Padre Eterno!, cese el rigor de vuestra justicia contra vuestro Hijo y mío, pues basta lo que ha pagado para que quede satisfecha; o convertid también el cuchillo contra mí para que yo muera juntamente con Él por los pecadores; porque vivir sin Él es para mí muerte, y morir con Él será vida; pero no se haga mi voluntad, sino la vuestra.

¡Oh Padre de misericordia! pues por vuestra ordenación Abraham fue a ofrecer el sacrificio de su hijo Isaac sin que su madre lo supiese, ¿por qué queréis que vuestro Hijo sea sacrificado sabiéndolo su Madre y asistiendo Ella al sacrificio? Nuevo tormento es éste del Hijo y de la Madre; pues ¿por qué queréis que crezcan los tormentos del uno con la presencia del otro? Mas ya sé, Señor, vuestra costumbre en atormentar mucho a los que mucho amáis para que crezcan mucho en vuestro amor o descubran el que os tienen, estimando en más vuestra voluntad que la suya y ofreciéndose a morir por dar vida a los que aman.

¡Oh Virgen sacratísima!, pues tanto amáis a los pecadores que os ofrecéis con vuestro Hijo a morir por ellos, mostrad conmigo el amor que me tenéis en darme a sentir los dolores que sentisteis viendo a vuestro Hijo tan lastimado, para que me ofrezca a morir con Él a todo lo terreno, crucificando mi carne por su amor. Amén.

3. Últimamente consideraré cómo caminando Cristo nuestro Señor en la forma dicha, salió por las puertas de la ciudad y llegó al monte Calvario. En lo cual se ha de ponderar lo que Cristo nuestro Señor sentiría cuando salió de la ciudad de Jerusalén con aquellas insignias de pecador, acordándose cómo aquella desdichada ciudad *le echaba fuera de sí* y por ello sería destruida y asolada, y su Pasión sería de provecho para los demás que no tuviesen parte con obstinación en las traiciones y maldades de ella.

¡Oh buen Jesús, que salís fuera de la ciudad para que vuestra carne, figurada por la de los antiguos machos cabríos, sea ofrecida en holocausto por mis pecados! Ayudadme a salir de la perversa ciudad de este mundo y de la compañía corrompida de los mundanos, llevando sobre mis hombros vuestros desprecios, preciándome de ellos y abrazando con amor vuestros tormentos.

Meditación 40

Lo sucedido en el monte Calvario antes de la crucifixión

PUNTO PRIMERO

Circunstancias de la crucifixión.

Lo primero, se han de considerar *las causas por qué Cristo nuestro Señor quiso ser crucificado en el monte Calvario, al mediodía* y *en tiempo de tanta solemnidad,* pues todo esto tiene misterio, atento que no acaso, sino por su elección y voluntad escogió ser crucificado, y el modo, tiempo y lugar, con las demás circunstancias del sacrificio.

La principal causa fue *para que su crucifixión* y *muerte* por todas partes fuese *para Él más penosa,* y *para nosotros más provechosa,* por los raros ejemplos de virtud que por esta ocasión resplandecieron en ella, *a)* Quiso morir *en campo raso,* para que sus ignominias y tormentos fuesen más públicos *y* pudiesen ser vistos de todos, pues eran para bien de todos, *b)* Quiso que este campo fuese *el monte Calvario,* donde eran ajusticiados los malhechores, para que su muerte fuese más afrentosa muriendo en el lugar donde eran castigados los hombres por enormes delitos, y para que se entendiese que moría, no tanto por sentencia de la justicia humana, cuanto por sentencia de la divina Justicia, en castigo de los pecados de los verdaderos malhechores, para pagar sus penas y librarnos de las culpas, *c)* Quiso que este lugar se llamase *Calvario,* por estar lleno de calaveras de los ajusticiados, lugar hediendo y asqueroso, para que todo esto le causase horror y se entendiese que su sangre era para salud de vivos y muertos y para vivificar las almas, y a su tiempo los cuerpos, *d)* Quiso también ser crucificado *al mediodía,* para que todos con claridad pudiesen ver su desnudez e ignominia, y lo que padecía por todos con exceso de fervor, significado por el sol de mediodía, *e) Y* por esta misma causa escogió morir *en día solemne de Pascua,* cuando concurría a Jerusalén innumerable gente, porque llegando sus pasiones a noticia de muchos, fuesen más afrentosas, y todos pudiesen aprender de la heroica humildad, paciencia y caridad con que padecía tales cosas, y de tales perseguidores, y con tales circunstancias, cuales nunca en el mundo fueron vistas.

Gracias te doy, dulcísimo Redentor, por haber escogido para tu muerte lo peor y más desechado de la tierra. Para entrar en el mundo escogiste un vil establo, y para salir de él, un infame Calvario; para nacer escoges un lugar asqueroso, morada de animales, y para morir tomas otro lleno de calaveras de malhechores. Cuando naciste concurrió mucha gente a Belén, para que te fuese ocasión de no hallar posada, y cuando mueres concurre mucha gente a Jerusalén, para que te sea ocasión de mayor infamia. Naciste a medianoche y en ciudad pequeña, para que fuese oculto tu nacimiento glorioso, y padeces a mediodía en ciudad muy grande, para que sea manifiesta tu muerte afrentosa. Y pues tu elección es siempre acertada, concédeme, Salvador mío, que a imitación tuya escoja para mí lo peor del mundo, huyendo lo que es honra y abrazando lo que es deshonra, perseverando en la humillación hasta la muerte. Amén,

PUNTO SEGUNDO

Dan a Cristo vino mezclado con hiel y vinagre.

Llegando al monte Calvario, le dieron vino mirrado, mezclado con hiel, y como lo gustase, no quiso beberlo.

1.– Aquí se ha de considerar, lo primero, *la grande crueldad de estos sayones,* porque acostumbrando a dar buen vino a los que habían de ajusticiar para confortar su desmayo, y estando Cristo nuestro Señor afligidísimo y apretado de sed, por estar muy desangrado y haber hecho tantos caminos, al tiempo que le hubieron de dar el vino se lo mezclaron con hiel y mirra amarga, para atormentar la lengua, boca y estómago, donde no habían llegado los azotes ni las espinas. Pero Cristo nuestro Señor aunque sabía el vino que le daban, le gustó, aunque no lo tragó; queriendo gustar aquella amargura y padecer aquel tormento en su seca lengua y afligida boca, y pagar de esta manera los deleites sensuales de la gula y embriaguez nuestra; dándonos ejemplo de paciencia cuando en nuestros trabajos no halláremos alivio de los hombres, sino aumento de ellos; y también ejemplo de sufrimiento cuando en nuestra hambre y sed nos faltare lo necesario o nos dieren comida desabrida, pues en la suya le dieron hiel.

¡Oh dulce Jesús, cuán cara te cuesta la paga de nuestras gulas! No se dirá por Ti que los padres comieron la uva aceda y los hijos padecen la dentera; antes al contrario, tus hijos comimos las uvas amargas y los agrazones de los pecados, y Tú padeces la dentera, gustando las amarguras

y tormentos que merecimos por ellos. Perdona, Redentor mío, las demasías que en este vicio he cometido, y sea salsa de mi comida la memoria de tu hiel, para que ni la falta del manjar me afija, ni su deleite rae arrebate.

2. Lo segundo, se ha de considerar *los muchos hombres que* ahora *dan a beber a Cristo* nuestro Señor *vino mezclado con hiel,* ofreciéndole obras *de suyo buenas, con intenciones perversas* y *circunstancias abominables.* Vino con hiel es la doctrina mezclada con errores, la fe con malas obras, el celo con venganza, la limosna por vanagloria, la oración con distracciones voluntarias, y todas las obras de hipocresía. Esta es la uva que llama Moisés «uva de hiel», y el vino que llama «hiel de dragones», con que los pecadores convidamos a Cristo; pero, aunque lo gusta, no lo traga, sino luego lo escupe de la boca, porque le desagrada y ofende sumamente tal modo de bebida.

¡Oh Rey soberano, cuán diferente comida y bebida me das de la que yo te doy! Tú me das el pan de tu cuerpo santísimo y el vino saludable de tu preciosísima sangre mezclado con miel de consolaciones suavísimas, y yo, en retorno, te vuelvo pan y vino mezclado con hieles amarguísimas. Perdona, Señor, mi desagradecimiento, y ayúdame con tu divina gracia para que te ofrezca, de hoy más, vino de buenas obras tan puro y oloroso, que te alegre el gustarlo y rumiarlo y admitirlo en tu corazón, juntándome con él con unión de perfecto amor.

3. Algunos contemplan que dieron a beber a Cristo nuestro Señor *dos veces al llegar al monte Calvario. La primera vez* le dieron *vino escogido*, que llama San Marcos *mitrado* y confeccionado, cual solían dar a los que habían de ser crucificados para que los enajenase de los sentidos y sintiesen menos el tormento. Y de éste dice el evangelista San Marcos *que no lo quiso recibir*. Y por esta causa aquellos crueles soldados con rabia le dieron segunda vez *vino mezclado con hiel,* del cual también dice el evangelista San Mateo *que lo gustó,* pero *no quiso beberlo*, y siendo esto así, resplandece la caridad de Cristo nuestro Señor en no querer tomar el primer vino por no recibir aquel alivio, sino padecer con su sentido entero y sentir mucho la terribilidad de sus dolores; y en gustar el segundo vino para, sentir su amargura, aunque no lo tragó, por la significación dicha.

PUNTO TERCERO

Le quitan las vestiduras y hasta la túnica interior.

Lo tercero, se ha de considerar cómo para crucificar a Cristo nuestro Señor, primero *le desnudaron de todas sus vestiduras, hasta la túnica interior,* con gran dolor y afrenta.

Cuatro veces desnudaron a Cristo nuestro Señor en su Pasión, en castigo de las muchas que yo me desnudé de la vestidura de la gracia, ofendiéndole con mis pecados. *La primera,* cuando le azotaron. *La segunda,* cuando le coronaron de espinas para vestirle de púrpura. *La tercera,* cuando después le desnudaron la púrpura y le tornaron a poner sus vestiduras. *La cuarta* fue para crucificarle, y ésta fue la más dolorosa y afrentosa; porque es de creer que la túnica estaría pegada a las carnes llagadas, y se la quitaron con grande crueldad, desollándole, como cuando trasquilan sin tiento a la oveja y la llevan con las tijeras pedazos del pellejo con la lana. *La afrenta* que padeció *era gravísima,* viéndose desnudo del todo *en medio de un campo lleno de innumerable gente,* burlando y escarneciendo de Él los que le miraban. *Todo lo* cual *sufría* este pacientísimo Cordero *con incomprensible paciencia* y *humildad,* ofreciéndolo al Eterno padre por la confusión que nuestros pecados merecían, y dándonos ejemplo de sufrimiento cuando nos faltare el vestido y lo demás necesario para el cuerpo, y exhortándonos a la desnudez y pobreza evangélica que había predicado, y siempre desde que nació había ejercitado.

¡Oh Salvador mío, cuán a la letra queréis cumplir lo que está escrito: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo tengo de volver a ella»! Desnudo nacisteis en el mundo, cubriéndoos luego vuestra Madre con unos viles y pobres pañales, y al tiempo de salir del mundo estuvisteis también desnudo de las vestiduras que Ella os había dado, sin que le fuese permitido cubriros con otras. ¡Oh segundo Adán celestial, cuán cara os ha costado la desnudez del primer Adán terreno, nacida de su desobediencia, pues para cubrirla con la vestidura de vuestra gracia fue menester que Vos estuvieseis desnudo con tanta ignominia! ¡Oh vino del divino amor, que así embriagaste a este divino Noé, reparador del mundo, que le dejaste desnudo, escarnecido y mofado del pueblo que tenía por hijo! Embriágame también a mí para que me desnude de todas las cosas terrenas y siga desnudo al desnudo Jesús, gustando de sus desprecios. Desnudo salí, Salvador mío, del vientre de mi madre; desnudo, como Vos, quiero volver

a él; vuestra desnudez será mi vestidura, vuestra deshonra mi librea, vuestra pobreza será mi riqueza, vuestra confusión mi gloria y vuestra muerte será mi vida; porque muriendo con Vos, resucitaré a nueva vida con Vos, a quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amén.

Meditación 41

La crucifixión de Cristo nuestro Señor

PUNTO PRIMERO

Obediencia de Cristo a los sayones.

Después que Cristo nuestro Señor estuvo desnudo, habiendo puesto la cruz tendida en la tierra, le mandaron los soldados que se tendiese de espaldas sobre ella, y al mismo punto se tendió, extendiendo sus brazos y pies para que fuesen clavados.

1. En lo cual se ha de ponderar, *la obediencia excelentísima* de este Salvador, la cual resplandeció en oír y *obedecer* puntualmente *a la voz de aquellos crueles sayones en cosa tan áspera* y *terrible* como era tenderse sobre aquella durísima cama de la cruz para ser crucificado en ella, dándome ejemplo de obedecer a mis prelados, aunque sean malos, y de sujetarme a toda humana criatura por su amor en lo que no fuere contrario a la divina ordenación.

¡Oh Adán celestial!, que tendiste tus manos, no como el Adán terreno, para tomar la fruta del árbol de desobediencia, sino para ser cosidas en otro árbol por obediencia, dame gracia para que yo levante las mías a cumplir tus mandamientos, tendiéndome, si fuere menester, en cama de cruz, para morir en ella por tu amor.

2. Luego ponderaré *lo que haría Cristo* nuestro Señor *cuando se vio de espaldas sobre aquella dura cama,* porque sin duda levantaría los ojos al cielo y daría gracias al Eterno padre porque a tal tiempo le había traído, y con grande voluntad se ofrecería a ser sacrificado sobre aquel altar, con sacrificio sangriento, por nuestros pecados; y así como el obediente Isaac se dejó atar de su propio padre y por su mano fue puesto encima del altar y de la leña, y allí estaba esperando el golpe de la espada, así nuestro dulce

Jesús estaba sobre el madero de la cruz atado con los cordeles del amor, esperando el golpe del martillo y clavo.

¡Oh Padre Eterno, pues tanto os agradó el rendimiento y obediencia de Isaac, que enviasteis del cielo un ángel para que detuviese la mano de Abraham y no le hiriese con la espada, contentaos, si es posible, con el rendimiento de este benditísimo Isaac tendido sobre este altar de la cruz, y enviad otro ángel que detenga las manos de estos sayones para que no enclaven las de vuestro Hijo! Bastantes muestras ha dado de su excelentísima obediencia; contentaos con tan generosa voluntad, sin que llegue a ponerse en obra. Pero ya veo, Señor, que vuestras obras y las de vuestro Hijo son perfectas, y así ambos queréis que sea perfecto el sacrificio para que sea copiosa nuestra redención. Bendita sea vuestra infinita caridad, por la cual os suplico me deis gracia para que yo os ofrezca un sacrificio de mí mismo, entero, perfecto y agradable a vuestra Majestad.

PUNTO SEGUNDO

Dolores de Cristo en su crucifixión.

Tendido Cristo nuestro Señor en la Cruz, tomaron los soldados la una mano, y con un clavo grande y grueso la clavaron con muy grandes golpes, y luego al otro lado clavaron la otra; y de la misma manera le clavaron el uno y otro pie con uno o dos clavos, vertiendo arroyos de sangre por las cuatro heridas.

1. Sobre este paso tengo que considerar, primeramente, *el terrible dolor* que sintió Cristo nuestro Señor con estas crueles heridas, por ser en las partes más nerviosas y en cuerpo tan delicado. Si tanto siento yo la picadura de una aguja, ¿cuánto sentiría este delicadísimo Señor ser traspasado con tan agudos clavos, rompiéndole venas, atravesándole nervios y rasgándole sus delicadas carnes?

¡Ou cuán bien te cuadra, Dios mío, el nombre que te puso Isaías, llamándote *Varón de dolores*, pues jamás hubo dolor en esta vida que igualase al tuyo! ¡Oh manos sacratísimas, en las cuales está escondida la fortaleza de Dios!, ¿quién os ha enclavado en los brazos de la cruz y esmaltado con las cabezas de sus clavos? ¡Oh pies sacratísimos, de cuya presencia sale el demonio huyendo como vencido!, ¿quién os ha cosido con ese duro madero? ¡Oh dulce Jesús!, ¿qué llagas son esas que tenéis en

medio de vuestras manos y de vuestros pies? ¿Quién ha dado atrevimiento al martillo y a los clavos para traspasarlos siendo Vos su criador? Mis pecados, sin duda, son la causa de todo esto, los que yo cometí con las manos de mis malas obras, y con los pies de mis malos afectos, llagando ellos a mi alma y afligiéndoos más con estas llagas que con las que recibís en vuestro cuerpo. ¡Oh Padre Eterno!, mirad estas llagas y dolores de vuestro Hijo, las cuales os está ofreciendo para remedio de las mías. Aceptad su ofrenda y curadme de ellas, pues ordenasteis las llagas del Hijo inocente, para dar salud a todos los que estaban por sus culpas llagados.

2. Lo segundo, consideraré *otro terrible dolor* que padeció Cristo nuestro Señor en esta crucifixión; porque clavada una mano, se encogieron los nervios, y cuando quisieron clavarle la otra, no llegaba al lugar donde estaba hecho el taladro, y para que llegase, *le estiraron tan fuertemente, que casi le desencajaron los huesos,* y por esta causa dijo de Sí en el Salmo: «Clavaron y agujerearon mis manos y mis pies, y contaron todos mis huesos»; esto es, mis miembros estuvieron tan extendidos en la cruz, y mi carne tan flaca y consumida, que pudieron contar todos los huesos que tenía. Este dolor fue de los más terribles que padeció Cristo nuestro Señor en su Pasión; porque aunque no le quebraron ningún hueso, como dice la Escritura, pero aquella extensión y desencajamiento o descoyuntamiento fue dolorosísimo; y lo ofreció este Señor en satisfacción de los pecados que cometieron los miembros de su Iglesia por la desunión y falta de concordia y caridad.

¡Oh Salvador de mi alma!, ahora quiero decir lo que dijo David: «Todos mis huesos dirán: Señor, ¿quién es semejante a Ti?». ¡Oh, si mis huesos se convirtiesen en lengua para alabarte por el dolor que padeciste en los tuyos! ¿Quién jamás fue semejante a Ti en los dolores y tormentos, y en las ignominias y desprecios que padeciste en la cruz? Ninguno puede igualarse con las grandezas de tu divinidad, ni tampoco se igualará con las bajezas, mezcladas con admirables virtudes, de tu sacratísima humanidad. ¡Oh, si supiese contar tus huesos, que son las virtudes interiores, cubiertas con esa dolorosa figura que tienes en la cruz, para imitarte en ellas! Concédenos, ¡oh buen Jesús!, por este dolor, que los huesos de tu Iglesia, que son los prelados y varones perfectos, vivan unidos entre sí y con la demás gente flaca, que es 1a. carne de tu cuerpo místico, trabados con unión de caridad, para que todos a una te glorifiquemos y nuestras obras estén predicando tus grandezas, diciendo: Señor, ¿quién será semejante a Ti en el poder, pues así puedes unir tan diferentes voluntades con tal unión de amor?

3. Lo tercero, se puede ponderar *el dolor grande que sentiría la Virgen* nuestra Señora *cuando oyese los golpes del martillo* al tiempo que clavaban a su Hijo; porque un mismo golpe penetraba con el clavo la mano o el pie del Hijo, y traspasaba también con agudo dolor el corazón de la Madre.

¡Oh Virgen soberana!, si a vuestro Hijo cuadra bien el nombre de Varón de dolores, a Vos también os cuadra otro semejante llamándoos Mujer de dolores, pues con verdad podíais decir a todos los que estaban en aquel monte y pasaban por aquel camino: Atended y mirad si hay dolor semejante al mío. ¡Oh, si estas martilladas traspasasen también mi corazón como el vuestro! ¡Oh, si los oídos de mi alma estuviesen siempre abiertos para oír los golpes del martillo de Dios, que es su santa inspiración, quebrantando con dolor mi duro corazón por haber ofendido al que con tan cruel martillo por mi causa es golpeado!

PUNTO TERCERO

Cristo es levantado en la cruz.

Después de clavado Cristo nuestro Señor, levantaron los soldados la cruz en alto, y es de creer que la dejaron caer de golpe en el hoyo que para esto estaba hecho, *estremeciéndose todo el cuerpo con gravísimo dolor.*

1. Levántate, oh alma mía, en lo alto con tu Señor, y levanta los sentidos y afectos de tu corazón para enclavarlos con Él en la cruz. Mira, lo primero, *el dolor, la vergüenza* y *aflicción* que sintió tu dulce Jesús cuando se vio en alto, a la vergüenza, a vista de tanta gente desnudo, afrentado y hecho señal de oprobio, cargado de inmensos dolores por todas las partes de su cuerpo: mira cómo *la cabeza* no tiene dónde reclinarse, porque si se reclina en la cruz, se le hincan más las espinas; *las manos* se le están rasgando con los clavos por el peso del cuerpo, que tira de ellos; *las heridas de los pies* se van abriendo y dilatando con la carga del cuerpo, que estriba en ellos. Y viendo a tu Señor tan rasgado con tormentos por tus pecados, rasga tu corazón de dolor por haberlos cometido.

2. Mira luego *aquellos cuatro arroyos de sangre* que salen de las cuatro llagas, como cuatro ríos que salen del paraíso para regar y fertilizar la tierra del corazón humano; llégate cerca de estos arroyos con el espíritu, *gusta la dulzura* de esta sangre derramada con tanto amor y dolor y *lávate*

con ella para que quedes limpio de tus culpas, como los que lavaron y blanquearon sus estolas en la sangre del Cordero.

¡Oh sangre preciosísima, lávame, purifícame, enciéndeme y embriágame con el exceso de amor con que fuiste derramada, y penétrame con el exceso de dolor con que fuiste sacada de las venas de mi Señor!

3. También *abre tu oído para oír los clamores* y *alaridos que los enemigos de Cristo levantaron* cuando le vieron levantado en la cruz, gozándose de verle tan desfigurado y afligido y sin esperanza alguna de vivir. *Oye también* los clamores y llantos dolorosísimos que levantarían las hijas de Jerusalén cuando viesen aquel doloroso espectáculo, y especialmente los suspiros y gemidos vehementes de las mujeres devotas que allí estaban. ¡Oh, cuán atormentados estaban vuestros oídos, dulcísimo Jesús, con los alaridos de vuestros enemigos y con los llantos de vuestros amigos! Si los amigos de Job, cuando levantaron los ojos a mirarle, como le vieron en un muladar cubierto de llagas, apenas le conocieron, y levantando el grito lloraron amargamente, rasgando sus vestiduras y cubriendo con polvo sus cabezas, y así estuvieron siete días sin atreverse a hablarle palabra, porque veían su dolor ser vehemente, ¿qué harían vuestros amigos cuando levantaron los ojos y os vieron en ese horrible lecho cubierto de llagas de pies a cabeza muy más terribles y dolorosas que las de Job? Apenas os conocieron, según estabais desfigurado, levantaron el grito con amargo llanto, rasgaron sus entrañas con la fuerza de su dolor, cubriéndose de polvo con la vergüenza de vuestra desnudez, y quedaron enmudecidos y pasmados sin saber qué poder deciros, viendo que vuestro dolor era vehemente.

¡Oh, quién me diese un sentimiento tan grande como éste, pues tengo mucha más razón de sentir vuestros dolores que tuvieron los amigos de Job para sentir los suyos, porque Job no padecía por los pecados de sus amigos, y Vos, Salvador mío, padecéis por los nuestros! Y si el dolor de Job era vehemente, el vuestro era vehementísimo, pues aquél no perdió la vida con la fuerza de su dolor, y Vos la perdisteis cruelmente con la fuerza del vuestro. Llora, pues, ¡oh, alma mía!, los dolores de tu Señor, rasga tu corazón de pena, cubre tu cabeza con polvo y ceniza, haciendo penitencia de tus pecados, y aunque la lengua no sepa o no pueda hablar, tu corazón medite y rumie sus vehementísimos dolores y desprecios, no sólo por siete días, sino por todos los días de tu vida, haciendo tu morada a los pies de la cruz.

4. Finalmente, se ha de considerar *el dolor que la Virgen Santísima padeció* en aquella primera vista de su Hijo; porque en encontrándose los

ojos de Cristo y de su Madre, ambos quedarían eclipsados con suma tristeza; la Madre quedó espiritualmente crucificada con la vista del Hijo, y el Hijo nuevamente afligido con la vista de su Madre; y callando ambos por la vehemencia del dolor, el corazón de cada uno se ocupaba en sentir los dolores que padecía el otro, doliéndose más por ellos que por los propios.

Ponte, pues, ¡olí alma mía!, entre estos dos crucificados, y levanta los ojos a ver al Hijo crucificado con clavos de hierro, y luego bájalos a ver a la Madre crucificada con clavos de dolor y compasión, y suplícales que repartan contigo sus dolores, de modo que tú también estés crucificada con ellos por verdadera imitación.

Lo que pertenece a este paso se ha de ponderar más por lo que se dijo en la *Meditación fundamental,* punto octavo.

Meditación 42

Los misterios que están encerrados en Cristo crucificado

PUNTO PRIMERO

Extrema humillación de Cristo en la cruz.

Puesto a los pies de la cruz, y levantando los ojos del alma al que está puesto en ella, para conocer y penetrar todo lo que allí hace y representa, tengo de considerar:

1. Lo primero, *quién es el que está allí crucificado,* ponderando *el motivo* que hubo para ello de su parte, que fue *su sola bondad* y *misericordia,* y de la nuestra, que fue *el remedio de nuestra miseria*. Levanta, pues, ¡oh alma mía!, tus ojos *desde la cruz al cielo,* y *desde aquel trono de ignominia* que está en el monte Calvario, *al trono de gloria,* que está en el cielo empíreo, y considera la infinita majestad de aquel Señor que está crucificado; cómo *es Dios eterno* e inmenso, cuya silla es el cielo, y la tierra es estrado de sus pies, el cual está sentado sobre los querubines y anda sobre las plumas de los vientos. Es *sumamente sabio* y *todopoderoso,* por quien fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, ángeles y hombres. Y, como dice Isaías: «Sustenta con tres dedos la redondez de la tierra», porque con su bondad, sabiduría y omnipotencia la conserva.

2. Y después que hubieres considerado esto, baja tus ojos a mirar *la extremada bajeza* y *miseria* de que esta divina Persona está vestida en la cruz, ponderando cómo su afligido cuerpo está sustentado con otro ternario de tres agudos clavos que le tienen asido en aquel madero, sin poderse menear de una parte a otra, los cuales de tal manera sustentan la carga de su cuerpo, que le atormentan con gran dolor y le atormentarán hasta quitarle la vida. *Y haciendo comparación* de lo que esta divina Persona tiene *en estos dos tronos,* quedarás admirado y pasmado de que tanta grandeza haya venido a tanta bajeza, y cubriendo, como los serafines, lo alto y lo bajo de tu Redentor por no alcanzarlo, dirás con grande afecto: Santo, Santo, Santo eres, Señor Dios de los ejércitos; tres veces eres Santo por los *tres dedos* con que sustentas al mundo, y tres veces Santo por los *tres clavos* que sustentan tu cuerpo en la cruz, y mucho más por *otros tres* con que Tú mismo te has clavado en ella: *uno de amor* a los hombres, *otro de obediencia* a tu Eterno Padre *y otro de celo* por su gloria y de nuestro bien, los cuales te tienen asido más fuertemente que los de acero.

Gracias te doy, Redentor soberano, por este amor, obediencia y celo con que estás fijado en tu cruz. Te suplico, Señor, que me claves con esos mismos clavos en ella, de modo que siempre te ame más que a mí, y obedezca a tu voluntad sin hacer caso de la mía, y cele tu honra y mi salvación eterna sin cuidar mucho de lo que presto se pasa. Y si estos clavos no me tuvieren bien fijo, clava, Señor, mis carnes con los clavos del temor, haciendo que tema tus ocultos juicios, tu rigurosa justicia y mi eterna condenación, de modo que me libres de ella. Amén.

PUNTO SEGUNDO

Cristo, en la cruz, es Sacerdote y sacrificio.

Lo segundo, tengo de considerar cómo este Señor que está en la cruz es *aquel gran Sacerdote* según el orden de Melquisedec, supremo Pontífice de la Iglesia, escogido y llamado de Dios con más excelencia que Aarón, príncipe de los pastores y obispo vigilantísimo de nuestras almas, el cual subió a la cruz *para ofrecer un sacrificio sangriento,* el más excelente que jamás se ofreció en la tierra.

Las insignias de este sumo Sacerdote son dolorosas y afrentosas, pero misteriosas. Por *mitra* tiene una corona de espinas fija en su cabeza, porque es cabeza perpetua de la Iglesia y sacerdote eterno que nunca se ha de acabar. El *báculo* pastoral es la cruz. Los *anillos* son los clavos de las

manos. La *vestidura* sacerdotal de varios colores es su carne, labrada con varios cardenales y llagas causadas de los azotes. De esta manera entró nuestro buen Jesús una sola vez en el Sancta Sanctorum a ofrecer sacrificio, no de animales, sino de Sí mismo; no por Sí mismo, sino por nosotros; no sacrificio común que se divida, sino holocausto que todo se abrase *con fuego de dolor* y *con fuego de amor,* derramando toda su sangre en remisión de nuestros pecados, hasta quedar muerto y consumido en la cruz.

¡Oh sumo Sacerdote, cuán caro te cuesta aplacar la ira de Dios contra nosotros, pues no te contentas con ofrecer carne y sangre de animales, sino tu propia carne y sangre unidas con tu divinidad y apartadas entre sí con excesiva crueldad! Necesaria era tal ofrenda como la tuya para satisfacer de justicia por tal ofensa como la nuestra. Menester era que fuese Dios el sacerdote y el sacrificio, para que Dios quedase del todo contento y aplacado. ¿Qué te daré, ¡oh supremo pontífice y pastor de mi alma!, por este sacrificio que estás ofreciendo en la cruz por ella? Deseo asistir a este tu sacrificio sangriento, y ofrecerte un sacrificio de mi corazón contrito y humillado; contrito, por los pecados que cometí contra Ti, y humillado, por ver los dolores y afrentas que padeces por mí. Y demás de esto, te ofreceré otro sacrificio de alabanza por lo mucho que haces por mi salud, con propósito de hacer lo posible por tu servicio. Acepta, Señor, estos sacrificios, vísteme de las insignias de tu sacerdocio, y hazme semejante a Ti en lo mucho que padeces por mí.

PUNTO TERCERO

Cristo, en la cruz, es Doctor y Maestro.

Lo tercero, tengo de mirar a Jesucristo crucificado, *como a Doctor* y *Maestro* enviado por el Eterno Padre al mundo para enseñarnos los caminos de *la verdad* y *virtud,* y las sendas de la santidad y *perfección;* el cual, habiéndolas enseñado por palabra y obra en los treinta y tres años de su vida, al fin de ella se sube a la cátedra de la cruz y allí hace *un epílogo* de todo cuanto ha enseñado con excelentísima perfección. Porque así como cuando comenzó a predicar se subió a un monte, sentándose con sus discípulos, abrió su boca y les predicó las ocho bienaventuranzas, que son ocho actos heroicos de virtud en que se funda la perfección evangélica, así ahora sube al monte Calvario, y puesto en la cruz, platica estas mismas virtudes *con la mayor excelencia que jamás las ejercitó,* al modo que se

dijo en el *Punto sexto* de la *Meditación fundamental.* Y habiendo ponderado su pobreza, humildad y las demás, he de imaginar que Dios nuestro Señor me dice aquellas palabras que dijo a Moisés: «Mira y obra según el ejemplar que se te ha mostrado en el monte»; esto es: mira el ejemplo de virtudes que mi Hijo te ha dado en el monte Calvario, y obra según ellas, aprendiendo la lección que te ha leído. Ponte, pues ¡oh alma mía! a los pies de la cruz, y oye con atención la lección que te está leyendo Cristo crucificado; y pues le cuesta tanto el leerla, no seas perezosa en oírla y repetirla; imprímela en tu corazón *y* ponía luego por obra con tantas veras, que puedas decir con el Apóstol: «No me precio de saber otra cosa entre los hombres, sino a Cristo, y éste crucificado».

¡Oh Maestro soberano, que dijiste: «Si Yo fuere levantado de la tierra, todas las cosas traeré a Mí», trae mi memoria para que piense siempre lo que ahí me enseñas; y mi entendimiento para que lo penetre, y mi voluntad para que lo ame, y todo mi espíritu para que lo imite! ¡Oh Virgen sacratísima y discípulo amado del Señor, que estando al pie de la cruz oísteis esta soberana lección y os aprovechasteis altamente de ella!, suplicad a este soberano Maestro la estampe en mi corazón como la estampó en el vuestro. Amén.

PUNTO CUARTO

Cristo, en la cruz, destruye el reino del pecado.

Luego tengo de considerar cómo el que está en la cruz es el Señor de los ejércitos, el Dios de las batallas y de las venganzas, capitán y *guerrero fortísimo,* el cual, en el campo raso del monte Calvario, presenta la batalla a las potestades del infierno y a los príncipes de este mundo, y pelea contra ellos, y allí los vence, *destruyendo el reino del pecado. Las armas* con que pelea son la cruz, clavos, espinas y los demás instrumentos de sus dolores e ignominias, con los cuales, quebrantando y desmenuzando su sacratísimo cuerpo, quebranta la cabeza de la serpiente que engañó a nuestros primeros padres y por ellos introdujo en el mundo el pecado original, cuyo perdón nos alcanzó en la cruz. Y además de esto quebrantó las siete cabezas del dragón bermejo, que son *los siete vicios capitales,* que nacieron de este pecado original: quebrantó *la soberbia,* con sus ignominias y desprecios, sufridos con profundísima humildad; venció *la gula,* gustando la hiel y vinagre que le dieron para refrigerar su sed; rindió los deleites de *la lujuria,* con los terribles dolores que padeció en todos los miembros de su cuerpo;

destruyó *la avaricia,* con su extremada pobreza y desnudez; sujetó *la ira,* con su heroica mansedumbre y paciencia; venció *la envidia,* con los excelentes actos de caridad que ejercitó para nuestro bien. Finalmente, destruyó *la pereza,* con el fervor que mostró en toda la obra de nuestra redención.

De esta manera nuestro buen Jesús, tomando forma de serpiente en la cruz, peleó como la serpiente de Moisés con las serpientes de los magos, y las tragó, tragando y deshaciendo todos los pecados que inficionan el mundo; y como Gedeón, quebrantando el cántaro que tenía en su mano, con el resplandor de la lámpara que estaba dentro de él, espantó y venció a los madianitas, así nuestro Capitán, quebrantando su cuerpo con los trabajos de la Pasión, con el resplandor de las virtudes que de Él salieron, venció los vicios y desbarató los poderes del infierno. Y este gran Dios de las venganzas, vengando en su cuerpo las injurias hechas contra su Padre, tomó venganza de sus enemigos y los puso debajo de sus pies; enseñándome a mí el modo de vengar en mí mismo las injurias que hice a Dios, y el modo de vencer al demonio, mundo y carne, y a los vicios que hacen guerra contra mi espíritu.

¡Oh Guerrero fortísimo, que derramando tu propia sangre vences a los demonios y destruyes el reino del pecado y los vicios que asuelan al mundo!, enséñame a pelear como peleaste, para que venza como venciste, lame corazón varonil para que yo también, como los soldados de Gedeón, quebrante con penitencias el cántaro de mi cuerpo, y resplandezca en mí la luz de las virtudes, de modo que huyan mis enemigos y alcance victoria de ellos. ¡Oh Dios de las venganzas!, enséñame a tomar venganza de mí mismo porque te ofendí, pues si de mí me vengo, triunfaré de mis enemigos por la sangre de tu Hijo, a quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amén.

Meditación 43

El título de la cruz de Cristo y las causas misteriosas de su pasión que en él se encierran

PUNTO PRIMERO

Causas de la crucifixión de Cristo.

Pusieron sobre la cruz un título que decía: «Jesús Nazareno, Rey de los judíos», y estaba escrito con letras hebreas, griegas y latinas.

Sobre este título, se han de considerar las cuatro palabras que tiene, en las cuales, como dice San Marcos, se contenía *la cansa de Cristo;* esto es, *la causa por la que le habían puesto en la cruz,* no solamente la causa que tuvo Pilato, sino principalmente la que tuvo el Padre Eterno para decretarlo y permitirlo.

IESUS.—1. La primera palabra del título es Jesús, que quiere decir *Salvador,* porque vino a salvar el mundo y a librarle de los pecados que tenía, y de las penas que por ellos merecía. Y esta fue la *primera causa* de ser crucificado, para que con su muerte y con el derramamiento de su sangre, *acabase la obra de nuestra redención.* Este nombre se le puso en la circuncisión, tomando posesión del oficio de Salvador con la poca sangre que allí derramó. Mas ahora se le pone encima de la cruz como título de su Pasión, porque acaba y perfecciona todo lo que pertenece a este oficio, con el derramamiento de toda su sangre. Pues, como dice San Pablo: «Sin derramamiento de sangre no hay redención» de pecados, ni salvación.

¡Oh dulcísimo Jesús; cuán caro os cuesta el oficio de Salvador, pues para salvarnos dais el precio de vuestra sangre, derramándola liberalmente, no una parte, sino toda, no poco a poco, sino a borbollones! vertiéndola por las llagas de vuestros pies y manos. ¡Oh nombre suavísimo de Jesús, cuán bien os cuadra ahora ser como óleo derramado, pues derramando la sangre hacéis de ella óleo que cure nuestras llagas y sane las dolencias de nuestras culpas! ¡Oh liberalísimo Jesús!, sed para mí Jesús, ejercitad conmigo el oficio de Salvador, sed para mí óleo que me cure, medicina que me sane, y ungüento olorosísimo que me conforte, aplicándome los frutos de vuestra redención.

NAZARENUS.—2. La segunda palabra es Nazareno, que quiere decir *florido;* en la cual se denota la segunda causa de haber subido Jesús al árbol de la cruz, para brotar en ella las flores excelentísimas de las virtudes que allí ejercitó para nuestra enseñanza y ejemplo; flores fueron su pobreza y obediencia, su mansedumbre y humildad, su paciencia y caridad.

¡Oh Jesús Nazareno, cuán florido estáis en esa cruz! Toda la vida fuisteis muy florido; pero mucho más lo estáis al fin de ella. Bien podéis decir a vuestra esposa la Iglesia: nuestro lecho está florido, porque el lecho de la cruz está lleno de flores olorosísimas que brotáis en ella. Admitidme, Señor, en este lecho vuestro, aunque sea estrecho, que bien cabremos los dos, pues Vos dijisteis: «Adonde Yo estoy, ahí estará el que me sirviere.». ¡Oh, quién estuviese con Vos en la cruz, oliendo las flores que en ella brotasteis, y alentándose a brotar otras como ellas!

También *Nazareno* quiere decir lo mismo que *santo;* en lo cual se denota que este Señor que está en la cruz, es el Santo de los santos, y que muere, no por culpas suyas, sino por las ajenas, para librar a los hombres de ellas y hacerlos santos, cumpliéndose lo que está escrito: Que en la cruz justificaría a muchos, quitando de ellos sus maldades y pagando las penas que debían por ellas. Y estos son los frutos que nacen de aquellas flores, los cuales produce nuestro buen Jesús en su muerte; porque el grano de trigo que cae en la tierra, si muere, lleva mucho fruto.

¡Oh árbol florido y fructuoso, quién pudiese sentarse a tu sombra y comer tu dulce fruto hasta hartarse! ¡Oh dulce Jesús, que dijiste: «Subiré a la palma y cogeré los frutos de ella»! Dame gracia que suba contigo a la palma de la cruz, y goce de los frutos que por ella produjiste, para que, imitando tus virtudes, alcance la palma de la gloria que se merece por ellas. Amén.

REX.—3. La tercera palabra del título es Rey, en la cual se significa la causa por qué Pilato condenó a Cristo a ser crucificado; es a saber: porque los judíos le acusaban de que *era su rey;* y es así que *era Rey,* no temporal, sino *celestial y* eterno, cuyo reino comenzó con estabilidad *desde la cruz,* porque escrito está que Dios reinará *desde el madero* (o); porque como el reino del pecado comenzó en un árbol por la desobediencia del primer Adán, así el reino de Dios comenzó en otro árbol por la obediencia de Cristo, que murió en él, De donde sacaré, que *si quiero reinar con Cristo* ha de comenzar mi reinado también *desde la cruz,* crucificando en ella mi hombre viejo y destruyendo el cuerpo del pecado; porque los reinos de la tierra se gozan viviendo, pero el de Cristo, muriendo.

¡Oh Rey eterno, cuya corona y trono son eternos, y por eso la corona penetra vuestra cabeza con espinas, y en vuestro trono estáis clavado con duros clavos, derramando por las heridas vuestra sangre, para conquistar con ella el reino que habéis prometido a vuestros vasallos! Pues sois tan poderoso, que sentado en vuestro trono, con una sencilla vista destruís todo lo malo, destruid en mí todo lo que os ofende, para que entre con Vos a gozar de vuestro reino. Amén.

IUDAEORUM.—4. La última palabra del título es *Rey de los judíos;* y aunque ellos no le quisieron recibir, y por esto pidieron que fuese crucificado, pero no por eso dejó de ser *Rey* enviado por el Eterno Padre para que *reinase en ellos y en todos aquellos que tuviesen la significación de su nombre,* que es *confesar* con verdadera confesión lo que Dios ha revelado, glorificándole por ello. Y a esta causa el nombre se escribió con letras hebreas, griegas *y* latinas, para que todas las naciones del mundo, significadas por estas tres lenguas, conozcan a este Rey y le adoren, y toda lengua, como dice San Pablo, confiese que nuestro Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

¡Oh Hijo de Dios vivo, yo confieso que te cuadra muy bien este glorioso título, porque Tú solo, y no otro, eres Jesús Nazareno, Rey de los judíos! ¡Oh, si todo el mundo leyese este título y le admitiese, y todos te confesasen por su Rey y Salvador! ¡Oh título soberano en quien están cifrados todos los títulos que tengo para negociar mi salvación! Por este título serán oídas mis oraciones, cumplidos mis deseos y remediadas todas mis necesidades. ¡Oh Padre Eterno!, reconoce este título que está escrito sobre la cruz de tu Hijo, y pues es título del reino que compró para mí, admíteme dentro de él para que reine contigo por todos los siglos. Amén.

PUNTO SEGUNDO

Qué clase de personas leyeron el título de la cruz.

Habiendo muchos leído este título, los pontífices de los judíos dijeron a Pilato: «No quieras escribir Rey de los judíos, sino que Él dijo: «Rey soy de los judíos».

1. Sobre este punto puedo considerar *tres suertes de personas que leyeron este título de la cruz* de Cristo en el monte Calvario. La primera fue *de los pontífices, fariseos* y otros mal intencionados y enemigos de Cristo nuestro Señor, los cuales tuvieron el título por falso y quisieron

enmendarle. Estos son *figura de los herejes* y *de los demás infieles* que oyen y leen los libros sagrados, y los títulos y obras de la divinidad y humanidad de Cristo, y niegan muchas de ellas, y las quieren enmendar por su antojo y errado parecer.

2. Otros leyeron el mismo título *por curiosidad*, como es costumbre en tales casos; pero no hicieron caso de él, ni le entendieron, ni penetraron el misterio que encerraba; y éstos son *figura de aquellos que oyen* y *leen las cosas de Cristo* nuestro Señor y las creen a bulto y *sin ahondar ni penetrar los misterios* que en sí encierran, y así no sacan provecho de ellas.

3. Otros hubo en el monte Calvario, como fue la Virgen sacratísima y el evangelista San Juan, los cuales leyeron el título *con devoción,* y *le entendieron* y penetraron los misterios que encerraba, venerándolos con grande afecto de su corazón; y éstos *son figura de los que leen los libros sagrados y* las verdades de nuestra fe, y procuran meditarlas y rumiarlas *con devoción* y *espíritu para su propio provecho.* A los cuales tengo yo de imitar, suplicando a la Virgen Santísima y al glorioso San Juan me alcancen la luz y espíritu con que leyeron y penetraron este título, para que con la misma lea yo y penetre las verdades que la fe me enseña de Cristo mi Salvador, pues mi vida eterna consiste en conocerle, amarle *y* servirle para siempre.

PUNTO TERCERO

Firmeza de Pilato en no querer mudar el título de la cruz.

Les respondió Pilato: «Lo que escribí, escribí».

Esta palabra dijo este presidente, movido por divina inspiración, para que se entendiese que *era verdad lo que el título contenía,* y que por ninguna humana razón.ni persuasión se había de mudar. Y así será, que lo que está escrito en este título y en la divina Escritura, para siempre estará escrito, y no se mudará ni faltará *por más que contra ello hagan los enemigos de la fe.* De donde también tengo de aprender a tener firmeza en lo bueno que he propuesto y determinado por seguir a Cristo; y si el demonio, o el mundo, o la carne me quieren apartar de ello con tentaciones, tengo de responderles: Lo que escribí, escribí; lo que determiné, determiné; y no volveré atrás un punto, ni borraré lo que escribí, ni mudaré lo que una vez determiné.

¡Oh Salvador del mundo!, pues tan amigo eres de firmeza, que no consentiste que se mudase una letra de este título, te suplico me hagas tan constante en tu servicio, que ninguna persuasión de mis enemigos baste a derribarme de él. Amén.

Meditación 44

La partición de las vestiduras de Cristo nuestro Señor, y los escarnios que padeció en la cruz

PUNTO PRIMERO

Por qué los soldados parten entre sí las vestiduras de Cristo.

Después que los soldados crucificaron a Jesús, tomaron sus vestiduras y las partieron en cuatro partes, tomando cada uno la suya.

Sobre esta partición, se han de considerar *las causas* y *los misterios* que están encerrados en ella.

1. *De parte de los cuatro soldados,* que fueron los cuatro verdugos que crucificaron al Señor, *la causa fue su codicia;* porque como era gente vil, cada uno quiso llevar su pieza de la vestidura, echando suertes sobre cuál pieza cabría a cada uno; *y* también la descosieron y dividieron a vista de Cristo por escarnecer de Él como quien dice: Ya no tendréis más necesidad de vestiduras. Y cuando las partían, quizá diría alguno: Rasguemos las vestiduras de este blasfemo, pues no quiso Él rasgárselas por las blasfemias que dijo contra Dios. De esta manera estaban allí atormentando los ojos y oídos de nuestro buen Jesús.

¡Oh sagradas vestiduras, de las cuales salía virtud para sanar todas las enfermedades de los que las tocaban! ¿Cómo habéis venido a manos de gente tan profana? La humildad del que os trajo vestidas es causa de vuestra humillación, para curar con ella mi soberbia en el vestido. Concededme, Señor, esta humildad, para que lleve de buena gana cualquier injuria que hicieren a cosas mías.

2. *La segunda causa misteriosa fue de parte de Cristo nuestro Señor,* el cual, *para dar ejemplo de perfectísima pobreza evangélica,* no se contentó con estar desnudo en la cruz, sino quiso también enajenarse de sus

vestidos, que era toda la hacienda que tenía, de modo que ni le quedase el uso, ni el dominio o propiedad de ellos, traspasándole en aquellos pobres soldados y crueles enemigos. De donde sacaré un entrañable deseo de cumplir en el modo que mejor pudiere lo que dijo este Señor: «Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes y dalo a los pobres y sígueme»; y «el que no renuncia todas las cosas que posee no puede ser mi discípulo».

3. *La tercera causa* fue para mostrar *su intensa caridad* y *liberalidad* en dar cuanto tenía a los hombres, cuerpo y sangre y hacienda; y en especial para significar que todos los hombres de cualquiera de las cuatro partes del mundo que viniesen a Él, podrían tener parte en las vestiduras de su gracia, caridad y virtudes, para que se vistiesen y adornasen con ellas; y como estos cuatro soldados que le crucificaron tuvieron derecho a estas vestiduras, que estaban teñidas, con su sangre, así los pecadores, que con sus pecados le crucifican dentro de sí mismos, tienen derecho a pedir estas vestiduras de las virtudes, no por sus merecimientos, sino por la sangre del mismo Jesucristo que anda junta con ellas.

¡Oh dulcísimo Jesús! gracias te doy por tu infinita liberalidad, con la cual te dignas vestir con tu preciosa vestidura al mismo que te crucifica con tanta deshonra, me pesa de la parte que he tenido en tu crucifixión; mas pues eres tan liberal, dame parte en tus sagradas vestiduras, repartiendo conmigo tus soberanas virtudes.

PUNTO SEGUNDO

Los soldados conservan entera la túnica de Cristo.

La túnica era inconsútil, tejida toda desde arriba abajo, y por eso dijeron los soldados: «No la dividamos, sino echemos suertes sobre para quien ha de ser.» Con esto se cumplió lo que había dicho el profeta: Dividieron entre sí mis vestidos, y sobre mi vestidura echaron suertes.

Aquí se han de considerar también *las causas misteriosas de este hecho,* pues tan en particular quiso Dios que fuese profetizado.

1. *Lo primero, de parte de los verdugos,* la causa fue porque si la túnica se partiera, no fuera de provecho para ninguno, por ser toda de una pieza, tejida, según se dice, por la Virgen sacratísima nuestra Señora, la cual sintió tiernamente ver aquella preciosa túnica bañada con la sangre de su Hijo en las manos de tan vil gente.

¡Oh Virgen soberana, con cuánta mayor razón pudiéramos decir lo que dijo Jacob: «Una fiera muy cruel ha tragado a mi hijo José», y con su sangre está teñida la túnica que yo le di! La fiera de la envidia le ha puesto en aquella cruz, y ha teñido su vestidura, no con sangre de cabritos, sino con sangre de sus venas, para librar de la muerte a los mismos que por envidia se la dan. ¡Oh fiera envidia! ¿Cómo te atreves a tragar al que es la misma caridad? ¡Oh caridad infinita, que matas a la fiera que te traga!, destruye en nosotros esta fiera para que conservemos entera la túnica de la verdadera caridad.

2. *La segunda causa* de este hecho fue porque *esta túnica representaba la humanidad de Cristo* nuestro Señor, tejida desde arriba abajo; porque desde el cielo se tejió, sin obra de varón, en las entrañas de la Virgen, por obra del Espíritu Santo. La cual es vestidura riquísima de los fieles, que, como dice el Apóstol, se visten de nuestro Señor Jesucristo cuando se bautizan, conformándose con su vida en unión de caridad, sin admitir división alguna, porque Cristo no se puede dividir. ¡Dichoso a quien le cabe en suerte esta vestidura celestial, por la cual viene a ser suerte de Dios *y* herencia suya!

3. También *esta túnica de Cristo representa la Iglesia,* esposa suya, en la cual quiere *que no haya división,* sino que se conserve siempre *una* en unidad de *fe* y *caridad.* Y por esto en el libro de los Cantares dice de ella que es *una* su paloma y su perfecta, porque es *uno* el Espíritu Santo, que también es figurado por la paloma, *y uno* el espíritu de Cristo *y* de la perfección que reside en ella; y quien intentare dividirla, intenta dividir a Cristo y su preciosa túnica de una pieza; en lo cual es más cruel que los que le crucificaron, porque divide y rasga lo que ellos no se atrevieron a dividir, ni el mismo Señor les quiso dar licencia para ello.

¡Oh Dios de la paz y del amor!, no permitas que haya cisma en tu Iglesia, ni discordia en tu religión, y división alguna en tu pueblo cristiano. Consérvalos a todos en unión de caridad para que sean una cosa en Ti, y Tú puedas vestirte de ellos, como de túnica preciosa, para colocarlos en el reino de tu gloria. Amén.

4. Finalmente, puedo considerar que *como Cristo* nuestro Señor *tenía dos vestiduras, una exterior,* que se partió entre los cuatro soldados, *y otra interior,* que se dio a sólo uno, así también las obras y ceremonias *exteriores* del Cristianismo a todos los fieles pertenecen y todos tienen parte en ella; pero la virtud *interior,* que es la gracia y caridad, y la devoción y el espíritu, solamente se da *a uno,* esto es, *a pocos,* y ésos unidos en sí mismos con unión de la carne al espíritu, de la sensualidad a

la razón en todo lo que manda Dios; y así tengo de procurar ser del número de estos pocos, y ser este *uno* a quien quepa tan dichosa suerte, que reciba esta divina túnica y se vista de ella.

PUNTO TERCERO

Los soldados guardaron a Cristo crucificado.

Hecha la partición de las vestiduras, se sentaron los soldados y guardaban a Cristo.

1. Puédese creer que hicieron esto *por orden de Pilato, a instancia de los judíos,* cuya mala conciencia les hacía temer que alguno no le bajase vivo de la cruz; o para prohibir que ninguno le diese algún refrigerio o alivio de los que se solían dar a otros crucificados, y quizá se dieron a los ladrones que estaban crucificados con Cristo, porque esta guarda no era para ellos.

¡Oh Rey del cielo, cuyos soldados son innumerables legiones de ángeles, que rodean vuestro trono celestial y os cantan mil cantares de alabanza!, ¿cómo os habéis humillado a estar en este vil trono de la cruz, teniendo por gente de guarda unos viles y crueles soldados, que nunca cesan de vituperaros? Me gozo de la gloria que tenéis en el cielo, y me aflijo por la ignominia y tormento que padecéis en el suelo, y por ambas cosas os alabo y glorifico, deseando tener parte en vuestra ignominia, con esperanza de tenerla después en vuestra eterna gloria. Amén.

2. Luego ponderaré cómo los enemigos de Cristo nuestro Señor, después que le pusieron en la cruz, no solamente no se movieron a compasión de verle padecer tan graves ignominias y tormentos, sino con crueldad endemoniada procuraban añadir otros de nuevo *con palabras* y *meneos, diciéndole grandes injurias* y *blasfemias por instigación del demonio:* el cual pretendía por ellas tentarle, unas veces de impaciencia y desconfianza, y otras de inconstancia, faltando en lo que había comenzado. Pero todas estas injurias sufría este inocentísimo Cordero con admirable paciencia y humildad, y con grande constancia y fortaleza, sin dar muestras, ni por palabra ni por meneo, de algún sentimiento o queja contra sus blasfemadores, ni de ninguna flaqueza o arrepentimiento de haber subido a la cruz, dándonos un heroico ejemplo de sufrir y vencer las tentaciones que a este modo nos acometieren.

Todo esto se ha de ponderar discurriendo por *cuatro suertes de personas* que injuriaron a Cristo en la cruz, como consta de los sagrados Evangelistas.

PUNTO CUARTO

Cuatro clases de personas que injuriaron a Cristo.

1. Lo primero, *los que pasaban por allí blasfemaban* de Él, meneando sus cabezas, y diciéndole por mofa: «¿Tú eres el que destruyes el templo de Dios y en tres días lo reedificas? Sálvate a Ti mismo: si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz». Y es de creer que harían muchos gestos con la boca y los labios, como lo apunta David en sus salmos (t). Y que también, como dijo Jeremías en sus lamentaciones, *darían palmadas* con las manos y *le silbarían con* sus bocas por irrisión, sufriendo el Redentor estos silbidos de desprecio para remediar el veneno que la serpiente infernal derramó con los silbos venenosos de su maldita sugestión; y así como no hizo caso de su silbo cuando le dijo en el desierto, estando sobre el pináculo del templo; «Si eres Hijo de Dios, échate de aquí abajo», así también no hace caso de este silbo que da por boca de estos blasfemos, diciéndole: «Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz»; antes, porque es Hijo de Dios no quiere descender vivo de la cruz, sino morir en ella para engendrar allí muchos hijos de Dios por adopción, y para que yo entienda que es propio de los hijos de Dios no descender por su voluntad de la cruz, sino morir en ella al mundo y al pecado, perseverando en la mortificación hasta el fin.

¡Oh Hijo de Dios vivo!, no permitas que la serpiente astuta me engañe con sus silbos infernales, persuadiéndome a bajar de la cruz que una vez tomé por tu amor; dame que persevere en ella como hijo de tal Padre, porque no venga a perder la dignidad de hijo.

2. Lo segundo, *los príncipes de los sacerdotes* y *los escribas* y *ancianos* burlaban de Él, diciendo unos a otros, de modo que lo oyese: «A otros hizo salvos, y a Sí no puede salvarse. Si es rey de Israel, baje de la cruz y creeremos en Él. Confía en Dios; líbrele si quiere, pues ha dicho: Hijo soy de Dios»,

En las cuales palabras, por escarnio, *le zaherían en* las *cuatro cosas* más *principales* de que Cristo nuestro Señor se preciaba, *a)* Lo primero, *en su poder,* diciendo; Que quien podía librar a otros, no tenía poder para

librarse a Si. *b)* Lo segundo, *en su reino,* diciendo: Que si era rey de Israel, bajase de la cruz, y creerían en Él; como si dijeran: Tan falso es ser rey, cuan imposible bajar de la cruz, *c)* Lo tercero, *en la confianza que tenía en Dios,* diciéndole: Si se precia de confiar en Dios, porque le ama, pida a Dios que le libre; como quien dice: No le librará, porque no le ama. *d)* Lo cuarto, *en la dignidad de Hijo de Dios,* teniéndola por fingida; y en todas cuatro cosas mezclaban grandes falsedades, porque el demonio, padre de mentiras, hablaba por ellos para tentar a Cristo y conocer si era Hijo de Dios, bajando de la cruz, a título de que aquella gente creyese en Él. Mas nuestro buen Jesús sufría con paciencia estos escarnios, sin responderles palabra ni hacer caso de sus dichos, porque sabía el mal ánimo de donde procedían.

¡Oh mansísimo Cordero!, ¿qué te daré por la paciencia con que sufrías tales baldones y blasfemias contra tus soberanas y divinas virtudes? Lo que a gloria tuya deseo es confesar lo que estos blasfemos no alcanzaron, y preciarme de lo que ellos despreciaron. Confieso que hiciste salvos a otros muchos y que puedes salvarte; pero no quieres hacerlo por salvarme, porque mi vida está pendiente de tu muerte. Confieso también que eres verdadero Rey de Israel, y que por eso no quieres bajar de la cruz donde tu reinado comienza, para que todos creamos en Ti. También confieso que tienes confianza en Dios Padre tuyo, que te ama como a propio Hijo; pero no quiere librarte, porque no es señal cierta de los hijos de Dios ser librados de los trabajos, sino perseverar constantemente hasta la muerte en ellos. Concédeme, Señor, esta confianza resignada en tu santa voluntad, para que pueda perseverar en la cruz hasta morir en ella.

3. Lo tercero, *los soldados* que allí estaban *también burlaban de Cristo,* leyendo el título de la cruz, y diciendo: «Si Tú eres Rey de los judíos, sálvate a Ti mismo»). Cómo si dijeran: Si eres Rey tan poderoso, que podrás salvar y librar a los judíos, líbrate a Ti de la cruz en que estás. De la misma manera dice San Marcos que *blasfemaban de ^Cristo los ladrones* que estaban crucificados con Él, como luego veremos. En todos estos puntos podemos considerar *la pena grande que recibirla la Virgen sacratísima* oyendo aquellas blasfemias que se decían contra su Hijo, y los meneos, silbos y escarnios que de Él hacían. Ya que no había visto los que padeció en casa de Caifás y en el pretorio de Pilato, ordenó la divina Providencia que oyese éstos para que también fuesen sus oídos atormentados con estas injurias y blasfemias; las cuales sentía más que si se dijeran contra Ella; y aun se puede creer que de recudida, aquellos fieros perseguidores, blasfemando del Hijo, revolverían sobre la Madre que tal

Hijo había parido; pero lo sufría con admirable paciencia y silencio, mirando el ejemplo que su Hijo le daba.

¡Oh Virgen sacratísima, qué de cuchillos traspasaron vuestro afligido corazón! Las lenguas de estos blasfemos, cuchillos agudos son, y cuchillos de dos filos; los cuales de un golpe hieren a vuestro Hijo y a Vos, que sois su Madre. ¿Por qué ¡oh Madre piadosísima!, no habláis alguna palabra en defensa de vuestro Hijo, pues conocéis su inocencia y santidad? Mas ya veo que no es tiempo éste de hablar, sino de callar, y que la grandeza del dolor os tiene muda para con los hombres, aunque nunca cesáis de hablar con Dios.

4. Finalmente, se puede ponderar lo que dice San Lucas, que el pueblo *estaba allí mirando a Cristo* y *esperando en qué había de parar su crucifixión,* y este mirar no era con devoción, sino con irrisión, y así Cristo nuestro Señor le cuenta entre sus injurias en el Salmo 21, diciendo: «Me consideraron y miraron». ¡Oh si estos miserables le miraran como habían de mirarle, cuán grandes bienes sacaran de esta vista! Si mirar a la serpiente de metal bastaba para sanar las mordeduras mortales de las serpientes venenosas, ¿cuánto más bastara mirar al Salvador, figurado por esta serpiente, puesto sobre el madero de la cruz, con figura de pecador, para librarles de las mordeduras venenosas de sus pecados?

Concédeme, Salvador mío, que te mire y te contemple con viva fe y con espíritu de amor y devoción, para que de esta vista quede sano *y* fuerte para te alabar y servir por todos los siglos. Amén.

Meditación 45

La primera palabra que Cristo nuestro Señor habló en la cruz rogando por sus enemigos.

PUNTO PRIMERO

Ocasión en que Cristo habla esta primera palabra.

Estando Cristo nuestro Señor en su cruz sufriendo los desprecios que quedan referidos, y habiendo callado con grandísimo silencio, abrió su

boca sacratísima para decir la primera palabra de las siete que allí habló, diciendo: *«Padre, perdónalos, porque no saben lo que se hacen»*.

Abre, ¡oh alma mía!, tus oídos para oír, pues tu celestial Maestro abre su boca en la cátedra de la cruz para hablar. Hablad, Señor, que vuestro siervo oye, y pues sois palabra del Eterno Padre, abreviada por el misterio de vuestra Encarnación y Pasión, leedme alguna breve lección, la cual pueda retener en mi memoria y rumiar con mi entendimiento y abrazar con todo mi corazón y voluntad.

La primera lección que este Señor lee y la primera palabra que habla en la cruz, *toda es amor, orando por los que le crucificaban y* excusándolos del modo que podía, mostrando en esto su infinita caridad. Para lo cual tengo de ponderar primero, la *ocasión en que habla,* y *luego cada una de las palabras que dice,* y *después los efectos que con esta oración obra.*

Cuanto a lo primero, consideraré a Cristo nuestro Señor *lleno de dolores* y *tormentos* en todos los miembros de su cuerpo, sin hallar lugar de descanso en aquella dura cama de la cruz. Y demás de esto, *rodeado de sus enemigos,* que le habían puesto en ella; los cuales actualmente se estaban saboreando en verle tan afligido, añadiéndole nuevas aflicciones con terribles injurias y blasfemias, abriendo sus bocas, moviendo sus labios y meneando sus cabezas por escarnio. A este tiempo levanta Cristo nuestro Señor sus ojos al cielo, y derramando lágrimas por ellos, abre su boca, no para pedir fuego que los abrase, como pidió Elías, ni para echarles su maldición, como Noé y Eliseo cuando maldijeron a los que les escarnecían", sino para rogar a su Eterno Padre que les perdonase el pecado que hacían en crucificarle y escarnecerle, doliéndose más del daño que les venía por esta culpa, que de los tormentos e injurias que de ellos recibía, cumpliendo por la obra lo que había dicho: «Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen», y lo que de Él estaba profetizado, que rogaría por los transgresores; esto es, por aquellos que quebrantaron contra Él todas las leyes de la caridad y piedad, de la justicia y gratitud, con la mayor crueldad y desagradecimiento que jamás se había visto en el mundo.

¡Oh amantísimo Jesús, cuán bien habéis mostrado que sois Dios de amor y la misma caridad, pues las inmensas aguas de tantas tribulaciones y los ríos impetuosísimos de tantas persecuciones no han sido poderosos para matar ni apagar vuestro fuego, antes ha crecido tanto, que levantó su llama hasta el cielo, rogando al Padre celestial que no castigue a los que en tantos trabajos os han puesto! Concededme, Señor, tal caridad como ésta,

para que yo también ame a mis enemigos y ore por los que me persiguen y os persiguen, pues vuestros enemigos también son míos. Perdonad a todos, ¡oh Padre de las misericordias!, para que todos gocen do ellas. Amén.

1. La primera es: «*Padre*», al cual endereza su petición; porque aunque a Él mismo, en cuanto Dios, pertenecía perdonarlos, quiso más, como hombre, pedir esto a su Padre; porque pidiéndole que los perdonase, claramente daba a entender que Él de su parte los perdonaba, y cumplía con su oficio de supremo sacerdote, ofreciendo sacrificio de Sí mismo por los pecados e ignorancias del pueblo, y rogando con mucho fervor a Dios por ellos. Y no dice: «Dios, perdónalos», sino: *Padre,* para que se entendiese que no había perdido la confianza que en El tenía, y para obligarle con este título tan amoroso a que le oyese y perdonase a sus enemigos, pues como Padre hace que su sol salga para buenos y malos, y que la lluvia descienda para justos y pecadores.

¡Oh Padre soberano y misericordioso, cuya caridad fue tan grande que quisiste que el Sol de justicia, tu Hijo unigénito, naciese en el mundo para dar luz, calor y vida de gracia a los mortales, y que la lluvia de su doctrina regase la tierra de los pecadores! Mira a este divino Sol, que está en la cruz cerca del occidente, para ponerse y ocultarse, y con todo eso echa de Sí rayos de divino amor rogando por sus enemigos; oye su encendida oración, y por ella envía desde el cielo la lluvia de tu gracia sobre todos, para que todos te conozcan y le conozcan, e imiten el raro ejemplo de su excelentísima caridad.

2. La otra palabra es: *«perdónalos».* No dice perdónales esta injuria o agravio que me hacen, sino absolutamente *perdónalos;* porque su deseo era que fuesen perdonados todos sus pecados, sin dejarles ninguno, y porque se entendiese que no reparaba tanto en su propia injuria, cuanto en las injurias *y* ofensas de su Padre, a quien suplicaba que las perdonase todas; y no dice: perdona a éstos que me crucifican o me injurian, sino: *perdónalos;* porque no quiere poner en su oración palabra que les acuse o irrite la ira del Padre; y porque pedía perdón, no sólo para los que le crucificaban con la obra, sino para los que con sus pecados fueron causa de su crucifixión, los cuales tenía presentes en su memoria, y por los unos y por los otros dijo: Perdona a éstos.

¡Oh caridad liberalísima y anchurosísima de Jesús!, que te dilatas y extiendes a todos los pecadores, sin excluir a ninguno de cuantos quisieren recibir perdón, penetra sus corazones para que todos se dispongan a recibir

el perdón que les ofreces y participen el fruto de la oración que por ellos haces.

3. La otra palabra es: «*porque no saben lo que hacen;* en la cual, excusa *del modo que puede* a sus enemigos; porque aunque la ignorancia de muchos de ellos fue muy grosera y afectada y muy culpable, pero la caridad de este piadosísimo Redentor, con cualquier cosa de que pudo echar mano quiso encubrir y excusar la muchedumbre y gravedad de sus pecados. *Y esta excusa* también *se extiende a todos los pecadores* en su modo, porque todos tienen algún modo de ignorancia en no conocer como deben, quién es Dios, a quien ofenden, y cuán grave cosa es ofenderle, cuán grandes bienes pierden y cuán terribles males acarrean; porque si todo esto lo conociesen, no le ofenderían. Y así, también les cuadra lo que dice San Pablo: «Nunca crucificaran en sí mismos al Señor de la gloria, si perfectamente, como es razón, le conocieran».

Esta excusa añadió Cristo nuestro Señor, no sólo para mostrar su infinita caridad y la gana que tenía de que su Padre perdonase a los pecadores, sino también *para otros dos fines: El uno, para movernos a grande confianza en su misericordia;* porque si Él *nos excusa, ¿quién nos acusará?* «¿Quién, dice San Pablo, acusará a los escogidos del Señor? Si Dios los justifica, ¿quién habrá que les condeno? ¿Por ventura Cristo Jesús, que murió, resucitó, y está sentado a la diestra del Padre, y ruega y aboga por nosotros?». *El otro fin fue para darnos ejemplo* de cómo hemos de *excusar las fallas de nuestros prójimos,* aunque sean enemigos, atribuyéndolas a ignorancia, o inadvertencia, o celo, o a otra intención menos mala. De suerte que, no sólo no los acusemos ni exageremos el agravio que nos hacen, ni de él hagamos título para que Dios les castigue, sino del mejor modo que pudiéremos, le aligeremos, haciendo de la excusa título para que Dios les perdone.

¡Oh Salvador dulcísimo, cuán bien habéis subido hoy al monte de la mirra y al collado del incienso, juntando en este monte Calvario mirra de mortificación muy amarga e incienso de oración muy encendida! Confortad, Señor, mi corazón con esta mirra para que la abrace, y con este incienso para que os lo ofrezca, buscando siempre vuestra gloria por todos los siglos. Amén.

PUNTO TERCERO

Efectos de la oración de Jesús.

1. Últimamente, consideraré *los efectos de esta oración de Cristo* nuestro Señor, ponderando, lo primero, cómo *el Padre Eterno la oyó;* porque si la oración de los humildes y mansos siempre le agrada como dice la Escritura, ¿cuánto más le agradaría la oración del humildísimo y amantísimo Hijo suyo? «El cual, como dice San Pablo, cuando oró en la cruz con lágrimas, fue *oído* por su reverencia»; esto es: por el respeto que se debía a la infinita dignidad de su Persona, y por la reverencia con que se humilló y honró a su Padre; y así, *por esta oración alcanzaron perdón muchos de los judíos que allí estaban,* a los cuales convirtió San Pedro el día de Pentecostés. no tanto por su predicación, cuanto por la virtud de esta oración de Cristo, por la cual también se da el perdón a todos los pecadores que le piden y reciben.

¡Oh Padre Eterno, oíd la oración de vuestro Hijo, perdonando los pecados que contra Vos he cometido! Perdonadme, Padre de misericordias, porque no supe lo que hice cuando os ofendí; y aunque yo no merezco ser oído, merécelo vuestro Hijo, por quien es y por la reverencia que siempre os ha tenido.

2. También puedo ponderar *el efecto que obró esta oración en la Virgen Santísima* y *en San Juan* y otras personas devotas que allí estaban; ¡cuán admiradas quedarían de ver tanta caridad y mansedumbre en Cristo nuestro Señor! ¡Y cuán llorosas por ver crucificado con tanto dolor al que oraba por sus perseguidores con tanto amor! Especialmente la Virgen Santísima, tomando ejemplo de su Hijo, ejercitaría luego la misma caridad y amor de sus enemigos, y repitiendo la oración que había oído, diría: Padre, perdonad a éstos, porque no saben lo que hacen. ¡Oh, cuán agradable fue al Padre, Eterno la oración de esta Virgen humilde y mansa más que todas las puras criaturas, cuán bien recibida fue en el cielo, y juntándola con la del Elijo, ayudaría a recabar el perdón que deseaba!

¡Oh Abogada de los pecadores, abogad por mí delante de vuestro Dios, pidiéndole que me perdone, pues no supe lo que hice!

También a esta oración de Cristo se puede atribuir *la conversión del buen ladrón* y *del centurión, y* otros efectos que se irán poniendo en las Meditaciones siguientes.

Meditación 46

Los ladrones que fueron crucificados con Cristo nuestro Señor, y la segunda palabra que dijo al uno, prometiéndole el paraíso.

PUNTO PRIMERO

Cristo crucificado entre dos ladrones.

Crucificaron con Jesús dos ladrones, poniendo uno a su mano derecha y otro a la izquierda, y a El en medio.

Sobre este punto, se ha de considerar *la humildad rara* de Jesucristo nuestro Señor en haber querido ser crucificado *en medio de dos ladrones con tanta ignominia*; y es de creer que escogerían los más insignes que había en la cárcel, otros tales como Barrabás, para que se cumpliese lo que estaba de Él profetizado, que fue contado con los malhechores facinerosos. Y para ponderar más esta humildad, tengo de levantar los ojos a mirar su infinita dignidad, considerando cómo Él es Verbo eterno que está como en medio de las divinas Personas, y el mismo que estuvo en el monte Tabor transfigurado en medio de Moisés y Elías, y el que es piedra angular en quien se juntan los pueblos hebreo y gentil, y el día del Juicio estará sentado en el trono de su majestad, en medio de buenos y malos, teniendo los buenos al lado derecho, y los malos al izquierdo. Este Señor, pues, es el que está en este monte Calvario y en este trono de la cruz en medio de dos ladrones, despreciado y abatido como si fuera ladrón; pero no se le pega de su compañía ni malicia ni infamia, antes está allí representando el juicio que ha de hacer entre justos y pecadores. En todo lo cual nos da ejemplo maravilloso con que nos consolemos cuando nos viéremos puestos en el lugar bajo, y contados en el número de los malhechores, persuadiéndonos que si no se nos pega su malicia, no nos podrá dañar su infamia.

¡Oh Rey de la gloria, cuán bien habéis mostrado que vinisteis al mundo para darnos ejemplo de humildad! En la entrada luisteis puesto en un pesebre en medio de dos animales, y en la salida sois puesto en una cruz en medio de dos ladrones, para que el fin correspondiese al principio y la humillación fuese creciendo por sus grados hasta el supremo que podía llegar. Concededme, Señor, que, a imitación vuestra, ordene mi vida

de tal manera, que su principio, medio y fin sea humildad, abrazando por vuestro amor todo género de humillación.

PUNTO SEGUNDO

Los dos ladrones. Virtudes del buen ladrón.

El uno de los ladrones, que estaba crucificado con Jesús, mofaba de Él, diciéndole: «Si Tú eres Cristo, sálvate a Ti mismo y a nosotros.» El otro le respondió: ¿Ni tú temes a Dios, estando en la misma condenación de muerte que está Éste? Nosotros justamente estamos condenados, porque recibimos lo que nuestras obras merecieron; pero Este ninguna cosa mala ha hecho.

En este punto, se ha de considerar *la diferencia de los malos a los buenos,* y *la ignominia* que Cristo recibe de los unos y *la gloria* que recibe por medio de los otros.

1. Lo primero, *uno de los ladrones,* que se entiende era el del lado izquierdo, porque representaba a los reprobados, *blasfemaba de Cristo,* nuestro Señor, como los fariseos, zahiriéndole del pecado por que decían estaba crucificado, que es haberse hecho Cristo y Mesías; lo cual fue de grande ignominia para el Salvador, pues llegó a tanto su desprecio, que un hombre vilísimo, condenado a muerte de cruz por sus latrocinios y maldades, le escarneció, pareciéndole que ganaba indulgencia para bien morir, en escarnecerle. Por donde se ve cuán propio es de los malos *olvidarse de sus delitos* y *agravar los ajenos,* murmurando de ellos y condenando a los que los cometieron, teniéndose a sí por inocentes en su comparación, como sucedió a este mal ladrón, el cual con este pecado hinchió la medida de su condenación y dio ocasión al Salvador para mostrar su admirable paciencia callando, sin responder palabra al injuriador que cabe Sí tenía.

2. Al contrario de éste, *el otro,* que estaba a la mano derecha de Cristo, tocado con la inspiración del Espíritu Santo, y ayudado de la gracia del Señor, que tenía cabe sí, *volvió por Él,* trazándolo así la divina Providencia para que, pues Cristo nuestro Señor sufría su ^injuria callando, no faltase quien respondiese por Él; y en la respuesta ejercitó algunos actos heroicos de virtud, especialmente de caridad y humildad, *a)* El primero fue *corregir al público blasfemo* con palabras graves y concluyentes, diciéndole: «¿Ni tú temes a Dios, estando a punto de muerte como Éste?» Como quien dice:

Que no teman a Dios los que están sanos y sin peligro de muerte, menos malo es; pero tú que no le temas, estando a peligro de morir, no es tolerable, *b)* El segundo fue *confesar públicamente su culpa,* y que justamente merecía la pena que padecía en aquella cruz, avisando de lo mismo al compañero, *c)* El tercero fue *confesar la inocencia de Cristo nuestro Señor,* diciendo: «Éste ningún mal ha hecho.» De suerte que tuvo ánimo para confesar delante de todo el pueblo, que los príncipes de los sacerdotes y los escribas se engañaban en acusar a Cristo, y que Pilato erró en condenarle, y que todos hacían mal en blasfemar de Él. porque de verdad ningún mal ni pecado había hecho. ¡Oh varón admirable, que no tuvo vergüenza de confesar la inocencia de Cristo, cuando todo el mundo le condenaba! Huyen los Apóstoles, encóbrense los discípulos, callan todos sus conocidos, temiendo la ira de los judíos, *y sólo este ladrón, en lo alto de la cruz, predica a voces que Cristo es inocente.*

Justo es, Salvador mío, que cumpláis con él la palabra que dijisteis: «Quien me confesare delante de los hombres, Yo le confesaré y honraré delante de mi Padre y de sus ángeles».

3. De este ejemplo he de sacar que, así como *en el monte Calvario estuvieron tres en la cruz* con diferente modo: *uno con culpa* y *con impaciencia, otro con culpa* y *con paciencia, otro sin culpa* y *con admirable paciencia,* así también suele suceder en esta vida a los hombres: unos, por sus pecados, son castigados de Dios, llevando con impaciencia el castigo, y éstos serán condenados como el mal ladrón, bajando de la cruz al infierno; otros son castigados por sus pecados, llevando la pena con humildad y paciencia diciendo aquello de Miqueas: «Sufriré el castigo y la ira de Dios, porque pequé contra Él», y éstos, como el buen ladrón, alcanzarán perdón de su pecado, y de la cruz irán al paraíso. Otros son afligidos sin culpa, para su ejercicio y corona, llevando su aflicción con grande paciencia, a imitación de Cristo nuestro Señor, y éstos son más dichosos, porque, como dijo San Pedro en su primera canónica, lo más precioso de la cruz y del tormento es padecerle sin culpa. Pero yo, miserable, si no pudiere alcanzar esta dicha, que sea de los postreros, porque estoy lleno de pecados, por los cuales merezco cualquier castigo, y puedo y debo decir lo que está escrito en Job: «Pequé y verdaderamente delinquí, y no he recibido tanto castigo como mi pecado merecía», procuraré ser siquiera de los segundos, para alcanzar de Dios misericordia, siguiendo el ejemplo del buen ladrón.

PUNTO TERCERO

Oración del buen ladrón.

Vuelto el buen ladrón a Jesús, le dijo: «Señor, acuérdate de raí cuando estuvieres en tu reino».

1. En esta heroica oración y petición se ha de considerar, lo primero, cómo este santo penitente, después que hubo ejercitado las obras dichas de caridad y humildad, confesando su culpa y la santidad de Cristo, luego *tomó ánimo* y *confianza para orar,* y *pedir perdón de sus pecados* y *la entrada en el cielo, con unas palabras breves* y *devotas,* llenas de fe *y* confianza. *a) Lo primero,* llámale *Señor* con grande reverencia, respetando al que de todos era vituperado y tenido por vil gusano y desecho del pueblo. *b) Lo segundo,* confiesa que *es rey* y tiene *verdadero reino*, al modo que Él mismo lo había dicho, no en este mundo, sino en el otro, y que por la cruz 3^ muerte iba a tomar posesión de este reino eterno y celestial. *c) Lo tercero,* pídele que *se acuerda de él cuando entrare en su reino,* como si dijera: No te pido que me salves aquí librándome de la cruz, como pide mi compañero, sino que me salves después que muriere en la cruz, dándome la salud y salvación eterna. Tampoco te pido que me lleves contigo a tu reino y me des trono y asiento en él, porque un ladrón como yo no se ha de atrever a pedir cosa tan grande: sólo te pido que te acuerdes de mí, y esto me basta, porque si te acuerdas de mí, Tú me darás buena muerte y me pondrás en el lugar que quisieres de tu gloria. ¡Oh ladrón prudentísimo y humildísimo, cuán bien has acertado a pedir y negociar el reino de los cielos que los valientes han de arrebatar! No te sucederá lo que a José con el copero de Faraón, con quien estaba preso en la cárcel, a quien pidió que cuando saliese de la prisión y se viese en su prosperidad, se acordase de él, pero luego se olvidó. Ro es ésta la condición del Señor con quien estás crucificado, porque pasado el tormento de la cruz, llegará el tiempo de su prosperidad y tendrá memoria de ti, dándote parte de ella.

2. Lo segundo, tengo de ponderar *las causas de donde procedieron la conversión de este ladrón* y *su confesión* y *fe maravillosa;* porque puesto caso que la principal causa fue la diestra de Dios, que obró esta mudanza en su corazón, pero esta diestra de Dios tomó medios para alumbrarle. Estos no fueron principalmente milagros, porque quizá no había visto los milagros que Cristo hizo en su vida, ni habían comenzado los que sucedieron a la Pasión. Tampoco fueron sermones, porque ningún sermón de Cristo había oído. Pero en lugar de milagros, *le movió la heroica*

paciencia y *mansedumbre* que vio en Cristo en medio de tantas injurias, y en lugar de sermones, se enterneció con el ejemplo de aquella rara caridad, cuando le oyó *rogar por sus enemigos.* De donde sacó, con la ilustración del cielo, que aquel Señor era santísimo, y pues Él decía que era Rey y Mesías e Hijo de Dios, así sería sin duda. De aquí sacaré *yo* cuánto importa ser paciente, manso y caritativo y dar buen ejemplo, pues todo esto tiene fuerza de milagros y de sermones para convertir a lo pecadores más duros que peñascos.

¡Oh dulce Jesús, que puesto en la cátedra de la cruz, con tu milagrosa paciencia y con tu maravilloso ejemplo de caridad convertiste al buen ladrón!, ayúdame para que, a imitación tuya, haga yo semejantes milagros, dando semejantes ejemplos con que edifique a mis prójimos, enfrene a los malos y encienda en mayor perfección a los buenos. Amén.

3. Finalmente, a imitación del buen ladrón, puesto a los pies de Cristo crucificado repetiré yo una y muchas veces con grande afecto la misma oración, diciéndole: «Señor, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino.»

¡Oh Rey eterno, confieso que por mis pecados justamente estoy puesto en la cruz de muchos trabajos y tentaciones; no te olvides de mí ni permitas que me pierda! Y pues ya estás pacífico en tu reino, ten memoria de este miserable, mirándole con ojos de misericordia.

PUNTO CUARTO

Respuesta de Cristo nuestro Señor: «De verdad te digo: hoy serás conmigo en el paraíso».

En esta segunda palabra que Cristo nuestro Señor dijo, se han de considerar *las inestimables riquezas* y *tesoros de su liberalidad* y *misericordia,* y *de su bondad* y *caridad.*

1. Lo primero, se descubre aquí *la eficacia de la oración, en que rogó por los pecadores,* cogiendo luego el fruto de ella en este grande pecador, del cual dicen algunos que al principio blasfemaba de Cristo juntamente con su compañero, por decir San Mateo y San Marcos, en número plural, que los ladrones escarnecían de Él; y siendo esto así, mucho más campea la virtud de Cristo en trocar a este blasfemo como después se mostró en trocar a Saulo por la oración de San Esteban.

2. También resplandece aquí *la eficacia de la sangre de Jesucristo derramada en la cruz,* cuyas primicias fueron este buen ladrón, trocándole con modo maravilloso, perdonándole sus pecados a culpa y pena, prometiéndole la entrada en el paraíso sin dilación, y asegurándole de ella.

¡Oh buen Jesús; cuán amigo sois de ejercitar en todo lugar vuestro oficio de justificar los pecadores! En el vientre de vuestra Madre justificáis a vuestro Precursor; en el pesebre llamáis a los Magos, ilustrándoles con vuestra gracia; y en la cruz llamáis a este ladrón, prometiéndole la vida eterna en saliendo de la vida temporal. Gracias os doy por tan inmensa liberalidad, y humildemente os suplico ejercitéis conmigo este oficio de Salvador, para que reine con Yos por todos los siglos. Amén.

3. Lo tercero, se ha de ponderar *la liberalidad de esta promesa.* No pide el ladrón a Cristo sino que se acuerde de él cuando estuviere en su reino, y Cristo le asegura que en aquel mismo día estará con Él en su reino. ¡Oh Rey soberano!, bien bastara prometerle que de allí a algunos años entraría en vuestro reino; pero vuestra caridad quiere apresurar los plazos, y en lugar de purgatorio, le admite por paga los tormentos que padece; y para que no desmaye en los que ha de padecer cuando le quiebren las piernas, le dice: «Hoy estarás conmigo en el paraíso.» Hoy se trocará tu suerte, y de esta cruz de tormentos pasarás al paraíso de deleites, y allí estarás conmigo; porque Yo he dicho que quien me siguiere, estará donde Yo estoy; y pues tú me has seguido en la cruz, también me seguirás en la gloria, entrando hoy a estar conmigo en ella.

¡Oh Rey de la gloria!, si con tanta liberalidad premiáis al que solamente os siguió tres o cuatro horas del día, ¿cómo premiaréis al que os siguiere con perfección todas las horas y edades de su vida? Si tan agradecido os mostráis al pecador que os ha injuriado innumerables veces, por una sola vez que os honra, ¿qué agradecimiento mostraréis al que toda la vida gasta en honraros? ¡Oh dichoso ladrón, que habiendo estado todo el día ocioso, llegaste a la viña una hora antes de anochecer, y te diste tanta prisa a trabajar, que siendo el postrero, mereciste ser el primero; el primero, digo, de los mortales que, en soliendo de esta vida, recibió luego el denario de la gloria. Date prisa, ¡oh alma mía!, a trabajar, pues más merecerás con el fervor del trabajo que con el largo tiempo, y juntando ambas cosas, será más copioso tu galardón.

PUNTO QUINTO

Los dos ladrones representan a los réprobos y a los escogidos.

1. Ultimamente, tengo de considerar *las dos suertes de hombres malos* y *buenos que se representan en estos dos ladrones*, de los cuales uno fue reprobado y otro escogido, acordándome de lo que dice Cristo nuestro Señor, que en el día del Juicio, de dos que estarán en el campo, o en el molino o en el lecho, uno será tomado y otro dejado; que fue decir: De todos estados y modos de vida, unos serán tomados para el cielo por las buenas obras que hicieron, prevenidos y ayudados de la divina gracia, y otros serán dejados para el infierno por las culpas, que hicieron con su libre albedrío. De suerte que quien está en el molino del estado de matrimonio con muchos cuidados y trabajos, no ha de perder la confianza de su salvación: y quien está en el lecho del estado de continencia con mucho descanso, no ha de perder el miedo de su condenación: y el que trabaja en el campo de la vida activa y el que descansa en el lecho de la vida contemplativa, han de vivir con esperanza mezclada con temor de los juicios de Dios, a quien humildemente suplicaré que no sea *yo* de los dejados, sino de los escogidos, haciendo vida digna de que Dios me tome para Sí, colocándome en su paraíso.

2. También ponderaré cómo la sangre de Jesucristo, aunque era poderosa para justificar a los dos ladrones, solamente obró en e] uno, para darnos motivos, juntamente, *de temor contra la presunción,* y *de confianza contra la pusilanimidad.* De suerte que los grandes pecadores, cuando se vean cercanos a la muerte, *no desesperen,* viendo que un ladrón en aquella hora hizo penitencia y alcanzó misericordia: pero *ninguno presuma* vivir a sus anchuras, dilatando la penitencia hasta la muerte, viendo que el otro ladrón, aunque estaba junto a Cristo, murió sin penitencia, castigado con el rigor de la divina Justicia. Y harto motivo de temor es ver que entre tantos malos como estaban en el monte Calvario, a un solo ladrón se dijo: «Hoy serás conmigo en el paraíso.»

3. Finalmente, se puede ponderar *la impresión que haría en la Virgen santísima todo este suceso,* así la confesión del ladrón, como la respuesta de su Hijo, y cómo se consolaría algún tanto de ver que no faltaba quien volviese por su honra, y cómo se confirmaría en la fe viendo una promesa tan grandiosa, en la cual se declaraba que por la Pasión de su Hijo se abrían las puertas del cielo, que tantos millares de años habían estado cerradas.

¡Oh alma mía!, en medio de las lágrimas, respira un poco con estas dulces nuevas; mira que hoy se abren las puertas del paraíso, y aunque es a costa de la sangre de tu Señor, Él se consuela de derramarla para que con ella se quebranten las cerraduras de estas puertas. ¡Oh santo Abraham, ya no me maravillo de que os alegraseis cuando visteis en espíritu este día, pues en él se había de abrir el paraíso para vos y vuestros hijos, imitadores de vuestra fiel obediencia! ¡Oh Salvador del mundo, en cuyas manos, clavadas en la cruz, está la llave de David, con la cual abrís y ninguno cierra, cerráis y ninguno abre!, abridme las puertas del cielo, que mis pecados cerraron, y cerradme las puertas del infierno, que ellos abrieron, para que en el día de mi muerte pueda, como el buen ladrón, entrar con Vos en el paraíso. Amén.

Meditación 47

La tercera palabra que Cristo nuestro Señor habló en la cruz con su Madre y con San Juan.

PUNTO PRIMERO

Estaban cerca de la cruz de Jesús, su Madre y la hermana de su Madre, María Cleofá, y María Magdalena y el discípulo a quien amaba.

1. Sobre este punto, se ha de considerar cómo *se acercaron a la cruz de Jesús las personas que más se señalaron en amarle,* porque no hay mayor señal de amar a Cristo, que *seguirle hasta la cruz,* compadeciéndose de sus dolores e ignominias, y haciéndose participante de ellas; y cuanto más cerca nos llegamos y con mayor estabilidad y firmeza, tanto mayores muestras damos de este amor, como las cuatro personas que aquí se nombran.

2. Entre las cuales, *la capitana* y *guía fue la Virgen sacratísima,* por cuyo respeto fueron las demás en su compañía, y sin la cual no tuvieran ánimo para asistir allí; pero Ella, como más firme en la fe y más encendida en el amor, pospuesto todo el peligro humano, y atropellando por todas las dificultades e ignominias que de aquí se le habían de seguir, quiso hallarse presente a la Pasión de su Hijo, y *se puso en pie cerca de la cruz,* con

grande constancia y fortaleza, acercándose con el cuerpo todo lo más que le fue permitido. Pero con el espíritu se acercó tanto, que se pegó con ella y con su Hijo, y *allí quedó espiritualmente crucificada con Él* por la grandeza del amor y del dolor, como se ponderó en la Meditación fundamental. De suerte que *tres clavos* la tenían allí crucificada. *El primero, la viva aprehensión* de lo que su Hijo padecía. *El segundo, el entrañable amor* que le tenía, no sólo como a Hijo, sino como a su Dios y bienhechor infinito, por lo cual, todos sus trabajos tomaba por propios. *El tercero, era la compasión* de que tal Persona padeciese tanto por pecados ajenos; de donde resultaba en su ánima un dolor tan grande, que *bastó por martirio,* como si muriera en otra cruz. Miraba la cabeza de su Hijo espinada, y quedaba la suya traspasada con espinas; miraba las manos enclavadas, y quedaban las suyas penetradas con los clavos; miraba los huesos desencajados, de modo que se podían contar, y los suyos se estremecían de dolor. Y a este modo, cuanto el Hijo padecía corporalmente, padecía la Madre espiritualmente, pero terriblemente.

¡Oh Virgen de las vírgenes, con cuánta razón podemos hoy llamaros Mártir de los mártires, pues como a todas las vírgenes excedisteis en la flor de la virginidad, así a todos los mártires excedéis en el fruto del martirio! Mártir sois en el deseo fervoroso de padecer todos los tormentos de muerte que vuestro Hijo padecía, y mártir también por los terribilísimos dolores que con su vista padecisteis, bastantes para daros la muerte si vuestro Hijo no os conservara la vida. ¡Oh, quién pudiera acompañaros en este modo de martirio! Alcanzadme, ¡oh Reina de los mártires, que tenga en él alguna parte, martirizando mi carne con penitencias y mi espíritu con abnegaciones, acercándome con fortaleza de corazón a la cruz de vuestro Hijo, y crucificándome en ella como os crucificasteis Vos.

PUNTO SEGUNDO

Como viese Jesús a su Madre y al discípulo que amaba, dijo a su Madre: «Mujer, ves ahí a tu hijo».

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, *la caridad de Cristo nuestro Señor,* juntamente con la entereza y autoridad que mostraba en medio de tantos dolores y desprecios, atendiendo a las obras de piedad y de misericordia, y a las obligaciones de su oficio, como si no estuviera padeciendo. Ya ruega por sus enemigos como Sumo Sacerdote, ya promete el paraíso como Redentor, va mira por su Aladre como Hijo, y por su

discípulo como Maestro; enseñándonos con este ejemplo, que no hemos de faltar a nuestras obligaciones por vernos rodeados de trabajos.

¡Oh supremo sacerdote Jesús, cuán diferente sois del otro supremo sacerdote Aarón, que dijo no podía hacer bien su oficio estando con ánimo lloroso y triste! Pero Vos, Salvador mío, rodeado de trabajos y afligido con tristezas, hacéis perfectísimamente vuestros oficios, orando por vuestros enemigos, aplacando a vuestro Padre y mirando por el consuelo de vuestra Madre. Dadme, Señor, esta entereza de corazón, para que nunca deje de hacer lo que me habéis encargado, aunque me vea muy atribulado.

2. Lo segundo, ponderaré las palabras que dijo a la Virgen: *«Mujer, ves ahí a tu hijo*.» Como quien dice: No me olvido de ti, ni de la obligación que te tengo como hijo; mas pues Yo me aparto de este mundo, en mi lugar te dejo a Juan por hijo, para que haga contigo oficio de hijo, sirviéndote y haciendo lo que Yo había de hacer con tal Madre. Pero no la quiso llamar Madre, sino mujer; lo uno por no la afligir con esta palabra tan tierna, y lo otro, principalmente, para mostrar cuán descarnado estaba de todo lo que era carne y sangre, atendiendo a las obras de su Padre celestial; por lo cual nunca se lee haberla llamado con este nombre, como en la *Meditación g* de la Tercera Parte lo ponderamos. Esta palabra causó *gran sentimiento en el corazón de la Virgen* así porque entendió que su Hijo se despedía de Ella para morir, como porque consideró el trueco tan desigual que era trocar al Hijo de Dios vivo por el hijo de un pobre pescador, y al Maestro del cielo por el discípulo de la tierra.

¡Oh Salvador del mundo, si como mirando al discípulo dijisteis a vuestra Madre: «Ves ahí a tu hijo», mirándoos a Vos mismo dijerais: *Ves aquí a tu Hijo;* ves aquí al que concebiste por obra del Espíritu Santo y pariste sin dolor; ves aquí al que reclinaste en un pesebre en medio de dos animales y le diste leche con tus pechos; ves aquí al que trajiste en tus brazos recreándote en mirarle y regalarle; ves aquí a tu Hijo puesto en los brazos de una terrible cruz y en medio de dos ladrones, todo desfigurado *y* desangrado ¡Mira si me conoces por Hijo y si me mandas algo como Madre; y pues callas y no me dices nada, en mi lugar te dejo a mi discípulo: *Ves ahí a tu hijo.*

3. Pero más adelante pasó la caridad de este Señor para con nosotros en estas palabras, y más ahondó la inteligencia de su Madre en ellas; porque, no solamente la dio por hijo a *Juan*, sino en él *a todos los demás discípulos que tenía* y *tendría hasta el fin del mundo,* por todos los cuales dijo: Mujer, ves ahí a tu hijo; toma por hijo a mi discípulo y a todos los que fueren discípulos míos, porque mi voluntad es que tú seas su madre y ellos

tus hijos, y que mires por ellos como por hijos tuyos, procurando su bien con toda solicitud.

Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por haber encargado a tu Madre que nos tome por hijos, haciéndonos con esto tus hermanos. ¡Oh Virgen benditísima, desde hoy más tengo de deciros confiadamente: Señora mía, veis aquí a vuestro hijo, acordaos que os mandó vuestro Hijo unigénito me tomaseis por hijo adoptivo; reconocedme por hijo y mirad por mi remedio!

PUNTO TERCERO

Después dijo al discípulo: «Ves ahí a tu Madre», y desde aquella hora la recibió el discípulo por suya.

1. ¡Primeramente, se ha de ponderar, que como las palabras de Cristo nuestro Señor son *eficaces para hacer lo que dicen,* en la forma que El quiere hacerlo, con esta palabra imprimió a la Virgen *espíritu de Madre para con San Juan* y *con los demás discípulos,* y en San Juan *imprimió espíritu de hijo para con su madre,* y el mismo espíritu comunica *a todos los que son perfectos discípulos suyos.* Y pues esta palabra no se dijo a sólo San Juan, sino en él a todos sus semejantes, he de imaginar que Cristo nuestro Señor me dice: Ves ahí a tu Madre, ámala y venérala como a Madre en todas tus necesidades; porque como te di a mi Padre por tuyo, así te doy a mi Madre por tuya; vive, pues, como hijo de tal Madre.

¡Oh dulcísimo Jesús!, ¿de dónde a mí tanto bien que me deis a vuestra Aladre por mi Madre? Dadme, Señor, espíritu de verdadero hijo, para que la sirva como merece tan gloriosa Madre. ¡Oh Madre benditísima, cierto estoy que siendo tan obediente como sois a vuestro Hijo, luego aceptaréis el oficio de mi Madre! *Muéstrate ser Madre, reciba por ti los ruegos el que, naciendo por nosotros, quiso ser tu Hijo* Amén.

2. Lo segundo, ponderaré *las causas* por las guales hizo Cristo nuestro Señor este favor *a San Juan.* Las principales fueron dos, y ambas juntas le dispusieron para recibirle. *La primera, porque fue Virgen,* y convenía que el Hijo virgen no encomendase su Madre virgen sino a su discípulo virgen; con lo cual declaró la estima que tenía de la virginidad de cuerpo y alma. *La segunda, porque se señaló en la caridad* y *amor de Cristo,* siguiéndole hasta la cruz y poniéndose cerca de ella, rompiendo por todas las dificultades que de esto le apartaban, como apartaron a los demás discípulos; y pues se señaló más que ellos, digno era de ser favorecido más

que todos. De donde sacaré un gran deseo de imitar a la Virgen y al glorioso San Juan en la castidad y en el amor de Cristo y de su cruz, para ser digno de que la Virgen me tome por hijo *y yo* pueda tenerla por Madre.

3. Finalmente, se ha de considerar lo que dice el Evangelista, que desde aquella hora el discípulo *la tomó por suya;* de la Virgen no dice que desde aquella hora le tomó por hijo, porque ya estaba dicho, por ser Ella tan obediente, que bastaba saber cualquier señal de la divina voluntad para cumplirla; pero de sí dice que la tomó a su cargo para ejercitar con Ella todos los oficios de un buen hijo para con su madre; los cuales cumplió con grande puntualidad y diligencia, no sólo por habérselo mandado su Maestro, sino también porque se tenía por dichoso en servir a tal Madre.

¡Oh glorioso Evangelista, me gozo de la buena suerte que os ha cabido en este día! Suplicad a vuestro dulce Maestro me dé el espíritu de hijo que os dio para con su Madre, para que la sirva yo como la servisteis vos. ¡Oh Salvador mío!, pues tan liberal os mostrasteis en la cruz, que dais vuestro paraíso a.1 ladrón que se convierte, y vuestra Madre al discípulo que os ama, usad conmigo dé esa liberalidad, dándome en esta vida devoción cordial con vuestra Madre, por cuyo medio espero hallar entrada en el paraíso, donde reine con Vos y con Ella por todos los siglos. Amén.

Meditación 48

Las tinieblas que sucedieron en toda la tierra, y la cuarta palabra que Cristo nuestro Señor habló en la cruz.

PUNTO PRIMERO

Las tinieblas que hubo en toda la tierra.

Habiendo sido Cristo nuestro Señor crucificado cerca de la hora sesta, que es al mediodía, poco después sucedieron unas grandes tinieblas en toda la tierra que duraron hasta la hora de nona, que es las tres de la tarde.

1. En lo cual se ha de considerar *las causas* por que nuestro Señor *ordenó estas tinieblas milagrosas,* eclipsándose el sol en tal coyuntura por tanto tiempo. Lo primero para manifestar *la ira que tenía contra aquel*

pueblo ingrato por el delito atroz que cometía contra Cristo, pues no eran dignos de ver la luz del sol los que quitaban la vida al Sol de justicia. Y también con estas tinieblas exteriores significaba *las interiores de aquella miserable gente,* y las eternas en que habían de caer por su obstinación.

2. Lo segundo, para manifestar *la inocencia* y *majestad de Cristo* nuestro Señor con este milagro, haciendo que el sol se oscurezca y cubra a la tierra de luto por la muerte de su Hacedor, y del modo que puede, muestre compasión de sus dolores e ignominias, y escondiendo su luz, quite la ocasión a los perseguidores de mirarle con escarnio, y a los blasfemos de añadir nuevas blasfemias, haciéndolos retirar con aquella oscuridad.

¡Oh Sol de justicia, justo es que el sol material se oscurezca estando T ú también oscurecido con tristeza y a punto de trasponerte al hemisferio de la otra \ida! Pero más justo fuera que yo me entristeciera de tu muerte, pues yo soy la causa de ella. No permitas, Señor, que yo sea tan ciego, que no vea la razón que tengo de entristecerme, ni tan duro que no me compadezca de tu tormento.

3. Lo tercero, ordenó Cristo nuestro Señor estas tinieblas para que, *cesando* con esta repentina noche *el bullicio de la gente,* pudiese a sus solas y con quietud gastar aquellas tres horas *en apercibirse para la muerte,* y *en orar con gran fervor* y *lágrimas por nosotros.* A la manera que cuando predicaba, gastaba los días en su oficio, conversando con los hombres, y en viniendo la noche, se recogía a los montes a orar; haciendo todo esto, no por su necesidad, sino por nuestra enseñanza y ejemplo: así, estando en el monte Calvario, tendidas sus manos en la cruz, después que hubo cumplido los oficios de piedad arriba dichos, quiso en aquellas tres horas de tinieblas que sucedieron, ocuparse totalmente en orar, aplicando su oración por todos los fieles que tenía presentes en su memoria, de los cuales era yo uno por quien aplicaba su oración.

¡Oh dulce Jesús, enseñadme a orar con la quietud y espíritu que en estas tres horas orasteis, y avivad mi tibieza para que me aproveche del tiempo que tengo de la vida, aparejándome con gran fervor para la muerte!

4. También puedo ponderar cómo *la Virgen santísima gastaría este tiempo en orar con gran fervor,* levantando su espíritu a una contemplación muy alta, no de afectos gozosos, sino dolorosos, a imitación de su Hijo. Y lo mismo es de creer haría San Juan y el buen ladrón, inspirándoles este Señor a ello, y diciéndoles desde su cruz con

palabras interiores: «Velad y orad conmigo, porque no caigáis en tentación».

PUNTO SEGUNDO

De los desamparos de Cristo en la cruz.

Cerca de la hora nona, que era las tres de la tarde, clamó Jesús, diciendo: *Eli, Eli, lamma sabacthani;* que quiere decir: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?

Esta fue la cuarta palabra que Cristo nuestro Señor habló en la cruz poco antes de expirar, y díjola *con gran clamor* para que se entendiese que estaba vivo, y para declarar el afecto con que la decía, afligidísimo por el interior desamparo que sentía. *Este desamparo estuvo en dos cosas:*

1. *La primera,* en que el Padre Eterno *le dejaba padecer sin librarle de aquellos terribles trabajos en que estaba;* lo cual es un modo de desamparo que usa Dios con los justos para su provecho, pero en Cristo nuestro Señor *fue terribilísimo, porque no hallaba descanso en cosa alguna. La cabeza* no podía descansar sobre la cruz sin nueva pena; *las manos* no podían sustentar el cuerpo sin rasgarse con mayor dolor; *los pies* no podían con la carga sin aumentar sus heridas; y viéndose por todas partes afligido, levantó la voz al cielo con gran clamor, diciendo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?»

2. *La segunda cosa* en que estuvo este desamparo fue en que la divinidad desamparó a la humanidad, *cuanto a los consuelos sensibles,* dejándola padecer con las tristezas y agonías que tuvo en el huerto, las cuales duraron hasta que murió; y porque ninguno pensase que su paciencia era insensibilidad, y que el acudir a las cosas de los otros procedía de no sentir sus penas, quiso con esta palabra declararlas, diciendo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me desamparaste?» Mas para que entendiésemos que esta queja no nacía de desesperación, sino de amor por la razón dicha, no dijo: Dios, Dios, ¿por qué me desamparaste? Sino *Dios mío, Dios mío;* como quien dice: Dios eres de todos porque les das el ser que tienen, pero mucho más eres Dios mío porque me comunicas tu divino ser, y me amas con especial amor, y Yo te amo con el mismo; pues ¿por qué me desamparas en esta tribulación?

¡Oh buen Jesús, no es necesario que venga otra vez ángel del cielo, como en el huerto, para confortaros en vuestra aflicción, diciéndoos las

causas de este desamparo, porque ya está muy cercano a su fin! Pero yo, Señor, os las diré para que se descubra en mí vuestra inmensa caridad: porque yo os desamparé, apartándome de vuestra voluntad por cumplir la mía, queréis ser desamparado de vuestro Padre, mereciendo con este desamparo que nunca me desampare su misericordia, y para darme ejemplo de paciencia cuando sintiere semejante desamparo, pues no es mucho pase el discípulo por donde pasó su Maestro. ¡Oh Maestro dulcísimo, no me desampares con demasía y cuando desfalleciere mi virtud, no me desampare tu gracia!

3. También puedo considerar cómo Cristo nuestro Señor se queja *de otro desamparo* que sentía mucho más que los que están dichos, viendo que *sus discípulos le habían desamparado,* y *el pueblo hebreo le había dejado,* y *millares de hombres habían de desampararle,* dejando su fe, atropellando sus sacramentos y desechando los frutos que de su Pasión podían sacar.

¡Oh dulce Jesús, no me espanto que os quejéis de este desamparo, pues siendo vuestra redención tan copiosa y vuestra Pasión tan penosa, apenas hay quien se aproveche de ella! ¡Oh Amparador nuestro, cuán desamparado os veo en este mundo! Unas naciones no quieren recibir vuestra fe, otras la dejan, y otras, aunque reciben vuestra ley, dejan el cumplimiento de ella, y unos desamparan a otros, desamparándoos en cada uno de vuestros pequeñuelos.

¡Oh Pudre Eterno!, no desamparéis, así a vuestro Hijo, y pues tan bien lo ha trabajado en su Pasión, haced qué sea de todos conocido y adorado por ella.

PUNTO TERCERO

Con cuánta devoción proseguiría orando Cristo nuestro Señor.

1. Aunque Cristo nuestro Señor solamente dijo en voz alta las palabras referidas, que son principio del Salmo 21, que trata de su Pasión, píamente se puede creer que en secreto prosiguió todo este salmo, *contando a su Padre todos los trabajos que están expresados allí;* pero con mayores ansias diría aquellas palabras: «Libra, Señor, mi alma del cuchillo, y defiende a la única querida mía del poder del perro; sácame de la boca del león, y libra mi pequeñez de los cuernos del unicornio». Llama cuchillo a la muerte a que está condenado por la divina Justicia, y perro a Caifás con

los demás perseguidores que mordían su fama; león a Pilato. con los ministros y soldados que le despreciaban y afligían con aquellos tormentos, y unicornio a los poderes de las tinieblas infernales que solicitaban a sus enemigos contra Él. Estas palabras diría con gran sentimiento, conforme a lo que de Él dice San Pablo: «Que en los días de su carne hizo oración con gran clamor y lágrimas al que le podía salvar y librar de la muerte».

2. También se ha de considerar *el sentimiento grande que tendría la Virgen cuando oyó decir a su Hijo estas lastimosas palabras,* las cuales, en entrando por sus oídos, penetraron su corazón y le levantó al Eterno Padre, suplicándole que no desamparase a su afligido Hijo; y como Ella sabía también los salmos de David, es de creer que cuando este divino cantor con voz llorosa comenzó este Salmo 21 en el facistol de la cruz. Ella juntamente le proseguiría en su corazón, doliéndose de los tormentos que allí se van contando de su Hijo y con el mismo espíritu le tengo yo de decir y rumiar, haciendo pausa en cada palabra de él.

3. Últimamente, ponderaré cómo algunos de los circunstantes que oyeron esta palabra, dijeron: *«A Elías llama, esperad* y *veremos si viene a librarles*. Esto dirían aquellos malvados perseguidores por mofa de Cristo, jugando del vocablo *Eli;* como quien dice: Es tan miserable que no puede salvarse a sí mismo, y así se queja y pide el favor de Elías. De esta manera torcían las palabras del Redentor para escarnecerle con ellas, permitiéndolo así su bondad para ser por todas maneras atormentado en la cruz.

No permitas, Señor, que yo tuerza tus palabras ni use de ellas para otra cosa que glorificarte y servirte. Y pues son palabras de vida eterna, concédeme que por ellas la alcance. Amén.

Meditación 49

La sed que Cristo nuestro Señor padeció en la cruz, y la quinta palabra que habló en ella.

PUNTO PRIMERO

Cuán terrible fue la sed corporal que padeció Cristo en la cruz.

Sabiendo Jesús que todas las cosas estaban cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: «Sed tengo».

Cerca de este misterio se ha de considerar, lo primero, *la terrible sed que Cristo nuestro Señor padecía;* porque desde la noche antes no había bebido, y había padecido grandes trabajos, andando muy aprisa muchas jornadas, y vertido mucha sangre con los azotes y espinas, y en la cruz, donde había estado casi tres horas; por lo cual dijo el mismo Señor en el Salmo 21: «Mi virtud se secó como una teja, y mi lengua se pegó al paladar, y llegué a estar como polvo a punto de perecer». Con ser la sed tan grande, la sufrió y disimuló hasta que estaba para expirar, y entonces la declaró para que supiésemos lo que padecía en castigo de nuestras glotonerías y embriagueces, y se lo agradeciésemos, alentándonos a padecer semejante sed por su amor, teniendo paciencia cuando nos viéremos acosados de ella.

¡Oh valeroso Sansón, que después de haber muerto mil filisteos con la quijada de un jumento, tenéis sed mortal!, pedid a vuestro Padre que de esa cruz en que vencéis a vuestros enemigos, saque una fuente de agua con que se mate vuestra sed. ¡Oh, Piedra viva y pedernal de fuego amoroso; pues estáis herido con la vara de la cruz, brotad, como la piedra que hirió Moisés, alguna fuente de agua con que refresquéis vuestra afligida lengua! Mas ya veo, Señor, que vuestra caridad no quiere sino brotar arroyos de sangre para lavar nuestras culpas, porque su refrigerio es padecer mucho por librarnos de ellas. Por vuestra sed os suplico me deis paciencia y templanza, para que ni la falta de la bebida me turbe, ni su abundancia me desordene.

PUNTO SEGUNDO

Sed espiritual de Jesucristo en la cruz.

Demás de esta sed corporal, tuvo Cristo nuestro Señor sed insaciable de *tres cosas,* las cuales podemos sacar de la causa que da el Evangelista, por la cual dijo esta palabra: *Sed tengo;* es a saber: porque viendo cómo estaban ya cumplidos todos los trabajos que de Él habían profetizado los profetas, y que solamente faltaba uno, que era darle vinagre en su sed, para que éste se cumpliese, dijo: *Sed tengo,* provocando con esta palabra a que le diesen de beber del vinagre que allí tenían. En lo cual se descubren *tres excelentísimas virtudes* de este excelentísimo Señor, en que se fundan tres suertes de sed que le afligían.

1. La primera fue *una insaciable sed de obedecer*, con la cual deseó cumplir la voluntad de Dios en todas las cosas, sin dejar una jota, ni una tilde, ni cosa alguna por penosa que fuese; y como sabía que era voluntad del Padre que en su sed le diesen vinagre, no quiso dejar de cumplirla; y por esto dice que tiene sed, no tanto de beber agua, cuanto de gustar aquel vinagre por obedecerle.

¡Oh amantísimo Jesús, cuyo manjar y bebida fue cumplir la voluntad de tu Padre!, dame sed de esta obediencia, tan ferviente, que no halle descanso en otra cosa que en cumplirla.

2. La segunda sed fue *un entrañable deseo de padecer por nuestro amor,* porque por mucho que había padecido, deseaba padecer mucho más, *y* sin duda lo padeciera si ésta fuera la voluntad de su Padre. Y de aquí procedió que, viendo cómo le faltaba por padecer la bebida del vinagre, dijo: «Sed tengo». Y no lo dijo por pedir refrigerio, sino por padecer nuevo tormento.

¡Oh Redentor mío, confuso estoy de mí mismo, porque la sed que yo tengo no es de padecer dolores, sino de tener muchos regalos! Quitad de mí tan perniciosa sed, y trocadla en otra sed como la vuestra, para que siempre tenga sed de padecer más y más por vuestro amor.

De estas *dos* virtudes procedió *el modo* que tuvo Cristo nuestro Señor de *manifestar su necesidad*, lleno de admirable santidad; porque la manifestó *sencillamente,* sin alegar razones *y* causas para persuadir que le diesen de beber; ni aun lo pidió expresamente, sino sólo dijo: «Sed tengo», como quien dice; Esta necesidad padezco; vosotros ved si la queréis remediar, el cómo y cuándo la remediaréis. Con lo cual nos enseña, especialmente a los religiosos, el modo como hemos de representar

nuestras necesidades temporales a Dios nuestro *Señor* en la oración, y a nuestros prelados con grande resignación, contentándonos con declarar la necesidad, dejando a su providencia el remedio de ella cuanto al tiempo y modo y a lo demás, quedando aparejados para sufrirla hasta la muerte, si Dios así lo dispusiere. ¿Y qué mucho yo haga esto con Dios, que es mi Padre, y con los prelados, que son ministros suyos, pues Cristo nuestro Señor lo hizo con los sayones y verdugos, de quien no esperaba remedio de su trabajo? ¿Por ventura, si pidiere a Dios un pan, me dará una piedra? Y si le pidiere un pez, ¿me dará un escorpión? Y si le pidiere un huevo, ¿me dará una serpiente? Y si le dijere: sed tengo, ¿me dará hiel y vinagre? No es Dios Padre tan cruel conmigo, que me niegue lo que me conviene, o me dé lo que ha de hacerme daño; y pues esto es así, basta decirle mi necesidad, dejándole con entera resignación el cuidado de remediarla.

3. La última sed fue *de la salvación de las almas* que con su Pasión redimía, deseando que su sangre aprovechase a todos, y que todos sirviesen a su Padre y le diesen la gloria y culto debido como a Dios; porque siempre el celo ardiente de la casa de Dios le comía las entrañas, y de aquí procedía esta sed que con mayores ansias padeció en la cruz. Y en especial tengo de ponderar *la sed* que allí tenía *de mi salvación y* de que yo le sirviese con perfección, dándole gracias por ella y animándome a darle de beber para refrigerar su sed.

¡Oh alma mía, mira que tu Señor está diciendo que tiene sed de que seas obediente, paciente, humilde y caritativa; dale de beber lo que te pide por aliviar su trabajo! Tomad, Salvador mío, el vaso de mi corazón, en el cual os ofrezco unos fervientes deseos de serviros. Bebed lo que deseáis, metiéndome en vuestras entrañas, de modo que nunca salga de ellas. Amén.

De aquí sacaré que si quiero perfectamente imitar a Cristo nuestro Señor, tengo de procurar la sed de las *tres cosas* dichas; esto es, *de obedecer a Dios, de padecer por Dios* y *de que muchos sirvan a Dios,* porque tras éstas, se seguirá la sed *de ver a Dios* fuerte y vivo. Y así se cumplirá en mí lo que dijo Cristo nuestro Señor: «Bienaventurados los que tienen sed de la justicia, porque ellos serán hartos.).

PUNTO TERCERO

Desamparo de Cristo en su sed.

Estaba allí una vasija llena de vinagre, y corriendo luego un soldado, tomó una esponja y empapándola en el vinagre, la puso sobre una caña, *y* la juntó a la boca de Cristo para que bebiese.

En este paso, se ha de considerar *la terrible escasez* y *crueldad del hombre contra Dios,* y *la inmensa largueza* y *bondad de Dios para con el hombre;* porque no pudo haber mayor liberalidad que derramar Dios toda la sangre de sus venas, sin dejar gota, parabién del hombre; ni pudo ser mayor cortedad y villanía que en este mismo tiempo no dar el hombre algún alivio a la sed de Dios.

1. Pero, particularizando esto, he de considerar, lo primero, *el desamparo de Cristo nuestro Señor cuesta su sed,* sin tener quien se compadeciese de Él y le diese agua con que refrescarse, sino vinagre, *y* aun ése mezclado con la hierba del hisopo, mortal y desabrida. Sufría este trabajo su Majestad con admirable paciencia y silencio, sin quejarse ni decir palabra de indignación, para darnos ejemplo de sufrimiento; y para librarnos de la sed eterna que por nuestros pecados merecíamos en el infierno, adonde los condenados piden, como el rico avariento, una sola gota de agua y no se les da.

¡Oh dulce Jesús!, gracias te doy por este desamparo que padeciste, semejante en algo al de los condenados, no hallando quien te diese una gota, de agua para mitigar tu sed. Por ella tu suplico humildemente me libres de la sed eterna, y me des paciencia cuando me faltare el alivio para mitigar la temporal. Amén.

2. Lo segundo, ponderaré *la aflicción de Cristo* nuestro Señor *en la sed espiritual que allí padecía,* cuando en aquella esponja llena de vinagre sobre la caña, consideró *la bebida que le habían de dar muchos pecadores,* dándole sus corazones fofos para lo bueno, llenos de vinagre acedo del pecado, puestos sobre la caña movediza de la vanidad y mutabilidad de su carne.

¡Oh alma mía, mira la bebida que das a tu Señor, mezclada con tanta muchedumbre de pecados! Atiende al vinagre que le das cuando afliges con ásperas palabras y *ron* acedas obras a tus prójimos, en los cuales Él está tomando por suya la injuria que les haces. ¡Oh Salvador mío, y cuan diferente bebida me dais para hartar mi sed, de la que yo os doy para la vuestra! Por la esponja llena de vinagre sobre la caña de hisopo, me dais

vuestra santísima carne mezclada con el vino de vuestra preciosa sangre, exprimida en esa caña de la cruz, y con ella me rociáis, como con hisopo, para que quede limpio, y me embriagáis, como con vino, para llenarme de vuestro amor. Gracias os doy por esta bebida tan preciosa, y por ella os suplico me perdonéis las injurias que he cometido en la bebida aceda que os he dado.

3. Finalmente, ponderaré *el gran dolor que sintió la Virgen sacratísima* cuando oyó decir a su Hijo: *«Sed tengo»,* y vio que le daban a beber *vinagre;* y como también conoció la sed espiritual que su Hijo tenía, crecía la suya grandemente de que hubiese muchas almas que le sirviesen.

¡Oh Virgen soberana, cuán de buena gana fuerais entonces á refrescar la sed corporal de vuestro amantísimo Hijo, si os fuera dada licencia para ello! ¡Y cuánto de mejor gana acudís ahora a hartar su sed espiritual, porque haya muchos que le amen y gocen el fruto de su Pasión! Negociad, Madre mía, que mi vida sea tal, que pueda ser alivio a vuestro sediento Hijo, sirviéndole con las veras que desea ser servido, a gloria de su santo nombre. Amén.

Meditación 50

La sexta palabra que Cristo nuestro Señor dijo en la cruz

En recibiendo Jesús el vinagre, dijo: *Consummatum est.* Acabado es.

Esta es la sexta palabra que Cristo nuestro Señor habló en la Cruz después que bebió algo de vinagre, para que se entendiese el fin con que había dicho que tenía sed y gustado aquella bebida, con la cual daba fin a sus trabajos, y así dijo: *Consummatum est.* Acabado y cumplido es. ¡Oh palabra breve y acabada, compendiosa y muy cumplida; quién pudiera entender cumplidamente los misterios que en ti encierras y declarar enteramente lo que significas! En tres cosas puso Cristo nuestro Señor los ojos cuando dijo estas palabras, dignas de gran ponderación, de las cuales podemos hacer tres puntos.

PUNTO PRIMERO

Consuelo de Cristo por haber padecido cuantos trabajos le había mandado padecer su Eterno Padre.

Lo primero, puso los ojos *en iodos los trabajos* y *tormentos que su Padre Eterno quiso padeciese* desde el instante de su Encarnación hasta el punto en que estaba, que era el fin de su Pasión y de su vida, pasando por la memoria los trabajos de su nacimiento y circuncisión, los de su destierro en Egipto, los de su predicación por Judea y Galilea, y últimamente los de su Pasión, *y viendo cómo todos estaban cumplidos enteramente,* sin faltar ninguno, *consolóse grandemente* de ver que hubiese llegado al fin de sus trabajos tan a gusto de su Eterno Padre; y con un afecto *de reconocimiento* y *agradecimiento, dijo: «Consummatum est.»* Acabado es todo cuanto mi Padre *me mandó padecer.* Y es de creer repetiría la oración que hizo en el cenáculo, dándole gracias por esta obra: ¡Oh Padre mío dulcísimo, gracias te doy porque rae has traído a esta hora tan deseada por Mí! Yo te he glorificado en la tierra y he acabado la obra que me encomendaste; Yo te la ofrezco por la redención del mundo y para que todos sean glorificados por Mí.

¡Oh Redentor mío, que dijisteis: «Con un bautismo tengo de ser bautizado, cómo me aflijo hasta que le vea cumplido!» Cese ya vuestra aflicción, pues ya está acabado este bautismo, y si la esperanza que se dilataba afligía vuestro corazón, el cumplimiento de vuestro deseo sea para Vos árbol de vida; séalo también, Dios mío, para mí, cogiendo el fruto que en el árbol de la cruz habéis brotado. De aquí he de sacar cuán contento me hallaré en la hora de mi muerte si he cumplido todo lo que Dios me ha mandado, gastando en esto la vida.

PUNTO SEGUNDO

Consuelo de Cristo por haber cumplido con todos los oficios que su Padre le había encargado.

Lo segundo, puso Cristo nuestro Señor los ojos *en todos los fines* de su venida al mundo *y en los oficios que su Padre le había encargado,* pasando por su memoria cómo su venida fue a satisfacer por el pecado de Adán, a quebrantar la cabeza de la serpiente infernal, a destruir la muerte y el infierno, a abrir las puertas del cielo, a enseñar como Maestro la

doctrina de la perfección, a dar heroico ejemplo de todas las virtudes, a entablar los consejos evangélicos y a instituir sacramentos y sacrificios propios de la nueva ley. Y habiendo visto cómo de su parte había hecho *todo lo necesario para conseguir estos fines,* y *cumplido enteramente todos sus oficios,* con grande contento dijo: *«Consummatum est.»* Ya es acabado todo *lo que pretendí con mi venida al mundo;* ya he concluido la consumación y abreviación que había de hacer en medio de la tierra, de la cual pueda nacer abundancia de santidad en el mundo, acabándose la indignación que contra él tenía. Y también se han cumplido las semanas de Daniel, en las cuales se había de acabar la prevaricación, y tener fin el pecado, y borrarse la maldad, y venir la justicia sempiterna, y cumplirse toda profecía. Ya, finalmente he cumplido de mi parte todo lo necesario para que mis escogidos sean *«consummati in unum», consumados* y *acabados en unión de caridad*, como Yo y mi Padre lo somos.

Gracias te doy, perfectísimo Salvador del mundo, por lo bien que has cumplido tus oficios y acabado la obra de nuestra redención; te suplico. Señor, que acabes también en mí la obra que has comenzado, consumiendo en mí todo pecado, comunicándome cumplida y consumadamente tu justicia, para que cuando mi vida se acabare, sea yo en tus ojos acabado y consumido en toda virtud. Amén.

PUNTO TERCERO

Cristo vio cumplido todo lo que de Él estaba profetizado en la antigua ley.

1. Lo tercero, puso Cristo nuestro Señor los ojos *en todas las sombras y figuras de su venida* que habían sucedido desde el principio del mundo hasta entonces, y en especial en los sacrificios y ceremonias de la ley vieja, y en las cosas que los profetas habían dicho para representar todo lo que había de hacer y padecer en el mundo; *y viendo cómo todo esto estaba cumplido, dijo:* «*Consummatum est.*» Acabado es *todo lo que era sombra* y *figura;* acabados son ya los sacrificios y ceremonias antiguas; acabada es ya la ley de la circuncisión, con las cargas intolerables que consigo traía; cumplida es ya la ley y los profetas, pues no vine a quebrantarla, sino a cumplirla, porque el cielo y la tierra faltarán antes que se deje de cumplir una jota o tilde de todo cuanto en ella se dice.

Así lo habéis cumplido, Señor, como lo dijisteis, porque vuestra palabra es más perpetua que el cielo, y más firme que la tierra, por lo cual

deseo que todos los moradores de tierra y cielo os alaben y glorifiquen en esa cruz. Amén.

2. Últimamente, ponderaré cómo este mismo Señor, que está en este doloroso trono para expirar, *volverá el día del juicio en un trono de gloria para juzgar,* y habiendo dividido a buenos de malos, y sentenciado a unos y a otros conforme a sus obras, *dirá también esta palabra: «Consummatum est.»* Ya es acabado *el mundo* y *su gloria vana,* ya es acabado el tiempo de merecer y desmerecer, ya son acabados los deleites de los malos y los trabajos de los buenos, va es acabado el poderío y reino del demonio para tentar y engañar de nuevo a los hombres, ya es acabado y cumplido el número de los escogidos para el cielo, y su medida ha llegado a cumplimiento y perfección. *Y esto mismo* proporcionalmente *me dirá a mí en la hora de mi muerte cuando venga a juzgarme,* pues para mí todo esto se acaba en aquella hora. Y con esta consideración tengo de animarme a vivir de tal manera, que pueda decir con San Pablo: «Consumado y acabado he mi carrera, y en ella he guardado la fe y lealtad que debía a Dios, sin desfallecer en ella.»

¡Oh Juez supremo de los hombres, cuya justicia será tan cumplida y consumada como lo ha sido tu misericordia; cumple ahora en mí tu misericordia, llenándome de gracia y de merecimientos para que después cumplas en mí tu justicia, dándome la corona de ellos en tu gloria! Amen.

Meditación 51

La séptima palabra que dijo en la cruz Cristo nuestro Señor y su muerte

PUNTO PRIMERO

Clamando Jesús con grande voz, dijo: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu».

Sobre esta postrera palabra se han de considerar, primeramente, *las causas porque la dijo con tan grande clamor* y *grito.*

1. Una fue para que se entendiese que *tenía, fuerza y vigor para dilatar la, vida* y *atajar la muerte si quisiera,* y que si moría era porque quería

morir, conforme a lo que antes había dicho: «Ninguno me puede quitar la vida si Yo no la ofrezco de mi voluntad, porque tengo potestad de dejarla y tornarla a tomar cuando quisiere».

Gracias te doy, dulce Jesús, por esta voluntad que tuviste de morir y dar tu vida por mí; yo te ofrezco la mía desde luego, aparejado para perderla cada y cuando que fuere menester por tu gloria.

2. La segunda causa fue *para declarar el natural sentimiento que tenía, el alma en apartarse de su ampo.* Miraba la buena compañía que le había hecho treinta y tres años, y cuán bien le había servido y ayudado en todas las obras de nuestra redención, y cómo estaba unido con la divinidad, así como ella. Y de aquí resultaba una grande pena y dolor natural en apartarse de él, la cual significó con este clamor y grito en lugar de las congojas y bascas con que otras almas se apartan de sus cuerpos.

¡Oh ánima santísima de Jesús!, por el dolor que sentiste en apartarte de tu santo cuerpo, te suplico confortes la mía para que no tema con demasía apartarse del suyo.

3. Lo tercero, clamó Cristo nuestro Señor con voz clara y sonora, *en señal de la victoria alcanzada del demonio* y *del infierno;* porque así como Gedeón quebrantó su cántaro y, alzando el grito, venció a los madianitas, también nuestro glorioso Capitán, quebrando su cuerpo en la cruz con los tormentos y clamando con esta voz sonora, venció con su muerte a los demonios, poniendo terror y espanto a las potestades infernales. Y fue esta voz milagrosa, porque los crucificados, como mueren desangrados, cuando están cercanos a la muerte están muy desflaquecidos; pero nuestro buen Jesús usó entonces de su poder, mostrando que su muerte era para vencer, y que en ella estaba escondida su fortaleza y su victoria.

Gracias te doy, Salvador poderosísimo, por la victoria que has ganado, no tanto para Ti, cuanto para nosotros, muriendo por darnos vida. Te suplico, Señor, que cuando desfalleciere mi virtud, no me desampares, fortaleciéndome con la tuya, para que, muriendo, alcance por Ti le victoria que ganaste para mí.

PUNTO SEGUNDO

Consideración de estas palabras de Cristo.

Luego se han de considerar las palabras que Cristo nuestro Señor dijo con este clamor, que son tomadas del Salmo 30, y es de creer que en

diciendo: Consumado está, comenzó a decir interiormente este devoto salmo, y en llegando a este verso, levantó la voz y dijo: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu*.

1. Cada palabra tiene particular misterio. Llámale *Padre* en señal de *amor* y *confianza,* la cual es muy necesaria en la hora de la muerte para que haga Dios con nosotros oficio de padre, amparándonos y defendiéndonos con su protección, y admitiéndonos a la herencia que tiene prometida a sus hijos; mas para esto es menester que en vida hagamos con Él oficio de buenos hijos, amándole, honrándole y sirviéndole como tal Padre merece.

¡Oh Padre amantísimo, concededme mientras vivo que tenga para contigo espíritu de verdadero hijo, para que confiadamente pueda en mi muerte llamarte Padre!

2. Lo segundo, encomienda su espíritu en las manos del Padre *para significar que en las manos de tal Padre,* y *no en otras, puede estar seguro.* Estas manos crearon nuestro espíritu, y en ellas nos tiene escritos para no olvidarse de nosotros. En sus manos están nuestras suertes, porque de ellas depende la dichosa suerte de nuestra salvación.

¡Oh alma mía, arrójate en las manos de tu Padre, que pues te tiene escrito en ellas, no te borrará del libro de la vida, y pues tus suertes están en sus manos, Él hará que te quepa la buena suerte de tu gloria! ¡Oh dulce Jesús, como Vos encomendáis vuestro espíritu en las maños de vuestro Padre, así yo encomiendo el mío en las vuestras, las cuales tenéis extendidas en la cruz para abrazar a los pecadores que se acogieron a ellas! Ahí tenéis a vuestros escogidos escritos con vuestra sangre y asidos con vuestra fortaleza, de modo que ninguno podrá sacarlos de ellas. En las mías no está seguro mi espíritu, porque son muy flacas; yo le entrego en las vuestras, que son muy fuertes, y pues con ellas le habéis redimido, haced que por ellas sea glorificado.

3. *Lo* tercero, dice que le encomienda *su espíritu;* no dice su hacienda, porque ninguna tiene; no su honra, porque no le da cuidado; no su cuerpo, porque no es lo que más estima; sino su espíritu, que es lo principal del hombre, de cuya buena suerte pende todo lo demás. Enseñándonos con esto el cuidado grande que en la hora de la muerte hemos de tener de encomendar a Dios el alma, dejando a su providencia el suceso de lo que toca al cuerpo; porque si mi espíritu entra en las manos de Dios, eso me basta para ser bienaventurado.

4. Pero más adelante pasa la caridad de Cristo nuestro Señor el cual, no sólo encomendó a su Padre *su propio espíritu,* poniéndole en sus manos como en depósito para tomarle de ahí a tres días y reunirle al cuerpo, sino también le encomendó *el espíritu de todos sus escogidos que tenía por suyo;* porque, como dice San Pablo, el que se llega a Dios es un espíritu con Él; de suerte que también aquí encomendó a su Padre mi espíritu y la vida espiritual que he de hacer, suplicándole que lo tomase todo debajo de su protección; y con este mismo sentimiento puedo yo decir estas palabras a nuestro Señor, no sólo en muerte, sino en vida.

PUNTO TERCERO

Al decir esto, inclinó Cristo La cabeza y entregó su espíritu.

1. Cuanto a esta *inclinación de la cabeza,* que como fue voluntaria, así fue misteriosa, se han de considerar *las causas* de ella, *a) La primera,* para significar que *moría por obediencia,* inclinando la cabeza a la divina ordenación, *b)* La segunda, para declarar *su humildad de corazón* y *su pobreza,* cómo no tenía donde reclinar su cabeza en la cruz, *c) La tercera* para darnos a entender *la gravedad de nuestros pecados,* que con su carga le hicieron inclinar hasta la muerte. *d) La cuarta,* para señalar *el lugar del limbo, adonde su espíritu encaminaba la jornada* que había de hacer para despojarle. De estas causas tengo de sacar afectos de agradecimiento e imitación, inclinando mi cuello y cabeza al yugo de la obediencia por Cristo, y mirando siempre la tierra de donde fui formado y el infierno que tengo merecido, adonde me aploma la carga de mis pecados, suplicando a Cristo nuestro Señor que por la inclinación de su cabeza en la cruz me conceda todo esto, para que inclinando ahora mi cabeza con humildad, la pueda levantar después con grande confianza.

2. Luego se ha de ponderar cómo Cristo nuestro Señor de tal manera entregó su espíritu, que *verdaderamente murió por la fuerza* y *terribilidad de los dolores que padeció en la cruz,* y por el desfallecimiento de la sangre que por sus heridas derramaba hilo a hilo sin parar; y así como las venas comenzaron a vaciarse de la sangre, comenzó el rostro a demudarse y los miembros del cuerpo a enflaquecerse, y faltando las fuerzas, vino a expirar.

¡Oh buen Pastor, cuán bien habéis cumplido con vuestro oficio, dando la vida por vuestras ovejas! ¡Oh sumo Sacerdote, cuán buen sacrificio habéis ofrecido de Vos mismo en esa ara de la cruz! ¡Oh

sapientísimo Maestro, cuán alta lección de justicia *y* santidad habéis leído en esa cátedra! ¡Oh Redentor liberalísimo, cuán copioso precio habéis dado por la redención de vuestros cautivos! ¡Oh Sol de justicia, que salisteis como gigante del Oriente, cuán bien habéis corrido vuestra carrera, alumbrando y calentando la tierra hasta parar en el occidente de la muerte! ¡Gracias os doy por los trabajos que habéis tomado por mi amor! Tiempo era ya que descansareis, dando fin a vuestras penas diciendo como otro David: >En paz conmigo mismo dormiré y descansaré».

3. Pero aunque es verdad que el cuerpo de este Señor quedó libre de penas, mas quedó tal, que *era un retablo de dolores* a todos los que le miraban, especialmente a *la Virgen sacratísima,* cuyo dolor no cesó con la muerte del Hijo; antes, en parte, se renovó viéndose privada del que tanto amaba. ¡Oh, qué lágrimas derramaría por sus ojos! ¡Oh qué suspiros y gemidos sacaría de su corazón! ¡Oh, qué clamores del espíritu levantaría al cielo! ¡Oh, qué deseos tan vivos tendría su alma de acompañar a la de su Hijo! Y qué quejas tan amorosas daría al Eterno Padre porque la dejaba sola en este valle de miserias, aunque acompañada con grande conformidad con su voluntad; pero como tenía muy viva fe y cierta esperanza de la resurrección, algún consuelo recibió con ver despenado al que tanto padecía, sabiendo que todos sus trabajos se acababan con la muerte.

4. Finalmente, puedo considerar lo que muchos santos ponderan, que *el demonio se halló presente a un lado de la cruz,* esperando si hallaba en Cristo algo que fuese suyo para asir de ello, pero no lo halló, como el mismo Señor lo había dicho. También es de creer que, pues los ángeles se hallan a la muerte de los justos, *enviaría el Padre Eterno algunos de sus jerarquías* para que se hallasen a la muerte de este supremo Justo de los justos, no para ayudarle, sino para honrarle y acompañarle.

¡Oh gran sacerdote Jesús, que a imitación del otro de vuestro nombre, estáis vestido de vestiduras manchadas, no con manchas de culpas propias, sino de las ajenas, y a vuestro lado tenéis a Satanás para contradeciros, aunque no al lado derecho, como le tenía el otro, sino al lado izquierdo, porque en nada pudo venceros; y al otro lado tenéis, no un ángel, sino muchos que asisten para honraros!, yo os suplico humildemente os acordéis de mí en la hora de mi muerte, limpiando mi alma de toda mancha de pecado, de modo que Satanás no pueda prevalecer contra ella, y enviadme vuestro santo ángel para que me defienda, de modo que, en siendo suelta de su cuerpo, merezca ser colocada en vuestra gloria. Amén.

Suma de las meditaciones pasadas

En que se pone un modo de bien vivir y un aparejo de bien morir, a imitación de Cristo crucificado.

1. Lo primero, así como Cristo nuestro Señor estuvo en la cruz *desnudo de sus vestiduras,* y éstas las dejó para que los soldados se las repartiesen entre sí mismos, también yo tengo de procurar *desnudar mi corazón del amor de todas las cosas de esta vida,* de suerte que quede totalmente desnudo de las aficiones desordenadas que tenía. Cuanto *al uso* de las cosas que poseyere, tengo de ser tan moderado, que no tome sino las necesarias, desnudándome de las superfluas y de las que se toman por vanidad o regalo, y cuanto *a la propiedad,* tengo de desnudarme de algunas para que se vistan los pobres; y si puedo, mucho mejor será desnudarme de todas, renunciándolas para seguir desnudo al desnudo Jesús y morir del todo desnudo como Él, dejando todos los cuidados de lo temporal para atender a lo eterno.

2. Lo segundo, así como Cristo nuestro Señor estuvo en la cruz, *clavados pies* y *manos* con tres clavos *sin tener libertad* de volverse de una parte a otra, y desangrándose poco a poco por las heridas, hasta vaciar toda la sangre de sus venas, también yo no me tengo de contentar con desnudarme de las cosas exteriores que poseo, sino procurar, como dice San Pablo, *crucificar mi carne* con sus vicios y concupiscencias *en la cruz de Cristo,* de modo que no tenga pies ni manos *libres* para desear ni hacer cosa que la desvíe de esta cruz, sino que esté sujeta del todo al espíritu y clavada con los clavos del temor de Dios, y de su amor y obediencia a su santa voluntad, como se ponderó en la *Meditación* 44. Y de esta manera he de *perseverar* hasta que se vacíe y purifique toda la mala sangre de mis pecados e imperfecciones; porque como el crucificado no muere de un golpe, sino poco a poco; así no podré mortificar de un golpe todas mis pasiones y aficiones desordenadas, sino poco a poco, con paciencia y larga esperanza, continuando el ejercicio de la mortificación hasta que alcance esta perfecta muerte; y como el crucificado no se crucifica a sí mismo, sino otro le crucifica y clava, así mi carne ha de ser crucificada por otros; la ha de crucificar el espíritu con penitencias, negando sus antojos y deseos; pero a ella y al espíritu crucifica Dios nuestro Señor con trabajos, el demonio con tentaciones y los hombres con persecuciones, las cuales hemos de llevar con paciencia hasta morir esta dichosa muerte.

3. Lo tercero, así como Cristo nuestro Señor en la cruz tuvo especial cuidado de cumplir sus obligaciones y oficios con *tres* personas, es a saber, con *su Madre,* con *su discípulo* y con *el buen ladrón,* a los cuales habló como queda dicho, así tengo yo de tener cuidado de cumplir las obligaciones de piedad y de justicia, y las de mi estado y oficio, especialmente con *tres* suertes de personas: Lo primero, *con mis superiores,* significados por la Madre. Lo segundo, *con los domésticos,* significados por el discípulo. Lo tercero, *con los demás hombres,* figurados por el buen ladrón; dando a cada uno lo que estoy obligado, y ayudando a todos como mejor pudiere. Pero, además, de esto, he de cumplir las obligaciones de la perfecta caridad, rogando a Dios por mis enemigos y por los suyos para que los convierta, y excusando las faltas de mis prójimos, como lo hizo el mismo Señor, comenzando por aquí el cumplimiento de sus oficios.

4. Lo cuarto, como Cristo nuestro Señor, *cumplidas estas obligaciones,* en las tres horas que hubo de tinieblas *se ocupó en oración, como quien se aparejaba para morir,* así yo, *cumplidas las obligaciones de mi estado* y *oficio,* tengo de tomar tiempo y lugar retirado y quieto para *vacar a sólo Dios* y *negociar mi salvación* y *una buena muerte,* y en especial atizar una grande sed como la que tuvo Cristo nuestro Señor, de obedecer a Dios y a sus ministros, de padecer mucho por su servicio y de ganar muchas almas que le sirvan; y como me fuere acercando a la muerte, han así de ir creciendo estos ejercicios de oración, con los efectos que de ella proceden, disponiéndome para ella, porque, como dice San Gregorio: «Cuanto más cercano a la muerte, tanto he de ser más cuidadoso para que sea buena».

5. Lo quinto, para esto he de procurar que todas mis obras vayan *también hechas*, que al fin de cada una pueda decir aquella palabra de Cristo: «*Acabado es lo que Dios me mandó en esta obra; cumplido queda* y *bien perfecto*.» Y de la misma manera he de gastar el día tan bien, que a la noche pueda decir lo mismo; y al mismo paso tengo de ordenar la vida y aparejarme al fin de ella con los sacramentos de Confesión y Viático, con el testamento y disposición de mis cosas obligatorias, de modo que pueda decir: «Acabado es y cumplido todo lo que Dios me ha mandado.

6. Últimamente, en vida y en muerte, con amor y confianza, *encomendaré a Dios mi espíritu,* poniéndole en sus manos para que Él le guarde y defienda y le gobierne y enderece al fin de la bienaventuranza eterna, al modo que se ponderó en la Meditación precedente. Pero como Cristo nuestro Señor quiso morir en su florida edad, a los treinta y tres años de su vida, cuando los hombres sienten más el morir, así yo tengo de

ofrecerme con resignación en las manos de Dios *para que me lleve cuando Él quisiere,* aunque sea en lo más florido de mi edad y de mis pretensiones, fiándome que me llevará en la edad, tiempo y lugar que más me conviniere para mi salvación.

Meditación 52

Los milagros que sucedieron al morir Cristo nuestro Señor

Después que Cristo nuestro Señor murió, demás de las tinieblas que habían precedido, sucedieron otros milagros para tres fines; es a saber: para declarar la gloria del que moría, y la maldad de aquel pueblo que le crucificaba, y para significar los admirables efectos que se seguirían de su muerte.

PUNTO PRIMERO

El velo del templo se dividió en dos partes de alto abajo.

Las causas de esta división fueron principalmente *dos:*

1. La primera, porque así como el sumo sacerdote Caifás, cuando oyó decir a Cristo que era Hijo de Dios, juzgando que era blasfemia *rasgó sus vestiduras* en señal de dolor y pena, así el mismo Dios *rasgó el velo de su templo* en señal de la blasfemia y sacrilegio horrendo que cometió aquel pueblo injuriando y crucificando a su Hijo.

¡Oh alma mía, si eres templo de Dios vivo, rasga tu corazón de pena por lo mucho que tu Señor padeció en la cruz, siendo tú la causa de ello! ¡Oh Dios de mi corazón, rasgadlo Vos con vuestra mano, comunicándome este sentimiento, porque yo soy tan flaco que no puedo por mí rasgarlo como deseo!

2. La segunda causa fue para significar que por la muerte de Cristo nuestro Señor *se abría camino para conocer los secretos* y *misterios de Dios,* que antes estaban ocultos, parte por el velo de las *sombras* y figuras de la vieja ley, parte por el velo de *nuestros pecados,* que hacían división entre nosotros y Dios.

¡Oh, Salvador mío, romped en mí este velo que me impide el conoceros! Dadme luz divina con que penetre vuestros misterios, y descubridme los tesoros de vuestros secretos celestiales en aquel grado que me conviene, para serviros con perfección.

PUNTO SEGUNDO

La tierra tembló, las piedras se partieron y los sepulcros se abrieron.

Las causas de estos milagros fueron otras dos:

1. La primera, para que las criaturas sensibles, *a su modo diesen muestras de dolor* y *sentimiento por la muerte del Salvador,* en detestación de la dureza y obstinación de aquel pueblo rebelde que le crucificó: y juntamente fuesen confusión de los que no se compadecen de la Pasión de Cristo nuestro Señor.

¡Oh alma mía!, ¿cómo no tiemblas y te estremeces como la tierra, viendo estremecer a Jesús en la cruz? ¿Cómo no te partes por medio como las piedras, viendo que la piedra viva, Cristo, se parte por medio apartando su alma de su afligido cuerpo? ¿Cómo no te abres de pena como los sepulcros de los muertos, viendo a tu Señor abierto por tantas partes? ¡Oh Salvador del mundo!, no permitas que sea más insensible que la tierra y más duro que las piedras y que los sepulcros de los muertos, pues siendo yo el que pequé, tengo más razón de sentir lo que Tú padeces por mi pecado.

2. La segunda causa fue para significar que, en virtud de la Pasión de Cristo nuestro Señor, *temblarían los corazones terrenos con el temor santo de Dios,* que es principio de la justificación; y por más duros que fuesen, se quebrantarían con la contrición y dolor de sus pecados y se abrirían para descubrir en la confesión sus obras muertas, que son las culpas que matan las almas, a fin de que resuciten con Cristo a nueva vida. De donde sacaré cuán provechoso sea meditar bien estos divinos misterios, con los cuales se alcanzan en la oración los tres efectos dichos, como se dijo en la *Introducción* de esta Cuarta Parte.

PUNTO TERCERO

Conversión del Centurión.

El Centurión que guardaba a Cristo, viendo estas cosas y que había expirado con tal clamor, dijo: «Verdaderamente, este hombre era justo y era Hijo de Dios»; y los soldados que con él estaban, temieron mucho y dijeron: «Verdaderamente, Éste era Hijo de Dios.» Y la turba del pueblo, que estaba allí mirando este espectáculo, hiriendo sus pechos, se volvió a la ciudad.

Aquí se ha de considerar cómo los milagros dichos obraron los *efectos que significaban,* en virtud de la Pasión de Cristo, *moviendo los corazones,* de los que los vieron para que confesasen a Cristo por justo y santo, y lo que más era, por Hijo de Dios, hiriendo sus pechos en señal de penitencia y de dolor por las injurias que le habían hecho. Y aunque el Centurión y los soldados eran gentiles, y la turba del pueblo hebreo había estado tan dura y pertinaz en pedir la muerte de Cristo, *se trocaron en este punto, convencidos de la verdad* y *de la inocencia* y *santidad del que murió por ellos,* y también en virtud de la oración que hizo en la cruz rogando por los que le perseguían, la cual obró estas mudanzas y conversiones dichas. Y a imitación de esta gente, también yo tengo de herir mi pecho por los pecados que contra Cristo he cometido, suplicándole por su Pasión me los perdone.

Meditación 53

La lanzada en el costado y también las cinco llagas

PUNTO PRIMERO

Crueldad e hipocresía de los judíos en la instancia hecha a Pilato.

Rogaron los judíos a Pilato mandase quebrar las piernas de los crucificados y quitar sus cuerpos de la cruz, porque no estuviesen en ella el día siguiente, que era sábado y fiesta muy solemne.

1. Aquí se ha de ponderar *la maldad de estos príncipes de los sacerdotes,* los cuales, con título de fingida religión, encubrieron *su*

crueldad y *envidia;* porque pretendieron se quebrantasen las piernas a Cristo nuestro Señor para darle este nuevo tormento si estuviese vivo, o a lo menos para que pasase por esta nueva injuria si estaba muerto. Y desearon se quitase de la cruz, porque vieron que la gente se compungía de verle y le confesaba por justo y por Hijo de Dios, queriendo quitársele de los ojos para oscurecer su gloria. De donde sacaré un temor grande de los juicios de Dios cerca de los obstinados y endurecidos pecadores; los cuales, en lugar de compungirse con estos milagros, como la gente sencilla, se endurecen más como Faraón, y añaden pecados a pecados por llevar adelante su porfiado intento.

¡Oh Dios misericordiosísimo, no permitas que caiga en dureza de corazón, de modo que convierta en mí daño lo que Tú ordenas para mi provecho!

2. También se ha de ponderar cómo la ley antigua mandaba que el crucificado fuese quitado el mismo día de la cruz y sepultado, porque *era maldito el que moría en ella,* y porque no contaminase la tierra con su mal olor. Por esta ley quiso pasar Cristo nuestro Señor, haciéndose, como dice San Pablo, maldito por nosotros, para librarnos de la maldición del pecado en el mismo día que murió por él.

Gracias te doy, dulcísimo Salvador, por haberte humillado a que tu cuerpo fuese tenido por maldito y por contagio de la tierra, siendo Tú la bendición de todas las gentes y el olor suavísimo que las hace santas. Danos, Señor, esta humildad para que con su olor edifiquemos la Iglesia, y líbranos de la soberbia, cuyo mal olor contamina la tierra.

En cumplimiento de esta petición, por orden de Pilato vinieron los soldados y quebraron las piernas del uno y del otro que estaban crucificados con Jesús, y como vieron que Jesús estaba muerto, no le quebraron las piernas.

3. En lo cual se ha de considerar cómo *las trazas de los hombres nunca pueden prevalecer contra las de Dios,* el cual no quiso que quebrasen las piernas de Cristo nuestro Señor, en cumplimiento de la Escritura, que dijo del cordero pascual, que le representaba: «No le quebraréis hueso alguno». Para significar que los tormentos de su Pasión, aunque fuesen terribilísimos, no quebrantarían su fortaleza y paciencia, ni menoscabarían su caridad ni las virtudes sólidas, significadas por los huesos, sino que siempre se conservarían enteras y perfectas, por más que los demonios y sus enemigos pretendiesen quebrantarlas, como también pretenden quebrantar las de los escogidos; pero Él los defiende y anima con su

ejemplo, a los cuales dijo después su Apóstol; «Alegraos con las tribulaciones, porque son prueba de vuestra fe, la cual obra paciencia, y la paciencia tenga su obra perfecta, para que seáis perfectos y enteros, sin faltar en cosa alguna».

¡Oh Dios eterno, que libras a los justos de muchas tribulaciones y guardas sus huesos sin que se quiebre ninguno!, conserva en mí la fortaleza en los trabajos y guarda las virtudes interiores de mi alma, porque si Tú no guardas estos huesos, presto serán de mis enemigos quebrantados.

PUNTO SEGUNDO

Uno de los soldados abrió con una lanza su costado.

1. Sobre este misterio, lo primero se ha de considerar la *causa* de esta lanzada *de parte de los soldados,* la cual no fue otra que *su crueldad* y *furia,* para asegurarse más de la muerte de Cristo y hacer aquella injuria al cuerpo muerto, ya que no le pudieron quebrar las piernas estando vivo. Pero aunque el cuerpo de nuestro Señor recibió la herida, y por estar muerto no sintió dolor, *lo sintió grandísimo el ánima de la Virgen* su Madre, la cual, por la grandeza de su amor, más estaba en el cuerpo de su Hijo que en el suyo.

¡Oh Virgen soberana, con cuánta verdad podéis decir ahora lo que dijo el Apóstol: «Cumplo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo por su cuerpo, que es la Iglesia»! Faltó a esta lanzada de Cristo el dolor, porque Él no la sintió, y Vos, Virgen purísima, suplisteis esta falta padeciendo y sintiendo el dolor que Él había de sentir, ofreciéndole al Eterno Padre por el cuerpo místico de vuestro Hijo, que es su Iglesia; y pues le ofrecisteis por mí, que soy miembro de este cuerpo, alcanzadme gracia para que sienta lo que sentisteis y padezca algo de lo mucho que padecisteis; traspase esta lanzada mi corazón }r atorméntele con gran dolor, porque fue causa con sus pecados de la herida que recibió mi Salvador.

2. Pero mucho más son dignas de ponderar *las causas por que Cristo nuestro Señor* no se contentó con que sus espaldas fuesen abiertas con azotes, su cabeza con espinas, sus manos y sus pies con clavos, sino también *quiso que su costado fuese abierto con la loma* con mayor abertura, *que penetrase hasta su corazón,* ordenando esto en castigo de los pecados que todo el cuerpo místico del linaje humano había cometido con

todos los miembros y potencias exteriores e ulteriores, y mucho más con el corazón, de donde, como el mismo Señor dijo, salen las cosas que manchan al hombre y le condenan, y para purgarle de esta ponzoña, quiere que sea abierto el suyo, del cual procede la vida.

¡Oh Salvador mío, por la abertura de tu precioso costado te suplico perdones los innumerables pecados que de mi corazón han procedido! Ciérrale, Señor, de tal manera, que nunca salgan de él obras que manchen mi alma, y solamente le abre para que de él procedan obras con que gane la vida eterna.

3. También *por esta llaga del costado* quiso descubrir nuestro buen Jesús *la infinita caridad* y *amor que nos tenía,* y como todo cuanto había hecho y padecido por nosotros había sido por puro amor y con amor, como si dijera aquello de los Cantares: «Llagaste mi corazón, hermana y esposa mía, llagaste mi corazón dos veces le llagaste: una con llaga de amor, cuando te amé por sola mi bondad y misericordia, puniendo en ti mis dones para que ellos me inclinasen a amarte, y otra vez le llagaste con el hierro de una lanza, pues por tu causa fue llagado, para que por esta segunda llaga conocieses la primera y echases de ver lo mucho que te amé.

¡Oh amantísimo Jesús y Redentor mío, hermano y esposo de las almas castas! ¿Con qué te pagaré las llagas que recibiste por mi amor? Llaga, Señor, mi corazón con llagas de amor y de dolor, para, que te ame por lo mucho que me amaste y me compadezca de lo mucho que por mí padeciste. Dame, Señor mío, licencia que entre por la abertura de tu costado, para que en ese horno de fuego que arde dentro de tu corazón sea yo abrasado con tu amor. Amén.

También quiso este dulcísimo Amador que fuesen abiertos sus pies y manos con los clavos, y el costado con la lanza, *paya que los agujeros* y *aberturas de esta Piedra viva fuesen morada espiritual de todos los fieles* en cualquier estado y grado de virtud que estuviesen. De modo que pecadores y principiantes, los que aprovechan y los perfectos, cotí la meditación de estas llagas, entrando con el espíritu dentro de ellas, alcanzasen su deseado fin. *Ellas son lugar de refugio a los erizos,* que son los pecadores espinados con las espinas de sus pecados, y *como cueva donde pueden esconderse de la ira de Dios* los que le han injuriado, Son *como madrigueras* donde el pueblo flaco de *los principiantes,* figurados por los conejuelos, se encierran para defenderse de los enemigos invisibles y visibles que les persiguen. Y con ser de suyo pusilánimes, metí tíos en estas llagas son fuertes e invencibles como peñas. Son también *como soledad espiritual* donde se recogen *los que viven cansados* del bullicio

del mundo, y como *palomas* desean huir y alejarse adonde hallen algún descanso; y finalmente son *como nido* en donde moran con paz y seguridad *los que de corazón desean estar siempre unidos con Cris lo,* a los cuales convida y llama diciendo: «Levántate, date prisa, amiga mía y esposa mía, ven y mora en los agujeros de la piedra y en la hendidura de la

¡Oh Amado de mi alma!, pues abrís vuestras llagas para que yo more en ellas y me convidáis a. ello, yo me determino, con vuestra gracia., de *hacer para mí tres tabernáculos* y *moradas,* no en el monte Tabor, sino *en el monte Calvario.* Un tabernáculo será *en las llagas de vuestros* sacratísimos *pies*, ocupándome en meditar vuestros pasos para saber por donde tengo de caminar para la vida eterna, sintiendo juntamente los dolores que en ellos padecisteis. *El otro será en las llagas de vuestras manos,* considerando siempre, vuestras obras y los tormentos que sufristeis por hacerme bien con ellas. Pero *el tercero* y más *ancho será en la llaga de vuestro costado,* contemplando continuamente la insaciable caridad con que me amasteis y os ofrecisteis a hacer y padecer todo lo necesario para mi remedio. En estos tabernáculos quiero estar de día y de noche, aquí quiero dormir, comer, leer, negociar y orar, mezclando cuanto hiciere con la consideración de vuestras amorosas y dolorosas llagas. Mas, porque yo no tengo alas para volar a ellas, dadme, Dios mío, alas como de paloma, pensamientos y aficiones puras, con las cuales, como paloma, medite y gima vuestros dolores y mis pecados, gimiendo también y suspirando por verme siempre unido con Vos con unión de perfecto amor. ¡Oh Virgen purísima, que fuisteis la primera que como paloma volasteis a los agujeros de estas llagas, pedid a vuestro Hijo benditísimo me admita dentro de ellas! ¡Oh divino Noé, pues en el arca de vuestro cuerpo abristeis a un lado puerta por donde entrasen los vivientes que habían de escaparse del diluvio, dadme licencia que entre por esta puerta para que el diluvio de los pecados del mundo no me anegue! ¡Oh Pastor soberano, pues sois la puerta por la cual entran vuestras ovejas y hallan pasto de vida eterna, tened por bien que yo entre por la puerta de vuestro costado para que halle pasto de luz y amor con que apacentar mi alma! ¡Oh fortísimo David, que con vuestras cinco llagas, como con cinco piedras, derribasteis al gigante Goliat, que es el demonio, aunque una sola palabra bastaba para ello!, derribad con ella la soberbia de mi corazón, perdonad los pecados de mis cinco sentidos y enfrenadlos de manera que siempre se ocupen en serviros.

Estos afectos y propósitos y otros semejantes que apunta San Buenaventura se han de sacar de la meditación de estas llagas, mirando por ellas las infinitas perfecciones de Dios y las inmensas virtudes de Cristo,

especialmente su inefable caridad; pues, como dice San Bernardo: «Lo secreto del corazón de Dios se descubre por los agujeros de su cuerpo; ¿y qué mucho que descubra sus entrañas por sus Hagas?

PUNTO TERCERO

Luego salió sangre y agua, y el que lo vio dio testimonio de ello, y es su testimonio verdadero.

1. *El misterio de esta sangre* y *agua* que manó del costado de Cristo nuestro Señor, fue *uno de los principales fines por que quiso fuese abierto con la lanza. Las causas* de este misterio fueron:

La primera, para declararnos *su inmensa largueza* y *caridad en darnos toda su sangre,* sin reservar gota de ella, porque esa poca que había quedado en el corazón, donde no llegaron las espinas ni los clavos, quiso que saliese siendo punzado con la lanza.

¡Oh Salvador mío!, ¿qué te daré yo por esta liberalidad tan pródiga, si pródiga se puede llamar la que con tanto acuerdo y providencia se derrama? Toma, Señor, mi corazón, y cuanto está dentro de él; toma toda su sangre y todos sus espíritus vitales, para que todos se ocupen en amarte y mi sangre hierva en deseo de servirte.

2. La segunda causa fue para declararnos *la eficacia de su Pasión* y *muerte para lavar nuestros pecados* y purificarnos en virtud de su sangre con el agua de su gracia, y con ella juntamente apagar el ardor de nuestras codicias y hartar la sed de nuestros deseos.

¡Oh dulcísimo Salvador, ahora confieso que Tú eres la fuente de David, de cuyo costado, patente y abierto, mana continuamente agua y sangre, para lavar las manchas sangrientas de nuestras culpas! Tú eres la piedra viva y pedernal de fuego, la cual, siendo herida en el costado con la lanza, brota abundantísimas aguas para refrescar a los que en el desierto de este mundo perecen de sed. ¡Oh fuentes del Salvador, abiertas en sus pies, manos y costado; con grande gozo acudo a vuestros caños por agua de salud que me lave y limpie, sane y salve! Ea, Salvador dulcísimo, pues tenéis patentes estas fuentes, brotad por ellas agua y sangre que lleguen hasta lo íntimo de mi corazón; él sea la vasija donde se depositen, para que con tan precioso licor quede puro, santo, sano salvo. Amén.

3. De aquí procede la tercera causa, para significar que *del costado de Cristo, muerto en la cruz con tanto amor, saldrían los*

sacramentos de la nueva, ley, con virtud de lavar *y* santificar las almas, especialmente el sacramento del Bautismo y el de la Penitenta que es bebida de lágrimas, figurado por el agua, y el Santísimo Sacramento del altar, figurado por el agua y sangre en cuya memoria en el cáliz se mezcla agua con el vino; y así, cuando yo voy a recibir estos sacramentos, y sobre todo este divinísimo Sacramento, tengo de imaginar que me llego al costado de Cristo nuestro Señor a beber del agua y sangre que salió de él, y a participar de las gracias y dones que manan de las fuentes del Salvador.

¡Oh Salvador amabilísimo que mereciste con dolores, las aguas que tengo de sacar con gozo de tus fuentes!, no me cierres sus caños, como mi grande ingratitud merece; porque de hoy más propongo con tu ayuda acudir a ellas, no con tedio, sino con muy grande gozo; no con tibieza, sino muy a menudo, procurando sacar de ellas, no agua, sino aguas, llenando mi alma con abundancia de muchas gracias y virtudes para la gloria tuya. Amén.

4. De todas estas causas se saca otra por la cual quiso el Salvador que se abriese su costado, para significar que, *como de la costilla de Adán, estando dormido, fue formada Eva, así de su costado, estando durmiendo el sueño de la muerte en la cruz, saldría la Iglesia* como otra Eva, madre de los verdaderamente vivientes, la cual fuese hermosa, sin tener mancha ni ruga, ni otra fealdad, porque con el agua y sangre del mismo costado se lavaría *y* alcanzaría esta hermosura.

Gracias te doy, ¡oh Adán celestial!, por el amor que tuviste a tu Iglesia, entregándote por ella a tantos trabajos. Pero ¿qué mucho la amases tanto, pues Tú mismo la sacaste de tu lado y del seno de tu corazón? Te suplico, Señor, la conserves en paz y santidad, limpia de toda mancha y ruga, para que llegue con muchos hijos a ser gloriosa entre los ángeles, viendo tu divina esencia con el Padre y con el Espíritu Santo, por todos los siglos. Amén.

5. Últimamente, ponderaré qué como advirtió el Evangelista, esto sucedió en cumplimiento de la Escritura, que dice: *Verán al que traspasaron*. Para significar que los pecadores, que con nuestros pecados punzamos y alanceamos a Cristo, *hemos de verle* y *contemplarle con viva fe,* para que con sus heridas quedemos sanos, y con sus llagas quedemos libres de las nuestras, y con su lanza quede traspasado nuestro corazón, y salga de él una fuente de agua de lágrimas, haciendo grande llanto por su muerte y por la causa que dimos a ella; pero si no hiciéremos esto en esta vida, juntamente nos avisa, que vendrá tiempo en que le veremos, no en la cruz con las llagas de fealdad, sino en trono de gloria, como juez, con

llagas de resplandor, de las cuales saldrán rayos de ira y de venganza contra sus perseguidores, y llorarán amargamente sin remedio las injurias que le hicieron.

¡Oh alma mía, mira bien la diferencia que va de vista a vista, y de llanto a llanto! Y pues ahora puedes ver con devoción las llagas de Cristo crucificado y llorarlas con provecho, no aguardes al tiempo que las veas con espanto y llores con tormento.

Meditación 54

El descendimiento de la cruz

PUNTO PRIMERO

Providencia divina en tener cuidado del cuerpo muerto del Señor.

Siendo ya tarde, vino un hombre noble y rico llamado José, varón bueno y justo y discípulo de Jesús, aunque oculto por miedo de los judíos, el cual, con gran osadía y ánimo, fue a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús: y Pilato, sabiendo que ya era muerto, mandó que se le diesen.

1. Sobre este paso, tengo de considerar, lo primero, *la providencia* y *cuidado que Dios nuestro Señor tiene con los suyos, así difuntos como vivos.* Estaba el cuerpo de Cristo nuestro Señor colgado en la cruz con grande infamia de sus conocidos, y algunas devotas mujeres estaban apartadas de la cruz por miedo de los judíos. Su Madre santísima y el discípulo Juan, con la Magdalena, estaban cerca, pero muy llorosos y afligidos por su muerte, y congojados por no saber cómo podían bajarle de la cruz con la decencia que tan precioso cuerpo merecía, temiendo que si los soldados le bajaban, sería con grande ignominia y desacato; pero en medio de esta congoja, no faltó la divina Providencia, *mirando por la honra del Hijo difunto* y *de la afligida Madre, proveyendo quien le bajase de la cruz con grande reverencia* y *honra;* porque es propio de nuestro Padre celestial consolar a los afligidos y honrar a los humillados; y así, quiso que, como las deshonras de su Hijo duraron hasta la muerte en la cruz, luego desde la misma cruz comenzasen sus honras; para que nos animemos a padecer humillaciones, pues tan presto acude Dios con las exaltaciones.

2. Lo segundo, consideraré cómo nuestro Señor inspiró a un varón llamado José que se encargase este oficio; cuyas propiedades eran ser rico y noble, porque así convenía para poder ejercitarle pero juntamente *era bueno* y *justo, deseoso del reino de Dios*, porque no quiso nuestro Señor servirse de un hombre malo y vicioso y de poca caridad, ni hiciera caso de su nobleza y riquezas si no las acompañara con bondad y justicia. Éste, con haber sido discípulo oculto de Cristo nuestro Señor, amilanado por temor de los judíos, entonces *con grande ánimo se manifestó* y tuvo atrevimiento para entrar a Pilato y pedirle el cuerpo de su Maestro para darle sepultura. En lo cual resplandece la virtud de la Pasión de Cristo y la eficacia de la divina inspiración, que destierra del alma toda cobardía y pusilanimidad, acometiendo las dificultades que antes temía, y cobrando atrevimiento para las cosas de que antes huía.

¡Oh amantísimo Jesús, trocad mi corazón con la fuerza de vuestra inspiración, para que, pospuesto todo temor humano, acometa con gran pecho lo que fuere del servicio divino!

3. Lo tercero, considerare la humildad y obediencia *que quiso mostrar Cristo nuestro Señor después de muerto, en pasar por las leyes de los malhechores y crucificados,* los cuales no podían ser bajados de la cruz sin licencia de los jueces; y esta licencia quiso que se pidiese para bajar el suyo, porque como subió a la cruz por obediencia de su Paire celestial, así después de muerto quiso bajar de ella por obediencia de la ley que lo mandaba y del presidente que lo concedió; para que por aquí aprenda yo a no bajar de la cruz en que Dios me ha puesto sin licencia del mismo que me puso en ella.

PUNTO SEGUNDO

Providencia divina en juntar a José y Nicodemo para dar sepultura a Cristo.

Habida licencia, compró José una sábana limpia, y vino también con él otro hombre llamado Nicodemo, trayendo consigo una mixtura o ungüento de mirra y áloe, como cien libras para ungir el cuerpo de Jesús.

Aquí se ha de considerar *el cuidado que tuvo la divina Providencia de dar a José de Arimatea compañero que le ayudase* igual a él, porque también era *noble* y *justo* y *discípulo de Jesús*, aunque oculto; porque sabe nuestro Señor cuánto *importa juntarse dos buenos* a las obras de caridad,

animándose y esforzándose uno a otro con el ejemplo. José acabó de perder el miedo con la compañía de Nicodemo, y éste con la compañía de José, y ambos con grande fortaleza acometieron esta obra, porque, como dice el Sabio: «Cuando un hermano ayuda a otro, ambos son como una ciudad muy fuerte»; y como Cristo nuestro Señor, en vida, enviaba a sus discípulos de dos en dos, así ahora, en muerte, escoge otros dos discípulos para que le bajen de la cruz, porque todas sus obras quiere que se hagan por caridad. Pero así como cada uno de estos dos varones trajo algo para la sepultura de Cristo, José trajo una sábana para envolver el cuerpo, comprándola de nuevo en la tienda, porque juzgó que no convenía traer sábana que hubiese servido a otros, y Nicodemo trajo un precioso ungüento, y en grande cantidad, para ungirle todo, así también quien ofrece su corazón al servicio de Cristo, siempre *con la voluntad junta las obras que puede,* según su posibilidad, procurando que sean obras limpias y puras, mezcladas con mortificación y devoción, preciosas y muchas. De suerte que, ni por ser preciosas sean pocas ni por ser muchas sean de poco precio, sino que lo juntemos todo del mejor modo que pudiéremos.

PUNTO TERCERO

Descendimiento de la cruz.

1. Estos dos varones bajaron el cuerpo de Cristo nuestro Señor de la cruz *con grande reverencia* y *devoción,* mezclada *con grande compasión* y *lágrimas.* Desclavaron los sagrados pies y manos, besándoselas con gran ternura; le quitaron la corona de espinas de la cabeza, adorándola con grande reverencia, y cuando le desclavaban, se abrazaron con el sagrado cuerpo para sustentar al que antes sustentaban los clavos, cuya divina Persona sustenta con sola su palabra cielos y tierra y todo cuanto está dentro de ellos.

¡Oh Hijo de Dios vivo, unido con cuerpo muerto, y necesitado a que tus mismas criaturas te sustenten!, gracias te doy por esta humildad que aquí muestras, llena de tanta caridad. ¡Oh caridad, fuerte como la muerte! ¡Oh celo, duro como la sepultura! ¿Cómo has vencido al invencible, sujetándole a la muerte y rindiéndole a que sea puesto en un sepulcro? Vénceme también a mí para que muera con mi Señor, porque morir con Él es ganancia, y ser vencido por Ti es alcanzar victoria.

2. Al bajar el cuerpo de la cruz, le *recibió la Virgen en los brazos,* y le abrazó con ellos, y mucho más con los de su alma, toda traspasada de

dolor, cumpliéndose a la letra lo que dice en los Cantares: «Hacecico de mirra es mi Amado para mí; entre mis pechos le pondré». ¡Oh Virgen soberana, qué diferente abrazo es éste de los que le dabais en el portal de Belén y cuando caminabais a Egipto! Entonces era para vos hacecico y ramillete de mirra, como joyel puesto entre vuestros sagrados pechos; pero ahora es haz grande de mirra muy amarga que os llena toda de amargura. Ya podéis decir aquella lamentación de Jeremías: «Me llenó de amarguras y me embriagó con ajenjos amargos». Miraba esta Virgen todo el cuerpo de su Hijo en cada uno de sus miembros, atormentados, y de allí cogía mirra, de que componía este haz tan amargo. Contemplaba los huesos desencajados, besando los agujeros de las manos y enderezando los dedos encogidos. Luego miraba las llagas del costado y de los pies, quedando su espíritu llagado con la vista de tantas llagas y embriagado con tantas amarguras.

3. También *acudiría la Magdalena, abrazándose con los pies* donde alcanzó perdón de sus pecados; y como los vio tan heridos y lastimados, quedó su corazón herido y sus ojos se hicieron fuentes de lágrimas con que los comenzó a regar, deseando, si pudiera, limpiarlos con sus cabellos, como lo solía hacer; pero el discípulo amado fuese luego al pecho, donde se había recostado la noche antes, y como le vio abierto por un lado con la lanza, besaba aquella sagrada llaga, la bañaba con lágrimas de sus ojos, y deseaba entrar dentro de ella a dormir otro sueño de contemplación mas profundo que el pasado.

¡Oh dichosas almas a quienes fue concedido tocar y abrazar este soberano cuerpo! Dadme licencia, Salvador mío, que con el espíritu yo le abrace, transformándome todo en vuestro amor. De hoy más habéis de ser para mí ramillete de mirra, el cual estará siempre entre mis pechos mirándole con mis ojos y amándole con todos los afectos de mi corazón.

Meditación 55

El entierro y sepultura de Cristo nuestro Señor

PUNTO PRIMERO

Cómo fue ungido y amortajado el cuerpo de Cristo.

Después que la Virgen Santísima hubo tenido un rato el cuerpo de su Hijo en su regazo, le dio a José y a Nicodemo para que hiciesen su ministerio, quedándose Ella con la corona de espinas y con los clavos, *como con prendas* y *joyas muy preciosas.*

1. Tomaron el santo cuerpo estos varones y *le ungieron con la mirra,* gastando en esto todas las cien libras, de modo que todo el cuerpo quedó empapado en ella; para significar que todo aquel santísimo cuerpo, desde que fue concebido hasta que expiró, vivió empapado en mirra de trabajos y mortificaciones; para que todo el cuerpo místico de su Iglesia se ungiese con esta mirra, preservando de la corrupción de la culpa a1 que quisiese ungirse con ella; y porque el número de ciento significa perfección, por estas cien libras nos significa que nuestra mortificación ha de ser muy perfecta y acabada en todo género de virtud, como fue la suya, conforme a lo que se dice en el libro de los Cantares, que las manos y dedos de la Esposa estaban llenos de mirra escogidísima.

¡Oh alma mía, acuérdate muy de veras de esta mirra de tu Amado, y unge con ella tu cuerpo, trayendo siembre en él, como el Apóstol, la mortificación de Cristo Jesús, para que se manifieste por la tuya!

2. Hecha esta unción, *envolvieron el sagrado cuerpo en la sábana limpia,* y *la sagrada cabeza en un sudario, atándola como era costumbre*. ¡Oh Virgen sacratísima, qué dolor sentiría vuestro corazón viendo cubierto el rostro en quien deseabais mirar más que los ángeles del cielo! ¡Oh rostro más puro que el sol! ¿Quién te ha cubierto con la nube de esta mortaja? ¡Oh Adán celestial! ¿Quién te ha vestido con piel de animales muertos? Tu caridad ha hecho esto para librar de la muerte al Adán terreno, y para quitar de por medio la nube de mis pecados, que me impide ver tu divino rostro.

3. También se puede ponderar *el amor que Cristo nuestro Señor tuvo a la pobreza,* pues la mirra, la sábana y sudario quiso que fuesen *de*

limosna, como también quiso que *el sepulcro* fuese *ajeno* y *prestado,* enseñándonos a amar la virtud que tanto amó, y a ejercitarla en vida y muerte como Él la ejercitó.

PUNTO SEGUNDO

Cómo el cuerpo de Cristo fue acompañado a la sepultura,

1. Amortajado el cuerpo, *es de creer que le pondrían en unas andas,* como era costumbre llevar a enterrar los difuntos; y toda aquella compañía de devotas mujeres irían llorando con la Madre del difunto, que lloraba como la viuda de Naín a su hijo único que había muerto en la flor de su edad. ¡Oh Dios infinito! ¿Cómo no salís al encuentro a esta desconsolada viuda y la decís: No quieras llorar? ¿Cómo no tocáis esas andas en que va el cuerpo de este glorioso mancebo Hijo único suyo y vuestro, y le decís: Mancebo, a Ti digo, levántate, volviéndole a su Madre, que tan sola queda sin Él? Mas ya veo, Señor, que no es llegado este tiempo, porque primero ha de entrar Jonás en el vientre de la ballena, y ha de estar este Hijo del Hombre tres días en el corazón de la tierra para salir después vivo de ella.

2. También se puede devotamente creer que *los coros de los ángeles se dividirían en dos partes,* y una parte iría *acompañando el alma,* de Cristo nuestro Señor, como después veremos, y la otra vendría *acompañando este divino cuerpo* unido con la divinidad, para honrarle como convenía, cumpliendo lo que estaba escrito: «Que el sepulcro de este Señor sería glorioso» por concurrir muchas cosas que le honraron en la sepultura, y una de ellas fue la compañía de estos ángeles gloriosos, de los cuales podemos decir lo que dijo Isaías: «Que los ángeles de la paz lloraban amargamente», no porque de verdad llorasen, sino porque si fueran capaces de lágrimas, su caridad les hiciera llorar con los que lloraban, habiendo tan justa causa para llorar.

¡Oh ángeles de la paz, alcanzadme que llore amargamente la muerte de mi Señor, y que con lágrimas de mi corazón acompañe a los que lloran, pues yo he sido la causa de ponerle en tal figura, que mueva a todos a llorar.

PUNTO TERCERO

Propiedades del sepulcro de Cristo.

Cerca del lugar donde Jesús fue crucificado había un huerto, *y* en él estaba un sepulcro nuevo cavado en la peña, donde ninguno había sido enterrado; allí pusieron a Jesús, y José puso una gran piedra a la puerta del sepulcro.

1. Lo primero, se han de considerad las propiedades del sepulcro que Cristo escogió para Sí, tomándoselo a José, que le había labrado. La primera *estaba en un huerto;* porque como el primer Adán pecó en un huerto, y allí incurrió en la pena de muerte, quiso el segundo Adán llorar este pecado en otro huerto, y en otro ser sepultado, para librarle del pecado y de la muerte.

La segunda, *era nuevo;* porque siendo este Señor el nuevo Adán y hombre nuevo, no había de escoger para su cuerpo sino sepulcro nuevo, así como cuando entró en el mundo escogió para su cuerpo el vientre de la Virgen, que era como sepulcro, pero nuevo, en quien ninguno había sido puesto, porque siempre fue virgen, *huerto cerrado* y morada de sólo Cristo; en quien no tuvo parte su esposo José; como ni esto otro la tuvo en el sepulcro que para sí había labrado.

La tercera, *estaba cavado en piedra o peña,* a fuerza de picos que la hendieron, para significar que había de ser sepultado en él la piedra viva Cristo, labrado con picos de trabajos, de quien dijo el Padre Eterno: «Yo labraré esta Piedra a cincel y cavaré muchos hoyos en ella, y en un día quitaré toda la maldad de la tierra», porque en virtud de las llagas que recibió esta divina Piedra se perdonó el pecado con que toda la tierra estaba inficionada.

¡Oh Piedra viva, hazme fuerte como piedra; lábrame con mazo y escoplo de trabajos, para que sea sepulcro en que puedas morar para siempre! Amén.

2. En este sepulcro pusieron aquel santísimo cuerpo de Jesús, humillándose el que está sobre los cielos a ser puesto debajo de tierra *entre los muertos.* «Me pusieron, dice por David, en el lago inferior, en las tinieblas y en la sombra de la muerte». Lo cual ordenó este Señor para librarnos con esa humillación del lago inferior del infierno, de las tinieblas de la ignorancia y de la sombra de la muerte, que es el pecado; porque consigo sepultó los vicios del mundo para que en virtud de su muerte quedasen muertos para siempre.

¡Oh sepulcro de Dios verdaderamente glorioso, por que dentro de ti encierras al que es resplandor del Eterno Padre, gloria de los ángeles, honra del mundo, salud y vida de los hombres! ¡Líbrame, oh sagrado sepulcro, del oscuro lago del infierno y de la mortal sombra del pecado; admíteme dentro de ti para que muera y sea sepultado con el que murió y fue sepultado por mí!

3. Ultimamente, tengo de considerar cómo en este misterio se representa *el aparejo debido para la comunión;* porque como *la consagración* del cuerpo y sangre de Cristo nuestro Señor en diferentes especies de pan y vino *significa,* como arriba se dijo, *su muerte,* en la cual la sangre fue apartada del cuerpo, así *la comunión representa su sepultura;* porque este sagrado cuerpo con sus cinco llagas, llenas de los merecimientos que procedieron de la mirra de su Pasión, y cubierto como con mortaja con el velo de las especies de pan, entra en nuestro pecho como en sepulcro; el cual ha de ser como *huerto* lleno de flores de olorosas virtudes, y sepulcro *nuevo,* por la renovación de la vida, echando fuera de él todos los resabios de la vida vieja, para que quede tan limpio como si en él nunca hubiera caído cosa muerta. Ha de estar *labrado en piedra,* por la fortaleza y constancia grande que ha de tener en sufrir las mortificaciones y tribulaciones de esta vida. Y ha de estar *cercano al monte Calvario,* porque siempre se ha de ocupar en pensar las aflicciones de Cristo crucificado, e imitar sus soberanas virtudes. Con este aparejo será *sepulcro glorioso* de Cristo, el cual gustará de entrar en él y enriquecerle con los dones de su gracia. Pero después de haber comulgado, he de poner *una gran piedra* sobre la puerta del sepulcro, guardando con fortaleza el tesoro que he recibido, cerrando la puerta del corazón y de los sentidos a todo lo que puede quitarme tanto bien, sepultándome a mí mismo dentro de mí mismo, con el Señor que tengo dentro de mí, para razonar con El y agradecerle los bienes y mercedes que me ha hecho, pues, como dice San Gregorio, la misma contemplación es como un sepulcro del espíritu, donde se encierra y esconde con Cristo en Dios.

¡Oh alma mía, procura, como José de Arimatea, ungir a este Señor con mirra de mortificaciones muy perfectas! Envuélvele en una sábana de lienzo nuevo con gran limpieza de vida; dale tu propio sepulcro, que es tu corazón labrado con gran firmeza, y de esta manera serás como José, que quiere decir *el que crece,* porque con cada comunión crecerás en las virtudes hasta que subas a morar en la ciudad celestial, significada por Arimatea, que quiere decir *excelsa*, *la que está puesta en alto* viendo

claramente al Dios de los dioses en el alcázar alto de la santa Sión por todos los siglos. Amén.

Meditación 56

La soledad de nuestra Señora, y lo que hizo después del entierro de su hijo

PUNTO PRIMERO

Se vuelve la Virgen a su morada, pasando por delante de la cruz.

1. Acabado todo el oficio de la sepultura, *la Virgen nuestra Señora,* llena de nuevo dolor por verse del todo sola y privada, no sólo del Hijo vivo, sino de su cuerpo muerto, *determinó volverse a su posada,* acompañándola aquellos nobles varones, con la Magdalena y las otras devotas mujeres; y al tiempo que llegaron al monte Calvario, *al ver la Virgen la cruz de su Hijo, la adoró,* siendo Ella la primera que nos dio ejemplo de esta adoración. ¡Oh, qué palabras tan tiernas y devotas la diría, regalándose con ella! Hincaría en tierra sus rodillas, y levantadas las manos en alto, comenzaría a decir: Dios te salve, ¡oh cruz preciosa!, en cuyos brazos murió el que yo traje siendo niño en los míos: mayor ventura fue la tuya en esto que la mía, pues en mis brazos comenzó la redención del mundo y en los tuyos la acabó y perfeccionó; bendita eres entre todas las criaturas, porque en ti se trocó la maldición de la culpa en la bendición de la gracia, por el que murió en ti para dar vida al mundo. Dios te salve, ¡oh árbol de la vida!, por cuyo fruto todos los mortales pueden alcanzar la vida eterna: yo te adoro como a imagen del que es imagen invisible de Dios y tendió sus brazos y pies en ti para renovar la imagen que Adán borró por su pecado. Con estas u otras tales palabras adoraría la Virgen la santa Cruz, y los demás que iban con Ella, a su imitación, harían lo mismo.

2. Por el camino *iría esta Señora con gran cuidado de no pisar la sangre de su Hijo,* la cual creía que era sangre de Dios, unida con su divinidad, y se lastimaría grandemente de los que la pisaban, llorando los pecados de aquellos que, como dice San Pablo, huellan al Hijo de Dios y contaminan la sangre de su nuevo testamento. Al llegar a la posada, con grande humildad *agradeció a los dos varones,* José y Nicodemo, *el oficio de caridad* que habían hecho con su Hijo, y se despidió de ellos, y quizá les diría lo que dijo David a los moradores de Galaad cuando enterraron a

Saúl, a quien habían muerto los filisteos: «Benditos seáis de Dios, que hicisteis tal misericordia con vuestro señor Saúl y le disteis sepultura. Dios os lo premiará usando con vosotros de misericordia, y yo también, de mi parte, os seré agradecida por el bien que le habéis hecho».

PUNTO SEGUNDO

Afectos de la Virgen en su soledad.

1. Entrando la Virgen en su posada, y recogida en algún retrete, *comenzó a llorar en soledad* y *desamparo.* Tenía su alma dividida en muchas partes adonde estaba el tesoro de su corazón. Una parte estaba en el sepulcro con el cuerpo de su Hijo, meditando y rumiando los dolores que había padecido en su Pasión. Otra parte tenía en el limbo con el alma del mismo Hijo, contemplando lo que haría con los padres que allí estaban; pero mucho más por entonces se le iba el corazón a los dolores, revolviéndolos por su memoria y llorando las causas de ellos, suplicando al Padre Eterno aplicase su fruto a muchos para gloria del que los padeció.

2. Otro rato de la noche gastó en *platicar, con la compañía que allí tenía de los trabajos de Cristo;* especialmente el evangelista San Juan le contó las cosas que había hecho su Maestro en el cenáculo, cómo había cenado con ellos el cordero y les había lavado los pies e instituido el Santísimo Sacramento de su cuerpo y sangre, y les había hecho un divino sermón, y les había avisado de lo que les había de suceder; y cómo se habían ido al huerto de Getsemaní, y las palabras de tristeza que les había dicho, y cómo se retiró a la oración por tres veces. Y, finalmente, cómo vino Judas con un ejército de soldados a prenderle, los milagros que allí hizo y cómo todos sus discípulos huyeron y le desampararon. Todo esto oía la Virgen con gran devoción y espíritu, y conservaba todas estas cosas, confiriéndolas dentro de su corazón; pero cuando volvió a contemplar las penas que Ella había visto, toda se resolvía en lágrimas, gastando en esto lo restante de la noche.

¡Oh Virgen soberana!, querría yo llorar con vos como el profeta Jeremías, y deciros: ¿Cómo estáis sentada en soledad la que solíais ser como ciudad llena de mucho pueblo? ¿Qué hacéis como viuda desamparada la que por derecho sois señora de las gentes? Llorando lloráis de noche, y vuestras lágrimas corren por vuestras mejillas. No hay quien os consuele entre vuestros amigos, porque unos han huido y otros se han convertido en crueles enemigos. Consolaos, ¡oh Princesa soberana!, cesen

vuestros gemidos y suspiros, pare la corriente de vuestras lágrimas, porque el grano de trigo que sembrasteis en el sepulcro, dentro de tres días saldrá vivo con su fruto muy copioso para premiar con cien doblada alegría esta vuestra soledad y tristeza.

3. Luego ponderaré cómo en este tiempo *aquel buen Pastor,* que había dado la vida por sus ovejas, aunque bajó al limbo para dar consuelo y libertad a las que estaban recogidas en aquel aprisco, no se olvidó de las que andaban descarriadas en la tierra como ovejas sin pastor, y con la virtud de su omnipotencia, desde el limbo *las inspiró a que se recogiesen adonde estaba su Madre,* para que Ella en su lugar las consolase y esforzase. *El primero que vino fue Pedro,* todo lloroso y lastimado por las tres veces que había negado a su Maestro; y postrándose delante de la Virgen y de su condiscípulo Juan, renovaría sus amargas lágrimas por muchos títulos: por sus negaciones, por los trabajos de su Maestro y por el desconsuelo de la Madre y de los demás que allí lloraban. Pero la Virgen *le consoló blandamente,* como quien sabía bien la condición de Dios, que es consolar a los que lloran. Luego *fueron viniendo los demás Apóstoles,* y a todos recibió la Virgen con grande caridad, como recoge la gallina debajo de sus alas a sus polluelos cuando vienen huyendo del milano. Los exhortó a que tuviesen fe y esperanza de la resurrección de su Hijo; pues como se cumplió lo que les dijo de su crucifixión y muerte, así se cumpliría lo que juntamente les dijo de su resurrección.

¡Oh Virgen soberana, cuán bien comenzáis a ejercitar el oficio de Madre que vuestro Hijo os encargó en la cruz! Recogedme también debajo de vuestras alas para que los milanos del infierno no se atrevan a hacerme daño.

También puedo ponderar *el sentimiento que tendría la Virgen* y *los Apóstoles cuando echaron menos en su número de doce a Judas,* y la desventura de este miserable, el cual si con arrepentimiento viniera a nuestra Señora, como vino San Pedro, sin duda le admitiera y consolara; pero ya su culpa le había puesto donde no es ni será jamás capaz de consuelo.

PUNTO TERCERO

Devoción y vigilancia de las devotas mujeres.

En este mismo tiempo María Magdalena y María Joseph, y otras devotas mujeres que *habían estado mirando el sepulcro* y *el modo cómo sepultaban el cuerpo de Jesús, aparejaban ungüentos* y *olores* con que ungirle después de pasado el día solemne del sábado.

En este paso consideraré *la devoción* y *vigilancia de estas mujeres,* así en contemplar muy despacio lo que pasaba en la sepultura de Cristo nuestro Señor, y en notar bien el lugar y modo cómo quedaba para cuando volviesen otra vez, como también *en apercibir con tiempo nuevas especies aromáticas con que ungirle;* porque dado caso de que se hubiesen gastado cien libras de mirra en la primera unción, todo les parecía poco, conforme al deseo que tenían de honrar y servir a su Maestro, de quien tanto bien habían recibido; y aunque esta obra iba mezclada en estas devotas mujeres con alguna imperfección de fe, pero *de ella puedo sacar dos cosas que tengo de hacer* toda la vida, y en especial *después de la comunión: La primera es contemplar* muy despacio, no por curiosidad, sino por caridad, todo lo que pertenece a Cristo crucificado, muerto y sepultado por mí, y el modo como entra dentro de los sepulcros vivos de las almas que le reciben en el Sacramento y lo que dentro de ellas obra. *La segunda es* no contentarme con sola meditación y contemplación, sino después de ella *ocuparme* en recoger especies aromáticas, esto es, ejercicios olorosos de virtudes, a gloria de Dios, y provecho de los prójimos y edificación de la Iglesia, que es su cuerpo místico, el cual es ungido con estas obras.

Meditación 57

Las guardas que pusieron al sepulcro de Cristo nuestro Señor, y la incorrupción de su cuerpo.

PUNTO PRIMERO

Soberbia de los perseguidores de Cristo.

El día siguiente, que fue sábado, los príncipes de los sacerdotes y fariseos dijeron a Pilato: «Nos hemos acordado que aquel engañador dijo estando vivo que después de tres días resucitaría. Manda, pues, guardar su sepulcro hasta el tercero día, porque no vengan quizá sus discípulos, y le hurten, y digan al pueblo que resucitó, y sea el postrer yerro peor que el primero.

En este hecho se descubre *la furia de los enemigos de Cristo nuestro Señor,* y con cuánta razón dijo David: «La soberbia de los que te aborrecen crece siempre»; porque, con ser el día del sábado tan solemne, madrugaron para llevar adelante su obstinada persecución.

1. Y, lo primero, estos soberbios *se desdeñaron de llamar a Cristo nuestro Señor por su nombre propio,* y como blasfemos le llamaron con nombre propio del demonio, que es *engañador,* siendo de verdad el desengañador del mundo y el maestro de todos los desengaños; para que yo me consuele cuando fuere injuriado con nombres tan afrentosos.

2. Lo segundo, estos aborrecedores de Cristo *dieron en temerarios* y *sospechosos,* temiendo donde no había que temer, sospechando que los discípulos hurtarían el cuerpo de su Maestro y publicarían que había resucitado, y que el pueblo los creería, todo lo cual no llevaba pies ni cabeza, sino que su odio les cegaba y su envidia les turbaba el juicio; y los que llamaban a Cristo engañador, no echaban de ver cuán engañados estaban, porque el verdadero engañador, que es el demonio y el espíritu de la soberbia, les traía engañados.

3. Además de esto, los que ponían su contento en quitar la vida a Cristo nuestro Señor, *no quedaron hartos,* sino como mar tempestuoso que hierve, están inquietos y pretenden oscurecer la gloria de su resurrección; mas no les aprovechó, porque la divina Providencia convirtió sus trazas

contra ellos mismos, tomando de ellas ocasión para que la resurrección de Cristo fuese más publicada y más creída.

¡Oh dulcísimo Jesús, que fuiste perseguido en vida y en muerte de tus enemigos! no permitas que yo caiga en tal ceguedad, que tenga por engaño al mismo desengaño, calificando por engaños los consejos de los justos que siguen los tuyos. Si tengo de ser engañado, sea. Dios mío, por Ti mismo, que con santo engaño sueles engañar a la carne para que se rinda con gusto al espíritu.

PUNTO SEGUNDO

En vano ponen guardas a su sepulcro.

Les respondió Pilato: «Ahí tenéis gente de guarda, guardadle como sabéis»; y ellos cerraron el sepulcro, sellando la piedra y poniendo guardas.

1. En este hecho mostraron estos fariseos *la congoja de su dañada sospecha,* porque ni aun se fiaron de los soldados, pareciéndoles que los discípulos de Cristo podían cohecharlos para que los dejasen sacar el cuerpo, y por esto sellaron con su sello la piedra del sepulcro; pero mucho mejor le selló el Padre Eterno con el sello de su omnipotencia, poniendo millares de ángeles que guardasen el cuerpo de su Hijo.

¡Oh Salvador mío, que, como otro Daniel, fuisteis echado por envidia de vuestros enemigos, en el lago de los leones, sellándose la piedra del lago con el sello del rey Darío; seguro estáis en ese lago del sepulcro, porque ni los leones, que son los gusanos, se atreverán a tocar en vuestro cuerpo, ni los enemigos de fuera podrán hacerle daño! Libradme, Señor, de los enemigos domésticos, que son mis pasiones, porque no me despedacen con sus bocas, y de los enemigos de fuera, que son los demonios y sus ministros, porque no me dañen con sus tentaciones y calumnias.

2. Del ejemplo de estos hijos del siglo tengo de sacar aviso para ser *tan diligente como ellos en guardar mi alma* después que ha sido morada y sepulcro de Cristo nuestro Señor en la Comunión, procurando sellarla y guardarla porque no me roben a Cristo y el espíritu de la devoción; pero ¿qué sello puedo poner más seguro, ni qué guarda más poderosa que al mismo Cristo?

¡Oh Amador mío, que dijisteis: «Ponme como sello sobre tu corazón y brazo, porque es fuerte el amor como la muerte, y duro el celo como el

sepulcro»! Te suplico selles mi corazón y mis sentidos y potencias con el sello de tu caridad y de la imitación de tus gloriosas virtudes, para que, guardado con este sello, pueda gozar de Ti para siempre. Amén.

PUNTO TERCERO

De la estancia del cuerpo de Cristo en el sepulcro.

1. Estuvo el cuerpo de Cristo nuestro Señor en el sepulcro *tres días* y *tres noches, tomando parte por el todo,* que vienen a hacer *dos noches* y *un día entero;* para significar que por la muerte y sepultura de Cristo nuestro Señor somos libres de *dos muertes:* de alma y de cuerpo, de la culpa y de la pena eterna, significadas por las *dos noches;* las cuales se repararán con *una vida,* significada por *un día,* que es la vida de la gracia y caridad.

2. Y en todo este tiempo el cuerpo de Cristo nuestro Salvador se conservó *entero e incorrupto,* sin que ninguna parte suya se resolviese en polvo ni en otra cosa, como estaba profetizado por David, cuando dijo: «No permitirás que tu Santo vea la corrupción» porque aunque quiso sujetarse de su voluntad a las miserias del hombre y a la pena de muerte en que incurrió por la culpa, pero no quiso sujetarse a la pena de la corrupción y conversión en polvo, por no dejar ni por breve tiempo las dos partes de la naturaleza que había juntado consigo en unidad de persona; porque si el cuerpo se deshiciera, había de faltar esta unión, lo cual no consintió su bondad ni caridad, porque nunca quiso dejar lo que una vez tomó.

¡Oh amantísimo Redentor, gracias te doy por habernos librado de las dos muertes, de culpa y pena eterna, ganando con tu muerte la vida de la gracia, que es principio de la vida eterna! Aplícame, Señor, el fruto de tu Pasión, librándome de estas dos muertes y concediéndome estas dos vidas, que en Ti son una. Me gozo, Salvador mío, de que tu cuerpo siempre haya perseverado incorrupto, y que la unión de tu divina Persona con él nunca haya faltado; por lo cual te suplico me libres de la corrupción del pecado y me juntes contigo en unión de perfecta caridad, en la cual persevere hasta la vida eterna. Amén.

El descendimiento al limbo se pondrá en la Quinta Parte *que se sigue, porque pertenece a los triunfos gloriosos de Cristo nuestro Señor, los cuales alcanzó par los merecimientos de su Pasión, por la cual sea*

glorificado y *honrado de los hombres* y *de los ángeles con el Padre* y *con el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.*

QUINTA PARTE

De las meditaciones que pertenecen a la vía unitiva

Y contiene los misterios de Cristo nuestro Señor glorificado, hasta la venida del espíritu santo y publicación del evangelio

Introducción

La unión con Dios, que es fin de la vía unitiva

1. Las meditaciones que pertenecen a los que caminan por la vía que llamamos unitiva, *tienen por fin la unión con Dios nuestro Señor,* de quien dice San Pablo que quien se llega a Dios es un mismo espíritu con Él. Y aunque esta unión es propia de varones perfectos, pero todos han de aspirar a ella, y tienen en ella no pequeña parte, aunque sean de los principiantes. Para cuya inteligencia presupongo que *esta unión tiene tres actos*. *El primero es unión de entendimiento,* cuyo oficio es traer a Dios dentro de sí mismo y aposentarle en su memoria, pensando en Él y conociéndole con un conocimiento verdadero, propio, entero y perfecto, el cual sea como una imagen y retrato muy al vivo de lo que es Dios, en el cual se transforme, según aquello del Apóstol, que dice: «Nosotros, con rostro descubierto y sin el velo de Moisés, miramos como en espejo y contemplamos la gloria del Señor, y nos transformamos en su misma imagen, pasando de una claridad a otra, movidos del divino Espíritu» (2 Cor 3,18). En las cuales palabras nos enseña San Pablo que la meditación y contemplación de las cosas gloriosas de Dios, no es otra cosa que formar dentro de sí un conocimiento que sea viva imagen de ellas. De modo que lo mismo que Dios tiene en Sí, esto tenga yo dentro de mí por el conocimiento, procurando que cada día sea más distinto y claro.

2. De este conocimiento procede *el segundo acto* de unión, que es *unión de voluntad,* la cual con grande fuerza sale de sí y se abraza con la bondad que ha conocido, amándola, complaciéndose en ella y deseando

del mejor modo que puede gozar de ella. Esta unión se declara por aquel supremo mandamiento del amor, que dice: «Amarás a tu Señor Dios de todo tu corazón, con toda tu ánima y espíritu, con toda tu fortaleza y con todas tus fuerzas». En las cuales palabras se nos encarga un amor tan perfecto, que lleve tras sí todas nuestras aficiones y deseos, traspasándolas en Dios con toda la intención y continuación que pudiéremos. *Los afectos que nacen de esta unión,* y en que se han de ejercitar los que la pretenden en éstas meditaciones, son estos: *Admiración* de la majestad de Dios, de sus perfecciones y de sus obras; *gozo* de que sea quien es y de que tenga tantas excelencias y obre cosas tan gloriosas; *alabanzas* y *hacimientos de gracias* por los dones que de Él proceden; *deseos entrañables* de verle y poseerle y estar siempre unido con Él; deseos también muy encendidos de honrarle y obedecerle y darle gusto en todas las cosas, y de que todos los hombres le conozcan, amen y sirvan; *celo ferviente* de su gloria y de la salvación de las almas, *mezclado con dolor grande* de las ofensas que contra Él se hacen; *confianza* en su bondad y providencia, y *temor* de su justicia, *no temor servil,* que es excluido por la caridad, *sino temor filial* y *reverencial,* que teme apartarse de Dios y hacer cosa que le ofenda, aunque sea cosa muy pequeña; y con este afecto se ha de juntar *dolor de los pecados,* que procede de amor, porque como arriba se dijo, el grado superior de santidad siempre ejercita los actos del grado inferior, aunque con modo más perfecto.

3. De esta unión resulta *la tercera,* que es *unión de semejanza* en la vida y costumbres, fundada en una perfecta conformidad con la divina voluntad, teniendo un querer y no querer con Dios en todas las cosas, así prósperas como adversas, de donde procede el ejercicio continuo de todas las virtudes que pertenecen a la perfección de la vida cristiana, por las cuales se alcanza aquel supremo grado a que Cristo nuestro Señor nos exhortó cuando dijo: «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial lo es»; que fue decir: sed puros, caritativos, misericordiosos, prudentes, justos, templados, y santos, como lo es vuestro Padre que está en los cielos. Y de esta manera se cumple perfectamente lo que dijo el Apóstol, que «contemplando la gloria de Dios nos transformamos en su imagen», recibiendo dentro de nuestro espíritu las virtudes gloriosas del mismo Dios, por las cuales somos semejantes a su gloriosa divinidad, pasando de una claridad a otra; esto es, de la claridad del conocimiento a la claridad del afecto, y de ésta a la claridad de las virtudes, subiendo de una en otra hasta ver con claridad al Dios de los dioses en Sión.

4. De lo dicho se sigue que *la vida contemplativa, cuando es perfecta, abraza estos tres modos de unión,* los cuales andan entre sí muy hermanados, ayudándose mucho el uno al otro; porque el conocimiento de Dios ayuda al amor, y éste a la imitación de sus virtudes, y el amor e imitación grandemente perfeccionan el conocimiento. Porque, como dicen comúnmente los maestros del espíritu, *hay dos modos de conocer a Dios: uno especulativo,* que procede de la lumbre natural de nuestro entendimiento ilustrado con la lumbre de la fe, el cual, con el discurso y meditación, llega a contemplar la gloria de Dios y sus grandezas por las cosas que ve en las criaturas, o por las que están reveladas en las divinas Escrituras, que son como dos espejos o atalayas para conocer a Dios en esta vida. *Otro* conocimiento hay *práctico* y *experimental,* que procede del supremo don del Espíritu Santo que llamamos sabiduría o ciencia sabrosa de Dios, el cual, como comenzamos a decir *en el párrafo undécimo* de la INTRODUCCIÓN de este libro, se funda en las maravillosas experiencias que sentimos dentro de nuestras almas por las ilustraciones celestiales, y por los afectos y dulzuras de la caridad y amor de Dios. Del cual conocimiento dijo David: «Gustad y ved cuán suave es el Señor»; como quien dice: probad por experiencia la suavidad de Dios y sus afectos maravillosos, y por aquí llegaréis a verle como acá puede ser visto. Y el Apóstol nos aconseja que «echemos raíces en la caridad y en sus amorosos ejercicios, para que comprendamos; esto es, para que palpemos y conozcamos por experiencia las grandezas de Dios, la latitud de su caridad, la longitud de su eternidad, la alteza de su divino ser y la profundidad de su sabiduría, y también la excelente caridad de Cristo, que sobrepuja al conocimiento que se alcanza con la ciencia humana; y en virtud de este soberano conocimiento quedaremos llenos de la plenitud de Dios, transformados en Él por unión perfecta», porque como dijo el Sabio, hablando con nuestro Señor: «Conocerte a Ti es consumada y perfecta justicia, y conocer tu santidad y tu virtud, es raíz de la inmortalidad», porque la vida inmortal y eterna procede de conocer, como se ha dicho, al eterno Dios, amándole e imitando sus virtudes; de tal manera, que como dijo San Juan, «quien no ama no conoce a Dios, porque Dios es caridad», y la caridad increada no se conoce perfectamente si no es por la experiencia de los actos y afectos de la caridad creada, así como nunca se conoce bien la dulzura y eficacia de la miel y del vino hasta que se gusta y prueba. Por lo cual dijo Santo Tomás que era lícito desear conocer a Dios de esta manera y tener experiencia de su bondad y voluntad buena., agradable y perfecta, para no desviarse un punto de ella.

5. Por lo dicho, queda entendido el fin principal de *las meditaciones de estas* QUINTA y SEXTA PARTES, las cuales van encaminadas *al primer conocimiento de Dios para alcanzar el segundo,* y *gozar de la unión con su infinita bondad* y *voluntad,* al modo que se ha declarado. Y aunque es verdad que *la contemplación* y *unión sobredicha tiene por blanco principal la divinidad* y perfecciones de Dios, con quien se hace un espíritu, mas *también mira la humanidad de Dios encarnado* y sus esclarecidas obras y virtudes, en las cuales resplandecen las excelencias de la divinidad; porque, como el mismo Señor dijo, la vida eterna, no solamente consiste en conocer a Dios vivo y verdadero, sino también a su Hijo Jesucristo, Salvador del mundo. Y los que quisieren excluir siempre de la contemplación los misterios de su sacratísima humanidad, serán excluidos de gozar los frutos y regalos de la vida eterna. Porque Él dijo: «Yo soy la puerta; si alguno entrare por Mí será salvo, entrará y saldrá y hallará pasto»; que es decir: Yo, en cuanto hombre, soy la puerta para entrar a Dios; si alguno entrare por Mí, creyendo con viva fe en Mí y en mi Padre, alcanzará la salud y vida eterna, y tendrá sus entradas y salidas, procediendo con la consideración de los misterios de mi humanidad, hasta los más altos secretos de mi divinidad, y de éstos volverá a esos otros, y en todos hallará pasto espiritual de devoción para su alma.

6. Y por cuanto la vida de Cristo nuestro Señor tiene dos partes, una mortal *y* pasible, de la cual han sido las meditaciones que hasta aquí se han puesto, y otra inmortal e impasible después que resucitó, la cual vive ahora, y en ella resplandecen grandemente las excelencias gloriosas de su divinidad, porque, como dice San Pablo, «fue crucificado por la flaqueza del hombre, pero vive ahora por la virtud de Dios», de aquí es que *las meditaciones de esta vida gloriosa de Cristo* nuestro Señor, de que trata esta QUINTA PARTE**,** *pertenecen principalmente a los perfectos* que han pasado por las otras; en nombre de los cuales dijo el mismo Apóstol: «Aunque hemos conocido a Cristo según la carne, pero ya no le conocemos así»; que es decir, como declara Santo Tomás: aunque hasta ahora conocimos a Cristo en carne mortal, sujeto a las miserias de nuestra carne, y le amábamos con amor mezclado con alguna afición de carne, pero ya no le conocemos ni amamos de esta manera, sino le contemplamos en carne inmortal y gloriosa, y le amamos con amor puro, libre de todo resabio de carne y sangre. Lo cual se verá platicado en las meditaciones siguientes.

Meditación 1

El glorioso descendimiento de Cristo nuestro Señor al limbo para sacar de allí los justos, y la gloria que les comunicó.

PUNTO PRIMERO

El limbo.

Por fundamento de esta meditación se ha de considerar *qué lugar es el limbo, qué personas había en él* y *en qué se ocupaban* hasta que Cristo nuestro Señor murió.

1. *El limbo es un lugar debajo de la tierra;* y por esto se llama *infierno* cuando decimos que Cristo nuestro Señor bajó a los infiernos; y se llama *lago sin agua,* y *cárcel de presos,* oscura y cerrada con puertas de bronce y con cerraduras de hierro tan fuertes, que no había poder humano ni angélico para quebrarlas ni para sacar al que una vez entraba dentro de ellas.

2. *En este limbo eran depositadas* y *encarceladas las almas de todos los justos,* por muy santos que hubiesen sido, porque ninguno podía entrar en el cielo, por causa del pecado de Adán, hasta que Cristo muriese por todos; allí estaban el mismo Adán y Eva, Abel su hijo, Noé, Abraham con los santos patriarcas, Moisés y David con los profetas, el gran Bautista y San José, con todos los demás justos que murieron antes de la pasión.

3. *Su continua ocupación era suspirar por la venida del Mesías* para que les librase y comunicase la vista clara de Dios; y cada uno repetiría la oración afectuosa que solía decir en vida. *David* daría voces a Dios: «Muéstranos, Señor, tu misericordia, y danos tu Salvador. Despierta tu potencia, y ven para que nos hagas salvos. Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma a Ti, Dios. Mi ánima tiene sed de Dios fuerte, vivo; ¿cuándo tengo de ir y parecer ante el rostro de mi Dios?». *Isaías* diría: «Ojalá rompieses los cielos y vinieses, para que con tu presencia estos montes que están sobre nosotros se deshiciesen. ¡Oh cielos, enviad de lo alto este rocío! ¡Oh nubes, lloved al Justo! ¡Oh tierra, si te abrieses y brotases ya al Salvador!». De esta manera *los otros santos* hervían con semejantes deseos y suspiros sin cesar, esperando el dichoso día de su redención, aunque no sin algún dolor; porque, como dijo el

Sabio, «la esperanza que se dilata, aflige al alma», y cuando se acerca el cumplimiento del deseo, se alegra. Y así se alegraron cuando entró el ánima del gran Bautista, haciendo allí el oficio de precursor que había hecho en este mundo, diciendo: «Alegraos y levantad vuestras cabezas, porque ya se acerca vuestra redención».

4. De esta consideración *tengo de sacar semejantes afectos*, *imaginando a mi alma presa* y *cautiva en este cuerpo, como en un limbo* y *cárcel de tinieblas, gimiendo* y *deseando que venga Cristo nuestro Señor a librarla* y *llevarla consigo,* diciendo con San Pablo: «Deseo ser desatado y estar con Cristo. ¡Oh, quién me librará de la cárcel de este mortal cuerpo! Saca, Señor, de esta cárcel a mi alma, para confesar tu santo nombre». Estos y otros afectos semejantes son muy propios de la gente perfecta, que ha comenzado a gustar la suavidad de la divina unión y siente sus ausencias, diciendo con David: «Las lágrimas eran mi pan de día y de noche, mientras me dicen: ¿dónde está tu Dios?».

PUNTO SEGUNDO

Caridad y humildad de Cristo en bajar al limbo.

En el mismo punto que Cristo nuestro Señor *expiró en la cruz,* quedándose allí el cuerpo unido con la divinidad, *su ánima* santísima, *unida* también *con la* misma *divinidad, se partió al limbo* a librar las almas de los justos que allí estaban. *En lo cual descubrió* el Verbo divino encarnado *las mismas virtudes que manifestó en su venida al mundo,* para que entendiésemos que después de muerto no estaba olvidado de ellas. Estas hemos de ponderar para encendernos en amor de este Señor, especialmente *dos:*

1. La primera fue *su inmensa bondad* y *caridad,* la cual como le movió a venir en persona a salvar el mundo, aunque lo pudiera hacer por otros medios; así también, aunque pudiera librar estas almas del limbo sin bajar allá personalmente, pues con sola una palabra pudiera sacarlas de allí, como sacó a Lázaro del sepulcro, diciéndole: «Sal afuera», o pudiera enviar ángeles que se las trajeran a su presencia; pero no quiso sino que su misma alma real y verdaderamente bajase al limbo para descubrir el amor que las tenía, y el mucho caso que hacia de ellas, y cuán contento estaba de los servicios que le habían hecho, y para aplicarles Él mismo por Sí mismo el fruto de su Pasión y muerte, conforme a lo que estaba profetizado: «Tú

también, en virtud de la sangre de tu testamento, sacaste a los presos del lago donde no había agua».

¡Oh eterno Amador de las almas, cuán embriagado estás de su amor, pues no te hallas un punto sin ellas! Al dejar de vivir con los hombres, luego quieres que tu alma viva con las almas y estar donde están ellas, haciéndolas el bien que antes de tu muerte hacías a los hombres. Ven, Señor, a visitar la mía, júntate con ella, embriágala con ese amor tuyo, para que nunca de Ti se aparte ni quiera otra cosa más que estar siempre unida contigo. Amén

2. La segunda virtud fue *su profundísima humildad,* la cual quiso ejercitar, no solamente bajando a esta miserable tierra, sino a lo más bajo de ella y a lo que era cárcel y pena de pecado, estando allí algunas horas, aunque no como preso, sino como libertador de presos, para que por esta humillación hasta lo ínfimo de la tierra, alcanzase la exaltación hasta lo supremo del cielo, según aquello del Apóstol, que dice: «¿Cuál es la causa por la qué subió, sino porque se abajó primero hasta las partes más bajas de la tierra?».

¡Oh humildísimo Señor, que después de la victoria quieres gozar de ella con muestras de humildad!, concededme que me humille y abaje hasta el postrer lugar, y en él me asiente muy despacio, porque bien sé que a la medida que me humillare en la tierra seré por Ti ensalzado en el cielo.

PUNTO TERCERO

Gloriosa entrada de Cristo en el limbo.

1. Aunque la entrada de Cristo nuestro Señor en el limbo fue en un momento, sin resistencia alguna, pero podemos considerar *el modo* y *majestad con que la hizo,* imaginando que aquella ánima santísima bajaría acompañada de muchos ángeles, como de criados y ministros suyos, los cuales dirían aquellas palabras del Salmo 23, aunque principalmente se entienden de la entrada de Cristo en el Cielo, como después veremos: «Abrid, príncipes, vuestras puertas; levantaos, ¡oh puertas eternales!, y entrará el Rey de la gloria»; y preguntando los príncipes de las tinieblas: «¿Quién es este Rey de la gloria?», respondieron: «El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla».

¡Oh Rey gloriosísimo, me gozo de que tu gloria y fortaleza sea pregonada de los ángeles y publicada a los demonios para que te

conozcan \ se postren rendidos a tus pies! ¡Oh Rey fortísimo y poderosísimo, cuán nueva es tu fortaleza y cuán fuerte tu potencia, pues muriendo en la batalla, sales de ella con victoria, matando a la misma muerte y venciendo al autor de ella!

2. *Se hicieron los príncipes de las tinieblas como sordos a este primer mandato,* y *repitiéndole por segunda vez* los ángeles, hicieron ellos la misma pregunta, a los cuales respondieron: «El Señor de las virtudes, éste es el Rey de la gloria». ¡Oh Rey de la gloria, cuán bien os cuadra el nombre de Señor de las virtudes! Porque sois Señor de la caridad, de la humildad, de la obediencia y paciencia, y de las demás virtudes celestiales, las cuales ganasteis para nosotros en la batalla de vuestra Pasión, y las repartís como despojos entre vuestros escogidos. Vos también sois Señor de las virtudes, porque de Vos proceden todas las obras santas fuertes y gloriosas, por las cuales descubrís la gloria de vuestro reino y hacéis gloriosos a vuestros vasallos; Vos sois Señor de las virtudes del cielo, y a vuestro señorío están sujetas las potestades y dominaciones y toda la milicia de la corte celestial, en cuya presencia tiemblan y se postran adorándoos come a su Dios y a su Rey y supremo Señor.

¡Oh Señor de las virtudes!, repartidlas conmigo, pues las ganasteis para mí ¡Oh Señor de la caridad!, infundidla en mi corazón para que todo se derrita en vuestro amor. ¡Oh Señor de la humildad, arraigadla dentro de mi alma para que halle gracia en vuestra presencia!

3. También ponderaré *la omnipotencia de este glorioso Rey, el cual,* en virtud de su sangre, *quebrantó* y *desmenuzó las puertas* y *cerraduras infernales,* penetrando sin resistencia el profundo caos de la tierra hasta el infierno para sacar de allí los presos, quebrantando sus cadenas; por lo cual tengo de alegrarme y decir con David: «Alaben al Señor sus misericordias y las maravillas que hace con los hijos de los hombres, porque desmenuzó las puertas de bronce y quebrantó los cerrojos de hierro».

Puertas de bronce son mis pecados, que impiden **1**a entrada de Dios en el alma; cerrojos de hierro son los estorbos que el demonio y carne ponen para que Dios no los deshaga; cadenas fortísimas son las pasiones, con las cuales estoy preso, para no hacer el bien que querría. Pues te alaben, Salvador mío, tus misericordias, y todo el mundo te glorifique por las maravillas que haces con los hijos de los hombres, porque con tu omnipotencia quebrantas todas estas puertas y cerrojos y cadenas de hierro para entrar dentro de nuestras almas y ponerlas en libertad; desmenuza, Señor, las mías y entra dentro de mi alma para que te glorifique y cante tus misericordias por todos los siglos. Amén.

PUNTO CUARTO

El limbo, trocado en cielo.

1. Al entrar el alma santísima de Cristo nuestro Señor en el limbo, *alumbró con una celestial luz todas aquellas tinieblas,* cumpliendo la divina Sabiduría encarnada lo que prometió cuando dijo: «Penetraré las inferiores partes de la tierra, miraré a todos los que duermen y alumbraré a los que esperan en el Señor». Luego dio a todas aquellas almas que le estaban esperando una lumbre de gloria con la cual vieron la divina esencia y la majestad del que los había librado, y todas quedaron glorificadas, *convirtiéndose aquel limbo en cielo,* y aquella cárcel de presos en paraíso de bienaventurados.

2. En lo cual se ha de considerar *la grande alegría de aquellas almas con la repentina mudanza de su estado* y con aquella súbita vista de Dios, que es la suprema bienaventuranza de que ahora gozan. ¡Oh, qué hartas y satisfechas quedaron, dándose por bien premiadas de todos los trabajos pasados! ¡Oh, qué agradecidas estarían a quien tanto bien y tan a costa suya les había hecho! Todas le adorarían y alabarían y darían el parabién de su victoria. *Podemos imaginar que venían a coros a reconocerle,* como suele suceder cuando entra un rey de nuevo en su reino.

3. *El primero sería el coro de los patriarcas* con todos los hijos que fueron herederos de su fe y santidad, los cuales le adoraron y reconocieron como a su supremo Patriarca y Padre del siglo futuro, confesando que eran sus hijos y alabándole por la herencia celestial que les había dado. *Luego, el segundo coro de los profetas* le reconoció por supremo Profeta, y le agradeció el haber cumplido perfectísimamente todas sus profecías y las promesas que por ellos había hecho. Tras éste vino *el tercer coro de los sumos sacerdotes* y *levitas,* adorándole como a Sumo Sacerdote sobre todos y dándole gracias por el sacrificio que ofreció en la cruz por los pecados de todos para librarles de ellos. A éste se siguió *el cuarto coro de los santos capitanes, jueces* y *reyes,* con la muchedumbre escogida del pueblo de Dios, adorándole como a supremo Rey del cielos y tierra, y dándole el parabién de la victoria que había alcanzado contra los príncipes de las tinieblas, quebrantando el orgullo del que se llama rey de los hijos de la soberbia.

El quinto coro fue de los ilustrísimos mártires que allí estaban, desde Abel hasta los niños inocentes que murieron por mandato de Herodes, los

cuales le confesaron por Rey glorioso de los mártires, dándole las gracias por el ilustre martirio que sufrió en la cruz.

Todos estos cinco coros llevaban por alférez y *guía al gloriosísimo profeta, mártir* y *precursor de Cristo, Juan,* y todos a una voz, con divina armonía, cantarían aquel divino cántico del Apocalipsis: «Digno es el Cordero que ha sido muerto de recibir la virtud y la divinidad, la sabiduría y fortaleza, la honra y gloria y bendición». «Digno eres, Señor, de abrir estas puertas eternales, porque fuiste muerto por nosotros y nos redimiste con tu sangre, escogiéndonos de todas las tribus y lenguas y de todos los pueblos y naciones del mundo, y nos hiciste reino de Dios y sacerdotes para que reinemos contigo sobre la tierra; y luego tomarían las coronas de gloria que tenían, y confesando que no eran suyas, sino de este divino Cordero, las arrojarían a sus pies, diciéndole: «Digno eres, Señor Dios nuestro, de recibir la honra, gloria y alabanza, porque Tú creaste todas las cosas y por tu voluntad son». Tú nos has redimido y ganado estas coronas, y pues tuyas son, a Ti sea la gloria por todos los siglos. Amén.

Con cada uno de estos cinco coros tengo yo de cantar las mismas alabanzas a Cristo nuestro Señor, alabándole como a patriarca y profeta, sacerdote, rey y mártir, incomparablemente más excelente que todos.

4. De aquí tengo de subir a considerar *el inmenso gozo que sentiría el ánima de Cristo* nuestro Señor viendo tanta muchedumbre de almas redimidas con su sangre. ¡Oh, cuánto se alegraría de haber venido al mundo por rescatarlas! ¡Oh, por cuán bien empleados daría los trabajos de su Pasión viendo el copioso fruto que sacaba de ellos! Aquí vio cumplida la promesa del Eterno Padre, que dice: «Porque su alma trabajó, verá y será harto; y le repartiré muchos hijos y vasallos, y dividirá los despojos con los fuertes, porque entregó su alma a la muerte, y fue contado entre los malos.

¡Oh dulcísimo Redentor, os doy el parabién del gozo y contento que tenéis, en premio de la tristeza y dolor que habéis sufrido! Bien responden estos cinco coros de santos a las cinco llagas con que los habéis redimido de la servidumbre del demonio; razón es que os gocéis con tanta muchedumbre de hijos como vuestro Padre os ha dado, y gracias os doy por el repartimiento de los despojos que con ellos habéis hecho, dando a cada uno tanto premio cuanto había sido su trabajo; repartid conmigo algo de estos despojos para que os sirva como estos santos os sirvieron y llegue a gozar del premio que alcanzaron. Amén.

De todo esto tengo de sacar, últimamente, una larga confianza en Dios, sin cansarme de esperarle ni congojarme por sus dilaciones y tardanzas; porque no hay plazo que no llegue, y en un momento da repentinamente tanto gozo, que recompensa los trabajos de muchos años.

PUNTO QUINTO

Obras maravillosas que hizo Cristo.

Se estuvo Cristo nuestro Señor en aquel limbo todo el tiempo que su cuerpo estuvo en el sepulcro, que fueron treinta y seis horas o cuarenta, *ejercitando en aquella cárcel la humildad* y *caridad,* comunicando a los justos el premio en el lugar que había sido instrumento de su trabajo. Pero allí no cesó de obrar obras maravillosas, con que aumentó el contento de aquellos justos.

1. Lo primero, dentro de pocas horas llegó *el ánima del buen ladrón,* y le cumplió el Redentor la palabra que le dio en la cruz, cuando le dijo: «Hoy estarás conmigo en el paraíso», porque luego al entrar, la puso en el paraíso celestial, que es la vista clara de Dios, de donde nacen todos los deleites que hay en el paraíso; y como Cristo nuestro Señor es tan honrador de los que le honran, allí delante de todos aquellos justos le honró, contando cómo le había confesado por Rey y Dios en medio de tantos que le despreciaban y blasfemaban, y todos aquellos justos agradecerían al buen ladrón la confesión que hizo en honra de su Dios, y se alegrarían con él, y él alabaría grandemente al que le daba premio tan grande por servicios tan pequeños.

Alégrate, ¡oh alma mía!, y regocíjate en Dios, tu Salvador, abrázate de buena gana con la cruz, pues de ella baja un ladrón al paraíso y es glorificado con Cristo, porque en ella confesó a Cristo.

2. *Lo segundo,* es de creer que en el discurso de estas horas que estuvo allí Cristo nuestro Señor *despojó también el purgatorio,* sacando las almas que allí estaban, apresurando la paga de la deuda que debían, usando de alguna indulgencia en virtud de su sangre fresca y recién derramada en su Pasión; despacharía desde allí ángeles al purgatorio, y traerían, ya unas ya otras, alegrándose grandemente las que venían, así por verse libres de tantas penas, como por ver la gloria del que las librara y la buena compañía de las almas que allí estaban, las cuales también se alegraban

con las que de nuevo iban viniendo, tomando su gozo por propio, como suele hacerlo la caridad.

¡Oh liberalísimo Redentor, acordaos en este día de los que vivimos en esta vida mortal purgando nuestros pecados con las aflicciones que en ella padecemos; trocad nuestro llanto en gozo, purificadnos de las culpas y perdonadnos también todas las penas por ellas debidas!

3. Últimamente, puedo considerar *la rabia de los condenados* que barruntaron la entrada de Cristo nuestro Señor en el limbo, viendo que los dejaba y no hacía caso de ellos; porque no fueron dignos de que Cristo los visitase y consolase con su presencia, antes les confundió porque no quisieron aprovecharse de los medios que les dio para alcanzar perdón de sus pecados. En especial, puedo ponderar *la rabia del desventurado Judas* y *del mal ladrón,* volviéndose contra sí mismos con furor endemoniado porque no se aprovecharon de la ocasión que tuvieron: uno, en la escuela de Cristo, y otro, en la cruz. De donde sacaré escarmiento para mirar cómo vivo, porque la sangre de Cristo no saca del infierno al que una vez entra en él, ni aprovecha al obstinado que por su perverso libre albedrío la desprecia. También ponderaré *la confusión de Lucifer* y *de los príncipes de las tinieblas* cuando se vieron vencidos de Cristo y atados con su omnipotencia, y sueltos los presos que habían ganado en cinco mil y tantos años. ¡Oh, qué rabia sería la suya viéndose postrados a los pies de Cristo, y cuán grande sería la gloria y gozo de Cristo viéndolos así postrados a sus pies! Entonces, como dice San Pablo, despojó a los principados y potestades, quitándoles su poder con grande autoridad, y sacándoles la presa con gran valor, triunfando de ellos por su propia virtud, con grande manifestación de su justicia, delante de muchedumbre de ángeles que asistieron a este juicio.

Me gozo, Salvador mío, de este vuestro triunfo contra los poderes infernales, y de que con tan grande valor les hayáis quitado sus despojos y desmenuzado las armas en que tenían puesta su esperanza. Triunfad, Señor, de ellos en mí, dándome gracia para vencerlos, pues mi victoria será vuestra., porque todos vencemos por Vos, a quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amén.

Meditación 2

La resurrección de Cristo nuestro Señor

PUNTO PRIMERO

Por qué apresuró Cristo su resurrección.

Llegado el tercer día después de la Pasión, que era el domingo al amanecer, el ánima de Cristo nuestro Señor salió del limbo con aquellos coros de almas justas que tenía consigo, y fue derechamente al sepulcro donde estaba su cuerpo sepultado.

1. Aquí tengo de ponderar: Lo primero, la causa de haber Cristo nuestro Señor apresurado su resurrección; porque habiendo dicho que estaría en el corazón de la tierra tres días y tres noches, como estuvo Jonás otro tanto en el vientre de la ballena, abrevió este tiempo todo lo posible, salva la verdad de su palabra, contentándose con tomar *de los tres días alguna parte, y* ésta bien pequeña, que fue la parte del viernes y la mañana del domingo. A lo cual le movió su inmensa caridad *por socorrer con presteza a los discípulos* que estaban en las tinieblas de la infidelidad, y *por acudir al consuelo de su afligida Madre y* de todos sus amigos, por alumbrar y alegrar al mundo con la gloria de su cuerpo, como había alumbrado y alegrado al limbo con la de su alma.

Gracias te doy, dulcísimo Salvador, por el cuidado que tienes de los tuyos y por la presteza con que acudes a su consuelo y remedio. Hiciste tu curso como el sol, corriendo como gigante tu carrera, haciendo muy más largo el oía que la noche, porque el día de tu vida duró treinta y tres años, alumbrando al mundo que estaba en tinieblas; pero la noche de tu muerte duró treinta y seis horas, tornando luego a nacer con nueva luz para consolar a los que dejaste tristes con tu ausencia. Apresura, Señor, la luz de tu divina visita para que respire mi alma con la presencia de tu gracia.

2. También quiso nuestro Señor que su muerte fuese *a la tarde, al poner del sol, y* su resurrección *a la mañana, cuando quería salir,* para significar que moría por nuestros pecados, con los cuales nos privamos de la luz celestial y del resplandor de la divina gracia, y resucitaba, como dice el Apóstol, por nuestra justificación, para restituirnos la vida de la misma

gracia, y con ella el gozo, desterrando los llantos de la tristeza pasada, según aquello de David: «A la tarde habrá lloro, y a la mañana alegría».

3. Luego ponderaré *el regocijo grande con que salió Cristo nuestro Señor del limbo con aquella gloriosa compañía,* triunfando del infierno, dejándole despojado de la presa que tenía. Podría decir aquellas palabras de Jacob: «Con sólo mi báculo pasé por este Jordán, y ahora vuelvo por él con dos compañías». Pasé por el mundo con el báculo de mi cruz, solo y sin tener quien me ayudase; ahora vuelvo con dos compañías de justos de las dos leyes, natural y escrita. ¡Oh, qué alegres subían estas dos ilustres compañías! Y ¡cómo cantarían a coros el triunfo de su Capitán, diciendo: «Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido; al caballo y al caballero anegó en el mar! El Señor es nuestra fortaleza y motivo de nuestras alabanzas, porque es autor de nuestra salud; éste es nuestro Dios, glorifiquémosle; es el Dios de nuestros padres, ensalcémosle. El Señor es como varón guerrero, y tiene por nombre el Todopoderoso. Los carros de Faraón y su ejercito arrojó en el mar».

Entra, ¡oh alma mía!, entre estas gloriosas almas, y alaba tú también a la de tu soberano Capitán, confiando que recibirás algo de la gloria que ellas recibieron.

PUNTO SEGUNDO

Resurrección de Cristo: su cuerpo glorioso.

1. Llegando Cristo nuestro Señor al sepulcro, lo primero, *descubrió a toda su compañía la triste* y *horrible figura de su cuerpo,* para que viesen cuán caro le había costado su remedio; y cuando aquellas benditas almas vieron el cuerpo tendido en el sepulcro, todo acardenalado y descoyuntado, teñido en su propia sangre y agujereado por tantas partes con las llagas de los pies y manos y costado, de nuevo alabarían a su Libertador y le darían inmensas gracias por la libertad que les dio tan a costa suya.

2. Luego Cristo nuestro Señor, con su omnipotencia, y quizá también por ministerio de los ángeles, *recogió toda la sangre que había derramado en su Pasión,* para volverla a su lugar. Partirían unos ángeles al huerto de Getsemaní, otros al pretorio de Pilato y otros al monte Calvario, y recogerían la sangre del Señor que allí estaba, con grande reverencia porque estaba unida con la divinidad, y con ella se tornaron a llenar las sagradas venas de aquel cuerpo. También trajeron los pelos y cabellos que

se habían arrancado de su cabeza y barba, cumpliendo lo que está prometido: «No perecerá un cabello de vuestra cabeza».

¡Oh sangre preciosísima, me gozo de verte restituida a tu propio Jugar, porque tal sangre no había de estar sino en tal cuerpo; y sangre de Dios no había de llenar otras venas que las de Dios, en las cuales estarás siempre para que seas precio de nuestro rescate, lavatorio de nuestras culpas, sustento nuestro y bebida en el Santo Sacramento y sacrificio del altar!

3. Luego *entró aquella beatísima alma en su cuerpo y* con su entrada *le* trocó y *transfiguró mucho más excelentemente que en el monte Tabor;* le desnudó de las mortajas en que estaba envuelto, le limpió de la mirra con que estaba ungido, le quitó todas las fealdades y manchas que tenía, y *le comunicó* para siempre *las cuatro dotes de gloria: claridad, inmortalidad e impasibilidad, ligereza* y *sutileza,* quedando el cuerpo *mil veces más hermoso* y *resplandeciente que el sol;* antes, cada parte era como un sol de inmensa claridad y belleza; especialmente las cinco llagas que dejó en él, por los fines que después diremos, arrojaban rayos de admirable resplandor que hermoseaban sus pies y manos y costado, y las llagas que habían hecho las espinas hacían una forma de corona gloriosísima que adornaban su sagrada cabeza. *Y al mismo punto, usando de dote de sutilidad, salió del sepulcro,* que era lugar de muertos, penetrando aquella grande piedra que lo cerraba, sin que pudiese estorbarle la salida. ¡Oh, qué gozo recibió aquella benditísima alma cuando vio a su cuerpo tan glorioso, y cuán de buena gana se abrazó con él, escogiéndole por su perpetua morada! ¡Oh, qué alegre quedó aquel cuerpo benditísimo cuando se vio adornado con aquellas dotes de gloria en premio de los dolores e ignominias que había padecido1

¡Oh Rey de gloria, que como nuevo hombre salís otra vez al mundo renovado en vuestro traje para vivir nueva vida, toda llena de grandeza!: sea para bien este vuestro nuevo nacimiento, no menos admirable que el primero; en aquél salisteis del vientre de vuestra Madre, dejando la puerta cerrada, para conservar su virginidad; en éste salís del vientre de la tierra, dejando el sepulcro cerrado, para manifestar vuestra sutileza y majestad; en aquél salisteis como nuevo hombre, libre de culpas, pero sujeto a penas; en éste salís del todo renovado, libre también de toda pena y coronado de grande gloria; y así ahora podemos decir a boca llena que hemos visto vuestra gloria, gloria como del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad,

4. Finalmente, es de creer que *Cristo* nuestro Señor, como tenía de costumbre, *levantando sus ojos* y *manos al cielo, haría gracias al Eterno Padre por su resurrección* y por la gloria de su cuerpo, diciendo aquello del salmo: «Convertiste mi llanto en gozo, rompiste mi saco y me cercaste de alegría, para que te alabe mi gloria, sin tener jamás tristeza».

A imitación de este Señor, yo también diré al Padre Eterno: Gracias te doy, Padre celestial, porque convertiste el llanto de tu Hijo en sumo gozo, rompiendo el saco de su mortalidad y tristeza, y vistiéndole de inmortalidad y alegría. Te alabe, Señor, la misma gloria que le diste, te alabe su alma benditísima, que es gloria suya y tuya, y también te alabe mi alma y nunca cese de alabarte por todos los siglos. Amén.

PUNTO TERCERO

Fiesta de los ángeles en la resurrección.

Al resucitar Cristo nuestro Señor, por ordenación de su Eterno Padre *bajaron las jerarquías* y coros *de los ángeles* a darle el parabién y *a celebrar la fiesta de su glorioso triunfo;* porque si vino el ejército de la milicia del cielo a celebrar la fiesta de su nacimiento cuando entraba en el mundo a vivir vida mortal, ¿cuánto más se ha de creer que vendrían en su resurrección, cuando comenzaba la vida inmortal, y no venía a pelear, sino a triunfar por la victoria? Y así lo da a entender el apóstol San Pablo cuando dice, que «cuando Dios introdujo otra vez a su Primogénito en el mundo, dijo: Adórenle todos sus ángeles». Este día es cuando segunda vez le introdujo en el mundo y le adoraron todos los ángeles como a su Dios y supremo Señor. Renovarían aquel cántico del nacimiento: «Gloria sea a Dios en las alturas, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad»; y con mucha razón, porque toda esta obra fue de grande gloria para Dios y de grande paz para los hombres, pues por ella quedaron pacificados con Dios, y sus enemigos destruidos; y así podemos decir aquello del salmo: «Este es el día que hizo el Señor; alegrémonos y regocijémonos en él».

Gracias os doy, Padre Eterno, por el cuidado que tenéis de glorificar a vuestro Hijo, cumpliendo la palabra que le disteis, diciendo: «Yo te lie glorificado y te glorificaré más». Me gozo, Salvador mío, de que vuestros ángeles os adoren, y yo con ellos os adoro y glorifico en este día, que todo es vuestro y nada mío; porque todo lo que en él hicisteis pertenece a la grandeza de vuestra divinidad, y no a la bajeza de mi humanidad. ¡Oh, si

todo el mundo os conociese y se alegrase con vuestra victoria, gozando los despojos de ella!

PUNTO CUARTO

Por qué quiso Jesús que otros resucitasen con Él.

1. Viéndose Cristo nuestro Señor resucitado, no quiso gozar a solas de esta gloria, sino también que se derivase a otros que *resucitasen con El; y* así ordenó que algunas de aquellas santas almas cuyos cuerpos estaban en los sepulcros de Jerusalén, que se abrieron el día de la Pasión, se uniesen con ellos, quedando gloriosos y resplandecientes como el suyo. ¡Oh, qué contentos estarían aquellos justos cuando se viesen con sus cuerpos ya glorificados y resplandecientes como el sol! Acudirían luego al cuerpo de Jesucristo, que resplandecía incomparablemente más que el suyo, y besarían sus pies y manos, adorándole y alabándole por aquel especial favor que les había hecho.

Se han de ponderar *las causas* por que Cristo nuestro Señor hizo esto: *a)* La primera, *para descubrir su omnipotencia* y *su caridad* y *liberalidad;* porque no pudo su bondad sufrir no comunicar a otros el bien de que Él gozaba.

b) Lo segundo, para que estos pocos *fuesen testigos de su resurrección* y *por ello cobrásemos esperanzas* de que todos a su tiempo *resucitaríamos* como Él, recibiendo cuerpos glorificados como el suyo.

c) Y también para darnos a entender que su voluntad era que todos desde luego resucitásemos *en el espíritu,* comenzando una nueva vida semejante a la suya glorificada, cumpliendo lo que dice el Apóstol, que «como Cristo resucitó para gloria de su Padre, así nosotros vivamos vida nueva». De suerte que, así como Cristo se desnudó de las mortajas y salió del sepulcro vivo y glorioso con su cuerpo entero, inmortal, impasible, resplandeciente, ligero, sutil y hermosísimo, así yo me desnude las vestiduras del viejo Adán y las mortajas en que solía estar envuelto, que son las pasiones y costumbres viciosas, y *comience una vida de gracia perfecta,* con estas condiciones: que sea *entera* en todas las virtudes; *inmortal,* con firmeza de no volver más a pecar mortalmente, como Cristo resucitó para no volver más a morir; *impasible,* sin admitir pasiones que causen enfermedad en el alma; *resplandeciente,* por la luz del conocimiento interior de las cosas celestiales; *ligera,* para cumplir sin

repugnancia todo lo que fuere voluntad de Dios, *y sutil o espiritual,* renunciando todo lo terrestre y no tomando más de lo necesario, para que pueda tener *mi conversación en los cielos* con los ángeles, aunque el cuerpo esté en la tierra con los hombres.

Estas son las señales de haber resucitado con Cristo nuestro Señor, las cuales tengo de procurar; porque, como dice San Gregorio, el justo cada día ha de imitar su resurrección, procurando tales virtudes para renovar su alma, cuales son las dotes de gloria que tendrá su cuerpo.

2. Pero cerca de esto se han de advertir *dos cosas* muy importantes: *a) La primera,* que así como no todos los muertos que había en Jerusalén resucitaron con Cristo nuestro Señor, sino solamente aquellos cuyos sepulcros se abrieron en la Pasión, así también *no todos los pecadores resucitan con Cristo a la vida de gracia,* sino sólo aquellos que en virtud de su Pasión abren sus sepulcros, manifestando sus conciencias al confesor y quebrantando sus corazones con la contrición; y de la misma manera, no todos los justos llegan a participar de la alegría de la resurrección, sino aquellos que han roto sus corazones con el afecto compasivo de la Pasión, conforme a lo que dice el Apóstol: «Con tal que padezcamos con Cristo, para ser con Él glorificados». *b) La segunda es* la diferencia entre la resurrección espiritual *perfecta* y *la imperfecta,* porque los imperfectos resucitan, *sacando consigo sus mortajas;* como salió Lázaro vendado con sus fajas y sudario; porque salen con las reliquias de la vida vieja, que son los hábitos y costumbres viciosas y pasiones desconcertadas, y por consiguiente, salen con peligro de recaer y volver a morir, si no se desatan y desnudan, con la mortificación, de estas vestiduras de su mortalidad y vejez espiritual. Pero *los muy perfectos,* a imitación de su capitán Jesús, que dejó la sábana y el sudario en el sepulcro, resucitan con nuevo fervor, *dejando todas estas vestiduras de muertos* y vistiéndose las nuevas de la vida eterna, despojándose del hombre viejo y de sus obras, y vistiéndose del nuevo, renovados todos con perfecta santidad.

¡Oh gloriosísimo Triunfador, hazme participante de tu Pasión, para que también lo sea de tu resurrección! Resucite yo contigo, no como resucitó Lázaro y resucitaron otros, para tornar otra vez a morir, sino como Tú resucitaste a una vida nueva, para nunca más morir muerte de culpa; padezca mucho mi cuerpo para que se haga impasible mi alma; cúbrame de ignominia exterior para que resplandezca mi espíritu con luz interior, y sea ágil y pronto en obedecerte para que después de esta vida llegue a gozarte. Amén.

Meditación 3

La aparición de Cristo nuestro Señor a su Madre santísima, y cómo los ángeles manifestaron la resurrección a las mujeres.

PUNTO PRIMERO

Manifiesta Cristo su resurrección.

Después que Cristo nuestro Señor resucitó, quiso manifestar al mundo su resurrección para que muchos gozasen los frutos de ella.

1. Esta manifestación hizo por *tres vías: a) Una fue por medio de los santos que resucitaron con Él,* los cuales, como dice San Mateo, «vinieron a la ciudad de Jerusalén y aparecieron a muchos», predicándoles, sin duda, cómo el que fue crucificado era verdadero Mesías y Rey de Israel, Salvador del mundo, y era ya resucitado. Y es de creer que, entre otros, aparecieron a José de Arimatea y a Nicodemo, consolándolos y confirmándolos en la fe de su Maestro. *b)* Para esto también *envió ángeles*, los cuales manifestaron su resurrección *a las devotas mujeres* que iban a ungirle, dándoles nuevas de ella y mostrándoles el sepulcro, *c)* Pero no contento con esto, el mismo Cristo nuestro Señor *quiso por Sí mismo manifestarse a sus amigos,* para descubrir más la grandeza de su caridad. Por lo cual, aunque en resucitando había de subirse al cielo empíreo, que era el lugar debido a los cuerpos glorificados, quiso quedarse en el mundo algunos días, y como buen pastor recoger su ganado, sin fiar esto de otro, consolando a sus discípulos y enseñándoles muchas cosas del reino del cielo, y manifestándoles a Sí mismo ya glorificado, para que, como testigos de vista, pudiesen predicar su resurrección.

¡Oh Rey de gloria, te alaben los ángeles *y* los hombres por el grande amor que nos muestras! No era digno el mundo de que estuvieses en él un momento después de resucitado; pero la caridad que te detuvo casi cuarenta horas en el limbo, te detiene cuarenta días en la tierra para purificarla y honrarla con tu presencia y descubrirnos que no has mudado la condición con la mudanza de la vida, ni te has olvidado en la prosperidad de los que te acompañaron en la adversidad.

2. De aquí he de sacar, espiritualizando lo que se ha dicho, cómo *Cristo nuestro Señor tiene tres caminos para manifestarnos sus misterios,* y *para*

consolarnos y *enseñarnos: Uno, por medio de hombres santos* que han resucitado con El *y* conocen por experiencia la suavidad y grandezas de Dios, los cuales con santo celo descubren a otros lo que saben, para que Dios sea conocido y glorificado. *Otro camino es por los ángeles,* los cuales, con secretas ilustraciones, nos alumbran, enseñan y consuelan y nos ayudan a quitar las dificultades que tenemos para no gozar de Cristo glorificado. *El tercer camino es por Sí mismo,* hablándonos al corazón y dándonos interiores testimonios de su divina presencia; y esto hace con los más queridos discípulos, cumpliendo con ellos en esta vida lo que dijo en el sermón de la cena: «El que me ama será amado de mi Padre, y Yo le amaré y le manifestaré a Mí mismo».

¡Oh Amado mío, te ame yo de todo corazón, pues tan grande bien es amarte, que amas a quien te ama, y le descubres quién eres, para encenderle más en tu amor!

PUNTO SEGUNDO

Cristo se aparece a su Madre.

1. *La primera visita* y aparición que quiso hacer Cristo nuestro Señor fue *a su Madre Santísima, la cual estaba grandemente afligida* por su Pasión, aunque con viva fe y esperanza de su resurrección; y como vio que entraba ya el tercer día, puesta en una alta contemplación, con grandes ansias y suspiros pediría a su Hijo que apresurase su venida, queriendo como leona despertar con sus bramidos al león de Judá, que estaba dormido en el sepulcro. Le diría aquellas palabras del salmo: «*Levántate, gloria mía* y resucita; sal glorificado de este sepulcro para glorificarnos a todos; levántate, salterio y cítara mía; sal de esta caja donde estás metido, y alegra con tu música a los que por tu causa, estamos en tristeza. Tú dijiste que resucitarías al amanecer del día». Ven, ¡oh Sol de justicia!, antes que nazca el sol de la tierra, y con tu luz destierra las tinieblas de ella.

2. *Estando la Virgen con estos deseos, entró Cristo nuestro Señor, acompañado* de aquellos *tres lucidísimos ejércitos* que tenía consigo: *uno de ángeles, otro de almas* y *otro de cuerpos glorificados;* y se le manifestó con toda la gloria y claridad que tenía, confortando su vista, así del cuerpo como del alma, para que pudiese verle y gozarle. ¡Oh qué contenta, qué harta, qué glorificada quedaría la Virgen con tan gloriosa vista, cumpliéndose en parte lo que está escrito: «Me hartaré cuando apareciere tu gloria»)! ¡Oh, qué dulces abrazos se darían el Hijo y la Madre, y qué

dulces coloquios tendrían entre Sí! Besaría la Virgen aquellas preciosísimas llagas del Hijo, sacando de estas fuentes copiosísimos arroyos de consuelo, así como antes los había sacado de desconsuelo; porque a la medida de los dolores suele Dios dar las consolaciones. Luego llegó aquella ilustrísima compañía a darle el parabién y a reconocerla por Madre de Dios y de su libertador, dándole gracias por el trabajo que había puesto en la obra de su redención. ¡Oh, qué nueva alegría tendría la Virgen, viendo el fruto de la Pasión del Hijo y tantas almas rescatadas con ella! Daría el parabién a su Hijo de esta ganancia, y los ángeles solemnizarían esta fiesta con alguna música celestial, a gloria del Hijo y de la Madre.

3. Finalmente, después que Cristo nuestro Señor estuvo *gran rato* con su Madre, descubriéndola grandes secretos del cielo, y diciéndola cómo estaría en el mundo algunos días y la visitaría otras muchas veces, *se despidió de ella,* quedando la Virgen consoladísima de esta visita; *pero la guardó para sí con gran silencio,* así como tuvo secreto el misterio de la Encarnación, sin quererle descubrir a su esposo San José, hasta que un ángel se lo reveló. También ahora calló la visita de Cristo resucitado, sin decirlo a los Apóstoles ni a las mujeres hasta que los ángeles o el mismo Cristo se lo manifestasen.

¡Oh Virgen soberana, sea para bien el Hijo resucitado! «Reina del cielo, alegraos, aleluya, porque el que trajisteis en vuestro vientre, aleluya, ha resucitado como dijo, aleluya; rogad per nosotros, aleluya», haciéndonos participantes de la eterna aleluya que se canta en las plazas de la celestial Jerusalén. Amén.

PUNTO TERCERO

Virtudes de las devotas mujeres.

En este tiempo mismo *quiso Cristo* nuestro Señor, *por medio de sus ángeles, manifestar su resurrección a las devotas mujeres* que le habían seguido, cuya devoción declaran primeramente los Evangelistas, diciendo: «María Magdalena y María *Jacobi* y otras devotas mujeres, habiendo estado en quietud todo el sábado por reverencia de la fiesta, madrugaron el domingo antes de amanecer, y con sus especies aromáticas caminaron de noche al sepulcro, diciendo: ¿Quién nos quitará la piedra de la puerta del sepulcro?».

En estas mujeres se nos representa *la devoción con que hemos de buscar a Cristo* nuestro Señor, *acompañada de las virtudes* que ellas ejercitaron.

1. La primera fue *obediencia a la ley;* porque con tener gran deseo de ungir el cuerpo de Cristo nuestro Señor, no quisieron hacerlo en la fiesta por no ir contra el precepto, enseñándonos que *por título de piedad no se ha de faltar en la obediencia.*

2. La segunda fue *diligencia grande* en madrugar antes del día, y con ser las mujeres naturalmente temerosas, no temieron salir y caminar de noche, por cumplir el deseo que tenían de hacer este servicio a su Maestro. Con esta diligencia quiere ser buscada la divina Sabiduría encarnada, que dijo: «Los que de mañana madrugaren para buscarme, me hallarán» (Prov 8, 17). Y si deseo el maná de los celestiales consuelos, tengo de madrugar antes de salir el sol a cogerle, porque los perezosos no le hallan y los diligentes le gozan.

3. La tercera fue *confianza en Dios* y *perseverancia en el bien,* sin dejarle por temor de las dificultades; porque, con saber estas mujeres que no podían quitar la grande losa que cerraba el sepulcro, prosiguieron su camino, confiando en que nuestro Señor les depararía medio para ello, y así cuando llegaron la hallaron quitada, en premio de su confianza, porque no falta la divina providencia a los que de esta manera esperan en Dios, en cosas de su servicio.

PUNTO CUARTO

El ángel del sepulcro.

El modo como esto pasó, declaran los Evangelistas diciendo: «A deshora *sucedió un grande terremoto;* porque el ángel del Señor vino del cielo *y quitó la piedra del sepulcro,* y se *sentó sobre ella;* su vista era como un relámpago, sus vestiduras eran blancas como la nieve, y puso tanto espanto a los guardas, que quedaron como muertos». Llegando las mujeres al sepulcro, y viendo quitada la piedra, entraron dentro; atemorizadas con la vista del ángel, él les dijo: «No queráis temer; buscáis a Jesús Nazareno crucificado. Ya ha resucitado, no está aquí; venid y ved el lugar donde le habían puesto».

1. En lo cual se ha de ponderar *la majestad de este ángel* y *su hermosura* y *poder,* así en el terrible terremoto que causó, como en la

facilidad con que revolvió aquella grande piedra del sepulcro, causando grande temor en malos y buenos, aunque en diferente manera; porque a los soldados, como malos, postró en tierra, dejándolos sin sentido para que no gozasen de tanto bien; pero a las devotas mujeres consoló diciéndolas: No queráis temer vosotras. Como quien dice: Estos guardas teman, porque son malos; vosotras no temáis ni os acongojéis, porque vengo a daros buenas nuevas de la resurrección del Señor a quien buscáis.

2. Luego ponderaré *aquel nuevo renombre que el ángel da a Cristo nuestro Señor,* llamándole *Jesús Nazareno crucificado,* como quien sabía la condición de nuestro buen Jesús, que es preciarse de sus desprecios y honrarse de haber sido crucificado por nosotros.

¡Oh, dulce Jesús Nazareno y crucificado, y nunca tan nazareno como cuando crucificado, porque en la cruz brotaste las flores de tus virtudes y los frutos de nuestra santificación, de los cuales gozas en tu gloriosa resurrección!

¡Oh, quién te buscase con tanto fervor que no se preciase de saber otra cosa que a Cristo, y Ése crucificado!

¡Oh ángel benditísimo, venid en mi ayuda, fortalecedme con estas flores, fortificadme con estos frutos, porque estoy enfermo de amor, deseando ver a Jesús Nazareno, que fue por mí crucificado!

3. Lo tercero, ponderaré cómo *estas mujeres, por su corta fe, no eran dignas de que Cristo nuestro Señor se les apareciese,* y así el ángel las disponía para ello *con avivar su fe,* diciéndolas: «Entrad y ved el lugar donde le pusieron», y por aquí creeréis ser verdad que ha resucitado. También *avivó su caridad,* diciéndolas que con presteza fuesen a dar noticia de esto a los Apóstoles y a Pedro, nombrándole en particular porque no se tuviese por desamparado a causa de sus negaciones, pues por haberlas llorado, era digno de este consuelo. De donde sacaré, cómo *la dilación de ver a Cristo* nuestro Señor y gozar de su dulce presencia *viene muchas veces por la falta* de nuestra *fe* y por nuestra poca disposición; y así tengo de alentarme a procurar aumento de las virtudes que me disponen para verle, no desmayando por haber sido pecador, pues a Pedro se dan esperanzas de esta vista.

4. Ultimamente, consideraré cómo entrando estas devotas mujeres en lo más interior del sepulcro, vieron *dos ángeles* con vestiduras muy resplandecientes, con cuya vista temieron, inclinando sus rostros a la tierra, y ellos les dijeron: «¿Para qué buscáis al vivo entre los muertos? No está aquí, ya ha resucitado; acordaos de lo que os dijo estando en Galilea:

que convenía ser el Hijo del Hombre entregado en manos de los pecadores, y ser crucificado, y resucitar al tercer día». Y acordándose de estas palabras, *se volvieron con temor* y *con gozo* de lo que habían oído y visto. En lo cual se representa cómo la perseverancia en la devoción con Cristo, es digna de nuevos consuelos, *a)* Primero vieron estas mujeres *un ángel,* y perseverando en su demanda, vieron *otros dos* que les dijeron lo mismo, confirmándolas en la fe con un modo de represión amorosa, como quien dice: ¿Para qué porfiáis en buscar entre los muertos al que está ya vivo y resucitado? *b)* Y también se ha de ponderar cómo *es propio de los ángeles traernos a la memoria las palabras de Cristo* nuestro Señor, y con ellas enseñarnos y consolarnos, confirmando nuestra fe, alentando nuestra esperanza y atizando nuestra caridad para que nos hagamos dignos de verle glorificado.

¡Oh ángeles bienaventurados a quien Dios ha dado cuidado de las almas!, si viereis que la mía busca al vivo entre los muertos, buscando a Cristo nuestro Señor entre las cosas muertas de este siglo, reprendedla y enderezadla para que le busque donde está, que es en la tierra de los vivos, reinando con los suyos por todos los siglos. Amén

Meditación 4

La aparición a la Magdalena

Punto primero

Cristo aparece por primera vez a la Magdalena.

Habiendo dado estas devotas mujeres el recado de los ángeles a los Apóstoles, volvieron todas por segunda vez al sepulcro, y entonces, como dice San Marcos, «Cristo nuestro Señor se apareció a la Magdalena, de quien había echado siete demonios».

Aquí se ha de considerar *la infinita caridad del Redentor en honrar a los pecadores convertidos,* escogiendo por primer testigo de vista de su resurrección a una mujer que había sido morada de siete demonios y de los siete pecados mortales que de ellos proceden, para que se entendiese que no daña la muchedumbre y gravedad de los pecados *pasados* cuando se recompensan con *mayor fervor presente.* Y también, que quien fuere

primero en el servicio de Cristo, será *primero en los favores* que de Él recibirá, y que si yo fuere singular en servirle, Él será singular en regalarme, como sucedió a la Magdalena, la cual se señaló singularmente en amar y servir a Cristo nuestro Señor, haciendo por su amor muchas cosas que otros no hicieron, como fue lavarle los pies con lágrimas, ungírselos con precioso ungüento, limpiarlos con sus cabellos, asistir a sus pies oyendo su doctrina con mucho gusto, acompañarle en el monte Calvario, y madrugar para ungirle después de muerto con mayor fervor que todas sus compañeras, y así fue digna de verle primero que los demás, como dice el himno: «Mereció tener los primeros gozos de la resurrección de Cristo, porque ardía por entonces más que todos en su amor», al modo que se dirá en los puntos siguientes.

PUNTO SEGUNDO

Fervor de la Magdalena.

«Estaba María en pie fuera del monumento llorando; y como llorase, se inclinó a ver el sepulcro, y vio dos ángeles con vestiduras resplandecientes, que estaban sentados, uno al principio y otro al fin del lugar donde fue puesto el cuerpo de Jesús. La dijeron los ángeles: Mujer: ¿por qué lloras? Respondió ella: Porque llevaron a mi Señor y no sé dónde le pusieron».

1. En estas palabras se ha de considerar primeramente, *el fervor de la Magdalena,* el cual resplandece: *a)* Lo primero, en *las grandes ansias* que tenía *de ver el cuerpo de su Maestro.* Y aunque éstas iban fundadas en falta de fe de su resurrección, pero como procedían de ferviente amor y de piadosa intención, eran agradables a su Amado.

a) De estas ansias nacía *la solicitud en buscarle,* y a esta causa no se sentó cabe el monumento, sino siempre estaba en pie, como a punto para buscarle a una y otra parte, inclinándose una y otra vez a mirar el sepulcro, por ver si hallaba la segunda vez lo que no halló en la primera; porque quien mucho ama a Dios no cesa de repetir las mismas oraciones y multiplicar las mismas diligencias para hallarle.

b) De aquí procedió que, *aunque sus compañeras se volvieron del sepulcro,* contentándose con lo que los ángeles les habían dicho, y San Pedro y San Juan se tornaron a su posada contentos con haber visto las mortajas, pero ella no se contentó con nada de esto, sino *se quedó allí con*

gran perseverancia, como quien dice: aquí perdí lo que tanto amo; aquí lo hallaré, o aquí moriré hasta hallarlo.

c) Finalmente, mostró su fervor *en las lágrimas* que derramaba por esta causa, sin que fuese parte la vista de los ángeles tan hermosos y resplandecientes para enjugarlas, porque no hallaba ningún consuelo en vista de criaturas la que tenía puesto todo su deseo en ver a su Maestro, que era el Creador.

En estas cuatro cosas he de imitar a esta fervorosa mujer, buscando a Dios nuestro Señor con un deseo *vehemente, solícito, perseverante* y *devoto,* resolviéndome de no tomar consuelo superfluo en cosa creada hasta hallar a mi Creador, diciendo lo que dice David a otro propósito: «No entraré en el retrete de mi casa ni subiré en el lecho de mi descanso; no daré sueño a mis ojos ni reposo alguno a mis párpados hasta que halle el lugar donde está mi Dios y el tabernáculo donde mora el Dios de Jacob, para entrar dentro de él y estar siempre en su compañía. En lo cual también imitaré el fervor con que la Esposa buscaba a su Amado por todas las calles y plazas de la ciudad, sin detenerse con las guardas ni descansar un punto hasta que le halló, porque de los que buscan de esta manera se entiende lo que dice Cristo nuestro Señor: «Quien busca, halla».

2. Lo segundo, se ha de considerar *la razón de estas fervorosas lágrimas,* que la misma Magdalena dio a los ángeles diciéndoles: «Lloro porque llevaron a mi Señor y no sé dónde le pusieron». Como quien dice: ¿No os parece bastante causa para llorar, haberme llevado a mi Señor y todo mi bien, sin saber quién le llevó y adonde le pusieron? Antes lloraba su muerte, pero me consolaba con tener su cuerpo; ahora me han quitado este consuelo que me quedaba y por esto lloro, ni hallo para mis lágrimas remedio. En lo cual ponderaré que *las lágrimas son bien empleadas,* principalmente *por dos causas:*

a) La primera, *cuando nuestros pecados nos han quitado a Dios del alma,* privándonos de su gracia y amistad; y estas lágrimas son semejantes a las que derramó la gloriosa Magdalena a los pies de Cristo cuando echó de ella los siete demonios y le perdonó sus pecados.

b) La segunda causa es *cuando,* sin saberlo nosotros, *se nos ausenta Dios* y nos deja en tinieblas y sequedad de espíritu, con tanta oscuridad, que apenas sabemos adonde y cómo buscarle. Y estas lágrimas son semejantes a las que derramaba la Magdalena en esta ocasión buscando a su Maestro y Redentor; y ambas lágrimas son prendas grandes de que hallaremos a Dios nuestro Señor si con ellas le deseamos y buscamos,

diciendo con el real profeta David: «Las lágrimas fueron mi pan de día y de noche, oyendo a los que me dicen cada día: ¿Dónde está tu Dios?».

¡Oh Dios mío, que solías estar dentro de mi alma como en tu sepulcro, descansando y alegrándome con tu presencia!, ¿dónde estás ahora? ¿Quién te me ha llevado y sacado de mi corazón? ¿Cómo me has dejado solo, seco, triste y desconsolado? Si mis pecados te han quitado de donde estabas, quítalos de mí por tu infinita misericordia para que puedas volverte a tu lugar, y yo le conservaré siempre limpio, con tu gracia, para que otra vez no alejes de mí tu presencia por todos los siglos. Amén.

PUNTO TERCERO

Cómo fue Cristo consolando a la Magdalena.

Compadeciéndose Cristo nuestro Señor de las muchas lágrimas de la gloriosa María Magdalena, quiso consolarla para cumplir la palabra que dio cuando dijo: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados». Pero en esto *procedió poco a poco,* para su mayor bien.

1. Porque, lo primero, se le apareció, no poniéndosele delante de los ojos, sino *a las espaldas,* haciendo algún ruido para que ella volviese a mirarle. «Volvió atrás, y vio a Jesús que estaba allí en pie». En lo cual se *nos representa el modo como Dios* nuestro Señor *busca las almas que le tienen vueltas las espaldas,* y le dejan y no le conocen ni le respetan como es razón, por no conocerle. A las cuales dijo por el profeta Isaías: «Tus oídos oirán la voz del que tienes a las espaldas, y te amonesta el camino que has de andar». Estas voces son algunas inspiraciones y toques interiores con que las convida Dios nuestro Señor a que vuelvan el rostro al que tienen detrás de sí para que Él pueda también mirarlas y compadecerse de ellas, diciéndoles aquello de los Cantares: «*Vuélvete, vuélvete,* Sunamitis, *vuélvete, vuélvete* para que te miremos». *Cuatro veces le dice que vuelva su rostro* hacia Dios, para denotar que desea una vuelta muy fervorosa y perfecta, convirtiendo a Dios su corazón, su alma, su espíritu y sus fuerzas, cumpliendo el mandato del amor, con estas cuatro condiciones que en él se piden.

¡Oh alma mía, Sunamitis y cautiva de tus aficiones desordenadas, mira que las tres divinas Personas te dicen que les vuelvas tu rostro, porque desean mirarte con el suyo! Y pues todo tu bien esta en que Dios te

mire, no tardes en mirar al que te convida que le mires, para mirarte y compadecerse de ti.

2. Lo segundo, aunque la Magdalena miró a Cristo nuestro Redentor, no le conoció, porque se le apareció *en traje disfrazado, como de hortelano,* por cuanto tenía muy corta fe y no merecía verle al descubierto por su imperfecta disposición; en lo cual se nos avisa que la mortandad y tibieza de nuestra fe es causa que estando Dios presente en todo lugar, y estando Cristo nuestro Señor presente en el Santísimo Sacramento, no le conocemos, ni respetamos, ni tratamos como cosa presente. Y así, *se aparece en figura de hortelano* para significar la necesidad que tienen los imperfectos de que Cristo nuestro Señor escarde y labre el huerto de sus almas, limpiándolas de las malas yerbas de las culpas e imperfecciones, y avivando en ellas las virtudes.

¡Oh dulcísimo Jesús, pues sabes que ni el que planta es algo ni el que riega, sino Tú, Dios mío, que das el aumento, aumenta mi fe y las virtudes, apartando de ellas sus imperfecciones, para que sea digno de conocerte, de modo que te ame y sirva con perfección!

3. Lo tercero, volviendo la Magdalena el rostro hacia Cristo nuestro Señor, *Él le dijo* con una voz diferente de la que solía hablar: *«Mujer, ¿por qué lloras?, ¿a quién buscas?»*. En lo cual se ha de ponderar que *cuando Dios hace tales preguntas* en casos semejantes, haciéndose del que no sabe, quiere dar a entender que *hay allí algo que no aprueba,* ni lo sabe con la ciencia que llaman de aprobación.

Y así, cuando la Magdalena lloraba a sus pies y los regaba con lágrimas, no le dijo: ¿Por qué lloras? ¿a quién buscas? Porque aquellas lágrimas se fundaban en profundo conocimiento de sus pecados y en viva fe y amor del Señor que tenía presente, el cual las conocía y aprobaba. Pero en este caso, *como las lágrimas procedían de ignorancia* y *falta de fe,* llorando por muerto al vivo, y buscando al vivo entre los muertos, le dice: ¿Por qué lloras?, ¿a quién buscas? Como si dijera: ¿Sabes por qué lloras y a quién buscas? Sin duda que no lo sabes bien, porque si lo supieras, no me lloraras de esta manera por muerto, ni buscaras como ausente al que tienes presente. En lo cual nos enseña Cristo nuestro Señor, cómo su voluntad es que examinemos bien *la causa de nuestras lágrimas* y *suspiros,* y también *qué es lo que buscamos* y *pretendemos en su servicio,* porque no se mezcle algo que sea contrario a Dios o desdiga de lo que a su grandeza y a nuestra perfección convienen. Y porque muchas veces pensaré que lloro por mis pecados, y no lloro sino *por la afrenta o daño temporal que me resultó de ellos;* y pienso que lloro por ir a ver a

Dios, y no es sino *por huir el trabajo que padezco.* Y también acontece pensar que busco a Dios y su gloria, y verdaderamente *me busco a mi mismo, a mi honra o provecho.* Y si busco a Dios, es con mezcla de estas imperfecciones. Y a esto, con mucha razón, me dirá Dios: ¿Porqué lloras?, ¿a quién buscas?

¡Oh Dios de mi alma, concédeme que llore por mis pecados y por tu ausencia, de modo que Tú apruebes mis lágrimas, y que busque lo que deseo, de modo que T ú apruebes mi pretensión!

PUNTO CUARTO

Propiedades de la encendida caridad.

Pensando la Magdalena que el que estaba allí era hortelano, le dijo: «Señor, si tú le llevaste, dime dónde le pusiste, y yo le traeré».

En estas palabras descubrió la Magdalena el exceso de su ferviente amor, el cual con gran violencia la tenía como enajenada de sí misma, y la hizo sacar fuerzas de flaqueza para ofrecerse a más de lo que podía. Y así, muy al vivo se ven aquí pintadas *las propiedades de la encendida caridad,* que se llama unitiva y violenta.

1. La primera propiedad es que *arrebata el corazón* y *la lengua del que ama,* y *le saca de sí,* para que siempre piense en su Amado, y piense que todos piensan en Él, y hable siempre de El, imaginando que todos le entienden. Y así, la Magdalena no dijo «si tú llevaste el cuerpo de mi Maestro», sino solamente «si tú lo llevaste», porque imaginaba que el hortelano la entendía y sabía de quién hablaba, por estar absorta en pensar solamente en su Amado. Y por esta señal conoceré yo si tengo grande amor de Dios, pues como Él dijo: donde está tu tesoro allí está tu corazón, y por consiguiente, allí está tu lengua, tus ojos, tus pies y manos, ocupándose todo tu espíritu en la vista y amor del tesoro, en guardarle y acrecentarle con cuidado.

¡Oh Dios infinito, sé Tú mi tesoro y arrebata mi corazón y cuanto tengo, para que donde estás Tú, allí esté yo viéndote y gozándote sin fin! Amén.

2. La segunda propiedad de esta encendida caridad es *causar en el que ama olvido de sí* y *de sus cosas,* y hacerle que se humille y sujete a toda humana creatura, en razón de salir con su pretensión; y a veces *dice* y *hace cosas que al juicio humano parecen locuras, pero son excesos de amor,* al

modo que David, olvidado de su real grandeza, saltaba y bailaba delante del arca, y burlando de él su mujer Micol, él no hizo caso de ella, antes se humillaba y saltaba más delante de Dios. Y la misma Magdalena, herida de amor, fuese al convite donde estaba Cristo y se echó a sus pies sin reparar lo que dirían los convidados, olvidada de todos, como si estuviera sola. Y en el caso presente, con el mismo enajenamiento, con grande humildad y reverencia, llama señor al hortelano para acariciarle y persuadirle que la descubriese dónde estaba el cuerpo de su Maestro. Y le dice «si tú le llevaste», no reparando en que no llevaba camino que el hortelano hubiese desenterrado un difunto y sacado del sepulcro donde su mismo dueño le había puesto. Y *por esta segunda señal conoceré yo la grandeza o pequeñez de mi caridad;* porque si el amor de la hacienda en los avarientos, *y* el amor de la honra en los ambiciosos, y el amor del deleite en los sensuales tiene tanta fuerza que los enajena de sí y los hace que, olvidados de sí mismos y de sus cosas, se humillen y sujeten a otros y hagan cosas que parecen desatinos al que no ama como ellos, ¿cuánto más hará todo esto y con mayor fuerza el encendido amor de Dios en aquellos que han entrado en la bodega de sus vinos? Y si el mismo Señor no ordenase en ellos la caridad, harían locuras y demasías, pero Él la pone en orden. Y si hacen algo que parece locura al que no ama, es cordura en los ojos del que sabe qué cosa es amar.

¡Oh Rey Eterno! éntrame en la bodega de tus vinos, embriágame con el vino fuerte de tu amor, sácame de mí para traspasarme en Ti, causa en mi alma olvido de mis cosas para que solamente atienda a las que son tuyas, humillándome hasta ser tenido del mundo por loco, para ser delante de tus ojos sabio.

3. La tercera propiedad de la ferviente caridad es *sacar fuerzas de flaqueza* y *hacer al que ama que se ofrezca a mucho más de lo que puede,* en razón de servir a su amado, confiando, no en las fuerzas que tiene de suyo, sino en las que Dios le ha de dar. Y así, la Magdalena, encendida en este amor, se ofreció valerosamente a ir por el cuerpo de su Maestro dondequiera que estuviese, sin exceptuar lugar alguno y sin reparar en que era día solemne, y el sol era ya salido, y ella mujer flaca, y la carga un cuerpo muerto, y cuerpo de un crucificado, aborrecido de los judíos, y sentenciado a muerte por el presidente, sin cuya licencia no se atrevió José de Arimatea a darle sepultura: pero ella, rompiendo por este muro de dificultades, dice: a Yo le llevaré y volveré a su lugar».

¡Oh Amor invencible, que vences todo lo dificultoso y áspero de esta vida, y *de nada eres vencido!* Tú llevas al que te lleva y haces ligera la

carga de que te cargas; Tú pones sobre nuestros hombros a Cristo y haces que nos lleve Cristo, ayudándonos contigo a llevar toda la carga. ¡Oh Amor fortísimo, verdaderamente eres fuerte, no menos que la muerte, pues te atreves a lidiar con muertos y a romper las dificultades de muerte por servir a tu Amado! ¡Oh Dios eterno y amador infinito, embriágame con la dulzura de tu amor para que, mudando con él mi fortaleza, corra en tu servicio sin parar, y camine sin desfallecer, llevando cualquier carga que me pusieres, fiado que me darás fuerzas para llevarla!

Con este espíritu me tengo de ofrecer a *llevar a Cristo muerto sobre mí;* esto es, su mortificación en mi cuerpo, del modo que Él mortificó el suyo, conforme a lo que dice San Pablo: «Siempre traemos de una parte a otra en nuestro cuerpo la mortificación de Cristo Jesús», etc. «Mirad que habéis sido comprados con grande precio; glorificad y llevad a Dios en vuestro cuerpo».

PUNTO QUINTO

Cristo se descubre a la Magdalena.

1. Viendo Cristo nuestro Señor el fervor y lágrimas y ofrecimientos de la Magdalena, se le descubrió, llamándola por su propio nombre y con el tono de voz que solía, diciendo: *María;* y al punto le reconoció y respondió: *Maestro*. En lo cual se ha de ponderar *la omnipotencia de Cristo, llena de dulzura* y *suavidad,* pues con una sola palabra, diciendo «María» trueca el corazón de esta devota sierva suya, y desterrando de ella toda tristeza, la llena de incomparable alegría; ilustró su entendimiento con nueva luz, deshaciendo todas las tinieblas de infidelidad que tenía, y encendió su voluntad con nuevo fuego de amor para que amase como a Dios vivo al que amaba como a hombre muerto.

¡Oh Dios inmenso, cuán inmenso es el amor que tienes a los que conoces por su propio nombre! A éstos muestras tu divino rostro y los alegras con tu presencia, porque hallaron gracia delante de Ti. ¡Oh dichosa Magdalena, a quien Cristo conoció por su propio nombre y con él la llamó, y llamándola se le descubrió para qué conociese al que la conocía, y viese al que deseaba, y hallase al que con tanto amor buscaba! Halle yo, Señor, gracia en tus ojos, y conóceme de esta manera para que llegue a conocerte como soy conocido, y a amarte como soy amado

2. También se ha de ponderar *la respuesta de la Magdalena,* que fue: *Maestro mío;* porque, arrebatada del amor, llamó a su Amado con el nombre que solía llamarle. Cuando habló con los ángeles, usó del nombre de reverencia, llamándole mi Señor; ahora que habla con Él mismo, llámale con nombre de reverencia y amor, llamándole *Maestro mío;* porque en oyendo aquella palabra, María, experimentó dentro de su alma los efectos de su divino magisterio por la plenitud de luz que la infundió, y así se echó a sus pies, donde solía estar oyendo su doctrina.

¡Oh Maestro soberano, que tan en breve enseñaste tantas grandezas a esta fervorosa discípula tuya; ilustra mi entendimiento para que yo también las conozca, y conociéndolas, te ame como ella te amó!

3. Finalmente, viendo Cristo nuestro Señor que María, postrada a sus pies, quería besárselos, le dijo: *«No me quieras tocar,* porque no he subido a mi Padre, sino ve a mis hermanos y diles de mi parte: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios». En lo cual se han de ponderar *las causas de no haber consentido que la Magdalena le tocase* como otras veces solía: *a)* La primera fue porque, *con el fervor, se abalanzó a quererle tocar con demasiada familiaridad;* y quiso nuestro Señor que entendiese que de allí adelante había de tratarle con más reverencia, como quien estaba ya en vida gloriosa y cerca de subir a su Padre. Y, generalmente, *gusta su Majestad que juntemos reverencia con el amor.*

b) La segunda causa fue *la imperfección de fe que tenía,* porque así como por esta causa no se le descubrió de un golpe, sino poco a poco, primero en figura y voz de hortelano, después en su propia figura y voz, así no quiso hacerla de golpe todos los favores, sino primero se le descubrió para que le conociese y se gozase de verle, y después, cuando su fe estuvo más perfecta, se dejó tocar de ella. Y por esta razón dijo: No me toques, porque dentro de tu corazón aún no he subido a mi Padre, pues aún no crees bien que con vida gloriosa subo a mi Padre celestial.

¡Oh Maestro soberano, subid dentro de mi corazón lo más alto que es posible, dándome la suprema fe y estima que puedo tener de vuestra grandeza para que sea digno de veros y abrazaros con entrañable caridad!

4. También se ha de ponderar *la ternura de aquel recado tan amoroso que envió el Señor a sus discípulos,* no se desdeñando de llamarlos hermanos, para que entendiesen que la gloria de la resurrección no le había mudado la condición, antes les daba mayores muestras de amor con este nombre de hermanos; y lo que les mandó decir es: Ya he resucitado para

subir a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios; mi Padre por la generación eterna, y vuestro por la adopción graciosa; y mi Dios por la unidad de naturaleza, y vuestro por la unión de caridad.

¡Oh amantísimo Jesús, gracias os doy cuantas puedo por este favor tan grande que nos hacéis en darnos a vuestro Padre por nuestro Padre y a vuestro Dios por nuestro Dios! ¡Oh alma mía!, si tienes tal Padre, ¿qué más quieres? Y si tienes tal Dios, ¿qué más buscas? ¡Oh Padre mío, mostraos ser mi Padre, haciéndome digno hijo vuestro! ¡Oh Dios mío, mostraos ser mi Dios, haciéndome un espíritu con Vos por unión de perfecta caridad! Amén.

Meditación 5

La aparición a las demás mujeres con la Magdalena

PUNTO PRIMERO

Cuidado de Cristo en premiar a sus fieles siervos.

Partiéndose la Magdalena con grande gozo, alcanzó a sus compañeras en el camino, y tratando con ellas lo que le había sucedido, todas se encendieron en grande deseo de ver a su Maestro, el cual, atendiendo a este deseo y al fervor con que habían madrugado, les salió al encuentro y les dijo: «Dios os salve».

Aquí se ha de ponderar *el cuidado grande que tiene Cristo nuestro Señor en premiar los trabajos* y *vigilias de los suyos,* aunque dilata la visita hasta que se hagan más dignos de ella, para que les entre más en provecho; aprendiendo de aquí a no desistir de mi pretensión por ninguna dilación. Y es motivo de grande consuelo ver la bondad de Cristo nuestro Señor, por la cual *no repara en nuestras imperfecciones* cuando con sana y fervorosa intención deseamos agradarle, como sucedió a estas mujeres, las cuales con falta de fe fueron a ungirle, pero con entrañable deseo de servirle; y mirando esta intención, quiso consolarlas. ¡Oh, qué contentas y alegres quedaron con su vista y por cuán bien empleados dieron los trabajos pasados! Porque con aquella palabra, *Avéte,* que quiere decir *Dios os salve, o gozaos* y *alegraos,* quedaron todas llenas de salud espiritual y de alegría grandísima porque la palabra de Cristo es eficaz y obra todo lo que significa. Y no sin misterio usó de esta palabra el Salvador, de la cual

había usado San Gabriel cuando anunció a la Virgen la Encarnación, para confirmar lo que el ángel había dicho, anunciándolas que por su resurrección se les quitaría la maldición de las culpas, que por una de ellas todos incurrimos.

¡Oh Salvador mío, ven a mi alma y a sus potencias, y diles: *Avéte,* Dios os salve; porque con tu palabra todas quedarán llenas de la bendición y gozo que nos has ganado con tu gloriosa resurrección!

PUNTO SEGUNDO

Adoran las mujeres al Salvador.

1. En viendo las mujeres a Cristo nuestro Señor, luego se acercaron; y *abrazaron sus pies* y *le adoraron.* No se arrojaron precipitadamente a esto, como la Magdalena se arrojó la primera vez, sino con grande reverencia se llegaron a Él y le adoraron; y dándoles licencia, tomaron sus pies sacratísimos y los besaron con grande amor. Y aquí alcanzó la Magdalena el cumplimiento de su deseo, tocando también los pies de Cristo. ¡Oh, qué dulzura sentirían con este tocamiento, besando aquellas preciosas llagas que con tanto deseo habían procurado ungir! Ellas vinieron al sepulcro para ungir a Cristo, pero Cristo las ungió con la unción de que El estaba ungido, que era con óleo de alegría, y con la devoción del divino espíritu que derramó sobre ellas.

2. *A imitación de estas santas mujeres,* que, como cuenta San Marcos, *fueron tres* las principales, tengo de procurar que *las tres potencias de mi alma* se ocupen en ungir a Cristo nuestro Señor: la memoria con santos pensamientos, el entendimiento con pías meditaciones, la voluntad con fervorosos afectos. Comprando estas unciones del que dijo: «Venid y comprad sin plata y sin conmutación alguna», porque nos da de gracia el precio con que las compramos, con cuyo fervor he de ofrecerle por precio muchos ejercicios de mortificación, suplicándole me dé estas especies aromáticas con que ungirle, pues de su mano me ha de venir todo lo bueno.

¡Oh Cristo Jesús, ungido por tu Eterno Padre con óleo de alegría sobre tus compañeros! Poca necesidad tienes de ser ungido con unciones tan viles como las mías; pero es tan grande tu caridad, que tienes por óleo y unción de alegría tuya verme encendido en amor tuyo. Ves aquí te ofrezco las especies aromáticas que he comprado, que son afectos de

alabanza, y agradecimiento, de amor y confianza, con vivos deseos de tener todas las virtudes para ungirte con ellas. Pero Tú, Señor, que previenes a los que te buscan, anticipa conmigo tus misericordias, dame licencia que toque con el espíritu tus sacratísimas llagas, y con el licor preciosísimo que salió de ellas, unge mi corazón con la gracia de tu divino Espíritu, para que siempre se ocupe en tu amor y servicio. Amén.

PUNTO TERCERO

Recado que Cristo envía a sus Apóstoles.

Luego les dijo el Señor: «No queráis temer; id y decid a mis hermanos que vayan a Galilea, que allí me verán».

1. En este recado se ve cómo es propio del espíritu de Dios conformarse con *el espíritu* de los ángeles y *de sus ministros,* diciendo lo mismo que ellos y confirmando lo que ellos han dicho, pero con mayores muestras de amor. Los ángeles dijeron: Decid *a sus discípulos* que se vayan a Galilea: Cristo nuestro Señor dijo: Decid *a mis hermanos;* y el que no llamó a los ángeles sus hermanos, llama así a los hombres en señal de amor más tierno y dulce, por razón del parentesco y semejanza de la humana naturaleza.

¡Oh amantísimo Jesús, cuán dulce es para mis oídos esta palabra que sale de tu boca: decid a mis hermanos! Nunca me canso de oírla, aunque la repitas muchas veces. Dímela, Señor, al corazón, y dame a sentir el espíritu que tienes puesto en ella, para que alcance la semejanza, de vida que de tal hermandad procede.

2. También se ha de ponderar *la causa* por la que Cristo nuestro Señor mandó a los Apóstoles, como antes también lo habían dicho los ángeles, *que se fuesen a Galilea, que allí le verían,* supuesto que aquel mismo día pensaba verlos en Judea y en Jerusalén, donde entonces estaban. *La causa fue* porque aquel lugar de Judea estaba muy inquieto y turbado, y, ellos estaban allí llenos de turbación, y miedo: Y así, para que gozasen de su presencia más a su gusto, les mandó ir a Galilea, donde habría más quietud. Dándonos a entender, que, aunque de paso nos visita *Dios* en medio de los tráfagos y turbaciones del mundo, pero *gusta que busquemos lugar quieto* donde podamos verle despacio y conversar con Él en la oración y contemplación. Y el nombre de Galilea significa algo de esto, porque quiere decir *transmigración*, y los que han de ver y gozar de Cristo resucitado, se han de traspasar y mudar del vicio a la virtud, de la

vida ancha a la estrecha, de la inquietud a la quietud, de la tibieza al fervor y de la imperfección a la perfección.

¡Oh dulcísimo Jesús, pues tan amigo eres de Galilea, múdame Tú y traspásame con esta mudanza que tanto te agrada, para que sea digno de verte por la contemplación en esta vida, y después traspásame de ella a la otra, donde te vea faz a faz por toda la eternidad! Amén.

Meditación 6

La aparición a San Pedro y lo que sucedió antes de ella

PUNTO PRIMERO

Del mérito de la fe y dificultad en creer.

Llegando las mujeres donde estaban los discípulos, como dice San Marcos, tristes y llorosos, y dándoles el recado de los ángeles, no les dieron crédito, antes, como dice San Lucas, les parecieron desvarios y sueños las palabras que les decían; y aun cuando después les dijo la Magdalena que le había visto, tampoco la creyeron.

1. En lo cual se representa *cuán dificultoso* y *heroico es el acto de fe* que nos levanta a creer algo contra lo que hemos visto con los sentidos; *y cuán mal correspondemos los hombres a lo mucho que Dios hace por nosotros,* pagándolo con incredulidad y con tenerlo por desvarío, siendo más desvarío no creerlo como Dios lo ha revelado. Porque habiendo dicho Cristo nuestro Señor a sus discípulos que había de ser crucificado y que al tercer día resucitaría, y diciéndoles ahora estas mujeres el recado de los ángeles y las señas tan ciertas de que se fuesen a Galilea, donde le verían, como El se lo había dicho la noche de la cena, con todo eso no lo creyeron, teniendo por desvarío pensar que un hombre muerto en cruz, desangrado y llagado por tantas partes, hubiese resucitado, olvidándose de la revelación y de la resurrección de Lázaro y de otros milagros que su Maestro había hecho.

¡Oh Maestro soberano, con mucho gusto cautivo mi entendimiento en servicio de la fe, y niego todos mis sentidos por creer lo que Tú revelas, y estoy cierto que esta carne y estos huesos que ahora tengo, aunque se conviertan en polvo y ceniza, han de tornar a resucitar, y en ellos espero de

ver a Ti, mi Dios y mi Salvador, porque no dudo de tu omnipotencia, ni menos de tu voluntad, pues lo tienes revelado y prometido!

2. De aquí tengo de sacar *huir de dos extremos: Uno, de los que ligeramente creen* a cualesquier revelaciones y visiones de mujeres, con peligro de creer muchas cosas que son desvarios *y* sueños o antojos de su imaginación. *Otro, de los muy duros de creer,* y que todo lo tienen por desvarío, lo cual es grande yerro, pues aunque sean mujeres y gente idiota, por su devoción *y* fervor suelen ser dignas de tener verdaderas apariciones de ángeles y del Señor de los ángeles, como se ve en el caso presente; y deben ser creídas, especialmente cuando son en confirmación de verdades de nuestra santa fe. Y no es menor yerro llamar desvarío de la imaginación a la revelación de Dios, que llamar revelación de Dios al desvarío de la imaginación.

PUNTO SEGUNDO

Virtudes de Pedro y Juan en ir al sepulcro.

Entre los discípulos, *los dos más fervorosos,* que se señalaron más en el amor de Cristo nuestro Señor, es a saber, Pedro y Juan, se resolvieron de ir al monumento y ver por vista de ojos lo que las mujeres decían; y aunque Juan llegó primero al sepulcro, entró primero Pedro, y vieron aun lado la sábana en que se envolvió el cuerpo, y al otro lado cogido el sudario con que se cubrió la cabeza; lo cual era cierta señal de que el cuerpo no había sido hurtado, sino que había resucitado; *y* creyeron lo que las mujeres les habían dicho.

1. Aquí se ha de ponderar cómo *estos dos discípulos no dieron en el extremo de los otros,* teniendo por desvarío la revelación que contaban las mujeres, sino quisieron probar el fundamento y señales de ella; porque *propio es de los fervorosos discretos hacer diligencias para enterarse bien de las cosas de Dios;* y como el amor vence grandes dificultades, así con saber estos dos Apóstoles la persecución que los judíos levantaban contra los discípulos de Cristo, y que habían puesto guardas al sepulcro, se resolvieron de ir a ver lo que pasaba. Pero no carece de misterio que no se les aparecieron ángeles como a las mujeres; quizá fue la causa porque no era menester, pues por el dicho de ellas y por las señales que vieron de las mortajas que se quedaron allí cogidas, creyeron que Cristo había resucitado, acordándose con esta ocasión de las palabras que su Maestro les había dicho. Por donde se ve que *las visiones de los ángeles no son in-*

dicio de mayor santidad, pues algunas veces se conceden a los que tienen virtud más tierna y flaca.

2. También consideraré como *por estos dos Apóstoles, Pedro* y *Juan, son figuradas* las virtudes principales con que hemos de buscar a Cristo nuestro Señor, que son *fe* y *caridad:* la fe descubre las verdades y entra, como San Pedro, primero en el sepulcro; y luego entra el amor, como entró San Juan, y con esta entrada se aumenta y fortifica la fe y se perfecciona el conocimiento de ella. *Y también son figuradas las dos vidas, activa* y *contemplativa,* que nos llevan a Cristo: la activa entra primero disponiendo, y luego la contemplativa, poseyendo *y* gozando.

¡Oh amantísimo Jesús, esclarece mi fe y enciende mi caridad, para que, pospuesto todo temor humano, te busque y entre adonde quiera que pueda hallarte; perfecciónanme con los ejercicios de la vid y activa en todo género de virtud, para que suba a los ejercicios de la vida contempladlo escondido de tu rostro para verte y gozar de la belleza y hermosura que tienes en tu gloria!

El misterio de haber dejado Cristo nuestro Señor las mortajas en el sepulcro se declaró al fin de la Meditación 2.

PUNTO TERCERO

Aparición de Cristo a San Pedro.

Volviéndose San Pedro y San Juan a su posada, San Pedro se retiró aparte, rumiando lo que había visto y, como dice San Lucas, «admirándose consigo mismo y a sus solas de lo que había sucedido»; y estando así se le apareció Cristo nuestro Señor, como se saca de aquellas palabras que refiere el mismo San Lucas que decían los Apóstoles: «Resucitado ha el Señor verdaderamente, y aparecido a Simón».

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, cómo *San Pedro se hizo digno de esta aparición,* disponiéndose para ella con la diligencia de ir al sepulcro, y con la meditación que tuvo dentro de sí de lo que había visto. Y aunque San Juan fue con él al sepulcro, con todo esto no se le apareció Cristo nuestro Señor; para que se vea cómo *muchas veces se hacen mayores favores a los pecadores bien arrepentidos, que a los justos que no pecaron,* para consolarlos y alentarlos, como se declara en la parábola del hijo pródigo. Y así, no sin causa el primer varón y la primera mujer de los que cuentan los Evangelistas a quien Cristo se apareció, fueron pecadores,

porque «adonde abundó el delito, abundó mucho más la gracia». Con lo cual me alentaré a confiar en Dios, aunque haya sido gran pecador, disponiéndome con la oración y fervor de la vida para recibir sus dones, pues por Él no quedará.

2. Lo segundo, ponderaré *la vergüenza que tenía San Pedro de verse delante de su Maestro*, acordándose que le había negado; y es de creer se arrojaría a sus pies llorando amargamente su pecado y pidiéndole perdón de él. Pero *Cristo* nuestro Señor, sin duda, *le consoló* y aseguró del Perdón y le llenó de alegría. ¡Oh, qué palabras tan tiernas le diría y qué avisos tan saludables le daría! Podemos imaginar que le dijo: «Paz sea contigo, no-temas; Yo soy; perdonados te son tus pecados; confirma a tus hermanos». ¡Oh, qué gozoso quedaría el santo Apóstol con la vista y palabras de su Maestro, cuán confirmado en la fe y cuán encendido en el amor!

¡Oh dulce Jesús, cuán grande es la muchedumbre de vuestra misericordia para todos los pecadores que de corazón lloran sus pecados! Sin duda recibierais a Judas y le aparecierais resucitado, como a Pedro, si hiciera penitencia como Pedro la hizo. Bendita sea vuestra misericordia, por la cual os suplico me hagáis digno de vuestra soberana aparición en el reino de la gloria.

3. Últimamente, ponderaré cómo *San Pedro,* con gran gozo, se partió adonde estaban sus compañeros para *confirmarlos en la fe,* como Cristo nuestro Señor se lo había encargado; y fue tan poderoso su testimonio, que muchos creyeron por él, como se saca de aquellas palabras que dijeron: «Resucitado ha el Señor verdaderamente, y a aparecido a Simón»; como quien dice: Resucitado ha, no con fingimiento o apariencia, sino con toda verdad. Y esto lo sabemos, no porque se apareció a Magdalena o a otras mujeres, sino porque se apareció a Simón, cuyo dicho es de grande autoridad. De donde sacaré, a imitación de este Apóstol, ser agradecido a las mercedes que recibiere de nuestro Señor, y aprovecharme de ellas para confirmar a mis hermanos en la virtud: y tanto más tengo de hacer esto, cuanto mayores partes tuviere para persuadir y ser creído.

¡Oh glorioso Apóstol con mucha razón os llamáis Simón, que quiere decir obediente, pues tan obediente sois a la voz de vuestro Maestro en cumplir todo lo quo os manda, haciendo el oficio de piedra, como Pedro, y de cabeza como Cefas, en confirmar y fortalecer la fe de vuestros condiscípulos, cuya cabeza habéis de ser! Confirma también mi flaca fe y perfeccionad mi corta obediencia, para que crea con gran firmeza lo que creísteis, y obedezca con gran fervor a mi Señor, como Vos le obedecisteis.

Meditación 7

La aparición a los dos discípulos que iban a Emaús

PUNTO PRIMERO

Causas del suceso.

Dos discípulos, habiendo oído lo que las mujeres habían dicho, salieron a un lugar llamado Emaús, hablando entre sí, por el camino, de las cosas que habían sucedido; y acercándose a ellos Cristo nuestro Señor en forma de caminante, caminaba con ellos sin que le conociesen.

1. Lo primero, ponderaré *la causa de salirse en* esta ocasión *de Jerusalén estos dos discípulos,* la cual fue por alejarse del lugar que tenían por peligroso, y por tomar algún alivio en aquel lugar de Emaús, de donde era natural uno de ellos. Pero *la causa mística fue* para que entendamos cómo la *pasión del miedo* y *tristeza suele ser ocasión de salirse el alma de Jerusalén,* que quiere decir visión de paz y de la compañía de los discípulos de Cristo, que son los buenos, por buscar algún alivio corporal y algún regalo de la carne en medio de deudos carnales o personas mundanas, figuradas por *Emaús,* que quiere decir *pueblo despreciado,* o *temeroso consejo,* tomando en esto consejo muy errado, pues pongo a riesgo el consuelo divino por buscar el terreno. Y así, he de procurar no rendirme a esta pasión, porque si la misericordia de Dios no ataja los consejos que nacen de ella, vendré a perderme por su causa.

2. Lo segundo, ponderaré *las causas por qué Cristo* nuestro Señor *se dignó de aparecérseles* en este camino: *a)* La primera fue *la compasión que tuvo de ellos,* deseando como buen Pastor recoger estas dos ovejas que *iban descarriadas,* y volverlas al rebaño de las otras; para que entendamos cómo no descuida de este oficio, acudiendo con su misericordia a nuestra mayor necesidad, y siguiendo por detrás los pasos del que se va alejando de Él, hasta que le da un alcance.

¡Oh bendito sea tan buen Pastor, que así cuida de su ganado! Bien se echa de ver, Señor, que habéis puesto por él la vida y le habéis rescatado con Vuestra sangre, pues tanto cuidado ponéis en recogerle al aprisco de vuestra Iglesia, para de allí llevarle al aprisco eterno de vuestra gloria.

b) La segunda causa fue *porque iban afligidos* y *desconsolados,* y es muy propio de Cristo nuestro Señor asistir con los tales para moderar su tristeza y darles algún alivio en ella, según lo que dice por David: «Con él estoy en la tribulación».

¡Oh alma mía, si vieses al que está contigo en tus trabajos, aunque disfrazado y encubierto, sin duda te alegrarías en ellos, teniendo por gran dicha ser afligida, a trueque de estar bien acompañada!

c) La tercera causa fue *porque iban hablando cosas buenas,* y gusta Cristo nuestro Señor de asistir con los que hablan cosas semejantes, terciando en medio de sus buenas pláticas; y así, dijo: «Dondequiera que estuvieren dos o tres juntos en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos». De donde sacaré cuán acertado es hablar siempre de Dios en todo lugar, y entretenerse en semejantes pláticas con sus compañeros, especialmente en tiempo de trabajos, pues acude Cristo a ellos para consolarlos; y al contrario, cuán malo es hablar de cosas malas y profanas, porque Cristo nuestro Señor no se juntará con los que las hablan, antes huirá de ellos.

3. Ultimamente, ponderaré cómo los ojos de estos discípulos estaban impedidos para no conocer a Cristo, *por su poca fe;* por lo cual nuestro Señor permitió este impedimento hasta que su fe se fuese perfeccionando, porque, como dijo Isaías: «Si no creyereis no entenderéis». Otra causa fue *la mucha tristeza* y *aflicción interior que tenían;* significándonos por esto Cristo nuestro Señor que muchas veces está con nosotros en las tentaciones y trabajos, ayudándonos a pelear y sufrirlos con paciencia. Pero nosotros no le vemos ni reparamos en ello, antes pensamos que está ausente, porque no sentimos el favor de la sensible consolación.

¡Oh buen Jesús, no permitas que mis culpas causen tales tinieblas en la vista de mi alma, que teniéndote presente no te vea, y hablándome Tú dentro de mi corazón no te conozca; mas si por tu secreta providencia te escondieres, no me falte la presencia de tu gracia, para que no falte yo en hacer lo que debo por mi flaqueza!

PUNTO SEGUNDO

Suavidad de Cristo para con estos discípulos.

Les dijo Jesús: «¿Qué cosas son las que vais platicando y confiriendo entre vosotros, y por qué vais tristes?» Respondió uno de ellos, llamado

Cleofás: «¿Tú solo, entre los peregrinos y moradores de Jerusalén, no has sabido las cosas que han pasado estos días?» Les respondió Cristo: «¿Qué cosas?» Ellos dijeron: «De Jesús Nazareno, que fue varón profeta, poderoso en la obra y en la palabra delante de Dios y de todo el pueblo; y los sumos sacerdotes y príncipes nuestros le entregaron para que fuese condenado a muerte, y le crucificaron, y nosotros esperábamos que había de redimir a Israel».

1. Aquí se ha de ponderar *la suavidad de Cristo nuestro Señor en el trato con estos discípulos,* para hacerles descubrir la llaga de su infidelidad y curársela de raíz, para lo cual les pregunta de lo que tratan, y se hace del que no lo sabe, porque gusta oírlo de su boca; y en especial, se recrea con oír contar las cosas que por nosotros ha padecido, no desdeñándose de ellas, con ser tan afrentosas. De donde sacaré cómo es propio del espíritu de Cristo con sus inspiraciones provocarnos a hablar para dos cosas; es a saber: para publicar las grandezas de Dios, a gloria suya, y para descubrir nuestras miserias, por ser curados de ellas.

2. De parte de los discípulos, ponderaré *el magnífico concepto que tenían de su Maestro, aunque corto en razón de su divinidad.* Dijeron de Él que era poderoso: lo primero, en las obras; lo segundo, en las palabras; lo tercero, delante de Dios; lo cuarto, delante de todo el pueblo.

Me gozo, ¡oh Rey de gloria!, de que seáis poderoso en las obras, así de heroica santidad, como de grandes milagros, en los cuales se descubre vuestra infinita bondad y omnipotencia. Me gozo también de que seáis poderoso en la palabra, enseñando doctrina celestial que ilustra los entendimientos y arrebata las voluntades, aficionándolas a la verdad y a la virtud, en lo cual mostráis vuestra infinita sabiduría. Me gozo de que seáis poderoso delante de Dios para aplacar su ira y alcanzar copiosa misericordia para todos los hombres, en lo cual descubrís la igualdad que con Él tenéis. También me gozo de que seáis poderoso delante de todo el pueblo, mudando los corazones de los hombres y trayéndolos a vuestro servicio, en lo cual se descubre la eficacia de vuestra gracia. Mostrad, ¡oh Señor todopoderoso!, este vuestro poder conmigo, para que yo, conforme a mi caudal, sea poderoso en la obra y en la palabra delante de Dios y de los hombres obrando y hablando tales cosas, que agraden a Dios y edifiquen a los prójimos para gloria vuestra. Amén.

En estas cuatro cosas tengo de procurar señalarme por el orden dicho: porque no seré *poderoso en la palabra,* si no lo fuere *en la obra*; ni lo seré *delante de los hombres,* si primero no fuere *delante de Dios;* y si delante de Dios fuere poderoso por medio de la oración y confianza en su

omnipotencia, mucho más lo seré con los hombres, como lo dijo el ángel al patriarca Jacob.

3. Últimamente, ponderaré cómo *estos discípulos descubrieron su flaqueza* y *la falta de fe que tenían,* diciendo: «Esperábamos que había de redimir a Israel.» Como quien dice: Con esta su muerte hemos perdido la esperanza. «Aunque hoy es el tercer día y algunas mujeres de nuestra compañía fueron al monumento, y no hallando el cuerpo volvieron diciendo que habían visto ángeles que les dijeron que había resucitado». Con lo cual se representa la flaqueza de los imperfectos, los cuales suelen perder presto la grande estima que tenían de Dios y de sus cosas por un suceso adverso, contrario a su imperfecta aprensión, por no saber las trazas que tiene Dios para salir con sus intentos; como estos discípulos, que no entendieron que la muerte de Cristo era medio para la redención de Israel que ellos esperaban.

PUNTO TERCERO

Cómo reprendió Cristo a los dos discípulos.

Les dijo Jesús: «¡Oh necios y tardos de corazón para creer las cosas que han dicho los profetas!, ¿por ventura no convino que Cristo padeciese todo eso y así entrase en su gloria?» Y comenzando desde Moisés y de los profetas, les iba declarando todo lo que de Él estaba escrito.

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, *la aspereza de la reprensión de Cristo,* nuestro Señor, la cual no procedía de indignación, sino de compasión y celo, para avivar su fe y sacarlos de la ignorancia en que estaban. Los llamó *necios e ignorantes,* porque, con haberle oído tantas veces hablar de este misterio, no acababan de entenderle. Los llamó *tardos de corazón,* porque, teniendo bastantes indicios y motivos para creer, todavía estaban dudosos.

¡Oh Maestro Soberano, con cuánta más razón podías reprenderme y decirme: «Oh necio y tardo de corazón en creer lo que han dicho los profetas y evangelistas!, porque muchas cosas no entiendo como debo, ni las creo con fe viva de modo que las obre. Quita, Señor, de mí esta necedad y esta dureza de corazón, para que te conozca y sirva como conviene.

2. Lo segundo, ponderaré *aquella razón* que les dio Cristo nuestro Señor *tan profunda* y *admirable:* ¿Por ventura no convenía que Cristo

padeciese estas cosas, y *así entrase en su gloria*? En lo cual les da a entender que su ignorancia y dureza de corazón consistía en no haber caído en la cuenta de esta verdad. ¡Oh alma mía!, abre los ojos y considera que *si fue necesario que Cristo padeciese* tantas y tan graves aflicciones para entrar en la gloria, que era suya por título de herencia, como hijo natural del Eterno Padre, *mucho más necesario será que tú padezcas algunas cosas* para entrar en la gloria, que no es tuya, sino de Dios, a la cual por sola su misericordia te ha ordenado. Y si esto no te persuades, necia eres, tarda y dura de corazón, y digna de ser reprendida. Pero si lo crees con viva fe, obra lo que crees, sufriendo los trabajos que te sucedieren, pues está escrito que «todos los que desean vivir santamente con Cristo, han de padecer persecuciones» por su amor.

3. Lo tercero, ponderaré *la eficacia* con que Cristo nuestro Señor comenzó a interpretar las divinas Escrituras, *abriéndoles el sentido interior* del alma para que las entendiesen, y *encendiéndoles el corazón* con gran fuego de amor para que se aficionasen a ellas y al que se las iba declarando; y así, dijeron después: «¿Por ventura nuestro corazón no ardía en nosotros cuando en el camino nos hablaba y declaraba las Escrituras?». A esta declaración llaman *abrir las Escrituras,* que para ellos estaban cerradas, sacando a luz los misterios que allí estaban escondidos.

¡Oh Maestro del cielo, que tienes en tus manos las llaves de David para cerrar y abrir a tu voluntad las divinas Escrituras, cerrándolas a los soberbios y abriéndolas a los humildes! Ábrelas a este indigno siervo tuyo, de tal modo, que mi entendimiento quede ilustrado con la verdad de sus misterios, y mi voluntad quede abrasada con la caridad que descubriste en ellos. Háblame, Señor, en el camino de esta vida, para que mi corazón arda dentro de sí mismo, y mi alma se derrita con la dulzura de tu voz. ¡Oh dichosos discípulos que merecisteis oír a tal Maestro, cuyas palabras son hachas que lucen y arden, alumbran y encienden a los que las oyen: suplicadle me hable como os habló, compadeciéndose de mi necesidad, como se compadeció de la vuestra!

PUNTO CUARTO

Cristo hizo ademán de pasar adelante.

Llegando al lugar donde iban, hizo ademán que quería pasar más adelante, pero ellos le detenían y forzaban, diciéndole: «Quédate con nosotros, Señor, porque se va haciendo tarde y el día se acaba».

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, cómo Cristo nuestro Señor hizo este ademán de querer dejar estos discípulos y pasar adelante, aunque de verdad su deseo era quedarse con ellos, para significar que en su opinión estaba *lejos de ellos;* y para con esto *provocarlos a que le convidasen* y detuviesen, brotando afuera el fuego que ardía allá dentro; y para que con aquella obra exterior de *hospedar al peregrino* se hiciesen dignos de que Dios entrase *a hospedarse en sus almas* y las manifestase quién era.

¡Oh dulce Jesús! por más que lo disimules, es cierto que tus regalos son estar con los hijos de los hombres, y mucho más deseas estar con ellos, que ellos desean estar contigo; antes, si ellos desean tenerte consigo, es porque les infundes tal deseo para cumplir el tuyo. Gracias te doy por esta inmensa caridad que tienes a tus escogidos, por la cual te suplico no me excluyas de tener parte en ella. Amén.

2. Lo segundo, ponderaré cómo los discípulos, no sólo detenían a Cristo, sino *le forzaban a que se quedase con ellos,* porque Cristo nuestro Señor *gusta de ser forzado de nosotros* con oraciones, gemidos, lágrimas, penitencias y ruegos importunos, alegándole títulos y razones que le hagan fuerza para que nos conceda lo que le pedimos, hasta decirle como Jacob: «No te dejaré si no me das tu bendición»; ni dejaré de luchar contigo hasta que te rindas a darme lo que te pido. Aunque en tales casos no le forzamos nosotros, sino su bondad y caridad y misericordia le fuerzan a favorecernos; porque Él mismo nos imprime aquel espíritu con que le hacemos fuerza. *Y en negocio tan grave* como es el de mi salvación, no tengo de proceder a poco más o menos, ni tomarla con tibieza, sino *usar de toda la diligencia* y *violencia* que el mismo Señor me permite. Para esto ayuda mucho ponderar la oración que hicieron estos discípulos, diciendo: «Quédate, Señor, con nosotros, porque anochece y se acaba el día». Llaman *Señor* al que llamaron *peregrino,* por la reverencia y amor que le habían cobrado; y alegan por título para detenerle, que *era ya tarde* y *anochecía.*

¡Oh buen Jesús!, quédate conmigo, porque en mi alma se va oscureciendo la luz de la fe y el resplandor de la virtud, y el fervor de la caridad se va enfriando y declinando, y si Tú te vas, quedaré convertido en noche oscura y fría. Quédate, Señor, conmigo, porque el día de mi vida se va acabando y ahora tengo mayor necesidad de tu presencia cuando está más cercana la noche de mi muerte. Tú dijiste: Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y ambos vendremos a él y nos quedaremos con él. Deseo amarte y obedecerte con todo el afecto de mi corazón.

Quédate, Señor, conmigo, para que pueda cumplir mi deseo y llegar a la vida eterna, donde siempre esté contigo. Amén.

De esta oración jaculatoria usa la Iglesia en este tiempo, y podemos usar de ella a menudo, con el espíritu que se apuntó en el coloquio precedente.

PUNTO QUINTO

Se manifiesta Jesús a sus discípulos.

Sentándose con ellos a la mesa, tomó el pan, lo bendijo y lo partió, y se lo daba. Se les abrieron sus ojos y le conocieron, y al punto se les quitó de delante de los ojos.

c) Aquí se han de ponderar *las causas* por que Cristo nuestro Señor quiso manifestarse a estos discípulos estando en la mesa con ellos, *a)* La primera fue para que se entendiese *lo mucho que estimaba la hospitalidad* y *caridad,* y cómo estas obras de misericordia nos disponen para recibir a Cristo en sus pobres y alcanzar de Él grandes favores; pues como dice San Gregorio, estos discípulos no fueron ilustrados *cuando oyeron* los preceptos de Cristo, sino *cuando los cumplieron*. *b)* La segunda causa fue para que también entendiésemos *cómo es más poderoso el ejemplo que la palabra para darse a conocer;* y como Cristo nuestro Señor era poderoso en lo uno y en lo otro, les mostró *en el camino* la dulzura, y sabiduría de *sus palabras;* pero *en la mesa* les mostró la gravedad y modestia con que solía tomar el pan en sus manos, la devoción con que lo bendecía y daba gracias al Padre por ello, y la caridad con que lo repartía entre ellos; y *con la vista de estas virtudes* se les abrieron los ojos del alma para conocerle. *c)* La tercera fue para significar *la eficacia del Santísimo Sacramento de la Eucaristía,* figurado por este pan (o si de verdad fue el mismo Sacramento, como algunos dicen); el cual tiene virtud de alumbrar el alma y esclarecer los ojos interiores mucho mejor que la miel que esclareció los ojos de Jonatán; porque el gusto de la suavidad que se percibe en esta comida, nos descubre por experiencia la excelencia y soberanía de Cristo nuestro Señor que está en ella, y por ella obra tan maravillosos efectos.

De estas *tres causas* tengo de sacar deseos grandes de *ejercitar las tres cosas dichas,* esto es, *obras de misericordia* y *dar buen ejemplo* a otros y *frecuentar la comunión,* suplicando a este Maestro del cielo me

ayude para ejercitarlas de manera que mis ojos se abran para conocerle y servirle como merece.

1. Últimamente, ponderaré *las causas por que Cristo nuestro Señor desapareció luego,* dejándolos al tiempo que habían de gustar de su presencia. Esto hizo para que se entendiese la verdad de aquella sentencia de Job, que dice: «Lo visitas a la mañana y súbitamente le pruebas»; porque en esta vida mortal *las visitas de Dios no son de asiento* ni muy despacio, *sino de paso,* ausentándose luego, parte para nuestro ejercicio, parte *para que acudamos a las obras de caridad* con los prójimos. Y así fue en el caso presente, porque en desapareciéndose Cristo nuestro Señor, estos dos discípulos, llenos de grande alegría por haberle visto, y reprendiendo su tardanza en no haberle reconocido por el camino cuando les abrasaba y sentían arder el corazón con sus palabras, luego *se volvieron a Jerusalén a dar nueva de esto a los Apóstoles,* publicando cómo le habían visto y conocido en el partir del pan; y los que a la venida caminaban despacio y con pies de plomo, cargados de tristeza, a la vuelta caminaban de prisa con pies de ciervos, llenos de alegría.

¡Oh mudanza de la diestra del muy alto! ¡Oh poder infinito de nuestro dulce Jesús!; ¡cuán en breve, Dios mío, trocáis los corazones de vuestros discípulos, y cuán varios caminos tenéis para trocarlos! Visitadme, Señor, a menudo, aunque luego me probéis, porque un momento que dure vuestra visita basta para sacarme de la acedia y llenar mi alma de celestial alegría, dilatando mi corazón para que corra con ligereza por el camino de vuestros mandamientos hasta llegar a veros de asiento en el trono de vuestra gloria por todos los siglos. Amén.

Meditación 8

La aparición a los Apóstoles juntos en el mismo día de la Resurrección

PUNTO PRIMERO

Por qué Cristo dilató visitar a sus Apóstoles.

El mismo día de la resurrección, a boca de noche, recogiéndose los discípulos en su casa, cerrando las puertas por miedo de los judíos, y estando juntos, vino Jesús y se puso en medio de ellos.

1. Aquí tengo de ponderar: Lo primero, *las causas* por que Cristo nuestro Señor dilató *hasta la noche* visitar a sus Apóstoles *juntos,* habiendo entre ellos muchos que le amaban y deseaban ver, como San Juan, San Andrés y otros. Las causas fueron: *La primera,* porque entre ellos había algunos *muy duros en creer,* y era menester poco a poco disponerles para que les entrase en provecho la visita. *La segunda, para probar la paciencia de los más queridos,* y con esta dilación aumentar el deseo que tenían de verle, y disponerlos mejor para el favor que les pensaba hacer. *La tercera,* porque es costumbre de Dios nuestro Señor acudir al consuelo de los suyos, *cuando están más desconfiados* y *desahuciados de recibirle.* Y así, cuando los Apóstoles se encerraron en el cenáculo, desconfiados de ver aquel día a su Maestro, entonces entró de repente a visitarlos. De donde sacaré aviso para esperar con paciencia la visita de Dios y su consuelo, confiando que le dará en el tiempo que más conviniere, acordándome de lo que dijo Habacuc: «Si se tardare, espérale, porque vendrá sin duda, y no tardará», y de lo que dice en Job: «Cuando pensares que estás hundido, saldrás como lucero de la mañana».

2. Lo segundo, ponderaré *las causas por las que* entró *cerradas las puertas. Una fue* para manifestar a sus discípulos cómo su cuerpo estaba *glorificado,* y por el dote de la sutilidad podía penetrar por donde quisiere sin estorbo alguno. *Y también* con esto significaba *la eficacia de su omnipotencia,* y que como Señor absoluto puede entrar dentro del alma a visitarla y consolarla con sus inspiraciones, y a mudarla como Él quisiere, sin que haya cosa que le estorbe ni pueda resistir a su voluntad eficaz. *Y también* para significar que gusta de que sus siervos *cierren las puertas* y

ventanas de su corazón, que son *los sentidos,* para que no entre por ellos la muerte, y entonces entra Él, como autor de la vida, para llenarlos de alegría.

¡Oh Rey de gloria, tuya es mi alma con todas sus potencias! Casa es fabricada por tu omnipotencia para morada tuya; entra en ella como Señor, y haz de mí lo que quisieres, porque deseo no resistir a lo que ordenares, deseo cerrar todas sus puertas para que no entre cosa que te desagrade; mas si Tú, Dios mío, estás dentro, con tu presencia estarán más bien cerradas.

3. Lo tercero, ponderaré *las causas por que se puso en medio de ellos;* quizá quiso que entendiesen la verdad de lo que les había dicho, que *dondequiera que estuviesen dos o tres congregados en su nombre, allí estaría Él en medio de ellos*: como sol, alumbrándolos; como maestro, enseñándolos; como pastor, rigiéndolos; como medianero entre Dios y los hombres, pacificándolos, y como protector, amparándolos y cubriéndolos con sus alas; porque todos estos oficios hace este Señor en los suyos cuando se pone en medio de ellos.

¡Oh alma mía! pues Cristo está donde están dos o tres congregados en su nombre, procura que tus tres potencias, memoria, entendimiento y voluntad, se congreguen y junten en la oración, cerradas las puertas de los sentidos; porque luego vendrá tu Señor y se pondrá en medio de ellas, alumbrándolas como sol, enseñándolas como maestro, rigiéndolas como pastor y juntándolas en perfecta unión de amor.

PUNTO SEGUNDO

Palabras de Cristo a sus Apóstoles.

Les dijo: «Paz sea con vosotros; Yo soy, no queráis temer.» Turbados y atemorizados, pensaban que veían algún espíritu, y les dijo: «¿De qué os turbáis? Mirad mis manos y mis pies, porque Yo mismo soy, y el espíritu no tiene huesos y carne, como veis que Yo tengo.» Y diciendo esto, les mostró las manos, los pies y el costado, y se alegraron los discípulos viendo al Señor.

1. Aquí se ha de considerar: Lo primero, *las tres palabras* que Cristo nuestro Señor dijo a los Apóstoles estando en medio de ellos, que son efectos y *señales del buen espíritu. La primera fue: Paz sea con vosotros,* como quien dice: Acordaos que os dije: Mi paz os dejo y mí paz os doy;

esta paz he ganado ya con mi Pasión y muerte, y así, ahora de nuevo os la comunico y saludo con ella. *La segunda es: Yo soy,* que fue decir: Yo soy el mismo que solía, en la naturaleza, en la persona y en la condición. Yo soy vuestro maestro, vuestro salvador, vuestro protector, vuestro hermano y vuestro Dios. Y les dijo esta palabra con un modo tan suave, que por ella les sosegó y se les dio a conocer. Y así, añadió *la tercera* diciendo: *No queráis temer;* como quien dice: Ya que el temor os acometa, no queráis admitirle ni darle entrada; no temáis la furia de los judíos, ni la ira de los gentiles, ni la rabia de los reyes y príncipes que se levantaron contra Mí, porque estando Yo en medio de vosotros estáis seguros.

¡Oh, Rey de gloria, venid a mi alma, poneos en medio de sus potencias y decidlas: Paz sea con vosotras! Dadme, Señor, la paz que el mundo no me puede dar; poned paz entre mi carne y mi espíritu, y entre mis potencias y sentidos; pacificadme con vuestro Padre y con mis hermanos. Decid, Señor, a mi alma: Yo soy, no quieras temer; porque si yo tengo prendas de que estáis conmigo, no tengo por qué temer teniendo tal protector.

2. Lo segundo, se ha de ponderar *la benignidad de Cristo nuestro Señor;* porque no contento con certificar a los discípulos de su resurrección con la vista y con el oído, dándoles a ver su propio cuerpo y hablándoles con su propia voz, les quiere certificar con el tacto, *dándoles licencia que le toquen* y *palpen su cuerpo,* especialmente *los pies, manos* y *el costado,* donde tenía las llagas de los clavos y de la lanza, para sanar con ellas las llagas de la infidelidad y pusilanimidad que tenían en sus corazones, porque para este fin, entre otros, las había dejado. Y así fue, que tocando los Apóstoles las llagas con grande reverencia y amor, con aquel tocamiento quedaron ilustrados y confirmados en la fe, llenos de amor y gozo por la gloria de su Maestro.

Gracias te doy, Maestro soberano, por el favor que has hecho a tus discípulos, y en ellos a todos nosotros. Bien se ve que has trocado la ley de temor en ley de amor, pues antiguamente quitabas la Vida a los que con curiosidad miraban el arca del Testamento o con atrevimiento la tocaban. Pero ahora Tú mismo, arca del Nuevo Testamento, te das a ver y tocar, comunicando vida y gozo a los discípulos que te ven y tocan. ¡Oh, quién se hallara presente con esta dichosa compañía, y pudiera ver la hermosura y belleza de Jesús, oír su dulce voz y tocar sus preciosas llagas! ¡Oh dulce Jesús! con el espíritu me presento ante tu venerable presencia y adoro tu soberana Majestad, y postrado en el profundo de mi corazón me llego a

besar tus llagas preciosísimas, con grande confianza de que por medio de ellas quedaré sano de las mías.

PUNTO TERCERO

Cristo pide de comer a sus discípulos.

No acabando de creer algunos discípulos que era el mismo Cristo que había sido crucificado, y estando admirados con el gozo que tenían, les dijo: «¿Tenéis algo que comer?» Ellos ofrecieron parte de un pez asado y de un panal de miel, y comiendo delante de ellos, les dio lo que le sobró.

1. Aquí se ha de considerar *la grandeza del amor de Cristo* nuestro Señor; porque, no contento con las cosas que había dicho y hecho para certificar a sus discípulos de su resurrección, añadió *otra señal de grande hermandad* y *afabilidad, pidiéndoles de comer* y *comiendo con ellos,* con ser ésta una cosa muy ajena de su estado glorioso. De donde sacaré *motivos de amar* al que tanto se humilla y humana por nuestro bien; y también tomaré *ejemplo para humillarme,* en razón de hacer bien a mis prójimos, aunque para esto sea menester hacer algo que no diga tanto con la alteza de mi estado, porque no será contra esta alteza lo que se hace para bien del prójimo.

2. Lo segundo, ponderaré *el misterio de esta comida;* porque *el pez asado* representaba su sacratísima humanidad, que fue asada en la cruz con fuego de tribulaciones; y *el panal de miel* representaba su divinidad, que es la fuente de toda dulzura; y ambas cosas están juntas en el Santísimo Sacramento del altar. Éstas comió Cristo la noche de su Pasión, éstas le ofrecemos ahora en sacrificio, y éstas nos da Él en sustento de nuestras almas, para abrasarnos en el fuego de su amor y llenarnos de espiritual alegría.

¡Oh Amado de mi corazón!, si me pides de comer, ¿qué te podré dar que sea conforme a tu gusto, sino este pez y este panal? Lo que Tú me has dado, eso te doy, y de tu mano espero recibirlo para comer de ello y remediar mi necesidad. Y si otras cosas quieres, me ves aquí, que como pez ando por el mar tempestuoso de este mundo, vagueando con libertad de carne, y sujeto a los malos humores de mi sensualidad. Sácame, Señor, de este mar, ásame con el fuego de tu amor, desecando mis humedades abominables, y sazóname con la dulzura de tu gracia para que, como panal de miel, sea sabroso a tu soberano gusto. Amén.

3. Finalmente, ponderaré cómo habiendo Cristo nuestro Señor mostrado a sus discípulos que era Él mismo por las señales dichas, les trajo a la memoria cómo todo lo que había pasado no había sido acaso, sino *en cumplimiento de lo que estaba escrito* en la ley de Moisés, en los profetas y salmos. Y les abrió el sentido para que entendiesen las Escrituras, como lo hizo con los que iban a Emaús. Y es de creer que su corazón también ardería dentro de ellos cuando se las declaraba.

Con este favor echó el sello a los testimonios de su resurrección, alegando las Escrituras, las cuales ninguno entenderá, si el mismo Cristo no le abre el sentido para que las entienda. Y si las entiende con la luz que este Señor le da, no dejará de creer y admitir lo que ellas dicen.

¡Oh Maestro del Cielo, que dijiste a tus Apóstoles: «A vosotros es concedido saber el misterio del reino de Dios; y a los demás solamente en parábolas, para que viendo no vean y oyendo no entiendan»! Confieso que tus soberanos misterios están cerrados para mí, y mi sentido está cerrado para ellos, porque con mis pecados le tengo muy oscurecido; mas acuérdate que por los méritos de tu Pasión abriste el libro cerrado y sellado con siete sellos, de modo que se pudiese leer. Abre, Señor, para mí el libro de tus sagrados misterios, y abre mi sentido de modo que pueda entenderlos, encendiéndome todo en el fuego de tu amor.

Por lo dicho en esta meditación consta la práctica de *los modos especiales que tiene Dios en consolar a los suyos por los sentidos interiores,* de los cuales se trató en la Introducción de este libro, § II (2); porque en esta aparición Cristo consoló a sus Apóstoles, no solamente en los sentidos exteriores, sino proporcionalmente en los interiores: *en la vista,* mostrándoseles resucitado y muy hermoso; *en el oído,* hablándoles con gran dulzura; *en el tacto,* dándoles a tocar sus llagas preciosísimas; *en el gusto,* repartiéndoles las sobras del pez y panal. Y, finalmente, abriéndoles y perfeccionándoles *el sentido interior,* para que entendiesen las sagradas Escrituras y los misterios que están encerrados en ellas. Todo lo cual obra nuestro Señor espiritualmente en las almas que se dan a la contemplación, como allí se dijo y se verá más en las meditaciones que se siguen.

Meditación 9

Cómo Cristo nuestro Señor dio a sus apóstoles el Espíritu Santo y la potestad de perdonar pecados

PUNTO PRIMERO

Les dijo otra vez: «La paz sea con vosotros; como me envió mi Padre, Yo también os envío».

1. Lo primero, se ha de considerar cómo Cristo nuestro Señor, en esta visita que hizo a sus Apóstoles, les dijo *dos veces: «La paz sea con vosotros*.» *a) La primera, fue al entrar, para disponerlos* y *hacerlos capaces de conocer el misterio de su resurrección;* porque el corazón turbado con remordimiento de culpas, o desorden de pasiones, o muchedumbre de cuidados, o con tropel de imaginaciones, no está bien dispuesto para conocer a Cristo y contemplar sus misterios, y así, es menester que nuestro Señor primero le sosiegue y pacifique; ayudándonos también nosotros a quitar estos cuatro impedimentos de la contemplación sobredichos, que llama San Bernardo: *Culpa que remuerde, sentido que codicia, cuidado que punza* y *tropel de imágenes corporales que se apoderan de la imaginación*. Quitados estos impedimentos por la paz interior que Dios comunica, cooperando el alma a ello, es capaz de los consuelos que se dijeron al fin de la meditación pasada.

b) La segunda vez les dijo: «La paz sea con vosotros», *para disponerlos al ministerio que pretendía encargarles,* de ir por el mundo a conversar con los hombres y convertirlos, lo cual no se puede hacer si no es teniendo en sí mismo paz y, cuanto es de su parte, estando muy dispuesto a tenerla con todos, con deseo de ponerlos a todos en paz entre sí y con Dios.

¡Oh Rey de la paz! di a mi alma dos veces: La paz sea contigo, para que goce de una y otra paz, con la cual pueda llegar a conocer tus soberanos misterios, y ayudar a otros para que los conozcan, de suerte que todos te amemos y sirvamos con verdadera paz y caridad. Amén.

2. Lo segundo, se han de considerar aquellas palabras que dijo luego a los Apóstoles: «*Como el Padre me envió*, *así os envío Yo*. Con las cuales les encargó el oficio para que les había escogido de apóstoles, que quiere

decir enviados, y fue decirles: Como mi Padre me envió al mundo para que le enseñase el camino de la verdad y de la virtud, así Yo os envío para que llevéis adelante lo que Yo he comenzado. Por donde se ve *la dignidad grande que Cristo* nuestro Señor dio *a sus Apóstoles haciéndoles sus legados* y *sucesores en el oficio de la conversión del mundo;* en la cual dignidad suceden otros y sucederán hasta el fin del mismo mundo, para que nunca falte quien atienda a su conversión y perfección. Y tiene grande énfasis aquella palabra *como*, que, aunque no denota igualdad, pero dice grande semejanza; como quien dice: Yo, que soy igual a mi Padre, os envío *como* Él me envió, concediéndoos muchas gracias y dones de los que Yo tengo para que hagáis el oficio que Yo hice. Mas porque no entendamos que el oficio es *muy descansado,* en las mismas palabras les avisa la carga de él, diciendo: Como mi Padre, aunque me ama, no me envió a honras y regalos, sino a padecer afrentas y trabajos, en razón de cumplir con mi oficio, así Yo, aunque os amo, os envío a padecer graves persecuciones, en razón de cumplir con el vuestro, como Yo las padecí; porque no ha de ser más privilegiado el apóstol que el que le envía por su legado.

¡Oh apóstol y pontífice supremo, Cristo Jesús, a quien por excelencia conviene el nombre de apóstol, enviado por el Eterno Padre para salvar al mundo!, justo es que todos nos conformemos con tu vida y sigamos los pasos de tu misión, pasando por los trabajos que pasaste, en razón de cumplir la voluntad del que te envió. Me ves aquí ofrecido a tu servicio; envíame donde quisieres, que aparejado estoy a padecer lo que ordenares, pues siendo Tú el que me envías, tu gracia me ayudará para cumplir lo que mandares.

PUNTO SEGUNDO

En diciendo esto, sopló y dijo: «Recibid el Espíritu Santo».

La grandeza de este don ponderaremos en la *Meditación* 22. Ahora se ha de considerar el modo como se le dio, ponderando *el misterio de este soplo.*

1. Lo primero, *sopló* para significar que el Espíritu Santo que les daba, *era espíritu que procedía de Él,* así como el soplo procede del que sopla. De suerte que, no solamente nos da Cristo sus dones, sino al Espíritu Santo con ellos, el cual, aunque es distinto en la Persona, pero no en la sustancia.

¡Oh, bendito sea tal dador, que con tanta liberalidad y con tanta facilidad nos da tan soberano don, tan precioso como el mismo que le da!

2. Lo segundo, *sopló* para significar que *Él mismo era el que sopló en el rostro de Adán*, formado del lodo, *un soplo de vida,* con el cual quedó con ánima viviente; y que este soplo hacía los mismos efectos en el alma, que el otro hizo en el cuerpo, vivificándola, hermoseándola y dándola movimientos, sentidos y obras proporcionadas a la vida sobrenatural que la comunicó; y por consiguiente, que, cual queda un cuerpo sin alma, tal queda un alma sin la gracia del Espíritu Santo que la vivificaba.

De donde sacaré un entrañable deseo de este divino Espíritu, diciéndole a Cristo nuestro Señor con gran fervor: ¡Oh dulce Jesús, sopla en mi alma este soplo del Espíritu Santo para que viva nueva vida de gracia y haga obras dignas de la vida eterna, por tu gloria!

3. Además de esto, el soplo es un aire que arrojamos de la boca con fuerza, y *con él solemos quitar algún polvillo o motica* que está en la ropa o en otra cosa limpia. A este modo también el Espíritu Santo se da a los que ya son justos, como lo eran los Apóstoles, en forma de soplo, para que con fuerza interior se muevan a lo bueno y *se purifiquen* y limpien de culpas e imperfecciones, aunque sean muy ligeras, sin que permanezca en ellos cosa que desdiga de su pureza.

4. Finalmente, la dádiva de este día fue como *señal de la que se había de dar el día de Pentecostés,* en forma de viento vehemente, muy más copiosamente cuanto excede el viento vehemente al soplo; porque la de este día fue para un solo efecto de perdonar pecados; la del día de Pentecostés para otros muchos efectos, como en su lugar veremos.

PUNTO TERCERO

Les otorga la potestad de perdonar los pecados.

Luego añadió Cristo nuestro Señor: «Aquellos cuyos pecados perdonareis, serán perdonados, y los que retuviereis sin perdonar, serán retenidos).

1. En estas palabras concedió Cristo nuestro Señor a sus Apóstoles *la potestad de perdonar los pecados,* que es propia de sólo Dios; porque a sólo el injuriado pertenece perdonar la injuria que se le hace, y como el pecado es gravísima injuria contra Dios y contra su ley, a sólo Dios pertenece perdonarle, o a quien Él da sus veces para ello; éstas no las hizo

a los ángeles, sino a los hombres, por quien se hizo hombre; ni las dio a los hombres que precedieron antes de su venida al mundo, esto es, a los sacerdotes de la ley vieja, los cuales, como no podían sanar la lepra del cuerpo, sino declarar que estaba sana, así tampoco podían limpiar la lepra del alma. Pero *a los sacerdotes de la ley nueva* les dio potestad, por medio de los sacramentos, para limpiar real y verdaderamente las almas de la lepra de los pecados, en su nombre y como vicarios suyos. Y así *les hace participantes de la infinita dignidad de Salvador*, significada por el nombre de Jesús, porque en su virtud salvan y libran de los pecados, por lo cual debemos darle innumerables gracias.

¡Oh liberalísimo Jesús!, ¿con qué te pagaremos una merced tan señalada como ésta? Ya que querías dar a otros tal potestad, ¿no fuera mejor darla a los ángeles que eran puros y limpios de pecado, celosos de tu honra y supieran bien volver por ella? ¡Oh inmensa liberalidad! ¡Oh liberalísima misericordia! A los hombres pecadores das tus veces para perdonar los pecados, para que tanto con más largueza perdonen, cuanto más conocen su propia necesidad; y aunque es justo miren por tu honra, pero también gustas miren por su provecho.

2. Pero grandemente campea esta misericordia y liberalidad en *no haber puesto tasa ni limite a esta, potestad* en muchas cosas. Porque, lo primero, *se extiende a todos los hombres del mundo,* de cualquier estado y condición que sean, sin excluir a ninguno mientras vive esta vida mortal; de suerte que si por él no queda negociar el perdón de sus pecados por medio del sacramento, no quedará por falta de potestad para perdonarlos. Lo segundo, *se extiende a todos los pecados, por graves* y *enormes que sean,* de tal manera, que el pecado contra el Espíritu Santo, del que se dice que no se perdonará en este siglo ni en el otro, por ser dificultoso de perdonar de parte del que le comete, con todo eso, si él quiere arrepentirse, hay potestad en la tierra para perdonarle. Lo tercero, *se extiende a todo el número de veces que son posibles durante la vida;* de suerte que, no solamente siete veces, sino setenta veces siete, y setecientas mil veces, sin cuento puede ser perdonado el que peca, *y esto con admirable suavidad;* porque como Cristo nuestro Señor, con el soplo que salió de su boca, dio a los Apóstoles el Espíritu Santo, así los confesores, con la palabra de absolución que sale de su boca en virtud de Cristo, le dan a los penitentes, librándoles de sus pecados. Y para que esta potestad *durase para siempre en la Iglesia,* quiso Cristo nuestro Señor que los obispos, sucesores de los Apóstoles, con el mismo soplo, diciendo las mismas palabras que Él dijo,

diesen el Espíritu Santo a los que ordenan de sacerdotes, con potestad de perdonar pecados.

¡Oh amantísimo y liberalísimo Jesús!: si os hubiera costado poco el perdón de los pecados, no me admirara tanto de que fuerais liberal en dar facultad tan copiosa para perdonarlos; pero habiéndoos costado el precio de vuestra sangre, derramada con tan terribles dolores y desprecios, ¿quién no se admirará y saldrá de sí para predicar vuestra inmensa misericordia? Bendita sea setecientas mil veces vuestra infinita caridad, por la cual os suplico humildemente ayudéis a todos los pecadores para que se aprovechen de ella, y alcancen el perdón que de vuestra parte se les ofrece.

De lo dicho sacaré *el espíritu* y *fervor con que debo llegarme al santo sacramento de la Confesión,* como quien va a recibir el Espíritu Santo mediante la palabra de la absolución, que, como soplo de Cristo, sale por boca del sacerdote.

De esto se dijo algo en la Meditación 30 *de la* PRIMERA PARTE.

Meditación 10

La aparición a los Apóstoles, presente Santo Tomás, el día octavo de la Resurrección

PUNTO PRIMERO

Incredulidad de Tomás

Tomás, uno de los doce, no estaba con ellos mientras vino Jesús. Le dijeron los demás discípulos: «Hemos visto al Señor.» Respondió él: «Si no viere en sus manos la abertura de los clavos, y si no entrare mi dedo por sus agujeros y mi mano por su costado, no creeré».

Aquí se han de considerar *los defectos que hubo en este Apóstol,* no para su desprecio, sino para nuestro escarmiento, y para que se vea mejor la misericordia de Cristo nuestro Señor en curarle, y lo mucho que él mismo se aprovechó de la cura.

1. El primer defecto y falta fue *apartarse de la compañía de los demás Apóstoles,* o por enfado, o por atender a otra cosa de su gusto; por lo cual se privó de un bien tan grande como fue ver a Cristo nuestro Señor y gozar

de los favores que hizo a sus compañeros. De donde sacaré cuán gran mal es apartarse de la compañía de los buenos, y si soy religioso, cuán perjudicial es apartarse de la comunidad, dando en el vicio de la singularidad; porque Cristo nuestro Señor asiste en medio de los que están unidos con amor, y deja a los que se hacen singulares, con daño de la fraterna caridad.

2. El segundo pecado fue *incredulidad, con dureza de corazón* y *protervia de juicio,* no queriendo creer lo que todos sus condiscípulos atestiguaban como testigos de vista, anteponiendo con secreta soberbia su juicio y parecer al de los demás.

3. El tercer pecado fue *un modo de presunción* y *curiosidad* que llegó a señalar a Dios el medio para creer, diciendo que no se contentaría con ver a Cristo, sino que le había de tocar, y entrar sus dedos y manos por sus llagas; lo cual es muy perjudicial a los que tratan con Dios, porque no han de presumir de sí, ni pretender favores especiales, ni señalar los medios por donde han de creer o dedicarse al divino servicio, rechazando los ordinarios que Dios les señala.

4. El cuarto fue *un modo de pertinacia,* durando ocho días en esta ruin disposición, sin quererse ablandar por el dicho de los condiscípulos, ni de Pedro, ni de los que le vieron en el camino de Emaús; y quizá le diría lo mismo la Virgen nuestra Señora con las otras mujeres, y a todos se hacía sordo, permaneciendo en su dureza, en la cual durara muchos más días, *y* hasta el fin, si Cristo nuestro Señor no viniera a curarle. Todo esto sucedió por *especial* providencia de Dios, que lo permitió, en parte para que la dureza de Tomás en creer se convirtiese en *mayor seguridad* y *abono de su testimonio cuando creyó,* en parte para que echemos de ver *la flaqueza nuestra si Dios nos deja de su mano,* y cómo *ninguno puede venir a Cristo por fe,* si no le es dado de arriba y *si no es traído por su Padre*.

¡Oh Hijo de Dios vivo, pues conoces la masa de que estoy compuesto, no me sueltes de tu mano porque no me pierda! Líbrame de estos cuatro vicios, que como cuatro vientos combatieron la casa de Tomás, para que no combatan y echen por tierra la mía.

PUNTO SEGUNDO

Caridad de Cristo en buscar esta oveja descarriada.

Después de ocho días, estando otra vez los discípulos encerrados, y Tomás con ellos, entró Jesús, las puertas cerradas, y se puso en medio de ellos diciendo: «La paz sea con vosotros»; y luego dijo a Tomás: «Entra tu dedo por aquí, y mira mis manos; llega tu mano, y éntrala por mi costado, y no quieras ser incrédulo, sino fiel».

1. Lo primero, consideraré *la infinita caridad de Cristo* Señor nuestro *en mirar por el bien de sus ovejas;* porque habiendo esperado ocho días a ver si Tomás se convertía, viendo su dureza, no quiso dilatar más el remedio, sino venir en persona a sanarle, manifestándosele como a los demás, entrando las puertas cerradas, y dándoles la paz como la primera vez, para moverle con esto a que creyese.

¡Oh Pastor amabilísimo, que así amas a una oveja como a muchas, y dejas de buena gana las noventa y nueve en el desierto, por venir a buscar la una que andaba perdida fuera del rebaño!, ahora veo cómo siempre eres el mismo, pues el deseo de salvar esta oveja de tu Apóstol, que se iba perdiendo, te hace venir en su busca y le tomas por la mano, deseando meterle dentro de tu corazón.

2. Lo segundo, ponderaré que, pudiendo Cristo nuestro Señor aparecerse a Tomás *a solas,* como se apareció a San Pedro, no quiso, sino *en presencia de los demás Apóstoles. Lo uno,* para que Tomás entendiese que esta gracia no se hacía *por sus merecimientos,* sino por estar *en compañía de otros buenos* y queridos discípulos. *Lo segundo,* para que los otros viesen más *la caridad de su Maestro,* pues por hacer bien a uno, y ése incrédulo, les aparecía y consolaba a todos; y para que, como todos habían sido *testigos de la incredulidad* de Tomás, también lo fuesen *de su fe,* y ésta les sirviese de confirmarse más en la suya. Por donde se ve la suave providencia de este Señor, que la falta de uno convierte en bien del mismo y de los demás escogidos, trazando la cura de modo que aproveche a todos.

3. Lo tercero, ponderaré *la blandura* y *afabilidad* con que Cristo nuestro Señor habló a Tomás *condescendiendo con su flaqueza.* Y para que entendiese que le conocía los pensamientos *y* sabía bien lo que había dicho, y con esto convencerle, le dijo: «Pues has dicho que no creerás si no vieres y tocares las llagas de mis manos y costado, llégate y entra tu dedo por los agujeros de las manos, y entra tu mano por mi costado, y no

quieras ser más incrédulo, que no te lo tengo merecido; sé fiel, pues estas llagas te provocan a serlo.»

¡Oh afabilidad infinita de Jesús! Ahora veo, Salvador mío, con cuánta razón dijo vuestro Apóstol: «Ha aparecido la benignidad y humanidad de Dios nuestro Señor, el cual, no por las obras de justicia que nosotros hicimos, sino por su gran misericordia, nos salvó». Vuestra benignidad y humanidad, Salvador mío, apareció hoy, cuando aparecisteis a Tomás, salvándole, no por sus obras, pues no lo merecían, sino por vuestra grande misericordia, dándonos prendas de que no se encubrirá a los que la buscan, pues tan patentemente aparece a los que no la creen, y se descubre a los que no preguntan por ella.

PUNTO TERCERO

Noble confesión de Santo Tomás.

Respondió Tomás: «Señor mío y Dios mío.» Le dijo Jesús: «Porque me viste, Tomás, creíste. Bienaventurados los que no vieron y creyeron».

1. Lo primero, se ha de ponderar *la noble confesión de Santo Tomás.* No nos consta del Evangelio si tocó las llagas de Cristo nuestro Señor, o si se contentó con haberle visto y oído las palabras que le dijo, convidándole a que las tocase. Creíble es que, por reverencia, se detendría, arrojándose a sus pies; pero Cristo nuestro Señor le tomaría por la mano y le haría que cumpliese su deseo, mostrando en esto la grandeza de su caridad. Y al tocar las llagas, quedó tan aleccionado, que con grande afecto de su corazón confesó que Cristo era su Señor y su Dios, confesando claramente su humanidad y divinidad, y entregándose totalmente a su servicio con ferviente amor, lo cual declaran aquellas palabras: Señor mío y Dios mío; que son palabras de amor tierno, y por eso no dijo: Señor nuestro y Dios nuestro. Con mucha razón, ¡oh Tomás!, llamáis a vuestro Maestro Señor mío y Dios mío, pues os amó tan de veras que por sólo vuestro bien se aparece a todos vuestros condiscípulos, y como olvidado de ellos, a vos sólo endereza la plática para encenderos en su amor.

¡Oh dulcísimo Jesús! también yo, como Tomás, liberalmente confieso que sois mi Señor y mi Dios, porque vuestro amor es tan crecido, que estáis aparejado a hacer por mí sólo lo que hicisteis por él, porque me amasteis y os entregasteis a la muerte por mí, aplicándome el fruto de vuestra muerte como si la hubierais padecido por mí solo.

2. Lo segundo, ponderaré cómo Cristo nuestro Señor, aunque aprobó la confesión de Tomás, *pero no quiso alabarle por ella,* llamándole bienaventurado, como a San Pedro cuando le confesó por Hijo de Dios vivo, porque había sido tardo en creer y porque no tomasen otros ocasión de este ejemplo para pedir otro tanto, queriendo prueba de sentidos para creer los misterios de Dios; antes *tácitamente le reprendió* diciendo: Porque me viste, creíste; como quien dice: Ha sido menester que me hayas visto y palpado, para que creyeses que soy tu Señor, y tu Dios. Y luego añade: «Bienaventurados los que no vieron y creyeron», para consuelo de los fieles que no alcanzaron a verle en esta vida mortal. Les había dicho otra vez: «Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis; porque muchos reyes y profetas y justos desearon verlo y no lo vieron». Ahora dice que son bienaventurados los que *no le vieron* y *le creyeron,* porque, por una parte, gozamos de todos los bienes que nos ganó por su muerte, de los sacramentos que instituyó, de los ejemplos que nos dio en el discurso de su vida, de los sermones que predicó y de la ley perfecta que nos enseñó; y por otra parte, nuestra fe es *más meritoria,* en cuanto creemos sin haber visto y palpado con los sentidos corporales lo que ellos vieron y palparon. Esta fe es principio de nuestra bienaventuranza, y si se perfecciona con el amor, nos entrará dentro de ella.

Gracias te doy, Salvador mío, por el cuidado que tuviste de consolar a los que no merecimos gozar de tu dulce presencia; y pues no alcancé la bienaventuranza de los que te vieron con ojos corporales, querría perfectamente alcanzar la que tienen los que te ven con los ojos espirituales. Esclarécelos, Señor, con tu celestial lumbre, para que, avivada la fe y encendida la caridad, siempre te crea y ame, de modo que llegue a ser bienaventurado contigo en el reino de los cielos. Amén.

Meditación 11

Las causas por que Cristo nuestro Señor resucitó con las señales de las llagas de los pies, manos y costado

Presupuesto lo que se ha dicho en las meditaciones precedentes, recogeré en ésta *las causas* por que Cristo nuestro Señor quiso resucitar *conservando en su cuerpo glorioso las señales de las llagas* de los pies,

manos y costado, ponderando el espíritu de cada una con el provecho que de ella se puede sacar.

PUNTO PRIMERO

Primera y segunda causas.

1. La primera causa fue *para confirmar a sus discípulos en la fe de su resurrección*, mostrándoles, no solamente su cuerpo, para que le palpasen, sino los agujeros que hicieron en él los clavos y la lanza, para que creyesen que era el mismo cuerpo que fue crucificado y no otro hecho de nuevo. Con lo cual también nos confirma en la fe de nuestra resurrección con los mismos cuerpos que tuvimos en esta vida mortal, según aquello de Job: «Creo que mi Redentor vive, y que el postrer día tengo de resucitar de la tierra, y vestirme otra vez de mi piel, y en mi propia carne veré a Dios, mi Salvador, al cual tengo de ver yo mismo, y mis ojos le han de mirar, y no otro por mí; esta esperanza tengo depositada en mi seno». A imitación de este santo varón, pondré yo también esta esperanza en el seno de mi corazón para consolarme con ella en medio de mis trabajos y enfermedades, creyendo firmemente que mi carne, aunque esté llagada y llena de gusanos de pies a cabeza en un muladar, como la de Job, y aunque esté desollada y agujereada por mil partes en una cruz, como la de Cristo, Salvador nuestro, resucitará a nueva vida; y si quedare con señales de sus llagas, no será por flaqueza del que la resucita, sino para mayor gloria y hermosura de la carne resucitada; y con esta esperanza tengo de alentar mi misma carne para que lleve de buena gana y con paciencia los trabajos que padece.

2. La segunda causa fue *para que fuesen señales de su victoria* y *triunfo,* y juntamente indicios de lo mucho que estimaba padecer trabajos e ignominias, honrando sus llagas con dejarlas en el cuerpo glorificado con especial hermosura y resplandor, con lo cual pretendía alentarnos a padecer y a preciarnos de ello, teniendo por grande honra tener en nuestro cuerpo impresas algunas llagas, esto es, algunos trabajos semejantes a los de Cristo nuestro Señor, recibidos por su amor, diciendo con el Apóstol San Pablo: «Traigo en mi cuerpo impresas las señales y llagas de Jesús».

¡Oh dulcísimo Jesús! Tú eres mi Señor y mi Redentor, y yo soy tu esclavo; y pues los señores hierran a sus esclavos con algunas señales para que sean conocidos por suyos, y no puedan huir de su servicio, hiérrame y

señálame con las señales de tus llagas, para que siempre sea tuyo y nunca me aparte de tu divino servicio.

PUNTO SEGUNDO

Tercera, cuarta, y quinta causas.

1. La tercera causa fue *para que le sirviesen como de memoria* y *despertador de lo mucho que le habíamos costado,* y con esto le moviesen a amarnos y perdonarnos y hacernos siempre bien. Y el que, en *cuanto Dios,* como dice el profeta Isaías, no se olvida de nosotros, porque nos tiene escritos en sus manos, también, *en cuanto hombre,* no se olvidará de nosotros, porque en sus manos está escrito lo mucho que le costamos. Y como las tiene abiertas con los agujeros que hicieron los clavos, así las tiene abiertas y extendidas para henchirnos de su bendición y llenarnos del amor que muestra su costado abierto.

¡Oh dulcísimo Redentor, esto mismo me obliga a que nunca jamás me olvide de Ti, poniéndote por señal sobre mi brazo y sobre mi corazón, para que mis obras y deseos sean siempre sellados con el sello de tu infinita caridad, para cumplir con tu santa ley! Y pues mandaste al pueblo hebreo que atasen como señal en su mano la lev dada por mano de ángeles para acordarse de ella, ¿cuánta más razón es haga yo lo mismo con la ley que me fue dada por manos del Señor de los ángeles, agujereados con clavos por mi amor?

2. La cuarta causa fue *para mostrar estas llagas al Eterno Padre* y aplacar con ellas la ira e indignación que tuviese contra el mundo por nuestros pecados, haciendo oficio de perpetuo abogado y medianero nuestro; porque si mirando Dios nuestro Señor el arco del cielo, con la belleza de sus tres colores aplaca su ira, y por esta señal se acuerda de no anegar otra vez al mundo con diluvio, ¿cuánto más se aplacará viendo este arco del cielo empíreo, Cristo Jesús, con aquellas tres suertes de llagas en manos pies y costado, y le servirá este arco de señal y motivo para no castigar al mundo como sus pecados merecían?

Con este espíritu tengo yo de mostrar al Padre Eterno las llagas de su Hijo y suplicarle por ellas aplaque la ira que tiene contra mí y contra los hombres, diciéndole: «¡Oh Dios, protector nuestro, mira el rostro de tu Cristo!». Mira también sus benditas manos, y pies, y su costado, y por las llagas de sus sacratísimas manos, concédenos que las nuestras hagan

siempre buenas obras; y por las de sus pies, que los nuestros anden siempre buenos pasos; y por la de su costado, que el nuestro esté siempre llagado de tu amor. ¡Oh alma mía, sigue el consejo de la divina Sabiduría, y levantando los ojos al cielo empíreo, mira el arco que allí está, y bendice al Señor que le hizo, porque es muy hermoso con el adorno de sus colores; rodea el cielo con un círculo muy glorioso: las manos del muy alto le abrieron y pusieron como está! Benditas sean las manos que fabricaron este arco, por cuya ordenación tendió las suyas en la cruz con variedad de virtudes celestiales, para abrazar en señal de paz a todos los escogidos, y cercarlos con el círculo de su protección, y después colocarlos en el trono de su gloria. Amén.

3. La quinta causa fue *para provocarnos con estas llagas a que le amásemos* y *obedeciésemos,* conociendo por ellas lo mucho que nos amó y lo que padeció por nosotros; de suerte que la vista espiritual de estas llagas que están ahora en el cuerpo glorificado de Cristo, fuese un despertador eficacísimo de nuestras potencias para que todas se ocupasen en servicio de este Señor, y por estas llagas, como arriba se dijo, entrasen dentro de Él a morar y estar unidas con Él con unión de actual memoria, conocimiento y amor, imaginando que desde el cielo les dice: «Levántate y date prisa, amiga mía y paloma mía, vuela con un vuelo apresurado a los agujeros de la piedra y a la abertura de la pared», entra en estas llagas de mi cuerpo, no ya feas y sangrientas, sino hermosas y glorificadas. Si te vieres acosada de los milanos infernales, huye a estas llagas, que ellas te defenderán de sus tentaciones. Si fueres perseguida de las vanidades del mundo y de las pasiones de tu carne, acógete a estas llagas, porque en ellas hallarás casa de refugio contra todos tus temores. Si te vieres alborotada con cuidados y negocios, húrtales el cuerpo y entra dentro de estas llagas, donde hallarás quietud *y* descanso para tu espíritu. Si deseas conocerme y amarme con todo tu corazón, llégate a estas llagas y entra dentro de ellas, y allí verás la estima que tuve de ti y lo mucho que te amé, y de mi corazón saldrán tales llamas de amor, que totalmente abrasen el tuyo y le junten y transformen en el mío. Mira las llagas de mis manos y fortalece las tuyas para pelear por mi gloria, como Yo peleé por tu salud. Mira la abertura de mi costado y ábreme el tuyo, dándome todo tu amor, como yo te di el mío. Mira las llagas de mis pies, y endereza todos tus pasos a mi servicio, imitando los míos con perseverancia, hasta que alcances la corona.

Estas consideraciones y afectos tengo de ejercitar acordándome de las llagas de Cristo nuestro Señor; y para mirarlas más de cerca, avivaré la fe de que las tiene su cuerpo gloriosísimo, no solamente en el cielo, sino en el

Santísimo Sacramento del altar, y que allí son como cinco fuentes del Salvador, de las cuales manan aguas de gracias y consuelos espirituales para todos los que se llegan con espíritu a ellas.

PUNTO TERCERO

Última causa: confundir a los réprobos y alegrar a los elegidos.

1. A estas causas añado la última: *pava confundir el día del Juicio a los condenados,* mostrándoles las llagas que recibió por ellos y el deseo que tuvo de salvarlos, si por su culpa no quedara. A los cuales, como pondera San Agustín, dirá de esta manera: «Veis aquí al hombre que crucificasteis, mirad las llagas que le hicisteis, reconoced el costado que alanceasteis, el cual por vosotros y para vosotros fue abierto, y con todo eso, no quisisteis entrar por él». Entonces será el terrible llanto que está profetizado de estos miserables, viendo la ocasión que perdieron de salvarse y la justa razón que tiene Cristo para condenarlos.

2. Al contrario, con estas mismas llagas *alegrará Cristo nuestro Señor a los escogidos,* no solamente aquel día, sino por toda la eternidad, viendo en ellas claramente tantos motivos de amar al que las recibió por ellos.

¡Oh Salvador amabilísimo! por estas llagas te suplico humildemente obres en mí los efectos para que las conservaste en tu glorioso cuerpo, admitiéndome a entrar por ellas con alas de paloma y a morar en ellas como en nido y lugar de mi descanso; porque no quiero otro en esta vida sino pensar en lo mucho que por mí hiciste y padeciste, amándote por ello y obedeciéndote con perseverancia, hasta gozar de Ti en la gloria por todos los siglos. Amén.

Meditación 12

La aparición a los siete discípulos que pescaban en el mar de Tiberiades

PUNTO PRIMERO

Van juntos los Apóstoles a pescar, y en toda la noche no pescan nada.

Estando juntos Pedro y Juan y otros cinco discípulos, dijo Pedro: «Quiero ir a pescar.» Respondieron los otros: «Vamos todos.» Y subiendo en el navío, no pescaron cosa en toda aquella noche.

1. Aquí se ha de ponderar: Lo primero, cómo estos discípulos *fueron a pescar,* parte *por su pobreza,* para tener algo que comer, parte *por huir de la ociosidad,* porque no era llegado el tiempo de ocuparse en pescar hombres; y al decir Pedro que quería pescar, los demás se ofrecieron de acompañarle, mostrando en esto *la concordia* y *conformidad de voluntades* que tenían en las obras de virtud. De donde sacaré deseos de imitar a estos santos discípulos en el ejercicio de estas *tres virtudes: pobreza, caridad* y *amor al trabajo,* contra la ociosidad.

2. Lo segundo, se ha de ponderar cómo *en toda la noche no pescaron pez alguno,* como les sucedió otra vez cuando dijo San Pedro: «Habiendo trabajado toda la noche, nada hemos pescado», para significar cuán *poca parte es la industria del hombre,* tomada a solas, *para pescar las almas* y *sacarlas del pecado.* De suerte que Pedro y Pablo, y cualquier otro, aunque sea muy letrado, y muy santo y gran predicador, trabajará sin fruto si estriba en solas sus fuerzas y si Dios no acude a la pesca. Pues por esto dijo el Apóstol: «Ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que le da el aumento». Por lo cual se han de fundar en humildad los obreros de las almas, si quieren que su trabajo sea de provecho, acordándose de lo que dijo Cristo: «Sin Mí nada podéis hacer.»

3. También tiene misterio decir ambas veces que *era de noche,* para significar el miserable estado que tenía el mundo antes de la venida de Cristo, Sol de justicia, con cuya luz se hace la pesca, y sin ella no se hace nada. Además de esto, se nos representa que quien trabaja estando *en la noche de la ignorancia* y en las tinieblas del pecado mortal, no medra, ni sus obras son de merecimiento para la vida eterna. Y por esto dijo el real

profeta David: «Vana cosa es levantaros antes de la luz»; como quien dice: Antes que salga la luz de la divina gracia, en vano será todo vuestro trabajo, porque sin ella no podréis hacer obras dignas de luz. De donde sacaré la miseria grande del pecador que trabaja y no medra; cánsase por pescar toda la noche de su miserable estado, y no saca provecho alguno de merecimiento para la vida eterna; porque aunque pesque hacienda, honra y regalo, todo eso es nada y es trabajar muy en vano, pues al mejor tiempo le ha de faltar.

4. Lo tercero, ponderaré lo que harían estos siete discípulos viendo que no pescaban pez alguno; porque, llevando su trabajo *con paciencia*, *se acordarían de su Maestro,* y de la falta que les hacía su presencia: y es de creer que hablarían entre sí mismos de lo que otra vez les había sucedido en aquel mar con Cristo nuestro Señor, y suspirarían por Él diciéndole: ¡Oh Maestro soberano!, ¿dónde estás? ¿Cómo nos dejas en este trabajo? ¿Cómo no acudes a remediar nuestra pobreza? ¿Qué maravilla huyan los peces de las redes, pues Tú huyes de los pescadores? Ven, Señor, y acércate a nosotros, porque con tu venida vendrá también la pesca que deseamos. Estas palabras u otras semejantes tengo de decir en el espíritu cuando viere que mi trabajo es sin provecho, confiando que seré oído, porque oye Dios el deseo de los pobres.

PUNTO SEGUNDO

Amor de Cristo para con sus discípulos.

A la mañana estuvo Jesús en la ribera aunque los discípulos no le conocieron, y les preguntó si tenían algún pescado; respondiendo que no, les dijo: «Tended la red a la diestra del navío y hallaréis pesca.» Lo hicieron así, y no podían traer la red por la muchedumbre de los peces.

1. Aquí se ha de ponderar: Lo primero, *la caridad de Cristo nuestro Señor en acudir al consuelo de sus amados discípulos,* aunque dándoseles a conocer poco a poco para que les entrase más en provecho la vista, *y* para esto se puso en la ribera. No quiso andar sobre las aguas ni entrar en el navío, para significar que el estado que tenía después de su resurrección era estable y ajeno de toda mutabilidad y alteración, ordenado para vivir con toda perpetuidad en la tierra de los vivientes. Y aunque sabía que no habían cogido pez en toda la noche, hízose de nuevas y les preguntó si tenían peces, para provocarlos con esto a que conociesen su necesidad, y la

poca parte que eran para recoger peces sin su ayuda, porque deseaba dársela luego.

¡Oh liberalísimo Jesús, qué de veces llegas a nuestras puertas y nos pides algo, no tanto por lo que hemos de darte, cuanto por lo que Tú deseas darnos! Pides a la Samaritana que te dé un poco de agua, porque Tú deseabas darle el agua viva de tu gracia. Pides que demos limosna al pobre, porque deseas dar limosna muy copiosa al que se la diere. ¡Oh, si te diese lo que me pides con tu inspiración, para que Tú me dieses lo que deseas darme con ella!

Lo segundo, ponderaré cómo les mandó echar la red *a la diestra* del navío, para significar *el próspero suceso* de aquella pesca, que era figura de la pesca de las almas que han de salir del mar de este mundo para la eterna bienaventuranza, en virtud de Cristo, que es la diestra de Dios. Y obedeciendo los discípulos a este mandato, pescaron gran muchedumbre de grandes peces; para que se vea la eficacia de la obediencia y cuán gran verdad es lo que dice el Sabio, que el varón obediente hablará victorias, ganando muchas almas para Dios. Y es mucho de considerar que en la otra pesca conoció San Pedro que Cristo era el que le mandaba echar la red, y obedeciéndole, dijo: «En tu palabra y por tu mandamiento tenderé la red»; pero esta vez no conocía que era Cristo el que lo mandaba, y con todo eso, rindió su juicio y obedeció, y sacó gran pesca; porque gusta mucho Cristo nuestro Señor de que obedezcamos a toda humana criatura por su amor y nos desnudemos de nuestro propio juicio y propia voluntad por hacer la de los otros en cosas donde no se ve pecado, y a veces sucederá que esté Cristo donde no pensamos que está, y que obedeciendo al hombre, obedezcamos a Cristo, que habla por su boca y nos asegura que si tendemos la red hacia tal parte, sacaremos pesca.

Por lo cual esta virtud de la obediencia me ha de ser muy familiar, si quiero tener prósperos sucesos, como San Pedro, el cual por esto se llamó Simón, que quiere decir obediente.

PUNTO TERCERO

Amor fervoroso de San Pedro y San Juan.

El discípulo a quien amaba Jesús dijo a Pedro: «*Es el Señor.*» En oyéndolo Pedro, se ciñó la túnica y *se echó en la mar.* Los demás llegaron con el navío, trayendo la red con los peces; y mandándoles Cristo traer los

peces, trajo Pedro la red, y hallaron que eran ciento *y* cincuenta y tres muy grandes, y con ser tantos, no se rompió la red.

1. Aquí se ha de ponderar: Lo primero, en los dos discípulos San Pedro y San Juan: *los efectos del fervoroso amor, así en la, vida contemplativa como en la vida activa.* El amor *en los contemplativos* aguza la vista interior del alma, para que, como Juan, conozcan a Cristo, cuando otros no le conocen, y les den noticias de Él; pero el amor en los fervorosos *de la vida activa,* en conociéndole, se abalanzan por seguirle. Y como San Pedro, en oyendo decir *el Señor es,* dejó la red, y los peces, y el *navío,* y cubriéndose, por la decencia, con su ropa, se arrojó a nado por llegar presto adonde estaba su Maestro, pareciéndole que era mucha dilación ir al paso del navío, así yo tengo de procurar seguir con fervor a Cristo nuestro Señor y desear *llegar presto* a la tierra de la eternidad, donde está, dejando por esta causa cuanto tengo, y arrojándome a todos los peligros y trabajos del mar tempestuoso de este mundo; y pareciéndome muy espacioso el paso de los que siguen la vida común, tengo de procurar apresurarme mucho más.

2. Lo segundo, se ha de ponderar *la existencia misteriosa de una pesca, comparada con la otra que hizo San Pedro en su primera vocación* (Lc 5, 7); porque aquella fue figura de la pesca de las almas *para entrar en la Iglesia* y creer en Cristo nuestro Señor y recibir su ley, y así no se hizo echando la red a la diestra del navío, sino a todas manos, diestra y siniestra, recogiendo buenos y malos peces, grandes y pequeños, y de ella se llenaron dos navíos, figura de los dos pueblos hebreo y gentil, debajo de una cabeza, Cristo y su vicario Pedro; y la red en que se cogieron se iba rompiendo, porque en esta vida padece quiebras y cismas la Iglesia y la predicación de Cristo; pero la pesca de este día fue la pesca de los predestinados y escogidos *para entrar en el cielo,* y por esto se hace a la diestra del navío y no a la siniestra, porque los escogidos han de estar a la mano derecha del Juez; todos son peces *grandes* en santidad y pureza de vida, porque en el cielo ninguno es pequeño; la red se trae a la tierra, donde está Cristo que es la tierra de los vivos y no se rompe, porque no habrá entonces disensiones ni cismas, ni cosa que les perturbe, pues ya los ángeles habrán apartado los malos de los buenos, como dijo el Señor en la parábola de la red.

¡Oh dichosos los peces que entraren en esta red para ser colocados en la vida eterna! ¡Dichosas las aguas vivas donde se criaron y sustentaron, alcanzando la perfecta salud y vida que Cristo les ganó! ¡Oh santo profeta Ezequiel, cuán bien cumplida está vuestra profecía con tanta

muchedumbre de grandes peces que los pescadores de Jesús han pescado en estas aguas que salen del lado derecho del templo celestial! Concédeme, ¡oh dulcísimo Redentor!, que viva yo en las aguas vivas de tu gracia, de modo que sea sacado de ellas para la vida eterna. Amén.

3. Finalmente, consideraré cómo, saltando en tierra los discípulos, vieron unas brasas y un pez sobre ellas y pan. Les dijo Jesús: «Venid y comed, y tomando el pan, lo repartió con ellos, y también del pez. En lo cual resplandece grandemente *la afabilidad* y *liberalidad del Redentor para con sus discípulos* aparejándoles este convite y convidándoles a comer con pan hecho de su mano milagrosamente, y con peces diferentes de los que ellos habían pescado, para significar, lo primero, *cuán cuidadoso es de dar comida* y *refección espiritual a los que trabajan* por su amor y obediencia, dándoles manjar de ángeles y pan celestial que los conforte, echando con este regalo brasas sobre sus corazones para que todos se enciendan en su amor. Y, lo segundo, para significar que *mientras trabajamos nosotros en la tierra, Él nos está aparejando un convite regaladísimo en el cielo,* donde Él mismo nos convidará y servirá a la mesa, dándonos por manjar su sacratísima divinidad y humanidad.

¡Oh bienaventurados los que comieren este pan en el reino de Dios! ¡Dichosos los que estuvieren con Cristo sentados a su mesa en el reino de su Padre celestial! ¡Oh, si fuese yo uno de estos siete discípulos, lleno de los siete dones del Espíritu Santo, con los cuales dignamente pudiese hallarme en este convite! Recibe, ¡Oh buen Jesús!, este mi deseo, y fortifícale con tu gracia para que llegue a cumplirse en tu gloria. Amén.

Meditación 13

Cómo Cristo nuestro Señor, en esta aparición, hizo a San Pedro, pastor universal de su Iglesia, y le dio admirables documentos de perfección.

PUNTO PRIMERO

Cristo examina a San Pedro acerca del amor.

Acabada la comida, dijo Jesús a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?» Respondió: «Sí, Señor, Tú sabes que te amo.»

Le dijo, pues: «Apacienta mis corderos.» Le dijo otra vez: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Respondió: «Sí, Señor, Tú bien sabes que te amo.» Le respondió: «Apacienta mis corderos.» Le dijo tercera vez: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Se entristeció Pedro, porque por tercera vez le preguntó si le amaba, y respondió: «Señor, Tú sabes todas las cosas, y sabes que te amo.» Le dijo: «Apacienta mis ovejas».

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, cómo Cristo nuestro Señor, habiendo prometido a San Pedro las llaves del reino del cielo en premio de la ilustre confesión que hizo de su divinidad, ahora, queriéndoselas dar, con el primado sobre toda la Iglesia, *le examinó en el amor,* y le preguntó *si le amaba más que todos,* para darnos a entender que los prelados han de ser excelentes en la fe y eminentes sobre todos en la caridad; y le llamó por su nombre, Simón, que quiere decir obediente, hijo de Juan, que quiere decir gracia, o hijo de Joná, que quiere decir paloma, significando que con la fe y caridad han de juntar la obediencia, con plenitud de gracia y de Espíritu Santo, para hacer perfectamente su oficio.

2. Lo segundo, le examinó *tres veces* en el amor, para que con las *tres respuestas* recompensase las *tres negaciones* que había hecho; y como éstas nacieron de soberbia y presunción, anteponiéndose a sus condiscípulos, así las tres respuestas del amor fueron acompañadas de humildad, no atreviéndose a decir que le amaba más que los otros, sino solamente que le amaba, y aun en eso mismo estaba temeroso y no se fiaba de su ciencia, sino lo remitió a la ciencia de Cristo, diciendo: «Tú sabes que te amo.» Y la tercera vez se entristeció con humildad, temiendo no supiese Cristo nuestro Señor algo en contra de lo que él sentía de sí mismo, y así le dijo: «Tú, Señor, sabes todas las cosas, y sabes si es verdad lo que digo.» De donde sacaré cuán agradable cosa es a Cristo nuestro Señor la humildad y el no presumir de sí, y cuán seguro es temer siempre de sí mismo, acordándome de lo que dijo San Pablo: «No sé de mí culpa alguna, pero con todo eso no me tengo por justo, porque el que me juzga es Dios», y puede ser que Él halle culpa donde yo no la hallo.

3. También le examinó *tres veces en el amor,* para significar que quien ha de ser pastor de sus ovejas ha de estar *muy arraigado en la caridad* y *en los tres grados de ella;* porque ha de ser perfecto en la vía purgativa de los principiantes, y en la iluminativa de los que aprovechan, y en la unitiva de los que han llegado a la perfección, siendo excelente en la pureza y limpieza de corazón, desnudo de culpas e imperfecciones, y en el ejercicio de las virtudes, y en la unión del amor con las tres divinas Personas, y

perfecto en la caridad para con Dios y para con los prójimos, y para consigo mismo.

¡Oh Amado de mi alma! concédeme que eche hondas raíces en la humildad y caridad, de modo que alcance el fin de tus preceptos, que es amarte con puro corazón, con buena conciencia y con fe no fingida, perseverando hasta la muerte en la lealtad del verdadero amor.

4. Lo cuarto ponderaré cómo Cristo nuestro Señor, habiendo dicho dos veces a Pedro: Apacienta *mis corderos,* la tercera vez dijo: Apacienta *mis ovejas;* para significar que le hacía pastor universal de su rebaño, no solamente de los fieles ordinarios, significados por los corderos, sino también de los que son padres espirituales de los otros, figurados por las ovejas; como son los confesores, predicadores, maestros y todos los demás prelados inferiores de la Iglesia, para que toda ella fuese un rebaño y un pastor. Mas no dijo: Apacienta *tus* corderos o *tus* ovejas, sino *mis* corderos y *mis* ovejas, para que entendiese que no era *señor del ganado*, *sino vicario suyo,* y que había de mirar por los fieles como por ganado de Cristo, príncipe de los pastores, a quien había de dar cuenta de su oficio, como el mismo San Pedro lo entendió, y después lo dejó escrito.

En lo cual resplandece grandemente *la caridad del Salvador para con nosotros,* pues por señal del amor que le tenemos, en recompensa de los innumerables beneficios que nos hace, pide a San Pedro que apaciente sus ovejas, y que en esto muestre el amor que le tiene, en amarlas y tener cuidado de ellas.

¡Oh Pastor soberano, cuán grande es el amor que tienes a tus ovejas, y cuánto deseas que los pastores y criados tuyos, las amen y apacienten por tu amor! Yo, Señor, deseo mostrar el amor que te tengo en apacentar las ovejas que me has dado dentro de mí mismo, que son mis potencias y sentidos, dirigiéndolas según el orden de tu divina voluntad; y del mismo modo apacentaré las que me dieres fuera de mí, por ser ovejas tuyas pues basta ser tuyas para que mire por ellas mucho más que si fueran mías.

5. Últimamente, ponderaré cómo le dijo *tres veces: Apacienta* mis corderos y ovejas, para significar *tres suertes de pastos* que les ha de dar. Es a saber: apaciéntalas *con el espíritu,* orando por ellas; *con la lengua,* enseñándolas, y *con la obra*. dándoles buen ejemplo. Apaciéntalas con doctrina, con sacramentos y con ejemplos de buena vida, ayudándolas con todas las obras de misericordia, así espirituales como corporales, apacentando, no sólo el espíritu, sino, a sus tiempos, el cuerpo. Todo esto encarga Cristo nuestro Señor a los pastores, amenazando terriblemente por

Ezequiel a los que no apacientan las ovejas, sino a sí mismos, buscando en el oficio su honra e interés, y no el bien de las almas.

PUNTO SEGUNDO

Predice Cristo a San Pedro la muerte de cruz.

Luego añadió el Señor: «De verdad, de verdad te digo, que cuando eras más mozo, tú te ceñías e ibas donde querías; pero cuando te hagas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá y llevará adonde no quieres.» Esto dijo significando la muerte con que había de glorificar a Dios.

Lo primero, se ha de ponderar cómo Cristo nuestro Señor, debajo de esta parábola, descubrió a San Pedro, *la señal cierta, del verdadero amor que le tenía* y *del buen uso del oficio de pastor que le encargaba, que era morir muerte de cruz,* como el mismo Señor había muerto, en confirmación de lo que dijo. «El buen Pastor da su vida por las ovejas, y ninguna mayor caridad hay que dar la vida por sus amigos»: y así, para que entendiese Pedro a lo que se ofrecía cuando dijo que amaba mucho a Cristo, y lo que le ofrecía Cristo cuando le dijo que apacentase sus ovejas, añade que *moriría en cruz.*

2. Lo segundo, se ha de ponderar *el espíritu de esta parábola,* en la cual Cristo nuestro Señor toca *dos modos de trabados* y mortificaciones: *a) Unos, que el hombre toma por su elección*, negando sus apetitos, castigando su carne con penitencias y asperezas, y ofreciéndose a grandes trabajos, en los cuales el hombre *se ciñe* y aprieta *a sí mismo;* y aunque contradice a sus inclinaciones, pero va adonde quiere, porque como ninguno le fuerza, toma los trabajos cómo y cuándo quiere con su voluntad racional, y aun a veces se mezcla algo de voluntad propia, porque el amor propio suele también cebarse en las cosas del espíritu. Este modo de mortificación es propio de los que son *mozos en la virtud,* fervorosos y fuertes de complexión, y por él han de comenzar los principiantes.

b) Otros trabajos hay que nos vienen por mano ajena, de los hombres que nos persiguen, o de los demonios que nos tientan y atormentan, o del mismo Dios que los traza para nuestra mortificación, como son enfermedades y dolores, infamias, pobreza, falsos testimonios y otras persecuciones que se padecen por la justicia, como las padecieron los mártires. *En éstas el hombre extiende sus manos,* abrazándolas porque Dios lo quiere, pero *otro es el que le ciñe,* enclava, crucifica y *lleva*

adonde él no querría según su voluntad natural. Este modo de trabajos es propio de gente anciana y perfecta en la virtud y lo concede nuestro Señor a los que quiere hacer muy perfectos, porque está limpio de toda voluntad propia y no se halla en él sino la voluntad de Dios el cual es el que principalmente nos ciñe.

¡Oh dulcísimo Jesús! si Tú eres el que de esta manera me ciñes, ordenando o permitiendo el aprieto de trabajo que padezco, cíñeme como quisieres con tu mano, porque aunque me parezca áspera, no será para mí sino muy blanda; y pues Tú te ceñiste abrazando cosas ásperas y extendiste tus manos en la cruz, adonde te ciñeron con duros clavos, llevándote adonde tu voluntad natural rehusaba, no es mucho que yo, tu siervo, me ciña y sea ceñido y llevado adonde mi carne y voluntad propia no querrían!

Estos dos modos de mortificación he de abrazar en todo género de cosas. *El primero, buscándole yo,* conforme a lo que dice David: «Hallé tribulación y dolor». *El segundo, aceptándole cuando viniere,* según lo que él mismo dice: «La tribulación y la angustia me hallaron».

3. Lo tercero, ponderaré lo que dice el Evangelista, que *San Pedro con este modo de muerte había de glorificar a Dios,* porque Dios es muy glorificado de nosotros cuando de buena gana padecemos por Él.

¡Oh dichoso si yo mereciese extender mis manos como Pedro, y que otro me ciñese, glorificando a Dios en tal modo de mortificación! ¡Oh dichosa mortificación propia, con la cual se dilata y acrecienta la gloria divina! Muera mi alma con la muerte de los justos, y sean mis postrimerías semejantes a las suyas, y no muera con muerte de cualquier manera, sino con aquella que más ha de glorificar a Dios.

PUNTO TERCERO

Por qué dijo Cristo solamente a San Pedro: «Sígueme».

Dicho esto, dijo el Señor a Pedro: «Sígueme.» Volviéndose Pedro, vio al discípulo a quien amaba Jesús, que le seguía, y dijo a Jesús: «Señor, ¿qué ha de ser de éste?» Le respondió Jesús: «Si Yo quiero que se esté así hasta que Yo vuelva, ¿qué te toca a ti saber esto? Sígueme tú».

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, cómo Cristo nuestro Señor, levantándose de donde estaba sentado, comenzó a caminar, y dijo *sólo a San Pedro: «Sígueme»*, para con este hecho confirmar lo que le había

dicho, dándole a entender que le había de seguir *de otro modo* diferente que los demás discípulos, no solamente *en la vida* evangélica y perfecta que todos abrazaron, sino también *en el oficio de supremo Pastor* y en el modo de morir en cruz, como El murió.

¡Oh dulcísimo Maestro!, di a mi alma: Sígueme en la muerte de cruz, para que muriendo como Tú en la tierra, llegue a reinar contigo en el cielo.

2. Lo segundo se ha de ponderar cómo San Juan, sin decirle Cristo nuestro Señor nada, *comenzó también a seguirle;* porque la fuerza del amor que tenía a Cristo *le llevaba tras Él* y no le consentía apartarse de su compañía; y también la santa envidia de ver que Pedro le seguía; en lo cual *se nos representa un modo de vocación* o llamamiento para seguir a Cristo sin palabras exteriores, el cual nace, parte del amor y deseo de estar siempre con Él, parte de ver el buen ejemplo de los que le siguen, especialmente cuando son nuestros amigos y conocidos, cuya conversión y mudanza de vida ayuda mucho a la nuestra. Y este modo también agrada a Cristo nuestro Señor, así como le agradó que San Juan le siguiese en este caso, y el mismo Señor interiormente le llamó y le traía, diciéndole en el corazón; Sígueme, aunque no se lo dijo con la boca.

3. Lo tercero, se ha de ponderar que, aunque San Pedro, *con celo de amistad,* porque amaba a San Juan, *deseó saber lo que había de ser de él,* y si había de morir muerte de cruz o no, con todo eso, Cristo nuestro Señor *le reprendió;* porque este deseo *iba mezclado con curiosidad demasiada,* pretendiendo saber lo que no le tocaba y lo que es oculto a sólo Dios cuando Él no lo revela; y así, le dijo; «Puesto caso que Yo quiera se quede así Juan hasta la fin del mundo, cuando venga a juzgarle, ¿qué te va a ti? Sígueme tú». Que es decir: No pertenece a ti ese cuidado, sino a Mí, que le amo y tengo providencia de todo lo que le toca; lo que a ti toca es seguirme del modo que te he dicho. En lo cual nos da *tres avisos: El primero,* que no nos entrometamos *curiosamente* en saber *lo que no nos toca,* con ningún título aparente de amistad humana. *El segundo,* que en tales casos dejemos *a la Providencia divina el cuidado de lo que pertenece a* nuestros *deudos* y *amigos,* fiándonos de que Dios mirará por ellos. *El tercero,* que, dejados los cuidados ajenos, *atendamos a lo que nos toca, que es seguir a Cristo* en el modo de vida para que nos ha escogido, pues este cuidado basta para todo el hombre, y en éste se suman todos porque si yo tengo cuidado de seguir a Cristo, Él le tendrá de mí, hasta llevarme consigo al eterno descanso de su gloria. Amén.

Meditación 14

La aparición a todos los discípulos en el monte de Galilea, y las cosas que les mandó y promesas que les hizo.

PUNTO PRIMERO

Los Apóstoles suben al monte de Galilea.

Los once discípulos se partieron a Galilea al monte que Jesús les había señalado, y viéndole allí, le adoraron, aunque algunos dudaron.

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, cómo *los once Apóstoles,* partiéndose para Galilea por mandamiento de Cristo nuestro Señor, *iban por el camino con grande gozo,* con esperanza de verle más despacio, y por inspiración del mismo Señor iban dando noticia de su resurrección a todos los discípulos que estaban derramados por Galilea, de los cuales, como lo apunta San Pablo, se recogieron más de quinientos y subieron al monte señalado, que se cree fue el monte Tabor, esperando allí la visita de su Maestro. En lo cual se nos representa la caridad y celo de los Apóstoles en convocar a sus condiscípulos para que gozasen de esta dichosa vista; y también el fervor con que aquella multitud, unida en caridad, subió al monte, dándonos a entender, que si yo quiero ver a Cristo con la vista de la contemplación y conocer sus misterios con luz celestial, he de procurar subir al monte de la vida perfecta y anhelar a la cumbre de la caridad y unión fraterna, porque esto es lo que más dispone para alcanzarla.

2. Lo segundo, ponderaré *cuán liberalmente* cumplió Cristo nuestro Señor la promesa que hizo a sus Apóstoles de que *se les mostraría en el monte de Galilea;* y es de creer que les descubriría algo de su gloria y resplandor, como descubrió a los tres delante de quien se transfiguró en aquel mismo monte. ¡Oh, qué contentos y hartos quedaron aquellos santos varones, y cuán de buena gana dijeron aquellas palabras que dijo San Pedro en la transfiguración: «Señor, bueno es quedarnos aquí contigo», si no es que otra cosa ordenes de nosotros! Todos los Apóstoles le adoraron y reconocieron por su Dios, y si algunos dudaron, fueron de los otros discípulos, más imperfectos, que al principio tuvieron alguna duda, pero con su presencia se la quitó, llenando a todos de alegría.

PUNTO SEGUNDO

Potestad que alcanzó Cristo en cuanto hombre.

Acercándose a ellos Jesús les dijo: «Dada me es toda potestad en el cielo y en la tierra: Id por todo el mundo, enseñad a todas las gentes y predicad el Evangelio a toda criatura».

1. Aquí se ha de ponderar cómo Cristo nuestro Señor, *por los méritos de su Pasión* y *muerte, alcanzó en cuanto hombre toda la potestad en el cielo* y *en la tierra;* porque aunque era suya en cuanto Dios, y por otros muchos títulos se le debía, por la unión hipostática, y por ser cabeza de ángeles y hombres, pero también quiso ganarla por punta de lanza, y por esto dijo a sus discípulos: «Ahora se me ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra». La potestad *en el cielo* es para abrir sus puertas y admitir dentro de él a los hombres, distribuyéndoles las sillas celestiales; y para mandar a los ángeles todo lo que quisiere en bien de sus escogidos. La potestad *en la tierra* es para perdonar los pecados, trocar los corazones y repartir sus gracias y dones espirituales con nosotros; y ambas cosas cumplió al subir al cielo, llevando consigo, como dice David, cautiva la cautividad de las almas justas, y repartiendo dones a los hombres.

¡Me gozo, Salvador mío, de vuestra soberana potestad y doy muchas gracias al Eterno Padre, que os la dio, pues con tanta justicia la habéis ganado! Alégrate, ¡oh alma mía!, de tener tan poderoso Redentor, y no dueles de servir a quien puede hacer cuanto quisiere en el cielo y en la tierra. ¡Oh Salvador mío!, ¿qué tengo yo en el cielo? Y fuera de Ti, ¿qué otra cosa quiero yo sobre la tierra? Tú me bastas por todas las cosas, pues en Ti, que todo lo puedes, las tengo todas.

2. Luego consideraré cómo, *usando Cristo nuestro Señor de esta potestad, mandó a sus Apóstoles que fuesen por todo el mundo* y *enseñasen a todas las gentes,* no sólo a los hebreos, sino a los gentiles, y no sólo a los nobles, y poderosos, sino a cualesquiera, por viles que fuesen, predicando el Evangelio a toda criatura, dando a todos noticia de los artículos de nuestra fe, así los que pertenecen a la divinidad y Trinidad, como los que pertenecen a la humanidad. En lo cual se echa de ver cómo la voluntad de Cristo nuestro Señor, es, como dice San Pablo *que todos los hombres se salven* y lleguen al conocimiento de la verdad. Porque como la bondad del Padre celestial se muestra en que este sol corporal nazca para buenos y malos y la lluvia caiga sobre justos y pecadores así la caridad de su Hijo se descubre en que el sol de su Evangelio alumbre a todos los

hombres del mundo y la lluvia de su doctrina riegue los corazones humanos de toda la tierra, sin hacer diferencia de unos a otros, y sin aceptar personas, porque todas son sus criaturas.

¡Oh Padre amorosísimo! pues soy criatura tuya, alumbra este mundo abreviado que creaste, dando luz a todas mis potencias, y riégalas con el rocío de tu soberana doctrina, para que conozca a Ti solo, Dios verdadero, y al que enviaste al mundo, Jesucristo, tu Hijo, de tal manera, que obrando conforme a este conocimiento, alcance la vida eterna. Amén.

PUNTO TERCERO

Bautizadlos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todas las cosas que os he mandado

Aquí se ha de considerar cómo Cristo nuestro Señor, después que mandó a sus Apóstoles que enseñasen las cosas de la fe a todos los hombres, que era como *catequizarles* y *disponerles para el bautismo,* les mandó otras dos cosas:

1. La primera fue *que los bautizasen en nombre del Padre,* y *del Hijo,* y *del Espíritu Santo;* con lo cual trocó el rigor de la circuncisión en la blandura del bautismo, así como trocó *las leyes* cuya entrada eran; porque la circuncisión era puerta y *entrada de la ley vieja,* que era ley de temor y de siervos y así los cauterizaba y señalaba con una señal exterior, dolorosa y afrentosa, cortando parte de su carne, con derramamiento de sangre. Pero el bautismo es puerta y *entrada de la ley nueva,* que es ley de gracia y de amor, ley de hijos, escrita principalmente en sus corazones, y así los señala con un lavatorio blando de agua, en señal del lavatorio interior del alma, donde les imprime el carácter o señal del Cristianismo, y les comunica la gracia y caridad propia de hijos.

De aquí es que este bautismo se da *en nombre de la Santísima Trinidad,* porque todas tres Personas hacen maravillosos efectos en el bautizado: *El Padre* le toma por *hijo adoptivo,* heredero de su cielo, recibiéndole debajo de su protección. *El Hijo de Dios* le toma por *hermano* y compañero de su herencia, y de los merecimientos y frutos de su Pasión, recibiéndole por su discípulo y amigo muy querido. *El Espíritu Santo* toma el alma *por esposa suya,* adornándola con las dotes de las virtudes sobrenaturales, desposándola consigo en fe y caridad y misericordia muy copiosa. *Y toda la Santísima Trinidad* la toma por *su templo* y *morada,*

entrando dentro de ella con deseo de permanecer para siempre en ella, y de unirla consigo con unión de amor, a semejanza de la unión que tienen las tres divinas Personas en su divina esencia. Estos son los nombres gloriosos que Isaías llama nombres nuevos que pone Dios al bautizado y al cristiano que está unido con Cristo, y es hijo, amigo, compañero y discípulo suyo, y su alma esposa de este Dios infinito.

Te alaben, Señor, todas las jerarquías de los ángeles por las innumerables mercedes que has hecho a los hombres, y les haces por medio de este soberano Sacramento. ¿Con qué te pagaremos la suavidad que tienes con nosotros, habiéndolas Tú comprado con tu preciosa sangre? Tu cuerpo qué cauterizado con terribles llagas, para ungir mi alma en el bautismo con excelentes gracias, vistiéndola con la vestidura de tu gracia; ¿mas qué digo de tu gracia? Tú mismo eres su vestidura, pues como dice el Apóstol, todos los que hemos sido bautizados en Cristo, nos habernos vestido de Cristo; y pues siendo sumidos en el agua, salimos renovados con tu gloriosa resurrección, confirma en mí lo que has comenzado, para que llegue a gozarla cumplidamente en la gloria. Amén.

2. La segunda cosa que les mandó fue que enseñasen a los bautizados *cómo habían de guardar todas las cosas que les había mandado*; como quien dice:

No se han de contentar con ser bautizados, sino también han de vivir vida digna de la fe y gracia que les doy en el bautismo, guardando, no los preceptos y ceremonias que mandó guardar Moisés en su ley escrita, porque todo eso está ya abrogado, sino todas las cosas que *Yo os mandé* cuando publiqué mi ley evangélica. De suerte que, por este mandato, Cristo nuestro Señor quitó de nuestras cervices el yugo pesado de la ley vieja, de quien dice San Pedro en nombre de todos los apóstoles, que ni ellos ni sus padres le pudieron llevar, y en su lugar nos pone el yugo suave y la carga ligera de la ley evangélica, con obligación de que guardemos todos sus preceptos, sin quebrantar ni uno solo.

Gracias te doy, ¡oh dulcísimo Maestro!, por haber trocado el yugo pesadísimo de Moisés en el yugo suavísimo de tu Evangelio, para descanso de nuestras almas. Justo es, Señor, que yo cumpla todos tus preceptos, pues son pocos y suaves, puestos por Ti, a quien tanto debo por lo mucho que has hecho y padecido por mí. Deseo guardarlos y enseñar a otros que los guarden, pues Tú dijiste que quien hiciese y enseñase sería grande en te reino; ayúdame con tu doblado espíritu, para cumplir ambas cosas que aquí has mandado.

PUNTO CUARTO

El que creyere y fuere bautizado, será salvo; el que no creyere, será condenado.

1. Esta *promesa* y *amenaza* añade Cristo nuestro Señor *para alentarnos al cumplimiento delo que manda.* No promete ni amenaza bienes o males corporales y temporales, como en la ley vieja, sino bienes o males espirituales y eternos, que son gozar de la salvación que nos ganó con su Pasión y muerte, o carecer de ella para siempre; que es decir: El que creyere y fuere bautizado y cumpliere lo demás que os he mandado, alcanzará perdón de sus pecados, salud espiritual de su alma por mi gracia, y después la vida eterna; y quien no creyere perderá todo esto; y asimismo, quien cree con la fe, pero con las obras niega conocer a Dios, también será condenado; porque no conforma la vida con la creencia, ni cumple con la obra que prometió en el bautismo.

¡Oh Dios de mi alma! descúbreme los tesoros innumerables que están encerrados en esta palabra, *será salvo,* para que el amor de ellos me solicite a cumplir todo lo necesario para salvarme. Y también me descubre el abismo de miserias que está encerrado en esta palabra, *será condenado,* para que me aguijonee el temor de tan terribles males, cuando no me despertare el amor de los celestiales bienes.

2. También ponderaré la infinita caridad y liberalidad de Cristo nuestro Señor, que resplandece en no haber dicho: Quien no creyere ni fuere bautizado, se condenará, sino solamente: *Quien no creyere,* para enseñarnos que, aunque es verdad que quien deja el bautismo *por desprecio* o *notable descuido, se condenará,* porque quien no nace de agua y Espíritu Santo no puede entrar en el cielo; pero cuando el hombre tiene *deseo de recibirle,* y sin culpa suya no puede, no se condenará *si tiene viva fe* y *dolor de sus pecados,* porque ya espiritualmente está engendrado e incorporado con Cristo en virtud de la contrición y propósito de bautismo; y no quiso este Señor estrechar la entrada en el cielo a cosa que el hombre capaz de razón, sin culpa suya, no pudiese recibir.

PUNTO QUINTO

Promesa de Cristo a los que creyeren.

Los que creyeren harán estas señales y milagros: En mi nombre echarán los demonios, hablarán nuevas lenguas, quitarán las serpientes; si bebieren alguna cosa mortal no les dañará; pondrán las manos sobre los enfermos y sanarán. Esta promesa se puede ponderar en *tres* sentidos:

1. El primero es *a la letra,* de la facultad que dio Cristo nuestro Señor a los fieles para hacer estos milagros, cuando conviniese para la dilatación de la fe y conversión de las almas. La cual potestad *resplandeció mucho en la primitiva Iglesia,* y ahora también la concederá *cuando fuere menester para su gloria;* y es muy importante que esta fe y confianza esté viva en nosotros, pues es palabra infalible de este Señor, que si tuviéremos fe como un grano de mostaza, y dijéremos a un monte que se pase de una parte a otra, se hará, y nada nos será imposible,

2. El segundo sentido es el de la facultad que el día de hoy tienen los predicadores, sacerdotes y confesores *para obrar estas señales espiritualmente en las almas de los fieles;* porque, como dice San Gregorio, echan de ellos los demonios, cuando los absuelven y libran de sus pecados; hablan en nuevas lenguas, cuando con espíritu de Cristo y con lenguaje del cielo les predican la doctrina de la verdad; quitan las serpientes, cuando echan de ellos las enemistades y rencores y la astucia de Satanás; beben el veneno sin que les dañe, cuando conversan con los malos, y oyen sus maldades sin que se les pegue mal alguno; ponen las manos sobre los enfermos y sanan, cuando con sus amonestaciones y ejemplos esfuerzan a los flacos en la virtud.

¡Oh Salvador de las almas, envía muchos obreros por este mundo, que obren to les maravilla s, con las cuales la fe se dilate, y la caridad se avive, y la gloria de tu Padre celestial en todos se acreciente! Amén.

3. El tercer sentido es de la potestad que tiene cada uno de los fieles *para obrar en sí mismo tales señales, en virtud de Cristo:* porque, como dice San Bernardo, echamos los demonios de nosotros cuando tenemos contrición y perfecto dolor de nuestros pecados; hablamos nuevas lenguas cuando dejamos el lenguaje del viejo Adán terreno y hablamos el lenguaje del nueve Adán celestial, ocupándonos en la acción de gracias, y en las divinas alabanzas y en hablar siempre de cosas agradables a Dios; quitamos las serpientes cuando apartamos de nosotros las ocasiones de tornar a pecar, y todo lo que nos puede emponzoñar el corazón; bebemos el

veneno sin que nos dañe, cuando, mal que nos pese, sentimos las sugestiones y tentaciones de la carne, pero no consentimos en ellas; ponemos las manos sobre los enfermos y sanan, cuando curamos las enfermedades de nuestra alma y sus pasiones con el ejercicio de las buenas obras y de las penitencias y mortificaciones. *Estas son las señales de los que creen como han de creer,* las cuales pueden hacer, no en su nombre, sino *en el nombre* y *virtud de Cristo.*

¡Oh Cristo poderosísimo y fidelísimo! en Ti creo y en Ti espero, y así en tu nombre quiero comenzar estas maravillas, fiándome de tu misericordia, que, conforme a tu promesa, me ayudarás para obrarlas.

Meditación 15

Otra promesa que hizo Cristo nuestro Señor a sus discípulos de estar con ellos hasta el fin del mundo

Dichas las cosas que quedan referidas, añadió Cristo nuestro Señor; «Mirad que Yo estoy con vosotros todos los días, hasta la fin del mundo». Esta promesa es de las más regaladas y gloriosas que Cristo nuestro Señor hizo a sus Apóstoles, y en *cada palabra,* de ella hay mucho que considerar, ponderando *quien es la persona que hace esta promesa, qué causas le mueven, cómo la cumple, con qué personas, con qué continuación* y *por cuánto tiempo;* porque todo esto se toca en las palabras propuestas; y la primera, que es *Mirad,* nos convida a que las considérenlos.

PUNTO PRIMERO

Por qué asegura Cristo a sus discípulos que se quedará para siempre con ellos

1. Lo primero, se han de considerar *las causas* que tuvo Cristo nuestro Señor para decir a sus discípulos que se quedaba con ellos. *La primera, para consolarlos en la ausencia que había de hacer subiéndose al cielo,* y en la ausencia que sentían no viéndole, sino es de tarde en tarde, en estos cuarenta días: como quien dice: Aunque Yo me voy al cielo y aunque ahora os veo pocas veces, pero sabed y tened por cierto que estoy con vosotros

invisiblemente. No os dejaré huérfanos, sin padre y sin consolador, porque aunque no me veáis, estoy con vosotros siempre, tan presente como si me vieseis. *La segunda causa fue para esforzarlos en la empresa que les encargaba,* enviándoles por el mundo a predicar y bautizar y hacer milagros, asegurándoles que siempre estaría con ellos para su ayuda; como si les dijera: No desmayéis por veros flacos para tan alta empresa, porque Yo mismo estoy siempre con vosotros, fortaleciendo vuestra flaqueza, y Yo tengo que hacer estas obras en vosotros, y os acompañare donde quiera que fuereis. sin apartarme, de vuestro lado. *La tercera causa fue para avivarlos en la ejecución de lo que les mandaba.* porque sabiendo que estaba con ellos presente, mirando cómo trabajaban en su oficio, esta memoria les haría cuidadosos y diligentes en hacerlo sin faltas e imperfecciones, antes con teda la perfección que pudiesen, como quien estaba a la mira de su Maestro y Señor, a quien deseaban agradar.

2. *Estas tres razones tengo de aplicar a mí mismo* imaginando, como es verdad, que por ellas me dice Cristo nuestro. Señor: Mira que Yo estoy contigo presente, como consolador, y como ayudador, y como testigo de lo que haces; por tanto, nunca te olvides de Mí, sino siempre te acuerda que estoy contigo en tus trabajos para consolarte, en tus ministerios y oficios para ayudarte, y en todas tus obras para juzgarte y galardonaste.

¡Oh dulcísimo Señor!, si Tú estás conmigo, ¿qué me puede faltar? ¡Oh, Dios invisible, concédeme que viva como si siempre te viera! No me dejes huérfano, pues eres mi padre, ni me dejes desconsolado, pues eres mi consolador; asiste siempre conmigo, pues sabes que sin Ti nada puedo, y contigo lo podré todo, y advirtiendo que me miras, se avivará mi tibieza con tu presencia.

PUNTO SEGUNDO

Quién es el que dice: «Estoy con vosotros»

Lo segundo se ha de considerar *la grandeza de esta promesa* que se encierra en estas tres palabras: *«Yo estoy con vosotros*».

1. Ponderando, lo primero, *quiénes este que dice: Yo.* No dice, como a Moisés: «Yo enviaré mi ángel que vaya delante de ti y te guarde en el camino y te entre en la tierra de los cananeos», sino Yo mismo, dice, estoy con vosotros y os acompañaré en vuestra jornada, y os guardaré y entraré en la tierra de los gentiles. Yo, Dios omnipotente, infinito y eterno, a cuya

voluntad ninguno puede resistir. Yo, vuestro Salvador, que vencí al demonio, despojé al infierno y he destruido el reino del pecado y la tiranía de la muerte. Yo, a quien ha sido dada toda la potestad en el cielo y en la tierra, os envío por el mundo como mi Padre me envió a Mí, asistiendo con vosotros como Él asistió conmigo. Yo, vuestro Maestro y protector, cuyo poder, liberalidad y amor habéis experimentado, y soy el mismo que solía. Yo estoy con vosotros y soy vuestro compañero invisiblemente, como hasta aquí lo he sido corporalmente.

2. Y en decir *«con vosotros»* abraza *todos los modos que hay de estar con ellos: El primero es común a todas las criaturas,* con las cuales está presentísimo, dándoles el ser, vida y movimiento que tienen. *El segundo es común a todos los justos,* con los cuales está por gracia, dándoles la vida sobrenatural y las virtudes. *El tercero es especial a los muy escogidos*, con los cuales está con particular providencia, cuidando de ellos y obrando por ellos obras grandes y maravillosas. *El cuarto es por el Santísimo Sacramento del Altar,* en el cual asiste real y verdaderamente, en cuánto Dios y en cuanto hombre, para ser nuestra comida y sustento espiritual. *De todas estas maneras está nuestro Señor en su Iglesia,* cuidando de ella y gobernándola, como el rey está en su reino, el piloto en su navío, el padre de familia en su casa y el maestro en su escuela; y todo esto promete cuando dice: Yo estoy con vosotros; esto es, con vosotros, que representáis mi Iglesia universal, y con vosotros, que sois mis discípulos queridos, y con todos los que os imitaren y siguieren.

Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por tan liberal y magnífica promesa como haces a tu iglesia y a los discípulos de tu escuela, Dichosos aquellos con quien estás con tan regalados modos de presencia. ¡Oh, si siempre estuvieses conmigo, sirviéndote y amándote, sin apartarme de Ti por todos los siglos! Amén.

PUNTO TERCERO

Perpetuidad de esta presencia de Cristo.

Lo tercero, se ha de considerar *la continuación* y *duración de esta presencia,* que se declara en las dos palabras postreras: *Todos los días hasta la fin del mundo*. De suerte que Cristo nuestro Señor está con nosotros, no días interpolados, un da sí y otro no, sino todos los días y todas las horas y momentos del día; y no por tiempo limitado de mil o dos mil años, sino hasta que el mundo se acabe; en lo cual nos asegura que *su*

Iglesia durará hasta la fin del mundo, y por consiguiente sus leyes, sacramentos y sacrificios; y así, que el día de hoy está con nosotros, y el de mañana estará también, hasta el día postrero; y *acabado el mundo, estará con los suyos mucho mejor,* por otro modo más excelente, que dure toda la eternidad. Por todo lo cual tengo de dar gracias a este Señor y suplicarle me haga participante de esta merced; que siempre, en todo tiempo y lugar, esté conmigo, sin apartarse ni un solo momento de mí hasta la fin de mi vida, proponiendo no me apartar ni olvidar de Él en cuanto me fuere posible, acordándome de lo que dice San Agustín: «Como ningún momento de tiempo hay en el cual el hombre no goce y se aproveche de la divina piedad, así no ha de haber momento en el cual no le tenga presente en su memoria».

Justo es, Dios mío, que, pues Tú siempre estás conmigo y me tienes presente delante de Ti, yo también siempre esté contigo y te tenga presente delante de mí. Mas, porque esto excede a mis flacas fuerzas, concédeme por tu gracia lo que deseo, pues con ella me será fácil lo que sin ella no puedo.

Meditación 16

Varias apariciones que hizo Cristo nuestro Señor a sus discípulos los cuarenta días que estuvo con ellos, y el modo cómo espiritualmente visita las almas, figurado por estas apariciones.

Además de las apariciones que quedan referidas, es cierto haber habido otras muchas, por lo que dice San Lucas: *«Que a sus discípulos se mostró vivo, con muchas señales, por cuarenta días, apareciéndoseles* y *hablándoles del reino de Dios».* En las cuales palabras se han de considerar algunas cosas que tocan a estas apariciones, ponderando juntamente *el espíritu que está en ellas,* en cuanto representan *las visitas espirituales* que Cristo nuestro Señor hace *invisiblemente a las almas.*

PUNTO PRIMERO

Apariciones de Cristo, y sus circunstancias.

1. Lo primero, se ha de considerar cómo Cristo nuestro Señor, por espacio de estos cuarenta días, aunque estaba *siempre* con sus discípulos *invisiblemente,* al modo que queda referido, pero *de cuando en cuando, para su consuelo, se les mostraba vivo, resucitado* y *glorioso,* probándoles con varios argumentos muy eficaces ser el mismo que había muerto. Unas veces dándoles a tocar sus llagas, otras comiendo con ellos; otras haciendo algunos milagros, como entrar cerradas las puertas, pescar muchedumbre de grandes peces, y otras alegándoles razones y testimonios de las divinas Escrituras que hablan de esto, y de esta manera los alentaba y consolaba cada vez que se les aparecía.

2. *Esto mismo hace Cristo nuestro Señor con las almas de sus escogidos,* con las cuales, al modo arriba dicho, está invisiblemente todo el tiempo de su vida, figurado, como dice San Agustín, por estos cuarenta días; pero de cuando en cuando se les aparece; esto es, *las visita interiormente* y las regala y consuela, dándoles *algunas señales* y *testimonios de su presencia,* con especiales inspiraciones y afectos de amor, con dulzuras y devoción sensible, que es refección del espíritu; con mudanzas maravillosas que obra dentro del corazón, y con ilustración e inteligencia de verdades de la Escritura que les comunica. Por estos argumentos se les muestra vivo y conocen que quien está dentro de ellas es *Dios vivo,* y que, como vivo, obra en ellas tales obras. Y cuando comulgan, algunas veces también se les muestra *vivo* de esta manera, dándoles señales de que han recibido el *pan vivo* que bajó del cielo, porque les comunica alguna luz, o amor, o deseos y propósitos de nueva vida, dolor de pecados, y afectos encendidos de devoción; por los cuales conocen que lo que han recibido no es pan sólo ni cosa muerta, sino viva.

¡Oh Dios invisible, presentísimo y ausentísimo, que a veces te escondes de manera que parece que estás muy ausente, y a veces te descubres, de modo que echamos de ver que estás muy presente! Ven, Señor, a mi alma y visítala con tu dulce presencia, muéstrateme como Dios vivo y verdadero, haciendo en mí tales obras, que den testimonio de quien Tú eres. ¡Oh Amado de mi corazón concédeme que de tal manera te reciba en el Sacramento, que luego eche de ver que he recibido Pan vivo y Pan de vida! Mi alma ha tenido sed de Ti, Dios fuerte y vivo; no la dejes, Señor,

hambrienta y sedienta, no quede seca y desmedrada como si hubiera recibido cosa muerta.

3. *De aquí tengo de sacar algunos avisos: El primero,* que aunque Dios está presente en todo lugar y dentro de mí, pero *por mi culpa no se muestra como Dios vivo*, ni siento efecto de su presencia, ni me acuerdo de El más que si no estuviera presente, o como si fuera cosa muerta, y así he de procurar quitar las culpas y congojosos cuidados que me impiden tanto bien. *El segundo,* que muchas veces comulgo y no siento que he recibido a Dios vivo, antes me quedo como si hubiera recibido cosa muerta, porque *mi ruin disposición no merece* que Cristo nuestro Señor me consuele, ni obre en mí señales de su viva presencia. *El tercero,* que los argumentos que da Dios de su presencia son argumentos de *Dios vivo* y *verdadero,* a diferencia de otros, que suele contrahacer el mal espíritu, transfigurado en ángel de luz y con máscara de Dios, siendo dios *falso* y *fingido.* Y así tengo de suplicarle que cuando me hiciere merced de visitarme, sea con efectos propios suyos, librándome de los engaños de Satanás, y de los que suele tramar mi propio juicio, errado y desatinado.

PUNTO SEGUNDO

1. En sus apariciones, Cristo hablaba a sus discípulos del reino de Dios. — 2. Lo mismo hace con las almas en sus visitas espirituales.

1. Lo segundo, se ha de considerar cómo en estas apariciones Cristo nuestro Señor hablaba con sus discípulos *del reino de Dios. Unas veces,* trayéndoles a la memoria algunas cosas que les había dicho antes de su muerte. *Otras veces,* descubriéndoles nuevos misterios y secretos pertenecientes a los sacramentos y sacrificios y modos del culto divino, de los cuales muchos se conservan ahora por tradición. *Otras veces,* como maestro, les declaraba las divinas Escrituras, dándoles luz para que las entendiesen. *Finalmente,* nunca les hablaba de cosas vanas, o curiosas, o impertinentes, sino solamente de las que pertenecían al reino de Dios; esto es, a la justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo para bien de su Iglesia. Y en estas pláticas, *algunas veces* les reprendía por su incredulidad y dureza. *Otras veces* les alentaba y esforzaba, y les abrasaba el corazón en su amor, pero siempre les dejaba con paz y consuelo, sin que se cansasen de oírle hablar.

2. *Esto mismo hace Cristo nuestro Señor cuando espiritualmente visita las almas,* a las cuales siempre en estas visitas habla algunas palabras al

corazón, conforme a lo que dice David: «Oiré lo que habla en mí el Señor, porque hablará paz para su pueblo». Y a lo que dice por Oseas: «La llevaré a la soledad y la hablaré al corazón». *Estas hablas son por inspiraciones e ilustraciones secretas,* en las cuales no les dice cosas vanas ni curiosidades impertinentes, sino solamente las que pertenecen al reino de Dios, a la justicia y santidad y ejercicio de las virtudes, a la paz de la conciencia con Dios, consigo y con sus prójimos, y al gozo puro en el Espíritu Santo, descarnado del gozo sensual y mundano. *Unas veces* les trae a la memoria cosas que han leído u oído, dándoles vivo sentimiento de ellas. *Otras veces* les descubre nuevas verdades y les infunde nuevos afectos que nunca habían tenido; *unas veces* les reprende de sus faltas y tibiezas; *otras* les exhorta y alienta a la perfección; y por estas pláticas también se descubre que *es Cristo el que habla*, porque las pláticas del espíritu del demonio, mundo y carne, son muy contrarias a éstas.

¡Oh amantísimo Salvador! ven al alma de tu siervo, visítala y háblale al corazón, como sueles, del reino de Dios, para, que cobre cada día nueva estima y amor de este reino, y nunca cese de buscarle, hasta que le alcance con perfección en esta vida, y después le vea y goce claramente en la otra.

PUNTO TERCERO

Propiedades de estas apariciones y visitas de Cristo.

Lo tercero, se han de considerar *algunas propiedades de las visitas de Cristo* nuestro Señor, que resplandecen *en estas apariciones* que hizo a sus Apóstoles.

1. La primera, estas apariciones *no eran continuas sino interpoladas,* y de cuando en cuando, aunque a unos con más frecuencia que a otros, por su mejor disposición y por el mayor deseo de ver a Cristo. Es de creer que a la Virgen nuestra Señora aparecería cada día, o muy a menudo; a San Pedro más veces que a otros, por su mayor fervor y amor. Así *también las visitas de Cristo a las almas son interpoladas,* más o menos frecuentes, conforme a la voluntad del Señor que las visita, y a la dignidad, y fervor de la que ha de ser visitada; y así, a mi cuenta está tener siempre, como los Apóstoles, un ardiente deseo de ver a Cristo nuestro Señor y gozar de su presencia y visita interior, no por sólo mi gusto, sino porque le amo y querría estar siempre con Él, por el grande bien que de aquí resulta; y como la Esposa, puedo decir a los ángeles y almas de los bienaventurados: «Os suplico, hijas de Jerusalén, que si hallareis a mi Amado le digáis cómo

estoy enferma de amor», deseando su dulce presencia para confortar con ella mi flaqueza.

2. La segunda propiedad es que estas apariciones *eran de repente,* y *cuando menos pensaban los Apóstoles;* duraban poco tiempo y a veces de repente se les desaparecía, como a los discípulos de Emaús, dejándolos, como dicen, con la miel en la boca.

Así también las visitas interiores suelen venir de repente y *cuando más descuidados estamos,* y también suelen durar poco tiempo, y de repente se acaban, porque quiere nuestro Señor que andemos, en esta continua mudanza, colgados de su misericordia, y que un poco le veamos, y otro poco.no le veamos, un poco estemos alegres con su presencia, otro poco tristes con su ausencia, y deseosos de que vuelva. Y así, dice San Bernardo, que en esta vida puede haber alegría con la presencia del Esposo, pero no hartura, porque aunque nos alegra su visita, pero moléstanos la mudanza, y cuando viene, es pocas veces y por poco tiempo, porque este silencio que se hace en el cielo del alma justa, apenas dura media hora. En lo cual nos hemos de conformar con la divina voluntad, ciertos de que todo va encaminado a nuestro mayor provecho.

3. La tercera propiedad es, que *así como las* apariciones *no eran siempre a un mismo tiempo o lugar,* o *en una misma ocupación, sino en diferentes,* porque a la Magdalena se le apareció en el huerto, junto al sepulcro; a dos discípulos en el camino de Emaús, y a los once Apóstoles en el cenáculo; a otros siete a la ribera del mar, y a otros en el monte de Galilea, *así también las visitas interiores no tienen lugar, ni tiempo, ni ocupación determinada,* porque suelen suceder en la oración y en la lección espiritual, en la mesa o en el ejercicio de alguna buena obra; a veces en el recogimiento y en el día de fiesta, y a veces en el campo y en el día de trabajo; porque quiere nuestro Señor que en todo tiempo, lugar y ocupación, estemos aparejados de tal manera que no pongamos impedimento a su visita y consolación, y que siempre estemos colgados de su providencia, porque el espíritu inspira donde quiere, visitándonos con sus inspiraciones en el lugar, tiempo y ocasión que le parece.

4. La cuarta propiedad es, que en estas apariciones *algunas veces precedían visitas de ángeles, otras veces se mostraba Cristo nuestro Señor en diversa figura* y *traje,* y poco a poco se iba manifestando, y otras veces *de repente se manifestaba del todo,* ya con mucho resplandor, como a la Virgen nuestra Señora, ya con poco, conforme a la disposición de las personas a quien se aparecía: *de la misma manera, en las visitas espirituales de las almas,* comunica nuestro Señor la luz y conocimiento

de su divina presencia, y los demás favores interiores *en varios modos*, conforme a la ordenación de su eterna sabiduría y a la disposición de las almas a quien visita. *Lo que de nuestra parte* hemos de procurar es *un ánimo generoso* y *confiado,* esperando y deseando de nuestro Señor no menos que a Él mismo, y pidiéndole siempre lo mejor y lo que más le agrada, porque esta grandeza de confianza, y esta generosidad de corazón, como dice San Bernardo, alcanza de Dios grandes cosas, a imitación de un Moisés, que dijo a Dios: «Muéstrateme a Ti mismo; y oyó por respuesta: «Yo te mostraré todo el bien». Y de un David, que decía: «A Ti dijo mi corazón, mi rostro te buscó y tu rostro buscaré»; y con esta determinación llegó a tanta alteza, que vino a decir: «¡Qué tengo yo en el cielo, y, fuera de Ti, qué otra cosa deseo yo sobre la tierra!».

Estos y otros afectos semejantes puedo despertar en mi corazón, diciendo a Cristo nuestro Señor unas veces como San Felipe: «Señor, muéstranos a tu Padre, y nos basta». Otras veces, como la Esposa,: «¡Oh Amado de mi alma, muéstrame donde apacientas y sesteas a mediodía»; descúbreme con tu lumbre celestial el lugar donde al mediodía con ferviente amor dormiste el sueño de la muerte, y donde con luz clara, como de mediodía, manifiestas a los bienaventurados tu soberana gloria! Y descúbreme también los caminos del fervor para que aproveche y crezca en tu servicio, sin parar hasta que llegue a la luz del perfecto día. Amén.

Meditación 17

La aparición de Cristo nuestro Señor a sus apóstoles el día de la Ascensión

PUNTO PRIMERO

Se despide Jesús de sus discípulos para irse al cielo.

Llegado el día que Cristo nuestro Señor había determinado subirse a los cielos, como había amado a los suyos, que estaban en este mundo, al fin les dio mayores señales de amor; y para esto *aquel día se apareció a los discípulos en el cenáculo estando comiendo,* y comió con ellos amigablemente, con grandes muestras de amor, y luego *les dijo cómo aquel día se había de partir para su Padre;* y es de creer que, *para*

consolarlos de la tristeza que esta nueva les causó, renovó alguna de las razones que les dijo *en el sermón de la cena.*

1. Lo primero, *les diría:* «Voy a aparejar lugar *para vosotros, y* otra vez vendré y os llevaré conmigo, para que donde Yo estoy, estéis vosotros». Como quien dice: Yo subo al cielo para abrir sus puertas y dar entrada a los justos que le han merecido, para que gocen de las moradas que están aparejadas en la casa de mi Padre: alegraos, que Yo volveré por vosotros en la hora de vuestra muerte, y os llevaré conmigo, poniéndoos en el lugar que mi Padre os tiene señalado.

¡Oh Amado mío, subid enhorabuena al cielo, pues es vuestro y para Vos principalmente fue creado; pero no os olvidéis de volver por mí, para que yo llegue a estar donde Vos estáis, ayudándome con vuestra gracia para que sea digno de que me admitáis en vuestra gloria!

2. Luego *les diría la otra razón*: «Si me amáis, habéis de holgaros porque voy a mi Padre, porque mi Padre es mayor que Yo». Que es decir: Si me tenéis amor, *habéis de holgaras de mi honra* y *de mi contento*, porque subo a mi Padre que está en los cielos, el cual es mayor que Yo en cuanto soy hombre y me ha de honrar y glorificar poniéndome a su mano derecha, en donde goce con quietud del reino eterno, que con mi Pasión he conquistado.

Me gozo, ¡oh dulce Jesús!, de que subáis a vuestro Padre, porque os amo más que a mí, y deseo más vuestra honra que la mía. Y pues vuestro Padre también lo es mío, tengo grande confianza que después me llevaréis a gozar de su divina presencia.

3. Lo tercero, *añadiría también:* «A vosotros importa que Yo me vaya, porque si no me fuere, no vendrá el Consolador; pero si me fuese, *Yo os lo enviaré.* Como quien dice: No sólo importa a mi honra subirme al cielo, sino también a vuestro provecho, para que se perfeccione vuestra fe, y se levante vuestra esperanza, y se purifique vuestra caridad, y venga del cielo la plenitud del divino Espíritu: porque si Yo no subo, no vendrá a vosotros el Espíritu Santo, así porque está decretado que Yo suba primero y desde allá os lo envíe, como también porque vosotros no estáis bien aparejados para recibirle, porque estáis apegados con un modo de amor carnal a mi corporal presencia, y es menester que os descarnéis de ella para recibir don tan soberano. Por tanto, alma mía, mira bien que tu Dios es espíritu y quiere ser amado con amor espiritual desnudo de todo resabio de amor propio. Y si amar la presencia corporal de Cristo con amor menos puro y algo interesado, impide la venida del Espirita Santo, ¿cuánto más la

impedirá amarte a ti misma o a otra criatura alguna con amor desordenado?

¡Oh dulce Salvador!, gobernad como quisiereis mi alma y si para su provecho es menester que os ausentéis de ella cuanto al consuelo sensible, hágase vuestra voluntad, porque cierto estoy que a su tiempo le daréis el Espíritu consolador, con la plenitud que le conviene, para durar en vuestro amor.

PUNTO SEGUNDO

Por qué Cristo mandó a sus Apóstoles que estuviesen quietos hasta la venida del Espíritu Santo.

Habiendo Cristo nuestro Señor consolado a sus discípulos, les dijo: «Estaos quedos en la ciudad, hasta que seáis vestidos con la virtud de lo alto». En las cuales palabras les promete *la venida del Espíritu Santo,* pero con un modo muy misterioso, como se verá ponderando cada palabra por sí.

1. Lo primero, les dice que *se sienten* y *estén quietos,* para enseñarles que la quietud del cuerpo y del espíritu, con sosiego de corazón, es importante para recibir este don celestial; y también para avisarles que le esperen con paciencia y espacio, sin apresurarse más de lo que conviene, dejando el cuidado de esto a Dios; y a esta causa no les quiso señalar el día en que les pensaba enviar el Espíritu Santo, porque cada día le esperasen y le pidiesen y se aparejasen para recibirle; solamente les dijo que serían bautizados con el Espíritu Santo, «no de aquí a muchos días», para que tuviesen algún consuelo de que no sería muy larga la dilación. De donde sacaré aviso para esperar con quietud y paciencia la venida del divino Espíritu con la plenitud que deseo, remitiendo a la divina Providencia el día de su venida, según aquello de Isaías: «El que cree, no se apresure».

2. Lo segundo, les dijo que se estuviesen *en la ciudad de Jerusalén;* y aunque parecía más a propósito que se fueran al desierto, o a algún monte apartado, para esperar allí con quietud la venida del Espíritu Santo, no quiso sino que le esperasen en la ciudad y en el poblado, porque el Espíritu Santo no se les daba para ellos solos, sino *para bien de todos los hombres,* y así, convenía se les diese *en lugar público, de donde pudiesen salir luego a predicar la ley de Cristo,* conforme a la profecía de Isaías, que dice: «De Sión saldrá la ley, y la palabra del Señor, de Jerusalén». Además

de esto, Dios nuestro Señor *más desea la soledad del corazón que la soledad del cuerpo,* y en medio del bullicio de mucha gente puede haber corazón quieto, pacífico y apto para ver y recibir a Dios. Y quizá por esto, no sin misterio, esta ciudad, aunque era populosa, se llama Jerusalén, que quiere decir visión de paz.

¡Oh Príncipe de la paz! pacifica mi corazón y sosiega mi espíritu para que en todo lugar y tiempo pueda orar, levantando mis manos puras al cielo, esperando el don que me has prometido.

3. Lo tercero, les dijo que se estuviesen allí *hasta que fuesen vestidos de la virtud de lo alto;* esto es, de la fortaleza del Espíritu Santo; en lo cual les da a entender que *de su cosecha están desnudos* y *desarmados,* son flacos, pusilánimes y vacíos del espíritu y caudal que es menester para salir por el mundo a predicar el Evangelio; y así, que se han de estar quietos hasta que venga sobre ellos el Espíritu Santo, el cual los vestirá con su gracia, y los armará con sus dones, y los fortificará con sus virtudes celestiales, dándoles fortaleza, virtud y caudal para esta empresa. Y esta virtud *viene de lo alto,* porque ella es alta y superior a todas nuestras fuerzas humanas, y porque toda dádiva buena y todo don perfecto viene de arriba, del Padre de las luces, que mora en las alturas. De donde sacaré dos avisos: *El primero, que importa mucho fundarme en humildad,* reconociendo mi desnudez y flaqueza, porque de mi cosecha, ni tengo vestiduras, ni armas bastantes, ni me puedo vestir de ellas si otro no me viste como a un niño. Y por esto Cristo nuestro Señor no dijo «estaos quietos hasta que os vistáis», sino «hasta que seáis vestidos». *El segundo aviso es que es temeraria presunción* salir a estas graves empresas *antes de* tener este caudal y *ser vestido de la virtud de lo alto,* porque quien sale a pelear sin armas contra fuertes enemigos, será destruido de ellos.

¡Oh Padre de las luces, de quien proceden todos los dones celestiales! pobre soy en tu presencia y niño pequeñuelo, de tal modo que ni tengo vestidura ni me la puedo vestir si tu misericordia no hace lo uno y lo otro conmigo. Vísteme, Señor, con la virtud de lo alto, para que con ella pueda acometer altas empresas de tu servicio, y no permitas que sin ella temerariamente me arroje a lo que no puedo, porque si quiero volar sin alas, en lugar de subir a lo alto, la soberbia me despeñará en lo profundo.

4, Últimamente, ponderaré que al decirles Cristo nuestro Señor que sé estén quedos *hasta que sean vestidos con la virtud de lo alto,* les da a entender que, *en recibiéndola, luego han de salir a su empresa,* pues como es vicio de temeridad salir antes de recibir esta virtud, así *será* vicio de

pusilanimidad no salir después de Recibirla, como salieron los Apóstoles, y se verá en la *Meditación* 24.

PUNTO TERCERO

Los Apóstoles parten para el monte Olivete.

Dicho esto, los sacó fuera de la ciudad a Betania, al monte que se llama de las Olivos.

1. Aquí se ha de considerar cómo Cristo nuestro Señor dijo a todos los discípulos que estaban en el cenáculo, *que se fuesen luego a Betania, al monte de las Olivas, porque desde allí había de subirse al cielo.*

No consta si Él mismo los sacó y acompañó algún rato, dejándose ver de ellos y no de los otros hombres que pasaban por aquel camino, o si se desapareció y ellos se fueron solos. Como quiera que haya sido, los Apóstoles cumplieron luego el mandamiento de Cristo nuestro Señor. Y es de creer que a la salida del cenáculo *se acordarían de la salida que hicieron para el huerto de Getsemaní*, que estaba a un lado del monte de las Olivas, llenos de grandes tristezas y congojas, temblando de miedo, por los trabajos que esperaban con la muerte de su querido Maestro. Pero ahora saldrían con grandes ansias, mezcladas de tristeza y alegría, esperando su gloriosa subida al cielo, y con este fervor caminarían con paso apresurado al lugar que les estaba señalado.

2. Lo segundo, se ha de ponderar que Cristo nuestro Señor escogió para subir al cielo *el monte Olivete,* en donde oró a su Padre con agonía y sudor de sangre, y donde fue desamparado de sus Apóstoles, entregado por Judas a sus enemigos, preso de los judíos, atado con sogas y hollado con sus pies; y de donde salió a padecer las ignominias de la cruz, quiere subir a gozar las grandezas de su gloria; para que se entendiese que por estos trabajos ganó el cielo que iba a poseer, y para que yo entienda que, si tengo paciencia, *lo mismo que fuere principio de mi humillación, lo será de mi exaltación, y* de los trabajos temporales subiré a los descansos eternos. También para esta subida señaló a Betania, que quiere decir *casa de obediencia,* y al monte de las Olivas, que representa *la cumbre de la misericordia* y *caridad,* para significar que todas las cosas que hizo desde que encarnó hasta que subió a los cielos, fueron por obedecer a su Padre con perfectísima obediencia, en cuya casa siempre vivió sin apartarse de ella. Y todas también fueron por el supremo fin de la caridad y

misericordia, para bien de los hombres, por su amor y por librarlos de sus miserias. Y juntamente nos enseña que el camino para subir al cielo es Betania y monte de Olivas, casa de obediencia y cumbre de caridad y misericordia, castificando, como dice San Pedro, y pacificando nuestras almas con obediencia de caridad.

¡Oh Hijo unigénito del Padre, que por los caminos de la obediencia y caridad subiste a sentarte a su mano derecha!, te suplico me favorezcas, para que toda mi vida more en casa de obediencia, sin apartarme un punto de tu voluntad, procurando siempre subir a lo más alto de la caridad y misericordia, hasta que llegue a subir contigo a lo alto de tu reino, donde te vea y goce por toda la eternidad. Amén.

Meditación 18

La ascensión de Cristo nuestro Señor

PUNTO PRIMERO

Muéstrase Cristo por última vez a sus discípulos, y les da a besar sus llagas.

1. Estando todos los discípulos y la Virgen Santísima en el monte de las Olivas, *se les mostró Cristo nuestro Señor con un rostro más resplandeciente* y *amoroso que solía,* y en lugar de los abrazos que se suelen dar los que se aman cuando se apartan unos de otros, *consintió que todos besasen sus sacratísimos pies* y *manos,* saliendo de sus llagas un olor suavísimo que les confortaría el corazón; llegaría primero la Virgen nuestra Señora, la cual, con título de madre, besaría la llaga del costado, deseando entrar dentro del Hijo para subirse con Él al cielo, si le fuera concedido; mas como estaba muy resignada en la divina voluntad, no quería otra cosa más de lo que Dios quería. Llegó luego San Pedro y San Juan y los demás apóstoles y discípulos, tocándole todos con grande reverencia y devoción.

2. Luego dice San Lucas, que, *levantando las manos, los bendijo*. *Dos cosas hizo* Cristo nuestro Señor: La primera fue *levantar las manos en alto,* para significar que la bendición que pretendía echarles no era en bienes de la tierra, sino en bienes del cielo, y que había sido ganada por su Pasión y muerte, levantando las manos en la cruz; y levantó ambas manos,

porque ambas fueron clavadas en ella, y para significar la largueza de su bendición, ofreciéndonos a manos llenas los bienes de gracia y gloria. *De donde sacaré grandes afectos de alabanza* y *agradecimiento,* diciendo con San Pablo: «Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos bendijo, con toda bendición espiritual en las cosas celestiales por su Hijo».

¡Oh Cristo benditísimo, por el amor y dolor excesivo con que levantaste tus manos en la cruz para ganarme las bendiciones celestiales, te suplico las levantes ahora para echarme tu copiosa bendición! Concédeme, Señor, que levante yo las mías al cielo con oraciones y obras tan perfectas, que merezca levantes Tú las tuyas para bendecirme con ellas.

3. Lo segundo, dice San Lucas que *les bendijo,* declarando con palabras los bienes que deseaba y pedía para ellos. Y aunque no sabemos las palabras que dijo, ni los bienes que deseó y pidió para ellos, puede ser que haya dicho aquellas palabras con que mandaba Dios que bendijesen a los hijos de Israel: «Os bendiga el Señor y Él os guarde; os muestre su divino rostro y tenga misericordia de vosotros; convierta su faz para miraros con buenos ojos, y os conceda su paz para siempre». O quizá repetiría parte de la oración que hizo en el sermón de la Cena, que fue la suprema bendición que les podía echar, diciendo a su Eterno Padre: «Padre santo, en tu nombre y con tu virtud guarda y ampara estos que me diste para que sean una cosa, como Tú y Yo lo somos, y después suban adonde Yo subo, para que vean la claridad que me diste y el amor que me tuviste antes de la creación del mundo». Y como la bendición de este Señor no es de solas palabras, sino de obras, haciendo lo que dice, juntamente les llenaría de aquellos bienes celestiales que pedía para ellos.

¡Oh dulcísimo Jesús, a quien todos los ausentes estaban presentes en aquella hora!, dadme parte en esta vuestra bendición, pues de ella está colgado todo mi remedio; no sea yo como el reprobado Esaú, que no alcanzó la bendición cumplida de su padre Isaac. Bendecidme, Padre mío, por la despedida, no con bendición de la tierra, sino con bendición del cielo, porque no me hartan los bienes terrenos, sino solamente los celestiales.

PUNTO SEGUNDO

Subida de Cristo a los cielos.

Dada la bendición, *comenzó el Salvador poco a poco a levantarse de la tierra, e iba subiendo al cielo*, no como Elías, arrebatado de un carro de fuego, sino con su propia virtud, llevado del fuego de su infinita divinidad y majestad, cuya inclinación es subir a lo alto, como a su propio lugar. *Iban con Él* acompañándole todas las almas de los justos, y muchos coros de ángeles que bajaron del cielo para subir con *Él; los discípulos tenían enclavados los ojos del cuerpo* y *del alma en su Maestro, con tres afectos encendidísimos: El primero, de admiración,* viendo una cosa tan nueva como era subir un hombre por los aires con tanta suavidad y facilidad, y con muestras de tanta grandeza. *El segundo, de alegría grandísima*, gozándose de la gloria de su Maestro y de la divinidad que en Él resplandecía. No rasgaron sus vestiduras por tristeza como rasgó las suyas Eliseo cuando vio que su maestro Elías era llevado al cielo; antes darían saltos de placer con el gusto de verle subir con tanta majestad. *El tercer afecto era un entrañable deseo de seguirle* y *subirse con Él,* porque los corazones se iban tras su Amado; cumpliéndose aquí lo que estaba profetizado: «Subiendo a lo alto, llevó cautiva la cautividad». Dos suertes de cautivos llevaba Cristo nuestro Señor consigo; unos, real y verdaderamente en sus propias personas, como eran los justos que sacó del limbo, los cuales le siguieron hasta el cielo empíreo. Pero demás de éstos, llevaba cautivos los corazones de su Madre y de sus discípulos, los cuales le seguían con el deseo, atados con las cadenas del amor, sin poderse de Él apartar.

¡Oh, quién me diese que fuese yo uno de estos cautivos de Jesús! ¡Oh dulcísimo Jesús, llevad con Vos mi corazón cautivo al cielo, para que esté allá siempre en vuestra compañía! Me gozo de que subáis por esos aires volando como águila, y provocando a vuestros hijos a que vuelen con Vos. Dadme, Señor, alas de águila, con que vuele en vuestro seguimiento, poniendo mis pensamientos y deseos en sólo seguiros, pues fuera de Vos nada quiero sobre la tierra, ni deseo más que gozaros en el cielo.

PUNTO TERCERO

Estando los discípulos mirando a Cristo cómo subía, una nube le recibió y se le quitó de los ojos.

1. Aquí se ha de considerar *el misterio de esta nube;* la cual, en llegando Cristo nuestro Señor cerca de la región del aire, le recibió dentro de sí, a vista de los Apóstoles. Y es de creer que sería una nube *muy hermosa* y *resplandeciente,* cual convenía para significar la majestad del Señor que subía en ella, y la hermosura del cielo adonde iba, cumpliéndose lo que estaba escrito: «Pones tu subida sobre una nube, y andas sobre las plumas de los vientos»; que es decir: Te sirves de las nubes como de carros triunfales para subir volando por esos aires con grande pompa y majestad. ¡Oh, qué alegría sentirían los Apóstoles con la vista de este glorioso carro en que iba su Maestro! Y aunque no dieron voces como Elíseo cuando vio subir a Elías en el carro de fuego, porque la suspensión del espíritu les quitaba el uso de la lengua, pero cada uno diría en su corazón lo que dijo Elíseo: «Padre mío, Padre mío, carro de Israel y guía suya».

¡Oh Padre mío amantísimo, fortaleza y defensa de los verdaderos israelitas, fuertes en servirte y cuidadosos en contemplarte!, ¿adónde te vas y me dejas? ¡Oh Padre mío dulcísimo, gobernador y protector de los que confían en Ti! admíteme en ese carro triunfal, dame entrada en esa nube resplandeciente, para que te siga siquiera con el espíritu, y entre a contemplar la gloria de tu soberana majestad.

2. Lo segundo, se ha de ponderar cómo habiendo Cristo nuestro Señor subido un rato en esta nube, ella misma le encubrió y quitó de los ojos de sus discípulos; en lo cual esta nube representa *todo aquello que nos impide ver a Cristo* y nos hace perder de vista a Dios; *lo cual sucede* en dos maneras: *unas veces es por nuestra culpa,* y entonces nuestras culpas son *las nubes,* las cuales ponemos entre nosotros y Dios, y son grande impedimento de la oración y contemplación, según aquello de Jeremías, que dice: «Pusiste delante de ti una nube para que la oración no pase al cielo»; y pues yo puse esta nube, a mi cuenta está, con la divina gracia, quitarla por medio de la penitencia y mortificación, examinando en particular si es nube de soberbia, o de codicia, o de algún amor desordenado a criaturas, y aplicando medios eficaces para deshacer lo que tanto me estorba. *Otras veces se pone esta nube sin nuestra culpa, por providencia de Dios,* el cual, como a ciertos tiempos se nos descubre, así también a ciertos tiempos se nos encubre, y quiere que no le veamos por la

suave contemplación de su presencia, para que acudamos a otras cosas de su servicio. Y, generalmente, la flaqueza de nuestra carne, la cortedad de nuestro entendimiento, y la muchedumbre de cuidados y necesidades que padecemos en esta vida mortal, son como nubes que nos estorban poder contemplarle con la claridad y continuación que deseamos, como las nubes que pasan a menudo por el aire nos quitan la vista del sol.

¡Oh Dios infinito, que moras en una luz inaccesible a los mortales, quita de mi alma las nubes de los pecados que yo he puesto, y deshaz los nublados de tentaciones y turbaciones que padezco, para que pueda contemplar tu gloria en esta vida mortal, hasta que llegue a verte cara a cara, sin impedimento de nube alguna en la vida eterna! Amén.

PUNTO CUARTO

Dos avisos que dieron los ángeles a los discípulos.

1. Después que los Apóstoles perdieron de vista a Cristo nuestro Señor, como estaban tan admirados y enajenados de sí, *no por eso dejaban de mirar al cielo;* y se estuvieran en aquel éxtasis mucho tiempo si el Señor no proveyera quien los despertara. Luego vinieron dos ángeles en forma de varones con vestiduras muy blancas, y les dijeron: «Varones de Galilea, ¿qué hacéis aquí mirando al cielo? Este Jesús que se partió de vosotros, así volverá como le visteis subir al cielo». En las cuales palabras *los ángeles dieron dos maravillosos avisos a los discípulos,* y en ellos a nosotros: *El primero,* que la suspensión y admiración y los demás afectos de la divina contemplación, en esta vida se han de tomar *con medida* y *tasa,* porque no son *fin último, sino medio* para cumplir mejor la voluntad de Dios y las obligaciones de nuestro oficio; y así, por modo de reprensión, les dijeron los ángeles: ¿Qué hacéis mirando al cielo? Como quien dice: Cesad; basta lo que habéis mirado; volveos a cumplir lo que está a vuestro cargo. *El segundo aviso* fue que juntasen la memoria de esta subida de Cristo al cielo con la memoria de la vuelta a juzgar, *para que la vista de la primera confirmase la fe de la segunda,* y para que las predicasen ambas juntamente a los hombres; porque si se descuidasen de vivir bien con decir que su Señor estaba ausente y se había subido al cielo, se reformasen, acordándose que había de volver a juzgarles. Y no les dicen *cuándo ha de volver*, sino *que volverá,* para que cada día estén en espera de su vuelta y teman la cuenta que le han de dar; y aunque es verdad que volverá así como subió, cuanto a la majestad y grandeza que mostró en la subida, pero

el que sube amoroso y blando, con muestras de grande amor, volverá terrible y espantoso, con señales de grande rigor, y tomará cuenta de lo que nos encargó en la partida, sin perdonar al que hallare culpado.

Por tanto, alma mía, *en el día de los bienes acuérdate de los males*, y en el día de la subida de Cristo al cielo para ser tu abogado, acuérdate de su vuelta para ser tu juez; mira bien lo que te dejó encargado, y procura cumplirlo, para que cuando vuelva te lleve consigo, subiendo a reinar con Él en su cielo. Amén.

2. Oyendo los discípulos este recado de los ángeles, *haciendo su adoración, se volvieron a Jerusalén con grande gozo*, porque como entendieron que su Maestro estaba ya en el trono del cielo, postrados en tierra le adoraron con grande reverencia, supliendo con la vista de la fe lo que no alcanzaban con la vista del cuerpo; y se volvieron con grande gozo, porque aunque volvían sin su Maestro, volvían como gente perfecta, que se goza más de lo que Dios quiere, que de lo que su carne desea, y se alegra más de la gloria de Cristo, que de su propio gusto. *Las causas de este gozo fueron* tres, es a saber: *La firmeza de fe* con que quedaron, viendo cuán glorioso fin habían tenido las cosas de su Maestro, y por lo pasado quedaban muy certificados de todo lo que estaba por venir. *Item, la grande esperanza que cobraron* de que les enviaría el Espíritu Santo que les había prometido, y que vendría tiempo en que habían de subir con Él a estar donde Él está, conforme a la palabra que de esto les dio. *Y, finalmente, el grande amor que le tenían,* de cuya gloria se gozaban como si fuera propia; y aunque los cuerpos caminaban por la tierra desde el monte de las Olivas a Jerusalén, sus corazones estaban en el cielo contemplando la gloria de su Señor, y de aquí les resultaba tanto gozo.

3. *Estas tres cosas* han de causar también grande gozo en mi alma, *avivando la fe, esperanza* y *caridad con Cristo mi Señor, gozándome de su gloria,* y *alegrándome con la esperanza de subir donde Él está;* para lo cual tengo de procurar quitar de mí todo lo que me puede impedir esta subida, como son: pecados, vicios y aficiones desordenadas a cosas terrenas, y aun descargarme de la demasía de estas cosas, para poder más ligeramente volar adonde está Cristo, pues por esto dijo su Majestad «que adonde está el cuerpo, allí se juntarán las águilas»; esto es, adonde está el cuerpo de Cristo nuestro Señor glorificado, subirán aquellos que se han renovado como águilas, y con la confianza en Dios mudaron su fortaleza, y tomando alas de águila, suben a contemplarle y vuelan con ligereza en las cosas de su servicio.

¡Oh Rey del cielo, que como Aguila real subes por esos aires y pones tu nido en lo más alto del cielo, provocándome a que te siga con el deseo!, renueva mi juventud, como la del águila, para que cobre nueva virtud y fortaleza, y con ella pueda volar tras Ti, siguiendo tus pasos, imitando tus virtudes, traspasando mi corazón adonde está tu cuerpo glorificado, para que de tal manera viva en la tierra, que tenga mi conversación en el cielo, donde Tú vives y reinas por todos los siglos. Amen.

Meditación 19

La entrada de Cristo nuestro Señor en el cielo empíreo, y de su asiento a la diestra del Padre

PUNTO PRIMERO

Triunfo glorioso de Jesucristo.

Lo primero, se ha de considerar, el glorioso triunfo con que Cristo nuestro Señor entró en el cielo empíreo; en lo cual se ha de ponderar el acompañamiento que llevaba, la alegría y música con que entró, las pláticas y razonamientos que hubo en la entrada.

1. *El acompañamiento era de todas las almas que había sacado del limbo,* con algunos justos va glorificados en el cuerpo, si es verdad que los que resucitaron con Cristo *no tornaron más a morir:* cumpliendo lo que estaba escrito, que subiendo a lo alto, llevó consigo cautiva a la cautividad; esto es, llevó las almas que habían estado cautivas en el limbo, tomándolas por sus prisioneras con prisiones de amor, y con sumo gusto y consuelo de ellas, porque cuanto es de malo *y* penoso ser cautivo del demonio, tanto es de bueno y glorioso ser cautivo de Cristo. ¡Oh, *qué gozosa iba esta compañía de ilustres cautivos* y *prisioneros,* siguiendo a su Capitán, deseando verse en el trono de su gloria, adonde habían de tener perfectísima libertad! Miraban la estrechura y oscuridad del limbo de donde salieron, y la comparaban con la anchura y claridad del cielo empíreo donde entraban, y admirados de la belleza de este lugar, diría cada uno aquello del salmo: «¡Oh, cuán amables son tus tabernáculos y moradas, Señor, Dios de las Virtudes! Mi ánima los codicia y desfallece mirando los palacios del Señor». Con esta vista comenzó luego la música celestial que dice David: «Sube Dios con júbilo, y el Señor con voz de trompeta». ¡Oh, qué júbilos de alegría sentían aquellas almas,

acompañando a su Dios! ¡Qué voces de alabanzas, más sonoras que de trompetas, salían de sus corazones glorificando a su Señor! Unas a otras se provocarían a cantar estos cánticos de alabanzas, diciendo lo del mismo David: «Cantad a nuestro Dios, cantad, cantad con gran sabor, porque Dios es rey de toda la tierra, y se sienta sobre su santa y real silla». También dirían lo del otro salmo: «Cantad al Señor, que sube sobre el supremo cielo al oriente, y allí mora en una luz inaccesible», para alumbrar a sus escogidos con la lumbre de su gloria.

2. Con el coro de las almas *entraba también un coro de innumerables ángeles,* que vinieron para acompañar a Cristo nuestro Señor, sirviéndole, como dice David, como de carros triunfales, y eran millares de millares, todos con grande alegría, cantando los triunfos de su victoria, haciendo entre sí diálogos y coloquios para descubrir su grandeza. *Unos decían a los otros*: «Abrid, príncipes, vuestras puertas; abríos, puertas eternales, y entrará el Rey de la gloria». Otros respondían por vía de admiración: «¿Quién es este Rey de la gloria que quiere entrar por estas puertas? Él Señor fuerte y poderoso, poderoso en las batallas, el Señor de las virtudes: éste es el Rey de la gloria». *Otros le preguntaban por vía de regocijo:* ¿Quién es éste que viene de Edón, teñidas las vestiduras de Bosrá, hermoso en su vestidura, y que camina con la muchedumbre de su virtud?». Que es decir: ¿Quién es éste que sube del mundo sangriento, y del lugar de la batalla, vestido con una humanidad bordada con señales de heridas, pero hermosa a maravilla, y con muestras de grande virtud y fortaleza? *«Yo soy, dice, el que hago justicia* y *el que peleó pava salvar».* Yo hice en el mundo justicia pagando los pecados de los hombres, peleando contra el demonio para salvarlos. Ahora hago justicia, subiéndome a Mí y a ellos al cielo, que les tengo merecido. *Entonces todos a una voz dirían* lo del Apocalipsis: «Digno es el Cordero que fue muerto, de recibir la virtud, la divinidad, la sabiduría, la honra, gloria y fortaleza, y la bendición y alabanza por todos los siglos». Amén.

¡Oh Salvador del mundo, me gozo de este vuestro triunfo tan glorioso, que tenéis bien merecido! Subid, Señor, a vuestro descanso, Vos y el arca de vuestra santificación, pues tan bien habéis trabajado por nosotros. Levantaos sobre los cielos, subid sobre los querubines y volad sobre las plumas de los vientos, y poneos encima de todas las criaturas, pues sois mejor que todas ellas; dadme licencia que entre con esos coros angelicales, y que juntando mis voces con las suyas, os alabe y bendiga, diciendo con ellos: «Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios de las batallas;

el que es, el que fue y el que ha de venir». Llenos están los cielos de vuestra gloria con la entrada tan gloriosa que hacéis en ellos.

3. Mas sobre todo se ha de ponderar *la alegría de Cristo nuestro Señor en este triunfo*, porque también por Él mismo se puede decir: «Dios sube con grande júbilo», alegrándose su ánima santísima con gran regocijo por ver el dichoso fin de sus trabajos; y como el pastor que había hallado la oveja perdida y la traía consigo al cielo, de donde bajó en su busca, diría a los ángeles que se alegrasen con Él y le diesen el parabién de haberla hallado.

¡Oh Pastor soberano, que tan a costa vuestra buscasteis y hallasteis la oveja del linaje humano; me gozo del gozo que tenéis subiendo con ella triunfante sobre todos los cielos! Sea para bien la gloria de vuestro triunfo, por la cual os suplico me hagáis participante de él, buscándome y hallándome en esta vida, y subiéndome después a gozar con Vos en la otra.

PUNTO SEGUNDO

El Eterno Padre manda a Cristo sentarse a su diestra.

1. Entrando de esta manera Cristo nuestro Señor por los cielos y habiéndolos penetrado todos, como dice San Pablo, y llegado *a lo supremo del cielo empíreo,* presentó al Padre Eterno aquella dichosa cautividad que llevaba consigo, y como quien le daba cuenta de lo que en el mundo había hecho en su servicio, le diría lo que dijo en el sermón de la cena: «Padre, Yo he manifestado tu nombre a los hombres y *te he glorificado sobre la tierra,* acabando la obra que me encomendaste; ahora, Padre, *glorifica a tu Hijo* con la claridad que tuve delante de Ti antes que creases al mundo». ¡Oh, *que contento recibiría el Padre Eterno* con el presente que su Hijo le hacía, y *con grande regocijo le mandaría sentar a su mano derecha*, cumpliendo lo que había profetizado David en un salmo: «Dijo el Señor a mi Señor; Siéntate a mi mano derecha!». Dice que *se siente,* para significar su señorío quieto y sosegado y la dignidad infinita de su persona; dice que se siente *a su mano derecha,* para que se entienda que le da los mejores bienes de su gloria, entronizándole sobre los ángeles y arcángeles, sobre las potestades y dominaciones, sobre los querubines y serafines, como cabeza y Señor de todos, porque “a ninguno de los ángeles dijo; Siéntate a mi diestra; antes quiere que todos sean sus criados y ministros de su gobierno.

2. Aquí tengo de ponderar *cuán bien premió el Padre Eterno a su Hijo los servicios que le hizo,* ensalzando sobre todos al que se humilló más que todos. Por el trono de la cruz, le dio el trono de su majestad; por la corona de espinas, la corona de gloria; por la compañía de ladrones, la compañía de las jerarquías angélicas; por las ignominias y blasfemias de los judíos, las honras y alabanzas de los espíritus bienaventurados; y porque bajó hasta lo más profundo de la tierra, le hizo subir hasta lo más alto del supremo cielo, y le dio un nombre sobre todo nombre a quien todos se arrodillen y adoren, reconociendo que Jesús está en la gloria de Dios Padre. *Aprende,* ¡oh alma mía!, *a humillarte por Cristo,* porque sin duda serás ensalzada con Cristo, pues la fidelidad que tuvo el Padre con el Hijo unigénito, tendrá con sus hijos adoptivos por el amor que tiene al Hijo natural, en cuyo premio está encerrado el nuestro; porque, como dice el Apóstol; «Dios, que es rico en misericordia, por la mucha caridad con que nos amó, estando muertos por el pecado, nos hizo vivos a Cristo, por cuya gracia somos salvos, y con Él nos resucitó y nos hizo asentar en los cielos con Cristo Jesús».

3. De aquí tengo de sacar *afectos grandes de confianza,* esperando de subir con Cristo a los cielos, fiado en la misericordia y caridad del Padre y en los grandes merecimientos del Hijo. Y también *grandes propósitos* de no buscar otra cosa que a Cristo nuestro Señor y su santísima voluntad, acordándome siempre de lo que dice San Pablo: «Buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra del Padre».

¡Oh dulcísimo Jesús, si donde está mi tesoro allí está mi corazón, donde Vos estáis ha de estar siempre, porque Vos sois mi tesoro, y fuera de Vos nada tengo por precioso! ¡Ea, alma mía!, mira que eres peregrina y extranjera sobre la tierra; tu Padre y tu Redentor está ya de asiento en el cielo; date prisa a caminar adonde está. Ya se han abierto las puertas del cielo, que tantos millares de años habían estado cerradas. Alégrate con estas nuevas, corre con ligereza de ciervo, vuela con alas de águila, sube con el corazón al trono de tu Señor y mora siempre junto a su celestial estrado, porque si ahora moras allí con el espíritu, después morarás con Él glorificada también con el cuerpo por todos los siglos. Amén.

PUNTO TERCERO

Cristo, sentado a la diestra del Padre, ejercita su oficio de remunerador y abogado.

1. Lo tercero, se ha de considerar cómo, sentado Cristo nuestro Señor a la diestra del Padre, comenzó luego a hacer su oficio, *distribuyendo las sillas del cielo entre las almas que subió consigo.* A unas puso entre los ángeles, a otras entre los arcángeles y principados, y a otras entre los querubines y serafines, dando a cada una el lugar y silla conforme a sus merecimientos. En lo cual puedo discurrir, ponderando la silla que daría a los patriarcas y a los profetas, al glorioso San José y al gran Bautista, y también el lugar que daría a los que subieron con Él glorificados en sus cuerpos. ¡Oh, qué contentas estarían aquellas almas cuando se viesen en tales tronos *y* entre tan gloriosa compañía! ¡Oh, qué alegres estarían los ángeles cuando viesen llenas las sillas que sus compañeros, por su soberbia, dejaron vacías, reparando, como dice David, en los hombres las ruinas, y caídas de los malos ángeles! ¡Oh, cuán bien cumplió el Padre Eterno la palabra que dio a su Hijo cuando le dijo: «Porque entregó su alma a la muerte, Yo le repartiré muy muchos que le sirvan, y dividirá entre los fuertes sus despojos»!

Me gozo, ¡oh dulce Jesús!, de que esté a vuestro cargo repartir los despojos de vuestra gloria entre los que os sirven con fortaleza. Hacedme, Señor, fuerte en vuestro servicio para que merezca participar de vuestros despojos.

2. También puedo considerar cómo Cristo nuestro Señor, a la diestra del Padre, *comenzó luego a hacer su oficio de abogado por los hombres,* que quedaban en la tierra, mostrándole las llagas que recibió por redimirlos y por cumplir su precepto, en el cual oficio persevera siempre. De donde sacaré *grandes afectos de amor* y *confianza,* acordándome de lo que dice San Pablo; «Pues tenemos un gran Pontífice, que penetró los cielos, Jesús, Hijo de Dios vivo, tengamos firme la confesión de nuestra esperanza, no desfalleciendo en confesar lo que creemos ni en pretender lo que esperamos»; y especialmente cuando me viere caído en pecados, tengo de acordarme de lo que dice San Juan: «Hijuelos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis; mas si alguno pecare, sepa que tenemos delante del Padre por abogado a Jesucristo justo, el cual es propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino por los de todo el mundo», Y siendo tan justo como es, y habiendo hecho una redención tan copiosa

como la que hizo, no dejará de abogar por mí y aplicarme el perdón que me ganó; y habiendo abierto para mí las puertas del cielo, no me las cerrará, antes me admitirá a tener parte con Él en su reino para gloria de su Padre, con quien vive y reina por todos los siglos. Amén.

Meditación 20

El recogimiento y oración que tuvieron los Apóstoles después de la Ascensión, hasta la venida del Espíritu Santo

Volviéndose los discípulos a Jerusalén, entraron en el cenáculo, y estuvieron allí Pedro, Juan y los demás Apóstoles, perseverando todos con un mismo ánimo en la oración, juntamente con las devotas mujeres, y con María, Madre de Jesús, y con sus hermanos.

PUNTO PRIMERO

Los Apóstoles se recogen en el cenáculo a orar.

1. Lo primero, se ha de considerar cómo los Apóstoles, movidos del espíritu de Cristo, se recogieron estos diez días en aquel cenáculo, apartándose del bullicio y tráfago de la gente, *ejercitándose en oración fervorosa para negociar la venida del Espíritu Santo;* porque aunque Cristo nuestro Señor se le había prometido, sabían que las divinas promesas *se cumplen por medio de la oración,* especialmente ésta, de la cual les había dicho el mismo Señor: «Si vosotros, siendo malos, dais a vuestros hijos los bienes que habéis recibido, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el espíritu bueno al que se lo pidiere?». *Esta oración acompañaron con otras excelentes virtudes,* que se apuntan en las palabras dichas.

2. Porque, lo segundo, dice San Lucas que estaban *todos muy unidos* y *conformes,* teniendo un corazón y una voluntad, *orando todos a una,* porque sabían que la oración de muchos, unidos con amor es muy eficaz delante de Dios, según aquello que su Maestro les había dicho: «Os digo de verdad, que si dos de vosotros se concertaren entre sí sobre la tierra, cualquier cosa que pidieren se la concederá mi Padre que está en los cielos; porque adonde están dos o tres juntos en mi nombre, allí estoy Yo

en medio de ellos». Como quien dice: Serán oídos de mi Padre; porque Yo estoy con ellos ayudándoles a orar y abogando y orando con ellos. Y como Cristo nuestro Señor les había encargado tanto el amor, procuraban señalarse en esta conformidad de voluntades que causa el mismo amor.

3. Lo tercero, no sólo estaban unidos unos con otros, sino *cada uno consigo mismo,* de donde procede ser la oración *recogida,* teniendo unidas sus potencias para orar, porque también en este sentido, dice San Ambrosio, se entiende lo que Cristo nuestro Señor dijo: Que será oída la oración cuando en ella conciertan dos; esto es, el hombre exterior y el hombre interior, el cuerpo y el alma concordando con verdadera mortificación y sujeción del cuerpo al alma; y ambos han de concordar con otro tercero, que San Pablo llama espíritu; de modo que para orar se aúnen el cuerpo con los sentidos, y el alma con la imaginación y apetitos inferiores y el espíritu con las potencias superiores, memoria, entendimiento y voluntad, y entonces estará Cristo en medio de estos dos o tres unidos en su nombre, ayudándoles a orar.

4. Lo cuarto, estaban *con grande perseverancia en su ejercicio,* sin interrumpirle o aflojar en él por tibieza, acordándose de lo que su Maestro les había dicho: «Conviene siempre orar y no desfallecer». Y como Cristo nuestro Señor no les había señalado tiempo para darles el Espíritu Santo, cada día oraban y le pedían, multiplicando la oración con tanto fervor, como si aquel día le hubieran de recibir, importunando a Dios a que se le diese, para que cuando no mereciesen alcanzar este don por amigos, siquiera le alcanzasen por importunos, como se lo había avisado su Maestro.

5. Finalmente, estaban orando *en compañía de la Virgen sacratísima, Madre de Jesús,* a la cual, sin duda, tomarían *por patrona e intercesora,* sabiendo que podía Ella sola mucho más con su Hijo, y con el Padre Eterno, que todos ellos. Y así, la Virgen oraba fervorosamente, y con su ejemplo animaba a los demás a que orasen con fervor y perseverancia; y su oración fue tan eficaz, que podemos decir de Ella que como alcanzó con sus oraciones la apresuración de la Encarnación del Hijo de Dios, así también alcanzó la apresuración de la venida del Espíritu Santo, para bien de los Apóstoles y de todo el mundo.

6. En estas *cuatro virtudes* tengo de procurar *imitar a los Apóstoles para negociar la venida del Espíritu Santo;* es a saber: oración recogida, con unión de mis potencias y sentidos; unión de caridad con todos; perseverancia, con importunidad en pedir, y devoción a la Virgen nuestra Señora, suplicándole como a Madre que ore por mí y abogue delante del

Padre Eterno y de su Hijo, para que me concedan la plenitud del Espíritu Santo. De aquí también sacaré, que, como el cenáculo donde estaban los Apóstoles es figura de la Iglesia, la cual es casa de oración y de unión, así he de procurar que mi alma sea como este cenáculo, adornada con estas virtudes, para que descienda en ella el Espíritu Santo y la enriquezca con sus dones. Y juntamente daré muchas gracias a nuestro Señor por haberme puesto en su Iglesia, en la cual no oro solo, porque siempre ella ora por todos, y muchos justos oran unos por otros; y así, en virtud de la comunión de los santos que hay en la Iglesia, mi oración va acompañada con la de muchos justos, si quiero unirme con ellos.

PUNTO SEGUNDO

Causas de recogerse los Apóstoles en el cenáculo.

Lo segundo, se han de considerar *las causas* y motivos que tuvieron los Apóstoles para este recogimiento y ejercicio de oración, aplicándolas a mí mismo, por tener en mí la misma fuerza:

1. La primera fue *haberles mandado Cristo nuestro Señor,* a la partida, que se estuviesen quedos y quietos en la ciudad hasta que fuesen vestidos de la virtud de lo alto; y en cumplimiento de esto se recogieron al cenáculo, haciendo de él casa de oración y lugar de refugio, acordándose de los misterios que allí se celebraron y de las razones tan divinas que allí oyeron a su Maestro. Y como Cristo nuestro Señor antes de salir a predicar, estuvo cuarenta días recogido en el desierto, así quiso que sus Apóstoles estuviesen siquiera diez días negociando el espíritu con que habían de salir a predicar su Evangelio.

2. La segunda causa fue *el conocimiento de su flaqueza e insuficiencia,* y *la experiencia que tenían de ella en las ocasiones pasadas,* especialmente en el tiempo de la Pasión; y como se veían privados de la presencia de su Maestro que les enseñaba y consolaba, así lo uno como lo otro les atizaba y encendía un fervorosísimo deseo de la venida del Espíritu Santo, para que los enseñase y fortaleciese en su virtud. Y así, no cesaban de orar y gemir y suspirar por Él. *Unas veces le pedían al Padre Eterno,* por los merecimientos de su Hijo unigénito, Jesucristo, que en su nombre le había prometido; *otras le pedían al mismo Jesucristo* su Maestro, suplicándole cumpliese la palabra que les había dado de enviarle. *Otras veces pedían al mismo Espíritu Santo* se dignase de venir a visitarles, enseñarles y consolarles, alegándole por título la necesidad que

tenían de su presencia para cumplir con el oficio que les estaba encomendado. Y es de creer que algunas veces todos juntos en comunidad, levantadas sus manos al cielo, con gran clamor de corazón, oraban diciendo: «Ven, ¡oh Santo Espíritu!, hinche los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor. Ven, ¡oh Espíritu criador y consolador nuestro!, visita las almas de tus siervos, llénalas de gracia celestial, consuélalas con la dulzura de tu amor y fortalécelas con la potencia de tu virtud».

Pero quien con más fervor oraba y solicitaba a las tres divinas Personas, *era la Virgen nuestra Señora,* porque pedía con más caridad, y no sólo para sí, sino para los Apóstoles; porque si en las bodas, cuando faltó el vino, luego acudió a pedirle a su Hijo, movida de compasión, ¿con cuánto más fervor pediría ahora el vino del amor y fervor que procedía del Espíritu Santo, para aquella congregación que estaba de él necesitada?

3. *A imitación de estos santos varones, tengo yo de atizar en mi alma semejantes deseos,* pues me consta la grande necesidad que tengo de este divino Espíritu, procurando hacer a menudo coloquios con las tres divinas Personas, pidiéndosele a cada una, aprovechándome de los himnos y salmos en que se hace mención de esto.

Hablando con el Padre Eterno, o con Cristo nuestro Señor, puedo decir aquellas palabras de David: «¡Oh Dios inmenso, crea en mí corazón limpio, y renueva en mí el espíritu recto; vuélveme la alegría de tu salud, y confírmame con el espíritu principal! Envía, Señor, tu Espíritu y seré renovado, pues con él renuevas la sobrehaz de la tierra». Hablando con el Espíritu Santo, es muy a propósito el himno: «Ven, ¡oh Santo Espíritu!», y la secuencia que se dice en su misa, repitiendo con mucho fervor aquellas palabras: «Ven, Padre de los pobres; ven, dador de los dones; ven, lumbre de los corazones. ¡Oh lumbre esclarecidísima!; ¡oh fuego encendidísimo!, ven y penetra lo íntimo de mi corazón», purifícale, témplale, ilústrale, y abrásale con las llamas de tu divino amor.

4. Últimamente, ponderaré cómo el Espíritu Santo, cuyo es, como dice San Pedro, *pedir por los justos con gemidos que no se pueden decir*, *iba encendiendo estos deseos en los corazones de los Apóstoles;* porque los deseos son como precursores y aposentadores de Dios en el alma en quien ha de entrar; y aunque todos estos diez días los iba atizando, pero en los postreros días los encendía mucho mayores; y así, tengo de suplicarle sea servido de prevenirme con tales deseos que me dispongan para recibirle.

¡Oh Espíritu divino y Dios eterno, de quien está escrito que el fuego precede y viene delante de Ti!, enciende en mi alma el fuego de estos deseos para que abrase todo lo que puede ser estorbo de tu entrada en ella. ¡Oh Apóstoles sagrados, a quien este divino Espíritu comunicó tales deseos!, suplicadle me los comunique para que sea capaz de recibirle como lo recibisteis, pues mi necesidad no es menor que fue la vuestra. ¡Oh Virgen gloriosísima!, mirad la falta que tengo de este vino con que el Espíritu Santo embriagó a los Apóstoles, y representádsela con gran fervor, para que por vuestra intercesión me embriague como a ellos.

PUNTO TERCERO

Por qué Cristo dilató diez días la venida del Espíritu Santo.

Lo tercero, se han de considerar *las causas* por qué Cristo nuestro Señor *dilató diez días* el cumplimiento de su promesa y *la venida del Espíritu Santo.*

1. La primera fue para enseñarnos *la longanimidad con que hemos de esperar* y pretender tan soberano don. Porque en la Escritura el número diez significa muchedumbre de días, y así se dice en Apocalipsis que la persecución duraría diez días; esto es, muy muchos. Quiere, pues, nuestro Señor que entendamos que la venida del Espíritu Santo es tan soberano beneficio, que se ha de pretender y esperar muchos días, sin cansancio ni fatiga, porque todo tiempo es poco, y después se paga bastantemente con el don que se da en un día. Y también, *lo que presto se alcanza, presto se puede perder*, como sucedió a Salomón, que alcanzó de presto el espíritu de la sabiduría, y como le costó poco, no dio buen cobro de él. De donde sacaré resolución de pedir este don celestial con gran perseverancia, dure lo que durare la pretensión, aplicando a este propósito lo que dijo Habacuc, profeta: «Si tardare, espérale, porque viniendo, vendrá y no tardará». Y aunque tarde conforme a tu deseo, no tardará conforme a lo que conviene a su grandeza, para que su venida te entre en provecho.

2. La segunda causa fue para significar *la perfección con que hemos de pretender este don;* porque el número de diez significa esta perfección, según aquello que dijo el profeta Baruch a su pueblo: «Dies veces más habéis de convertiros a Dios, que os apartasteis de Él»; así, quien desea recibir la plenitud del Espíritu Santo ha de convertirse a Dios con gran fervor y perfección, animándose a cumplir los diez mandamientos de su

divina ley, y perseverar en este cumplimiento con grande instancia, porque oración y obediencia recaban de Dios lo que le pedimos.

¡Oh dulcísimo Jesús, que dijiste a tus Apóstoles: «Si permaneciereis en Mí y mis palabras permanecieran en vosotros, cuanto quisiereis pediréis y se os dará»!, concédeme que permanezca en Ti por verdadero amor, y tus palabras permanezcan en mí por entera obediencia, para que pidiendo lo que deseo, que es tu divino espíritu, me le des con gran plenitud.

Algunos contemplan que en los nueve días después de la Ascensión, los nueve coros angelicales hicieron especial fiesta y adoración a Cristo nuestro Señor, cada coro en su día, y a esta causa vino el Espíritu Santo el día décimo. De donde puedo sacar deseo de imitar a estos nueve coros de ángeles en estos nueve días, pidiendo cada día a un coro de ellos que me negocie la venida del Espíritu Santo.

Meditación 21

La elección de San Matías al apostolado, que se hizo en este tiempo

En estos días San Pedro, asistiendo en medio de todos los discípulos, que eran ciento veinte, trató de elegir un apóstol en lugar de Judas, y habiendo nombrado dos, a Barsabás, por sobrenombre Justo, y a Matías, haciendo oración a Dios, que conocía los corazones, para que declarase el que tenía escogido, cayó la suerte sobre Matías.

PUNTO PRIMERO

Providencia de Dios en escoger quien supla al que falta,

1. Lo primero, se ha de considerar *la providencia* que tiene nuestro Señor de *que nunca falle el número de sus escogidos para las dignidades* y *oficios de la Iglesia militante*; porque así como, *faltando Judas* quiso que *se escogiese Matías* para cumplir el número que tenía señalado de doce Apóstoles, así *también, cuando alguno falta en la fe* y *cristianismo*, o *en la religión,* o en el grado que tiene en la Iglesia, *llama* y *escoge otros en su lugar;* por lo cual dijo en el Apocalipsis a un obispo: «Ten lo que tienes,

porque no reciba otro tu corona». *De donde sacaré dos afectos* importantes: *a) Uno, de temor* y *humildad,* viendo el peligro en que estoy de perder lo que tengo, y que otro entre en mi lugar, como sucedió al desventurado Judas, por quien dijo el Salmista: «Y reciba otro su obispado», como ya ponderamos en la Cuarta parte, *b) El segundo es de grande confianza en la providencia* que tiene Dios con su Iglesia, y con las religiones, y con todas las comunidades dedicadas a su servicio, inspirando a muchos que sucedan en lugar de los que desfallecen y mueren.

2. También tengo de ponderar cómo Cristo nuestro Señor gobierna suavemente su Iglesia *por medio de los pastores que puso en ella;* porque pudiendo en los cuarenta días que estuvo en el mundo después de su resurrección escoger otro apóstol en lugar de Judas, como había escogido a los demás antes de su Pasión, perteneciéndole esto por razón de su dignidad y excelencia, *no quiso hacerlo, sino remitirlo a San Pedro* y *al colegio apostólico,* para que ellos le nombrasen y por su medio se hiciese la elección, asistiendo su Majestad invisiblemente a ella, lo cual ordenó así para honrar a sus vicarios y ministros, y para enseñarnos que lo que ellos hacen es por providencia suya, y han de ser obedecidos en ello como si Él mismo lo ordenara, pues por esto les dijo: «El que a vosotros oye, a Mí oye».

PUNTO SEGUNDO

Cómo San Pedro ejercitó su oficio de cabeza de la Iglesia.

Lo segundo, se ha de ponderar lo que hicieron de su parte los Apóstoles en este caso.

1. Lo primero, ponderaré *la solicitud que tenía San Pedro, como cabeza de aquella congregación,* en cumplir las obligaciones de su oficio, inspirándole Dios lo que había de hacer, y aprovechándose de la luz que le dio cuando le abrió el sentido para que entendiese las Escrituras, y así entendió muy bien lo que decían de Judas: «Reciba otro su obispado». También es de creer que en este caso y otros semejantes consultaría lo que había de hacer, con la Virgen nuestra Señora, como con maestra de todos, ilustrada más que todos en los misterios de la fe y en el conocimiento de las divinas Escrituras; de donde sacaré que *los prelados* y todos *los demás que se dan a tiempo al recogimiento de la oración, no por esto han de faltar a las obligaciones de su oficio,* pues con la oración *y* con el

cumplimiento de la voluntad de Dios se disponen a recibir lo que por el recogimiento pretenden.

2. Lo segundo, se han de ponderar *algunas virtudes heroicas que ejercitó aquella, santa congregación,* como señales de lo que el Espíritu Santo había luego de obrar en ella: *a)* La primera fue *una grande obediencia* y *sujeción al parecer* y *juicio de San Pedro,* sin haber quien le replicase ni contradijese, pues pudiera alguno decir que era mejor dilatar esto para cuando hubiese venido el Espíritu Santo, con cuya presencia se acertaría en esta elección; antes todos rindieron su juicio al de su pastor e hicieron lo que les proponía; enseñándonos el modo de obedecer a nuestros prelados con prontitud y rendimiento de juicio; el cual tengo de imitar con mucho cuidado, disponiéndome con esta obediencia para recibir al Espíritu Santo, que se da a los obedientes *y* se niega a los desobedientes.

b) La segunda virtud fue *grande unión* y *concordia en el nombramiento de las dos personas que señalaron para el apostolado,* sin que hubiese entre ellos pretensión ambiciosa de esta dignidad ni discordias y contrariedad de pareceres en si se habían de nombrar dos o más, o cuáles habían de ser; porque todos, con humildad, se tenían por indignos del apostolado, y así, con paz y concordia y con gran acierto, nombraron los dos mejores que a su juicio había en la congregación para aquel oficio; a cuyo ejemplo he de procurar la concordia y humildad, con las cuales se atajan las ambiciones y bandos de las comunidades, y se disponen para recibir al Espíritu Santo.

c) La tercera virtud fue *oración* y *recurso a Dios nuestro Señor,* que conoce los corazones, para que declarase cuál de aquellos dos tenía escogido para aquella dignidad; en lo cual confesaban que los hombres fácilmente se pueden engañar en estas elecciones, porque no conocen los corazones, en los cuales está el bien o el mal, y así fácilmente tienen por bueno al malo, o por mejor al menos bueno; y también confesaban que Dios, en su eternidad, tiene escogidos y señalados algunos para las dignidades y oficios de su Iglesia; y así, nuestro deseo ha de ser escoger a estos mismos para que nuestra elección sea conforme a la de Dios, y para todo esto ayuda la oración fervorosa hecha en unión y caridad.

¡Oh Espíritu santísimo, por cuya providencia era regida esta santa congregación de los discípulos de Cristo!, comunica a todas las congregaciones de la Iglesia estas soberanas virtudes de obediencia y humildad, de concordia y oración, para que, fundadas en ellas como en cuatro columnas, perseveren siempre en el espíritu de su santa vocación; y

pues sin ellas yo no puedo perseverar en la mía, infúndemelas con abundancia de tu gracia, para manifestación de tu gloría. Amén.

PUNTO TERCERO

San Matías es escogido para el apostolado.

1. Lo tercero, se han de considerar *las causas* por que Dios nuestro Señor escogió a *San Matías* para el apostolado, dejando a Barsabás, por sobrenombre Justo: *a)* La primera fue porque quiere Dios honrar *a todos sus siervos;* y como ya Barsabás estaba muy honrado y autorizado entre los discípulos con la grande opinión que tenía de santidad, por la cual tenía renombre de *Justo,* y de todos era llamado así, *quiso también honrar a Matías, que no tenía tal renombre,* dándole otro muy glorioso de *Apóstol* suyo, para que todos también le honrasen con este nombre.

b) A lo cual se llega que San Matías, con ser varón santísimo, *era muy humilde* y procuraba encubrir su santidad para fundarse más en humildad, y a esta causa no había alcanzado nombre tan honroso como es el de Justo. Y como es propio de Cristo nuestro Señor ensalzar a los humildes, y sacar al pobre del estiércol de la tierra para colocarle con los príncipes de su pueblo, *así quiso ensalzar* y *honrar a San Matías con la dignidad de príncipe de su Iglesia,* la cual parece sentir esto, poniendo en la festividad de este Santo el Evangelio en que Cristo nuestro Señor alaba a su Padre porque escondió los misterios de la fe a los sabios soberbios y los descubre a los pequeños y humildes, y convidó a todos a que aprendiesen de Él la humildad de corazón.

¡Oh Dios altísimo, que te precias de mirar desde la altura del cielo a los pequeñuelos y humildes que viven en la tierra, mírame con ojos de misericordia, haciéndome humilde de corazón, como lo fue tu Hijo amantísimo, para que, imitándole con su humildad en la tierra, sea digno de alcanzar parte de su grandeza en el cielo.

c) La tercera causa fue *para que aprendamos a rendir nuestro juicio a los juicios de Dios,* que van por muy diferentes caminos que los nuestros; porque en este nombramiento, como se colige del texto, pusieron en primer lugar a Barsabás y en segundo a Matías; pero Dios nuestro Señor cruzó, los brazos, como Jacob, para bendecir a estos dos hijos suyos, y escogió al postrero, dejando al primero, no porque Barsabás fuese indigno, sino para que entendamos que en estos dones de gracia hace Dios lo que

quiere, porque quiere y porque así le da gusto, y muchas veces los primeros son postreros, y los postreros, primeros. «Así es, Padre, porque así te da gusto hacerlo», y ninguno tiene razón de quejarse, porque a todos da Dios lo necesario para que se salven; pero en otros favores extraordinarios y superabundantes, bien puede hacer lo que le da gusto.

2. De donde sacaré que, *así como el justo Barsabás no se indignó, ni dio quejas, ni tuvo envidia de su compañero,* sino en todo se conformó con la divina voluntad, porque era justo, y *de la misma manera San Matías no se desvaneció con la dignidad ni despreció a su compañero,* antes con humildad se tuvo por inferior a él en la justicia y santidad; *así yo, cuando me viere desechado* y *tenido en menos que otros, tengo de hacer lo que Barsabás,* y *cuando me viere antepuesto a otros, tengo de hacer lo que Matías,* conformándome con la voluntad de Dios, en cuyas manos están mis suertes, y por cuya providencia viene, así el ser desechado, como el ser escogido y el ser tenido en menos o más que otros, persuadiéndome que cuando me hace Dios estos favores, no es por ser yo más santo, sino para, que lo sea, y quizá porque soy más flaco y tengo necesidad de estas, ayudas extraordinarias; y sobre todo, tengo de gozarme de todo lo que El hace, aunque sea con desprecio mío, pues ninguna cosa ha de haber para mí de mayor consuelo que la divina y eterna ordenación. Y ésta es una de las más aventajadas disposiciones que hay para recibir la plenitud del Espíritu Santo, como la recibieron estos dos santos varones.

Gracias te doy, ¡oh Padre soberano!, por la secreta providencia con que repartes tus dones entre tus escogidos, honrando y enriqueciendo a todos, aunque a unos más que a otros. Yo venero tus ocultos juicios y creo que son muy justos. Me gozo de los favores que haces a todos tus siervos, y de que otros los reciban mayores que yo, pues a sí lo quieres. Lo que te suplico es que mis culpas no aten tus liberales manos, y lo demás remito a tu divina providencia, pues cualquier cosa que me dieres, por pequeña que sea, es mayor de lo que yo merezco, y basta que venga de tu mano para que yo la tenga por grande, y me anime a glorificarte por ella por todos los siglos. Amén.

Meditación 22

El soberano beneficio que hizo Dios al mundo en darnos al Espíritu Santo, y los motivos y fines para que le dio.

Antes de meditar lo que San Lucas cuenta de la venida del Espíritu Santo, he querido poner esta Meditación para que se entienda mejor la grandeza de este don y las circunstancias con que se dio, considerando quién nos da el Espíritu Santo, a quién se da, por qué motivos y para qué electos y fines.

PUNTO PRIMERO

Por qué vino a.1 mundo el Espíritu Santo.

1. Lo primero, se ha de considerar cómo el *Padre Eterno,* llegado el día para esto señalado, *se determinó enviar al mundo la Persona del Espíritu Santo* por tres motivos: *a) El primero, por su infinita bondad* y *caridad,* la cual, así como le movió para que nos diese a su Hijo por Redentor, también le movió a que nos diese el Espíritu Santo por santificador; y esto, de gracia y de puro amor, sin merecerlo nosotros, antes desmereciéndolo por mil títulos, pues habiendo el mundo tratado tan mal a la Persona del Hijo, no merecía recibir la Persona del Espíritu Santo. Por lo cual, como Cristo nuestro Señor dijo a Nicodemo: «Así amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo Unigénito», podemos también decir: Así le amó, que le dio a su divino Espíritu, el cual es tan bueno como el Hijo, y tan bueno como el mismo Padre, porque es un Dios con ambas Personas.

b) El segundo motivo fue los merecimientos de Jesucristo nuestro Señor, el cual, con su Pasión y muerte, nos mereció este don, y estando a la diestra del Padre abogaba por los hombres mostrándole sus llagas y pidiéndole cumpliese la palabra que dio de darles este divino consolador. Y fue tan eficaz esta petición, que luego la oyó y aceptó el Padre Eterno, por premiar con esto los trabajos de quien tan bien le había servido.

c) El tercer motivo fue nuestra propia necesidad y *miseria,* la cual movió a compasión las entrañas de este Padre de las misericordias, para enviar el último remediador de todos los males, que era el Espíritu Santo;

de suerte que la justicia y misericordia se concertaron para negociar esta venida. *La justicia,* de parte de Jesucristo nuestro Señor, que la mereció; *la misericordia,* de parte de la bondad de Dios, atendiendo a nuestra miseria.

Gracias te doy, Padre soberano, por la infinita caridad que te movió a dar tan infinito don, dándonos todo lo bueno que de Ti procede. Nos diste al Hijo, que procede por tu entendimiento, como Verbo y palabra tuya, y nos das también al Espíritu Santo que procede por tu voluntad, como amor e impulso tuyo; ¿qué te daré yo por dones tan preciosos? Toma, Señor, mi entendimiento y voluntad, con las obras que de ellos proceden, para que todas sean a gloria tuya por todos los siglos. Amén.

2. También nos envía el Espíritu Santo y nos le da Jesucristo nuestro Señor, Hijo de Dios vivo, de quien el mismo Espíritu Santo procede, juntamente con el Padre, cumpliendo lo que estaba profetizado, que en subiendo a lo alto con sus cautivos, dio dones a los hombres, enviando al Espíritu Santo, en quien se encierran todos los dones celestiales. *Y el motivo que tiene,* demás de su bondad y misericordia y de nuestra necesidad, es *para que el Espíritu Santo concluya* y *perfeccione con eficacia la redención del mundo,* y lleve adelante la obra que Él comenzó, como el mismo Señor lo dijo en el sermón de la cena, como luego veremos.

Con este afecto tengo de pedir a Cristo nuestro Señor envíe sobre mí el Espíritu Santo, diciéndole: ¡Oh Redentor del mundo, pues tanto te preciaste de acabar la obra que comenzaste, deseando que tus obras sean perfectas, dame tu divino Espíritu, para que acabe en mí la obra que has comenzado, aplicándome con eficacia los frutos de tu copiosa redención! Amén.

3. Finalmente, se ha de considerar que, aunque el Padre y el Hijo nos envían al Espíritu Santo, pero también *el mismo Espíritu Santo se nos da a Sí mismo;* Él es el dador y el don, por el grande amor que nos tiene; y porque procede del Padre y del Hijo como amor, dándonos su amor se nos da a Sí mismo; y así, le hemos de pedir que se nos dé y se nos comunique.

¡Oh Espíritu divino, dáteme a Ti mismo porque ningún don fuera de Ti me puede hartar! ¡Oh Dador de los dones, dame el mayor de todos ellos, que eres Tú, porque contigo me darás todas tus cosas; y pues tu propiedad es ser don, muéstrate conmigo don, dándome lo que Tú eres, para que te dé lo que yo soy!

PUNTO SEGUNDO

Fines de la venida del Espíritu Santo.

Lo segundo, se han de considerar *los fines* para que el Padre y el Hijo nos envían al Espíritu Santo, sacándolo de lo que Cristo nuestro Señor dijo en el sermón de la cena.

1. Lo primero, viene el Espíritu Santo para que suceda a Cristo nuestro Señor en el oficio de *protector, abogado* y *consolador,* haciendo esto invisiblemente con sus Apóstoles, como Él solía hacerlo visiblemente con ellos; y así, les dijo: «Yo rogaré a mi Padre, y Él os dará otro Paráclito», que quiere decir patrón, abogado y consolador, el cual tendrá cuidado de vosotros y os será padrino y protector en vuestros trabajos, consolador en vuestras tristezas, abogado e intercesor en vuestras necesidades, pidiendo por vosotros con grandes gemidos, en cuanto os impelerá y moverá a orar y pedir lo que os conviene. Y este Paráclito, como ha de venir invisiblemente, nunca se apartará de vosotros como Yo me aparto por la presencia corporal, sino permanecerá en vuestra compañía eternamente.

Gracias te doy, Redentor del mundo, por habernos dado tal sucesor en tu ausencia, que sea para nosotros fuerte protector, dulce consolador y solícito abogado. ¡Oh Espíritu santísimo!, venid a vuestro siervo, que está suspirando por teneros consigo; apadrinadme en las batallas, amparadme en los peligros, consoladme en las aflicciones y abogad por mí en todas mis necesidades, haciéndome orar con tal fervor, que alcance remedio de ellas.

2. Lo segundo, nos da Cristo nuestro Señor el Espíritu Santo para que le suceda en el oficio de *maestro,* enseñando y platicando *dentro de nuestro corazón* la doctrina que Él predicó por su boca; y así, dijo a sus Apóstoles: «Cuando viniere el Espíritu Santo, que os enviará mi Padre en mi nombre, esto es, en mi lugar y por mi respeto, El os enseñará todas las cosas, y os traerá a la memoria todo lo que os he dicho y os dijere»; que es decir: os enseñará a todas las cosas que os conviniere saber para vuestra salvación y perfección, y para cumplir vuestro oficio, muchas de las cuales exceden ahora a vuestra capacidad, y además de esto, las que hubiereis oído, o leído y aprendido de mi doctrina, os las traerá a la memoria cuando fuere menester, y os las repetirá y platicará dentro de vuestro espíritu, para que ni por ignorancia ni por olvido faltéis en lo que os conviene. Y esta enseñanza no es seca y de pura especulación, sino jugosa y llena de

devoción. Y por esto dijo San Juan Evangelista que la unción nos enseñará todas las cosas.

¡Oh Maestro celestial, que sin ruido de palabras llenas la memoria de verdades, e ilustras el entendimiento para que las conozca, de modo que la voluntad se aficione a ellas: ven a visitar mi alma ruda, ignorante y olvidadiza! Y pues eres Espíritu de verdad, enséñala toda verdad, desterrando de ella toda falsedad y mentira, asistiendo con ella para que conozca todo lo que ha de conocer, y no se olvide de ello al tiempo de obrar.

3. Lo tercero, se dio el Espíritu Santo a los Apóstoles *para que interiormente les diese testimonio de quién era Cristo*, y enseñándolos con este testimonio, *ellos le diesen públicamente al mundo,* así como el mismo Señor le había dado de Sí mismo mientras vivió entre los hombres, ofreciéndose al martirio como testigos de esta verdad, muriendo por el testimonio de ella, si fuere menester. De suerte que, entrando el Espíritu Santo en el corazón del justo, su oficio es darle testimonio de quién es Cristo nuestro Señor, ilustrándole con su luz para que crea que es Dios y hombre, Salvador y único remediador suyo, y para que tenga grande estima de Él y le ame de todo corazón y se anime a imitarle, incitándole a ejercitar obras tan santas, y a veces tan milagrosas, que ellas dan testimonio de Cristo, a quien imitan.

¡Oh Salvador mío!, enviad sobre mí al Espíritu de verdad, que procede de Vos y vuestro Padre, para que interiormente, con abundancia de su luz, me dé a conocer quién sois, de modo que os ame y haga tales obras, que por ellas sea vuestro Padre glorificado, y Vos seáis conocido y honrado. Amén.

4. Lo cuarto, viene el Espíritu Santo *para reprender* y *corregir los vicios del mundo,* y *convencerle de ellos* y *de la victoria que el Salvador ganó, contra el demonio,* de la manera que Cristo nuestro Señor hacía este oficio cuando predicaba. Y así, dijo Él a sus Apóstoles: «Cuando viniere el Espíritu consolador, argüirá al mundo de pecado, de justicia y de juicio». Esto es, revistiéndose en vosotros, por vuestro medio reprenderá al mundo de sus pecados e infidelidades, convenciéndole que hace mal en no creer en Mí y en no guardar mi ley. Y también le convencerá, con razones y testimonios, de la justicia y santidad de mi vida, de mi ley y de mi doctrina. Y, últimamente, le convencerá y dará a entender el juicio que Yo he hecho contra el pecado, condenando al demonio, echándole del mundo, reprobando la maldad y aprobando la justicia. *Y esto mismo hace interiormente el Espíritu Santo en el breve mundo de cada hombre,* porque

su oficio es reprenderle lo malo que hace, y exhortarle a lo bueno y justo que debe hacer, y descubrirle el juicio que es razón que haga entre lo bueno y lo malo, entre Cristo y el demonio, para que abrace lo bueno, siguiendo a Cristo, y aborrezca lo malo, huyendo del demonio.

¡Oh Espíritu santísimo, ven a este mundo abreviado de mi alma y convéncela de su pecado y de tu justicia, y enséñala a hacer recto juicio, porque no menos te muestras le será verdadero consolador y abogado mío cuando con amor reprendes mis juicios, que cuando me regalas con tus consuelos!

PUNTO TERCERO

Cuán grande don es el Espíritu Santo.

1. Lo tercero, se ha de considerar *la infinita grandeza de este don que Dios nos da dándonos el Espíritu Santo*, el cual, por excelencia, se llama don de Dios altísimo, porque es *el supremo de todos los dones y fuente de todos ellos.* De suerte que, no se contentando nuestro Dios con darnos la gracia, la caridad y las virtudes sobrenaturales y los siete dones del Espíritu Santo, también nos da al que es principio y causa de todos ellos, para que El los conserve, rija, aumente y perfeccione, como quien tiene una fuente y no se contenta con dar el agua de ella, sino da también la misma fuente de donde perpetuamente procede el agua. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor, hablando del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en Él, que de su vientre saldrían ríos de agua viva. Y para que se entendiese que estos ríos serían perpetuos, dijo que dentro de ellos haría una fuente de agua viva que saltase hasta la vida eterna.

¡Oh Espíritu santísimo, río cristalino de agua viva que procedes de la silla de Dios y del Cordero, y riegas la ciudad de Dios y el árbol de la vida, que produce doce frutos al año, cuyas hojas son para la salud de las gentes!, ven a esta breve ciudad de mi alma, riégala con tus copiosas gracias, y produce en ella tus doce frutos, comunicándome la caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad y longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia y castidad. Y porque estos frutos no se sequen ni marchiten, asiste siempre conmigo, conservándolos en su verdor, y aumentando su perfección hasta la vida eterna. Amen.

2. De la consideración de esta grandeza del Espíritu Santo tengo de sacar *grande confianza de que me dará Dios todo lo que le pidiere*, pues

quien me da lo más, me dará lo menos. Y como *dijo* San Pablo «quien nos dio a su Hijo, ¿cómo no nos dará con El todas las cosas?»; *así, puedo decir:* quien nos da su divino Espíritu ¿cómo no nos dará con Él todas las cosas que de Él proceden, pidiéndoselas en virtud del mismo Espíritu y por los merecimientos del Hijo por quien se da? Con esta confianza juntaré un entrañable deseo de que el Espíritu Santo cause dentro de mí aquellos doce frutos ponderando lo que es cada uno, y pidiéndosele con especial petición. Primero le pediré la caridad, diciendo: «¡Oh Espíritu divino que eres la misma caridad, y quien está en caridad está en Ti y Tú en él!, engendra en mí esta caridad para que con ella te ame y lleve copiosos frutos de amor. Y a este modo le pediré los demás frutos y también sus siete dones, de los cuales haremos luego especial mención.

PUNTO CUARTO

A quién se da el Espíritu Santo.

Lo cuarto, se ha de considerar a quién se da este soberano don del Espíritu Santo para que se descubra más la grandeza de la divina liberalidad ponderando que aunque fue grande largueza dar este don *a unos pobres pescadores, idiotas y pusilánimes,* y a otra muchedumbre de menos estofa, pero más admira que le ofrezca Dios *a todas las naciones y pueblos del mundo,* así de judíos como de gentiles y bárbaros, sin excluir a ningún hombre, *por vil y despreciado que sea*, *y por grande pecador que haya sido,* como él quiera disponerse para recibirle porque, como dijo San Pedro «no es Dios aceptador de personas, sino, entre todas las gentes, cualquiera que le temiere y obrare justicia le será agradable» y recibirá de Él el Espíritu Santo: y así le dio a muchos de los que trataron de crucificar a su Hijo, y a otros innumerables que adoraban por dioses a las serpientes y bestias de la tierra. De suerte que quien antes era morada de Satanás y cueva de leones y dragones, sea templo de Dios vivo y morada de su divino Espíritu, en quien descanse con sus dones, cumpliendo la promesa que hizo por el profeta Joel: *«Derramaré mi Espíritu sobre toda carne»*. ¡Oh liberalidad infinita de nuestro Dios! ¿Adonde más pudo llegar su liberalísima misericordia que a derramar con tanta largueza un Espíritu tan precioso como el suyo en un vaso tan asqueroso como el nuestro? ¿Por ventura Señor, no sois Vos el que dijisteis antiguamente: «No permanecerá mi Espíritu en el hombre, porque es carne»? Pues ¿cómo decís ahora eme derramaréis vuestro Espíritu sobre toda carne? Si hablareis de sola vuestra

carne, unida con vuestra divina Persona, razón era que derramarais sobre ella vuestro Espíritu, porque tal Espíritu venía bien para tal carne; pero decís que queréis derramarle sobre toda carne, siendo ella tal, que no sabe sino hacer guerra y contradicción a vuestro Espíritu; pues ¿cómo queréis juntar Espíritu tan divino con carne tan terrena? ¡Oh inmensa caridad! ¡Oh incomprensible liberalidad! No quiere Dios dar su Espíritu al que es carne y quiere vivir según las leyes de la carne, repugnando a las leyes del espíritu; mas si el que es carne quiere mudar su vida carnal, doliéndose del tiempo que ha gastado en ella, Dios derramará sobre él su Espíritu, con el cual vivificará su carne para que viva vida espiritual digna de tal Espíritu.

Gracias te doy, Padre de las misericordias por la infinita bondad que muestras en dar tal don a tan vil criatura como el hombre, y en juntar tu divino Espíritu con nuestra miserable carne; si quieres que tu misericordia resplandezca mucho en estas dádivas, aquí tienes un hombre que es todo carne, pero deseoso de ser vivificado con tu Espíritu; dámele, Señor, graciosamente, para que more en mí y mi alma te glorifique por la soberana merced que haces al que tan indigno era de recibirla. Amén.

Meditación 23

El modo cómo el Espíritu Santo vino sobre los discípulos el día de Pentecostés

PUNTO PRIMERO

Habiéndose cumplido los días de Pentecostés, estaban todos juntamente en un lugar.

Sobre estas palabras, se ha de considerar *el misterio que está encerrado en el lugar, tiempo* y *día en que vino el Espíritu Santo,* y *en la junta de las personas sobre quién vino.*

1. Lo primero, se ha de considerar cómo, por inspiración del mismo Espíritu Santo, el día de Pentecostés se juntaron todos los discípulos de Cristo con la Virgen nuestra Señora en la casa y cenáculo donde solían juntarse, que por lo menos eran los ciento y veinte de que poco antes hizo mención San Lucas, *y todos a una clamaban* y *pedían al Padre Eterno por los méritos de su Hijo,* y *al mismo Hijo, les enviase el Espíritu Santo que*

les había prometido; cuyas oraciones fueron presentadas delante de Dios por medio de los ángeles, y juntándolas con la petición de Cristo nuestro Señor, en cuanto hombre, fueron oídas, resolviéndose que aquel día se les diese lo que pedían; porque no hay plazo que no llegue para quien pide, persevera y espera con paciencia la venida del Señor.

2. Lo segundo, ponderaré cómo esta casa y cenáculo, como ya se ha dicho, *representa la Iglesia universal,* en la cual se recogen todos los que son discípulos de Cristo unidos en una misma fe, y en el culto de un mismo Dios y en la observancia de una misma ley. Y como en este día se dio el Espíritu Santo a los que estaban en esta casa y no a los que estaban fuera de ella, así también el Espíritu Santo solamente se da a los que viven dentro de la Iglesia, disponiéndose para recibirle, y ninguno que estuviere fuera de ella le recibirá; porque como la paloma no halló lugar donde poner su pie para descansar fuera del arca de Noé, así el Espíritu Santo, figurado por la paloma, no halla en quien morar fuera de la Iglesia, que es representada por el arca. Y por esto dijo Cristo nuestro Señor que el mundo no podía recibir el Espíritu Santo, llamando mundo a la congregación de los que niegan su fe, reprueban su doctrina y resisten a su santa ley.

Esto me ha de mover a dar muchas gracias a nuestro Señor por haberme traído a esta casa de su Iglesia, en la cual, si por mí no queda, recibiré al Espíritu Santo, disponiéndome para recibirle con la oración y unión que los Apóstoles tenían dentro de ella.

3. Lo tercero, ponderaré la causa por que vino el Espíritu Santo *en el día de Pentecostés*, que era una fiesta de los judíos, instituida en memoria de la ley que les dio nuestro Señor en el monte Sinaí, y se celebraba cincuenta días después de la Pascua del Cordero. La causa fue para significar que el Espíritu Santo venía principalmente *a imprimir en las almas la ley de gracia* que Cristo había predicado, *dando fin y cumplimiento a la ley vieja,* que había sido su figura; y así, en el mismo día que se dio la una se promulgó la otra, aunque en diferente manera; porque la ley vieja era ley de temor, y así, se dio con truenos y relámpagos y amenazas de muerte en el monte Sinaí; se escribió *en tablas de piedra*, porque era pesadísima y se daba a hombres de dura cerviz y de empedernido corazón; pero la ley nueva es ley de amor, y así, con grande suavidad la escribió el mismo Espíritu Santo *en las entrañas de los hombres y en las tablas de su corazón*, quitándoles el corazón de piedra y trocándosele en corazón de carne, como por sus profetas lo tenía prometido.

¡Oh Padre soberano, cuya mano es el Hijo que de Ti procede, por quien criaste todas las cosas, y cuyo dedo es el Espíritu Santo, que procede de ambos, por quien las reformaste, escribiendo con Él tu santa ley en los corazones de los hombres!, escríbela en el mío con este dedo de tu diestra, con tanta fuerza, que nunca más se borre; y pues Tú me mandas que yo también la escriba, cooperando con amor al cumplimiento de ella, dame lo que me mandas, para que lo cumpla como quieres.

4. También vino el Espíritu Santo *cincuenta días después de la Pasión y resurrección de Cristo*, para significar que con su venida tan copiosa concede jubileo plenísimo, significado por el número de cincuenta, dando plenaria remisión de las deudas *y* pecados, en virtud de la Pasión de nuestro Redentor. Y así la Iglesia dice del Espíritu Santo que es *Remissio omnium peccatorum.*

¡Oh Espíritu santísimo, ven con plenitud a mi alma, y concédela este jubileo plenísimo, perdonándola todos sus pecados para que, libre de ellos, suba con grande júbilo a los gozos de tu eterna gloria! Amén.

PUNTO SEGUNDO

De repente vino del cielo un sonido como de espíritu y viento vehemente.

En cada palabra de éstas se declara algún misterio o propiedad de la venida del Espíritu Santo al alma, por medio de las inspiraciones que preceden a su entrada, las cuales son unos movimientos repentinos que sentimos dentro del alma, y a modo de relámpagos nos descubren alguna verdad de la fe, y a modo de centellas de fuego nos aficionan a lo bueno y santo.

1. Lo primero, viene *de repente* este sonido, para significar que la inspiración del divino Espíritu y su visita no tienen día ni hora señalada y determinada, sino que viene cuando el hombre menos piensa, y cuando el Espíritu Santo quiere y como quiere; porque el Espíritu sopla e inspira donde quiere; porque, como luego diremos, inspira por sola su misericordia, y así, en todo tiempo tengo de suplicarle que venga, y esperar su venida, dejando a su paternal providencia el día y la hora en que ha de venir, que será la que más conviene, aunque para mí será repentina.

2. Lo segundo, vino *del cielo* este viento, y no del oriente o poniente, ni del septentrión o mediodía de la tierra, para significar que *la inspiración*

del Espíritu Santo no es de la tierra, ni hay en ella fuerzas para levantar este viento, *sino del cielo* ha de venir, porque como dice el Apóstol Santiago, «toda dádiva buena y todo don perfecto es de arriba y viene del Padre de las lumbres»; la dádiva por excelencia buena es el Hijo, y el don por excelencia perfecto es el Espíritu Santo, y todas las dádivas y dones que de estos dos proceden son del cielo, enviados por el Eterno Padre, de quien proceden el Hijo y el Espíritu Santo.

¡Oh Padre de las lumbres, envíame desde lo alto esta dádiva buena y este don perfecto! Venga desde el cielo el viento de tu divino Espíritu para que me arrebate y lleve tras sí al lugar de donde salió.

3. Lo tercero, este sonido fue *de aire o viento,* para significar que el Espíritu Santo, con su inspiración, obra en nosotros algunos efectos maravillosos, significados por el viento, porque con ella nos da y conserva la vida espiritual de la gracia, con ella respiramos y se amortigua el ardor de nuestras concupiscencias; ella nos limpia y purifica, apartando en nuestras almas lo precioso de lo vil, el grano de la paja, y lo bueno y perfecto de lo malo e imperfecto, y ella nos impele y mueve a huir del vicio y a seguir lo que es virtud. De suerte que, como con el aire vivimos y respiramos, y sin él no podríamos vivir, así dentro del divino Espíritu y en su virtud somos, vivimos y nos movemos en el ser de gracia, y sin Él no podemos tener ni conservar tal ser y vida,

¡Oh Espíritu de vida, que soplando sobre los muertos que vio Ezequiel, luego los vivificaste!, ven y sopla sobre las almas muertas por la culpa, para que las vivifiques con tu gracia. ¡Oh viento ábrego del cielo!, sopla en el huerto de mi alma para que con tu inspiración los árboles de las virtudes broten sus olorosos actos, a gloria de Dios y a edificación de mis prójimos. ¡Oh Dios eterno, que con un viento fresco recreaste a los tres mozos que estaban en el horno de Babilonia!, envía sobre mí este viento fresco de tu divino Espíritu, para que temple las llamas que arden en el horno de mi sensualidad, y todas mis potencias se provoquen a darte continuas alabanzas. Amén.

4. Lo cuarto, el viento fue *vehemente,* para significar *el ímpetu* y *fervor* con que el Espíritu Santo mueve a las obras de virtud con una fuerza suave y amorosa, no contra nuestra voluntad, sino con grande gusto, porque es enemigo de tibiezas y perezas, y como dice San Ambrosio: «La gracia del Espíritu Santo no aprueba tardanzas y pesadumbres en las obras de virtud, y cuando Él entra en el alma, la lleva como navío que navega con viento en popa, sin trabajo y con gran velocidad, siendo Él también el piloto que le gobierna, enderezándole al puerto y lugar donde quiere

llevarle. Y de éstos dijo San Pablo: «Los que son llevados y movidos del divino Espíritu, éstos son los hijos de Dios».

¡Oh Espíritu divino, que a tus hijos muy queridos mueves con gran vehemencia a las obras de virtud y santidad!, ven sobre mi alma como viento vehemente, impeliéndola a todo lo que te agrada; y porque no se despeñe con el fervor indiscreto, gobiérnala en sus caminos, para que llegue al puerto de tu eterna gloria. Amén.

5. Lo quinto, este viento vehemente *causó un gran sonido* y *trueno,* que se oyó en toda la ciudad; para significar que la venida del Espíritu Santo hace en los justos, y por ellos, tales obras, que suenan en todo el mundo, por el admirable ejemplo de su vida, y a veces con grandes milagros, y en especial por la fuerza de su predicación y palabra, como se vio en los Apóstoles, de quien está escrito que en toda la tierra salió su sonido, y en los últimos fines de ella sus palabras, y por esta causa Cristo nuestro Señor llamó a dos de ellos hijos del trueno, porque como trueno salieron a predicar por el mundo.

¡Oh Amador mío!, suene la voz de tu inspiración en mis oídos para que con ella haga tales obras que suenen en todo el mundo, edificando a. mis prójimos y despertándolos a que te glorifiquen por todos los siglos. Amén.

PUNTO TERCERO

Y llenó toda la casa donde estaban sentados.

Aquí se han de ponderar los misterios que están encerrados en que este viento vehemente *haya llenado toda la casa* donde estaban sentados los discípulos.

1. El primero fue para significar que en la ley de gracia se da el Espíritu Santo *con grandísima abundancia* y *plenitud para ludo género de obras, ejercicios* y *ministerios, estados* y *oficios de la Iglesia,* mostrándose Dios mucho más liberal que en la ley de naturaleza, y más que en la ley escrita. Un amigo de Job, que fue en la ley de naturaleza, y Elías, que fue en la ley escrita, sintieron la venida del divino Espíritu como sonido o silbo de un aire delgado, porque entonces se daba el Espíritu muy tasado; mas después de la Pasión de Cristo nuestro Señor, se da como viento vehemente que llena toda la casa, porque se da con gran plenitud, con todo género de gracias, para toda suerte de personas; de tal manera, que el

mismo Redentor, antes de su muerte, no le dio con tanta plenitud, y por esto dijo San Juan que no se había dado el Espíritu Santo porque Jesús no estaba glorificado; pero en resucitando, se abrieron las cataratas y puertas del cielo y vino un diluvio de gracias que llenó toda la tierra y la renovó y fertilizó. Y por esto dijo Isaías que la tierra se llenaría de ciencia y conocimiento de Dios, como de aguas de un mar que la cubriesen toda.

Gracias te doy, dulcísimo Redentor, porque abriste las cataratas de tu sacratísimo cuerpo para derramar toda tu sangre por nosotros, y en virtud de ella abriste las cataratas y puertas del cielo para derramar tu copioso Espíritu sobre los que quisiesen aprovecharse de tu Pasión. Derrámalas, Señor, de nuevo sobre toda la, casa, de tu Iglesia, para que de nuevo todos comencemos a servirte con fervor.

2. Lo segundo, llenó este viento toda la casa, sin dejar sala, ni retrete, ni rincón que no penetrase, para significar la generalidad con que el Espíritu Santo, cuanto es de su parte, se da y ofrece *a todos los hombres en cualquier parte* y *rincón del mundo que estén,* cumpliéndose lo que dice la divina Sabiduría, que el Espíritu del Señor hinche la redondez de la tierra, y lo que Dios prometió a su pueblo cuando dijo que derramaría su Espíritu sobre toda carne y le daría a sus hijos e hijas, a los viejos y mozos, a sus esclavos y esclavas, como ponderamos en la meditación pasada.

3. Lo tercero, para significar que cuando el Espíritu Santo entra con esta vehemencia en un alma, *llena toda su casa, con todas sus potencias, sin dejar vacía alguna;* llena su memoria de buenos pensamientos, su entendimiento de santos discursos y meditaciones, su voluntad de fervientes deseos y afectos, y sus apetitos de santas aficiones; de suerte que esta casa queda llena de verdades y virtudes celestiales, y dentro de ella bullen los actos y ejercicios de todas, como son amor de Dios, celo de su gloria, confianza en su misericordia, temor reverencial de su grandeza, gozo de sus excelencias, alabanza y acción de gracias por sus beneficios, dolor de los pecados, deseos y propósitos eficaces de obedecer a Dios y de padecer mucho por Él

¡Oh Espíritu santísimo, si llenases mi memoria y entendimiento de tus ilustraciones, para que los pensamientos que de ellas procediesen celebraran un día de fiesta muy alegre para Ti y para mí! ¡Oh, si mi voluntad y apetitos quedasen llenos de tu divinidad para que mis quereres y deseos, de hoy más, fuesen divinos, conformes en todo con los tuyos! Lléname, Señor, de Ti mismo, para que todas mis obras sean llenas delante de Ti, sin que haya en ellas cosa vacía que te ofenda y desagrade.

4. Últimamente, ponderaré cómo este viento llenó *la casa* donde estaban los discípulos *sentados,* para significar que si quiero que el Espíritu Santo llene la casa de mi corazón, *no tengo de andar vagabundo fuera de ella,* derramándome voluntariamente por las criaturas, sino procurar *entrar dentro de mí mismo,* y morar *de asiento* y *con quietud dentro de mi conciencia,* ocupándola con algunos buenos pensamientos y deseos y con algunas buenas obras, esperando la venida de este Espíritu vehemente que lo llene todo y perfeccione con su abundante amor. De aquí es que, como arriba se dijo, cuando Dios quiere visitar las almas, primero las recoge, y *las entra dentro de sí mismas,* y hace que *se asienten con reposo* en el retrete de su corazón, y luego entra Él con su plenitud de dones.

PUNTO CUANTO

Aparecieron lenguas repartidas como de luego, y se sentó sobre cada uno de ellos.

1. Lo primero se ha dé ponderar la causa por que el Espíritu Santo se dio *en forma de fuego visible;* porque siempre ha tomado formas exteriores que representasen *los efectos* maravillosos que causa interiormente en los que le reciben. En el bautismo de Cristo tomó forma de *paloma,* para significar la inocencia y fecundidad de las buenas obras a que inspira. En la transfiguración apareció como *nube resplandeciente,* para significar la lluvia de la doctrina que comunica, y la protección que tiene de sus escogidos. En el cenáculo se dio como *un soplo*, en señal de la vida espiritual que se nos da por medio de los sacramentos. Pero este día apareció *en forma de fuego,* para significar que, así como *el fuego purifica, alumbra, enciende, sube a lo alto* y *es muy unitivo* y *comunicativo de sí mismo, transformando en sí* lo que se le junta, *así el Espíritu Santo purifica las almas,* consumiendo la escoria de sus vicios y pecados, y apartando del oro y plata de las virtudes la escoria y estaño de las faltas e imperfecciones que suelen mezclarse con ellas, *alumbra los entendimientos* con una lumbre sobrenatural tan excelente, que los certifica de las verdades y misterios de la fe, más que si los vieran con los ojos corporales. *Enciende las voluntades* con el ardor de la caridad, abrasándolas en amor de Dios y de sus prójimos. *Levanta los corazones* de la tierra a las cosas celestiales, haciendo que tenga su conversación en los cielos, y allí descansen por la contemplación, como en su esfera y propio

lugar. *Finalmente, une las almas consigo mismo,* comunicándolas sus virtudes y dones, de modo que sean un espíritu con Él por unión de perfecto amor. Este es el fuego de quien dijo Cristo nuestro Señor: «He venido a traer fuego a la tierra; ¿qué otra cosa quiero Yo sino que arda?».

¡Oh amantísimo Redentor, cumplid vuestro deseo en la tierra de mi alma, arrojando en medio de ella este divino fuego, para que consuma todo lo terreno y me levante sobre mí a lo celestial! ¡Oh Espíritu divino!, pues sois *fuego consumidor*, consumid en mí todo lo que os desagrada, para que sea capaz de recibir la luz, ardor, ligereza y actividad de este fuego, siendo en él perfectamente transformado.

2. Lo segundo, se ha de ponderar la causa por la que vino el Espíritu Santo *en forma de lenguas,* más que en forma de *corazones* de fuego. Esta fue porque no se daba a los Apóstoles para que *solamente ellos amasen* y *se convirtiesen en fuego,* sino para que *con sus lenguas,* movidas de este divino Espíritu, *predicasen al mundo* la ley de Cristo y su muerte y Pasión. Y haciendo oficio de fuego, *purificasen los hombres* de sus errores y pecados, y *los alumbrasen* con la lumbre de la verdadera doctrina, y *los encendiesen* con las llamas de la caridad, y *los levantasen* al deseo de las cosas celestiales, *uniéndolos con Dios* nuestro Señor con unión de amor; cumpliendo también por ellos Cristo nuestro Señor lo que dijo: «Fuego he traído a la tierra; mi deseo es que siempre arda».

Además de esto, también el Espíritu Santo viene sobre nosotros espiritualmente *en lenguas de fuego* cuando nos comunica *los afectos de la devoción,* la cual, como dice San Bernardo, *es la lengua del alma*, con la cual habla con Dios, y cuando el Espíritu Santo se le comunica con plenitud, es lengua de fuego, de la cual salen afectos encendidísimos de amor, con los cánticos que luego diremos.

3. Lo tercero se ha de ponderar aquella palabra, *«lenguas divididas* y *repartidas entre todos*», en la cual se apunta lo que dice el Apóstol: que aunque el Espíritu Santo *es uno,* pero *hay muchas divisiones* y *particiones de gracias*, *ministerios* y *operaciones,* como es don de sabiduría, de ciencia, de fe, de gracia de sanidad, de hacer milagros, de interpretar las Escrituras, etc. Las cuales divide y distribuye el Espíritu Santo como quiere entre los miembros de la Iglesia, dándoles lenguas de fuego para usar de la gracia que les ha repartido. De lo cual sacaré afectos de alabanza y acción de gracias por los dones que este divino Espíritu reparte por los miembros de la Iglesia, gozándome de los que ha dado a mis hermanos y agradeciéndole los que me ha dado; pues así los unos como los otros son para mi provecho, de la manera que, en los miembros del cuerpo natural, el

bien del ojo es bien de la mano, y el bien de la mano lo es del ojo, porque unos ayudan a otros.

4. Lo cuarto, ponderaré aquella palabra: «*se sentó sobre cada uno de ellos*», para significar que el fuego del Espíritu Santo, cuanto es de su parte, *viene de asiento sobre nosotros,* con deseo de nunca dejarnos si no le echamos, conforme a lo que Cristo nuestro Señor dijo en el sermón de la cena: Mi Padre os dará un Espíritu consolador que permanezca con vosotros eternamente; y si nos deja es por nuestra culpa, porque, como dice la divina Sabiduría, el Espíritu Santo huye del fingido en la disciplina de la virtud, y se aparta de los pensamientos que van fuera de razón, y sale de donde está la maldad que de nuevo viene. Por tanto, alma mía, si quieres que el Espíritu Santo se asiente sobre ti y permanezca contigo para siempre, huye toda doblez y fingimiento, sacude de ti cualquier pensamiento y afecto desordenado, y no des entrada a la maldad, porque como es Espíritu purísimo, no quiere entrar en el alma mal intencionada, ni habitar en cuerpo sujeto a pecados, ni permanecerá en el hombre que vive como bestia, siguiendo las leyes de su carne.

PUNTO QUINTO

Todos se llenaron de Espíritu Santo.

1. Primeramente, consideraré *la infinita bondad* y *liberalidad de la Santísima Trinidad,* así del Padre y del Hijo, que envían al Espíritu Santo, como del mismo Espíritu Santo, que se da a Sí mismo; porque, con ser los que estaban en aquel cenáculo tan diversos en los merecimientos y en la dignidad, *a todos llenó de sus dones,* a todos llenó de alegría y a todos se dio todo, de modo que todos quedasen *llenos de su Espíritu,* todos hartos y satisfechos, sin desear por entonces otra cosa fuera de Dios. Llenó con especialidad toda la casa de su alma, sin dejar vacía ninguna de sus potencias; porque *en su memoria* estampó las divinas Escrituras para que se acordasen de ellas siempre que las hubiesen menester. *En su entendimiento* infundió gran luz e inteligencia de ellas y de todos los misterios principales que encierran debajo de su corteza. *En su voluntad* y *corazón* imprimió de un golpe toda la ley de la caridad y amor, con tanta perfección, que aunque no hubiese en el mundo ley ni Evangelio escrito, ellos fueran ley viva, y la ley interior les impeliera a guardarla perfectamente. Y, por concluir, de repente hizo con ellos *todos sus oficios;* porque, como *viento fresco,* les llenó de suavidad; *como sol,* les llenó de luz; *como fuego,*

les llenó de calor celestial; *como maestro,* de su doctrina; y *como médico,* de una perfecta y cumplida salud, y en un momento *los trocó* de cobardes en animosos, de flacos en fuertes, de ignorantes en muy sabios, de envidiosos en caritativos, de ambiciosos en humildes y de imperfectos los hizo consumados en toda perfección. ¡Oh mudanza de la diestra del muy alto! ¡Oh poder infinito del divino Espíritu! La mudanza que no hizo el combate de tres años con tres fuertes tiros de sermones, ejemplos y milagros, la hizo el día de hoy en un instante él Espíritu de Cristo y la virtud que vino de lo alto.

Envía, ¡oh buen Jesús!, sobre mí esta virtud de tu divino Espíritu, para que me trueque en otro varón, hecho en todo a tu voluntad. Ven, ¡oh Espíritu santísimo!, y lléname con tus dones para que trueque mis costumbres, de terrenas, en celestiales, y no quiera ni pretenda otra cosa fuera de Ti, estando lleno y harto con tenerte dentro de mí.

2. Lo segundo, se ha de considerar que, aunque todos fueron *llenos* del Espíritu Santo, *unas recibieron mayores dones que otros.* Como dos vasos llenos de agua, si el uno es mayor que el otro, el *mayor tendrá más agua;* así los que eran más santos y estaban más bien dispuestos recibieron mayor plenitud del Espíritu Santo, con más copiosa gracia. Y por consiguiente, *nuestra Señora recibió mayor gracia* y *alegría que todos los demás juntos,* y los Apóstoles mayor que todos los otros discípulos, glorificando todos a Dios por la merced singular que les había hecho. Y yo también me gozaré dando a la Virgen el parabién de los dones que recibió y del contento que tuvo viendo a todos los discípulos llenos del Espíritu Santo y cumplida la promesa de su precioso Hijo con tanta perfección.

3. También sacaré un gran deseo de prepararme para recibir el Espíritu Santo *con el mayor fervor que pudiere,* pues se da con más abundancia al que está mejor preparado. Esta preparación le haré con estas *cuatro virtudes: La primera es pureza de conciencia,* lavando el vaso donde el Espíritu Santo ha de derramar sus dones. *La segunda es humildad de corazón,* vaciándole de sí mismo y de todo espíritu contrario. *La tercera es confianza en Dios,* ensanchando la capacidad del alma, no a la medida de mis solos merecimientos, sino a la medida de los merecimientos de Cristo nuestro Señor *y* de la infinita bondad y liberalidad de Dios. *La cuarta es oración ferviente,* con la cual se alcanzan estos dones, pidiendo a Dios que dé como quien es, y no como quien soy yo. Cuanto más aventajadamente ejercitare estas cuatro virtudes, tanto estaré más dispuesto para recibir el Espíritu Santo con mayor abundancia de sus dones. ¡Oh Dios altísimo, que dijiste a tu pueblo: Abre tu boca, dilata y ensancha tu

seno, y Yo le llenaré!, yo abro mi boca con deseo de traer tu divino Espíritu, y querría ensanchar los senos de mi alma para recibirle con plenitud; llénalos. Señor, conforme a tu voluntad, y ensánchalos con tu misericordia para que reciban más copiosa gracia.

4. Últimamente, ponderaré cómo también quedaron todos *llenos* del Espíritu Santo, en cuanto recibieron *todo el caudal que habían menester para llenar su ministerio*, porque Dios nuestro Señor da tanta gracia a cada uno, cuanta es menester para que cumpla enteramente con el ministerio y oficio que le encarga y con el estado para que le llama. Y así, a nuestra Señora, y al precursor San Juan, y a los Apóstoles, *llenó de gracia* dando a cada uno tanta cuanta pedía la dignidad y oficio para que los había escogido; y lo mismo hace ahora con los que llama para los estados y oficios de la Iglesia, como se verá en la *Sexta Parte.*

PUNTO SEXTO

Y comenzaron a hablar en varias lenguas, como el Espíritu Santo les daba que hablasen.

I. *En este hecho,* se ha de considerar: Lo primero *la gracia especial* que hizo el Espíritu Santo a los Apóstoles dándoles de repente facultad de *hablar en varias lenguas, para que pudiesen predicar el Evangelio en todo el mundo;* porque esta gracia no era tanto para su propio provecho, cuanto para el provecho de todos los hombres de la tierra; y así, todos hemos de alabar a Dios por esta merced que les hizo para bien nuestro; advirtiendo que, como *la división de las lenguas fue castigo de la soberbia*, así *la unión de ellas fue premio de la humildad;* y como los soberbios, queriendo edificar una torre cuya cumbre llegase al cielo, fueron confundidos con dividirles los lenguajes, sin que uno entendiese al otro, para que se dividiesen y cesasen en su pretensión, así los humildes, deseando edificar la torre de la perfección, cuya cumbre llegase a la vista y unión con Dios, fueron ayudados con la unión de los lenguajes para que pudiesen unirse con todos los hombres y llevar adelante su edificio.

¡Oh dulcísimo Jesús! dame verdadero espíritu de humildad, y perfecciona con el fuego de tu amor la lengua que me has dado, para que de mi parte ayude a levantar esta torre de la perfección, no sólo en mi alma, sino en la de mis prójimos, de modo que todos lleguemos a la cumbre de tu eterna gloria. Amén.

2. Lo segundo, ponderaré cómo los Apóstoles luego comenzaron a hablar con estas lenguas, no por su antojo, sino *movidos del divino Espíritu,* hablando de las cosas con el modo y fervor que les inspiraba; y así sus palabras eran de cosas santas y con modo santo, lo cual conservaron toda la vida, como dijo San Pablo: «No somos como muchos que adulteran la palabra de Dios; hablamos con sincera intención, movidos de Dios; en la presencia de Dios y de cosas que pertenecen a Cristo»; que es decir: En las palabras guardamos *cuatro condiciones: La primera, que no sean por fin malo ni vano,* sino con pura intención de la gloria de Dios, y del bien nuestro y de nuestros prójimos. *La segunda, que procedan,* no de espíritu impetuoso y apasionado, sino *de buen espíritu,* santo y reposado. *La tercera, que sean en la presencia de Dios,* mirando que nos oye y es testigo de lo que decimos. *La cuarta, que no sean de cosas malas, ni vanas ni impertinentes,* sino todas de Cristo, y aun grandezas suyas, como luego veremos.

3. Lo tercero, ponderaré cómo estando el Espíritu Santo en el alma, luego la hace *hablar en varias lenguas interiormente,* que son *varios afectos de devoción,* conforme a lo que dice San Pablo: «Llenaos de Espíritu Santo, hablando a vosotros mismos con salmos, himnos y cánticos espirituales, cantando y tañendo en vuestros corazones al Señor, haciendo siempre gracias por todos a Dios Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo». Estas son las varias lenguas de fuego con las cuales, como se dijo en el párrafo segundo de la Introducción de este libro, hablamos dentro de nosotros mismos con Dios nuestro Señor, cantándole salmos e himnos con afectos de alabanza y agradecimiento por las mercedes que nos hace; y también afectos de amor y gozo por ser quien es, haciendo grandes ofrecimientos de servirle, y provocando a todas las virtudes para que le hagan música, ejercitando sus actos a gloria de nuestro Señor.

¡Oh, quién oyera cómo hablaba la Virgen este día con estas varias lenguas, inspirada por este divino Espíritu! ¡Qué afectos tan encendidos! ¡Qué alabanzas y acción de gracias brotaría, y cómo se derretiría en fuego de amor hablando con su Amado! ¡Oh, qué música de lenguas tan diversas, pero muy concertadas, sonaba en aquel cenáculo por aquellos sagrados cantores, rigiéndoles como maestro el Espíritu Santo! ¡Oh Espíritu santísimo, ven a mi alma muda, y enséñale a hablar con varias lenguas de encendidos afectos, y pues me pides que suene mi voz en tus oídos, aclárala y endúlzala para que su música te sea dulce y agradable por todos los siglos! Amén.

Meditación 24

Las obras maravillosas que por medio de los apóstoles hizo el Espíritu Santo en el día de Pentecostés

PUNTO PRIMERO

El Espíritu Santo mueve a hablar a los Apóstoles: admiración de los oyentes.

Estaban aquel día en Jerusalén muchos judíos y varones religiosos de todas las naciones del mundo, y al oír el sonido del viento vehemente, se juntó grande muchedumbre, y oyendo cada uno hablar a los Apóstoles en su propia lengua las grandezas de Dios quedaron admirados y pasmados, diciendo: ¿Qué será esto?.

1. Lo primero, se ha de considerar cuán propio es del Espíritu Santo, con el sonido de su divina inspiración, menear los ánimos de los hombres y *traerles adonde oigan los predicadores del Evangelio,* para que por medio de su predicación conozcan a Cristo y se conviertan. Por lo cual tengo de darle muchas gracias y suplicarle que no cese de hacer esto con los pecadores; y de mi parte imitar a esta gente, la cual, oyendo esta voz y sonido, no se quedó en su casa, despreciándola y haciendo poco caso de ella, sino luego salió a ver lo que era y lo que este prodigioso sonido significaba; así yo, en oyendo dentro de mi alma la voz de la divina inspiración, no tengo de estar ocioso ni dejarla pasar en vano, sino salir a cumplir lo que por ella Dios me inspira.

2. Lo segundo, se ha de ponderar cómo los Apóstoles, que habían estado recogidos con silencio esperando la venida del Espíritu Santo, luego que le recibieron *salieron de su recogimiento a lo público,* y *comenzaron a publicar* y *predicar las grandezas de Dios en presencia de todas las naciones del mundo;* porque la fuerza interior del Espíritu Santo les movía a ello, el cual *no quiere que sus talentos estén enterrados,* ni que sus dones estén ociosos un momento, sino que luego salgan a luz y se negocie con ellos la salvación de las almas; con lo cual me confirmaré en lo que arriba se dijo: Que como es vicio de soberbia salir a predicar y tratar las almas antes de recibir la virtud de lo alto, así es vicio de pusilanimidad no salir

después de recibida, y, como dice San Gregorio: Ambos extremos son muy peligrosos.

3. Lo tercero, ponderaré la eficacia y espíritu con que los Apóstoles hablaban *grandezas de Dios*: porque cada espíritu mueve a hablar como quien es: el espíritu del mundo, con la lengua que David llama *magniloqua,* habla grandezas mundanas; el espíritu de carne, grandezas carnales; el espíritu propio, grandezas propias; mas el Espíritu divino aborrece estas grandezas, y no las quiere tomar en la boca si no es para despreciarlas, porque las tiene por bajezas, y solamente inspira y mueve a hablar de *las grandezas de Dios, de sus virtudes* y *excelencias, de sus beneficios* y *misericordias, de sus obras* y *misterios,* sintiendo altamente de Dios y de cualquier cosa suya, y hablando de ella cuanto es menester, no con tibieza y caimiento de ánimo, sino con lenguas de fuego y con fervor admirable, de modo que provoque a los oyentes a grande admiración y espanto, reconociendo en el que habla la divinidad del Espíritu que le mueve.

¡Oh Espíritu divino, ilustra mi alma para que conozca las grandezas de Dios, y mueve mi lengua para que hable de ellas con tal fervor, que Tú quedes glorificado, y mis prójimos edificados, y yo más encendido en tu amor! Amén.

PUNTO SEGUNDO

Malignidad de algunos en escarnecer a los Apóstoles; de aquí toma ocasión San Pedro de predicar la fe.

Algunos, escarneciendo, decían: «Estos están llenos de mosto»; pero, levantándose Pedro con los once Apóstoles, alzó la voz y les habló, declarándoles cómo no estaban tomados del vino, sino llenos del Espíritu Santo.

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, cómo *nunca faltan malos que escarnezcan de los buenos,* y hagan burla de las obras de Dios, juzgando temerariamente de ellas y *echándolas siempre a la peor parte;* como el sumo sacerdote Helí, que viendo a la madre de Samuel orar en el templo meneando solamente los labios, juzgó que estaba *tomada del vino*, atribuyendo a embriaguez lo que era fervor de espíritu; y los deudos de Cristo nuestro Señor, cuando comenzó a predicar, juzgaban que su fervor era *furor*; y ahora estos miserables, a los que están llenos del Espíritu Santo

llaman embriagados y *llenos de vino.* Esto permite nuestro Señor para ejercitar a los justos en humildad y paciencia, y para que vean cuán errados son los juicios de los hombres, y no hagan caso de ellos y aprendan a no juzgar temerariamente lo que no alcanzan, especialmente cuando lo hace gente santa, sino venerarlo con silencio y admiración, o preguntar, como hicieron este día algunos: *¿Qué será esto?*

2. Lo segundo, ponderaré cómo los Apóstoles, movidos del divino Espíritu, tomaron de aquí ocasión para *predicar la fe de Cristo nuestro Señor, respondiendo a la pregunta de los unos* y *deshaciendo el error de los otros;* y así, tomando la mano San Pedro, como cabeza de los Apóstoles, les dijo que no estaban llenos de vino, porque era muy de mañana para haber bebido, y no se había de presumir tal cosa de gente buena y en tal día, pero que estaban llenos de aquel Espíritu que Dios había prometido por el profeta Joel. Como quien dice: llenos están de vino, no de ese vino corporal que vosotros pensáis, sino de otro vino más fuerte, que es el Espíritu Santo y su encendido amor, porque los ha metido en la bodega de sus vinos y embriagado con la muchedumbre y dulzura de su amor.

¡Oh Amador de las almas! entra la mía en esta tu bodega, y hártala con la variedad y abundancia de los vinos preciosos que tienes en ella, ordenando en mí la caridad y todos los actos y afectos que proceden de ella. Tú bebiste de este vino y convidas a los tuyos que beban de él diciéndoles: «Bebed, amigos, y embriagaos los muy amados», y aunque yo no merezco nombre de amigo, mas para que lo sea te suplico me convides y des a beber con tanta abundancia, que, como embriagado de tu amor, salga de mí, y olvidado de todo, no quiera más que a Ti.

PUNTO TERCERO

Maravilloso sermón de San Pedro.

Lo tercero, se ha de considerar el maravilloso sermón que hizo el apóstol San Pedro, dando testimonio de Cristo crucificado, en el cual descubrió *las grandes virtudes que el Espíritu Santo le había comunicado, y* las que han de tener los ministros del Evangelio.

1. La primera fue *grande sabiduría* y *destreza* en proponer las verdades y misterios de Cristo nuestro Señor, probándolos con testimonios muy eficaces de la divina Escritura, de los profetas y salmos.

2. La segunda fue *grande libertad de espíritu,* con gran fortaleza de corazón; porque Pedro, a quien la voz de una esclava hizo temer y negar a su Maestro, ahora, con la virtud y fortaleza que le dio el Espíritu Santo, confesó y predicó delante de innumerables hombres que Cristo, a quien ellos crucificaron, había resucitado, y era su Dios, y su Mesías y Salvador.

Y con la misma libertad testificó lo mismo *delante de Anás* y *Caifás y* de todos los príncipes y sacerdotes: y admirándose ellos de su constancia y mandándole con amenazas que no predicase más a Cristo, libremente respondió que era más justo obedecer a. Dios que a los hombres; y así lo hicieron todos los Apóstoles, ofreciéndose por esta causa a muchos trabajos, y gozándose de sufrirlos por el nombre de Jesús; y de todos se dice que predicaban la palabra de Dios con grande osadía y confianza.

3. La tercera fue *grande celo* y *fervor en sus palabras,* penetrando con ellas y punzando los corazones de los oyentes de tal manera, que los que poco antes tenían a los Apóstoles por embriagados, luego, compungidos, se les rinden y preguntan que harán para salvarse; y los que con terrible dureza pidieron que Cristo fuese crucificado, ahora con gran ternura piden ser bautizados.

¡Oh mudanza milagrosa de la virtud de Dios! ¡Oh poder inmenso del divino Espíritu!, ¿quién, sino Dios, pudiera dar tal sabiduría y fortaleza, con tal fervor, a tan rudos y cobardes predicadores? Y ¿quién otro que su Espíritu pudiera mudar y ablandar los duros corazones de tales oyentes? Ven, ¡oh Espíritu Santísimo!, sobre los predicadores de la Iglesia y sobre los fieles que les oyen, y obra en los unos y en los otros esta maravillosa mudanza, para que nuestro Redentor sea de todos obedecido y amado, y tu divina voluntad sea de todos conocida y venerada. Amén.

4. Últimamente, ponderaré cómo los que en aquel día se convirtieron y bautizaron fueron *cerca de tres mil almas*. El cual número tiene misterio, porque la Santísima Trinidad le escogió, apropiándose cada una de las tres divinas Personas un millar de estas almas, como primicias de las innumerables que habían de recibir su santa ley; así como en otro sermón se convirtieron cinco mil, en premio de las cinco llagas que Cristo recibió en la cruz. ¡«Oh, qué gozo sentiría *Cristo* nuestro Señor cuando vio que su Padre había traído tanta gente a su servicio, cumpliendo la promesa que de esto le había hecho! ¡Oh, qué fiestas harían *los ángeles* en el cielo por la conversión de tantos pecadores, pues por la conversión de uno solo se gozan grandemente! ¡Oh, qué regocijada estaría *la Virgen* sacratísima viendo tantos que reconocían la divinidad de su amado Hijo! en cuya conversión tuvo Ella mucha parte, porque mientras los Apóstoles pre-

dicaban, Ella oraba con gran fervor, negociando con Dios el próspero suceso de su predicación. ¡Oh, qué alegres estarían *los Apóstoles* con la copiosa pesca que sacaron de aquella redada, gastando todo aquel día en enseñar a los convertidos los misterios de la fe, y en moverlos a penitencia de sus pecados, y en bautizarlos, dándoles nuestro Señor, como les ofreció San Pedro, el don del Espíritu Santo, con el cual quedaron llenos de santidad y alegría espiritual! De todo esto he *yo* de sacar también afectos de gozo y alabanza, gozándome de que Cristo mi Señor sea conocido y venerado, y dándole el parabién de esta copiosa cosecha.

¡Oh dulcísimo Jesús, cuán bien comenzáis a cumplir lo que dijisteis: «Si fuere levantado de la tierra, traeré a Mí todas las cosas»! Ya Señor, habéis subido a lo alto, y dado dones a los hombres, y en recompensa de lo que dais, recibís también dones de los mismos hombres, dándoseos ellos por vuestra gracia, y tomándolos Vos para, vuestro servicio. Dadme Señor, vuestros dones, y tomad de mí lo que Vos me dais, para que todo yo sea vuestro por todos los siglos. Amén.

Meditación 25

La vida excelentísima que el Espíritu Santo inspiró a los primeros cristianos

PUNTO PRIMERO

Los que se bautizaron perseveraban en la doctrina de los Apóstoles, y en la comunión de la fracción del pan, y en oraciones.

Aquí se ha de considerar cómo es propio del Espíritu Santo inspirar a los justos, cuyas almas llena de Sí mismo, *tres principalísimos ejercicios de virtud,* con los cuales conserven y aumenten la santidad.

1. El primero es *perseverar en la doctrina de los Apóstoles,* esto es, ocuparse en oír sermones y leer libros sagrados y santos, para confirmarse más en la fe y penetrar más la doctrina evangélica y aficionarse más a ella, huyendo de toda doctrina que fuere contraria a la de los Apóstoles o nos entibiare en la fe y estima que debemos tener de ella.

2. El segundo es *perseverar en la comunión de la fracción del pan,* esto es, en la comunión del Santísimo Sacramento del cuerpo de Cristo nuestro Señor, que es el pan del cielo que se reparte a los hombres que vivimos en la tierra, para conservar y aumentar la vida espiritual de la gracia.

3. *El tercero es perseverar en oraciones*; y no dice en oración, sino en oraciones, esto es, en todo género de oración, que llama San Pablo peticiones, ruegos, acciones de gracias, alabanzas, himnos, salmos y cánticos espirituales, orando de todos estos modos en todo lugar, levantando las manos puras a Dios, sin iras ni contiendas.

4. *Estas tres cosas hacían estos fieles con grande frecuencia* y *perseverancia,* ocupándose en ellas todos los días, inspirándoles esto el Espíritu Santo, porque todas tres son sustento espiritual de las almas, y el medio más eficaz que hay para conservar la vida de la gracia, y para aumentar los dones de Dios y alcanzar la plenitud del Espíritu Santo. Y así, en este libro de los Hechos apostólicos leemos que siempre se daba el Espíritu Santo cuando los Apóstoles predicaban y ponían sus manos sobre los fieles y oraban, de suerte que los *fieles recibían el Espíritu Santo por una de tres vías:* oyendo los sermones, o recibiendo los Sacramentos, o haciendo oración a Dios; pero esta oración era fervorosísima, tanto, que, como dice San Lucas, «orando, tembló el lugar donde estaban juntos», para significar el espanto que pondrían al mundo, y la mudanza de los corazones, que harían con su ejemplo y palabra, en virtud del Espíritu Santo.

¡Oh Espíritu santísimo, mi alma está hambrienta y no tengo pan con que sustentarla!, dame estos tres panes de la doctrina, comunión y oración con que la remedie; y aunque yo no los merezca por amigo, dámelos por importuno, premiando en esto los trabajos de nuestro dulcísimo amigo Cristo Jesús, a quien sea honra y gloria por todos los siglos. Amén.

PUNTO SEGUNDO

Todos los que creían, estaban juntos y tenían todas las cosas comunes; vendían las posesiones y las haciendas y las distribuían a todos, conforme a la necesidad de cada uno.

Aquí se ha de considerar cómo también es propio del Espíritu Santo inspirar a sus escogidos *la perfección evangélica que Cristo nuestro Señor*

predicó, estampándola en estos primitivos cristianos, para que fuesen ejemplo de los religiosos que les habían de suceder.

1. Lo primero, les inspiró *la vida de comunidad con suma unión* y *caridad,* y por eso dice San Lucas que estaban juntos, y mucho más con el espíritu que con el cuerpo. Y así, añadió otra vez que la muchedumbre de los creyentes tenía un corazón y una ánima; porque, aunque eran muchos, de diferentes naciones y complexiones, y de diversos caudales y talentos, todos estaban unidos con amor y tenían una voluntad y un mismo sentir, porque todos tenían un mismo Espíritu Santo que los unía consigo, y entre sí mismos, como lo hace el alma con los miembros del cuerpo, aunque sean muy diversos, cumpliendo nuestro Señor lo que prometió por Jeremías cuando dijo: «Yo les daré un corazón y un camino», y concediendo al Padre Eterno a su Hijo lo que le pidió la noche de la cena, que fuesen sus discípulos una cosa, como los dos lo eran, para que el mundo le conociese por esta unión.

¡Oh Padre Eterno, que haces morar en una casa a los que tienen unas mismas costumbres!, da esta unión a todos los fieles que moran en la casa de tu Iglesia, y a todos los que moran en la casa de tu religión, para que tu Hijo sea glorificado en el mundo, viendo la unión que tienen los que viven en tu casa. ¡Oh Espíritu Santísimo, a quien pertenece dar testimonio de Cristo nuestro Salvador!, imprime en todos sus discípulos esta soberana unión, para que amándose unos a otros, por el testimonio de este amor sea creído y adorado su Maestro.

También ponderaré cómo en este tiempo *se comenzaron a manifestar los milagros que profetizó Isaías* cuando dijo: «Que habitarían juntamente el lobo y el cordero, el tigre y el cabrito, el león y la oveja, y que un niño pequeño los pastorearía, paciendo juntamente el becerro y el oso y comiendo paja el león, como si fuera buey». Porque el Espíritu Santo, con el ganado do las ovejas y corderos do Cristo, que eran sus discípulos, *juntó en unión de perfecta caridad a los que el día de su Pasión le persiguieron como lobos, tigres* y *leones;* y los que solían ser codiciosos como lobos, coléricos como tigres, soberbios como leones, y astutos como osos, hacen un mismo rebaño muy concorde y unido en caridad con los que son mansos, humildes y sencillos como ovejas y corderos. Todos se hacen a un modo de comida llana y poco regalada, dejando el león su costumbre por tomar la propia del buey, acostumbrándose los principales a la comida grosera de los pobres trabajadores, *y todos se sujetan con gran obediencia al gobierno de un pequeñuelo pescador, a quien Cristo hizo pastor de su ganado.*

¡Oh mudanza de la diestra del muy alto! ¡Oh milagros de la omnipotencia del Salvador! Venid y ved todas las obras del Señor, los prodigios que ha hecho sobre la tierra, quitando de ella toda discordia y guerra, trocando a los leones y tigres en ovejas y corderos mansos. Gracias te doy, Salvador omnipotente, por estas mudanzas que haces con la eficacia de tu divino Espíritu. Lleva, Señor, adelante esta obra que has comenzado, dando a todos los fieles y religiosos esta unión, para que con estos milagros de tu gracia los infieles reciban tu fe, y los fieles se confirmen en ella y crezcan siempre en tu amor.

2. Lo segundo, inspiró el Espíritu Santo a estos fieles que, para conservar esta unión, *tuviesen todas las cosas comunes, guardando la pobreza evangélica* con rigor: *a)* Porque, lo primero, *vendían todas sus posesiones* y *bienes muebles* para que el precio se repartiese entre todos, acudiendo a la necesidad de cada uno, con lo cual cumplían aquel consejo de Cristo nuestro Señor que dice: «Si quieres ser perfecto, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo.

b) Lo segundo, en la distribución de estos bienes no querían seguir *su propia voluntad* y *propio parecer, sino el de los Apóstoles,* a cuyos pies echaban el precio de lo que vendían para que ellos lo repartiesen a su voluntad; con lo cual se desnudaban de todo afecto de carne y sangre y de su voluntad propia, siguiendo la de los ministros de Cristo nuestro Señor.

c) Lo tercero, se desapropiaron tanto en el uso de todas cosas, que *a lo que tenían no llamaban suyo*, *desterrando* de sus pláticas *aquella fría palabra* «*mío*» *y «tuyo»,* que es ocasión de discordias y de entibiar la caridad. De suerte que con el corazón, con la palabra y con la obra, se desapropiaron y renunciaron todo cuanto poseían, para ser perfectos discípulos de Cristo.

De aquí se seguía que, *siendo todos pobres, ninguno de ellos padecía necesidad,* porque lo que uno tenía era de todos, y lo que tenían todos era de cada uno, y todas las cosas tenían comunes para el uso de todos. Era común la casa, el vestido, la comida, los ejercicios de virtud, los trabajos, los premios y las coronas, porque siendo muchos, eran uno y el uno no estaba solo, sino en él estaban muchos, ayudándole todos.

¡Oh vida dichosa y bienaventurada, enseñada por Cristo, inspirada por el Espíritu Santo, aprobada por los Apóstoles y ejercitada por los discípulos que fueron primicias del divino Espíritu. ¡Oh divinidad santísima, que siendo una en tu esencia, eres común a tres personas!, concede a los fieles que llamaste a estado de perfección, que sean todos

uno y cada uno con sus cosas sea común para todos, para que todos, *sin poseer nada, lo tengan todo*, y dejándolo todo, alcancen el cien doble de lo que dejaron, poseyéndote a Ti, fuente de todos los bienes, por todos los siglos. Amén.

3. De todo esto que se ha dicho, he de sacar, *si soy religioso, gran deseo de imitar a estos primitivos cristianos,* a los cuales puso el Espíritu Santo por dechado de religiosos, y muchos de ellos, por su inspiración, hicieron voto de esta pobreza para que fuese más estable y agradable a Dios, a cuya causa Ananías y Safira, porque vendieron su heredad y se quedaron con parte del precio, fueron castigados severamente por San Pedro con muerte arrebatada, diciéndoles que habían mentido al Espíritu Santo, por cuya inspiración habían hecho el voto. Pero *si soy seglar*, sacaré deseos de imitar a estos discípulos en lo que fuere conveniente según mi estado, desnudándome, *siquiera con el corazón,* de todas las cosas, pues con todos habla aquella sentencia del Salvador que dice: «El que no renunciare todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo».

PUNTO TERCERO

Unión y alegría de los primitivos cristianos.

Cada día perseveraban con un mismo ánimo en el templo, y partiendo el pan en las casas, tomaban el manjar con alegría y simplicidad de corazón, alabando juntos a Dios, y siendo agradables a todo el pueblo.

Aquí se ha de considerar cómo es también propio del Espíritu Santo inspirar a los escogidos otros *varios medios para conservar la unión* y perfección.

1. El primero es que *con un mismo ánimo fuesen al templo* y *perseverasen allí,* haciendo los ejercicios para que se ordenó el templo, que son: oír juntos la palabra de Dios, orar y asistir a los divinos sacrificios y recibir los santos Sacramentos; porque el templo es escuela de Cristo, casa de oración, propiciatorio de nuestros pecados, y lugar dedicado al divino culto. Y en estos ejercicios perseveraban gran parte del día con sumo gusto, porque el Espíritu Santo asistía con ellos.

2. Cumplida esta obligación con Dios, luego, por inspiración del mismo Espíritu, *se iban unos a las casas de los otros,* y *allí se convidaban con caridad,* tomando el manjar del cuerpo con alegría, no sensual, sino espiritual, cumpliéndose lo que dijo David: «Los justos coman y se alegren

en la presencia de Dios», y con esta alegría juntaban simplicidad de corazón, sin dobleces ni fingimientos, ni murmuraciones de unos contra otros, sino con sincera intención, por agradar a Dios y conservar la fraterna caridad; dándonos ejemplo del modo como hemos de comer, espiritualizando esta obra, que de suyo es tan carnal.

3. De aquí resultaba que *siempre andaban alabando* y *glorificando a Dios, con grande edificación de todo el pueblo,* que los amaba y veneraba por la santidad y caridad que en ellos resplandecía. ¡Oh amantísimo Jesús, Esposo dulcísimo de las almas justas, con cuánta razón puedes decir ahora, mirando la vida de esta pequeña Iglesia esposa tuya: «Llagaste mi corazón, hermana y esposa mía, llagaste mi corazón con el uno de tus ojos»; esto es, con la unión y conformidad que tienen estos justos, que son como tus ojos; porque como los ojos son entre sí muy parecidos, y a una se abren y cierran, a una se menean a una y otra parte, a una velan y duermen, así estos justos, con grande conformidad, a una van al templo, a una oran, a una oyen tus palabras, y a una ejercitan las obras de caridad, porque todos tienen un corazón y un espíritu, unidos contigo *y* entre sí con perfecto amor.

¡Oh Espíritu divino, pues eres el corazón invisible de la Iglesia, arroja por todos sus miembros espíritus de vida, que son tus divinas inspiraciones, con las cuales acudan con grande unión y fortaleza a todas las cosas de tu servicio, de tal manera que llaguen tu corazón con llagas de amor, haciéndose dignos de que los ames y aumentando en ellos el fuego del amor! Amén,

Antes de proseguir esta historia, pondré dos Meditaciones, en las cuales vean los justos que ahora viven, el caudal que tienen del Espíritu Santo para llegar a la santidad que tuvieron los primitivos cristianos.

Meditación 26

La excelentísima perfección que el Espíritu Santo comunica por medio de sus inspiraciones, y de las propiedades que tienen

PUNTO PRIMERO

El Espíritu Santo, a los que engendra en el ser de gracia, los hace semejantes a Sí mismo.

Lo primero, se ha de considerar cómo el Espíritu Santo, a los que engendra en el ser de gracia por el agua del Bautismo, *los hace semejantes a Sí mismo*, y por medio de sus inspiraciones los va levantando a tanta alteza y santidad, que se puedan, como Él, llamar *espíritus.* Así lo dice expresamente Cristo nuestro Señor hablando con Nicodemo: «Lo que ha nacido de carne, es carne, y lo que ha nacido de espíritu, es espíritu. El espíritu inspira donde quiere; oye su voz, mas no sabes de dónde viene, ni dónde va; así es todo hombre que ha nacido del espíritu». Que es decir: Como lo que nace de carne por carnal generación, es en todo semejante al que lo engendró, del cual recibe la naturaleza, con las mismas propiedades e inclinaciones naturales que él tiene, como un hombre engendra otro hombre semejante a sí mismo en lo que es propio de hombre, aunque no llegue a tener toda su perfección en las obras hasta que ha crecido; así también, en su proporción, lo que nace del Espíritu Santo por la generación espiritual, es semejante al mismo Espíritu, de quien recibe la gracia, virtudes y dones, que son participación de la divina naturaleza, y en virtud de las cuales se puede llamar espíritu; esto es, hombre espiritual, semejante al Espíritu Santo, que espiritualmente le engendró. Por lo cual dijo San Agustín: «Si naces del Espíritu Santo, serás como Él es», y en virtud suya podrás vivir en carne, como si fueses espíritu, libre de resabios carnales, ilustrado con verdades, rico de virtudes, encendido con fervientes afectos, imitando el excelentísimo modo que tiene de hacer sus obras.

¡Oh Espíritu santísimo!, ¿qué gracias te podré dar por tan alta dignidad como concedes al hombre de carne, que pueda, como Tú, ser y llamarse espíritu? ¡Oh Padre amorosísimo, que de tal manera engendras a tus hijos, que estás dentro de ellos, ayudándolos a crecer y obrar para que

lleguen a ser perfectos, como Tú lo eres!, pues ya me has engendrado por el Bautismo, inspírame lo que tengo de hacer para que mis obras sean semejantes a las tuyas, y llegue a ser contigo un mismo espíritu por todos los siglos. Amén.

Luego puedo discurrir *por tres excelentes propiedades* que tiene el Espíritu Santo *en la obra de su inspiración,* que se tocan en las palabras propuestas; es a saber: *libertad* suma, *eficacia* todopoderosa y *secreto* grande en sus medios y fines; en las cuales podemos imitarle, al modo que se verá en los puntos siguientes.

PUNTO SEGUNDO

Propiedades que tiene el Espíritu Santo en la obra de su inspiración.

1. La primera propiedad del Espíritu Santo es que *inspira donde quiere*, porque hace su obra de inspirar con suma libertad; no por fuerza, porque no hay quien le fuerce, ni por temor, porque no tiene que temer, ni por interés propio, porque no espera premio de sus criaturas, ni por obligación de justicia, porque ninguno con merecimientos le puede obligar a ello; solamente inspira porque quiere, y porque su infinita bondad le inclina a hacernos este bien de pura gracia. De suerte que comunica sus inspiraciones a *las personas que quiere,* y *en el tiempo que quiere,* y *con el modo que quiere,* con mucha frecuencia o con poca, con gran fuerza o pequeña, moviendo a las cosas que quiere, según las trazas de su divina providencia, dividiendo las gracias y favores *como quiere.* Pero en esto demuestra su liberalidad infinita, porque da estas inspiraciones de repente a todos, con todos los modos que hay de liberalidad. *Lo primero*, las da a quien no se las pide ni se acuerda de pedirlas. *Lo segundo,* a quien no las merece, antes las desmerece por sus pecados. *Lo tercero,* a quien no las quiere, antes las contradice y resiste, como Saulo; pero con más frecuencia y eficacia las da a los justos que ha escogido por hijos regalados suyos, de los cuales dice el Apóstol San Pablo: «Los que son movidos del divino Espíritu, éstos son hijos de Dios».

¡Oh dichosos hijos que traen por ayo y perpetuo compañero al divino Espíritu! ¡Oh Espíritu divino, pues inspiras donde quieres porque eres sumamente bueno, muestra conmigo tu bondad en querer lo que puedes, inspirándome con frecuencia lo que tengo de pensar, decir y obrar, para que, siendo movido por Ti, en todo me parezca a Ti!

2. De aquí subiré a ponderar el modo excelentísimo cómo el justo que perfectamente ha nacido del Espíritu, con su inspiración *hace lo que quiere,* no cosas malas, ni prohibidas, ni vanas o impertinentes, porque el Espíritu Santo no mueve a cosas semejantes, sino siempre a cosas buenas, santas y provechosas: *a)* Y éstas hace *con suma libertad de espíritu,* no forzado como los esclavos, no con repugnancia o tedio, como los tibios, no por miedo del infierno, como los imperfectos, ni principalmente por el premio, como los jornaleros, sino porque quiere agradar a Dios, y ama la virtud de tal manera, que aunque no hubiera infierno no pecara, porque no hay para él más terrible infierno que el pecado, y aunque no hubiera premio no dejara de hacer lo que Dios le manda, porque obedecerle es su premio, y dentro de sí tiene una ley viva que le inclina a querer todo lo que Dios quiere. Y en esto consiste su perfecta libertad de espíritu, conforme a la del Espíritu Santo, según aquello de San Pablo, que dice: «Dios es espíritu, y donde está el espíritu de Dios, hay libertad».

b) De aquí es que, como *el Espíritu Santo inspira a buenos* y *malos,* porque quiere mostrar en esto su bondad, *así el justo,* movido con su inspiración, *hace bien a todos, a los amigos* y *a los enemigos,* y a los que le contradicen y persiguen, mostrando en esto ser hijos de Dios y tener su divino Espíritu.

c) Finalmente, *siempre hace lo que quiere,* porque totalmente ha puesto su voluntad *en la de Dios* y de su divino Espíritu, y haciendo lo que quiere Dios, hace juntamente lo que él mismo quiere, porque su querer no es otro que el de Dios.

Por lo cual dijo el glorioso San Buenaventura que «los que están conformes con la divina voluntad, son como dioses omnipotentes de su voluntad para lo que quieren».

¡Oh alma mía!, si deseas esta soberana omnipotencia quiere solamente lo que quiere Dios y la alcanzarás. Resuélvete de una vez a negar tu propia voluntad, resignándola en la divina y cumpliendo siempre la de Dios, cumplirás también la tuya. ¡Oh Dios de mi alma, desde hoy más me determino a querer lo que Tú quieres, no por fuerza, sino de grado, no por temor o interés, sino por puro amor, porque mi gusto es querer el tuyo, y tu querer es gusto mío!

3, De aquí sacaré *las señales para conocer la inspiración del Espíritu Santo,* contrarias a las sugestiones del mal espíritu, de quien procede la desgana, repugnancia, tedio y horror al cumplimiento de la divina voluntad y de su santa ley. Pero el temor del infierno y esperanza de premio pueden

proceder del Espíritu Santo, porque no siempre inspira lo más perfecto, sino suele comenzar por lo imperfecto.

PUNTO TERCERO

Omnipotencia del Espíritu Santo en sus inspiraciones.

La segunda propiedad del Espíritu Santo es que, cuando inspira, oímos su voz, descubriendo en esto su omnipotencia *en muchas maneras.*

1. Lo primero, en que cuando quiere inspirar, *no hay para Él puerta cerrada en el alma,* ni estorbo que pueda impedir su entrada, ni es posible dejar de oír su voz, esto es, sentir su toque e inspiración y lo que por ella dice, aunque puede el hombre no consentir con ello. *Y en esto tiene una cosa singular*; que puede *inmediatamente* y del primer golpe entrar *en nuestro entendimiento* y *voluntad,* imprimiendo de repente el conocimiento y buen afecto que quiere, porque es dueño y señor absoluto de nuestro espíritu, en quien y por quien puede hablar de cualquier cosa corporal o espiritual que le diere gusto, con figuras sensibles de la imaginación, o sin ellas. Pero más adelante pasa su omnipotencia y bondad, porque tiene fuerza y maña para inspirar de tal manera, que no solamente oigamos su voz, sino consintamos con ella y *obedezcamos a lo que nos dice*, no con violencia y necesidad, sino con sumo gusto y suavidad, trocando nuestra voluntad, para que diga como Saulo: «Señor, ¿qué quieres que haga?». De donde resulta que el hombre espiritual, movido de este divino espíritu, tiene *la misma fuerza* y *maña* para todo lo que quiere del divino servicio, aunque sea muy dificultoso y áspero, rompiendo muros de dificultades para salir con lo que quiere, pareciéndose en esto al Espíritu Santo, de quien es movido.

¡Oh Espíritu santísimo!, pues eres Señor absoluto de mis potencias, juntamente llama y abre sus puertas, llamando con tanta eficacia, que sin hacerte esperar, luego te abra, para que hagas en mí y de mí lo que fuere tu voluntad.

2. Lo segundo, he de ponderar que, *así como cada hombre tiene su particular modo de voz,* por la cual se manifiesta y es conocido y diferenciado del otro, y como dice Job, el oído percibe la diferencia de estas voces, *así la voz interior e inspiración del Espíritu Santo tiene sus particulares propiedades* y *señales* que percibe el oído del alma, por las cuales conoce que Dios es el que habla, y distingue su voz de la voz del

mal espíritu, que las tiene muy contrarias. Y todo se ve *por los efectos interiores* de cada una, porque el Espíritu Santo con su voz enternece los corazones duros, doblega los tercos, ablanda los ásperos, enciende los fríos, fortalece los flacos, alienta los pusilánimes, recoge los distraídos, establece los mudables, consuela los tristes, pacifica los turbados, convierte los soberbios en humildes, los iracundos en mansos, los codiciosos en pobres de espíritu, y los regalados en templados y mortificados en su carne. Y esto hace con imperio y majestad, con suavidad y eficacia, turbando con temor al malo para que se enmiende, y estremeciendo al bueno para que le reverencie, parando siempre en justicia, gozo y paz. Al contrario de esto va el espíritu malo en su voz, aunque disimulada.

¡Oh Espíritu divino habla dentro de mí, que tu siervo oye! Tú dices que deseas oír mi voz, yo deseo mucho oír la tuya. Hazme que oiga tu voz divina y sienta los efectos de ella, para que pueda yo responderte con la mía, haciendo tales obras, que sean muy parecidas a las tuyas.

3. De aquí he de sacar que *el varón espiritual,* movido del Espíritu Santo, *tiene sus voces, por las cuales es conocido por tal,* semejantes a las del Espíritu Santo, que le mueve. *Las voces son* modestia en el rostro, gravedad en los meneos del cuerpo, modestia y discreción en las palabras, presteza en la obediencia, templanza en la comida, alegría en las persecuciones, constancia en los trabajos, humildad en sujetarse a todos, diligencia en las obras del culto divino, gusto en la oración, celo en ayudar a las almas. Estas y otras obras semejantes, son voces del que ha nacido perfectamente del Espíritu Santo y es movido de su inspiración, por las cuales será conocido, porque *el árbol se conoce por su fruto.*

PUNTO CUARTO

El Espíritu Santo nos encubre la venida de su inspiración y el fin que con ella pretende. 2. Dos avisos: a) Encubrir nuestros fines e intenciones a los hombres. b) Tener gran confianza de llegar a esta perfección,

1. La tercera propiedad del Espíritu Santo es que, aunque inspira de modo que oímos su voz, pero *no sabemos de dónde viene ni a dónde va*, porque de propósito quiere *encubrir sus entradas* y *salidas*, sus principios y sus fines, con admirable traza de su providencia. Porque *nos encubre la venida de su inspiración* cuanto al tiempo, lugar, ejercicio y ocasión de

ellas; unas veces viene en días de fiesta, otras en días de trabajo; ya de día, ya de noche, ya a la mañana, ya a la tarde; unas veces viene en la iglesia o en el oratorio, otras en la plaza o en el campo. Unas veces viene en la oración o misa, o en el sermón, otras en el negocio y obra exterior. Unas veces entra por medio de la vista, viendo alguna imagen devota; otras por el oído, oyendo algunas buenas palabras, o por el gusto o tacto, padeciendo algún dolor o trabajo. Finalmente, no se puede saber, como el Señor mismo dijo a Job, por qué caminos esparce la luz de sus divinas ilustraciones y el calor de sus divinas inspiraciones, porque quiere que siempre estemos colgados de su providencia, y reconozcamos con humildad la dependencia que de ella tenemos, confesando que no bastan nuestras industrias para alcanzar tal favor, y que cuando se nos da, no es por nuestros merecimientos, sino por gracia del dador.

¡Oh Dador de los dones, visítame a menudo con tu santa inspiración, y ven por el camino que quisieres, porque yo gusto de no saberlo para humillarme, creyendo que en todo lugar y tiempo puedes favorecerme!

De la misma manera *nos encubre* el Espíritu Santo *el fin que pretende con sus inspiraciones*, porque, aunque sabemos ser su voluntad que le obedezcamos en hacer lo bueno que nos inspira para gloria suya y salvación nuestra, pero no sabemos a qué fin particular lo encamina; porque muchas veces, con pequeños principios pretende grandes fines, y con gran impulso mueve a algunas cosas, cuyos fines, no se pueden saber hasta que el suceso los descubre; como dijo San Pablo, que atado en el espíritu con la fuerza de su inspiración subía a Jerusalén, sin saber las cosas que allí le estaban esperando; porque gusta nuestro Señor que con rendimiento de juicio y voluntad, obedezcamos a su santa inspiración, esperando de su amorosa providencia el fin que pretende en ella.

¡Oh Padre amorosísimo! inspírame lo que te agrada conforme a tu santa ley, porque me basta saber el fin último que pretendes, para que yo te obedezca en los demás medios y fines que ordenares.

3. *Da aquí he de sacar dos cosas: a) La primera,* que si soy movido del Espíritu Santo, aunque haga obras públicas por las cuales se manifieste la virtud del alma, *he de encubrir mis fines e intenciones a los hombres,* contentándome con que sean manifiestos a sólo Dios, porque el ladrón de la vanagloria no robe mi tesoro; aunque es necesario dar parte al confesor y al maestro que en nombre de Dios me gobierna, porque Satanás, transfigurado en ángel de luz, no me engañe, *b) La segunda,* es tener *gran confianza de alcanzar esta grandeza de santidad,* pues no sin misterio dijo Cristo nuestro Señor generalmente: Así es todo hombre que nace del

espíritu, para darnos esperanzas que cualquier justo podrá subir a esta perfección, si vive conforme a la gracia que recibió en su nacimiento espiritual, y obedece a la moción del divino Espíritu que le encamina a ella; y en prendas y señal de esto, a todos los justos da sus siete dones, como luego veremos..

Meditación 27

Los siete dones que da el Espíritu Santo a los justos, para que se dejen guiar de sus inspiraciones y alcancen grande santidad

PUNTO PRIMERO

Oficios y fines de los siete dones del Espíritu Santo.

1. Primeramente, se ha de considerar cómo el Espíritu Santo, con las virtudes teologales, fe, esperanza y caridad, infunde también a los justos *siete dones,* que llamamos, *don de sabiduría, entendimiento, ciencia, consejo, fortaleza, piedad* y *temor de Dios*; cuyos oficios y fines son muy diferentes; porque *el oficio de las virtudes* es inclinar al hombre al ejercicio de las obras virtuosas *por su propia elección* y libre albedrío, ayudado de la divina gracia, y así puede obrar con ellas siempre, creyendo, esperando y amando, obedeciendo y humillándose como quisiere, porque el divino favor nunca le faltará. Pero el *oficio de los dones* es inclinar al justo que se rinda y sujete al impulso y movimiento *que le viene de fuera,* esto es, del Espíritu Santo, cuando con el viento de la inspiración mueve a bien obrar, como las velas sirven a los navíos para que sean fácilmente movidos de los vientos. Y por esto el profeta Isaías llama a estos dones *espíritus,* porque son instrumentos del Espíritu Santo para las obras que hacen los justos movidos de su impulso. Por donde se ve las grandes ganas que tiene el Espíritu Santo de que obedezcamos a sus inspiraciones, pues para esto nos da tales dones; por los cuales he de alabarle siete veces al día, como David, convidando a los Apóstoles y santos del cielo que me ayuden a ello.

¡Oh sagrados Apóstoles, que, como palomas, volasteis con las alas de vuestras virtudes, y como nubes fuisteis movidos del Espíritu Santo por medio de sus siete dones!, suplicad a este divino Espíritu me los

comunique, para que como paloma vuele en su servicio, y como nube me deje llevar del viento de su santa inspiración.

2. *De lo dicho se infiere que,* como dice Santo Tomás, *estos dones son necesarios a los justos para alcanzar la vida eterna*; así porque andan siempre trabados con la gracia y caridad, de la cual no se pueden apartar, como porque el instinto e inspiración del Espíritu Santo es muy necesaria para conservar las dos partes de la justicia y santidad, que son apartarse del mal y seguir el bien, especialmente en muchas cosas arduas y dificultosas que suceden en esta vida; y como el Espíritu Santo desea tanto nuestra salvación y perfección, acude luego a favorecernos, habiéndonos prevenido con estos dones para que le obedezcamos.

Gracias te doy, Espíritu santísimo, por el cuidado que tienes de ayudar mi flaqueza con tan excelentes dones de tu gracia; no permitas, Señor, que yo los pierda hasta que por ellos alcance la vida eterna. Amén.

PUNTO SEGUNDO

Cómo los siete dones del Espíritu Santo nos arman contra las tentaciones.

Lo segundo, se ha de considerar el modo como el Espíritu Santo, con los siete dones, por medio de sus inspiraciones, *nos aparta del mal, ayudándonos a vencer los vicios* y *tentaciones,* lo cual declaró San Gregorio por estas palabras: «Contra la necedad nos arma la sabiduría; contra la rudeza, el entendimiento; contra la precipitación, el consejo; contra la ignorancia, la ciencia; contra la pusilanimidad, la fortaleza; contra la dureza, la piedad, y contra la soberbia, el temor». De modo que *estos siete dones son armas ofensivas* y *defensivas* que nos da el Espíritu Santo contra las principales raíces de las tentaciones que combaten la vida espiritual, para que no la destripan.

1. Lo primero, unas tentaciones proceden *del tedio o desgana* que tenemos de las cosas de Dios, y se llama estulticia, porque la carne no gusta ni halla sabor en las cosas del espíritu, ni tiene estima de las cosas eternas, y enfadada de ellas, las deja y busca los deleites sensuales, como los israelitas, que, enfadados del maná, suspiraban por las ollas de Egipto. *Contra estas tentaciones nos arma el Espíritu Santo con el don de la sabiduría,* inspirándonos razones que nos aficionen a los bienes celestiales, pegándonos dulzura en ellos, y hastío de los terrenos. Lo cual puede y

suele hacer en un momento, cuando quiere hacernos este favor y nuestra necesidad clama por él.

2. Otras tentaciones proceden *de la rudeza,* y *oscuridad que tenemos en las cosas de la fe,* de donde nacen dudas, perplejidades, nieblas, desconfianzas y tibiezas, así en el creer y esperar, como en el obrar; *contra las cuales* nos favorece el Espíritu Santo *con el don del entendimiento,* arrojando en nuestro espíritu ilustraciones y rayos de luz que deshagan estas tinieblas y nos den paz y gozo en el creer.

3. Otras tentaciones nos vencen *por ser indiscretos* y *precipitados en nuestras cosas,* o por la cortedad de nuestra prudencia, que no halla traza para salir bien de ellas, o porque nos cogen de repente y desapercibidos, sin darnos tiempo para pensar lo que hemos de hacer. *En tales casos* suele acudir el Espíritu Santo *con el don del consejo,* inspirándonos con especialísima providencia el medio que hemos de tomar para vencerlas, como inspiró a José que dejase la capa en manos de la mujer que le solicitaba a pecar, huyendo de la ocasión por no perecer en ella.

4. Lo cuarto, contra las tentaciones que nos pueden derribar *por ignorancia, por engaño,* olvido o inadvertencia, *nos socorre* el Espíritu Santo *con el don de la ciencia,* ilustrándonos con sus inspiraciones para conocer las astucias de Satanás, los ardides del mundo y los engaños de la carne, y trayéndonos a la memoria las verdades que son más a propósito para vencerlos, aficionándonos a ellas con gran dulzor.

5. A otras tentaciones más terribles nos rendimos *por flaqueza de ánimo,* cuando nos ponen en tal aprieto, que si no hacemos lo que es pecado mortal, hemos de perder la hacienda, honra o vida, o padecer otro grave daño. *Entonces* acude el Espíritu Santo *con el don de fortaleza,* fortaleciendo con sus impulsos nuestro cobarde corazón, y animándole a padecer cualquier daño temporal por huir el eterno, al modo que favoreció a Susana y a los gloriosos mártires en sus peligros.

6. El sexto, de la dureza de nuestro corazón procede *no tener compasión de nuestros prójimos,* ni aplicarnos a hacerles bien, ni querer sufrir el mal que nos hacen, antes brotan tentaciones de iras, impaciencias, injurias, injusticias, venganzas y crueldades, *contra las cuales* nos ayuda el Espíritu Santo *con el don de piedad,* ablandando nuestros corazones con el toque de su tierna inspiración, y moviéndonos a usar de misericordia en las ocasiones que nos mueven a venganza.

7. Finalmente, contra las tentaciones que nacen *de soberbia,* presunción, ambición y vanidad, *nos arma con el don de temor,* arrojando

con su ilustración algunos sentimientos de verdades que repriman nuestro orgullo y nos hagan temblar de sus espantosos y secretos juicios, o nos humillen y deshagan la rueda de nuestra vanidad.

En todos estos casos ponderaré *la grandeza de mi necesidad* y *la eficacia de estas ayudas,* y comparando una con otra, glorificaré al Espíritu Santo, que con tan amorosa providencia proveyó de tales remedios al que tan necesitado estaba de ellos. Y cuando fuere molestado con algunas de estas tentaciones, acudiré a Él luego, pidiéndole que me ayude, pues por esta razón nos ofreció estos dones.

¡Oh Espíritu Santísimo, gracias te doy por las armas que me has dado contra mis crueles enemigos, y por el cuidado con que me mueves para librarme de ellos!_ Teniendo tal ayudador, ¿a quién temeré? Siendo Tú mi luz y mi ilustración, ¿de quién temblaré? Ponme junto a Ti y pelee quien quisiere contra mí; aunque vengan impulsos del demonio para derribarme, si los tuyos me previenen, no podrán vencerme. Prevénganme, Señor, en mis peligros tus santas inspiraciones, para que no me aneguen mis miserias.

PUNTO TERCERO

Cómo los tres primeros dones del Espíritu Santo nos ayudan para la vida contemplativa, y los tres últimos para la vida activa.—Oficio particular del donde consejo.

Lo tercero, se ha de considerar el modo cómo el Espíritu Santo, con estos siete dones, por medio de sus inspiraciones *ayuda a ganar las virtudes* con excelentísima perfección, así en las obras de la vida contemplativa, como de la activa.

1. Lo primero, *con los tres dones de entendimiento, sabiduría* y *ciencia* nos ayuda en las obras de la *vida contemplativa:* lección, meditación, oración y contemplación, moviéndonos con sus inspiraciones a ejercitarlas con gran fervor y perfección.

a) Con el don del entendimiento nos perfecciona en el conocimiento de los misterios de nuestra fe, ayudándonos con sus ilustraciones para penetrar lo más íntimo y secreto que hay en ellos, con tanta certeza como si lo viéramos; de donde nacen lluvias de meditaciones profundas y delicadas, infundidas por el mismo Espíritu Santo, con las cuales se enciende el fuego de los afectos en el corazón.

b) Con el don de sabiduría nos perfecciona en el conocimiento de Dios, de sus excelencias y atributos de todas las cosas que tocan a su deidad, imprimiendo grande estima de las cosas divinas, *con gran sabor* y *dulzura en conocerlas;* con cuyo gusto y experiencia se perfecciona más este conocimiento y se levanta el espíritu a los actos encendidos de amor de Dios y de unión con su bondad.

c) Con el don de la ciencia nos perfecciona en el conocimiento de las cosas creadas, imprimiéndonos con sus inspiraciones el juicio verdadero que debemos hacer de ellas, así por lo que tienen de Dios, como por lo que tienen de su cosecha. De donde procede que por esta ciencia, como otro San Pablo, las estimemos y tengamos por estiércol y basura, en razón de ganar a Cristo.

Y porque la oración, para ser perfecta, ha de ser práctica, de modo que no pare en sólo conocimiento y afecto, sino que lleve fruto de propósitos y obras excelentes, *por esto, con el don del consejo* perfecciona el conocimiento de *las cosas particulares* que hemos de proponer, en razón de cumplir lo que nos manda. De este modo nos ayuda el Espíritu Santo para la oración mental, sin cuyo favor será derramada, seca y poco provechosa, porque, como dice el Sabio: «Tu corazón padecerá fantasías de mujer preñada, si el Altísimo no envía su visitación»; que es decir: Padecerá grandes vagueaciones y muchedumbre de afectos desconcertados y antojadizos, si el Espíritu Santo no le visita y con sus inspiraciones le recoge y endereza.

Y así, cuando voy a la oración, he de suplicar al Espíritu Santo haga conmigo este oficio, diciéndole: ¡Oh Espíritu divino, que enseñas a orar con gemidos inenarrables! visítame con estos dones y ayúdame con tus santas ilustraciones, para que brote mi entendimiento santos pensamientos, mi voluntad encendidos afectos, y mis potencias se muevan a excelentes obras. Amén.

2. Luego consideraré cómo el Espíritu Santo, *con los tres dones de piedad, fortaleza* y *temor,* nos perfecciona en las obras de la *vida activa,* para con nuestros prójimos, y para con nosotros mismos, y para con Dios nuestro Señor: *a) Con el don de la piedad* nos perfecciona en las obras que hemos de hacer con nuestros prójimos, imprimiéndonos espíritu de hijos para con los superiores, y espíritu de madre para con los inferiores, y espíritu tierno y compasivo para con los iguales, acudiendo con entrañas de caridad a remediar las necesidades de todos, así corporales como espirituales, y más a éstas por ser mayores, *b) Con el don de la fortaleza* nos perfecciona en orden a nosotros mismos, fortaleciendo la flaqueza de

nuestra carne, reprimiendo sus temores y moviéndonos a emprender cosas gloriosas del divino servicio, pospuesto todo temor humano, *c) Con el don del temor* nos perfecciona en orden a Dios nuestro Señor, imprimiendo en nuestro corazón espíritu de reverencia y humildad, teniéndonos por nada en su presencia y atribuyéndole la gloria de lo que con estos dones hacemos, pues todo es suyo. De esta manera nos mueve a cumplir lo que dice el Sabio: «En todas tus obras sé preexcelente»; y a veces mueve a cosas extraordinarias para darnos extraordinaria santidad.

3. Últimamente, consideraré cómo el don del *consejo está como el sol en medio de estos siete planetas del cielo,* dándonos luz de lo que debemos hacer en las obras de ambas vidas, activa y contemplativa, para que acertemos a escoger las más convenientes, y el modo, lugar y tiempo de ejercitarlas; y como las cosas interiores son muy secretas y puede haber en ellas muchos engaños, transfigurándose Satanás en ángel de luz, acude el divino Espíritu con el don del consejo, para que sin engaño busquemos la verdad y topemos con ella. Mas porque ninguno es suficiente para sí, con este don nos inspira un admirable consejo: *que no nos fiemos de nuestro propio consejo,* sino que acudamos a los consejeros que Él ha puesto en su Iglesia, y con ellos consultemos nuestras cosas, cumpliendo lo que dice el Sabio: «Júntate a un corazón de buen consejo, porque apenas hallarás cosa de más estima que ésta; creyendo que el ánima del varón santo suele topar con la verdad más que siete sabios que miran las cosas desde atalaya. Y porque es don del Espíritu Santo topar con este buen consejero, y tener corazón dócil para seguir su consejo, he de pedirle uno y otro, diciéndole:

¡Oh Espíritu santísimo, de quien proceden todas las gracias para bien de la universal Iglesia, inspira a mis consejeros el consejo que me han de dar, y dame corazón dócil y esforzado para seguirle!

CONCLUSIÓN DE LO DICHO

De lo dicho en esta meditación y en la pasada *he de sacar tres grandes propósitos,* los cuales también son medios para solicitar y negociar la frecuencia de las inspiraciones Del Espíritu Santo, y el uso de estos siete dones, con las perfecciones que se han dicho.

1. El primero es *confiar grandemente en la bondad* y *liberalidad del Espíritu Santo* que me ha de hacer esta merced, aunque sea flaco, idiota y mal inclinado, porque a todos los justos, de cualquier estado y condición que sean, da estos dones, con deseo de que no estén ociosos con ellos. Y como los cuatro animales que vio Ezequiel, con rostros de buey, hombre,

león y águila, con ser tan diferentes en lo natural, caminaban a un mismo paso con suma, ligereza, siguiendo el ímpetu del Espíritu Santo con las alas que les había dado, así también los ingeniosos y letrados como águilas, y los nobles y fuertes como leones, y los discursivos y flacos de complexión como hombres, y los rudos *y* trabajadores como bueyes, pueden caminar a un paso en la vida espiritual, y subir a la cumbre de ella con las alas de las virtudes y dones que les da el Espíritu Santo, siguiendo el ímpetu de su fervorosa inspiración;

¡Oh Espíritu divino! pues no quieres que tus talentos estén ociosos, y por eso castigas al perezoso que los entierra, usa en mí de los dones que me has dado, moviéndome a las obras que te dan contento.

2. El segundo medio es frecuentar del mejor modo que pudiéremos aquellos ejercicios en que el Espíritu Santo suele comunicar sus inspiraciones, porque de suyo le provocan a ello, a los cuales por esta causa podemos llamar, como se dice en Job, venas del murmullo de Dios, o como dice San Gregorio, arcaduces por donde viene la divina inspiración al alma. Estos son: lección de buenos libros y oír los sermones, en los cuales suele inspirar luz de lo que se lee y oye; oración y meditación, en las cuales, hablando con Dios, le provocamos a que nos hable; comunión y Misa, en la cual está el mismo Cristo, que nos mereció estas inspiraciones y, con el Espíritu Santo, es dador de ellas. Y a tiempos será muy provechoso ejercitar aquel modo de oración por respiraciones, de que se hizo mención en la Introducción de este libro, juntando con cada respiración un afecto o suspiro amoroso, ya por ver a Dios, ya por vemos libres de tanta miseria.

3. El tercer medio *es agradecer muy de veras cualquiera merced de éstas que el Espíritu Santo nos hiciere,* teniéndonos por indignos de ella, y cumpliendo puntualmente la obra buena que nos inspirare, sea de vida activa o contemplativa, gozando con quietud de los sentimientos que con su divina luz nos comunicare; porque quien agradece las inspiraciones y mercedes recibidas y usa con obediencia de las presentes, recibirá otras muy mayores en lo por venir.

¡Oh Esposo de las almas puras, que dijiste: «Huye, cierzo, y ven, ábrego, sopla por todo mi huerto para que los árboles destilen sus licores olorosos»! Destierra de mi alma el viento cierzo de la ingratitud y soberbia, que seca las fuentes y difunde las lluvias de tus copiosas misericordias, y envía sobre mí el viento ábrego de tus fervientes inspiraciones, para que mis potencias broten muchedumbre de obras olorosas, agradables a tus ojos y provechosas a mis prójimos, subiendo por

ellas de virtud en virtud, hasta llegar a verte en la santa Sión por todos los siglos. Amén.

Meditación 28

La plenitud del Espíritu Santo que se dio a San Esteban, y cómo Cristo nuestro Señor se le apareció en el martirio

Entre los discípulos de aquel tiempo, uno de los más señalados fue San Esteban, el primero de los siete diáconos que escogieron los Apóstoles, de quien San Lucas cuenta cuatro cosas que pueden ser materia de esta meditación, conviene a saber: *los dones que el Espíritu Santo le dio, lo bien que él usó de ellos, los favores que le hizo Dios* por este buen uso, *y el buen fin que tuvo.* A lo cual se ha de añadir el *premio de que goza en la gloria. Y estos* mismos *puntos se pueden aplicar a las meditaciones de las vidas de los santos.*

PUNTO PRIMERO

Dones que el Espíritu Santo concedió a San Esteban.

1. Lo primero, se ha de considerar *cuán liberal fue el Espíritu Santo con San Esteban,* porque de él se dice que estaba *lleno de Espíritu Santo. Y de esta plenitud* nacían *otras cuatro,* porque estaba lleno de gracia y sabiduría, de fe y de fortaleza: de donde resaltaba en él tanta modestia y apacibilidad exterior, que su rostro parecía de ángel, *a) La primera, plenitud de gracia,* adornaba su corazón con virtudes celestiales, para que fuese gracioso a Dios, *b) La segunda, de sabiduría,* adornaba su entendimiento con luz de las verdades divinas, para penetrarlas con gusto y enseñarlas a otros con provecho, *c) La tercera de fe,* llenaba su alma para orar confiadamente a Dios y hacer obras milagrosas en bien de los hombres. *c) La cuarta, de fortaleza,* le hacía invencible de sus enemigos, y constarte en sufrir las persecuciones y trabajos; *y por todas cuatro era como ángel,* teniendo en cuerpo terreno vida angelical.

2. *Estos dones le dio el divino Espíritu graciosamente,* para mostrar las riquezas de su gracia, no solamente en los doce Apóstoles, sino también

en los otros inferiores discípulos; *pero,* sin duda, este glorioso varón *se dispuso para recibirlos con grande fervor,* previniéndole también para esto el mismo Espíritu Santo, con cuyo favor he de animarme a procurarlos, pues no está abreviada la mano de este liberalísimo dador. Y al glorioso San Esteban tengo de suplicar interceda por mí; porque si con su oración alcanzó estos y otros mayores dones para Saulo, siendo perseguidor de Cristo, también los podrá alcanzar para mí; y quien tanto pudo con Dios estando en la tierra, no podrá menos ahora estando en el cielo.

3. Luego consideraré *cuán diligente* y *fervoroso fue este glorioso varón en usar de los dones* que había recibido del Espíritu Santo, favoreciéndole el mismo Espíritu para ello, *a)* Porque, primeramente, *con la sabiduría* que le infundió *predicaba la ley de Cristo* nuestro Señor con admiración y eficacísimas razones; tanto, que saliendo muchos letrados de los judíos a disputar contra él, no podían resistir a la sabiduría y al espíritu que hablaba por él, y que era el mismo Espíritu Santo, de quien estaba lleno, cumpliendo nuestro Redentor lo que prometió a sus discípulos, cuando les dijo que en tales casos no serían ellos los que hablasen, sino el espíritu de su Padre celestial hablaría por ellos.

b) Lo segundo, armado *con la gran fe* que tenía, *hacía grandes milagros* y *prodigios en el pueblo* con los cuales hacía creíble su doctrina, para que todos los fieles entendiesen que el don de hacer milagros no era de solos los Apóstoles, sino también de los que estuviesen llenos de gracia y fe, como él estaba.

c) Lo tercero, en medio del concilio, estando rodeado de muchos enemigos y testigos falsos que testificaban contra él graves delitos, *no perdió la serenidad* y *modestia de su rostro,* antes resplandeció mucho más por el testimonio de su conciencia y por el gozo que tenía de verse perseguido por Cristo, *y así,* mirándole sus enemigos, *veían su rostro como de un ángel venido del cielo,* cumpliéndose en él lo que dijo de sí el santo Job: «La luz y resplandor de mi rostro nunca cayó en tierra, porque ni las persecuciones y falsos testimonios de sus enemigos, ni las contradicciones y porfías en las disputas, fueron parte para que se mudase, ni alterase, ni perdiese la serenidad grave y alegre que tenía, ni para que hiciese cosa por la cual, como a Caín, se le cayese el rostro de vergüenza.

¡Oh quien pudiese imitar la modestia angelical de este purísimo guerrero, nunca haciendo cosa, por la cual la lumbre de mi rostro cayese en tierra, confundiéndome con vergüenza de haberla hecho! Concédeme, ¡oh buen Jesús!, que, en medio de las persecuciones, sea tal la pureza de

mi alma, que para gloria tuya se descubra en el modesto y alegre semblante de mi rostro.

d) Lo cuarto, *con grande fortaleza,* sin temor ninguno de sus enemigos, *reprendió ásperamente su dureza* y *la rebeldía que siempre habían tenido al Espíritu Santo,* y la desobediencia que tenían a la ley, y la crueldad con que habían perseguido a los profetas, y al supremo de ellos, Cristo Jesús; y aunque sus contrarios rompían sus corazones de rabia y crujían los dientes, él estaba sin temor, con la virtud que se le había investido de lo alto.

Me gozo, ¡oh glorioso Esteban!, de la fortaleza con que volvéis por la honra de vuestro Maestro, honrando al que os honró y ofreciéndoos a morir por el que por vos murió. Suplicadle me vista con otra virtud de lo alto como esta, para que, imitándoos en la pelea, alcance vuestra corona. Amén.

PUNTO SEGUNDO

Visión del santo mártir.

Como estuviese Esteban lleno de Espíritu Santo, mirando al cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba a la diestra de Dios, y dijo: *«Mirad que veo los cielos abiertos,* y *al Hijo del Hombre que está a la diestra de la virtud de Dios»*.

En esta maravillosa visión se pueden considerar *los favores extraordinarios que hace el Espíritu Santo a sus escogidos,* y *a qué suerte de justos los hace, en qué ocasiones* y *por qué causas,* para que saquemos de aquí luz con que conocer las causas y efectos de las divinas visiones y revelaciones.

1. Lo primero, tiene misterio decir que, como Esteban estuviese *lleno de Espíritu Santo, mirando al cielo,* vio la gloria de Dios. En lo cual se nos da a entender *que dos cosas* le hicieron digno de esta gloriosa visión. *La primera,* que estaba *lleno de Espíritu Santo* y de sus gracias y dones, al modo dicho. *La segunda,* que *miraba al cielo,* no tanto con los ojos del cuerpo, cuanto con los del alma, aspirando a las cosas celestiales, suspirando por ellas y orando por sí y por todos; porque tales favores ordinariamente los hace Dios a grandes santos muy dados a la oración y contemplación. Y aunque no es seguro desear estos favores, pero es justo que no me haga indigno de ellos, sino que procure la plenitud de gracia y

de oración que disponen a recibirlos, pues a todos la promete nuestro Señor, diciendo: «Derramaré sobre la casa de David y sobre los moradores de Jerusalén espíritu de gracia y oración».

2. *Lo segundo,* tiene también misterio decir que vio *la gloria de Dios,* y a *Jesús que estaba a su diestra;* en lo cual se nos da a entender que la luz celestial que esclarece los ojos interiores y los levanta a la suprema contemplación, descubre principalmente *dos cosas;* es a saber: los misterios de la gloria de Dios que pertenecen a su divinidad y Trinidad y también a Jesucristo Señor nuestro con los misterios de su gloriosa humanidad; y esta luz descubre estos misterios con un modo tan levantado, que se llama vista, y arrebata el corazón, como dice San Pablo, para transformarle con amor en la gloria del Señor que ha visto, subiendo de una claridad a otra mayor, porque con esta vista crecen los dones y gracias que antes tenía, queda de nuevo lleno de Espíritu Santo, aumenta la gracia, la sabiduría y fortaleza, y queda lleno de una extraordinaria alegría con grande hartura interior, gozando, en su tanto, en esta vida de lo que dice David: «Quedaré harto cuando se me descubriere tu gloria».

3. Las causas por que *en esta coyuntura* vio San Esteban la gloria de Dios y de Jesucristo, fueron *tres,* por las cuales hace Dios semejantes favores a los escogidos. *a) La primera,* para *premiarle* también en esta vida los servicios que le había hecho en la *ilustre confesión* y *testimonio que dio de Cristo* nuestro Señor delante de aquel concilio, ofreciéndose por esto a peligros de muerte; porque propio es de Dios pagar extraordinarios servicios con extraordinarios favores, dar en esta vida ciento tanto más de lo que por Él se hace. Con lo cual me animaré a servir a Dios con gran fervor, pues á medida de los servicios suelen ser las mercedes, y los más fervorosos son a quien dice David: «Gustad y ved cuán suave es el Señor; bienaventurado el varón que espera en Él».

b) La segunda causa fue para *esforzarle en la pelea* y *trabajos que padecía,* y ponerle ánimo grande para los que le estaban esperando; porque la vista del premio notablemente alienta al trabajo, y la presencia del capitán da brío al soldado, y la certeza del divino socorro hace acometer los peligros sin miedo. Y así San Esteban vio a Cristo, su capitán y su ayudador, a la diestra de Dios, no sentado, sino en pie, para que entendiese que estaba presente mirando cómo peleaba, y a punto para ayudarle en la pelea y para bajar luego por él, para darle la corona.

¡Oh dulcísimo Jesús, aviva mi corta fe para que vea con ella, aunque sea con oscuridad, lo que vio Esteban con tanta claridad! Levanta mi espíritu al cielo para que contemple el premio que me prometes, la vista

con que me miras y la ayuda que me ofreces, porque atado mi corazón con esta cuerda de tres ramales, no habrá trabajo ni persecución que le aparten de tu amor.

c) La tercera causa fue para que fuese *testigo como de vista de las verdades* y *misterios que había predicado,* y así, al verlos, luego los testificó de nuevo, y con gran fervor dijo: «Mirad que veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de la virtud de Dios». Como quien dice: Mirad que es verdad lo que digo, y por vista de ojos lo veo. Veo que ya se han abierto los cielos para que entren dentro los que creyeren en Cristo; veo que el Hijo del Hombre, a quien vosotros crucificasteis, está ya, como El mismo os lo dijo, a la diestra de la virtud de Dios; miradlo también vosotros, y creedlo. De donde sacaré que estos favores no los hace Dios a sus grandes siervos para que los gocen *a solas*, *sino pura que prediquen* y publiquen su gloria en bien de las almas, provocándolas a que se dispongan para ver lo que ellos ven, creyéndolo y amándolo como ellos lo creen y aman.

¡Oh, si esta gente diera crédito al glorioso Esteban y levantara, los ojos al cielo con el espíritu que él los levantó! sin duda quedaran ilustrados y llenos del divino Espíritu, porque aparejado estaba Cristo nuestro Señor para dársele con gran liberalidad. Concédeme, amantísimo Jesús, que dé crédito con viva fe a todo lo que nos has revelado, para que de la fe suba a la inteligencia, y de ésta a la contemplación, y después llegue a la vista clara de tu divinidad por todos los siglos. Amén.

PUNTO TERCERO

Martirio de San Esteban.

En oyendo esto, todos levantaron grandes alaridos, y, tapando sus oídos, de tropel, con gran ímpetu, le sacaron fuera de la ciudad para apedrearle, y poniendo los testigos sus ropas a los pies de un mozo llamado Saulo, *le apedrearon*.

1. Aquí se ha de considerar, lo primero, las trazas de la divina Providencia en *regalar a los escogidos*, permitiendo que *los mismos favores sean ocasión de sus persecuciones,* para que se entienda lo mucho que Dios estima el padecer, pues el regalo ordena al trabajo; aunque todo viene a parar en aumento de gloria, como le sucedió al patriarca José, a quien Dios mostró en sueños que el sol, la luna y once estrellas le

adoraban, y contando este sueño a sus hermanos, se arraigó más en ellos el odio y envidia que le tenían y fue ocasión de que le empozasen y vendiesen por esclavo. Y lo mismo sucedió al glorioso San Esteban; para que yo entienda que si fuere muy regalado de Dios, tengo de aparejarme para grandes trabajos, los cuales quizá tendrán principio de los mismos regalos.

¡Oh Salvador dulcísimo! regalos son también los trabajos padecidos por tu amor. Traza mi vida como quisieres, porque no habrá para mí mayor favor que seguir tu ordenación.

2. Lo segando, se ha de ponderar el martirio de este Santo, lleno de desprecios y tormentos; porque sus enemigos, en lugar de levantar los ojos al cielo para ver la gloria de Cristo, levantaron el grito contra él como contra blasfemo, y taparon sus oídos por no oír lo que decía, y como leones arremetieron a él, hiriéndole con los puños, y llevándole con gran furia fuera de la ciudad, y allí le apedrearon. *Iba el glorioso mártir como un cordero,* y recibía las pedradas en su cuerpo como si fuera un diamante, sin volver el rostro ni esconderle, antes, como canta la Iglesia, *las piedras del arroyo le eran dulces*, porque tenía por suma dulzura padecer por su Maestro; y la gloria de Jesús, que estaba contemplando, le hacía muy dulce sufrir lo que estaba padeciendo, porque el cuerpo padecía en la tierra, y el espíritu estaba traspasado al cielo.

¡Oh dulcísimo Jesús, cuán dulce cosa es padecer desprecios y dolores al que contempla los muchos que Tú padeciste y la gloria que por ellos alcanzaste! ¡Oh, si me dieses a beber del arroyo de los deleites del cielo para que me fuesen dulces las piedras del arroyo de las tribulaciones que me afligen en la tierra! ¡Oh Amado mío, pues sacas miel de la piedra, y óleo del duro canto, endulzora mis trabajos con la miel de tus consuelos y con el óleo de tus alegrías, para que en ellos te glorifique por todos los siglos! Amén.

PUNTO CUARTO

Esteban imitó a Cristo en su muerte, rogando por sí y por sus enemigos.

Apedreaban a Esteban, que estaba orando y diciendo: *«Señor Jesús, recibe mi espíritu.»* E hincadas las rodillas, clamó con grande voz,

diciendo: *«Señor, no les imputes este pecado*.» Y dicho esto, murió en el Señor.

1. Aquí se ha de considerar *el fervor con que este glorioso mártir imitó a Cristo* nuestro Señor, Rey de los mártires, en todo lo que podía imitarle en su martirio, *orando dos veces: La primera, por sí,* encomendándole su espíritu. *La segunda, por sus enemigos,* pidiéndole perdón para ellos, en cumplimiento de lo que su Maestro había dicho: «Orad por los que os persiguen»; y esta oración fue con mayor reverencia y fervor. Lo cual mostró en hincar las rodillas en tierra y levantar más la voz, queriendo también expirar como expiró Cristo, con voz muy clamorosa.

¡Oh fidelísimo soldado, verdadero imitador de su capitán Jesús! ¡Oh caridad invencible! ¡Oh amor muy más fuerte que la misma muerte! Por ti Esteban tiene por beneficio morir, y ruega por los que le matan, y cuando ellos le tiran piedras para quitarle la vida temporal, él tira dardos de oración al cielo para negociarles la vida eterna. Concédeme, ¡oh buen Jesús!, que yo imite a este tu soldado, como él te imitó, amando a los que me aborrecen, y orando por los que me persiguen.

2. Lo segundo, se ha de ponderar *la causa* por que San Esteban oró *por sí en pie,* y *por sus enemigos de rodillas* y *con gran clamor.* Quizá fue porque cuando oraba *por sí* estaba cierto de que sería oído, porque no hallaba en sí impedimento contrario a lo que pedía; mas cuando oraba *por sus enemigos,* conocía la rebeldía que había de parte de ellos *y* el estorbo que ponían a su oración; y así, encendido con el fuego del Espíritu Santo, *oró con mayor reverencia* y *con mayor afecto* y *clamor,* para que su oración fuese oída. *Y así lo fue,* alcanzando la conversión *del más insigne perseguidor, que era Saulo,* el cual guardaba los vestidos de los que le apedreaban, y quizá le tiraba algunas piedras por su mano, aunque las tiraba todas por manos de sus compañeros. De donde sacaré propósitos de orar fervorosamente por mis enemigos, persuadiéndome *que orar por otros es medio para que Dios oiga la oración que hago por mí,* como sucedió a Job cuando oró por sus amigos que habían hecho con él obras de enemigos.

3. Lo tercero, ponderaré *la causa* por que San Esteban *primero oró por sí,* encomendando su espíritu al Señor, *y después por sus enemigos,* pues Cristo nuestro Señor, al contrario, primero oró por sus enemigos, y después, ya que quería expirar, encomendó su espíritu al Padre Eterno. *La causa fue* porque la oración ha de comenzar *por lo más necesario* y *obligatorio,* especialmente cuando se ora en tiempo de grandes aflicciones

y peligros. Y como Cristo nuestro Señor no tenía necesidad de orar por Sí, pero los pecadores teníamos extrema necesidad de que orase por nosotros, especialmente los que le crucificaban, porque no fuesen hundidos en el abismo del infierno, de aquí es que, con su entrañable caridad, primero oró por sus enemigos. Pero San Esteban y los demás justos tienen necesidad de orar por sí, y mucho más en la muerte, donde corre mayor obligación, por ser mayor el peligro; y así, la caridad comenzó por lo más obligatorio, y se extendió después a lo que descubría más su perfección. Y en ambas cosas quiere Cristo nuestro Señor que le imitemos, aunque por el orden dicho, porque la ley de la caridad nos obliga a procurar primero nuestra salvación, y después la ajena.

¡Oh dulcísimo Jesús, recibe mi espíritu y el de todos los fieles en vida y en muerte, tomándole debajo de tu protección, para que te sirva en la tierra, y después te goce en el cielo! Amén.

4. Finalmente, ponderaré cómo acabadas estas dos oraciones, San Esteban *durmió en el Señor*. Morir *en el Señor* es morir dentro de Cristo, *unido con Él* por fe viva con caridad, como mueren los santos confesores, o morir por la confesión de Cristo, como mueren también los mártires; y ambas muertes son dichosas, porque es preciosa en la presencia del Señor la muerte de sus santos. Y como dijo la voz del cielo a San Juan: «Son bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque desde luego dice el. Espíritu Santo que descansen de sus trabajos, por cuanto le siguen sus obras»; que es decir: Los que mueren en el Señor, nada más morir se pueden llamar bienaventurados, porque después que Cristo murió, si no tienen algo que purgar, ya están para ellos abiertas las puertas del cielo; y el Espíritu Santo, de que están llenos, quiere que su muerte sea fin de todos sus trabajos y principio de sus eternos descansos, porque las obras que hicieron en vida, con las cuales se aparejaron para la muerte, les acompañarán con grande honra hasta el cielo. Tal fue la muerte del gloriosísimo Esteban, que murió en Cristo y por Cristo, el cual desde el cielo, donde se le apareció en la batalla, vino por él con millares de ángeles celebrando su victoria. Y el que poco antes era de los hombres aclamado por blasfemo, ya es de los ángeles aclamado por santo; y el que fue apedreado con piedras dolorosas, es coronado de piedras preciosas, recibiendo la corona que su nombre significaba. Subió acompañado de sus esclarecidas obras, por las cuales fue honrado y alabado de Cristo nuestro Señor delante de su Padre, y colocado en un trono muy alto entre los serafines, adonde vio con la lumbre de gloria claramente la divina esencia,

y bebió hasta hartar del copiosísimo arroyo de los deleites celestiales, sin temor de jamás perderlos.

¡Oh dichosos trabajos, cuyo fin son eternos descansos! ¡Oh dulces piedras, que fabricaron corona tan preciosa! ¡Oh preciosa muerte, que es principio de tan eterna y gloriosa vida! Muera, Señor, mi alma la muerte de este justo, y sea mi vida tal, que merezca tal muerte, y prepáreme para ella con tal disposición, que mis postrimerías sean semejantes a las suyas, subiendo a gozar de Ti, acompañado de esclarecidas obras y de grandes trabajos, padecidos por la justicia, para tu mayor gloria. Amén.

Meditación 29

La aparición de Cristo nuestro Señor a Saulo, y de su maravillosa conversión

La conversión de San Pablo sucedió después del martirio de San Esteban, sucediéndole también en el oficio de predicador de Cristo; porque las trazas de los hombres no pueden prevalecer contra Dios, y si ellos quitan de por medio el predicador que les hace guerra, el Espíritu Santo levanta otro que se la haga muy mayor, como la hizo San Pablo.

PUNTO PRIMERO

Saulo, gran pecador y perseguidor de los cristianos.

Saulo, todavía furioso en amenazar de muerte a los discípulos del Señor, fue al príncipe de los sacerdotes y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, para que si hallase allí algunos hombres y mujeres que siguiesen la ley de Cristo, los trajese presos a Jerusalén.

1. Por fundamento de esta meditación se ha de considerar *cuán gran pecador fue Saulo,* el cual desde mozo tuvo entrañado en su corazón *el aborrecimiento de Cristo nuestro Señor* y *de su santa ley,* pareciéndole con ignorancia y falso celo, que *agradaba a Dios* en perseguirle. Y de aquí procedió hallarse a la muerte de San Esteban, guardar las ropas de los que le apedreaban, consentir en su muerte, saboreándose en verle apedrear, por quitar la vida al que volvía por la fe que tanto aborrecía. Luego fue creciendo tanto su odio, que dice de él el Evangelista San Lucas, «que

destruía la Iglesia, entrándose por las casas, sacando hombres y mujeres, y llevándolos a la cárcel».

De modo que, por haber sido de la tribu de Benjamín, le cuadra bien lo que dijo Jacob: «Benjamín, lobo robador, a la mañana comerá lo que robó, y a la tarde dividirá los despojos»; porque desde la mañana de su mocedad, todo el día, mañana y tarde, como lobo perseguía las ovejas de Cristo hasta matarlas y despedazarlas.

Y pareciéndole poco perseguir a las que estaban en *Jerusalén,* pidió licencia y facultad al príncipe de los sacerdotes *para ir a Damasco,* y *traer presos a todos los que allí seguían a Cristo,* con deseo de hundirlos; cumpliéndose en él lo que dice David: «La soberbia de los que te aborrecen, siempre crece».

2. Luego ponderaré *las causas* por que nuestro Señor permitió todo esto: *a)* La primera fue porque pretendía hacerle *grande santo* y levantar en él una torre de altísima perfección sobre cimientos muy hondos de profundísima humildad, los cuales se sacan con el conocimiento de los pecados pasados; y así lo hizo San Pablo, el cual por esta causa decía de sí que era el primero de los pecadores, porque había sido blasfemo, perseguidor e injuriador de Cristo, y que era el mínimo de los Apóstoles, indigno de llamarse apóstol, porque había perseguido la Iglesia de Dios. *De cuyo ejemplo* aprenderé a sacar este grande provecho *de los pecados que he cometido;* pues por esto dice el Espíritu Santo que es mejor la maldad del varón que la mujer que obra bien; porque los varones fervorosos suelen de sus pecados sacar motivos para crecer en grandes virtudes, especialmente de humildad para consigo, y de caridad para con Dios que los perdonó; y al contrario, los tibios, de sus buenas obras sacan vanidad y presunción.

b) La segunda causa fue para que Cristo nuestro Señor mostrase en Saulo *las inestimables riquezas de su gracia* y *sus infinitas virtudes* y *perfecciones.* Mostró su *caridad* en amar al que tanto le aborrecía; su *bondad,* en llamar al que huía de Él; su *omnipotencia* en ablandar un corazón tan endurecido; su *paciencia,* en sufrir y esperar al que tanto le perseguía; su *misericordia,* en admitirle a penitencia y librarle de tantas miserias; y la *eficacia de su gracia,* en llenar de excelentes virtudes al que estaba lleno de abominables vicios. Y así, dice el santo Apóstol, que en él mostró Cristo principalmente toda su paciencia, para ejemplo de los que habían de creer y alcanzar la vida eterna; y como mostró en Saulo más que en otros pecadores toda su paciencia, esto es, su perfectísima paciencia, así también mostró toda su caridad, bondad y misericordia, liberalidad y omnipotencia.

Y como viviendo en la tierra mostró estas virtudes con la Magdalena, Mateo, Zaqueo y otros pecadores, así, después de subido al cielo, principalmente las mostró con Saulo, para que entendamos que siempre es el mismo en amar a los pecadores y hacerlos bien, y, por consiguiente, que siempre podemos confiar de alcanzar perdón de nuestros pecados y mudanza de nuestras costumbres, pues no le falta caridad, ni bondad, ni misericordia, ni poder para hacerlo.

c) La tercera causa fue para que un mismo Saulo *nos fuese escarmiento* y *ejemplo; escarmentando en su caída,* para no dejarnos llevar del natural brioso, ni del celo indiscreto, ni de la ira furiosa, coloreada con título de religión, porque nos despeñarán en pecados innumerables, añadiendo unos mayores que otros. Y por otra parte, si cayéremos en ellos, procuremos convertirnos a Dios, *tomando ejemplo de su conversión* y mudanza, la cual fue de las más maravillosas que Cristo obró para nuestra enseñanza; y con este espíritu se ha de meditar y ponderar.

PUNTO SEGUNDO

Admirable caridad de Cristo nuestro Señor en aparecerse a Saulo.

Yendo por su camino, y acercándose a Damasco, súbitamente resplandeció alrededor de él una luz del cielo, y cayendo en la tierra, oyó una voz que le decía: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, *la infinita caridad de Cristo nuestro Señor,* que estando en su trono celestial sentado a la diestra del Padre, *no se desdeñó de venir a la tierra* y *aparecerse a su mismo perseguidor,* como se apareció después de su resurrección a San Pedro y Santiago y a otros, como el mismo San Pablo lo testifica, diciendo: Después que Cristo hizo todas sus apariciones, últimamente se me apareció como abortivo que nace fuera de tiempo y con violencia, y sale desmedrado; porque yo soy el menor de los Apósteles. Y esta aparición fue *mayor señal de la caridad de Cristo que las otras,* porque las otras se hicieron a sus amigos y a los discípulos que le buscaban y deseaban ver, pero ésta fue a su enemigo que le perseguía y deseaba hundir su nombre y el de todos sus discípulos. Cumpliendo aquí este buen Pastor lo que había dicho, que, dejando las noventa y nueve ovejas en el desierto, baja en persona a buscar esta oveja perdida, con el amor que vino a buscar las otras.

¡Oh fuego infinito de la caridad, que ardes en el Corazón de Jesús y no puedes encubrirte, antes echas cada día nuevas llamaradas para encender a todos en tu amor! Grande amor fue el que mostraste en dejarte hallar de los que te buscaban, y en aparecerte a los que no preguntaban por Ti; pero este día pasas mucho más adelante, apareciéndote al que te aborrecía y mostrándote al que con terrible furor te perseguía, y en lugar de rodearle con fuego que abrasase su cuerpo, le rodeas de luz que convierta su alma. Gracias te doy, amantísimo Jesús, por las muestras que das de tu amor; alumbra mi alma para que las conozca, de modo que tenga parte en ellas. Amén.

2. Lo segundo, ponderaré *las propiedades de esta, luz del cielo que rodeó a Saulo,* por las cuales se conocen las propiedades de la luz interior que con su ilustración infunde nuestro Señor a los pecadores para que se conviertan, *a)* La primera es que *vino de repente como relámpago,* cuando Saulo menos lo esperaba, y aun cuando menos la merecía; porque suele nuestro Señor enviar estas ilustraciones cuando estamos más olvidados de Él, y aun cuando, por nuestra dureza, somos más indignos de ellas.

¡Oh Dios omnipotentísimo, que escondes la luz en tus manos y después la mandas salir, y das noticia y posesión de ella a tus amigos!, ¿con qué te pagaremos la infinita caridad que muestras en dar también alguna parte de ella a tus enemigos, haciéndola salir de repente para convertirlos en amigos? Mándala, Señor, que salga y alumbre lo secreto de mi corazón, para que le arranque de lo terreno y le traspase a lo celestial y eterno.

b) La segunda propiedad fue que *atajó a Saulo los pasos que llevaba.* Y al tiempo que estaba cerca de Damasco, que significa sangre, con deseo de ejecutar sus propósitos sangrientos, le derribó en tierra, humillando su soberbia y deteniendo la corriente de su ira. De suerte que, aunque Dios nuestro Señor como Él lo dice por Oseas, atajó los pasos de otros pecadores cercando su camino de espinas, trayéndolos a Sí con fuerza de trabajos, más a Saulo, le atajó los pasos con cerco de luz, trayéndole con blandura de regalos. Y ponderó el mismo Apóstol, contando su conversión que era mediodía, cuando le cercó esta luz copiosa, para significar que cuando había llegado su furor a lo más crecido de la maldad y soberbia, entonces le detuvo Cristo nuestro Señor, el cual, como al mediodía subió en la cruz mostrando el fervoroso amor que nos tenía, así quiso venir a mediodía a convertir a Saulo y cercarle con su copiosa luz, mostrando en esto el amor particular que le tenía, por lo cual pudo decir de sí mismo; «Vivo en la fe del Hijo de Dios, que me amó y se

entregó a la muerte por mí». Por donde consta que es propio de la divina ilustración atajar los pasos del pecador, haciéndole cesar de sus pecados y que no pase adelante en sus propósitos ni los ponga por obra; mas cuando los propósitos están muy arraigados, es menester que la luz sea muy copiosa.

¡Oh dichoso Saulo, a quien cercó tan copiosa luz del cielo! Bien podéis decir en esta coyuntura lo que dijo David: «Si el Señor no me ayudara y previniera con su ayuda, muy cerca del infierno estuviera mi alma», porque los pasos que llevabais hacia Damasco, presto la hundieran en el profundo del infierno. Suplicad al Señor, que atajó vuestros pasos, me dé una luz tan grande que ataje los míos, humillando mi altivez, enfrenando mi ira y cosiéndome con la tierra, para que vuelva sobre mí y del todo me convierta a Dios. ¡Oh Dios de mi alma, aunque cerques mis caminos con espinas, es menester que también los cerques con tu luz, para que me convierta a Ti! No me falte, Señor, esta segunda cerca, porque no falte mi perfecta conversión.

c) La tercera propiedad fue *que cercó a Saulo alrededor,* por alto y bajo, y a un lado y otro, de modo que *ninguna cosa veía si no era por esta luz;* porque la luz celestial, cuando es perfecta, cerca al hombre por todas partes; de suerte que no mire sino con ella y por ella, contemplando las cosas celestiales, sin resquicio para mirar las terrenas, si no es en orden a las eternas.

¡Oh lumbre verdadera, que alumbras a todo hombre que viene a este mundo!, cércame con este cerco de tu luz, para que no mire con vana complacencia las cosas de la tierra, sino solamente las del cielo.

3. Últimamente, se han de ponderar *las palabras que Cristo nuestro Señor dijo a Saulo,* en las cuales resplandece su amor *por muchas vías: a) Lo uno,* porque, queriendo reprender a Saulo, no le reprende con aspereza ni con palabras pesadas, sino con grande amor y blandura. Le llama dos veces *Saulo, Saulo,* en señal de que le amaba y conocía por su nombre propio, y para avivarle más y hacerle atender a lo que le quería decir. Y lo que le dice es: *¿Por qué me persigues?* Que fue decir: ¿Qué causa tienes para perseguirme? Dímela, que Yo te satisfaré; y si no la tienes, ¿por qué me persigues sin causa?

¡Oh amor inmenso de nuestro Creador, que se pone a entrar en cuenta y razón con tan vil criatura, y a pedirle por qué le persigue, pudiendo con su palabra aniquilarle!

b) También muestra el amor, en que la persecución *de sus discípulos* la toma por *suya,* y porque Saulo les perseguía, se queja de que le persigue. Y el que en la cruz no habló quejándose de los que le perseguían en su propia persona, ahora habló quejándose del que le persigue en los-suyos, doliéndose más del trabajo de ellos que del suyo.

¿Quién no te amará, ¡oh amantísimo Jesús!, pues así amas a los que te aman? ¿Quién se atreverá a perseguir a tus siervos, pues perseguir a éstos es perseguirte a Ti?

4. De aquí sacaré cómo *es propio del buen Espíritu* cuando habla al corazón del pecador con sus inspiraciones, acompañadas de la luz del cielo, *reprenderle el mal que hace par a que se confunda,* y decirle interiormente: Hombre, hombre, ¿por qué me persigues? ¡Oh alma mía, si conocieses quién es el que te habla y es perseguido de ti, y quién eres tú que le persigues, y la causa y razón, o sinrazón, porque le persigues con tus pecados, sin duda te avergonzarías de lo que haces, y cesarías de perseguir al que deberías seguir y servir! Estas tres cosas descubrió nuestro Señor a Saulo, como luego veremos.

PUNTO TERCERO

Cómo fue Cristo ilustrando a Saulo con su luz.

Dijo Saulo: «¿Quién eres, Señor?» Respondió: «Yo soy Jesús Nazareno, a quien tú persigues: dura cosa es para ti dar coces contra el aguijón».

1. Aquí se ha de considerar el modo como nuestro Señor fue ilustrando a Saulo con su luz, *no de un golpe, sino por sus grados,* inspirándole que hiciese algunas preguntas, y dándole sus respuestas, en las cuales, como en semilla, está toda la perfección cristiana. Lo primero, con la luz del cielo le infundió nuestro Señor *un gran deseo de conocer* y *saber quién era el que le hablaba;* porque es propio de los que tratan con Dios y han recibido alguna luz suya, desear luego fervorosamente conocerle mucho más; porque la vida eterna está en conocer a Dios vivo y verdadero, y a su Hijo unigénito Jesucristo. Y así, *con este deseo*, dijo Saulo: *Señor, ¿quién eres?* Como quien dice: Descúbreme claramente quién eres para que sepa a quién persigo, y cese de hacer el mal que hago. Y le llama Señor, por el gran respeto que tuvo de la grandeza y majestad del que le hablaba.

2. Respondiendo Cristo nuestro Señor a esta pregunta, *le enseñó más de lo que le preguntaba,* porque le declaró *quién era el perseguido* y *el perseguidor,* diciéndole: «Yo soy Jesús Nazareno, a quien tú persigues»; que fue decir: ¿Quieres saber quién soy Yo? Yo soy Jesús, Salvador del mismo que me ofende y persigue. ¿Y quieres saber quién eres tú? Eres perseguidor del mismo Salvador que desea salvarte y santificarte. Por donde se ve cómo es propio de Cristo nuestro Señor, con su luz celestial, enseñarnos juntamente *quién es Dios* y *quién es el hombre;* quién es Jesús para con el pecador, y quién es el pecador para con Jesús; porque estos dos conocimientos andan juntos y se ayudan mucho, porque comparando lo uno con lo otro, campea más la grandeza, y la bondad y caridad de Dios nuestro Salvador, y también la vileza y la maldad e ingratitud del hombre pecador; porque ¿adonde puede subir más la bondad, que a ser Salvador del mismo que le persigue? ¿Y adonde puede llegar más la maldad, que a ser perseguidor del mismo que le salva?

3. En estas dos cosas tengo de ahondar mucho, *como lo hizo toda la vida el apóstol San Pablo,* a quien se le imprimieron tanto estas palabras, que siempre traía en su corazón y en su lengua, a Jesús, predicando la excelencia de su Persona, la obra que hizo de nuestra redención, el motivo que tuvo para ella, el precio que le costó y las inestimables riquezas que nos ganó, juntando esto con su bajeza y miseria, y con la ingratitud y maldad del que ofende a tan excelente Salvador, que le redimió de pura misericordia con el precio de su sangre, ganándole tesoros infinitos de gracia y gloria.

¡Oh amantísimo Jesús! *Conózcame a mí* y *conózcate a Ti.* Conózcame a mí para que me aborrezca y desprecie, y castigue en mí las maldades que he cometido. Y conózcate a Ti para que te ame y alabe, obedezca y sirva por las innumerables mercedes que de Ti he recibido. ¡Oh glorioso Apóstol, alcanzadme de vuestro Amado algún rayo de luz celestial para que conozca quién ha sido y es Jesús para conmigo, y quien he sido y soy yo para con El, porque, ilustrado con esta luz, comience de nuevo a amar lo que aborrecía y aborrecer lo que antes amaba, imitándoos a vos, como vos imitasteis a Cristo nuestro Salvador!

4. Finalmente, ponderaré aquellas palabras: *Dura cosa es para ti tirar coces contra el aguijón* que es; decir: Así como quien tira coces contra el aguijón no hace daño al aguijón, sino a sí mismo, y cuanto con mayor fuerza tira las coces, tanto recibe mayor herida, así también quien resiste a Dios y a la inspiración que nos incita y solicita a servirle, no hace daño a Dios, sino a sí mismo, y cuanto más le resiste, tanto mayor daño

recibe. ¡Oh alma mía, *mira lo que haces cuando resistes a la voluntad de Dios* y a su santa inspiración! Aunque es verdad que le haces grave injuria, pero no le haces ningún daño a su Persona; a ti misma haces gravísimo daño, porque con esa resistencia te haces toda sangre, manchándote con culpas y obligándote a terribles penas. Vuelve sobre ti y sigue los dulces aguijones de su inspiración, haciendo lo que te inspira y cumpliendo lo que te manda, porque cuanto es cosa dura el resistirle, tanto es dulce el obedecerle.

PUNTO CUARTO

Temblor y admiración de Saulo por lo que había visto y oído.

Temblando y pasmado, dijo: «Señor, ¿qué quieres que haga?» Le dijo el Señor: «Levántate y entra en la ciudad, y allí se te dirá lo que te conviene hacer».

1. Aquí se ha de considerar, lo primero, *este temblor del cuerpo*, *y el pasmo o admiración del alma* que tuvo Saulo, causado de lo que había visto y oído, temblando por las injurias que había hecho a un tan grande Señor, y admirado y pasmado, así de su ignorancia y atrevimiento, como de la bondad y misericordia con que Dios le había sufrido y venido del cielo a llamarle y desengañarle. Todos estos efectos suele obrar la luz del cielo en el alma del pecador a quien rodea, según aquello de David, que dice: «Salieron sus resplandores y relámpagos por la redondez de la tierra; se movió y estremeció la tierra». Relámpagos son las divinas ilustraciones, con las cuales el pecador terreno ve muchas cosas que antes no veía. Ve la gravedad de su pecado, el castigo que ha merecido, la bondad de Dios que le ha sufrido, y las mercedes que le ha hecho. Y viendo estas cosas y otras, teme, tiembla y se estremece todo, y sale de sí con grande admiración y espanto.

¡Oh Dios eterno, enviad estos resplandores sobre la tierra de los infieles y sobre las almas de todos los pecadores, para que vean y tiemblen y salgan de su lugar, dejando sus pecados por serviros con lealtad!

2. Lo segundo, se ha de considerar aquella segunda pregunta que hizo Saulo, nacida de la abundancia de la luz interior y de la perfectísima obediencia y sujeción con que se rindió a Cristo, diciéndole: *«Señor, ¿qué quieres que haga?»*. Como quien dice: Me ves aquí aparejado para hacer y padecer por Ti lo que quisieres, así en castigo de los pecados pasados,

como en agradecimiento de los beneficios presentes; manda y ordena lo que tuvieses por bien, que yo lo cumpliré. ¡Oh mudanza de la diestra del muy alto! ¡Oh eficacia de la luz del cielo! ¿Quién otro que el omnipotente Dios pudiera obrar tan en breve tal mudanza? ¿Qué otra luz sino la del cielo pudiera causar tan de repente tantos desengaños? El que antes aborrecía a Cristo, ya le ama; el que le tenía por destruidor de la ley, le tiene por dador de la ley, a quien debe obedecer; el que le perseguía, se ofrece a seguirle y predicarle, aunque sea perseguido; y el que antes aferraba con su juicio y voluntad propia, ahora la deja y renuncia en la divina.

Concédeme, ¡oh buen Jesús!, que con entera resignación siempre diga a Ti y a los que están en tu lugar: *Señor, ¿qué quieres que haga?,* porque mi deseo es hacer lo que Tú quisieres y lo que por ellos me mandares. No quiero que Tú me digas lo que dijiste al otro ciego, condescendiendo con su flaqueza: «¿Qué quieres que haga yo contigo?» No me trates como a imperfecto, condescendiendo con mi deseo, porque no es razón que yo traiga tu voluntad a la mía, sino que la mía siga a la tuya.

3. Lo tercero, ponderaré la *respuesta de Cristo nuestro Señor,* el cual no quiso decirle *en el camino* y *de paso* las cosas que había de hacer, sino enviarle a la ciudad para decírselas allí *más de asiento.* Porque no quiere que cosas de tanta importancia como las de nuestra salvación y de su gloria se oigan *de paso.* Y aunque en todo lugar y tiempo, de repente y en un momento arroje sus ilustraciones como quien arroja la semilla en la tierra, mas para que lleve fruto sazonado, escoge lugar y tiempo convenientes, como lo hizo con Saulo, en la forma que veremos.

4. Finalmente, ponderaré que, como dice San Lucas: «Los varones que acompañaban a Saulo estaban pasmados *oyendo la voz sin ver a nadie*. En lo cual se representa *la alteza* y *profundidad de los divinos juicios en la vocación de los pecadores,* porque yendo Saulo con muchos compañeros *malos* y perseguidores de Cristo, como él, y siendo él *peor* que todos ellos, con todo eso, Dios nuestro Señor *a él sólo llamó con eficacia* en esta ocasión y le convirtió a su fe y le admitió a su gracia y amistad, *dejando a los otros;* para que, por una parte, *alabemos su bondad en el escogido,* y *temblemos de su justicia en los desechados;* especialmente que el llamado no fue más que un Saulo, y los desechados fueron muchos, que le acompañaron; pero en lo uno y en lo otro hemos de venerar los juicios de Dios, y atajar las quejas que se levantaren en nuestro errado juicio contra Él, diciendo lo que dijo el mismo Apóstol: «¡Oh hombre!, ¿quién eres tú para

que pidas cuenta a Dios de lo que hace? ¿Por ventura el ollero no tiene potestad para hacer de una masa un vaso de honra, y otro de afrenta?

¡Oh alteza de las riquezas de la sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios y cuán investigables sus caminos! ¿Quién conoció lo que Dios siente? ¿O quién fue su consejero? ¿Y quién le dio primero alguna cosa, para que se le deba algo? Porque de Él, por Él y en Él son todas las cosas, a quien sea honra y gloria por todos los siglos». Amén.

De aquí procedió que estos compañeros de Saulo *oían la voz del mismo Saulo,* y lo que hablaba. Y vieron también algo del resplandor exterior que le cercó; pero, como dijo el mismo Apóstol: «No vieron al que le hablaba, ni oyeron las palabras que le decía». No llegó a sus oídos aquella voz: Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? Ni la otra: Yo soy Jesús Nazareno, a quien tu persigues: duro es para ti dar coces contra el aguijón; y así, aunque se admiraron de ver a Saulo caído en tierra y hablar lo que decía, pero no se trocaron por entonces ni se convirtieron, aunque de aquí pudieron tomar ocasión para hacerlo después, como es creíble que lo harían algunos, siguiendo el ejemplo del que tenían por capitán, y oyéndole decir lo que le había sucedido en este camino.

Meditación 30

Lo que sucedió a Saulo en los tres días después de esta aparición, y la plenitud de Espíritu Santo que se le dio

PUNTO PRIMERO

Levantándose Saulo de la tierra, y teniendo los ojos abiertos, no veía, y llevándole sus compañeros por las manos, le metieron en Damasco.

1. Lo primero, consideraré cómo Saulo, todo el tiempo que duró esta visión con sus coloquios, *estuvo postrado en tierra,* donde le derribó la luz del cielo para humillarle y para que con más reverencia viese y oyese lo que Cristo nuestro Señor le decía; y con la caída también se enflaqueció y debilitó el cuerpo, como suele suceder *en tales visiones,* y sucedió a Daniel; para significar que la vista de las cosas gloriosas de Dios debilita los bríos de la carne, y como Jacob en viendo a Dios quedó cojo de un pie, así

el que por la contemplación ve las cosas eternas, queda debilitado en el amor de las cosas temporales.

¡Oh Dios eterno, envía los rayos de tu luz sobre mi espíritu, para que se debiliten las pasiones furiosas de mi carne; derríbame por humildad en el abismo de mi polvo y de mi nada, para que sea digno de levantarme a contemplar el abismo de tu divinidad y humanidad! Amén.

2. Lo segundo, se ha de considerar cómo Saulo, al oír el mandato de Cristo nuestro Señor, que le dijo: «*Levántate*», luego, como hijo de obediencia, *se levantó,* comenzando a cumplir lo que propuso cuando dijo: «Señor, ¿qué quieres que haga?». Y no sólo se levantó de la tierra *corporalmente,* sino también *espiritualmente se levantó del cieno de sus errores* y *pecados,* y despertó del profundo sueño en que había estado, y resucitó a nueva vida, dejando las aficiones terrenas que tenían su corazón cosido con la tierra. De donde sacó el santo Apóstol el aviso que nos dio, cuando dijo: «Levántate, tú que duermes, y resucita de entre los muertos, y te alumbrará Cristo».

¡Oh alma mía! oye este consejo del Apóstol, sacado del libro de su propia experiencia, y levántate de la tierra en que estás caída por la culpa; despierta del sueño en que estás dormida por la tibieza, resucita a nueva vida, dejando las obras muertas, y Cristo tu Señor te alumbrará con la lumbre de su gracia para que le veas después con la lumbre de su gloria.

3. Lo tercero, se ha de ponderar cómo Saulo, *teniendo los ojos abiertos, no veía;* lo cual dice él mismo que procedía de la mucha claridad de la luz que le cercó, para significar que *la luz del cielo abre los ojos del alma* y *cierra los ojos del cuerpo,* porque es tanta la estima que pone de las cosas eternas, que quita las ganas de ver las cosas temporales. Y así, los muy contemplativos, aunque tienen ojos, no ven, porque no usan de ellos curiosamente para ver cosas vanas, ni las que pueden enturbiarles la vista del alma.

¡Oh lumbre celestial, ven y alumbra mis ojos interiores para que vean con tanta claridad a su Creador, que los ojos exteriores se cierren para no mirar vanamente a las criaturas! ¡Oh alma mía, cierra y mortifica la vista del cuerpo para que aclare Dios en ti la vista del espíritu!

PUNTO SEGUNDO

Estuvo allí tres días sin ver, en los cuales no comió ni bebió.

1. Lo primero, se ha de considerar cómo Cristo nuestro Señor detuvo tres días a Saulo en la ciudad, *dilatándole el bautismo* y *la plenitud del Espíritu Santo, para que en este tiempo se catequizase* e industriase bien en los misterios de la fe de la Santísima Trinidad, y se preparase para recibir el Bautismo, que se da en nombre de las tres divinas Personas. Y como Cristo nuestro Señor estuvo tres días en el sepulcro antes de resucitar glorioso, así quiso que éste su Apóstol estuviese tres días enterrado en el sepulcro de la contemplación, antes de resucitar por el Bautismo. A los demás Apóstoles hizo esperar en la ciudad diez días la venida del Espíritu Santo; a Saulo no más que tres, porque quiso darse prisa a labrar este vaso, para servirse luego de él en su oficio.

Luego consideraré *los ejercicios que en estos días tuvo Saulo,* para imitarle en lo que es imitable. *Lo primero, no vio en todo este tiempo con los ojos corporales,* porque, demás de la razón arriba dicha, la vista interior le quitaba la exterior. *Lo segundo, no comió ni bebió*, porque el gusto y suspensión del alma le hizo olvidar el manjar del cuerpo. *Lo tercero, oraba continuamente,* como nuestro Señor lo dijo a Ananías: Mira que le hallarás orando. Con estos ejercicios se dispuso para el Bautismo y para el apostolado, enseñándome con sus ejemplos que estas tres cosas, *modestia en la vista, ayuno riguroso* y *oración continua,* disponen para alcanzar de nuestro Señor grandes dones, ayudándose unas a otras, porque la modestia y el ayuno levantan de punto la oración, y la oración hace suave la modestia y el ayuno.

Lo tercero, consideraré *los grandes favores que Cristo nuestro Redentor hizo a Saulo en estos tres días,* haciendo con él oficio de *maestro* invisiblemente, como le había hecho visiblemente con los demás Apóstoles; porque en este tiempo *le reveló* y *descubrió todos los misterios de nuestra fe con copiosísima luz del cielo para que pudiese predicarlos a todas las gentes.* Esto se saca de unas regaladas palabras que le dijo Ananías, como el mismo Apóstol las refiere: «El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conocieses su voluntad, y vieses al Justo, y oyeses su palabra de su propia boca, porque has de ser su testigo con todos los hombres de las cosas que viste y oíste». De suerte que en estos tres días le descubrió Dios su voluntad, *y vio a Cristo* y *sus misterios,* y *de su boca aprendió su doctrina,* para que fuese testigo de las cosas que había visto y

oído al mismo Salvador; y así, dijo a los de Galacia que había recibido su Evangelio, no de hombres, sino por revelación de Jesucristo.

¡Oh dichoso varón, a quien tanta gracia hizo Dios por su sola misericordia! ¡Oh Dios de mi alma, concédeme que yo también conozca tu voluntad, y con ojos de viva fe vea al Justo, Jesucristo mi Señor, y oiga las palabras que me hablare al corazón, para que pueda ser testigo tuyo publicando tus grandezas, del modo que las he creído y gustado, cumpliendo en todo tu santísima voluntad! Amén.

4. Algunos Santos Padres dicen que en estos tres días sucedió aquella visión y revelación maravillosa que San Pablo cuenta de sí mismo, diciendo que fue *enajenado de los sentidos* y *arrebatado hasta el tercer cielo,* y *entrado en el paraíso,* y *allí oyó palabras tan secretas, que no es lícito decirlas al hombre imperfecto*, y aun entonces, según la sentencia de San Agustín y Santo Tomás, vio *claramente la divina Esencia;* pero como quiera que esto haya sido, *en estos tres días le labró Dios maravillosamente*, y le dio grandes arrebatamientos, sacándole de sí mismo y levantándole sobre sí y sobre todo lo creado, hasta conocer los altísimos misterios del tercero y supremo cielo de la Santísima Trinidad, comunicándole grandes secretos y metiéndole en el paraíso de los divinos deleites, adonde tuvo grandes éxtasis y excesos de amor, de modo que cuando volvió en sí pudo decir: «Vivo yo, ya no yo, vive en mí Cristo».

Gracias os doy, dulcísimo Jesús, por la infinita caridad y liberalidad que mostráis con un tan grande pecador y perseguidor vuestro, concediéndole mayores favores que a otros que nunca pecaron, mostrando en este pecador que adonde abundó el delito, mucho más abundó la gracia; y con este hijo que había sido tan pródigo en haceros injurias quisisteis ser más pródigo, si así es lícito hablar, en hacerle misericordias, pues no solamente salisteis a recibirle, sino en cierto modo, a compelerle y forzarle que entrase en vuestra casa, adornándole con tales vestiduras y regalándole con tales banquetes, que los hermanos mayores tienen que envidiar con santa envidia; y pues vuestra misericordia no se ha menoscabado, forzad mi rebelde voluntad para que entre en vuestra casa, sacadla de sí misma y arrebatadla con gran fuerza, traspasándola en Vos, para que de hoy más no viva yo, sino Vos en mí por todos los siglos. Amén.

Últimamente, ponderaré *la suavidad con que Cristo nuestro Señor guiaba a Saulo;* porque, estando en su oración, le reveló lo que había de suceder en su cura, mostrándole en visión imaginaria que un hombre llamado Ananías entraba en su casa y ponía las manos sobre él para darle vista, como luego veremos; significándonos por esto que en la oración

suele Dios inspirarnos los medios de nuestra cura espiritual, y de nuestra salvación y perfección.

PUNTO TERCERO

Varios modos de revelar Cristo su voluntad a sus siervos.

Estaba en Damasco un discípulo por nombre Ananías, y le dijo el Señor en visión: «Ananías.» Respondió luego: «Heme aquí, Señor.» «Levántate, dice, y ve al barrio que se llama Recto, y busca en la casa de Judas a Saulo por nombre Tarsense, porque está orando».

1. Aquí se ha de considerar, lo primero, *los varios modos que tiene Cristo nuestro Señor en revelar* y *descubrir su voluntad a sus siervos* por modos extraordinarios; porque a unos se les aparece y los llama *en vigilia,* como a Saulo, quietando los sentidos exteriores para que no les impidan la vista interior; a otros, *en sueños,* aprovechándose de la quietud que entonces tienen los sentidos, como llamó a Jacob y a Samuel, y así parece que llamó a Ananías; con lo cual pretende enseñarnos que en todo lugar y tiempo, velando y durmiendo, en la iglesia y en el lecho, hemos de estar *tan concertados* y *compuestos,* que seamos capaces de las divinas inspiraciones y de los favores y dones de Dios, y que podamos decir: «La noche será mi ilustración con grandes regalos, y yo duermo y mi corazón vela», porque, durmiendo el cuerpo, suele Dios, que es nuestro amor, velar dentro de nosotros y hacer que vele nuestro espíritu.

2. Lo segundo, ponderaré *el misterio que está encerrado en los nombres que aquí se ponen* para manifestar la obra maravillosa que Cristo nuestro Señor hacía en Saulo. *El barrio* donde estaba se llamó *Recto,* que quiere decir *derecho,* para significar que ya Saulo llevaba pasos derechos, enderezados a la vida eterna. *La casa* donde moraba era de un hombre llamado *Judas,* que quiere decir *confesión* y *alabanza,* para significar que Saulo se ejercitaba en la confesión humilde de sus pecados, orando por el perdón de ellos, y en la alabanza de Dios, glorificándole por las mercedes que le hacía. *El que le había de buscar* era *Ananías,* que quiere decir *nube del Señor,* para significar el oficio de los predicadores, que, como nubes, derraman su doctrina sobre los fieles, y con gran facilidad van adonde les lleva el viento de la divina inspiración. Y así, en oyendo Ananías la voz de Cristo, dijo: Heme aquí, Señor. Habla, que tu siervo oye; manda lo que quisieres, porque yo iré adonde me mandares. *Pero, sobre todo,* es de ponderar la caridad de Cristo nuestro Señor, que no dice a Saulo *que vaya*

a buscar a Ananías, sino manda a Ananías *que se levante* y *vaya a buscar a Saulo,* como médico que va a visitar al enfermo; porque como Él vino del trono de su morada celestial en busca de este pecador, así también quiere que Ananías y los demás ministros suyos salgan de su casa y de su quietud en busca de los pecadores, y se les entren por sus puertas, y allí les ayuden al negocio de su salvación.

Gracias te doy, dulcísimo Jesús, por todo lo que haces en razón de justificar a los pecadores. Dame, Señor, espíritu de obediencia, como a Ananías, y espíritu derecho de alabanza y confesión, como a Saulo; quita de mí toda pereza y flojedad, para que con fervor acuda al bien de las almas que con tu sangre redimiste. Amén.

PUNTO CUARTO

Sospechas de Ananías.

Respondió Ananías: «Señor, oído he a muchos de este hombre cuán grandes males ha hecho contra tus santos en Jerusalén, y tiene potestad de los príncipes de los sacerdotes para prender a todos los que invocan tu santo nombre.» Le dijo el Señor: «Ve adonde te digo, porque este es vaso escogido por Mí para que lleve mi nombre delante de las gentes, y de los reyes, y de los hijos de Israel; y Yo le mostraré cuántas cosas le conviene padecer por mi nombre».

1. Aquí se ha de considerar, lo primero, *cuán cortos son los juicios de los hombres* y *cuán fáciles de engañarse en sus sospechas,* especialmente cuando están *combatidos de temor humano.* Y así, Ananías, por lo que había oído de Saulo, sospechó que era perseguidor de Cristo, como solía, y con decirle Cristo nuestro Redentor que oraba, no cayó en la cuenta de que estaría mudado. De donde sacaré aviso para no juzgar temerariamente de mis prójimos, en especial por lo que sé de oídas, pues el que ayer fue malo, puede ser que hoy sea bueno, trocándole nuestro Señor el corazón con su gracia; y como miro las señales de malicia para sospechar mal del prójimo, es bien que mire con más cuidado las señales de su mudanza para sentir bien de él.

De aquí procedió que Ananías, aunque se mostró muy dispuesto para obedecer a Cristo nuestro Señor cuando le llamó, *pero con temor humano le representó la dificultad que sentía en ir a casa de un perseguidor,* y entrarse por las puertas del que tenía por lobo. Y antes que Cristo le diese

enteramente su recado, le atajó con la representación de esta dificultad para que le diese salida a ella. *De donde tengo de sacar,* que representar estas dificultades *con pusilanimidad* y cobardía de ánimo para resistir a la obediencia, *es malo* y muy ajeno de los discípulos de Cristo; pero representarlas *con indiferencia, por saber el modo como se vencerán,* para mejor cumplir con su obediencia, *es bueno* y conforme al espíritu de Cristo, que es suave, blando y amoroso, como aquí se mostró con Ananías.

2. Lo segundo, se ha de considerar *la respuesta de Cristo nuestro Señor a Ananías.* Ve, dice, adonde te mando, porque éste a quien tú tienes por tan malo, es vaso escogido por Mí con particularísima elección, no por sus merecimientos, sino por mi sola bondad, mudando al que era vaso de ira y de maldad en, vaso de misericordia y de gracia, llenándole de mis copiosos dones para descubrir en él la grandeza de mi caridad. Y además de esto, le tengo escogido por vaso e instrumento mío, para que lleve mi nombre por todo el mundo y sea maestro y predicador de todas las gentes.

Gracias te doy, dulcísimo Jesús, porque en vaso de barro tan vil has depositado tesoros tan admirables para que su preciosidad se atribuya a tu sola virtud, y no a sus fuerzas. ¡Oh glorioso Apóstol, sol resplandeciente, vaso admirable y obra del muy alto, puesto en medio de la Iglesia para correr vuestra carrera por el mundo, dando luz de fe y calor de caridad a todos los mortales!, me gozo de vuestra elección y de la buena suerte que os ha cabido; suplicad al Señor que os escogió se digne también de hacerme a mí vaso escogido, lleno de su gracia y claridad, para que yo también corra mi carrera, de modo que alcance la corona.

3. Últimamente, ponderaré lo que Cristo nuestro Señor añadió, diciendo: *Yo le mostraré cuántas cosas le conviene padecer por mi nombre*; esto es, primero se las mostraré por revelación, y luego por experiencia, haciéndole que padezca por mi nombre mucho más de lo que otros por su causa padecían; y así lo cumplió su Majestad, porque apenas hubo Saulo comenzado a llevar el nombre de Cristo por el mundo, cuando experimentó cuán pesado era de llevar, padeciendo innumerables persecuciones y trabajos por esta causa, como él lo dice de sí mismo a los de Corinto; en lo cual atendió nuestro Señor a *tres fines: a) El primero,* a que Saulo *pagase* con las persecuciones que padecía *las que hizo padecer a otros,* cumpliendo, por una parte, la ley de la justicia, y, por otra parte, fabricándole con estos trabajos grande corona de gloria, *b) El segundo,* para que entendamos que *grandes favores* y dones del cielo no se dan sino en compañía de *grandes aflicciones;* y si los favores se dan de antemano, los trabajos se siguen después, a la medida de los favores, *c) El tercero,*

para que entienda *el discípulo* que ha de seguir a *su Maestro,* y el apóstol al que le envía, y el predicador del Evangelio ha de pasar por las penalidades que pasó el mismo que le fundó.

¡Oh Salvador del mundo, pues tan bien sabes labrar con trabajos el vaso que has escogido para el cielo, purificándole de sus vicios y adornándole con preciosas virtudes, escógeme por vaso de tu misericordia, y lábrame con aflicciones en esta vida, para que sea digno de alcanzar la eterna!

PUNTO QUINTO

Providencia de Dios en guiar a unos hombres por medio de otros.

Se partió Ananías, y entrando en la casa donde estaba Saulo, le dijo: «Saulo hermano, Jesús Señor nuestro, que te apareció en el camino por donde venías, me envía para que veas y seas lleno del Espíritu Santo.» Luego cayeron de sus ojos unas como escamas y cobró la vista, y levantándose, fue bautizado.

1. Aquí se ha de considerar la suave providencia de nuestro Señor en el gobierno de los suyos, *ayudándose de unos hombres para hacer bien a otros,* y a veces *de los menores para enseñar a los mayores.* Y así, aunque pudiera por Sí mismo dar la vista a Saulo, quiere que vaya Ananías a esto, y que él le intime la obligación del bautismo, y el oficio de testigo y apóstol que Dios le encargaba, para que *cualquiera,* por sabio y santo o muy favorecido que sea de Dios, *entienda que tiene necesidad de sujetarse a otro hombre,* y de esta manera se conserve en humildad. Pero juntamente ponderaré a Ananías, por una parte, *la caridad* y *humildad* con que habló a Saulo, llamándole hermano, y diciendo que no venía él por su propia autoridad, sino que Cristo le enviaba; mas, por otra parte, en cuanto ministro de Cristo, mostró *grande autoridad* en lo que dijo, como el mismo Apóstol lo cuenta por estas palabras: «Entrando Ananías donde estaba, me dijo: Ve; y al punto vi y le miré; y luego me dijo: El Dios de nuestros padres te ha escogido para que conocieses su voluntad. ¿Pues en qué te detienes? Levántate y sé bautizado, y lava tus pecados en su nombre». En lo cual se representa el modo como los ministros del Evangelio han de juntar humildad con autoridad, sin que la una impida a la otra.

2. Lo segundo, se ha de considerar cómo Cristo nuestro Señor quiso dar milagrosamente a Saulo la vista *antes del bautismo, para que le recibiese con más consuelo* viendo al que le bautizaba, y para declarar en aquel milagro la virtud del Bautismo, que alumbra el alma y echa de sus ojos, que son sus potencias, las escamas de los vicios y pecados. ¡Oh qué alegre quedó Saulo cuando vio a Ananías y oyó su recado! Al punto, sin detenerse, recibió con gran devoción el santo Bautismo, y quedó lleno de Espíritu Santo con una nueva plenitud, recibiendo el don de lenguas y las otras gracias que habían recibido los demás Apóstoles; y lleno de este divino Espíritu cantaría mil alabanzas a Dios, dándole gracias por las mercedes que le había hecho, y ofreciéndose muy de corazón a su servicio. Rasgaría y quemaría las cartas que le había dado el príncipe de los sacerdotes, doliéndose de la solicitud con que las negoció, y proponiendo de ser él mismo carta viva de Cristo para dar noticia de Él en todo el mundo.

¡Oh ángeles del cielo, que os gozáis de la conversión de cualquier pecador!, ¿cuánto más os gozaríais de la conversión milagrosa de este grande pecador y perseguidor de Cristo, viéndole trocado en grande predicador y amigo suyo? Alabadle, gloriosos ángeles, con todas vuestras fuerzas, y dadle el parabién por haber cazado a este lobo robador, convirtiéndole en cordero manso de su rebaño; y suplicadle aumente vuestro gozo con la conversión de muchos pecadores, para que su rebaño crezca, el cielo se pueble y Dios se glorifique por todos los siglos. Amén.

3. Finalmente, consideraré cómo Saulo, *al punto*, *entrando en las sinagogas, predicaba a Jesús*, *diciendo que era Hijo de Dios*; en lo cual resplandece *el fervor* grande de este nuevo Apóstol y la puntualidad con que acudió a hacer su oficio y predicar a Cristo, atropellando, como él dijo, todo lo que era carne y sangre, sin reparar en que los suyos le habían de perseguir y en que le tendrían por mudable, pues tan presto predicaba por Dios al que perseguía como enemigo de Dios. Sin embargo de esto, no se detiene en el rincón de la casa donde se hospedó, no va poco a poco con tiento tentando los ánimos de su gente, sino, como los Apóstoles el día de Pentecostés salieron del cenáculo al templo y allí predicaron a Cristo crucificado, así también Saulo, embriagado con el vino del mismo Espíritu, sale por todas las sinagogas a predicarle, dando pública satisfacción del yerro pasado, y mostrándose no menos ferviente en predicar a Cristo, que se había mostrado en perseguirle, cumpliendo lo que él nos aconsejó cuando dijo: «Como entregasteis vuestros miembros en servicio de la inmundicia, para aumento de la maldad, así los entregad en

servicio de la justicia, para aumento de la santificación», Pero más adelante pasó su fervor en lo bueno que en lo malo, procurando con celo ferventísimo el aumento de la santidad, en sí y en otros y en todos los hombres del mundo, con tanta constancia, que admirándose todos de verle predicar a Cristo, sabiendo que había venido a Damasco para prender a sus discípulos, con todo eso, mucho más se fortificaba y confundía a los judíos afirmando que Jesús era Mesías. De suerte que los dichos de los hombres y las persecuciones, no sólo no le entibiaban en su predicación, sino le eran ocasión de animarse y fortalecerse más en ella; y a este paso prosiguió toda la vida, hasta darla por Cristo con grande amor, como se verá en la meditación que se sigue.

Meditación 31

La vida y heroicas virtudes del apóstol San Pablo después de su conversión; y en ella se pone una suma de la suprema perfección evangélica

La vida de este gloriosísimo Apóstol después de su conversión, fue un perfectísimo dechado de la perfección evangélica que han de procurar todos los varones apostólicos, imitando, como él dijo, a Cristo nuestro Señor de la manera que él le imitó, y para este fin lo pongo aquí, contando sus principales virtudes, sacándolas de sus epístolas, y del libro de los Actos de los Apóstoles.

PUNTO PRIMERO

De su pobreza de espíritu.

La primera virtud fue excelente pobreza de espíritu, renunciando todas las cosas, como los demás Apóstoles, para desocuparse más en el servicio de Cristo y en el ministerio de su predicación, gustando de experimentar los efectos de ella, señalándose especialmente en tres cosas:

1. Lo primero, *estaba contento,* como él dice, *con tener sustento* y *con qué cubrirse*; esto es, con tener lo necesario precisamente para vivir y cubrir su desnudez; y el contento era tan grande como si tuviera todo el

mundo, y por esto dijo: «Vivimos como necesitados y enriquecemos a muchos, y como quien no tiene nada, poseyéndolo todo»; porque tenemos tanto contento en no tener nada, como si lo tuviéramos todos; y la Causa de su contento era porque con esta pobreza corporal poseía sumas riquezas espirituales, las cuales dan incomparablemente mayor consuelo que todas las temporales.

2. De aquí procedió, lo segundo, que *aun de esta necesario se privaba muchas veces,* y padecía falta, llevándola con alegría; y así, entre sus trabajos cuenta hambre y sed, frío y desnudez, y muchos ayunos.

3. Y aun más adelante pasó, porque, *con estar muy ocupado en predicar,* y con tener derecho para pedir sustento a los fieles, y recibirle de ellos como lo recibían los demás Apóstoles, él renunció este derecho, y *con el trabajo de sus manos en un oficio mecánico ganaba la comida para si* y *para sus compañeros,* por no gravar a los fieles, y por darles ejemplo de mayor perfección; y así, dice: «No he codiciado plata, ni oro, ni vestidura vuestra, como vosotros lo sabéis; porque lo que era menester para mí y para los que andan conmigo, estas manos lo ganaron, dándoos ejemplo de que trabajando de esta manera se han de recibir los flacos, y acordarnos de la palabra de Jesús, que dice: Más dichosa cosa es dar que recibir».

¡Oh glorioso Apóstol, que fuisteis corto en recibir de lo temporal y largo en dar de lo espiritual!, alcanzadme de vuestro Maestro que os imite en esta pobreza de los bienes temporales para que alcance vuestra riqueza de los bienes espirituales. ¡Oh alma mía, déjalo todo y lo hallarás todo! Deja por Cristo todas las cosas, y poseerás en Cristo todas las cosas, porque teniéndole a Él, lo tendrás todo, y siendo por su amor pobre, estarás muy más contenta que si fueras rica.

PUNTO SEGUNDO

De su castidad y batallas interiores.

La segunda virtud fue purísima castidad, de la cual hizo voto como los demás Apóstoles, y la guardó siempre y se dio por ejemplo de ella, diciendo: «Deseo que todos los hombres vivan como yo»; esto es, libres de casamientos y de las obras del matrimonio, para orar y vacar a Dios, y ser santos en el cuerpo y en el espíritu. Pero especialmente ponderaré tres cosas:

1. La primera, *la grande estima que tenía de esta virtud*, pues deseaba que todos los hombres fuesen castos como él sin reparar en que se acabaría el mundo, porque estimaba en lo más lo eterno que lo temporal, y siempre ponía el blanco de su deseo en lo mejor y más excelente, aunque en la ejecución se acomodaba a la traza con que Dios repartía sus dones entre los hombres.

2. La segunda, que teniendo los demás Apóstoles costumbre de traer consigo alguna devota mujer que los sirviese y sustentase con su hacienda, *él no quiso usar de esta facultad*, no solamente por querer vivir del trabajo de sus manos y no de limosna, sino también *por el recato en la compañía* y *comunicación con mujeres*, de las cuales ha de huir quien quisiere tener segura la castidad.

3. La tercera cosa es que *su castidad fue combatida con grandes tentaciones*, *las cuales venció valerosamente,* y así fue sin duda, más gloriosa; porque tanto es más gloriosa la virtud, cuanto ha sido más terrible la contradicción en conservarla. De este modo declaran algunos santos lo que dijo de sí mismo San Pedro a los corintios: «Porque la grandeza de las revelaciones no me envanezca, me ha sido dado un aguijón de mi carne, ángel de Satanás, que me da de bofetadas, y rogando tres veces al Señor me lo quitase, me respondió: Te basta mi gracia, porque la virtud se perfecciona en la enfermedad». Como quien dice: Para que seas humilde, es menester que seas tentado, y para que tu virtud sea perfecta, ha de ser muy probada, y el aguijón de tu carne la hará perfectamente casta, y el ángel de Satanás que te da de bofetadas te hará sufrido y puro, con pureza de ángel celestial.

¡Oh Padre de misericordias!, convierte el aguijón de mi carne en espuela de mi espíritu, para que ore con fervor y corra con diligencia en tu servicio, pues de Ti solo está colgado mi remedio.

4. También resplandece la santidad y pureza del Apóstol *en otras batallas interiores que padecía y vencía con gran valor;* por razón de las cuales dijo: «Me alegro con la ley de Dios, según el hombre interior; siento otra ley en los miembros de mi carne que contradice la ley de mi espíritu y me lleva cautivo a la ley del pecado. ¡Oh infeliz hombre!, ¿quién me librará de este cuerpo mortal que me da tal tormento y muerte? La gracia de Dios por Jesucristo». Esta es la que me ha de librar, y en virtud de ella tengo de vencer.

¡Oh alma mía, no desmayes si te vieres combatida, confiando en la gracia de Dios que no serás vencida! Si tu carne codiciare contra el

espíritu, procura que el espíritu codicie también contra la carne, de modo que quede vencedor, y así será más gloriosa tu victoria, cuanto hubiere sido más terrible y porfiada la batalla, y con el mismo Apóstol podrás decir: «Gracias a Dios que nos dio victoria por Jesucristo». Amén.

PUNTO TERCERO

De su penitencia y mortificación.

1. La tercera virtud fue *muy rigurosa penitencia* y *mortificación de su carne, la cual castigaba con rigor* para tenerla rendida y sujeta al espíritu, como él lo declaró con unas palabras muy encarecidas, diciendo: «Yo corro mi carrera, no como incierto de mi premio; y peleo, no como quien azota al aire, trabajando en vano y con solas palabras sin obras; sino castigo mi cuerpo con penitencias y le hago que esté sujeto, porque no me suceda que, predicando a otros, yo sea reprobado». ¡Oh alma mía!, si el Apóstol, que estaba cierto de su premio, así corre y teme, ¿cómo tú, que estás incierta, no corres con temblor? Si él no se contenta con azotar el aire, sino a su carne, ¿por qué tú te contentas con solas palabras, descuidando de las obras? Castiga con penitencias tu cuerpo para que obedezca a tu espíritu, porque si le dejas en su rebeldía, será causa de tu reprobación.

2. Además de esto, el santo Apóstol *se ejercitaba en la continua mortificación de sus sentidos* y *apetitos*, *negando sus quereres* y *deseos,* cumpliendo perfectamente *la abnegación* que Cristo nuestro Señor nos encargó, y por esto dijo: «Siempre, y a dondequiera que vamos, llevamos en nuestro cuerpo la mortificación de Jesucristo, para que la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos». De suerte que en todo lugar y en todo tiempo andaba rodeado de mortificaciones, no solamente interiores del espíritu, sino exteriores del cuerpo; unas que él se tomaba, otras que le venían por manos de sus enemigos, imitando en esto a Cristo nuestro Señor, cuya vida manifestaba en sí mismo; y así, solía decir: «En mi cuerpo traigo las llagas y señales de Cristo», padeciendo las cosas que Él padeció.

¡Oh, quién pudiese alcanzar una mortificación tan continua, larga y perfecta, en la cual se descubriese la vida del que me dio ejemplo de ella! ¡Oh dulce Jesús, camino, verdad y vida! pues tu mortificación es el camino para llegar a gozar de Ti, que eres la misma vida, ilústrame con tu verdad,

para que abrace esta perfecta muerte en que se manifiesta tu admirable vida.

PUNTO CUARTO

De su humildad y desprecio del mundo.

La cuarta virtud fue *profunda* y *admirable humildad,* junta con grande santidad, la cual es cosa rara, y resplandeció *en las cosas siguientes:*

1. Porque, lo primero, comparándose a los demás hombres, *siempre escogía para sí el lugar más humilde,* porque entre los pecadores se tuvo por *el primero,* y entre los santos por *el postrero.* Y así, una vez, dijo: «Cristo Jesús vino a salvar los pecadores, de los cuales yo soy el primero». Y otra vez dijo: «Yo soy el menor de los Apóstoles, y no soy digno de ser llamado Apóstol, porque perseguí la Iglesia de Dios». Y más adelante pasó, llamándose el mínimo de todos los santos, esto es, de los fieles que había en la Iglesia. De suerte que, quien era en los ojos de Dios uno de los mayores Apóstoles y de los primeros en la santidad, se tenía en sus ojos por el *postrero* entre los buenos *y el primero* entre los malos. Y la causa era porque en esta comparación que hacía de sí a todos, exageraba mucho *los pecados propios* y se olvidaba de los ajenos, y al contrario, se acordaba de *las virtudes ajenas,* y por entonces se olvidaba de las propias, acordándose de los vicios pasados; en lo cual he de procurar grandemente imitar a este humildísimo varón, diciendo como él: Yo soy el menor de los cristianos, y no soy digno del nombre de cristiano; soy el menor de los religiosos y sacerdotes, y no merezco ser llamado por tal nombre, y aun soy el mínimo de los hombres, y no merezco el nombre de hombre, pues por mis pecados me hice bestia.

2. Lo segundo, resplandeció su humildad *en no avergonzarse de decir sus pecados públicamente* y *dejarlos por escrito,* diciendo que había sido blasfemo, injuriador de Cristo, incrédulo, grande perseguidor de la Iglesia, derramador de sangre inocente, y que tuvo parte en la muerte de San Esteban. Y si alguna vez contaba sus obras gloriosas, forzado de la necesidad, mezclaba vocablos de humildad, diciendo: «Necio me he vuelto a vuestro parecer; vosotros me habéis forzado»; y otras veces repetía lo mismo, y de propósito callaba muchas cosas que pudiera decir, porque no le tuviesen en más de lo que era; enseñándonos que el verdadero humilde,

de su motivo propio se inclina a confesar sus culpas, y forzado dice las virtudes, tragando la humillación de ser tenido por vano en decirlas.

3. Lo tercero, resplandeció su humildad en que, conociendo los grandes bienes que de Dios había recibido, porque el espíritu de Dios, como él mismo dice, no es ciego para conocerlos, no se los atribuía a sí mismo ni se gloriaba vanamente de ellos, sino toda la gloria daba a Dios y a su gracia, y así, se reconocía por nada en su presencia, diciendo: «Por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no estuvo en mí vacía; mas he trabajado que todos, no yo, sino la gracia de Dios conmigo, y en mí no tengo de qué gloriarme sino de mis enfermedades; y aunque yo he plantado la fe en otros, pero el que la planta es nada». Y una vez que le quisieron adorar como a Dios, rasgó sus vestiduras, confesando que era puro hombre, indigno de tal honra. Esta es la humildad cordial que dura en los santos para siempre: en la cual he de imitar a este santo Apóstol, si quiero ser capaz de los dones de Dios, acordándome de lo que él dice: «¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido, ¿de qué te glorías como si no lo recibieras?». Por tanto, alma mía, vacíate de ti, si quieres que Dios te llene de Sí; Él te dará sus copiosos dones si con humildad le das toda la gloria de ellos.

4. Lo cuarto, resplandeció su humildad en *el santo temor que tenía de sí mismo,* fundado en *su propio conocimiento;* para lo cual unas veces decía: «Ninguna culpa conozco en mí, mas no por eso me tengo por justificado, porque quien me juzga es Dios». Otras veces decía que castigaba su cuerpo por no venir a ser reprobado. Y muchas veces pedía a los fieles hiciesen oración por él. Lo cual era señal de humildad y de este santo temor con que se recelaba no tuviese culpa en impedir las trazas de Dios. Y, sobre todo, con saber que había recibido por revelación de Dios su Evangelio, quiso conferirle con los demás Apóstoles, porque quizá no hubiese trabajado en vano; en lo cual descubrió el humilde rendimiento que tenía de su juicio al de la Iglesia, no queriendo presumir de sí, ni dejar de asegurarse más con el juicio de toda ella.

5. Lo quinto, resplandeció en el desprecio del mundo y en el gusto de ser despreciado de él, gloriándose más de los desprecios que otros de las honras. Y así, dice: «Me guarde Dios de gloriarme si no es en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí y yo para él». Esto es, él me desprecia a mí como a cosa vil y digna de muerte afrentosa de cruz, y yo también le desprecio a él con el mismo desprecio; y aunque era tenido por hez y desecho del mundo, no se le daba nada ni hacía caso de los juicios y dichos vanos de los hombres, y estaba tan lejos

de buscar el gusto vano de ellos, que decía: «¿Por ventura busco agradar a los hombres? Si tratase de esto, no sería siervo de Cristo».

¡Oh siervo de Cristo fidelísimo, alcánzame de tu Señor este precioso don de la humildad, de la cual nace la fidelidad e su servicio! ¡Oh alma mía, si deseas de verdad servir a tu Señor, desprecia las vanas pompas de este siglo y los juicios engañosos de sus hijos; preciate de estar muerta y crucificada al mundo, y de que el mundo esté muerto y crucificado para ti, de modo que, de hoy más, vivas para sólo Dios por todos los siglos! Amén.

PNTO QUINTO

De su paciencia y alegría en los trabajos.

1. La quinta virtud fue *invencible* y *heroica paciencia en sus trabajos,* los cuales fueron innumerables en toda suerte de cosas *interiores* y *exteriores,* por mar y por tierra, de judíos y de gentiles y de falsos hermanos, como consta del catálogo que hizo de ellos, escribiendo a los de Corinto; y cuán graves hayan sido algunos lo declaró por estas palabras: «Hemos sido afligidos sobremanera y sobre nuestras propias fuerzas; tanto, que tuvimos tedio de vivir. Por de fuera, teníamos batallas; de dentro, temores; somos mortificados cada día y tratados como ovejas diputadas para el matadero. *Y con ser tantos estos trabajos,* resplandeció su paciencia en que le *parecían pequeños* respecto del premio que esperaba, y así, los llamó trabajos de un momento y muy ligeros, y no se espantaba de ellos ni perdía el ánimo con su terribilidad, antes se ofrecía a otros mayores, como le sucedió cuando el profeta Agabo le dijo sería preso en Jerusalén, y él respondió: «Estoy aparejado, no sólo a ser preso, sino a morir por el nombre de Jesús». *Y este ánimo le procedía de la grande confianza que tenía de Dios* obrándola el mismo Señor por medio de los mismos trabajos; y así, dice: «Tuvimos respuesta de muerte dentro de nosotros mismos, para que no confiemos en nosotros, sino en Dios, que puede resucitar los muertos, el cual nos libró de tantos peligros, en quien esperamos que de aquí adelante nos librará». Y de aquí le *nacía tanta grandeza de ánimo,* que dijo: «Bien sé lo que es ser humillado y lo que es ser ensalzado, estar harto y hambriento tener abundancia y padecer pobreza; todas las cosas puedo en el que me conforta». Como quien dice: En lo próspero y en lo adverso, en lo poco y en lo mucho, soy como todopoderoso, no en mis fuerzas, sino en las de Dios, por cuyo poder todo lo puedo.

¡Oh Dios omnipotente, hazme en tu virtud poderoso para hacer todo lo que me mandas y para padecer todo lo que permites, pues será tuya la gloria siendo también tuya la potencia!

2. Finalmente, *en sus trabajos tuvo grande consuelo* y *alegría,* comunicándole Dios nuestro Señor grandes regalos en medio de ellos, como lo escribe a los corintios, diciendo: «Bendito sea Dios, que nos consuela en toda nuestra tribulación, de tal manera, que podamos consolar a los que están en grande aprieto». Y otra vez dice: «Lleno estoy de consuelo y tengo grande abundancia de gozo en todas mis tribulaciones, y en ellas me glorío, y me agrado en mis afrentas y necesidades y en las persecuciones y angustias que padezco por Cristo».

¡Oh Redentor del mundo, que mostraste por la experiencia a este tu vaso escogido lo mucho que había de padecer por tu nombre, y le diste gusto en padecerlo!, escógeme también por vaso tuyo, en quien deposites abundancia de trabajos con abundancia de consuelos en sufrirlos por tu amor.

PUNTO SEXTO

De su oración y contemplación.

1. La sexta virtud fue *altísima oración* y *contemplación* creciendo siempre en la que le dieron los tres días primeros de su conversión, como queda dicho. Pero, en particular *su oración fue muy continua,* rogando a Dios por sí y por todos los fieles, sin interrupción y como él lo testificó muchas veces, cumpliendo lo que enseñó cuando dijo: «Quiero que los varones oren en todo lugar, levantando las manos puras a Dios». Y esto hacía con todos los modos de oración, obsecración, petición y acción de gracias que aconsejaba a los otros. Y hasta en las mismas cárceles oraba y glorificaba a Dios nuestro Señor, haciendo de ellas oratorios, con grande edificación de las mismas guardas.

2. Lo segundo, *oraba con grande espíritu* y *fervor,* no se pagando de solas palabras, sino más de los afectos del corazón, y por esto dijo: «Oraré con espíritu y oraré con la mente», juntando lo interior del alma con la palabra que se echa por la boca. De aquí es que *su contemplación era tan alta*, que estando en la tierra, tenía, como él dice, su conversación en los cielos. *Una vez fue arrebatado hasta el tercer cielo* y al paraíso, donde vio los secretos de Dios, que no es lícito hablar a los hombres, como arriba se

apuntó; en el cual rapto, por lo menos le comunicó nuestro Señor el grado más alto de contemplación que en esta vida mortal se comunica; y es de creer que tuvo otros muchos, los cuales, por su humildad, calló, como lo da a entender cuando cuenta éste, y cuando dijo: «Tenemos éxtasis del espíritu tratando con Dios». Y bien se ve cuán altos fueron, pues para que la grandeza de tantas revelaciones no le envaneciese, fue menester que el aguijón de su carne y el ángel de Satanás le humillasen. De esta contemplación procedía *la abundancia de consolaciones que tenía* y el alto sentimiento que tuvo de Cristo nuestro Señor, y de las riquezas inestimables de su gracia, y de los secretos de la predestinación y providencia divina y de las excelencias y perfecciones de Dios, de las jerarquías de los ángeles y de otras muchas cosas que enseña en sus epístolas. Finalmente, fue *tanta la estima que tenía de Cristo nuestro Señor,* que vino a decir que todas *las cosas del mundo,* oro, plata, perlas y lo demás, *lo tenía por estiércol, en razón de ganar a Cristo,* y que por la eminente ciencia que tenía de su grandeza, todo lo que era contrario a Él lo tenía por pérdida, aunque antes lo hubiese tenido por ganancia.

¡Oh ciencia soberana de Cristo, que tanta desestima pegas de las cosas de la tierra, y tanta estima de las cosas del cielo! Dame, Señor, esta ciencia, con la cual te conozca de tal manera, que tenga por basura lo terreno, en razón de alcanzarte a Ti, Dios y hombre verdadero.

De estas *cuatro* consideraciones he de sacar, por una parte, *grande admiración de las raras mercedes que hizo Dios a este santo Apóstol,* dándole gracias por ellas; y por otra parte, *un gran deseo de imitarle en lo que es imitable,* frecuentando la oración con espíritu, y el ejercicio de la meditación con viveza, disponiéndome de tal manera, que no ponga impedimento a los favores que Dios desea hacer a los que frecuentan este soberano ejercicio.

PUNTO SÉPTIMO

De su amor unitivo con Cristo.

La séptima virtud fue *excelentísima caridad* y *amor a Cristo nuestro Señor, con la suprema unión que hay en la vía unitiva,* la cual declaró diciendo: «Con Cristo estoy enclavado en la cruz; vivo, no yo, sino vive en mí Cristo». En las cuales palabras declara *dos modos maravillosos de unión amorosa que tenía con Cristo.*

1. El primero era *con Cristo crucificado,* estando unido y enclavado con Él en la cruz, no con clavos de hierro, sino con clavos de amor y de imitación, preciándose sumamente de esto y pensando, hablando y obrando conforme a esto; y así, dijo a los de Corinto: «Estando con vosotros, me hube como quien no sabía otra cosa que a Cristo crucificado».

2. El segundo modo de unión con Cristo era *espiritual, con excesos de amor,* viviendo, como dice San Dionisio, solamente la vida amatoria; de suerte que, aunque es verdad que vivía su vida natural, pero no vivía él la vida libre, guiándose por su antojo y a su solo albedrío y voluntad, sino Cristo vivía en él, como principio, regla y fin de sus pensamientos y afectos, de sus palabras y obras, trayéndole Cristo nuestro Señor unido consigo con ejercicios muy continuos de amor. Y así, decía: *Mi vivir es Cristo*, mi pensar es Cristo, mi querer es Cristo, mi hablar es Cristo y mi obrar es Cristo.

¡Oh dichoso Apóstol, a quien tanto favor hizo Cristo! ¡Oh, si mi ánima fuese tal que viviese siempre Cristo en ella! ¡Oh Cristo, vida mía, vive siempre en mí, y mi vivir sea siempre en Ti por todos los siglos! Amén.

3. Luego ponderaré *cuán arraigado estaba en este santo Apóstol este amor*, pues se atrevió a decir: «¿Quién nos apartará de la caridad de Cristo? ¿Por ventura la tribulación, o angustia, o hambre, o desnudez, o peligro, o persecución, o cuchillo? Cierto estoy que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las virtudes, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni la fortaleza, ni la alteza, ni la profundidad, ni otra alguna criatura nos podrá apartar de la caridad de Dios por Cristo Jesús».

¡Oh fuego de amor que no te amortiguas con las aguas de tantas tribulaciones, antes creces con ellas! ¡Oh fuego insaciable que nunca dices basta, porque nunca te cansas de padecer por el que amas!, enciende, Redentor mío, este fuego en mi corazón para que te ame con tanto fervor, que ninguna cosa criada pueda apagarle. Amén.

PUNTO OCTAVO

De su amor y celo de las almas.

1. La octava virtud fue *fervorosísima caridad* y *amor a los prójimos*, nacida de la caridad encendida que tenía a Cristo nuestro Señor; la cual,

como él dice, le hurgaba y espoleaba el corazón para todas las cosas de su servicio en bien de las almas, cuya salvación deseaba entrañablemente, y por ellas padeció terribles trabajos, andando por todo el mundo predicando infatigablemente por los reinos y provincias, en las plazas y calles y casas particulares y en la misma cárcel, unas veces en común, otras a cada uno en particular, con grande ternura de corazón. «De noche y de día no descansé, amonestando a cada uno» con lágrimas nacidas de amor más tierno que de madre. De aquí le procedía hacerse siervo y esclavo de todos para ganarlos a todos, acomodándose a judíos y a gentiles, a sabios y a idiotas, a fuertes y a flacos: «Me hice todas las cosas a todos, para salvar a todos, y en todas las cosas procuro agradar a todos, no buscando lo que es útil para mí, sino para muchos, para que todos se salven».

¡Oh caridad extendidísima, que a todos abrazas y a ninguno excluyes, tomando todas las figuras de los hombres para que todos reciban la figura de Cristo y lleven sobre sí la imagen del hombre celestial!

2. De aquí también nacía *la solicitud* y *celo que tenía del bien de todos, sintiendo sus daños como si fueran propios,* y así cuenta este sentimiento entre sus grandes trabajos, diciendo: «¿Quién enferma, que *yo* no enferme con él? Y ¿quién se escandaliza que yo no me abrase?». Y por esta causa decía a los romanos que la tristeza de su corazón era grande y su dolor continuo por la perdición de sus hermanos los israelitas. Y a los de Galacia, que habían degenerado de la pureza evangélica, decía: «Hijuelos, a los cuales otra vez engendro con dolor hasta que se engendre Cristo en vosotros». Y otra vez se llama ama que cría a sus hijos pequeñuelos, protestando que deseaba darles su alma, porque los amaba en gran manera y les tenía dentro de su corazón, amándolos con entrañas de Cristo, deseando entrañarlos dentro de él para que siempre le amasen.

3. De aquí procedió *otra grandeza excelentísima de su amor,* porque, con desear mucho morir por ir a ver a Cristo nuestro Señor, *detenía este deseo por la necesidad de sus prójimos,* en razón de ganar sus almas, y no dudaba dejar la dulzura de la contemplación y ausentarse de este dulce trato con Cristo porque otros se salvasen.

4. Y pasó tan adelante su caridad, que dijo: *Deseaba estar apartado de Cristo por mis hermanos*; *dando a entender,* como muchos Santos declaran, que si fuese necesario para la salvación de sus prójimos, *escogiera estar apartado de la vista de Cristo* y *de su gloria, o por muy largo tiempo, o hasta la fin del mundo;* porque no tenía otra mayor gloria que amar a Cristo, y cumplir su voluntad, y ganarle muchas almas que le amasen y sirviesen por toda la eternidad. Por las cuales dijera mejor que

Moisés: «O perdónalas, Señor, o bórrame del libro de la vida», porque más querría estar ausente de Ti sin culpa; que no perderse tantas almas por su culpa,

¡Oh caridad altísima y profundísima, que subes tan alto que no te contentas con menos de poseer a Dios, y desciendes tan profundo, que quieres, sin culpa, carecer de Dios por dar gusto al mismo Dios! Dame, Señor, una caridad como ésta, que ponga su descanso en darte gusto, aunque sea a costa del mío, gustando de ganar muchas almas que gocen de Ti por todos los siglos. Amén.

5. Lo último, exagera mucho esta caridad, en que *se extendía a sus mismos enemigos* y *perseguidores, amándoles como amigos,* cumpliendo con ellos todas las leyes del amor, y así, dice: «Somos maldecidos, y bendecimos: somos blasfemados de muchos, y rogamos por ellos». Y a los corintios dijo: «De muy buena gana me daré todo, y tornaré otra vez a darme por vuestras almas, aunque amándoos yo mucho, vosotros me amáis poco».

De donde procedía que si algunos *por envidia, o contienda, o por hacerle pesar,* predicaban a Cristo, no sólo no le pesaba, ni se quejaba, ni tenía envidia, o lo estorbaba, antes *se gozaba* y *se alegraba de que Cristo fuese predicado* y las almas aprovechadas. De todas estas ponderaciones he de sacar *un entrañable deseo de imitar esta encendida caridad* del Apóstol para con mis prójimos, así buenos como malos, así amigos como enemigos, mirando en ellos a Cristo nuestro Señor, por quien todos deben ser amados.

PUNTO NONO

Otras virtudes del santo Apóstol.

De esta caridad proceden otras insignes virtudes, en las cuales descubrió el Apóstol su perfección, y de ellas ponderaremos algunas.

1. La primera fue *grande obediencia a la voluntad divina,* y *a todas las inspiraciones* con que se le descubría. Y así, en diciéndole que fuese a predicar a Macedonia, o a Jerusalén, o a otra parte, al punto iba, aunque supiese que allí le esperaban por esta causa terribles persecuciones y trabajos, porque más caso hacía de su alma que de su vida, y de buscar la voluntad de Dios que de su propio descanso. Y después de haber obedecido en todo esto, no se gloriaba ni pensaba que había hecho algo,

porque lo tenía por necesario y obligatorio, como quien dice: «Siervo soy sin provecho; lo que estaba obligado a hacer, eso hice».

2. La segunda fue *grande cuidado en guardar la lengua* y ser perfecto en sus palabras con excelentísima perfección, así predicando como conversando con los hombres, como consta por lo que dijo a los corintios: «No somos como algunos que adulteran la palabra de Dios, sino hablamos con sinceridad, movidos de Dios, delante de Dios y de cosas que tocan a Cristo». ¡Oh varón perfecto, verdaderamente religioso, que así supo guardar su lengua, sin tropezar en palabras, para que su religión no fuese vana ni su perfección menguada! ¿Quién tropezará hablando, si habla con sincera intención, siguiendo la divina inspiración mirando que le mira Dios y tratando de sólo Cristo?

3. La tercera fue *un entrañable deseo de aprovechar en la virtud* y *de ir siempre adelante,* porque, con haber trabajado tanto, ni se tenía por perfecto, ni pensaba haber llegado a la cumbre, sino siempre iba siguiendo su intento de mayor perfección, y para esto se olvidaba de las cosas pasadas y se extendía siempre a cosas nuevas, hasta alcanzar el premio de la soberana vocación.

4. La cuarta fue *maravillosa destreza en juntar las virtudes que se juntan con dificultad,* como son humildad y magnanimidad, mansedumbre y celo, entrañas de misericordia y rectitud de justicia, castigando, cuando era menester, los delitos, y resistiendo, a los que no procedían conforme a la verdad y sinceridad del Evangelio que predicaba.

5. La quinta fue *grandes ansias de ir a ver a Cristo nuestro Señor por el grande amor que le tenía,* y así, gemía dentro de sí mismo, esperando la perfecta adopción de hijo de Dios, y decía que su vivir era Cristo, y morir era su ganancia, porque, muriendo, ganaba estar siempre con Cristo. Y con este deseo decía que, aunque deseaba estar presente a Dios, pero que, presente y ausente, siempre deseaba agradarle. Y de aquí procedía *la confianza* y *seguridad que tenía de la gloria,* de modo que pudo decir: «He peleado buena pelea, he corrido mi carrera, he guardado la fe y lealtad que debía, por lo cual me está guardada la corona de justicia que me dará el justo Juez el día de la cuenta, y no solamente a mí, sino a todos los que aman su venida». De aquí también nació *la grande prontitud* y *generosidad de ánimo* con que se ofrecía *a morir por Cristo* por el bien de las almas, la cual mostró con las obras toda la vida, porque su vida fue una prolongada muerte por Cristo y por sus prójimos, y así dijo: «Por Ti somos mortificados todo el día y tratados como ovejas del matadero; y nosotros que vivimos, somos siempre entregados a la muerte por Jesús». Y

otra vez dice: «Cada día, hermanos, muero por vuestra gloria, la cual tengo en Cristo Jesús».

6. Y, finalmente, *cuando se ofreció ocasión, dio la cabeza por Cristo nuestro Señor;* y aunque el modo de muerte parecía ligero, pues no murió crucificado como San Pedro, pero *quizá fue la causa* porque toda su vida, después de su conversión, *había vivido,* como está dicho, *clavado con Cristo en la cruz*, estando señalado con las llagas y señales de su Pasión, cumpliendo en su cuerpo lo que era menester para cumplimiento de la Pasión de Cristo, aplicando su eficacia a la Iglesia a costa de sus propios trabajos; y con este fervor estaba aparejado para morir muerte de cruz si le fuera concedido. Y aun deseaba morir con mil géneros de tormentos, para mostrar en esto el grande amor que tenía a su Maestro.

¡Oh Maestro celestial, que después de subido al cielo escogiste este nuevo discípulo y le labraste con tu divina mano, despojándole de todas las aficiones terrenas y vistiéndole de las divinas! Por él te suplico me tomes también por tu discípulo, ayudándome con tan copiosa gracia, que te pueda imitar como él te imitó, para que llegue en su compañía a gozar de Ti por todos los siglos. Amén.

Meditación 32

La vocación de Cornelio centurión, y la revelación que tuvo San Pedro sobre la conversión de los gentiles, y cómo el Espíritu Santo vino sobre ellos

PUNTO PRIMERO

Virtudes con que Cornelio se dispuso para recibir la fe.

Había un varón en Cesárea llamado Cornelio, capitán de la legión que se llamaba Itálica, religioso y temeroso de Dios, con toda su casa, el cual hacía muchas limosnas al pueblo y oraba siempre a Dios.

1. Aquí se han de considerar *las virtudes excelentes con que este varón fuese disponiendo para recibir las mercedes que Dios le hizo,* alumbrándole con la fe de Cristo y comunicándole la plenitud del Espíritu Santo con el don de lenguas, como a los Apóstoles. *Lo primero, era muy*

religioso, esto es, muy dado a las cosas del culto de Dios y a las obras de su servicio. *Lo segundo, era temeroso de Dios,* apartándose de todo pecado, con lo cual cumplía las dos partes de la justicia, que son *apartarse de lo malo* y *seguir lo bueno.* Y era tan grande el ejemplo que de esto daba, que toda su casa hacía lo mismo, porque *cual es el señor, tales son los criados,* y cual es el padre de familias, tales son sus domésticos. *Lo tercero, era muy limosnero,* dando muchas limosnas a cualquiera del pueblo que se las pedía, no haciendo diferencia de unos a otros. *Lo cuarto, era muy dado a la oración,* porque oraba siempre, esto es, con grande frecuencia y continuación, y en las horas señaladas para esto; lo cual se echó bien de ver en que guardaba la costumbre de *orar a la hora de nona*, como él mismo lo dijo. Y, aunque era de nación gentil, se ejercitaba en tales obras porque Dios misericordiosamente le previno con sus ayudas, y se aprovechaba del ejemplo que veía en los buenos con quienes conversaba en aquella ciudad; y nuestro Señor nos le pone delante para confusión de los que tenemos fe de Cristo y gozamos de sus sacramentos, y con todo eso, no hacemos lo que un gentil y soldado hacía.

2. Luego consideraré *el modo como Dios le llamó* para darle la luz y perfección que le faltaba; porque cerca de la hora de nona vio en visión manifiestamente el ángel de Dios que entraba a él y le decía: «Cornelio; y mirándole con gran temor, respondió: «Señor, ¿quién eres?» Le dijo el ángel: «Tus oraciones y tus limosnas han subido a la presencia de Dios. Envía luego algunos varones a Joppe, y llama a Simón, por sobrenombre Pedro, el cual te dirá lo que te conviene hacer». En lo cual resplandece *la suave providencia de nuestro Señor* en mirar por la salvación y perfección de los escogidos; porque cuando ve que alguno, de su parte, conforme a su caudal y fuerzas ayudadas del divino socorro, hace lo que sabe y puede, luego acude a enseñarle lo que no sabe, y a darle nueva ayuda para lo que no puede, tomando para esto, si fuere necesario, medios extraordinarios y milagrosos, como lo hizo en este caso. De donde sacaré *grande confianza en esta providencia* paternal de Dios, y continuas alabanzas por las mercedes que con ella nos hace.

¡Oh Amado mío!, ¿cómo no tendré yo cuidado de Ti, pues Tú le tienes tan grande de mí? Cierta será mi salvación si la tomas a tu cargo, mirando con especial providencia lo que me falta, para poner luego remedio en ello. Concédeme, Señor, que haga todo lo que mi saber y poder alcanza, y descúbreme con tu divina luz lo que no entiendo, ayudándome con tu gracia para cumplirlo.

3. Luego ponderaré cómo los ángeles, especialmente los de la Guarda, son instrumentos y ministros de la divina Providencia en el negocio de nuestra salvación, y a su cargo está asistir invisiblemente a los que oran, y presentar a Dios sus oraciones y buenas obras; y así, este ángel que guardaba a Cornelio se le apareció estando orando, y le dijo dos cosas: a) La primera, que sus oraciones y limosnas habían subido a la memoria y presencia de Dios; de suerte que no se quedaron en la tierra, sino volaron hasta el cielo, y no se olvidó Dios de ellas, sino las tuvo presentes en su memoria, y en su presencia estuvieron solicitando y negociando la salvación y perfección de Cornelio; y ambas juntas subieron, porque la oración ayuda a la limosna, y la limosna a la oración. Por tanto, ¡oh alma mía!, si quieres negociar con Dios tu salvación, envíale estos dos solicitadores, para los cuales no hay puerta cerrada en el cielo; porque la oración del que se humilla penetra las nubes y no saldrá de allí hasta que el Altísimo la mire. Y si escondes *la limosna* en el seno del pobre, ella orará por ti, librándote de todo mal, porque la limosna es oración, no de boca, sino de obra.

b) La segunda cosa que le dijo fue *que enviase por San Pedro,* y *que él le diría lo que le convenía hacer;* en lo cual se ve que la divina Providencia, aunque nos gobierna por ángeles en las cosas que no pueden hacer los hombres, pero en las que pueden hacer, quiere gobernarnos por ellos. Y así, el ángel no quiso decir a Cornelio lo que había de hacer, aunque pudiera, sino le remitió a San Pedro para que de su boca lo oyese, y juntamente inspiró a San Pedro que viniese a enseñarle. De donde sacaré aviso para *sujetarme a este modo de Gobierno que Dios tiene,* así para honrar a sus ministros, como para humillarnos a todos con la necesidad que unos tenemos de otros, como ponderamos de Saulo y Ananías.

PUNTO SEGUNDO

Loable costumbre y modo de orar de los Apóstoles.

Enviando Cornelio dos criados y un soldado a Joppe, ya que llegaban cerca de la ciudad, se subió Pedro a lo alto de la casa para orar, cerca de la hora sexta; y teniendo hambre, quiso gustar algo, y estándose aparejando la comida, vino sobre él un éxtasis del alma con suspensión de sus sentidos.

1. Aquí se ha de ponderar *la costumbre tan loable de los Apóstoles en orar, escogiendo para la oración lugar, tiempo* y *horas convenientes,*

como se vio en este caso. Porque San Pedro, para orar, *se subió a lo alto* y más retirado de la casa, donde no llegase el bullicio de la gente que andaba por lo bajo. En lo cual también se representa la obra de la perfecta oración, que es subida del espíritu a Dios, dando de mano al bullicio de las imaginaciones importunas que bullen en la parte inferior del alma.

¡Oh Dios eterno, pues dijiste que para orar entrase en mi aposento y cerrase las puertas para que con más quietud y silencio pudiese ofrecerte mi secreta oración, ayúdame con tu gracia para que entre en el aposento más alto de mi espíritu, y allí ore y te adore con espíritu y verdad!

También *escogió para orar la hora de sexta,* como Cornelio la de nona, siguiendo la costumbre de los justos de Israel, que oraban tres veces al día: a la hora de *tercia,* que es a la mañana cerca de las nueve, y a la hora de *sexta,* que es a mediodía, y a la hora de *nona,* que es a las tres de la tarde; la cual costumbre tuvo David y Daniel; y los demás Apóstoles la guardaron con más cuidado, porque a la hora de tercia vino el Espíritu Santo sobre ellos, a la de sexta subió Cristo nuestro Señor a la cruz y a la de nona expiró y bajó a despojar el limbo. De donde sacaré propósito eficaz de señalar horas en qué orar, y en llegando la hora señalada, dejar todas las cosas por cumplir con mi oración, como San Pedro en este caso, que, aunque tenía hambre y quisiera comer, no por eso dejó su oración, antes con ella se previno para la comida, dando primero su manjar al espíritu que al cuerpo.

2. Lo segundo, se ha de considerar cómo *nuestro Señor, para hacer favores extraordinarios a sus escogidos, también escoge lugar* y *tiempo conveniente,* y lo más ordinario es escoger lugar retirado y tiempo de oración; porque cuando el hombre de su parte procura llegarse a Dios y subir a su presencia con el espíritu, entonces Dios le hace los favores especiales que puede *y* quiere; y así en esta ocasión suspendió a San Pedro los sentidos y le levantó en espíritu para que viese los secretos de Dios, y a esta suspensión llama *exceso de la mente*, porque el alma sale de sí y es levantada sobre sí misma y sobre sus fuerzas; y cuando esto se hace con violencia interior, se llama rapto o arrebatamiento, porque arrebata Dios el espíritu y le hace subir, como a San Juan, a ver sus divinos misterios. De donde sacaré que, aunque no es seguro pretender tales excesos, tengo de pretender aquel exceso de amor que me saque de mí mismo y me traspase a Cristo, de modo que pueda decir con San Pablo: «Vivo yo, ya no yo, vive en mí Cristo», porque dejando todas las cosas temporales, y a mí mismo con ellas, dejo de ser mío y comienzo a ser todo de Cristo, gustando de pensar en Él, y hablar de Él, y hacerle placer en todas las cosas.

¡Oh Dios de amor, arroja sobre mí este exceso de amor! ¡Oh Amor omnipotente, arrebata mi corazón y traspásale donde Tú estas, para que yo esté siempre contigo unido en amor, y Tú vivas en mí rigiéndome con amor!

PUNTO TERCERO

Misteriosa visión de San Pedro.

En este *exceso* vio San Pedro el cielo abierto, y que un lienzo grande, colgado de cuatro puntas, bajaba del cielo a la tierra, en el cual estaban bestias de cuatro pies, serpientes de la tierra y aves del cielo; y oyó una voz que le decía: «Levántate, Pedro; mata y come.» Respondió Pedro: «No, Señor, porque nunca comí lo que es común e inmundo.» Luego oyó otra voz que decía: «Lo que Dios santificó, no lo llames común.» Esto sucedió tres veces, y luego el lienzo fue recibido en el cielo.

1. Aquí se ha de ponderar, lo primero, que, como Cristo nuestro Señor, cuando predicaba en esta vida mortal, usaba de semejanzas para descubrir los misterios del reino de los cielos, así también espiritualmente suele usar de estas semejanzas, imprimiendo estas figuras en la imaginación, en las cuales se represente el misterio que pretende, como lo hizo aquí con San Pedro; y con San Juan en las revelaciones del Apocalipsis; y ahora también suele comunicarse de este modo a los que Él quiere. Pero a mi cuenta sólo está formar yo en mi imaginación, si cómodamente puedo, las imágenes y figuras de las cosas que se me han revelado con su fe, como son, de Cristo hecho niño en un pesebre, o atado a la columna, o puesto en la cruz, para moverme con estas figuras a mayor amor del Señor que en ellas se representa; lo demás dejaré a su providencia para que haga lo que más conviniere. Pero en esta figura presente resplandece mucho la infinita caridad de Dios nuestro Señor en querer admitir en su Iglesia y en su cielo, cuanto es de su parte, a todos los pecadores del mundo, avarientos, carnales y soberbios, figurados por aquellos tres géneros de animales: bestias, serpientes y aves, recogiéndolos, no solamente del rincón de Judea, sino de todas las cuatro partes del mundo; para esto vino del cielo y se vistió del lienzo purísimo de su sacratísima humanidad; para esto instituyó su Iglesia, blanca y pura, sin mancha ni ruga; para esto trazó la predicación de los cuatro Evangelios, cuya doctrina es del cielo, para salud y vida del mundo.

Gracias te doy, ¡oh dulcísimo y misericordiosísimo Jesús!, por la infinita caridad con que llamas a todos los pecadores, y te quieres cargar de todos para llevarlos sobre tus hombros al cielo. ¡Oh Amado mío!, ¿cómo admites tales fieras y serpientes en lienzo tan blanco y puro? En los desiertos y cuevas de la tierra había de ser su morada; pues ¿por qué los sacas de allí y los pones en este lienzo para llevarlos al cielo y aposentarlos en las eternas moradas? Desde hoy más, no quiero desconfiar de tu inmensa misericordia, pues tan larga se muestra en remediar nuestra miseria.

2. Lo segundo, tengo de ponderar *lo que significa aquella voz que se dijo a San Pedro* y en él a *todos los ministros de Cristo: Mata* y *come;* como quien dice: pues tienes hambre y deseas comer, mata esas fieras, esas serpientes y aves de rapiña, y come de ellas; para significar que es propio de los sacerdotes y confesores y ministros de Cristo matar los pecadores, cuanto a sus pecados, quitándoles la vida carnal y bestial que tenían, por medio de los sacramentos del Bautismo y Penitencia, y luego comerlos e incorporarlos con la Iglesia como miembros suyos, y unirlos con Cristo con caridad y semejanza de vida; porque Cristo nuestro Señor aborrece y desecha a los pecadores vivos que viven al pecado, pero admiten dentro de Sí a los pecadores muertos cuanto a la culpa, porque esta muerte les trae otra nueva vida de gracia.

¡Oh Dios eterno, pues mandas a tus ministros que maten y coman, mata Tú, Señor, y come por su medio, ayudándoles con eficacia a cumplir lo que les mandas con tanta misericordia!

3. Luego ponderaré *lo que respondió San Pedro,* el cual no estaba por entonces enterado de la voluntad de Dios *cerca de admitir los gentiles a la Iglesia,* y esto significaba *el rehusar de comer aquellos animales,* inmundos según la ley vieja. Pero la voz del cielo le dijo: «Lo que Dios ha santificado no lo llames inmundo»; que es decir: No rehúses de admitir a mi fe y religión a los que Yo con mi eterna ordenación tengo escogidos para que sean santos, aunque te parezcan a ti muy malos. Por donde se ve *cuán contrario es al espíritu de Cristo* que los predicadores y confesores *tengan asco de los pecadores* que vienen a sus pies, por más abominables que sean, pues los trae Dios para convertirlos y hacerlos justos.

¡Oh inmensa caridad de Jesús, cuán varios caminos tomas para descubrir el amor que tienes a los pecadores! ¿Quién tendrá asco de recibirlos, pues Tú no le tienes de llamarlos? ¿Quién rehusará esta comida, pues Tú la calificas por santa? Dame, dulcísimo Señor, esta hambre de salvar pecadores, para que con gusto los coma e incorpore contigo por gracia, trayéndolos Tú con verdadera penitencia.

4. Últimamente, ponderaré cómo *sonó esta voz tres veces* para que se arraigase más en el corazón de Pedro, así como le examinaron *tres veces* en el amor, y *tres veces* le dijeron que apacentase las ovejas de Cristo; y luego aquel lienzo fue recibido en el cielo en señal de que Dios tenía su cielo abierto para los gentiles que se convirtiesen, aunque hubiesen sido grandes pecadores.

Alégrate, ¡oh alma mía!, mirando cómo sube al cielo este lienzo lleno de bestias y serpientes y aves de rapiña, cargado de grandes pecadores, no vivos, sino muertos; muertos a la culpa, pero vivos ya por la gracia. Procura, matar en ti la vida del hombre viejo, y resucita con Cristo a la vida del hombre nuevo, para que entres con Él en su cielo y te dé asiento en el trono de su gloria. Amén.

PUNTO CUARTO

Por qué algunas veces nos da luego el Señor la inteligencia de las visiones.

Dudando Pedro de lo que significaba esta visión, llegaron los tres varones que le llamaban de parte de Cornelio, y le dijo el Espíritu Santo: Tres hombres te buscan; levántate y vete con ellos, porque Yo los envié. Y, partiéndose otro día, llegó a casa de Cornelio, donde estaba mucha gente, y habiendo San Pedro oído de su boca lo que había pasado, les predicó a Cristo, y estando predicando, vino el Espíritu Santo sobre todos los que oían el sermón, y hablaban diversas lenguas magnificando a Dios.

Aquí se ha de ponderar cómo nuestro Señor algunas veces *no da luego la inteligencia de las visiones que descubre a sus siervos;* lo cual hace con su providencia, parte para *fundarles en humildad,* parte para que *con oraciones alcancen esta inteligencia,* y también para *dársela en el tiempo* y coyuntura *que más conviene,* como sucedió en este caso a San Pedro, el cual, obedeciendo a la voz del Espíritu Santo, fue adonde estaba Cornelio y su gente, y les predicó a Jesucristo crucificado, con tanto fervor, que todos creyeron y recibieron el Espíritu Santo y el don de hablar en diversas lenguas. En lo cual se ha de ponderar *la infinita liberalidad de Dios en dar tales dones a estos gentiles,* para que se entienda, como aquí dijo San Pedro, que no es aceptador de personas, pues da liberalmente un don tan precioso como el Espíritu Santo a unos hombres que habían sido bestias y serpientes, adorando por dioses a estos animales; y a les que habían tenido lenguas serpentinas para blasfemar del verdadero Dios y

emponzoñar a sus prójimos, les concede lenguas de fuego con que glorifiquen a Dios y publiquen sus grandezas. Y aunque poco a poco les iba ilustrando y hablando con el sermón de San Pedro, pero de repente y en un punto los trocó, justificó y llenó de sus gracias y dones, comunicándoles grandes júbilos de alegría, y recibiendo todos el bautismo por orden de San Pedro, y con el bautismo recibieron nuevo aumento de gracia y de alegría, gozándose también el santo Apóstol con estas primicias de la gentilidad que en este día ofrecía a su Maestro, a quien sea honra y gloria por todos los siglos de los siglos. Amén.

Meditación 33

Los ejercicios admirables de virtud en que se ocupó la Virgen nuestra Señora después de la venida del Espíritu Santo

Para dar fin a los misterios gloriosos de Cristo nuestro Señor, cuya gloria en cierto modo quedó cumplida cuando tuvo consigo glorificada a su Madre, añadiré algunas meditaciones de la vida y muerte y asunción gloriosa de la Virgen nuestra Señora; la cual, después de la venida del Espíritu Santo, como la Iglesia lo da a entender en el Evangelio que canta el día de su Asunción, escogió la mejor parte de María, sin dejar del todo la de Marta; antes, tomó de ella la mejor, ocupándose, no sólo en vacar a Dios por la contemplación, sino también en acudir al bien espiritual de los prójimos, para gloria de su Hijo y para consuelo y acrecentamiento de la primitiva Iglesia, que fue la causa principal de no llevarla Cristo nuestro Señor luego consigo al cielo, dejándola casi quince años en la tierra, para que en su ausencia hiciese los oficios que Él solía hacer con sus discípulos, al modo que veremos.

PUNTO PRIMERO

Cómo la Virgen nuestra Señora observaba perfectamente los consejos evangélicos.

Lo primero, se ha de considerar cómo la Virgen nuestra Señora, ilustrada por el Espíritu Santo, *no se retiró a los desiertos,* como después lo hizo la Magdalena, *sino escogió vivir,* a imitación de su Hijo, *vida*

común entre los demás discípulos, para ayudarlos con su ejemplo, *guardando con gran perfección* todos *los consejos evangélicos,* de quien ellos aprendieron a guardarlos.

1. Primeramente, *abrazó la pobreza evangélica,* haciendo voto de ella, si no es que antes lo tuviese hecho, como es más cierto; pero le guardó entonces con grande estrechura, *viviendo de la limosna que los Apóstoles repartían a los fieles* y *a las demás viudas*, contentándose, mucho mejor que San Pablo, con tener sustento y algo con que cubrirse, porque tenía muy fresca en su memoria la hiel y vinagre y la desnudez de su Hijo en la cruz, en cuya comparación le parecía poco todo cuanto padecía. Y así, como verdaderamente pobre de espíritu, deseaba siempre padecer mayores efectos de pobreza; y *con ella juntó su hermana la humildad,* a quien los santos llaman con el mismo nombre, de la cual haremos especial meditación.

2. Lo segundo, *tuvo muy excelente obediencia* no, solamente a todas las cosas que Cristo nuestro Señor dejó establecidas en la ley evangélica, sino también a las que San Pedro y los Apóstoles ordenaban para toda la Iglesia, siendo la primera en obedecer y sujetarse a todo, acordándose de lo que su Hijo había dicho, que quien hiciere la voluntad de su Padre es su verdadero hermano y hermana y su madre; y así, en ninguna cosa quiso tanto mostrar ser Madre de Cristo, como en obedecer a Cristo y a los que dejó en su lugar.

¡Oh Virgen soberana!, me gozo de veros Madre de Cristo mi Señor por dos títulos: por haberle engendrado en vuestro vientre, y por haberle concebido en vuestro espíritu con perfecta" imitación. Sólo resta, Señora, que seáis su Madre por otro tercer título, engendrándole también espiritualmente en los corazones de los fieles; engendradle dentro de mi alma, negociando que siempre viva en ella por todos los siglos. Amén.

3. Lo tercero, *se señaló sobre todos en la castidad,* de la cual, como sé dijo en la Segunda Parte, hizo voto y le guardó perpetuamente *con una pureza más que de ángel,* por lo cual la Iglesia, no solamente la llama Virgen de las vírgenes, sino *la misma virginidad,* diciendo: ¡Santa e inmaculada virginidad! no sé con qué palabras te pueda ensalzar. Solamente añado que, como el arca del Testamento, que era de Setín, madera incorruptible, estaba guarnecida con chapas de oro purísimo por de dentro y por de fuera, así esta Virgen *adornó su incorruptible castidad con virtudes purísimas,* así las que perfeccionan el cuerpo en las obras exteriores, como las que perfeccionan el espíritu en las obras interiores, para que fuese, como dice el Apóstol, santa por eminencia en el cuerpo 3^

en el espíritu. Entre éstas ponderaremos algunas que cuenta San Ambrosio para guarda de la castidad: *a)* La primera fue *rara modestia* en todos los meneos exteriores, *con una celestial compostura en el mirar* y *andar* y *en el modo de hablar,* de tal manera, que el. semblante del cuerpo era retrato de la santidad del espíritu, y por la portada exterior se conocía la hermosura del edificio interior, con resplandores de divinidad, *b)* La segunda fue *silencio admirable y muy discreto,* hablando solamente cuando convenía, pocas palabras y con voz humilde, como consta de las que se cuentan en el Evangelio; por lo cual sus labios se comparan a la cinta de grana, dando a entender que ceñía sus palabras, pero con muestras de caridad, como en su lugar se dijo.(2) *c)* La tercera fue *singular templanza* y *abstinencia,* guardando una regla celestial, que refiere San Ambrosio. Comía del manjar ordinario que se halla dondequiera, y en tanta cantidad, que bastase para no morir, y no para regalar. Y además de esto, después que se ausentó su Hijo, cumplió lo que Él había dicho, que ayunarían los hijos del Esposo, ayunando Ella mucho, en especial cuando pretendía alcanzar algo para la Iglesia, *juntando* ayuno *y penitencia con la oración,* como se lo reveló después a Santa Isabel. *d)* La cuarta fue *raras vigilias,* porque, como dice este Santo, solamente dormía lo necesario para vivir a más no poder, 37 entonces no estaba del todo ociosa, porque *durmiendo el cuerpo, velaba su ánima*, o repitiendo lo que había leído, o continuando lo que había interrumpido, o ejecutando algo de lo que había propuesto, o proponiendo algo de nuevo con varios afectos del espíritu, según aquello de los Cantares: «Yo duermo, y mi corazón vela». La quinta fue *gran diligencia en todas las obras exteriores* que pertenecían al culto de Dios, y al servicio de su Hijo, y al gobierno de su pobre casa, y al bien de los prójimos, cumpliendo las obras de religión, piedad y misericordia con gran cuidado. Esta virtud pondera San Ambrosio, juntándola con las pasadas, por estas palabras: ¿Cómo contaré la poca comida de la Virgen María y su mucho trabajo y ocupación? Su ocupación fue tanta, que sobrepujaba a sus fuerzas; su comida tan poca, que casi faltaba a ellas. Su ocupación fue tan continua, que no tenía interrupción; la comida tan rara, que a pares pasaba los días sin comer. La sexta virtud fue *guarda vigilantísima de su corazón, del cual,* como dice el Sabio, *procede la vida*; y así cuando salía fuera de casa, aunque fuese con compañía, pero ninguna guarda llevaba mejor que a sí misma, la cual velaba en guardar sus sentidos, componer sus meneos y conservar puro su corazón para su Dios, a quien solamente deseaba agradar, sin hacer caso de los vanos juicios y

dichos de los hombres. Buscaba por juez y testigo de su conciencia, no a los hombres, sino a Dios, cuya gloria deseaba.

¡Oh Virgen soberana, más pura que los ángeles del cielo, me gozo de que seáis espejo de vírgenes, dechado de religiosos y maestra de la evangélica perfección! Suplicad a vuestro Hijo me adorne con vuestras virtudes, para que guarde con perfección todos sus consejos. Amén.

PUNTO SEGUNDO

De su oración y contemplación.

Aunque nuestra Señora *siempre tuvo altísima oración,* y *contemplación,* como se dijo en la Segunda Parte, pero como crecía en edad, crecía en los dones de Dios, señaladamente en éste, en el cual *se han de ponderar algunas cosas en que podemos imitarla,* conforme a nuestro pobre caudal.

1. La primera es que *totalmente, por especial privilegio, tenía quitados los cuatro impedimentos de la oración y contemplación, que el glorioso San Bernardo llama culpa que remuerde, cuidado que punza, sentido que codicia, y tropel de vanos pensamientos que turban la imaginación*. De suerte que no fue nuestra Señora como la Sunamitis, que es alma cautiva y presa de sus pasiones, la cual se turba a sí misma con estos carros de cuatro ruedas, apartando de nuestro Señor Dios su vista en la oración, hasta que la llama cuatro veces con grande eficacia, diciéndola: «Vuélvete, vuélvete, Sunamitis, vuélvete, vuélvete para que te miremos»; porque siempre esta sacratísima Virgen miraba a Dios, sin tener cosa que la desviase ni apartase un punto de esta vista.

2. A lo cual ayudaba que tenía *muy en su punto todas las virtudes que disponen a la oración* y *contemplación,* y la sirven de alas para subir al cielo, especialmente *viva fe* de los divinos misterios, *grande confianza en Dios* nuestro Señor, *humildad muy profunda,* y sobre todo, *cavidad muy encendida,* con la *eminencia de la sabiduría* y *de los demás dones del Espíritu Santo.* Y como estas virtudes estaban ahora muy más crecidas, así también lo estaba la contemplación; por lo cual, con mayor admiración decían los ángeles: «¿Quién es ésta que sube por el desierto como vara de humo salida de mirra y de incienso y de todo género de polvos olorosos?». Como si dijeran: ¿Quién es ésta que está llena de mirra de mortificación, y de incienso de oración, y de polvos olorosos de todas las virtudes, las

cuales, echadas en las brasas de su caridad, levantan un humo suavísimo de contemplación, que siempre va subiendo, y sube tan alto que le perdemos de vista?

¡Oh Virgen Santísima, me gozo de que, viviendo en la tierra, tengáis siempre vuestra conversación en el cielo, volando tan alto que causéis grande admiración a los ángeles que os miran! Llevadme, ¡Oh Virgen piadosísima!, tras vos al olor de vuestros ejemplos, y encended en mi alma un fuego de caridad que consuma en ella todo lo terreno y la levante a contemplar lo celestial.

3. Lo tercero, *frecuentaba esta Señora muy a menudo los lugares donde su Hijo había obrado los misterios de nuestra redención:* visitaba el huerto de Getsemaní, el monte Calvario, el santo Sepulcro y el monte de las Olivas, de donde se subió a los cielos, y el sagrado cenáculo, donde vino el Espíritu Santo y adonde se había instituido el Santísimo Sacramento; y estas visitas hacía con grande reverencia y devoción y con muy alta contemplación de los misterios

¡Oh Virgen soberana, quién pudiera seguiros en estos pasos, subiendo con Vos al monte de la mirra y al collado del incienso, mirando, como Vos mirabais, lo que Cristo padeció en este monte, y el modo como oró en este collado! Llevadme en vuestra compañía, enderezándome para que suba con acierto, e ilustradme para que lo mire con provecho.

4. Lo cuarto, *oraba esta Señora incesantemente en todo lugar* y *tiempo* con la mayor continuación que oró pura criatura, cumpliendo el consejo de su Hijo, que dice: «Conviene siempre orar y no desfallecer»; oraba y contemplaba *de día* y *de noche, haciendo obras de manos;* y *aun durmiendo,* como se ha dicho, *pensaba machas veces en Dios,* el cual la visitaba entonces con visiones no menos regaladas que la de Jacob, cuando durmiendo vio el reino de Dios en figura de la escala. Y, generalmente, en su contemplación recibió favores extraordinarios, mayores que cuantos han recibido los santos del Viejo y Nuevo Testamento. Se le mostraba Dios muchas veces como a Moisés, hablando con Ella, no por figuras ni en sueño, sino boca a boca y cara a cara, con la claridad que en esta vida mortal se compadece. Era arrebatada, como San Pablo, hasta el tercer cielo, y entraba en el paraíso, donde oía los secretos de Dios, que no se pueden decir. Fue, como San Juan, levantada en espíritu para ver las cosas que estaban por venir, con mayor luz que él tuvo. Vio muchas veces los cielos abiertos, como San Esteban, y a su Hijo sentado a la diestra del Padre. Finalmente, los regalos eran tantos, que los ángeles se admiraban y decían: «¿Quién es ésta que sube del desierto, llena de deleites, arrimada a

su Amado?». Como si dijeran: ¿Quién es ésta que va subiendo, por la contemplación, al cielo, y en esta subida recibe abundancia de regalos con tanto favor, que siempre va arrimada a su Amado, unida con Él por amor y estribando en Él por singular confianza?

¡Oh Virgen Santísima, me gozo de veros tan llena de deleites y tan unida por amor a vuestro Amado! Bien merecidos los tenéis por los muchos trabajos que por su causa padecisteis. Bien podéis decirle como David.: Según la muchedumbre de mis dolores, alegraron mi alma tus consolaciones». Repartid, Señora, alguna gótica de ese celestial licor con vuestro siervo, para que se aliente a correr por el camino de los divinos mandamientos con la dilatación de su corazón.

5. Últimamente, ponderaré cómo esta Señora *comulgaba cada día con extraordinaria fe, reverencia* y *devoción,* recibiendo a su Hijo para unirse con Él de nuevo, y entreteniéndose con verle y gozarle en el Sacramento hasta que le viese en la gloria. Y en cada comunión recibía tan grande aumento de gracia, por su excelentísima disposición, que no es posible declararse; y muchas veces se le mostraba Cristo nuestro Señor en la forma que allí está, como después acá lo ha hecho con otros siervos suyos.

¡Oh Virgen Santísima, me gozo de veros cada día renovar el primer gozo de la Encarnación, recibiendo sacramentalmente en vuestro pecho, al que entonces recibisteis en vuestras entrañas! Por Él os suplico me alcancéis, tal disposición para recibirle, que me llene de su gracia *y* después le goce con Vos en su gloria. Amén.

PUNTO TERCERO

De su celo por la salvación de las almas.

Como la Virgen nuestra Señora entraba cada día en la bodega de los vinos de su Hijo, allí se encendía en deseo de ejercitar con orden y concierto todos los actos y obras de caridad, de la cual nacía en Ella un *celo de la gloria de Dios* y *de la salvación de las almas encendidísimo*, pero muy ordenado; en lo cual todos podemos imitarla.

1. Porque, lo primero, *deseaba grandemente la salvación de todos los hombres,* y *con oraciones la solicitaba por todos los caminos que podía,* ya orando pollos predicadores para que Dios diese eficacia a su palabra, ya por los mismos pecadores, para que Dios tocase sus corazones;

y así, es de creer que *por las oraciones de esta Señora se convirtieron tantos millares en el primero* y *segundo sermón de San Pedro. Y* también se convirtió Saulo, por quien Ella oró no menos que San Esteban. También oraba por los mismos mártires para que Dios les diese constancia y victoria. Y teniendo Ella levantadas las manos, mucho mejor que Moisés cuando el pueblo peleaba, ¿cómo no habían de vencer aquellos por quien oraba?

Orad, Virgen soberana, por vuestro siervo cuando pelea contra sus enemigos, porque orando Vos por mí, yo venceré por Vos, y vuestra será la gloria de mi victoria.

2. Lo segundo, *ayudaba a las almas con el ejemplo raro de su vida, la cual era un predicador mudo, pero eficacísimo para mover a toda virtud;* porque en toda Ella resplandecía una divinidad tan grande, que, como dijo de Ella San Dionisio, si la fe no lo corrigiera, pensaran todos que era Dios, como lo era su Hijo. Demás de esto, *ayudaba con la palabra, enseñando a los Apóstoles los misterios de la fe,* que Ella sabía con más particularidad y con mayor luz del cielo, y consolando y alentando a los fieles que acudían a Ella, no solamente de Jerusalén, sino de otras partes remotas; porque, como dijo San Ignacio, mártir, todos deseaban verla como a un prodigio celestial de santidad. Pero más adelante pasó su caridad, porque, así como por inspiración de Dios fue desde Nazaret a las montañas de Judea a visitar a Santa Isabel para que por su medio fuese justificado el Bautista, así también por la misma inspiración hizo ahora algunas jornadas. Fue a Efeso, como lo afirman los padres del Concilio Efesino, y a Antioquía, como lo prometió a San Ignacio, y también iría a otras partes para ayudar y consolar a los fieles que deseaban verla, y confirmarlos en la fe, y juntamente dilatarla entre los gentiles; porque aunque era muy amiga del recogimiento, pero la caridad la hacía salir, como se dice en el libro de los Cantares, para visitar las viñas de las Iglesias, y ver si florecían, y si las flores de los nuevos cristianos producían frutos de buenas obras.

3. Finalmente, en este tiempo y por esta ocasión, como dice San Ignacio, *padeció grandes murmuraciones* y *persecuciones de los escribas* y *fariseos* y *de todos los que aborrecieron* y *persiguieron a su Hijo;* en las cuales persecuciones se mostraba sufrida y muy gozosa, alegrándose de padecer algún desprecio por el nombre de su Hijo, y con este maravilloso ejemplo de paciencia alentaba a los que eran perseguidos para que tuviesen otra semejante.

4. Pero *sentía grande aflicción en su alma con las caídas de algunos flacos,* porque mucho mejor que San Pablo podía decir: «¿Quién se escandaliza, y yo no me abraso? ¿Y quién cae enfermo, que yo no enferme?». *Y el celo de la casa de Dios comía sus entrañas*, como las de su Hijo, viendo los pecados de aquellos que la profanaban; mas todo esto la movía a orar con mayor fervor y a procurar con más cuidado la salvación de las almas para gloria del que las crió y redimió.

¡Oh Virgen soberana!, ya que no tuvisteis dolores en el parto de vuestro Hijo natural, Chisto Jesús, ahora los padecéis en el parto del hijo adoptivo, que es el linaje humano; vestida estáis del sol, coronada de estrellas y con la luna debajo de los pies, y con todo eso, clamáis con dolor por parir a este lujo, formando a Cristo dentro de su corazón. Clamad, Señora, por mí, y no ceséis de clamar hasta que me engendréis en Cristo, de modo que viva Él en mí y yo en Él por todos los siglos. Amén.

PUNTO CUARTO

De su continuo crecimiento en las virtudes.

1. Lo último que podemos considerar de la Virgen nuestra Señora para conocer *la cumbre de santidad donde llegó,* es *el modo que tenía de obrar,* no solamente, como dice el Sabio, excelente, sino *excelentísimo, aumentando cada día innumerables grados de excelencia;* porque en cada obra echaba el resto de sus fuerzas espirituales, obrando con todo el afecto de corazón que le era posible; y como nuestro Señor paga de contado a los fervorosos, premiándoles luego y dándoles todo el aumento de gracia y caridad que han merecido con la obra que hacen, de aquí es que la Virgen, con cada obra que hacía, redoblaba las fuerzas que tenía y aumentaba al doble la caridad con que amaba, y así, cuando volvía otra vez a ejercitar el amor, amaba con doblada intensión que antes, y de esta manera iba creciendo cada día con un aumento incomprensible; porque la caridad, como dice Santo Tomás, en esta vida no tiene término en el crecer, y el fuego de la Virgen nunca decía basta.

2. De aquí es que la Virgen nuestra Señora eminentísimamente cumplía aquel precepto que dice: «Amarás a tu Señor Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todo tu espíritu y con todas tus fuerzas»; porque todas las empleaba en amarle con cuanto caudal tenía y con toda la continuación que era posible en esta vida mortal, ayudándola los títulos que para amar a su Hijo tenía, como se ponderó en la Cuarta Parte. De la

misma manera cumplía excelentísima mente aquella petición del Pater noster: hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo; porque la cumplía en todas las cosas, grandes y pequeñas, con tanto amor y con tanta pureza de intención, y con tanta diligencia y fervor, como la cumplen los ángeles del cielo, *y aun con mucho mayor,* sacando lo que es propio del estado de los bienaventurados. También se esmeraba en dilatar cada día más su corazón y ensancharle para recibir más dones de Dios, con la confianza grande que tenía en su bondad. De donde procedía que, como dice Isaías, cada día mudaba su fortaleza; añadiendo nuevo aumento, cobraba nuevas plumas, y, como águila, volaba a la cumbre de la perfección, corría sin trabajo *y* andaba sin desfallecimiento; se alegraba como gigante, para correr su carrera con grande ligereza hasta lo supremo de ella.

¡Oh Virgen gloriosísima, hija del Príncipe soberano, cuán hermosos son los pasos que dais con vuestros pies, calzados con virtudes tan divinas! ¡Oh, cómo camináis prósperamente cada día, como la mañana cuando sale, hermosa como la luna, escogida como el sol, y terrible como escuadrones de ejército muy concertado! Comenzáis vuestras obras como la mañana, creciendo en la luz hasta el perfecto día; proseguirlas como luna llena, llenándolas con la plenitud de la conformidad con la divina voluntad; las perfeccionáis como el sol, con singular excelencia, alumbrando con ellas al mundo y encendiéndole en amor del Creador, y, finalmente, todas son como un ejército de virtudes muy concertado, terrible a los demonios y favorable a los escogidos, cuya protectora sois; tomadme debajo de vuestra protección para que con vuestro favor crezca cada día de virtud en virtud hasta que llegue a ver al Dios de los dioses en Sión por todos los siglos. Amén.

Meditación 34

Del glorioso tránsito de la Virgen nuestra Señora

PUNTO PRIMERO

Encendidos deseos que tenía la Virgen de ir a ver a Dios

1. Lo primero, se han de considerar *los vivos* y *encendidos deseos que tenía la Virgen,* especialmente en los últimos años de su vida *de ir a*

ver a Dios y *estar junto con su Hijo;* los cuales nacían, no de tedie de la vida presente, ni de horror a los trabajos que padecía, sino de puro amor: el cual, cuando es muy grande, suspira grandemente por la presencia de su Amado, y no halla descanso si no es en verle; y como era tan leída en las divinas Escrituras, de ellas sacaba las palabras de su afecto: unas veces, hablando consigo misma diría con David: «¡Ay de mí, que se ha dilatado mucho mi peregrinación!, morado he mucho tiempo con los moradores de Cedar: muchos días ha sido mi alma peregrina en esta vida».

Otras veces, hablando con Dios, diría: «Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así desea mi alma a Ti, mi Dios; mi alma tiene sed de Dios fuerte y vivo; ¿cuándo tengo de ir a parecer en la presencia de mi Dios? Saca ya, Señor, mi alma de la cárcel de este cuerpo para confesar tu santo nombre, y mira que los justos están esperando a que me des la corona de justicia que me tienes prometida.» Otra vez hablando con los ángeles que la visitaban, les diría aquello de los Cantares: «Os conjuro, moradores de la celestial Jerusalén, que si toparais a mi Amado, le digáis cómo estoy enferma de amor: decidle que mi espíritu desfallece y mi carne se debilita con el deseo que tiene de verle y gozar de Él.»

2. Pero también es de creer que algunas veces *dentro del corazón de la Virgen habría una santa contienda,* como dice de sí San Pablo, *entre el amor de Dios* y *el amor del prójimo;* porque el amor de Dios juzgaba por mejor ser desatado y estar con Cristo; mas el amor del prójimo decía que era necesario quedarse acá por hacerle bien; y como estaba tan resignada en la divina voluntad con una excelentísima obediencia, diría lo que dijo después San Martín: «Señor, si soy necesaria para tu pueblo, no rehusó el trabajo; hágase tu voluntad».

¡Oh Virgen inefable, que ni fuiste vencida del trabajo, ni lo serás de la muerte, ni temiste morir, ni rehusaste vivir, queriendo solamente lo que quiere Dios! ¡Oh, si viviese yo de tal manera que pudiese imitar tus fervorosos deseos con tu santa resignación, deseando la muerte con alegría, y sufriendo esta vida con paciencia!

3. Finalmente *cuando la Virgen sintió que le faltaban pocos días de vida, comenzó con un nuevo fervor a aparejarse para la partida* ejercitando actos de virtud más esclarecidos, diciendo aquello de los Cantares: «Fortalecedme con flores, fortificadme con frutos, porque estoy enferma de amor»; como si dijera, hablando con sus mismas potencias: La fuerza del amor me va consumiendo la vida; producid nuevas flores y frutos celestiales; brotad meditaciones, afectos y obras olorosas que alivien mi enfermedad y me dispongan al fin de ella. En estas tres cosas dichas

tengo de imitar a la Virgen, aparejándome para la muerte con deseos encendidos de ver a Dios, con resignación en su voluntad, y con obras más perfectas, aumentando el fervor cuando presumo que está cerca la partida; porque *no carece de falta ser tibio en desear ver a Dios y* alcanzar la bienaventuranza; y así se lee que hay *cierto modo de purgatorio en la otra vida, que llaman purgatorio del deseo,* para castigar las tibiezas de los que no tuvieron deseos de ver a Dios.

PUNTO SEGUNDO

Por qué no fue preservada la Virgen María de la muerte.

1. Lo segundo, se han de considerar las cosas que precedieron a la muerte de nuestra Señora: ponderando primeramente *cómo Dios nuestro Señor, aunque preservó a la Virgen de la culpa original, no quiso preservarla de la muerte del cuerpo, que fue su efecto, sino que pasase por ella como todos los demás hombres, para que se viese cuán irrevocable era esta sentencia de la muerte, Y para que la Virgen imitase también en esto a su Hijo,* el cual murió para remediarnos con su muerte; y para que mereciese mucho, venciendo esta natural repugnancia que tiene la carne a morir, pues como dice San Pablo, no queremos ser despojados del cuerpo, sino recibir en él la vestidura de la gloria; y también para que diese a todos ejemplo raro de virtud en su muerte y se compadeciese de los que mueren, como quien pasó por aquel trabajo, porque había de ser nuestra abogada en la hora de la muerte. De donde *sacaré títulos para suplicar a la Virgen me socorra en aquella hora,* alcanzándome algún favor de los muchos que Ella recibió entonces, diciéndola con mucho espíritu aquellas palabras del Avemaría: Rogad por nosotros, pecadores, *ahora* y *en la hora de nuestra muerte.* Y el otro himno que dice: María, Madre de gracia, Madre de misericordia, libradnos del enemigo y recibidnos en la muerte.

2. Lo segundo, consideraré cómo *llegado el tiempo determinado para el glorioso tránsito de la Virgen, su Hijo le envió al Arcángel San Gabriel* para que le diese la nueva de ello; vendría resplandeciente, como cuando vino a anunciarla la encarnación del Verbo divino, y es de creer que entraría con la misma salutación, diciéndola: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres, por el fruto bendito de tu vientre, Jesús. De su parte vengo a decirte cómo ya es llegada la hora en que quiere llevarte consigo y premiarte los servicios que le has hecho, y dar juntamente contento a todos los cortesanos del cielo

que te están esperando con deseo de tenerte en su compañía. ¡Oh, qué sentimientos tan levantados tendría la Virgen con tal nueva! Por una parte, llena de júbilos de alegría, diría con David: «Alegrado se ha mi espíritu por las cosas que me han dicho, porque tengo de ir a la casa del Señor». Y, por otra parte, con grande resignación repetiría también la respuesta que dio la otra vez al mismo ángel, diciéndole: «Ves aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra».

Estos dos afectos tengo de ponderar y guardar en mi corazón para la hora en que me dieren la nueva de mi muerte, pues gusta Dios que la reciba con alegría y resignación.

3. Lo tercero, consideraré cómo *milagrosamente vinieron los Apóstoles* y *otros muchos discípulos a estar presentes a la muerte de la Virgen,* más para provecho de ellos que para consuelo suyo, aunque se consoló mucho con su vista. Todos lloraban su ausencia y se encomendaban en sus oraciones, y Ella consoló a todos y les dio consejos muy saludables, y, a imitación de su Hijo, oró por ellos y les echó su bendición con grande afecto, ofreciéndose a ser su abogada en el cielo.

¡Oh Madre dulcísima, huérfanos quedamos en la tierra si vos os vais al Cielo, pero si tenemos cierta vuestra ayuda desde el cielo, seguros viviremos en la tierra! Subid en buena hora, pues con vuestra bendición nos dejáis prendas de que subiremos con vos a gozar de vuestro Hijo por todos los siglos. Amén.

PUNTO TERCERO

Cristo bajó del cielo por su Madre.

1. *Llegada ya la hora, bajó Cristo nuestro Señor del cielo por su Madre,* cumpliendo con Ella aquella palabra que había dado a los Apóstoles cuando Él dijo: «Si me fuere para aparejaros lugar en el cielo, Yo volveré otra vez y os llevaré conmigo». Y es cierto que trajo innumerable multitud de ángeles para que se hallasen presentes a su muerte, echando de allí a todos los demonios, sin que se atreviesen a llegar a su posada. ¡Oh, qué palabras tan regaladas diría el Hijo a su Madre! No alcanza nuestro entendimiento a rastrearlas si no es por las que están escritas en el libro de los Cantares. La diría con grande amor: «Levántate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven, porque ya es pasado el invierno, *y* han cesado las lluvias, y es llegado el fin de tus trabajos».

«Ven, ¡oh Esposa mía!, del Líbano y de los montes altos y fértiles de virtudes en que has morado; deja ese mundo miserable, que es cueva de leones *y* monte de tigres»: vea y serás coronada con la corona de justicia, que tan bien has merecido.

2. En viendo la Virgen a su Hijo, y oyendo las palabras que le decía al corazón, es de creer que, con la grande caridad que tenía-, le pediría consolase a sus Apóstoles y discípulos, derramando sobre ellos su copiosa bendición. Y luego, acordándose del modo como su Hijo expiró en la cruz, diría las mismas palabras que Él dijo: ¡Oh Padre mío en cuanto Dios, e Hijo mío en cuanto hombre: en vuestras manos encomiendo mi espíritu! Y en diciendo esto, expiró. ¡Oh, cuán preciosa fue la muerte de esta Señora en los ojos de Dios, ante quien es preciosa la muerte de sus santos!

a) Lo primero, *porque no murió tanto de enfermedad del cuerpo como de enfermedad de amor,* el cual la consumió las fuerzas corporales, y así, pudo decir que estaba enferma de amor y llagada con la caridad, cuya llaga penetró su alma y la sacó del cuerpo para ver al mismo que Ella llagó con la unción de su encendida caridad.

b) Lo segundo, *porque murió sin dolor,* contentándose su Hijo con los dolores que padeció cuando le vio morir en la cruz. Y porque fue tan grande la alegría que tenía su alma con la presencia de su Amado, que no sintió apartarse de su cuerpo cumpliéndose en Ella lo que dice la Sabiduría, que el tormento de la muerte no toca a los justos, porque sus almas están en las manos de Dios.

c) Lo tercero, *porque todas sus obras, que eran muchas* y *muy esclarecidas, se juntaron entonces, manifestándoselas Dios para que la acompañasen* y *llenasen de confianza* y *alegría.* Si son bienaventurados los muertos que mueren en el Señor, porque sus obras les siguen, ¿cuánto más bienaventurada sería la que murió en Cristo, de puro amor de Cristo, con abundancia de obras tan esclarecidas que la acompañaban? Si es bienaventurado el siervo a quien el Señor halla velando cuando viene a su casa, ¿cuánto será más bienaventurada esta Virgen que nunca durmió sueño profundo, como las vírgenes locas, ni aun sueño ligero, como las prudentes, sino siempre estuvo en vela? Si el justo, como dice el Sabio, tiene grande esperanza en la hora de su muerte, ¿cuánto mayor la tendría esta Reina de los justos?

¡Oh, si mi alma muriese la muerte de esta Señora, que por excelencia merece nombre de insta, y mis postrimerías fuesen semejantes a las suyas! ¡Oh Virgen Santísima, para que mi muerte sea en algo semejante a la vuestra, alcanzadme que viva llagado de amor y tan lleno de buenas obras, que no me toque el tormento de la muerte! Justo es que me toque el tormento corporal de la muerte, pues es pena merecida por mi culpa, pero no me toque §u tormento espiritual, afligiéndome con temor demasiado, con desconfianza y desmayo de corazón.

PUNTO CUARTO

Cuán gloriosa fue su sepultura.

1. Después que la Virgen expiró, dieron sepultura a su bienaventurado cuerpo, *con grande pompa del cielo* y *de la tierra,* de modo que podemos decir de Ella lo que dice Isaías de Cristo, *que su sepulcro fue glorioso*, porque concurrieron a él la gente más gloriosa de la tierra y los del cielo, es a saber: los Apóstoles y muchos discípulos, los cuales iban cantando himnos y alabanzas a Dios y a su Madre, como el Espíritu Santo se las ponía en el corazón y en la boca, y también vinieron los coros angelicales que seguían el cuerpo, y estuvieron tres días en el sepulcro con música celestial, honrando a la que era Reina suya y estaba allí depositada.

2. Lo segundo, fue *también glorioso por los grandes milagros que hizo Dios a la presencia de este venerabilísimo cuerpo,* porque aunque mientras vivió no hizo milagros, parte por humildad, parte por dejar esto a los Apóstoles y predicadores del Evangelio, y parte porque su vida toda era un continuo milagro muy más glorioso que la vida del Bautista, pero, en muriendo, quiso su Hijo honrarla con esclarecidos milagros, como honra a otros Santos.

3. Finalmente, fue *glorioso,* porque, puesto caso que los Apóstoles y discípulos sintieron la muerte de la Virgen tiernamente, pero es de creer que *luego les daría nuestro Señor parte de la gloria de su Madre, llenando sus corazones de alegría espiritual,* acordándose que tenían en el cielo a su Madre y abogada, que miraría por ellos.

¡Oh Virgen soberana, de la manera que puedo, quiero acompañar vuestro cuerpo con mi espíritu, y entrarme entre los dos coros de Apóstoles

y de ángeles, para cantar con ellos vuestras alabanzas! Justo era que, pues vuestro cuerpo fue sepulcro gloriosísimo donde el Verbo Eterno estuvo como sepultado nueve meses, ahora se le diese sepulcro muy glorioso donde estuviese depositado por tres días. Y pues toda la vida se ocupó en alabar y glorificar al Creador, y dentro de tres días ha de volver al mismo ejercicio para siempre, razón era que en estos tres días los ángeles le sirviesen de lengua para glorificar por ellos al que siempre glorificó. Gracias os doy, Verbo Eterno, por la honra que hacéis a vuestra Madre, por la que os suplico me deis tal muerte, que merezca en su compañía gozaros para siempre en la gloria. Amén.

Meditación 35

La Asunción de la Virgen, cuanto al alma, sobre todos los coros de los ángeles, de su gloria esencial y de su coronación

PUNTO PRIMERO

Subida y entrada de la Virgen en el cielo empíreo.

1. Lo primero, se ha de considerar *la gloriosa subida* y *entrada de la Virgen en el cielo empíreo,* porque, en expirando, suelta ya su alma de las ataduras del cuerpo, en un instante voló al cielo y fue glorificada, pero meditando esto a nuestro modo como si hubiera sucedido poco a poco, *primero* ponderaré *los dulces abrazos que se darían Madre e Hijo* en aquella primera salida con un gozo inefable. Allí se cumplió lo que está escrito: «Su mano siniestra está debajo de mi cabeza, y con su mano derecha me abrazará»; porque mientras vivió, la sustentaba con la contemplación de los misterios y obras de su humanidad, significada por la mano izquierda; pero en muriendo, la abrazó y rodeó con la vista clara de su divinidad, figurada por la mano derecha. ¡Oh, qué gozosa estaría esta alma benditísima en aquel primer instante! Con qué afecto diría: «Hallado he al que ama mi alma; asirle he, y no le dejaré hasta que me entre y lleve consigo a la casa de mi madre la celestial Jerusalén.»

¡Oh Virgen soberana, negociadme tal pureza de vida y tal ardor de caridad, que en saliendo mi alma de su cuerpo, luego dé en los brazos de

su Amado, y suba con Él a la casa de mi Madre, donde vos, Madre mía, moráis gozosa con vuestro Hijo por todos los siglos! Amén.

5. *Lo segundo,* se ha de ponderar *la ilustre compañía de las tres jerarquías angelicales* que iban con la Virgen celebrando su asunción; la saludaban, como dice San Atanasio con varias salutaciones de grande gloria, y se gozaban de llevarla a su ciudad soberana; la daban el parabién de las grandezas que Dios había obrado en Ella, y a una voz entonaban todos la salutación de San Gabriel, en que estaban sumadas sus grandezas; pero yo, entregiriéndome con el espíritu en medio de estas jerarquías, alabaré a esta Señora, celebrando su triunfo como los hebreos el de Judith.

¡Oh Virgen gloriosísima, tú eres gloria de Jerusalén, así de la militante como de la triunfante! Tú eres alegría de Israel, así de los que ven a Dios por la contemplación en esta vida, como de los que le ven claramente en la otra. Tú eres honra de nuestro pueblo, porque obraste siempre varonilmente y amaste la castidad, sin jamás conocer varón. Por esto serás bendita para siempre, y por tu causa serán benditos los que por Ti fueren amparados.

3. *Lo tercero,* ponderaré cómo *subía esta Señora,* no *llevada* por manos de ángeles, como fue llevado Lázaro el mendigo al seno de Abraham, sino *por las manos de su mismo Hijo* y en sus mismos brazos, pagándole con esto los servicios y regalos que le hizo en su niñez trayéndole en sus brazos.

4. De aquí procedió *la grande admiración de las jerarquías celestiales* cuando dijeron: «¿Quién es ésta que sube del desierto llena de deleites, arrimada a su Amado?». Como si dijeran: ¿Quién es ésta que sube del erial del mundo seco y estéril, donde no hay otra cosa sino dolor y trabajo, y con todo eso, sube rica, próspera y abundante, llena de deleites celestiales, estribando, no en sí misma ni en los ángeles, sino en su Amado?

5. *De esta manera entró la Virgen en el cielo* empíreo con alegría inefable de todos los corazones celestiales y de la Santísima Trinidad; porque el Padre Eterno se gozaba de tener consigo a su querida Hija, el Hijo de tener consigo a su dulce Madre, y el Espíritu Santo de tener en su compañía a su Amada Esposa. ¡Oh, qué recibí miento tan alegre! ¡Oh, qué besos de paz tan dulces! ¡Oh, qué abrazos tan amorosos! ¡Oh, qué coloquios tan tiernos pasarían entre tal Hija con tal Padre, y entre tal Madre con tal Hijo, y entre tal Esposa con tal Esposo y entre las tres

divinas Personas sobre honrar a tal Princesa! Todo esto tengo de venerar con silencio y admiración, porque es más de lo que puedo pensar.

6. De lo dicho tengo de sacar un entrañable deseo de seguir con el espíritu a la Virgen en esta jornada, *comenzando desde luego a disponerme* para ella. *Lo primero,* en desamparar con el corazón al mundo imaginando que para mí es un desierto, y privándome de los deleites sensuales que hay en él, para ser capaz de los espirituales. *Lo segundo,* en procurar subir cada día y aprovechar en virtud, no estribando en mis fuerzas, ni arrimándome a brazo de carne, sino al brazo de Dios, poniendo en Él mi confianza. *Y lo tercero,* en procurar alegrarme siempre en Dios y en las cosas de su servicio, de modo que abunde en sus gracias y dones, y sea, como dice San Pablo, rico en Cristo, sin que me falte alguna gracia, esperando con gran fiducia el día en que se me ha de manifestar su gloria.

PUNTO SEGUNDO

Gloria esencial del alma santísima de la Virgen.

1. Lo segundo, se ha de considerar *la gloria esencial del alma de la Virgen* nuestra Señora; porque si a todos los justos, dice Cristo nuestro Señor, se les dará medida buena, llena, apretada y colmada, ¿qué medida daría a su Madre? Si con la medida que midiéremos hemos de ser medidos, quien nunca quiso tener medida limitada en amar *y* servir a Dios, ¿qué medida casi sin medida recibiría del mismo Dios? La medida de la Virgen en el servicio de su Hijo siempre fue *buena,* con todo género de bondad, sin mezcla de culpa; *llena* de todas gracias y virtudes, con plenitud de buenas obras, sin que le faltase ninguna de sus circunstancias; *apretada* con trabajos y mortificaciones; *colmada* y *muy sobrada* con la observancia de los consejos evangélicos, haciendo mucho más de lo que tenía obligación y *deseando siempre hacer más, sin poner tasa ni medida a su deseo;* pues si Dios premia a los justos con medida de gloria mil veces más excelente que sus servicios, ¿cómo premiaría la medida tan excelente de su Madre? *Sólo* el mismo *Dios, que se la dio,* y *la Virgen, que la recibió, pueden conocer la inmensidad de esta medida;* a nosotros bástanos saber que la Virgen quedó llena harta y satisfecha, experimentando lo que está escrito: «Me hartaré cuando se me descubriere tu gloria». La diría Dios nuestro Señor lo que dijo Holofernes a Judith: «Bebe, hártate y descansa con alegría, porque has hallado gracia en mi presencia.» Y respondería la Virgen como Judith: «Beberé, Señor, porque mi alma ha sido engrandecida

en este día más que en todos los demás de su vida». Bebió la Virgen y quedó harta, porque *su entendimiento quedó harto* y satisfecho con la vista clara de Dios, trino y uno, bebiendo de aquel mar inmenso de su infinita sabiduría con tanta abundancia, que los querubines, que se llaman plenitud de ciencia, en su comparación están como vacíos. *Su voluntad quedó harta* con el amor beatífico de Dios, entrando en la bodega de sus vinos y bebiendo del vino de la caridad hasta embriagarse con tanto exceso de amor, que los serafines, que quiere decir encendidos, en su comparación están como helados. *Su espíritu todo quedó harto* con la posesión pacífica del bien infinito que había deseado, engolfándose en el mar de los gozos de su Señor, y bebiendo del río impetuoso de sus deleites con tanta plenitud, que, en su comparación, los ángeles están como sedientos. Finalmente, *entonces echó Dios el resto de su bondad* y *omnipotencia en hartar los deseos de su Madre* con toda la hartura que convenía a una pura criatura, premiándola las veces que Ella le había dado a beber, no un cáliz de agua fría, sino la leche de sus pechos, hasta hartar. Entonces la puso Él a los pechos de su divinidad para que se hartase con la dulzura infinita de su leche. Entonces también la premió la bebida del cáliz amargo que por su causa recibió en la Pasión, dándola a beber el cáliz dulcísimo de su gloria, con el cual echó en olvido todas las amarguras pasadas, porque incomparablemente fueron mayores las dulzuras; enjugó del todo sus lágrimas, desterrando para siempre el llanto y el dolor y todas las miserias del hombre viejo, renovándola con las dotes gloriosas del hombre nuevo.

¡Oh Virgen gloriosísima, me gozo de vuestra gloria y del gozo y hartura que tenéis en esa mesa del cielo, donde estáis sentada con vuestro Hijo, y a su lado comiendo y bebiendo lo mismo que Él come y bebe!; mejor merecéis ese asiento y esa hartura que los Apóstoles, pues permanecisteis con Él en sus tentaciones, más fielmente que todos ellos, Y pues la medida que se os da es tan copiosa, acordaos de los hambrientos y sedientos que vivimos en la tierra, repartiendo con nosotros algunas migajas de ella,

2. De aquí tengo de sacar *un propósito grande de imitar a la Virgen en la medida con que sirvió a Dios* con las cuatro condiciones dichas, animándome a ello con la esperanza de la gloria que Dios me dará, mil veces mayor de la que mis obras por su naturaleza merecían; por lo cual dijo San Pablo que no igualan las pasiones de esta vida con la gloria que esperamos en la otra.

PUNTO TERCERO

Coronación de nuestra Señora.

Lo tercero, se ha de considerar *la coronación de nuestra Señora,* con las demás circunstancias de su gloria.

1. Porque, lo primero, la Virgen sacratísima fue *levantada sobre los nueve coros de los ángeles,* a gloria incomparablemente mayor que la de todos ellos, sentándola su Hijo a su mano derecha, en un trono de grande majestad, con mayores muestras de amor que Salomón sentó en otro trono a su madre Bersabé. Allí se cumplió lo que está escrito: «Asistió la Reina a tu mano derecha vestida con un vestido de oro y adornada con variedad»; porque así como de Cristo nuestro Señor se dice estar *a la diestra del Padre,* en cuanto goza los mejores bienes de gracia y gloria que hay en el cielo, así la Virgen está *a la diestra de su Hijo*, porque, después de Él, tiene más alto grado de gloria sobre todos los coros de los ángeles y de los demás espíritus bienaventurados; porque cuanto es más glorioso el nombre de madre que el nombre de criado, tanto es más alto el trono de la Virgen que el de los demás.

Me gozo, ¡oh reina de los ángeles!, de la alteza de vuestro trono; sea para bien ese asiento a la diestra de vuestro Hijo. ¡Oh, cuán bien os está esa vestidura de oro de caridad, bordada con tanta variedad de virtudes! Si el primer ángel que después se perdió por su soberbia, estaba en el paraíso adornado con nueve géneros de piedras preciosas, esto es, ¿cuánto más adornada estaréis vos con todas las perfecciones de las piedras vivas y preciosas de esa celestial Jerusalén? Mirad, ¡oh Madre de misericordia!, mi desnudez, y negociadme la vestidura de bodas, que es la caridad, con la pedrería de las demás virtudes, para, que sea digno de parecer en la presencia de mi Dios y gozar de Él en vuestra compañía. Amén.

2. Lo segundo, fue *coronada de la Santísima Trinidad con coronas preciosísimas. El Padre Eterno* la coronó con *corona de potestad,* concediéndola, después de Cristo, poderío sobre todas las criaturas del cielo, de la tierra y del infierno cumpliéndose también en Ella aquello del sal no: «Le coronaste de honra y gloria, y le constituiste sobre las obras de tus manos». *El Hijo de Dios la coronó con corona de sabiduría,* dándola conocimiento claro, no solamente de la divina Esencia, sino de todas las cosas creadas y de todas las que pertenecen a su estado de Madre y abogada nuestra. *El Espíritu Santo la coronó con corona de caridad,* infundiéndola no solamente el amor de Dios sino el amor encendidísimo

de los prójimos, con un celo ardentísimo de su bien y salvación. ¡Oh, qué admiración y pasmo tuvieron las tres jerarquías angélicas cuando vieron a la Virgen con tales coronas! Los serafines se admiraban del ardor de su caridad; los querubines de la plenitud de su ciencia; los tronos, de la abundancia de su paz; las dominaciones, de la grandeza de su potestad; las virtudes, de la excelencia de sus dones, y los demás ángeles, de la soberanía de su perfección y santidad.

Gózate, ¡olí alma mía!, de esta corona de la Virgen; alégrate que tienes Madre en el cielo, de tanta potestad y grandeza, que puede con su intercesión remediar tus miserias, y de tanta sabiduría, que sabe muy bien todas tus necesidades y entiende tus deseos y oraciones, y de tanta caridad y celo que desea más que tú el cumplimiento de ellas. ¡Oh Madre dulcísima, coronada de vuestro Hijo con misericordia y abundancia de misericordias, suplicadle que me corone con ellas en esta vida para que alcance la corona de la otra!

3. Además de esto, la Santísima Trinidad coronó a la Virgen *con las tres coronas de gloria accidental,* que los teólogos llaman *laureolas* o coronas de laurel, que nunca pierde su verdor; conviene a saber: *laureola de virginidad, de martirio* y *magisterio,* porque esta Señora fue Virgen de las vírgenes, fue mártir en la Pasión de su Hijo, al modo que arriba se dijo, y fue maestra de nuestra religión enseñando los misterios de la fe a los mismos maestros de ella.

¡Oh Reina soberana, cuán bien merecidas tenéis estas coronas en el cielo por los copiosos frutos que llevasteis en la tierra! Llevasteis el fruto de treinta como virgen, y de sesenta como maestra, y de ciento como mártir; justo es que a tales trabajos respondan tan preciosas coronas; y para que yo sea digno de ellas, alcanzadme que lleve fruto copioso de santas obras.

4. Últimamente, fue coronada esta Señora *con la corona de doce estrellas*, de que se hace mención en el Apocalipsis; porque, como *concurrieron en Ella las grandezas* y *virtudes de todas las órdenes de santos que hay en el cielo,* así fue coronada con los premios de todos ellos, figurados por las doce estrellas. Resplandeció en Ella sumamente, con grandes ventajas *la fe* y *esperanza* de los patriarcas, *la luz* y *contemplación* de los profetas, *la caridad* y *el celo* de los apóstoles, *la fortaleza* y *magnanimidad* de los mártires, *la paciencia* y *penitencia* de los confesores, *la sabiduría* y discreción de los doctores, *la santidad* y pureza de los sacerdotes, *la soledad* y *oración* de los ermitaños, *la pobreza* y obediencia de los monjes, *la caridad* y *limpieza* de las vírgenes, *la humildad* y

sufrimientos de las viudas, *con la fidelidad* y *concordia* de los santos casados; y, por consiguiente, recibió los premios y coronas de todos ellos con exceso incomparable, porque a Ella cuadra con gran propiedad lo que dice el Sabio: «Muchas hijas allegaron para sí riquezas, pero tú has excedido a todas»; que es decir: Muchas almas allegaron grandes tesoros de merecimientos y virtudes, pero tú allegaste mucho más que todas ellas. Levántate, pues, alma mía, en el espíritu, y mira con los ojos de la fe a esta Madre del verdadero rey Salomón, con la corona de gloria con que la coronó su Hijo en el día de su entrada en el cielo y en el día de la alegría de su corazón. Contempla el inefable gozo de esta Reina soberana y el afecto con que renovaría su antiguo cántico, diciendo: «Mi ánima engrandece al Señor, y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador, porque miró la pequeñez de su sierva; desde hoy más, me llamarán bienaventurada todas las generaciones, porque ha obrado en mí grandes cosas el que es todopoderoso y su santo nombre».

¡Oh Virgen gloriosísima, ya pueden todas las generaciones del cielo y de la tierra llamaros a boca llena bienaventurada, pues tenéis en posesión lo que hasta aquí teñí ad es en esperanza! Grandes cosas obró siempre en Vos el que es todopoderoso; pero el día de hoy echó el sello a todas con la corona de gloria que os ha dado en premio de vuestra humilde pequeñez. Coronada estáis de estrellas, porque los santos que os siguieron son gloria y corona vuestra, y por vuestra intercesión y ayuda alcanzaron sus victorias. Y así, con mucha humildad arrojan sus coronas a vuestros pies, reconociendo que por vuestro medio las ganaron. ¡Oh abogada piadosísima y medianera poderosísima, socorredme con vuestra intercesión para que yo también sea gozo y corona vuestra, peleando con tanto valor en esta vida, que por vuestro medio gane la victoria y alcance la corona eterna de la gloria! Amén.

Meditación 36

La Asunción de la Virgen, cuanto al cuerpo, y del lugar que tiene en el cielo empíreo

PUNTO PRIMERO

Incorrupción del cuerpo de la Virgen.

1. Lo primero, se ha de considerar *la incorrupción del cuerpo sacratísimo de la Virgen* los tres días que estuvo en el sepulcro, conservándole Dios con la misma entereza que tenía en vida; porque así como esta Señora, aunque fue concebida por orden natural de los demás hombres, fue por especial privilegio preservada su alma de la corrupción de la culpa, como en su lugar se dijo, así también, aunque murió su muerte natural como los demás hijos de Adán, por privilegio especial fue preservado su cuerpo de la corrupción, que fue pena de la culpa, de modo que no cayese en aquella maldición que echó Dios al hombre cuando le dijo: «Polvo eres, y en polvo ver».

2. *Las causas* de este privilegio *fueron tres: a)* La primera, *en premio de su pureza virginal,* la cual fue milagrosa y nunca oída, con gran firmeza de voto y con grande constancia por toda la vida; y así, había de ser premiada con premio milagroso y extraordinario, pero muy proporcionado, conservando la entereza de cuerpo tan puro, sin corrupción por toda la eternidad.

b) La segunda causa fue *en premio de la extraordinaria* y *milagrosa pureza* y *santidad de su alma,* en la cual nunca hubo gusano de culpa que la mordiese, ni polvo de pecado que la manchase, ni resabio alguno del Adán terreno; y así era muy conveniente que los gusanos no tocasen a su cuerpo, ni se convirtiese en tierra o polvo, a semejanza del cuerpo, del Adán celestial, por cuya santidad dijo David: «¡No permitirás que tu santo vea corrupción».

c) De aquí nace la tercera causa, porque así *convenía a la honra de Cristo* nuestro Señor, cuya carne era como una misma cosa con la carne de su purísima Madre, por haber sido tomada de ella; y como su carne nunca experimentó corrupción, así, dice San Agustín, era razón que no la experimentase la carne de su Madre en la cual estaba en cierto modo la de su Hijo.

¡Oh Madre benditísima de Jesús, arca del Nuevo Testamento, fabricada de madera Setim incorruptible, chapeada de oro purísimo, para ser digna morada del que era propiciatorio de todo el mundo!, me gozo de la incorruptibilidad de vuestro cuerpo y del oro purísimo de vuestras virtudes, con las cuales adornasteis vuestro espíritu. Alcanzadme, ¡oh Virgen soberana!, aquella incorruptibilidad del espíritu quieto y modesto, que es rico delante de Dios, para que, libre mi alma de la corrupción de la culpa, sea también a su tiempo librado mi cuerpo de la corrupción que merece por ella.

PUNTO SEGUNDO

El cuerpo de la Virgen resucitó al tercero día.

1. Lo segundo, se ha de considerar *la resurrección del cuerpo de la Virgen, saliendo al tercer día del sepulcro, vivo* y *glorioso,* por la virtud y omnipotencia de su Hijo; al cual le pareció poco favor conservar incorrupto el cuerpo de su Madre hasta el día de la resurrección general y así quiso anticiparla, resucitándola al tercero día. *a)* La primera causa de este favor fue porque como el Hijo de Dios amaba tanto a su Madre, quiso cumplir y llenar, *no solamente los deseos que su alma benditísima tuvo de ver a Dios, sino el deseo natural que tenía de reunirse con su cuerpo,* cual le tienen las almas de los bienaventurados, las cuales, como se dice en el Apocalipsis, claman con clamor de gran deseo por la resurrección de sus cuerpos: y pues el cuerpo y alma de la Virgen siempre estuvieron muy unidos y conformes en cumplir la voluntad de Dios razón era que Dios los tornara luego a unir, para que con la misma conformidad siempre le alabasen. *b)* La segunda causa fue *para darnos esperanzas de nuestra resurrección* con la fe de que, no solamente resucitó Cristo, verdadero Dios *y* hombre, sino también su Madre, que era pura criatura; y con esto juntamente despertar en nosotros grandes deseos de ir a verla pretendiendo y buscando, no las cosas de la tierra, sino las cosas del cielo, donde está Cristo, y su Madre sentada a su diestra. *c)* La tercera fue para que *con toda propiedad*, desde entonces hasta el día del Juicio y para siempre, *se conservase en la Virgen el nombre de Madre de Dios;* porque este nombre propiamente no cuadra a sola el alma, sino al compuesto de cuerpo y alma. Y también para que en el cielo *pudiese cumplidamente hacer por nosotros el oficio de su Madre* y *abogada,* aplacando la indignación de su Hijo con mostrarle sus pechos, así como el Hijo aplaca la ira del Padre mostrándole

sus llagas. Y así tuviese también en el cielo una ayudadora semejante a Sí mismo en la gloria del alma y cuerpo, como la tuvo Adán en el paraíso.

2. Por estas y otras causas que se dijeron en el punto precedente, se determinó Dios de resucitar a la Virgen, uniendo su alma con su cuerpo. *¡Oh, qué alegre estaría esta Señora con este nuevo beneficio,* y cuán de veras renovaría en este tercero día su acostumbrado cántico, diciendo: Engrandece, ánima mía, al Señor, y mi espíritu se alegre en Dios mi Salvador, porque ha hecho en mí grandes cosas el que es Todopoderoso, glorificando mi alma y también mi cuerpo! *¡Oh, qué gozoso estaría aquel cuerpo sacratísimo* viéndose unido con aquella benditísima alma y *recibiendo* por ella *las cuatro dotes de gloria!* Quedó mil veces más resplandeciente que el sol, y hermosísimo sin comparación más que la luna llena; quedó inmortal, impasible, ligero y todo espiritualizado, sin temor de hambre, ni de frío, ni de cansancio, ni de otra alguna miseria, porque todo esto se acabó, resucitando a nueva vida para nunca más morir.

Gracias os doy. Verbo Eterno, por este nuevo favor que habéis hecho a vuestra Madre, volviendo por su honra y por la vuestra, pues la gloria de los hijos es tener gloriosos padres. Me gozo, Virgen gloriosísima, de este nuevo privilegio que hoy os concede vuestro Hijo, cumpliendo el deseo de vuestra alma, glorificando vuestro cuerpo a semejanza del suyo. Abogad por mí en su presencia, mostrándole los pechos que le disteis, para que cumpla los deseos de mi alma, favoreciéndome para que le sirva en esta vida, y después cumplidamente me glorifique en la otra. Amén.

PUNTO TERCERO

Asunción del cuerpo de la Virgen al cielo.

1. Lo tercero, se ha de considerar la asunción del cuerpo glorificado de la Virgen al cielo. Y, aunque no sabemos el modo como esto pasó, pero podemos meditarlo, a semejanza de la ascensión de Cristo nuestro Señor, imaginando que la resurrección de la Virgen se hizo acá en la tierra viniendo su alma a unirse con su cuerpo, como se ha de hacer en la resurrección general el día del Juicio.

2. *Estaban guardando el sepulcro millares de ángeles* cantando músicas celestiales, como arriba se dijo, y desde allí darían voces a Cristo nuestro Señor, diciéndole aquello del salmo: «Levántate, Señor, a tu

descanso, Tú y el arca de tu santificación»; porque tu descanso será llevar contigo el arca donde estuvo depositado el tesoro infinito de la santidad.

3. Luego comenzó a subir esta soberana arca en brazos de querubines y serafines, rompiendo por esos aires con júbilos de inefable gozo y alegría, y penetró todos los cielos, hasta llegar al cielo empíreo. La recibió con sumo regocijo su amado Hijo, poniéndola, como Salomón, en el Santo de los Santos y lugar más alto y levantado de aquel templo celestial. La coronó como al arca, con una corona de oro purísimo, rodeando todo su cuerpo de una claridad y hermosura inefable que excedía a la misma claridad del cielo empíreo donde estaba. ¡Oh, qué claro estaría este cielo, renovado con la luz de tal sol y de tal luna, como Cristo y su Madre! ¡Oh, qué alegres estarían los ángeles con la gloria de tal Reina, por cuya intercesión esperaban que se repararían las sillas de este reino! ¡Oh, qué regocijados los demás bienaventurados con la gloria de tal Madre, por cuyo medio confiaban ver poblado el cielo de innumerables hombres! ¡Oh, qué contenta estaría esta humilde Madre viéndose levantada desde lo más bajo de la tierra hasta lo más alto del supremo cielo!

Me gozo, ¡oh Madre santísima!, de las *dos estolas de gloria* que os han dado, *una para vuestra alma,* como a los demás Bienaventurados, *y otra por especial privilegio* desde luego *para vuestro cuerpo.* ¡Oh, cuán bien ha cumplido vuestro, Hijo sus promesas, pues hoy os da corona de gloria, en lugar de la ceniza, óleo de alegría por el llanto, manto de alabanza por el espíritu de tristeza, y quiere que desde luego poseáis en vuestra tierra los premios doblados con alegría sempiterna! Levantad, ¡oh Madre santísima! mi espíritu al cielo, donde Vos estáis sentada a la diestra de vuestro Hijo, pues donde está la madre es razón que estén los hijos, y donde está el cuerpo se han de congregar las águilas. ¡Oh, quién me diese alas de águila para volar a lo alto y contemplar la gloria del cuerpo glorificado de la Virgen! Levántate, ¡oh alma mía!, con grande gozo, subiendo sobre ti misma, y sobre todo lo creado. Olvídate de las cosas de la tierra, y suspira por las del cielo, donde están tu Padre celestial y tu gloriosa Madre; imita la humildad que tuvo en esta vida, para que sea con ella ensalzada en la otra. Amén.

Meditación 37

La heroica humildad de la Virgen nuestra Señora, por la cual fue levantada sobre todos los coros de los ángeles

Aunque la Virgen nuestra Señora se esmeró mucho en todas las virtudes, pero *con particular excelencia se señaló en la humildad,* a la cual podemos atribuir su exaltación, siguiendo la regla que San Pablo pone de Cristo nuestro Señor, diciendo: «¿Qué es la causa porque subió tanto, sino porque bajó primero a las inferiores partes de la tierra? El que descendió es el mismo que subió sobre todos los cielos para llenar todas las cosas». Esto mismo podemos decir de su Madre benditísima, la chal *subió sobre toda las criaturas porque se humilló más que todas ellas,* y la corona gloriosísima de *doce estrellas* que tiene en el cielo se le dio por *doce actos heroicos de humildad* que ejercitó en la tierra, *los cuales pondré en esta Meditación* recogiéndolos de todo lo que se ha dicho en las meditaciones de su vida especialmente en la Segunda Parte. Y porque hay humildad *para con Dios*, y humildad *para con los demás hombres,* y en ambas la Virgen fue muy excelente, *de todas diremos en los tres puntos siguientes.*

PUNTO PRIMERO

Humildad de la Santísima Virgen, por la cual fue tan exaltada; actos 1.°, 2° y 3.º.

Lo primero, se ha de considerar la heroica humildad que tuvo la Virgen *cerca de los dones que recibió de nuestro Señor,* en los cuales se muestra esta virtud ejercitando estos actos.

1. El primer acto es *encubrir estos dones con sumo silencio,* sin descubrirlos por palabras ni meneos o señales exteriores, por ningún respeto humano ni por algún título aparente de glorificar a Dios o aprovechar al prójimo, si no es en los casos de necesidad en que nuestro Señor quiere y ordena que se descubran, porque, fuera de estos casos, quien manifiesta los dones que recibe en secreto, pónese a peligro, como dice San Gregorio, de que se los roben los ladrones de la vanagloria, soberbia y presunción. Y por esto la humildad con gran fuerza dice aquello de Isaías:

Mi secreto para mi, mi secreto para mí: y lo dice dos veces, para significar las veras con que toma guardar este secreto, y gozar de él a sus solas.

Este acto ejercitó la Virgen ocultando la revelación del ángel y el misterio de su preñez, sin descubrirle ni a su mismo esposo San José, a quien amaba tiernamente; por lo cual con mucha razón la llama su Amado, huerto cerrado y fuente sellada, porque encerraba con silencio las gracias que recibía de Dios, sin hacer plaza de ellas hasta que Dios las manifestaba.

2. De este acto se sigue el segundo, que es *aborrecer sus alabanzas* y *oírlas de mala gana* con encogimiento y aflicción; porque, como dice San Gregorio, el humilde, cuando es alabado de otro, o no reconoce en sí el bien que oye, o si le conoce teme perderle con el vano complacimiento de su loa, o porque quizá le premia Dios con este premio temporal para excluirle del eterno.

Este acto, con modo más levantado, ejercitó la Virgen cuando el ángel la saludó con palabras de tan grande loa, llamándola llena de gracia y bendita entre las mujeres, porque, como humilde, se turbó y encogió, pareciéndola que tanta grandeza no cabía en su pequeñez, por la baja estima que de sí tenía.

3. De aquí también nace el tercer acto de humildad, que_ es *cuando Dios quiere que sus dones se descubran,* o Él los descubre por alguna vía, *darle luego la gloria de todo* y alabarle y bendecirle, diciendo aquello de David: «No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu santo nombre sea la gloria», y con el mismo afecto desear que todos los demás también den la gloria a Dios por lo mismo, diciendo aquello de David «Engrandeced conmigo al Señor y alabemos todos juntos su santo nombre». Esto hizo la Virgen cuando vio que nuestro Señor había revelado a Santa Isabel el misterio secreto de que era Madre de Dios, y cuando oyó las grandezas que de Ella decía, porque al mismo punto dio la gloria de todo a sólo Dios, diciendo: «Mi ánima engrandece al Señor, y mi espíritu se alegró en Dios mi Salvador, porque se dignó de mirar la pequeñez de su sierva; por eso me llamarán bienaventurada todas las generaciones»; con lo cual provocaba a Santa Isabel que atribuyese aquella obra a sólo Dios y confesase con Ella su propia pequeñez.

¡Oh Virgen gloriosísima, que, como otro Job, nunca mirasteis al sol cuando resplandecía, ni a la luna cuando estaba clara, porque nunca os pagasteis de la gloria y fama entre los hombres, dando a sólo Dios la gloria de sus dones! Con mucha razón estáis en el cielo vestida del verdadero Sol

de justicia, y tenéis debajo de vuestros pies la luna de este mundo, coronada con estrellas, resplandeciendo en las perpetuas eternidades. Alcanzadme, ¡oh Madre benditísima!, tal grado de humildad, para que sea digno de tal modo de corona. Amén.

PUNTO SEGUNDO

Actos 4.º, 5.º, 6.° 7.º y 8.° de humildad.

Lo segundo, se ha de considerar *la heroica humildad* que mostró la Virgen *en la sujeción a Dios nuestro Señor,* y *a los hombres, por su amor,* ponderando los actos en que esta humildad suele mostrarse.

1. El cuarto acto en orden es escoger, como dice David, *el lugar más despreciado de la casa de Dio s*, y cuanto es de su parte, ponerse en el lugar postrero, aunque Dios le dé el primero. Así lo hizo la Virgen cuando vio que Dios la quería poner en el lugar más alto de su casa, después de su Hijo, haciéndola Madre suya, porque, como humilde, tomó para sí el postrero, cual suele ser el de las esclavas, llamándose esclava del Señor. Y por esta causa, correspondiendo a su deseo, la contó San Lucas en el postrer lugar después de los Apóstoles y de las otras mujeres, entre las cuales estaba la que había sido pública pecadora. Y por esta causa también, como humilde, cuando entró en Belén gustó de tomar para su morada el más vil lugar del mesón, que era el establo.

2. El quinto acto de humildad *es sujetarse* y *obedecer a todas las leyes* y *ordenaciones de Dios* y *de sus ministros,* aunque sea en cosas contrarias a su honra y reputación, sin querer admitir privilegios ni exenciones, aunque tenga causa bastante para ellas; y aunque no esté obligado a ello por precepto, gusta de obedecer como todos por humillarse más que todos, aun cuando pudiera excusar la humillación; a imitación de Cristo nuestro Señor, que se humilló a la ley de la circuncisión y se hizo obediente hasta la muerte de cruz. Esto cumplió la Virgen puntualmente, guardando la ley de la purificación, aunque no la obligaba y aunque era con algún detrimento de su honor, por ser ley dada para las mujeres no limpias que habían concebido por obra de varón, queriendo conformarse, en esto con las demás mujeres que parían hijos, como si fuera una de ellas.

3. El sexto acto de humildad es *sujetarse* y *humillarse*, no solamente a los mayores y a los iguales, sino *también a los menores*, dando a todos el primer lugar, y previniéndoles con los comedimientos y cortesías de honra,

y ganándoles en todo esto por la mano conforme al consejo de San Pablo, que dice: «Por la humildad, teneos por superiores unos de otros; y preveníos uno a otro en todo lo que fuere honra». Así lo hizo la Virgen cuando fue a visitar a Santa Isabel, y la saludó primero, humillándose, como dice San Ambrosio, la mayor en dignidad a la que era mucho menor, y ocupándose en servirla. Y le mismo guardaba con todos, como maestra de humildad, sujetándose por Dios a toda humana criatura.

4. El séptimo acto es *servir a otros en oficios bajos* y *humildes,* y ocuparse en ellos *con gusto,* como quien nació, no para ser servido, sino para servir, al modo que dijo Cristo nuestro Señor: «No vine para que otros me sirvan, sino para servir Yo a todos y dar mi vida por su redención»; lo cual cumplió exactamente, ocupándose en oficio de carpintero y ganando de comer con este trabajo que hacía en servicio de otros, y sirviendo después a sus discípulos hasta lavar los pies, dándonos ejemplo para que cumplamos lo que después dijo San Pablo: «Por la caridad del espíritu, servid unos a otros».

Esto mismo ejercitó la Virgen, porque, como pobre mujer de un pobre oficial, se ocupaba en todos los oficios humildes de su casa, y ayudaba a ganar su comida con el trabajo de sus manos, teniéndose también en esto como esclava, cuyo oficio es servir a los demás de su casa. Y así, con más humildad que Abigail, diría: «Ves aquí a tu sierva; recíbeme como esclava para lavar los pies de las esclavas de mi Señor»

5. Con este grado de humildad anda también junto otro su compañero, que es *rehusar,* cuanto es de su parte, *oficios* y *cargos honrosos,* y ministerios que son muy estimados de los hombres, o por juzgarse por inhábil o indigno de ellos, o por huir la honra que traen consigo, o por acomodarse a su estado humilde, viviendo contento con él. Esto guardó la Virgen, la cual, como dice Santo Tomás; no hizo en su vida milagro alguno, ni quiso predicar en público, y si enseñaba a los Apóstoles y a otros fieles los misterios de la fe, era en secreto, dejando esta honra para los Apóstoles y discípulos, acomodándose a la regla que después dijo San Pablo: «No se ha de permitir que la mujer enseñe»; antes es de creer que en el templo y en las juntas y sermones estaba oyendo como las demás mujeres, y con grande humildad veneraba a los sacerdotes de Cristo y recibía de ellos la comunión, teniéndose por indigna de tener tal potestad, ni deseando que su Hijo, por especial dispensación, se la comunicase.

¡Oh Virgen gloriosísima, mu} bien empleado está en Vos el trono de gloria que tenéis en el cielo, pues tanto os humillasteis en la tierra; justo es se os dé allá el primer lugar después de vuestro Hijo, pues acá escogisteis

el postrero; razón es que se os sujeten las jerarquías de los ángeles, pues Vos os sujetasteis como esclava a los mismos nombres! Y pues tan bien guardasteis los consejos de la humildad, ayudadme para que, a imitación vuestra yo los guarde, humillándome en la tierra para que Dios me ensalce en su cielo. Amén.

PUNTO TERCERO

Del 9.º, 10, 11 y 12 actos de humildad de nuestra Señora.

Lo tercero, se ha de considerar la heroica humildad que mostró la Virgen *en las humillaciones de la pobreza,* y *en las injurias que vienen por mano ajena*, las cuales son piedras de toque en que se descubre la fineza de la humildad para con Dios y para con los demás hombres.

1. Y comenzando por el más fácil, el noveno acto en orden a la humildad es *gustar de ser pobre* y *ejercitar todo lo que pertenece a la pobreza,* y a las humillaciones que de ella proceden; porque puesto caso que la pobreza voluntaria no sea afrentosa entre cristianos, pero cuando no se sabe si el ejercicio de pobreza es de voluntad o necesidad, causa desprecio entre los hombres, y así es rara humildad tratarse como pobre en todas las cosas y dejarse tratar de otros como son tratados los pobres, haciendo esto, no de fuerza, sino de grado. Esta humildad la ejercitó la Virgen con grande gusto en todas las ocasiones que se le ofrecieron. En Belén fue desechada de todos cuando les pidió posada, y así se recogió al refugio de los pobres en el invierno, que era el establo. En la purificación no quiso ofrecer cordero, sino un par de tórtolas o palominos, como pobre. En Egipto, y después de vuelta a Nazareth, siempre abrazó los desprecios de su pobreza, gustando que la tratasen como suelen ser tratadas las mujeres pobres, como Ella era.

2. El décimo acto heroico de humildad es *llevar con paciencia* y *silencio las afrentas que le suceden contra su honra* y *buen crédito,* no excusándose ni volviendo por sí, ni quejándose de la sinrazón que se le hace, sino callando y aceptando su afrenta y humillación con mucho gusto por amor de Dios, *y en esto hay grados. El primero* es sufrir *con paciencia* las injurias y desprecios que nacen de nuestras culpas. *El segundo,* y mayor, es sufrir estas injurias *sin tener culpa* en ellas, callando aunque nos levanten falsos testimonios. El tercero, muy mayor, es sufrirlas *cuando nos suceden por ocasión de alguna buena obra,* por la cual merecíamos gloria y alabanza. El cuarto, mucho mayor, es sufrir todo esto, no sólo de

enemigos y extraños, sino *de sus mismos hermanos, deudos o amigos.* Tal fue la humildad que tuvo Cristo nuestro Señor en las injurias y desprecios que padeció en esta vida, y la misma ejercitó su Madre santísima cuando su esposo José viola preñada, y, sospechando que era adúltera, la quiso dejar; pero Ella sufrió y calló sin volver por sí, como en su lugar ponderamos. Y es de creer que no sería esta sola vez la que padeció la Virgen tal modo de injurias, cabiéndola muchas veces parte de los falsos testimonios que levantaban a su Hijo; y cuando los deudos de Cristo le perseguían y querían atarle como a furioso, también se volverían contra su Madre, porque veían que era de parte de su Hijo: pero Ella sufría y callaba, gozándose mejor que los Apóstoles de padecer injurias por el nombre de Jesús.

3. El undécimo acto de humildad, que anda junto con el precedente, es *llevar con serenidad* y *paz de corazón las reprensiones* y *desvíos, las respuestas desabridas* y *secas; así las interiores* que sentimos tratan1 do con Dios cuando nos desconsuela, o niega, o dilata lo que le pedimos, *como las exteriores* que nos dan los superiores o nuestros prójimos, aunque sean sin nuestra culpa y de ella se nos siga algún desprecio; porque en tales casos, sufrir y no se excusar, ni quejar, ni indignar, es acto de heroica humildad, la cual agrada mucho a nuestro Señor; y por ella, como dice San Bernardo, le agradó la Esposa y la llamó hermosa, porque calló siendo ásperamente reprendida y amenazada, cuando la dijo: «Si no te conoces salte y, vete de mi casa».

Esta humildad ejercitó la Virgen muchas veces en varias ocasiones, cuando su Hijo, siendo de doce; años, dijo con aspereza a Ella y a San José: «¿Para qué me buscabais? ¿No sabíais que había de estar ocupado en las cosas de mi Padre?». Y en las bodas, otra vez, con muestras de sequedad y de negarle lo que pedía, le dijo: «Mujer, ¿qué tienes que ver conmigo?; no es llegada mi hora». Y diciéndole otra vez algunos que su Madre y hermanos estaban allí y deseaban verle, respondió con gran desvío; «¿Quién es mi madre y mis hermanos? El que hace la voluntad de mi Padre, ése es mi madre y mi hermano». En todas estas ocasiones que tenían apariencia de reprensión y desprecio, conservó la Virgen grande humildad y silencio, como ponderamos en su lugar. Y a este talle tuvo otras muchas con otras muchas personas, sufriéndolas todas con grande paz.

3. El duodécimo acto de humildad es *no huir las afrentas* y *desprecios de sus deudos, antes querer tener parte en ellas, hallándose presente a todas;* como Job, a quien, como el dijo, no atemorizó el desprecio de sus deudos; esto es, el verse despreciado de ellos, o ver al ojo

sus desprecios. Pero más valerosamente ejercitó esto la Virgen hallándose presente a los desprecios y afrentas de su Hijo, poniéndose junto a la cruz, no se desdeñando de que todos supiesen que era Madre de aquel Hombre ajusticiado y crucificado en medio de dos ladrones, y allí padeció muchas injurias, con hambre y deseo de padecerlas mucho mayores, como en su lugar se dijo.

Estos son los doce actos de humildad que resplandecieron en la Virgen, cumpliendo lo que dice el Espíritu Santo: «Cuanto fueres mayor, tanto más humíllate en todas las cosas, y hallarás gracia delante de Dios»; y así la halló la Virgen en esta vida, y después fue coronada con la corona de doce estrellas resplandecientes, premiándola sus doce géneros de humillaciones y levantándola a un trono altísimo de gloria, adonde con su Hijo, más dignamente que los Apóstoles, juzgue las doce tribus de Israel.

Me gozo ¡oh Virgen Santísima!, de veros coronada por vuestro Hijo con tantas coronas de justicia. Razón era que quien vivió cercada de tales actos de humildad, fuese adornada con rayos de tanto resplandor; y que quien se sujetó, por humillarse, a todos los hombres, sea sentada en trono de majestad para juzgarlos a todos; y pues ahora estáis en trono de gloria, no para ser juez, sino abogada, suplicad a vuestro Hijo me corone con misericordias en esta vida, para que alcance la corona de justicia en la otra. Amén.

Meditación 38

La devoción con nuestra Señora, y los bienes que con ella nos vienen, y las cosas en que se ha de mostrar

PUNTO PRIMERO

Razones que tenemos para amar y servir a la Santísima Virgen.

Lo primero, se han de considerar *las muchas razones que tenemos para amar* y *servir a la Virgen nuestra Señora* con todas nuestras fuerzas, poniéndola en segundo lugar después de su Hijo, ponderando en cada razón lo que puedo y debo hacer por Ella.

1. La primera razón es *porque la Santísima Trinidad ama a esta Señora más que a todos los ángeles* y *santos juntos*, por la excelencia de santidad que tiene sobre todos ellos, y así, es justo que yo la ame sobre todas las puras criaturas, conformando mi amor con el de Dios y amando más a la que por su mayor santidad merece ser más amada.

De donde sacaré varios afectos de gozo espiritual y de complacencia en los bienes de la Virgen, gozándome de que sea tan amada de Dios y de que haya hallado gracia delante de Él; gozándome otrosí, de su santidad y de todas las virtudes que tiene, dando gracias a Dios porque se las dio, y suplicando a la misma Virgen me alcance parte de ellas, para que yo también sea amado de Dios y halle gracia en su presencia.

2. La segunda razón es *por ser Madre del mismo Dios* y *Madre de nuestro Salvador*, el cual, por el grande amor que la tiene, quiere que todos la amen y sirvan como la grandeza de su dignidad merece, tomando por suyo cualquier servicio que se le hace; porque si dijo de los pobres: «Lo que hicisteis por uno de estos pequeñuelos, por Mí lo hicisteis», ¿cuánto más dirá: Lo que hicisteis en servicio de mi Madre, por Mí lo hicisteis? Luego si amo de veras a Cristo por lo mucho que le debo, tengo también de amar, no solamente a su Eterno Padre, con quien es un mismo Dios, sino también a su Madre, con quien es un mismo espíritu por singular amor.

3. La tercera razón es *porque es Madre nuestra* y *nos ama entrañablemente,* y esto bastaba para que la amásemos, pagando amor con amor, pues es propio de hijos amar a sus madres y más tales madres que con tal amor les aman. Por lo cual, así como el Discípulo amado de Cristo, en oyéndole decir aquella palabra que le dijo en la cruz: *«Ves ahí a tu Madre», luego la tomó por suya y la amó con especial amor,* también yo tengo de tomarla por mía, y amarla y servirla con especial cuidado, teniendo por suma dicha tenerla por Madre.

4. La cuarta razón es por los buenos oficios que hace continuamente por mí en el cielo, los cuales me obligan a amarla como a suprema bienhechora mía después de Dios, Porque, lo primero, ora continuamente por nosotros, mucho mejor que Jeremías oraba por su pueblo, porque es nuestra abogada y medianera para con su Hijo. Lo segundo, es grandemente solícita de nuestro bien, de modo que, no solamente oye las peticiones de sus devotos, sino antes que ellos la pidan algo, representa a Dios sus necesidades, como en las bodas de Caná de Galilea pidió vino para los convidados movida de sola compasión, como en su lugar ponderamos; y, como dijo San Agustín: «Como es mejor que todos los

Santos, así es más solícita de nuestro bien que todos ellos». Lo tercero, es grandemente poderosa para alcanzar remedio de nuestros males con presteza; por lo cual dice San Anselmo, que algunas veces somos oídos más presto invocando el nombre de la Virgen, que invocando el nombre de su Hijo; no porque el Hijo no sea incomparablemente más poderoso y misericordioso que su Madre, sino por que, como también es juez nuestro, algunas veces su justicia detiene a su misericordia, dilatando el oírnos por nuestros pecados; mas la Virgen, como no es juez, sino abogada, se acoge a sola la misericordia, y con sus oraciones aplaca a la divina Justicia y hace que con presteza nos socorra.

5. De donde se saca lo que dice el mismo Santo, que *la devoción cordial con la Virgen es señal de la predestinación,* porque con gran solicitud procura esta Señora para sus devotos, como se dijo en la Segunda Parte, todos los medios de su predestinación hasta que alcanza su fin, y los lleva consigo a la gloria. Item, acude al remedio de todos nuestros peligros y necesidades con tanta certeza y generalidad, que se atrevió a decir San Bernardo: «Virgen bienaventurada, cese de alabar tu misericordia quien se acordare que le has faltado en remediar su necesidad; como quien dice: todos han de alabar tus misericordias, porque todos los que acuden a Ti hallan remedio de sus necesidades.

6. Con todas estas razones bien consideradas, *tengo de encender en mi alma el fuego de la devoción con la Virgen nuestra Señora,* suplicando a su Hijo me comunique este amor con su Madre, y a la misma Madre que me lo alcance.

¡Oh Madre amantísima, cuya morada especial no es en la casa de Esaú el aborrecido, sino en la casa de Jacob el amado, echando raíces en los escogidos para el cielo!, con todo mi corazón deseo amaros y serviros como a Madre, e imitar vuestras virtudes como hijo; admitidme en esa casa de Jacob, donde moráis; echad raíces en mi corazón para que cumpla mi deseo, ocupándome con gran solicitud en Nuestro servicio.

PUNTO SEGUNDO

Devoción que el Espíritu Santo ha inspirado a toda la Santa Iglesia con la Virgen nuestra Señora.

Lo segundo, se ha de considerar la devoción que el Espíritu Santo ha inspirado a toda la Iglesia universal con la Virgen nuestra Señora

señalando algunas cosas excelentes en que lo muestra, las cuales tengo de ponderar para ejecutar la parte que pudiere, correspondiendo a la inspiración y deseo del Espíritu Santo.

1. Lo primero, lo muestra en adorarla y venerarla con una adoración menor que la que se da a Dios, pero mayor que se da a todos los demás Santos, y por excelencia se llama hiperdulía; y en razón de esto la atribuye algunos renombres propios de sólo Dios, por la grande excelencia con que se hallan en Ella. Y así vemos que la llama Madre de misericordia, vida nuestra, dulzura y esperanza nuestra; llámala puerta del cielo x pídela lo que es propio de Dios, como es desatar las cadenas a los culpados, dar lumbre a los ciegos, y quitar de nosotros todos los males y mostrarnos a, Jesús, fruto bendito de su vientre. Todo lo cual hace la Virgen alcanzándolo de nuestro Señor con sus oraciones; y con este afecto tengo de honrar a esta Señora y usar las palabras de la Iglesia con el espíritu y ternura que ella las dice.

2. Lo segundo, muestra esta devoción en que por divina inspiración dedica templos muchos y muy suntuosos a honra de la Virgen, con imágenes muy devotas, exhortando a visitarlas, confirmando nuestro Señor todo esto con innumerables milagros que hace por su ¡espeto; y para este fin también instituye congregaciones y religiones consagradas al servicio de la Virgen, la cual las toma debajo de su amparo, haciéndolas extraordinarios favores, así en general como en especial, a los que con especialidad se dedican a servirla, sin aceptar personas, porque cualquiera que la sirve halla gracia y favor en sus ojos y yo le hallaré si de veras me ofreciere a su servicio.

3. Lo tercero, muestra esta devoción en la frecuente memoria y recurso que tiene a Ella en todos tiempos, señalando para esto muchas festividades al año, y casi cada mes una, y en algunos dos y tres; y cada semana dedica el sábado a su honra con particular oficio y misa; y para cada día ha ordenado oficio propio de esta Señora, con indulgencias al que le rezare; y antes de comenzar el oficio mayor, siempre se dice la salutación del Avemaría, y le acaba con alguna antífona de la Virgen; y con sonido de campana nos avisa cada día, a boca de noche, que la saludemos con el Avemaría, y en algunas partes se hace tres veces, al amanecer, y al mediodía, y al anochecer. V, finalmente, aprueba y exhorta el uso del rosario en honra suya, haciendo un salterio de ciento y cincuenta Avemarías, que responde al salterio de los ciento y cincuenta salmos de David, con quince Pater noster, a cada diez Avemarías el suyo, como quien para un poco en las quince gradas de este divino templo y responde a los

quince salmos del Canticum graduum, para glorificar con esta música a la que siempre subió por los grados de todas las virtudes. Y para quien no puede rezar tanto cada día, también aprueba la corona de sesenta y tres Avemarías, en memoria de otros tantos años como vivió en esta vida, concediendo grandes indulgencias a los que rezaren estos rosarios para provocarnos al ejercicio de ellos, acudiendo nuestro Señor a confirmar esta devoción con grandes milagros por el amor que tiene a su Madre y por el que desea que todos la tengamos.

¡Oh dulcísimo Jesús! pues tanto deseáis que honremos a vuestra Madre santísima, inspiradme con eficacia esta devoción, ayudándome a ejercitar con fervor las obras que vuestra esposa la Iglesia para este fin ejercita.

Modo de rezar el Rosario de Nuestra Señora

CON ESPIRITU Y DEVOCIÓN, JUNTANDO CON Él LA ORACIÓN MENTAL

1. *Entre las devociones de la Virgen* nuestra Señora, *la más celebrada es la* que se apuntó *del rosario;* y porque la oración *vocal* sube mucho de punto cuando se junta con la *mental,* los devotos de la Virgen han inventado varios modos de juntarlas cuando le rezan, de los cuales *pondré tres, los más provechosos,* para que cada uno escoja el que más ayudare a su devoción, tomando una vez uno y otra vez otro, por quitar el fastidio con esta santa variedad.

2. Antes de comenzar el rosario se ha de hacer lo que dijimos en la Introducción de este libro, párrafo 5.0. levantando el corazón a Dios nuestro Señor, que está presente; y haciéndole una reverencia muy profunda, le suplicaré me ayude con su gracia para rezar este rosario de modo que le agrade, ofreciéndole todas las palabras, pensamientos, afectos y deseos que tuviere, enderezándolos todos a gloria suya y de la Virgen nuestra Señora, en acción de gracias por las mercedes que me ha hecho, y en satisfacción de los pecados y descuidos que he tenido en su servicio, y para que me conceda las virtudes que me faltan y lo demás de que tengo necesidad para servirla con perfección. Y si el rosario se ha de ofrecer por otras necesidades de la Iglesia o de alguna persona particular, viva o difunta, aquí se ha de hacer este ofrecimiento, advirtiendo que de cuatro

fines a que puedo enderezar mi oración, que son glorificación y alabanza de Dios por ser quien es, acción de gracias por sus beneficios, satisfacción por mis pecados e impetración de virtudes, cuando ofrezco el rosario por otro, aunque le doy la *satisfacción* que me cabía, también puedo, sin perjuicio suyo, ofrecerle por mí para los otros *tres* fines.

3. Hecho este ofrecimiento, *rezaré diez Avemarías* y *un «Pater noster*» *con espacio* y *atención,* no contentándome con atender *a la corteza* delas palabras para no errar, sino también *al sentido de ellas* o a la persona a quien se enderezan, que es Dios nuestro Señor, o la Virgen nuestra Señora, la cual, aunque esté en el cielo, me ve, oye y entiende mi oración, y puedo hablar con Ella como si estuviera cerca de mí en la tierra. *En habiendo rezado las dichas diez Avemarías, haré vina breve meditación,* por uno de los modos que se siguen.

PRIMER MODO DE REZAR EL ROSARIO MEDITANDO LAS PALABRAS DEL AVEMARÍA

1. El primer modo de rezar el rosario o la corona, es *por el modo de orar por palabras* que declaramos en el párrafo 9.° de la Introducción de este libro, dividiendo la oración del Avemaría en seis o siete palabras principales, y en cada diez Avemarías tomar por materia de meditación una de ellas como se ponderaron en la Segunda parte. *En el primer diez meditaré estas palabras: Dios te salve, María,* ponderando las grandezas que se encierran en este dulcísimo nombre de María. *En el segundo diez meditaré la segunda palabra: Llena de gracia,* ponderando la inmensidad de gracias 3 virtudes de que está llena esta Señora. *En el tercer diez meditaré la tercera palabra: El Señor es contigo. En el cuarto, la cuarta: Bendita tú entre las mujeres. En el quinto, la otra palabra: Bendito es el fruto de tu vientre, Jesús;* ponderando las excelencias del nombre dulcísimo de Jesús y las bendiciones celestiales que nos vienen por su medio. *En el sexto diez meditaré la sexta palabra: Santa María, Madre de Dios,* ponderando las grandezas que están encerradas en la elección de la Virgen para esta dignidad tan alta, y los privilegios que por ella le concedieron. *Y finalmente, meditaré lo que encierra la postrera palabra: Ruega por nosotros ahora* y *en la hora de nuestra muerte,* ponderando la eficacia de la oración de la Virgen, la necesidad que tengo de ella, especialmente en la hora de la muerte, mirando con qué afecto diré esta palabra cuando me vea en aquel trance, y decirla ahora con el mismo.

2. Con esta breve meditación *he de juntar varios afectos:* unos con Dios nuestro Señor, y otros con la Virgen, admirándome de las grandezas y

virtudes que tiene, gozándome de que las tenga, glorificando y alabando a Dios porque se las dio, despertando en mí deseos de imitarla en ellas y dándola siempre el parabién de todas con esta palabra: *Ave,* que se ha de repetir con cada una de las otras con grande afecto, diciendo: Dios te salve, María benditísima; Dios te salve, la llena de gracia, la llena de caridad, la llena de humildad; Dios te salve, la que tienes a Dios contigo, la que eres su Madre, y le tienes por Hijo, etc.

3. Ultimamente, he de concluir *con peticiones de las virtudes que he considerado en la Virgen, o de las cosas que me faltan,* enderezándolas unas veces a Cristo nuestro Señor por los merecimientos de su Madre, otras a la misma Madre para que me las negocie y alcance de su Hijo, otras a las demás Personas de la Santísima Trinidad, con los títulos y coloquios de que hicimos mención en el párrafo 1.° de la Introducción de este libro.

4. *De esta misma manera se puede tomar otras veces por materia de meditación la oración del «Pater Noster»*, meditando a cada diez Avemarías una de sus siete peticiones, como se hallará en la *Meditación* 14 de la Tercera parte. *Y* otras veces podré también meditar los diez versos del cántico del *Magníficat,* en cada diez Avemarías uno o dos de ellos, con los varios sentimientos y afectos que se pusieron en la *Meditación* 12 de la Segunda parte.

SEGUNDO MODO DE REZAR EL ROSARIO MEDITANDO LOS QUINCE MISTERIOS

1. El segundo modo de rezar el rosario, más ordinario, es tomando por materia de meditación *los quince misterios más principales de Cristo nuestro Señor* y *de su Madre,* meditando *a cada diez Avemarías un misterio;* los cuales se dividen en tres órdenes: *El primero* es de los misterios *gozosos,* que fueron materia de grande gozo para la Virgen, y son: la anunciación del ángel, la visitación a Santa Isabel, el nacimiento de Cristo nuestro Señor, su presentación al templo, y cuando fue hallado entre los doctores; de los cuales se han hecho meditaciones en la Segunda parte de este libro; y porque cada misterio abraza muchos puntos, y podría causar algún fastidio pensar siempre una misma cosa, se puede un día meditar un punto y otro día otro, como allí se pusieron.

El segundo orden de misterios se llaman *dolorosos,* porque fueron muy penosos para Cristo nuestro Señor y para su Madre, o cuando estuvo presente a ellos, o cuando los supo y consideraba. Estos son: la oración del huerto con la tristeza y sudor de sangre, los azotes en la columna, la

coronación de espinas, el llevar la cruz a cuestas, y el estar crucificado en la cruz. De los cuales se han hecho muchas meditaciones en la Cuarta parte.

El tercer orden es de los misterios *gloriosos,* en que resplandeció la gloria de Cristo nuestro Señor y de su Madre; conviene a saber: la resurrección de Cristo, su ascensión y su asiento a la diestra del Padre, la venida del Espíritu Santo, la asunción de la Virgen, y su gloriosa coronación; de los cuales se han puesto meditaciones en esta Quinta parte.

2. Presupuesto esto, *en cada diez Avemarías* se han de hacer *tres cosas:*

a) La primera es pasar por la memoria el misterio o algún punto de él, meditando y ponderando brevemente las grandezas y excelencias de Cristo nuestro Señor y de su Madre, las cosas que allí hacen o padecen, el gozo, o el dolor, o la gloria que reciben las heroicas virtudes que ejercitan y los grandes bienes que de allí resultan para todos los hombres, y en particular para mí mismo, considerando las causas especiales que yo tengo para gozarme, dolerme y gloriarme de lo que en estos misterios se representa. En esta meditación puedo detenerme más o menos tiempo, conforme a la devoción o lugar que tuviere, procurando siempre pasar *a la segunda cosa,* que es más principal:

b) Conviene a saber: *mover la voluntad* al ejercicio de los afectos gozosos o dolorosos a que el misterio provoca, haciendo amorosos coloquios con Cristo nuestro Señor, o con su Madre, o con la Santísima Trinidad. Si el *misterio es gozoso,* como el de la Encarnación, puedo ejercitar todos estos actos con pausa y sentimiento interior:

Gracias te doy, Padre Eterno, por haber querido que tu Hijo se hiciese hombre por nosotros. Me gozo de la infinita bondad, caridad y misericordia que en esta obra descubriste. ¡Oh, si todo el mundo te alabase y glorificase por ella! ¡Oh Verbo divino, gracias te doy por haber escogido a la Virgen Santísima por tu Madre, queriendo hacerte niño en sus entrañas! ¡Oh Virgen Santísima, me gozo de que hayas sido escogida por Madre del mismo Dios, y del gozo grande que tuviste con la nueva que de esto te dio su glorioso Arcángel! Me alegro también de la prudencia, castidad y humildad y resignación que en esta embajada descubriste. ¡Oh si pudiese yo tener parte en tus gozos e imitar tus virtudes! Negocia, Madre mía, lo que deseo, para servirte fervorosamente con ello.

Y si el *misterio fuese doloroso,* he de ejercitar afectos de dolor proporcionalmente a los dichos. Mirando el misterio del huerto, puedo decir:

Gracias te doy, Padre Eterno, por haber querido que tu Hijo unigénito padezca tales agonías por remedio de mis culpas. ¡Oh Salvador mío, me pesa de verte tan triste y afligido por mis pecados, sudando sangre para lavarme de ellos! ¡Oh pecados míos, que así afligís a mi mismo Dios! ¡Oh, quién nunca hubiera pecado ni dado causa para tan grande tormento! Pésame, Dios mío, de haberte ofendido, y quisiera que mi pesar fuera como el tuyo, derramando copiosas lágrimas por mis culpas, pues Tú derramas sangre por ellas. ¡Oh Virgen Santísima, cuán grave fue vuestro dolor cuando supisteis el que vuestro Hijo padeció en este huerto! ¡Oh, qué sentimiento tuvisteis de nuestras culpas, considerando el que vuestro Hijo tuvo de ellas! Pedidle me haga participante de estos dolores, pues siendo mía la culpa, es justo que pase por la pena.

c) A este modo se pueden hacer coloquios y afectos en los *demás misterios,* juntando con ellos *la tercera cosa,* que es representar a Cristo nuestro Señor y a su Madre las necesidades y miserias que padezco, pidiéndoles remedio de ellas, alegándoles por título el gozo o el dolor que allí recibieron, haciendo propósitos muy eficaces de imitar alguna de las virtudes de la Virgen, de que luego diremos.

3. Y si alguno, por falta de tiempo o por otra causa, no quisiere detenerse en meditar sobre el misterio, *bastará que en dichas diez Avemarías por lo menos se acuerde de él* y haga un breve coloquio y petición a nuestra Señora, diciéndola: Me gozo, Virgen soberana, del gozo que en este misterio recibisteis, por el cual os suplico me alcancéis perdón de mis pecados y gracia para imitar vuestras virtudes. Y en los misterios dolorosos y gloriosos diré proporcionalmente: Pésame, Virgen soberana, del dolor que en este paso padecisteis; o, me alegro, de la gloria *y* alegría que en este misterio recibisteis, por el cual os suplico, etc.

4. Acabada esta breve *oración mental,* como está dicho, *cerca de un misterio, he de proseguir la vocal, rezando otras diez Avemarías.* Y si por la moción y sentimiento pasado se me fuere el corazón a lo mismo, bien puedo dejarle ir, porque semejantes afectos no son contrarios a la atención que ha de tener la oración vocal, antes la perfeccionan en gran manera.

5. *En rezando el rosario, examinaré brevemente el modo como le he rezado,* doliéndome de las distracciones y sequedades y de las demás faltas que hubiere tenido, y dando gracias a Dios por cualquier sentimiento que

me hubiere dado, con deseo de rezarle otro día coa mayor fervor y devoción.

6. Ultimamente, añado que, aunque reducimos a quince los misterios del rosario, *podemos algunas veces, en lugar de los nombrados*, *tomar otros semejantes* que andan pareados con ellos. *Con los gozosos* podemos juntar alguna vez la concepción de la Virgen, su natividad y presentación al templo, la circuncisión del niño Jesús, con la imposición de su nombre, la adoración de los Magos, la huida y vuelta de Egipto. *Con los dolorosos* se pueden juntar la prisión, la bofetada en casa de Anás, los trabajos de la noche de la Pasión en casa de Caifás, los desprecios de Herodes, el ser pospuesto a Barrabás. *Y alguna vez se pueden tomar por materia de meditación las siete palabras que Cristo nuestro Señor dijo en la cruz,* meditando una cada diez Avemarías, ponderando los sentimientos de la Virgen cuando las oyó decir, como se hallará en la Cuarta parte, desde la *Meditación* 45.

TERCER MODO DE REZAR EL ROSARIO MEDITANDO LAS VIRTUDES DE NUESTRA SEÑORA

Consiste en meditar en cada decena una virtud de la Virgen, poniendo los ojos en tres cosas: *a)* En los ejemplos que la Virgen nos dio de aquella virtud, *b)* En la falta que nosotros tenemos de la misma, *c)* En los medios que hemos de tomar para imitarla, haciendo varios propósitos a este fin.

La principal cosa en que hemos de mostrar la devoción con la Virgen nuestra Señora, es la *imitación de sus heroicas virtudes.* Para lo cual ayudará mucho meditarlas en el ejercicio del rosario, en cada diez Avemarías una virtud. *En un diez la humildad,* en otro *la pureza,* en otro *la obediencia* o *paciencia* o *caridad,* y así las demás, poniendo los ojos en tres cosas: *a) Lo primero, en los actos heroicos* que la Virgen ejercitó cerca de aquella virtud, al modo que los contamos de su humildad en la *Meditación* 37, admirándome de su santidad, gozándome de ella, glorificando a Dios porque se la dio, y alegrándome por el premio que por tal virtud le ha dado, *b) Lo segundo,* pondré los ojos *en la falta que yo tengo de aquella virtud* y en las culpas y defectos contrarios en que caigo, doliéndome de ellos con grande confusión y humillación, suplicando a esta Virgen soberana me alcance perdón de lo pasado *y* gracia para enmendarme en lo por venir, *c) Lo tercero, haré algunos propósitos,* con las veras que pudiere, de imitar a la Virgen en aquellos actos de virtud, señalando para ello alguna cosa particular, confiando en el favor de esta piadosa Madre que podré cumplirlos.

Para este modo de meditación ayudará saber las virtudes especiales de esta Señora, como se han tocado en las meditaciones precedentes y en las de su presentación y purificación, adonde pusimos seis, como seis hojas blancas de la azucena, con las seis varicas doradas de los afectos interiores que resplandecieron en Ella, las cuales podemos meditar rezando su corona.

Meditación 40

Las vidas de los Santos y sus dichosas muertes y premios

Porque en el discurso de esta Quinta paute y de la Tercera se han puesto muchas meditaciones que pueden servir para las fiestas de los apóstoles, mártires, doctores, vírgenes y otros santos, *solamente pondré aquí una de todos en general*, *la cual fácilmente se puede aplicar a cada uno en especial,* meditando de uno lo que dijéremos de todos.

PUNTO PRIMERO

Lo primero, se ha de considerar *la inmensa liberalidad. de Dios con sus escogidos en comunicarles innumerables clones de su gracia para hacerlos santos,* de los cuales hizo un breve catálogo San Pablo, diciendo que a los que Dios predestinó para que fuesen conformes con la imagen de su Hijo, a esos llamó, y a los que llamó, justificó, y a los que justificó, glorificó y engrandeció.

1. Primeramente, Dios nuestro Señor, por sola sil bondad y por los merecimientos de Jesucristo su Hijo, los predestinó y escogió para que fuesen santos y limpios en su presencia, señalándolos para que fuesen vasos de misericordia en quien depositase y manifestase las riquezas de su gracia.

2. *En ejecución de esta soberana elección,* a su tiempo *los crió,* dejando otros innumerables en el abismo de la nada; luego *los llamó* eficazmente a su fe y religión cristiana, haciéndolos miembros de su Iglesia por el Bautismo, dejando perecer a otros muchos en el diluvio de la infidelidad. *Y cuando pecaron, tornó a llamarlos con eficacia* para que hiciesen penitencia, dejando a otros morir en su culpa.

3. Lo tercero, les preservó de grandes pecados, les sacó de graves peligros, les favoreció en terribles tentaciones, les previno con muchas inspiraciones y con bendiciones de dulzura para que ejercitasen heroicas virtudes, y les engrandeció con muchos dones de su gracia para que fuesen grandes en su presencia. Demás de esto, tuvo especial providencia con ellos, llamándoles al estado y oficio que más les convenía para ser santos: o sacerdocio, o religión, o prelacía, dando a cada uno bastantes ayudas para cumplir con sus obligaciones. Y, finalmente, trazó su modo de muerte de manera que fuese paso para la gloria, porque es muy preciosa en los ojos del Señor la muerte de sus santos; en la cual se remata todo el discurso de su dichosa elección para ser conformes con Cristo nuestro Señor en su gloria, como lo fueron en su vida.

4. Todas estas consideraciones me han de ser motivos de varios afectos, unos con nuestro Señor, alabándole por las mercedes que hizo a los santos; otros con los mismos santos, gozándome de los bienes que Dios les comunicó; otros en orden a mí mismo, reconociendo las mercedes que en esta parte nuestro Señor me hubiere hecho, y dándole gracias por la voluntad que tiene de hacerme santo y limpio en sus ojos, suplicándole me ayude para que por mí no quede.

¡Oh Santo de los santos, que dijiste a tu pueblo: Sed santos como Yo lo soy!, dame lo que me mandas para que alcance lo que deseas. Y pues la santidad es tuya, prevenme con tu copiosa gracia para que suba a muy altos grados de ella. Amén.

De estos cinco beneficios que aquí se han contado, se dirá largamente en la Sexta parte que se sigue.

PUNTO SEGUNDO

Lo segundo, se ha de considerar *citan bien respondieron los santos a su vocación,* y *cuán bien se aprovecharon de estas mercedes* que recibieron en el discurso de su vida, ponderando las virtudes más señaladas en que se ejercitaron para llegar a tanta santidad.

Estas se pueden reducir brevemente a tres órdenes, en cumplimiento de lo que Cristo nuestro Señor dijo: Si alguno quiere venir en pos de Mí, *niéguese a sí mismo, tome su cruz,* y *sígame*.

1. Lo primero, se señalaron *en la abnegación* y *mortificación de sí mismos,* concibiendo un santo odio de sí, de su carne y amor propio. *Los que fueron grandes pecadores,* hicieron grandes penitencias, llorando sus

pecados con gran contrición y confesándolos tan humildemente, que algunos los dejaron escritos en sus cartas y libros para su perpetua humillación. *Y los que no hicieron culpas graves,* para preservarse de ellas afligían su carne con grandes asperezas para tenerla rendida al espíritu, castigando cualquier culpa pequeña como si fuera grande, mostrándose todos ser del bando de Cristo en crucificar su carne con sus vicios y concupiscencias; mortificando las obras de la carne con el fervor del espíritu. Y como Cristo crucificado recibió *cuatro llagas* en pies y manos, de que murió, y la quinta en el costado, para confirmar más su muerte, así los santos crucificaron *los deleites* desordenados de los sentidos, *las codicias* desenfrenadas de los apetitos, *los quereres* torcidos de la voluntad propia y *los pensamientos* desvariados de su imaginación y propio juicio, y con estas cuatro cosas murieron al pecado. Pero no contentos con esto, deseando asegurar más esta dichosa muerte, mortificaron *su amor natural* en muchas cosas lícitas, por estar más lejos de caer en las ilícitas. Renunciaron los padres, amigos, hacienda, honra y regalo que lícitamente pudieran poseer; dejaron muchas cosas que sin culpa pudieran hacer, a fin de morir al mundo y al amor propio para vivir más perfectamente a Cristo, y con esta generosa violencia que hicieron a sí mismos, arrebataron el reino de los cielos.

¡Oh santos valerosos, que con vuestra mortificación continua os despojasteis del hombre viejo con todas sus obras para vestiros del hombre nuevo con las suyas!, suplicad a vuestro capitán Jesús me ayude con su gracia para vencer mi naturaleza, alentándome a entrar por la puerta estrecha de la mortificación de mi carne, para alcanzar la renovación perfecta del espíritu.

2. Lo segundo, se señalaron los santos *en llevar cada día la cruz de Cristo nuestro Señor con grande fortaleza, paciencia* y *perseverancia.* Mostraron *la fortaleza, en las batallas* que tuvieron interiores y exteriores del demonio y de sus ministros, de enemigos y de amigos con capa de piedad, las cuales iban enderezadas a quitarles la fe, o la castidad, o la humildad y pobreza evangélica, o la vocación para religión; y en ellas pelearon valerosamente, padeciendo mucho por salir con la victoria. *Mostraron la paciencia invencible* en los trabajos que les sucedían, en las enfermedades, dolores y pobrezas, infamias, falsos testimonios y otras muchas aflicciones semejantes; y aunque como hombres las sentían, pero con la divina gracia, llegaron a gozarse en ellas, gloriándose de llevar la cruz de Cristo y su preciosa mortificación. Todos padecieron algún modo de martirio en el cuerpo o en el espíritu por defensa de alguna virtud, y

muriendo en esta cruz entraron en la gloria. Todos, como piedras vivas, fueron labrados con golpes de tribulaciones, y así fueron colocados en el edificio del cielo. Todos pasaron por el fuego de las aflicciones, y salieron probados como el oro en el crisol, porque la paciencia acabó en ellos su obra, y los hizo enteros y perfectos sin quebrar ni faltar en la lealtad que debían a Dios.

Gracias os doy, fuertes soldados, por la fidelidad que tuvisteis en vuestras persecuciones, volviendo por la honra de Dios. Me gozo de vuestra invencible paciencia, por la cual alcanzasteis la corona. Ayudadme con vuestras oraciones, para que siguiendo vuestros ejemplos, tenga parte en vuestras victorias. Amen.

3. Lo tercero, se señalaron los santos *en seguir perfectamente a Cristo nuestro Señor,* de modo que *la vida de Jesús se manifestaba en ellos* por estar de pies a cabeza *vestidos de Jesucristo*; y por la perfecta imitación se pudieron llamar *otro Cristo* en la humildad, castidad y las demás virtudes, como arriba se dijo. Esta perfecta imitación alcanzaron *con oración* y *obediencia,* porque fueron muy fervorosos en orar, teniendo frecuente recurso a Dios en todas sus cosas, con gran confianza en la divina Providencia; y también fueron muy prestos y puntuales en obedecer a la, divina voluntad, a sus preceptos y consejos, a las divinas inspiraciones, teniendo por sumo gozo negar su propia voluntad por hacer la de Dios, señalándose cada uno en algo particular, por razón de lo cual dice de él la Iglesia aquello del Eclesiástico: «No se halló otro semejante que así guardase la ley del Altísimo».

¡Oh altísimo Dios, que muestras la alteza de tu bondad en las virtudes que diste a los santos para que fuesen conformes con la imagen de tu Hijo!, muéstrala conmigo en hacerme semejante a ellos, para que imite al que ellos imitaron, y la vida de Jesús resplandezca en la mía como resplandeció en la suya. Amén.

4. *De estas consideraciones he de sacar también afectos de confusión,* viendo lo poco que yo hago y lo mal que respondo a mi vocación y a los beneficios de Dios, pues como dice nuestro Señor por Ezequiel y declara San Gregorio, hemos de mirar los templos vivos de sus santos para confundirnos de nuestros pecados, y hemos de medir y meditar la fábrica maravillosa de sus vidas para avergonzarnos de las nuestras, y reformarlas según ellas, esperando en la divina liberalidad que nos ayudará como los ayudó; y pues ellos, siendo hombres flacos como yo, pudieron tanto en virtud de Dios, yo también podré lo mismo, pues no está abreviada la mano del Señor para conmigo.

PUNTO TERCERO

Lo tercero, se ha de considerar *cuán liberal ha sido nuestro Señor en honrar* y *premiar a los Santos en esta vida* y *en la otra,* en varias maneras.

1. Lo primero, *antes de la muerte premió* a muchos de ellos con raros consuelos espirituales, con gracia de contemplación, con raptos y revelaciones muy regaladas, con espíritu de profecía, con don de hacer milagros y otras gracias «gratis datas». De tal manera, que, huyendo ellos con humildad de la honra, Dios, con su liberalidad, los honraba, obrando por ellos obras tan maravillosas, que los hacían venerables a todos, y su heroica virtud ponía tanta admiración, que se hacía respetar, cumpliendo el Señor lo que dijo, que honraría a los que le honrasen.

2. También *los premió en la misma muerte,* concediendo a unos que muriesen como mártires por la confesión gloriosa de su fe, y a otros con tal modo, que aunque fuese penoso a la carne, fuese muy dulce al espíritu, dándoles a gustar algo de lo que luego esperaban recibir en la gloria, y enviando ángeles que asistiesen a su tránsito, viniendo a veces el mismo Señor por ellos, cumpliendo lo que había dicho: «Yo vendré por vosotros, y os llevaré conmigo, para que estéis donde Yo estoy».

3. Además de esto, *después de la muerte los honra en su Iglesia militante,* queriendo que su santidad sea publicada y alabada por todos, y que, a honra suya, se edifiquen muchos templos, pinten imágenes y se celebren fiestas. Y que todos veneren sus huesos y cenizas, y los vestidos remendados que trajeron, las cadenas con que estuvieron presos y las firmas de sus cartas, haciendo grandes milagros por estas cosas para honrarlos, y castigando los desacatos que se hacen contra ellos. Y los que estuvieran olvidados en el mundo si no hubieran sido tan santos, como se ve en San Francisco, ahora andan en boca de todos, y los príncipes y monarcas se honran con sus nombres y se amparan con sus reliquias, cumpliéndose lo que Dios prometió a su Iglesia cuando dijo: «Te haré tan gloriosa, que la grandeza del mundo tenga por honra echarse a tus pies».

4. Lo cuarto, *el día del Juicio los honrará con honra excelentísima,* poniéndolos a su mano derecha con grande majestad, a vista de todo el mundo, cumpliendo la palabra que dio a quien le confesase delante de los hombres, que le honraría delante de su Padre y de los ángeles.

3. Finalmente, *en el cielo los premia* y *honra* con tanta grandeza, que sólo Dios y ellos la pueden declarar. Estarán sentados junto a su trono en otros tronos muy resplandecientes, con vestiduras blancas de admirables

virtudes, con coronas de oro sobre sus cabezas como reyes, con palmas en las manos como vencedores. Y el mismo Dios, como dice Isaías, será su corona y su gloria y alegría, empleándose en honrar, alegrar y festejar a sus escogidos. *Premiará cada una de sus virtudes* con singular premio y con medida tan llena, que rebose de contento. *La je* será premiada con la clara vista de la Divinidad. *La esperanza,* con la posesión eterna de todos los bienes que desearon. *La caridad,* con el amor beatífico que los une con su Dios. *La humildad* y paciencia y las demás virtudes, con el río de deleites que les embriaga, experimentando todos los premios que se prometen a las ocho bienaventuranzas, como en su lugar ve remos.

¡Oh alma mía! ¿qué haces? ¿Cómo no suspiras y trabajas por alcanzar la santidad, cuyo fin es tan soberano galardón? Si deseas honras y grandezas, ¿quién más honrados que los amigos de Dios? ¿Y qué principado excede al de sus Santos? Si es honrado aquel a quien quiero honrar el Rey del cielo, ¿cómo no sigues la virtud, que es digna de tanta honra y premio? ¡Oh Dios infinito, que eres glorioso y admirable en tus Santos!, gracias te doy por las maravillas que en ellos obraste, y por los admirables premios que les diste; y pues es gloria tuya que sean muchos, júntame con el número de ellos, para que te sirva con pureza y santidad todos los días de mi vida, y después suba a gozar de Ti en su compañía por todos los siglos de los siglos. Amén.